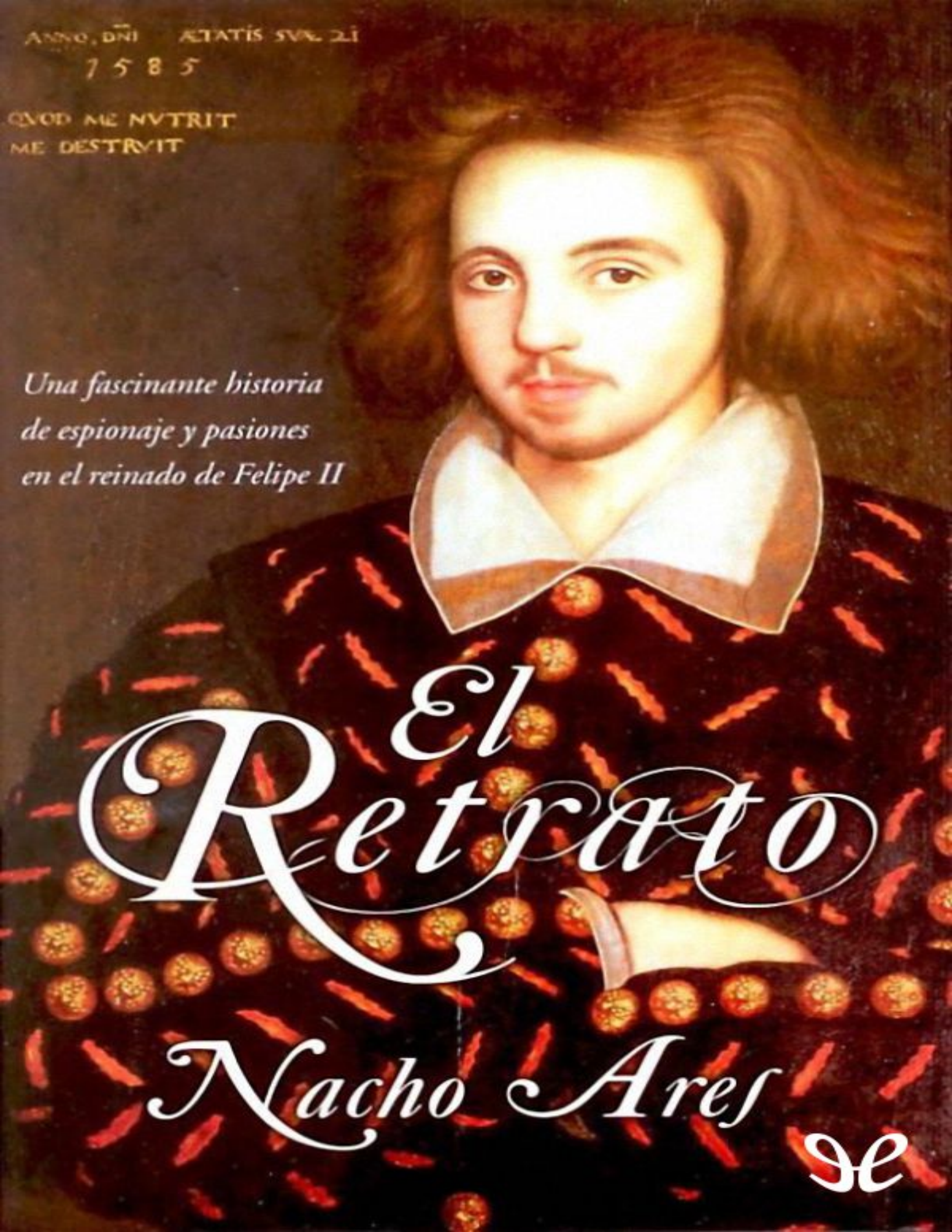


Una fascinante historia de espionaje y pasiones en el reinado de Felipe II

El Retrato

Nacho Ares

Madrid, 1585. España vive años convulsos ante la inminente campaña de la Armada Invencible contra los ingleses. Éstos, conocedores del peligro, envían a la corte española a un nuevo agente, Christopher Marlowe, dramaturgo en ciernes y joven de carácter pendenciero y aguerrido, quien tras adquirir una nueva personalidad entra en contacto con el taller del pintor don Alonso de Coloma, cuya sobrina, Lorena, es una destacada retratista de la corte de Felipe II. Ella le proporcionará el contacto de la princesa de Éboli, doña Ana de Mendoza, quizás la más poderosa mujer de la época y una fuente de información inigualable. Al descubrirse su presencia en Madrid, Marlowe se verá obligado a afrontar problemas que no había imaginado y tendrá que elegir entre su vida, su amor o el éxito de la misión que se le ha encomendado.

OceanofPDF.com



Nacho Ares

El retrato

ePub r1.1
Titivillus 03.03.17

OceanofPDF.com

Título original: *El retrato*
Nacho Ares, 2009
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



OceanofPDF.com

A mi querido Padre Felices,
de quien me consta que no se separa
un instante de mí y de los míos,
por haberme abierto las puertas al siglo XVI.

OceanofPDF.com

Aclaración

Esta novela es una historia de ficción. No obstante, está basada en hechos y personajes reales. Christopher Marlowe (1564-1593?) fue, en el último tercio del siglo XVI, uno de los autores de teatro más importantes de la época isabelina, durante la cual tradujo a clásicos como Lucano y Ovidio (1582) o escribió y representó con éxito obras como *Dido, reina de Cartago* (1585-1586), *El Gran Tamerlán* (1586-1587), *El judío de Malta* (1589), *Doctor Fausto* (1589), y *La Masacre de París* (1592), entre otras.

En su época existió una gran rivalidad entre La Rosa, el teatro para el que escribía Marlowe, y El Globo, el de su amigo William Shakespeare (1564-1616). Marlowe trabajó para el servicio secreto de los Walsingham y se tiene constancia de su participación en el descubrimiento del llamado Complot de Babington, en donde Gilbert Gifford actuó de manera notable, así como su participación contra la Armada Invencible, en términos muy similares a los que se describen en la novela.

Su enigmático retrato (¿de escuela toledana?) existe y se conserva en una de las salas de profesores del Corpus Christi College, de Cambridge, en donde también estudió y fue reclutado para el servicio secreto de la reina Isabel, junto a su amigo Nicholas Faunt (1553/4-1608).

Su muerte en 1593 es un misterio. Las contradicciones del documento oficial que relata lo sucedido en casa de Eleonor Bull, del que aquí reproduzco un fragmento, han hecho pensar a casi la totalidad de historiadores que, realmente, Marlowe siguió viviendo con otra identidad, huyendo así de los que lo buscaban por haber trabajado para el servicio secreto. Yendo un paso más allá, se ha señalado que tras su supuesta muerte, Marlowe se convirtió en la pluma que se escondía detrás de algunas

de las obras firmadas por su amigo Shakespeare, el mismo que relata los hechos descritos en estas páginas.

Por otra parte, Thomas Shelton es el nombre del misterioso traductor del *Quijote* al inglés publicada en 1612. Este autor desconocido, del que no sabemos absolutamente nada, ha sido relacionado por varios críticos como uno de los seudónimos de Marlowe empleados en su nueva vida.

El taller de Alonso de Coloma (1532-1607) estuvo en funcionamiento en Madrid en el último tercio del siglo XVI y principios del XVII. Conservamos algunos de sus trabajos, todos ellos atribuidos, ya que jamás firmó una obra.

Finalmente, la princesa de Éboli, doña Ana de Mendoza y de la Cerda (1540-1592), y Antonio Pérez (1540?-1611), fueron encarcelados de la misma forma en que se cuenta en estas páginas. Ambos, junto al cardenal Gaspar de Quiroga, formaban el núcleo fuerte de una línea política denominada «ebolista», inclinada a la resolución de problemas por medio de la diplomacia, frente a la más violenta y expeditiva de los «albistas», partidarios del duque de Alba.

Mateo Vázquez (1542?—1591), secretario y enemigo de Pérez, y Juan de Idiáquez (1540-1614), excepcional político y embajador, siempre estuvieron a la sombra de estos hechos en el reinado de Felipe II. Por su parte, Bernardino de Mendoza (1540?—1604), pariente lejano de la princesa de Éboli, aunó esfuerzos en Europa para derrotar el gobierno de Isabel de Inglaterra y colocar en su lugar a María de Escocia.

Robert Cecil (1563-1612), *el Elfo,* acomplejado por su joroba, rival de los Walsingham, acabó siendo secretario de la reina Isabel y a su muerte, el principal consejero del rey Jacobo I, primer monarca de la dinastía Estuardo.

OceanofPDF.com

Preámbulo

Desde la cocina pude ver una sombra rauda como un rayo.

El ruido seco de la puerta trasera me confirmó que alguien había abandonado la casa de forma precipitada por allí. Oí a Anne y a la criada caminando en la planta superior. Evité preguntar si había sido alguna de ellas.

Era obvio que no.

Alguien había entrado de forma repentina en mi casa. Lo había hecho por el huerto, dejando oír un golpe en uno de los cuartos, para luego desaparecer como un fantasma sin dejar más huella de su presencia que un misterioso baúl.

Y allí estaba.

En el centro de mi dormitorio. Frente a la cama. Un espectro desconocido había dejado un enorme cajón cubierto de terciopelo verde.

En la cerradura todavía se balanceaba una fina cadena de oro. En el extremo, una llavecita reflejaba los pocos destellos de sol que entraban por la ventana de la habitación contigua.

Las mujeres seguían arriba ajenas a lo que había sucedido en los últimos minutos en la casa. Comprobé que no venía nadie por el pasillo. Cerré con sigilo la puerta de mi aposento dispuesto a descubrir el contenido del inesperado obsequio.

El baúl pesaba lo suyo. Apenas lo pude arrastrar hasta colocarlo detrás de la cama. Quería evitar que, de entrar alguien en la alcoba, me sorprendiera hurgando en mi nuevo tesoro. Porque era mi tesoro. Y a pesar de que ya soy viejo, he de reconocer que tales sorpresas son gratas, aun llegando con retraso a mi reciente cumpleaños.

El tacto era suave y el terciopelo, de la mejor calidad. Con mano temblorosa desaté como pude el nudo de la cadena de oro y extraje la llave, dispuesto a descubrir el contenido.

No fue difícil. Un leve golpe metálico me dio el aviso de la apertura de la cerradura. Como en un extraño ritual, me dispuse a descorrer las pestañas y abrir la tapa.

Dentro todo estaba desordenado. Seguramente el ajetreo del viaje había provocado el caos que reinaba en su interior. Allí, ante mis ojos atónitos, decenas, cientos de papeles plegados, gastados unos y otros de aspecto mucho más lozano, algunos de ellos cifrados, lo cubrían todo. Entre los lacres quebrados que aún brillaban en algunos de ellos, pude reconocer divisas de lo que parecían ser importantes familias no sólo de Inglaterra, sino también de España y Francia.

Pero eso no era el verdadero tesoro. Removiendo los documentos descubrí una tabla brillante. Medio escondido en su fondo, bajo el peso del papel, había un retrato.

Recuerdo que fueron los ojos lo primero que vi. Unos ojos pequeños y brillantes que me miraban. Unos ojos que, a pesar del tiempo que había pasado desde la última vez que los vi, no tardé en reconocer. Aquél era el rostro de mi buen amigo Kit. Al contemplar finalmente su imagen bajo la tenue luz de mi cuarto, no pude evitar que la emoción embargara mis recuerdos. Tantos años habían pasado desde la última vez que nos encontramos, antiguo rival y al mismo tiempo camarada, la persona a la que tanto debo, me mandaba ese singular regalo seguramente como legado de nuestra profunda amistad durante tantas décadas.

Al levantarlo ante mí, mis dedos se toparon con un papel.

Cosida al reverso de la tabla había una carta. Al contrario del resto de billetes que lo desbordaban, permanecía con el precinto totalmente intacto. Junto a ella había una divisa formada por un león rampante y una mitad cuartelada con varias bandas entre las que se podía leer la inscripción latina, *Ave Maria Gratia Plena* (Ave María llena eres de Gracia).

Antes de romper el lacre guardé de nuevo el cuadro en el fondo del cofre. Me levanté y del mueble que había al pie de la cama tomé un mantel. Con él cubrí el baúl disimulando su presencia en mi habitación. Fue un

gesto, entiendo, bastante ingenuo. El bulto era tan grande que hubiera llamado la atención de cualquiera.

Mientras caminaba hacia la puerta de la alcoba, escondí la nota bajo mi ropilla. Fui a comprobar que las mujeres seguían en sus faenas. Tras confirmarlo, centré entonces mi atención en el billete de mi amigo, ansioso por conocer su contenido.

Nervioso, mientras rompía el sello, comencé a pasear por la habitación. Una vez abierta pude ver la peculiar letra de Kit. Tenía el mismo estilo con el que durante años me había enviado desde el continente inimitables versos en forma de historias, romances y tragedias.

Entonces, leí:

Mi apreciado amigo:

Hace pocos minutos he escuchado el repicar de las campanas de la iglesia y me han sonado igual que otras muchas veces. Firmes y secas como en cualquier noche de invierno. Ahora apenas hay luz, sólo el fuego que produce mi lámpara, y no oigo más que el quejoso carraspeo de mi afilada pluma de ganso cuando se desliza sobre el papel. El mismo y repetitivo sonido que me ha acompañado durante todos los días de mi vida.

Ahí fuera hace mucho frío y todo está oscuro como la boca de un lobo. No hay luna y el firmamento solamente se abre ante el destello de cientos de estrellas. Sirio, Orión o las Pléyades que tanto cautivaron a don Antonio Pérez, se pueden ver sin dificultad a través del ventanal que cierra mi escritorio.

Aquí estoy y en realidad no sé por qué te escribo ahora. Puedo dar todo por concluido y no con ello quiero significar que este negocio sea de hombre derrotado; mas, como sabrás, bien es cierto que en ocasiones el papel puede llegar a ser el acero de los tímidos. No creo que sea mi caso. En mis manos todavía veo la sangre de muchos a quienes he ajusticiado por el simple delito de haberse cruzado en mi camino a destiempo. En cualquier caso, no es juicio

que me toque considerar a mí sino al Todopoderoso o a las fuerzas del Averno.

Hoy, 26 de febrero, es mi cumpleaños. Y disfruto de mi aniversario rodeado de recuerdos; sólo recuerdos. Nadie me echa en falta y, sin embargo, de alguna forma u otra todos bien saben de mi existencia.

Sobre mi mesa, la querida mesa de cedro que durante estos años ha servido de soporte para emociones, sentimientos e incluso compasiones, descansan hoy muchas cartas. Cada una me hace viajar en el tiempo hacia el pasado y revivir momentos a los que, en ocasiones, ni siquiera los recuerdos son capaces de atrapar. Algunos de ellos vuelan tan alto que parecen inalcanzables, como las cigüeñas de mi añorada iglesia de San Bene't. Solamente el escribir sosiega mi angustiada alma y me permite recobrar la memoria de ese tiempo pretérito, que no perdido, cuyos protagonistas como en muchas de mis obras han ido abandonando el escenario de forma trágica.

Bien sabe Dios que nadie puede predecir los infortunios de uno mismo, ni mucho menos los de los demás. Todo llega y cuando menos lo esperas te das cuenta de que la función ha acabado y la escena queda vacía; señal inequívoca de que todo ha terminado. Al fin y al cabo, solamente somos marionetas que vagan sobre un enorme teatro siguiendo la impredecible voluntad del Destino. Improvisados títeres que hacen reír y llorar como esos graciosos muñecos de la Commedia dell'arte que pude ver en otra época en el norte de Italia.

Hace apenas unas semanas un comerciante hugonote de París me trajo una nota en la que se me comunicaba la muerte de don Antonio. Hacía casi un año que no tenía noticia de él. Su desaparición me ha convertido en una especie de náufrago en mi particular océano de recuerdos. Y ahora, cuando muchos de mis cabellos se han convertido en hilos de plata, me pregunto cuál es mi papel en esta obra una vez desaparecido el último protagonista.

No. Ya no soy aquel joven decidido y reconozco que en ocasiones impulsivo y violento que puedes ver en la tabla que te envío con

toda mi correspondencia.

Ha pasado mucho tiempo desde que todo empezó y todos esos días, todas esas lunas, me han hecho acaso más fuerte ante los imprevistos que el destino me ha deparado. La parca que me hostiga puede considerar la desaparición de don Antonio como otra batalla ganada en esa guerra despiadada con la que me persigue desde hace casi veinte años. Pero, al contrario, me ha dado las fuerzas necesarias para comenzar a dar vida a la memoria que todavía conservo sin marchitar en lo más hondo de mi corazón. Muy lejos de aquí, en uno de mis viajes por África, aprendí que las palabras de los dioses son eternas como el tiempo y los recuerdos. Eso es cierto. Vaya si lo es. Porque cuando las historias las protagonizan espíritus tan sublimes como los que aquí te presento no debe ser considerada, al igual que sus testimonios, empresa de hombres sino de dioses.

Ya no me satisface esperar el aplauso del público y vanagloriarme de la celebridad, el éxito y el renombre que abrazan al creador. Éstos serán grandes si Melpómene y Erato han acompañado al poeta en su trabajo. Mas en la empresa que ahora te pido que lleves a buen puerto en mi nombre, ellas no servirían de nada sin la ayuda de Clio.

Quiero que hagas un último esfuerzo y que cuentes, como tú sólo sabes hacerlo, la gesta más conmovedora que haya visto jamás teatro alguno. El Globo o La Rosa temblarían con sus cimientos ante una epopeya de estas características. Y no por lo trágico de la historia, sino porque en la vida del Hombre no hay mayor virtud que la Verdad. No hay historia más heroica que la que uno mismo ha vivido. En mi caso me siento afortunado por haber tenido la suerte de compartir esfuerzos y sufrimientos con hombres y mujeres tan honestos. El Gran Tamerlán habría abandonado a sus pies la espada de la Victoria, entregando su vasto imperio a la lealtad del espíritu humano; Fausto habría evitado el infierno de haber protagonizado esta historia y la avaricia de mi judío maltés habría ardido para siempre como el tabaco de una pipa.

Y te lo pido a ti porque ahora estoy solo. Y siempre ha sido así. Muchas veces he pensado que esta historia comenzó cuando vi por primera vez el retrato de doña Ana de Mendoza en un ordenado estudio de Madrid. Aquella princesa a la que los enemigos llamaban Jezabel o la Canela, se presentaba tal y como era en el lienzo del taller del maestro don Alonso de Coloma. Su cabello negro recogido sobre la cabeza, su rostro albo y, sobre todo, el brillo y naturaleza de su ojo, demostraban el temperamento de una hembra singular; como recuerdo que decía don Alonso, la única que fue capaz de entretejer alrededor del cuello de todo un rey una soga hecha con pasiones que estuvo a punto de acabar con un gran imperio.

Desde la ventana de mi habitación puedo ver las antiguas casas de doña Ana, levantadas no lejos del palacio del rey, tras la iglesia de Santa María de la Almudena. Ni él ni ella quedan ya en sus aposentos. Él murió hace casi quince años sumido en una ambigüedad espiritual que seguramente corroyó su alma hasta el último aliento que le dio la vida. La misma indeterminación que nunca quiso reconocer la princesa y que la perfidia humana y la insidia del monarca de las Españas la llevó a morir encerrada como una pordiosera en su palacio ducal, ese magnífico castillo que nunca imaginó podría convertirse en cárcel de ánimas.

No me olvido, bien sabe Dios que no, de Lorena, la sobrina de don Alonso. Pintaba de una manera milagrosa, como si un misterioso ángel guiara su mano sobre la tabla o el lienzo, creando formas, combinando colores y escenas de las que no se podía discernir cuál era el modelo y cuál, la copia.

Desgraciadamente la peste hizo que de ella hoy sólo conserve el cuadro que me regaló y que ahora descansa en el fondo del baúl.

De entre ellos sigo pensando que yo fui quien corrió con mejor suerte. Todos sin excepción me aceptaron y me respetaron. Dejaron de lado mi condición de extranjero y mi nacimiento en un país enemigo para abrirme las puertas de par en par a un mundo diferente. Un cruce de caminos casi fortuito me brindó la

posibilidad de dar un nuevo rumbo a mi vida. Todo ello ocurrió hace casi tres décadas, cuando los hilos de mi destino comenzaban a enredarse. Era sólo un estudiante del Corpus Christi College en mi ya olvidada ciudad de Cambridge.

Hoy lo dejo todo en tus manos. El baúl que he hecho llevar hasta tu nueva casa en Stratford-on-Avon contiene todos los papeles que conservo. Es mi deseo, Will, que des vida a esas notas, construyendo un enorme escenario siguiendo la premisa que tú y yo nunca hemos traicionado: Totus mundus agit histrionem[1].

La historia empieza precisamente en mi vigésimo primer cumpleaños. Como entonces, hoy siento el mismo frío, quizá más intenso por todos los achaques que me van empujando poco a poco contra el precipicio de mi vida, y la misma incertidumbre por el desconocimiento de los avatares futuros. Pero no tengo nada que perder y sí mucho que ganar: la tranquilidad y el sosiego del alma y la merecida memoria de todos los compañeros que me acogieron en mi particular periplo en busca de la libertad y la justicia.

K. M.

Después de leer la carta comprendí que la amistad de Kit se mantenía viva a pesar de todo lo transcurrido. Me convencí de que se trataba de un sentimiento que no conoce distancias ni fronteras, y al que el tiempo sólo puede mellar con el olvido, algo que, en este caso, no existía.

Abrí de nuevo el arcón y volví a observar el retrato realizado por Lorena. Kit me había hablado en muchas ocasiones de ella y del cuadro que le pintó, durante su primera misión. Seguramente, su aspecto actual distaba mucho de aquel joven decidido de poco más de veinte años. Pero el paso del tiempo había hecho que de él en mi memoria solamente quedara el recuerdo de ese semblante autoritario y seguro, los mismos valores que lo hicieron triunfar como el mejor autor de todos los tiempos y a quien muchos, especialmente yo, tanto agradecemos.

Busqué otra vez en el interior siguiendo las premisas de mi amigo. Entre los documentos había un grupo especialmente raído. Sus pliegues

evidenciaban que habían sido leídos cientos de veces, abriendo y volviendo a doblar el papel para disfrutar de sus líneas. Desaté la cinta roja que los protegía y tomé el primero de ellos. Sin perder de vista el rostro de Kit, esbocé una sonrisa, ciertamente melancólica, cuando observé junto al lacre de la carta el sello del Corpus Christi College de Cambridge; el lugar donde todo empezó…

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Corpus Christi College.
Universidad de Cambridge (Inglaterra)

Martes, 26 de febrero de 1585.

Hacía unos minutos que las campanas de la capilla del colegio habían anunciado las siete y media de la tarde. Kit se encontraba en el salón grande, donde los alumnos se reunían para cenar a las siete en punto. Hacía un año que había conseguido su bachillerato en artes. Ahora trabajaba duro para licenciarse. Todavía le quedaban dos años de estudios en la universidad y, en ocasiones, el trabajo se convertía en algo rutinario y pesado.

«Aún tengo tiempo», pensó el joven estudiante mientras daba el último trago a un vaso de vino antes de levantarse y salir de la cena. No quería llamar la atención del resto de compañeros que poblaban el salón central del colegio.

Pero la llegada de aquella carta anónima hacía dos días había roto la monotonía hasta extremos que nunca pudo imaginar.

Sin poder quitarse del pensamiento el misterioso papel, se dirigió hacia el gran portón de salida al pasillo. Cuando cerró la puerta permaneció quieto unos instantes. Comprobó que no venía nadie y prosiguió su camino. Sabía que no estaba haciendo nada que fuera en contra de las severas leyes del colegio. Pero tampoco era su deseo dar explicaciones sobre su comportamiento. Tenía que llegar cuanto antes a su habitación para volver a leerla.

En los estudios, Kit era un alumno ejemplar. Su expediente académico era magnífico y en todo momento demostraba que estaba aprovechando la

oportunidad que le habían brindado para estudiar. Pero fuera de la universidad siempre había mostrado un carácter iracundo. Antes de ser admitido en el Corpus Christi, los tutores se pensaron mucho si sería bueno para el colegio el admitir a ese joven inteligente que en su Canterbury natal había protagonizado más de una reyerta. Siempre llevaba consigo un cuchillo. Cuando era adolescente tuvo un problema con un grupo de muchachos que se mofaron de él por su afición a las letras y la música. No les debía de parecer muy masculino. Una noche fue increpado por tres de ellos. Su respuesta fue brutal y expeditiva. Aquel muchacho de rostro delicado y espíritu solitario rompió la nariz a dos chicos y al tercero le destrozó la rodilla de un puntapié, dejándolo lisiado para el resto de su vida. Desde entonces, para evitar desencuentros peores, se acompañaba de un cuchillo que pronto conoció el calor de la sangre. Al poco de esta primera trifulca no dudó en marcar el rostro de un hombre que había malmetido contra la obra de algunos clásicos.

Pero, a pesar de todo, pudo más el hecho de que fuera un joven perspicaz.

Así era el muchacho que en aquella noche cerrada de Cambridge, al abandonar el salón, optó por retirarse a su cuarto a estudiar y descansar. Al menos esto era lo que había dicho a sus compañeros. Abrazándose a sí mismo como único consuelo para luchar contra el terrible frío de aquel día invernal, dirigió sus pasos congelados hacia la zona en la que antaño se encontraran los antiguos almacenes, ahora rehabilitados y convertidos en cuartos para los estudiantes.

Durante el trayecto solamente se vio acompañado por el sonido de sus zapatos golpeando las húmedas losas del colegio. La poca distancia que había entre el comedor y su habitación facilitó que no se cruzara con nadie.

Una vez allí entró en su aposento. Sin quitarse la ropa se tiró en la cama después de encender un enorme velón. Miró a la puerta y esperó unos segundos en silencio. Medio apoyado en la almohada, Kit estiró la pierna y comenzó a golpear rítmicamente con su pie uno de los taburetes de tres patas que había frente a la mesa. Se detuvo cuando notó que el pulso del corazón recobraba su ritmo normal.

Echó un vistazo a su alrededor. Se sorprendía de cómo podía vivir en un lugar tan parco. Soñaba con algo mucho más holgado, algo que pudiera ayudarlo a conseguir aquella carta.

El aspecto del cuarto era bastante austero. Se encontraba en el lado sur del Old Court, muy cerca del pasaje que unía ese patio con la calle Trumpington.

Un ventanal de doble hoja, cada una de ellas rematada por un arco apuntado, se abría en un extremo de la habitación. Junto a él había un sobrio banco corrido de la misma anchura que la ventana; uno de sus lugares preferidos para leer y disfrutar de la luz, cuando había, en las tardes que tenía libres durante el curso.

Junto a la ventana se encontraba la mesa de estudio. Pegado a la pared, el tablero servía al mismo tiempo de soporte para tres enormes velas.

En el cielo no había luna. El denso manto de la noche oscurecía hasta el último rincón del Old Court. El entorno daba cierto aire de complicidad a la maniobra oculta que Kit estaba a punto de representar.

Desde su posición observó que una de las velas, la que estaba apagada, y sin que le importara lo más mínimo, había estado derramando la cera hasta agotarse sobre las primeras páginas de los *Amores* de Ovidio, conjunto de versos que él mismo había traducido a hurtadillas poco tiempo antes.

Todo esto y dos taburetes de tres patas, más una cama cubierta por una simple colcha gruesa, eran los muebles de que disponía.

De vuelta a la realidad de su habitación, no aguantó más y finalmente decidió levantarse. Se sentó frente a la mesa y probó, en un desesperado intento por entretenerse, colocar en aquella media oscuridad el maremágnum de papeles y libros que lo desbordaban. Pero fue inútil. La sola presencia de aquella misteriosa carta entre sus notas hacía que el vello de todo el cuerpo se le erizara como si fuera un puerco espín.

Prácticamente, tal y como ahora se encontraba, él mismo la había descubierto hacía dos días sobre el escritorio. Una misteriosa mano fantasmal la había hecho llegar hasta allí.

El sello que portaba hizo que se estremeciera. El documento estaba firmado por el mismísimo Thomas Walsingham, primo de *sir* Francis

Walsingham, principal secretario personal de la reina Isabel. De una forma muy educada se le rogaba que admitiera la visita de un representante de la casa con el fin de que escuchara «una interesante oferta».

Realmente estaba sorprendido. ¿Una interesante oferta? No alcanzaba a comprender que él, humilde hijo de John Marlowe, zapatero de Canterbury, pudiera llamar la atención de personajes tan importantes de la Corona de Inglaterra.

Comprendía que a los ojos de los demás pudiera mostrarse como un muchacho brusco y violento. Pero otros, sus más íntimos, veían en él solamente a un joven apasionado por los autores clásicos. Era difícil entender que en un ambiente tan humilde como en el que pasó su infancia, pudiera tener tiempo para aprender a leer y tomar interés por los autores griegos y latinos. Pero así fue. De lo contrario no habría acabado accediendo a la universidad.

¿Cuál podría ser esa proposición? Kit lo sabía perfectamente. Trabajar como agente para el servicio secreto dirigido por los Walsingham no era una invitación que recibiera cualquiera.

Con el fin de no dejar ningún cabo suelto, al final de la carta se matizaba que la casa Walsingham se encargaría personalmente de que no hubiera ningún problema con las autoridades del Corpus Christi. De esta forma, tramitarían los permisos necesarios para conseguir la aprobación con la que pudiera abandonar el colegio sin que ello fuera en detrimento de su evaluación como alumno de la universidad.

Era lógico que llevara nervioso dos días. Cualquiera en su caso lo estaría. El Corpus era uno de los colegios más prestigiosos de Cambridge y también uno de los más antiguos de la ciudad.

A punto de acabar el trimestre de la Cuaresma, el segundo del año, los alumnos debían preparar con especial ahínco los próximos exámenes que en apenas unas semanas valorarían el trabajo de los últimos meses. ¿Podría compaginar con sus estudios lo que le ofrecían en la carta? Estaban a punto de comenzar el trimestre definitivo, el de Pascua, correspondiente a la primavera.

Por otro lado estaba la rutina de la vida en el colegio. El día a día era una tediosa práctica, duramente rubricada por las severas normas de

comportamiento. La campana sonaba al alba poco antes de las cinco. Apenas había tiempo para asearse un poco e ir precipitadamente a la capilla donde, a lo largo de la hora siguiente, debían asistir a los servicios religiosos diarios. El desayuno llegaba a eso de las seis. Le seguía el comienzo de las clases y charlas o tutorías con los profesores. Las asignaturas eran muy variadas e iban desde el latín, griego, hebreo, hasta la lógica, matemáticas, filosofía, pasando por divinidades o dialéctica, entre otras.

En aquellos años, Kit se encargaba de romper de vez en cuando este soporífero automatismo con huidas del salón a última hora de la tarde como la de aquel día de febrero. Miraba por la ventana y, observando las estrellas, pensaba en su incierto presente y su ignorado futuro.

A los pocos minutos abandonó de nuevo la mesa y volvió a sentarse en la cama. Por encima del muro del patio asomaba la torre de la iglesia de San Bene't, ahora negra y sombría como el azabache, y las campanas comenzaron a anunciar la llegada de las ocho.

Por millonésima vez se incorporó, acercándose a la única fuente de luz de la habitación. Se sentó sobre el banco y, ayudándose con la manga del traje, quitó el vaho que cubría algunos de los cristales. Contempló la oscuridad del negro Old Court, tachonado únicamente por los candiles de las habitaciones de sus compañeros que, a través de otras ventanas como la suya, comenzaban a brillar recorriendo todo el perímetro del patio.

¿Por qué preocuparse por la oferta que contenía la carta? No tendría más que negarse para que todo siguiera la misma y repetitiva normalidad de siempre.

Unos murmullos en el pasillo lo sacaron de sus pensamientos. Como si se tratara del resorte de un autómata, giró de forma violenta la cabeza hacia la entrada de su cuarto y esperó. Comprobó cómo las pisadas pasaban de largo y decidió echar un vistazo. Giró el pomo con prudencia y vio a un grupo de estudiantes que se alejaban por el corredor. No sin cierta envidia, le salió al instante un gesto de desprecio y cerró de nuevo la puerta. ¿Habrían recibido ellos una invitación similar? No lo creía. No eran más que un grupo de malcriados, hijos de familias importantes a quienes su noble cuna les dulcificaba las reglas del Corpus. Se les permitía llevar otras

ropas que no fueran las enlutadas que él mismo lucía, hablar entre ellos en otra lengua que no fuera hebreo o latín, salir y entrar a su antojo, beber alcohol y, en definitiva, adoptar comportamientos que cualquier persona identificaría inmediatamente como algo lascivo y salaz, al romper la pía atmósfera de la institución.

Indeciso ante la trascendencia de la decisión que tenía que tomar, caminó de nuevo hacia la ventana. Y cuando todavía no había dado ni tres pasos el corazón le dio un vuelco. La puerta se volvió a cerrar tras él.

—¡Feliz cumpleaños, Kit!

En la penumbra pudo descubrir una silueta negra y esbelta. Como si se tratara de un acto reflejo, Kit se echó la mano a la riñonera y sacó la daga de acero que siempre llevaba escondida. La blandió en la oscuridad pero al instante la guardó. El intruso era su amigo Nicholas Faunt.

—Nick, no te he oído entrar —el cosquilleo del susto aún recorría sus miembros.

—De qué te extrañas, Kit. No he llegado hasta donde estoy gracias a mi falta de discreción. Será mejor que guardes el cuchillo, amigo mío. Ya sabes que está prohibido llevar armas en el interior del colegio. No quiero que repitas la insensatez que protagonizaste hace unos días con aquel loco de segundo curso.

—A veces me veo obligado a hacerlo. Uno se mueve como un espectro por las mazmorras de un castillo. No corren tiempos para ir desprevenido.

—Y eso es lo que parece tu cuarto. ¿Por qué no enciendes más velas?

—De vez en cuando disfruto con la penumbra. Además, no quería que vieran que había vuelto precipitadamente.

—Acaban de sonar las ocho. Mucha gente ya ha vuelto a su cuarto —señaló su compañero acercándose a la ventana—. Mira la cantidad de luces que se ven ya alrededor del patio.

Kit miró a través del cristal y asintió. Al rato la llama de la vela nueva disipó las sombras del cuarto llenándolo todo de un tenue resplandor, suficiente para dar cuerpo y forma a los dos jóvenes estudiantes.

—Lo siento, Nick —agregó cambiando de tema—. No te he mostrado mi agradecimiento. En fin…, gracias por venir.

Mientras lo escuchaba, Faunt, sonriente, intentaba encender otro candil con la única vela servible que quedaba sobre la mesa.

Al igual que él, Faunt vestía totalmente de negro. Llevaba un traje oscuro o, como exigían las normas, un traje negro hasta los tobillos o de «otro color igualmente triste». Sus ojos castaños, vivos y luminosos, contrastaban con el apagado tono dorado de su cabello. Los dos lucían un aspecto casi barbilampiño si no fuera por los bigotillos y las barbas cuidadosamente recortadas que enmarcaban sus rostros. El de Kit estaba acompañado por una abigarrada melena, corta pero voluminosa, de color castaño, por su parte, Faunt tenía el cabello rubio y aplastado contra el cráneo, amenazado con dos incipientes entradas que anunciaban el negro futuro de aquella maraña de cabello áureo.

Nicholas Faunt, Nick, era uno de esos muchachos seguros de sí mismos, a los que les daba exactamente igual qué camino tomar cuando se enfrentaba a un contratiempo. Muchas veces hacía propia la idea de «si tienes un problema y no tiene solución, ¿de qué te preocupas? Y si la tiene, ¿de qué te preocupas?».

Frío como un témpano de hielo ante las adversidades y leal a sus amigos ante las adversidades, era capaz de desconcertar con sus disculpas al más ingenioso de sus rivales. En una ocasión, delante de todos los profesores y alumnos reunidos en el comedor del Corpus Christi, excusó su imperdonable tardanza anunciando que haber llegado antes hubiera sido una falta de respeto hacia la Reina de Inglaterra. No habría resultado oportuno dejar a Su Majestad a medias del relato de su último viaje para venir al comedor. Todos lo tomaban a broma y, en cierto modo, como un desacato y burla a la autoridad del colegio. Pero, como sucedía siempre, quedaba sorprendentemente sin castigo alguno. Con ello lograba suscitar cierta ojeriza entre sus compañeros y un halo de misterio a su alrededor.

Pero Kit conocía la verdad que había tras Nicholas Faunt. Sabía de sus andanzas por el extranjero. Era todo un veterano en el servicio secreto de Su Majestad la Reina de Inglaterra. En más de una ocasión se preguntaba cómo debían de reaccionar los enemigos de su país más allá de las fronteras ante un espía joven tan frío, inteligente y al mismo tiempo cómico. Conocía a Faunt desde hacía pocos meses. Pero desde el mismo momento en que

fueron presentados por Thomas Nashe, compañero del Saint John’s College, ambos supieron conectar a la perfección.

Ya había oído hablar de él antes de conocerlo personalmente. En todas y cada una de las esquinas y pasillos del colegio corrían como el viento los rumores de sus extrañas salidas y, sobre todo, las misteriosas y dilatadas ausencias ante las que, sorprendentemente, ninguno de los directores de la institución, ni siquiera el ínclito Matthew Parker, antiguo arzobispo de Canterbury, había abierto jamás la boca para manifestar la más mínima queja. Detalles como éste hacían aflorar los dimes y diretes sobre la verdadera naturaleza del joven Nicholas Faunt. Unos decían que era el primogénito de una importante familia de Kent; otros, que era el hijo del mismísimo Parker, y hasta había quien afirmaba y defendía que era en realidad un brujo que bloqueaba las mentes de los profesores con sus prodigios. Sin embargo, ninguna de esas ideas se acercaba a la realidad. Faunt era espía. Un agente de la Corona de Inglaterra que trabajaba para el servicio secreto de la reina Isabel. En definitiva, una explicación más extraordinaria e increíble que si se dijera que era un mago.

El recién llegado se acercó a su amigo. Kit se acomodó sobre los tablones del banco. Con una señal invitó a su compañero a tomar asiento. Faunt se sentó junto a él y arrastró de una de las esquinas un taburete para colocar los pies.

—A pesar de todo, Nick, creo que estás chiflado. ¿No sabes que si te encuentran a estas horas fuera de tu habitación te pueden expulsar del colegio?

—Perdona. No singularices: «nos pueden expulsar». Tú te vendrías conmigo como si fuéramos siameses. Pero, sinceramente, me da igual. Ya sabes que tengo amigos importantes que me pueden echar una mano, como hemos hecho otras veces. Sé que el viejo Parker en más de una ocasión se ha visto tentado a expulsarme y no ha podido hacerlo, Kit. Por cierto ¿qué demonios hace Parker que no se encuentra en sus habitaciones?

Faunt se asomó a la ventana y echó un vistazo hacia la esquina sureste del patio en donde se encontraban las habitaciones del director. Las luces estaban apagadas.

—Como lo denuncie se va a enterar ese viejo achacoso.

Los dos comenzaron a reír. Sabía que bromeaba, aunque el poder de Faunt en la institución era verdaderamente real.

—Antes de nada vamos a disfrutar de esto.

El espía sacó de debajo de su traje una pequeña bolsa de tela y la desplegó con cuidado sobre el banco de madera que había frente a la ventana. Ante los dos aparecieron varios pastelillos.

—¿De dónde los has sacado?

—No preguntes y aprovecha. Todavía me sorprendo de cómo el resto de estudiantes puede sobrevivir con el escaso yantar que sirven en este colegio. —Tomó uno de ellos y siguió hablando mientras daba bocados—: Estos redondos de aquí son de miel —dijo señalando los pasteles con un dedo totalmente negro, sucio por la tinta—. El resto creo que son de leche. Pruébalos y ya me dirás.

Los dos guardaban silencio mientras daban buena cuenta de los pasteles.

—¿Sigues escribiendo?

—Sí. Muchas tardes, después de consultar libros en la biblioteca, me vengo al cuarto y escribo o traduzco del latín.

—¿Y no lo vas a publicar nunca?

—Eso es muy caro. ¿A quién le puede interesar la obra de Lucano o de Ovidio? Es más, si llega a oídos de las autoridades del colegio que trabajo en ellos, mi beca y mis días aquí estarán contados con los dedos de la mano de un carpintero. ¡Tuve que robar del despacho de Parker los libros de Ovidio, copiarlos y volverlos a dejar como si nada hubiera pasado!

Faunt se rió reconociendo la valentía de su amigo. Apartó la vista de la improvisada bandeja ya vacía de pasteles, observando el reflejo de la vela en el cristal del cuarto.

Kit suspiró mientras se atusaba el cabello. Se sentía cómodo con Faunt.

—Lo que sí me gustaría —dijo sonriendo a su invitado— es representar una obra de teatro. Sería fantástico llevar al escenario mi *Dido, reina de Cartago*.

—¿Es una comedia? —preguntó Faunt sin mostrar ningún interés real en el comentario de su amigo.

—No. Se trata de una tragedia. Cuenta la desdichada historia de Dido, la hija de Belo, el rey de Tiro, y fundadora de la fastuosa ciudad de Cartago —

explicó Kit pretendiendo transmitirle emoción—. Cuando Dido alcanza las costas de…

—Pero, Kit, tú nunca has estado allí —lo cortó Faunt secamente.

—No hace falta, amigo mío —desistió en el intento de hacer partícipe a su amigo de su emoción literaria—. La mayor parte de esta historia está en los libros. Por ejemplo, Virgilio y su *Eneida*. No tienes más que moldear los versos como si fueras un escultor y dar nueva forma a esta historia.

—Eso es como engañar a la gente. Imagínate que describes un lugar que no existe. ¿Qué sería de tu reputación? Además, eso no vende —añadió Faunt mientras doblaba distraído la tela de los pastelillos—. La gente quiere comedias, reírse, pasar un buen rato. Historias divertidas que les hagan olvidar durante unos minutos las penas que pasan. Y si entre los protagonistas de la comedia hay un perro, pues mejor.

Se levantó y volvió a dejar la banqueta junto a la esquina de donde la había tomado. Arrojó debajo de la cama la bolsa de tela, mientras Kit miraba incrédulo lo que estaba haciendo.

—Tranquilo. Aquí no la verá nadie —añadió guiñándole un ojo—. Oye…

El semblante de los dos jóvenes cambió de forma repentina. Hubo un momento de silencio en el que evitaron mirarse a los ojos. Kit sabía qué era lo que su amigo le iba a contar.

Desde que recibió la carta, no dudó un instante en la relación de la misiva de los Walsingham con él.

—Fuiste tú quien trajo aquí la carta hace dos días, ¿no?

—Ya tienes 21 años y un montón de cosas que hacer por delante —dijo Faunt sin contestar directamente—. Quizá te puedo ofrecer la oportunidad que estabas buscando. Podrás viajar y conocer los escenarios de las tragedias que tanto anhelas. No solamente conseguirás tu licenciatura con éxito en la universidad, sino que además se te reconocerá el trabajo por la Corona, con lo que ello significa desde el punto de vista económico.

El aspirante no contestó ni hizo el más mínimo gesto de asentimiento o negación.

—Pero hay más jóvenes como yo en el colegio.

—No te confundas. ¿Cuántos de los que hay aquí serían capaces de entrar en el despacho de Parker para robar un libro con tal de poder cumplir con uno de sus sueños?

—Hay que estar muy loco para eso.

—Eres valiente, Kit. Tienes iniciativa, hablas varios idiomas y cuentas con un carácter loco y, al mismo tiempo, lo suficientemente frío y sosegado como para desempeñar con éxito el trabajo que se te pida. Mañana no te veré. Tengo que hacer cosas fuera del colegio. Ya sabes, cosas de las mías…

Faunt se dirigió hacia la puerta del cuarto, la abrió y se detuvo. Giró sobre sus pies y con el mismo semblante espetó:

—Se me olvidaba. Si decides ayudarnos y unirte a nosotros, escribe una contestación a la carta, colócala entre las páginas de este libro y déjalo mañana en la biblioteca del colegio. Ellos se encargarán de todo. Si decides lo contrario, no tienes más que devolverlo sin más y todo seguirá su curso como si nada hubiera sucedido.

Faunt giró el libro en el aire y dejándolo en la cama añadió con una sonrisa:

—He pensado que te gustaría éste y no otro. Estoy seguro de que, en cualquier caso, te traerá muchos y buenos recuerdos. Felicidades otra vez.

—Gracias, Nick. Ha sido un placer pasar este rato contigo. Te agradezco sobre todo lo de los pasteles, espero que no te cause ningún problema, aunque bueno, ya sé que…, déjalo. Gracias.

Al sonido de la puerta al cerrarse continuó el de las campanas de San Bene’t anunciando las ocho y media de la noche. Y después el silencio otra vez.

Kit abrió el libro que Nick había dejado sobre la cama. Al instante reconoció la obra que había manejado en la biblioteca del colegio tres años antes. Se trataba del *De bello ciuil o Pharsalia*, de Marco Anneo Lucano cuyos primeros pasajes él mismo había traducido. Allí estaban todavía muchas de las notas que escribiera de su puño y letra sobre las páginas.

Al contraluz de las velas, la imagen de Kit se recortaba en la cristalera de su ventana ofreciendo una visión fantasmal desde el patio. Sin moverse del banco, pensó en las palabras de su amigo. Llevaba cuatro años en el

Corpus Christi y, a pesar de ser uno de los estudiantes más destacados del colegio, siempre hubo alumnos que le echaban en cara la edad que tenía cuando se matriculó por primera vez en 1580. En aquella fecha, contaba con 16 años largos, es decir, casi tres más que la edad normal de sus compañeros de curso. Por ello, muchos especulaban con la idea de que el primogénito de un zapatero de Canterbury obtuviera buenas calificaciones debido a la ventajosa preparación que traía de otros colegios. Sin embargo, no era así. Toda su formación se debía a los pocos años que había pasado en el King's School de su ciudad natal, sufriendo y obteniendo por méritos propios lo que nadie nunca le dio de forma gratuita.

Más tranquilo después de las palabras de su amigo, se incorporó y buscó la carta a la luz de las velas entre el revoltijo de documentos que poblaban el escritorio. Tras encontrarla, la observó detenidamente, releyéndola una vez más.

Ciertamente, no tenía miedo. Ser agente del gobierno no era una tarea que le desagradara. Había oído rumores de algunos compañeros del colegio, además de su amigo, que desempeñaban este tipo de trabajos en el Corpus Christi: hacer de simples enlaces para llevar o traer información dentro de operaciones políticas en las que en la mayoría de los casos se desconocía el verdadero fin e incluso cuáles eran sus protagonistas. Ver, oír y callar. La reina Isabel había aprendido a reconocer el trabajo de los agentes que, en muchos casos, eran pagados del propio bolsillo de los Walsingham. Mostrándose de acuerdo con el servicio prestado, Su Majestad había decidido dar una partida de 2000 libras anuales para este tipo de servicios, los llamados «gastos secretos». El aumento del dinero favoreció la búsqueda de más agentes y ahí era donde aparecía Kit.

La oferta era suculenta.

«Qué diablos», pensó. Apuró la luz de las velas que aún ardían sobre del escritorio y acercándose un taburete buscó un papel limpio y una pluma. La afiló con su cuchillo y la introdujo en el tintero. Comenzó a escribir una breve nota aceptando la entrevista. El crujir del estilete sobre el papel daba forma al trazo firme de su escritura.

Al acabarla, de repente fue consciente de la extraña tranquilidad que lo embargaba. Olvidado el lógico nerviosismo y la tensión de las últimas

horas, y con una sangre fría que incluso a él mismo le sorprendió, dobló el papel con el escueto texto y lo introdujo justo al final del capítulo I de la *Pharsalia*. Midiendo cada uno de sus movimientos, acabó de colocar los enseres de su mesa.

Ahora todo estaba más sereno.

Se tumbó en la cama, colocó la daga bajo la almohada y acercando hasta allí un vela comenzó a leer en alto.

—*Quis te tam lene fluentem moturum totas violenti gurgitis iras, nil e puleti sed cum lapsus abrupta viarum excepere tuos et praecipites cataractae…*

Hasta que el sueño lo venció.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Corpus Christi College.
Universidad de Cambridge (Inglaterra)

Miércoles, 27 de febrero de 1585

Al día siguiente los nervios habían vuelto. El joven estudiante sospechaba que la causa era la tensión de aquellos últimos días. Pero ese miércoles, después de dar un comedido repaso al almuerzo por el cual casi había perdido prácticamente el apetito, abandonó apresurado el comedor poco antes de la una de la tarde.

El tiempo tampoco acompañaba. Rápidamente el día se estropeó con las oscuras nubes que cubrieron el cerúleo cielo que hasta ese momento brillaba con todo su esplendor sobre el colegio. No se consideraba, en absoluto, supersticioso, pero reconocía que aquella situación, un cambio tan extremo en el escenario del día, le hizo reflexionar sobre lo recomendable o no de la empresa que estaba a punto de iniciar.

Siguiendo las instrucciones que la noche anterior le había transmitido su amigo Nicholas Faunt, no tendría más que devolver el libro a la biblioteca como si nada hubiera sucedido, añadiendo una pequeña nota de aceptación de la oferta. Y así lo haría.

Allí, sobre la mesa, permanecía la *Pharsalia* de Lucano. Nervioso pero al mismo tiempo convencido de lo que hacía, se acercó al libro y lo cogió, como quien ase un acero cubierto de sangre después de haber cometido un delito con él. Del mismo modo, entendía que todo ello tampoco tenía mucho sentido. De ninguna forma se sentía obligado a dar ese paso tan importante en su vida. Faunt se lo había dejado muy claro. No obstante, una

laguna repleta de incertidumbres colmaba su cabeza bramando sobre sus sienes con pesimistas preguntas acerca de una decisión que ya tenía tomada.

¿Cómo cambiaría su vida desde aquel momento? ¿En qué sentido reaccionarían las autoridades del colegio ante la presencia entre los alumnos de un nuevo agente al servicio de Su Majestad? ¿En qué peligros y enrevesadas situaciones se vería inmerso desde ese instante?

Ahora todas esas incógnitas no tenían respuesta. Le parecía precipitado buscar una solución, aunque al mismo tiempo también pensaba que quizás era tarde para echarse atrás.

Al final del primer capítulo había depositado la nota. Un escueto «acepto» firmado con sus iniciales era suficiente para dar un enérgico comienzo al girar de la rueda de la Fortuna.

Decidido, cerró la puerta aferrado al libro como si de él dependiera su vida. Abandonó el cuarto y caminó en dirección a la biblioteca del Corpus Christi, junto a la iglesia de San Botolph, situada en el extremo contrario del colegio. Andando por el pasillo no tardó en alcanzar el New Court.

En el trayecto solamente se topó con un par de muchachos del primer curso. Ensimismado en sus propios pensamientos no los vio, y golpeó a uno de ellos. Los libros del primerizo se desparramaron por el empedrado.

—Mira bien por dónde vas —le espetó Kit sin ni siquiera detenerse.

Los dos adolescentes, asustados por el desencuentro, recogieron sus bártulos, marchándose casi a la carrera.

La lluvia seguía cayendo con fuerza sobre Cambridge. El encapotado cielo que cubría la universidad había adelantado la noche con sorprendente celeridad. Desde el enorme patio que se abría junto a la entrada se podía ver la calle Trumpington, otrora atestada de gente y de comerciantes que entraban a la ciudad por este camino, La fuerte lluvia había hecho descender el número de carruajes y viandantes hasta hacerlos prácticamente inexistentes.

Nadie en su sano juicio se aventuraba a emprender un viaje bajo esa lluvia torrencial.

Desde el otro extremo del patio, y en línea recta, podía verse la entrada a la biblioteca. Se cubrió como pudo con su capa y ocultando entre sus

ropas el libro de Lucano, como si estuviera cometiendo algo prohibido, se apresuró a alcanzar la entrada lo antes posible.

Kit caminó pegado a la pared del patio para evitar mojarse. Sorteando los contrafuertes del muro, cubiertos por completo de densas hiedras que se aferraban a la piedra, alcanzó la entrada de la capilla del colegio. Lo plano de su blanca fachada no dejaba el más mínimo resquicio para cobijarse. Un día más, llovía sobre Cambridge.

Aprovechó aquel improvisado alto en el camino para levantar la cabeza y volver a contemplar las nubes. Nada había cambiado.

Kit reanudó su carrera y, sorteando las goteras como pudo, no tardó en alcanzar el edificio de la biblioteca.

Se llevó una sorpresa cuando comprobó que la gruesa puerta de madera que servía de entrada estaba cerrada. Se asomó a uno de los ventanales cercanos y descubrió, con alivio, luz en el interior. Introdujo la mano atravesando el agua y llamó con fuerza para hacerse oír. En pocos segundos, el señor Dekker, el bibliotecario del colegio, dejó un montón de libros sobre una de las mesas de la sala de lectura y asomó la cabeza por el cristal. Señalándole la entrada, Kit le hizo saber que la puerta estaba cerrada.

Al instante, el portón de la biblioteca se abrió.

—Lo siento, señor Marlowe —vociferó el bibliotecario entre el estruendo producido por el agua, mientras rápidamente se hacía a un lado para dejarle subir los escalones y pasar—. No esperaba tan pronto a ningún alumno en la biblioteca. La lluvia es tan intensa que temía que entrara en el edificio, como sucedió el mes pasado, por eso he preferido dejar la puerta firmemente cerrada para que el viento no la abriera.

—No os preocupéis, señor Dekker —le respondió con una sonrisa mientras se escurría como podía el agua del uniforme.

—No me extraña que esta tarde de perros nadie se atreva a venir a estudiar.

Los dos hablaban en voz alta. La ausencia de alumnos a los que perturbar en el interior de la dependencia invitaba a ello. Tras sus pasos, el bibliotecario volvió a cerrar la puerta. Kit se desató como pudo la capa, empapada de agua, al igual que el resto de sus ropas. Las huellas de sus

suelas mojadas habían quedado marcadas en el entablado del suelo, delatando el camino recorrido hasta el mostrador del señor Dekker.

Había otras huellas. El joven estudiante se quedó extrañado, ya que los zapatos del bibliotecario, aparentemente, estaban secos. Resultaba imposible que pudieran haber dejado marca alguna sobre las tablas del suelo. Las pisadas, además, parecían pertenecer a unos pies mucho más ligeros que los del anciano funcionario. Eran zancadas amplias e iban directas hacia uno de los pasillos de la planta baja. Y a pesar de la extrañeza que le causó, no le dio más importancia.

El bibliotecario permanecía quieto y sonriente, mirándolo desde detrás del mostrador.

—Decís que no hay nadie más en la biblioteca —comentó en un susurro apenas imperceptible echando un vistazo al interior del enorme salón.

—¿Cómo decís, señor Marlowe?

—No, nada, disculpad, señor Dekker.

Prefirió reprimir la inquietud. No sabía cómo empezar a explicarle al viejo bibliotecario qué es lo que estaba pasando.

—Vos diréis lo que deseáis, señor Marlowe. Como os he dicho, sois el primero en llegar esta tarde, por lo que no tendréis problema alguno en encontrar el escritorio que más os plazca. Como no había trabajo cuando he venido después de la comida, he aprovechado el tiempo para colocar algunos de los volúmenes que tenía pendientes de ordenamiento. Bien sabéis que con la llegada de los exámenes del trimestre, los alumnos se lanzan sin rodeos a la caza y captura de las obras más preciadas para sus estudios.

El señor Dekker se arrimó a uno de los montones de libros y le mostró algunos de ellos.

—¿Lo veis? —añadió jugueteando con algunas de las obras—. Herodoto, Estrabón, Cicerón, los dos Plinios…

—Sólo quería devolver este libro que… tomé prestado hace unos días.

Kit sacó con cuidado del interior de su camisa el libro de Lucano. El señor Dekker se hizo a un lado para consultar la cajonera de préstamos. Era un hombre de avanzada edad, baja estatura y ligeramente encorvado. Su aspecto no podía ir más acorde con la idea que cualquiera pudiera tener de

un bibliotecario. Sus lentes de aumento reposaban sobre una nariz aguileña mientras dos alambres se estiraban hasta unas enormes orejas cubiertas de pelos blancos, el mismo color que los pocos cabellos que aún cubrían su cabeza. Como de costumbre, lucía un chaleco verde sobre una camisa blanca que para nada compaginaban con el color azul de sus pantalones, detalle que, seguramente, no sería de ninguna importancia para una persona que pasa la mayor parte del día a la luz de velones de sebo, rodeado de inmensas torres de libros.

Como si fuera un ratoncillo, el señor Dekker pasaba una a una las tarjetas del cajón correspondientes a la letra «M» de Marlowe. Entre ellas buscaba la referencia del préstamo.

—Disculpadme…, señor Marlowe… ¿Cuándo habéis dicho que os llevasteis el libro…? No veo ninguna obra de ese autor en su apartado…

Kit no tardó en descubrir el error. El señor Dekker no podría encontrar la referencia de la ficha en su cajón. Él no había tomado prestada nunca aquella obra. Debió de haber sido recogida por Faunt, por lo que su nombre no podría estar allí.

—Oh, lo siento, señor Dekker. Acabo de recordar que fue prestado a mi compañero el señor Faunt, Nicholas Faunt, por lo que su tarjeta debe de encontrarse en la letra «F»… —Su anuncio, intentando reaccionar a tiempo, resultó en vano.

—No, señor Marlowe, yo estaba equivocado… Aquí está la tarjeta…, la *Pharsalia* de Lucano. Eso es…, en la «M» de Marlowe. Os lo llevasteis vos mismo el lunes día 25, hace exactamente dos días, como habíais dicho. Ojalá todos los alumnos fueran tan eficientes como vos, señor Marlowe. Espero que sepáis disculpar mi error.

El bibliotecario le extendió la tarjeta. Kit no cabía dentro de sí del asombro que en aquel momento le embargaba. En la mano, el señor Dekker le mostraba una ficha en la que aparecían sus datos, el nombre del libro y, lo más extraordinario, aquéllas eran su letra y su firma de estudiante.

Un sudor frío empezó a recorrer su rostro y espalda. Se entremezclaba con el agua de la lluvia que ya por entonces le estaba calando los huesos, erizándole el vello del cuerpo.

Reflexionó durante unos segundos sobre toda la trama que Nicholas Faunt le había ofrecido pocas horas antes en su cuarto del Corpus Christi y a la que de forma voluntaria estaba a punto de sumarse. ¿Quiénes eran esos hombres capaces de duplicar la letra de otro como si emplearan magia oscura?

El camino hacia su destino parecía estar trazado con antelación y se veía arrastrado por los acontecimientos. Aquello comenzó a desagradarle.

La voz del bibliotecario lo sacó de sus dubitativos pensamientos.

—Hacedme un favor, señor Marlowe. Como no hay nadie en la biblioteca y es tan pesado el trabajo que tengo con estos manuales, me haría un gran favor si fuerais vos mismo quien devolviera a Lucano a su lugar. Es muy sencillo. No tenéis más que dirigiros al pasillo norte de esta planta baja, en la estantería 85. Allí veréis otras obras colocadas por orden alfabético. Seguramente hay un hueco en la estantería que se corresponde con la suya. Yo estaré aquí por si tenéis algún problema.

Su voz estridente resonó con eco en el vacío de la biblioteca. Sorprendido aún por lo que acababa de ver, Kit no tuvo tiempo de reaccionar. Asintió con un leve movimiento de cabeza y una sonrisa comprometida, y se quedó allí clavado como una estatua frente al mostrador del señor Dekker, mientras éste continuaba con su trabajo.

Conocía perfectamente dónde estaba el pasillo norte de la planta baja y en concreto la estantería número S3. La había consultado en cientos de ocasiones para leer las obras de sus autores griegos favoritos. Giró sobre sus pasos, e intentando reponerse del sobresalto, se encaminó hacia el pasillo.

Para hacerlo no tuvo más que seguir las misteriosas pisadas que todavía brillaban húmedas sobre la madera del suelo.

Con una precisión absoluta, las marcas se detenían en el número 85 del pasillo norte para después volatilizarse como por arte de magia. Kit miró a ambos lados pero no encontró alma alguna. En el silencio del edificio se podía escuchar únicamente en la lejanía al señor Dekker en su rutinario trabajo de llevar de aquí para allá libros y cajas.

A la altura de sus ojos, la balda en cuestión, atestada de tomos como todas las demás, mostraba un vacío. Junto a la *Epistula* de Lucio Luceyo, se

abría el espacio dejado para la *Pharsalia* de Marco Anneo Lucano que tenía en sus manos.

Se detuvo un instante a mirar por última vez el libro. ¿Debía dejarlo con la carta en su interior o sin ésta? Abrió el volumen por su primera página y comprobó que, a pesar de la carrera bajo la lluvia, todo seguía en orden. La nota estaba en su sitio.

Tirado por una fuerza interior, a caballo entre el miedo que le creaba aquella situación y la confianza que por otro lado le daba su amigo Nicholas Faunt, Kit dudó durante unos segundos sobre qué hacer.

Finalmente, una vez comprobados los sencillos pormenores que tenía que llevar a cabo, cerró con cuidado el libro, asegurándose de que la nota permaneciera aferrada por la encuadernación de sus páginas. Tras secar algunas gotas de agua que, de forma irremediable, habían caído sobre la cubierta de piel que lo protegía, depositó el volumen en el sitio donde debía estar.

Dio un paso atrás y durante unos instantes permaneció quieto observando la colocación exacta del libro, asegurándose de que eran el pasillo y la estantería correctos.

Allí estaba su incierto destino, rodeado de papeles y obras de autores clásicos.

Se dio la vuelta y comenzó a desandar el camino hacia el mostrador del señor Dekker. Pero, por tercera vez, las huellas estaban ahí de nuevo. No pudo ni caminar un par de pasos.

—¡Diablos…! —exclamó con un grito apagado en su interior, asombrado por el inesperado hallazgo.

Ante él, como debido a un requiebro del demonio, reaparecían sobre el suelo las huellas húmedas del tercer invitado. Estaban aún frescas aunque podría jurar que poco antes allí no había absolutamente nada. Las pisadas dibujaban sobre el entarimado un giro al final de las estanterías en dirección al corredor contiguo al que se encontraba.

Comenzó a oír cerca de él algo similar al ruido que produce una persona al pasar las páginas de un libro. El intrigante sonido parecía proceder del pasillo contiguo.

Alarmado, Kit se acercó a las baldas. Apenas había espacio suficiente entre ellas para poder ver lo que sucedía en el otro extremo. Temeroso, al siguiente ruido, en esta ocasión justo detrás de él, su invisible contrincante no tuvo tiempo de decir nada cuando en un giro raudo se vio con la punta del cuchillo del estudiante en el cuello.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Muy mal, señor Marlowe —señaló el estupefacto aparecido—. No se precipite ni se deje llevar por lo que crean ver sus ojos o lo que escuchen sus oídos. De lo contrario acabará perdiéndolos. Nada es lo que realmente parece. No lo olvide nunca.

Kit soltó de inmediato a su oponente. Éste se echó la mano al cuello para limpiarse la gota de sangre que le había provocado la punta del cuchillo. Era un joven espigado cuya edad debía de ser ligeramente superior a la suya. El sombrero y la chaqueta verdes demostraban que no se trataba de ningún alumno del colegio. De espaldas a una de las cristaleras no pudo distinguir su rostro hasta que, una vez pasado el susto inicial, se volvió a un lado para que la escasa luz que podía entrar por la vidriera de la biblioteca iluminara su semblante.

La aparición se tornó más cercana cuando pudo comprobar sus facciones. Tenía toda la cara rasurada. Podría decirse que se trataba de un joven de rostro ambiguo, la mejor manera, quizá, de llevar a cabo aquel misterioso trabajo sin dejar huellas de procedencia o intención.

—¿Quién eres? —preguntó Kit intentando mantener la calma.

—Mi nombre es Frizer, Ingram Frizer. Ya habrá tiempo para conocernos. No se preocupe. Ahora, sinceramente, eso no tiene importancia alguna. Nos queda mucho por hacer y el día no acompaña. —Frizer señaló el diluvio que aún continuaba fuera del colegio.

Detuvo su discurso y con una sonrisa levantó la mano derecha mostrándole un libro. Aquel joven tenía la obra de Lucano que Kit acababa de dejar en la estantería 85 del pasillo norte de la planta baja.

—Lo siento. No pensé que todo fuera a ser tan rápido. Apenas he tenido tiempo de sobreponerme al sobresalto que supuso ayer mismo la oferta de mi amigo Faunt en mi c…

—No es momento de explicaciones, señor Marlowe —añadió casi amenazante aquel joven altivo—. Tenemos que irnos. Solamente le doy un primer consejo de bienvenida. Desde este mismo momento no conoce al señor Faunt. No olvide lo que le he dicho antes. Nada es lo que realmente parece.

Sus palabras sonaban inquietantes y no dejaban lugar a ninguna clase de dudas. Sin embargo, aún le costó más de un requiebro el adaptarse a la situación.

—Entiendo…, recojo dos cosas en mi cuarto y regreso al instante.

—No, señor Marlowe. Parece que todavía no ha entendido nada. —La mirada de Frizer parecía más hosca que antes—. No hay tiempo. Nos están esperando. A partir de este momento no debe preocuparse por nada. Vuelva al mostrador del bibliotecario, recoja su capa y salga por la puerta como si no sucediera nada extraño. Nos espera un viaje largo y, como usted mismo puede ver, el tiempo no acompaña.

Ingram Frizer volvió a señalar la vidriera a través de la cual aún podía verse la lluvia. Apenas imperceptible, el murmullo del agua sobre la sólida techumbre de la biblioteca anunciaba que el temporal iba amainando lentamente.

Sin más palabras, el misterioso joven dio media vuelta, perdiéndose poco después entre las estanterías del lado norte de la biblioteca del Corpus Christi.

Aún consternado por la rapidez con la que se sucedían los hechos que estaba viviendo, Kit obedeció y caminó hasta el mostrador del señor Dekker sin mediar palabra. Tampoco era su intención el comenzar en su nuevo oficio, del cual ignoraba todavía cualquier tipo de detalle o pormenor, irritando a los que a la postre podrían ser superiores suyos o simples compañeros.

Cuando Kit llegó al mostrador del bibliotecario, éste no se encontraba en su sitio. Sobre la mesa de entrada estaba su capa negra. Observó que la puerta ya estaba abierta. A un lado apareció el señor Dekker.

—¡Ah!, Señor Marlowe. Ya estáis aquí. ¿Todo en orden? ¿Tuvisteis algún problema con el libro?

—Pues no, está todo correcto… Muchas gracias y hasta la próxima.

—Esperemos que el tiempo haya mejorado. Al menos ahora ya no llueve con tanta fuerza como cuando vos entrasteis. He dejado la puerta abierta porque a esta hora seguramente comenzarán a venir más alumnos. Con un poco de suerte podréis alcanzar de nuevo vuestro cuarto sin apenas mojaros. Buenas tardes, señor Marlowe.

Efectivamente, la puerta estaba abierta y, una vez más, atravesada por las huellas mojadas del misterioso joven. Hacia ella se dirigió siguiendo inconsciente sus pasos. Descubrió al pie de la escalinata un coche con cuatro caballos negros. Lo estaban esperando.

La portezuela abierta le invitaba a subir. Desconfiado o no, ya no podía renegar de su suerte. De un salto, evitando así los chapiteles que todavía caían del tejado como alabardas, se introdujo en el interior del carruaje dando un paso más hacia su incierto destino.

Dentro lo esperaba Ingram Frizer. Al cerrar la puerta, el cochero golpeó el aire con el látigo, a lo que los caballos respondieron con un fuerte movimiento que estuvo a punto de hacer perder el equilibrio del coche. Éste giró por el patio dando media vuelta para salir a la calle Trumpington.

Abandonaron Cambridge en dirección hacia Londres, dejando a la izquierda la iglesia de San Botolph y las casas y tiendas que discurrían a lo largo de la entrada a la población.

Fue la primera vez, aunque no sería la última, que tomaba un coche como aquél. Estaba cubierto por gruesas cortinas verdes con cordones dorados, el mismo color que cubría las dos filas de asientos del interior. No había divisa ninguna en el exterior, cosa extraña viniendo la carroza de alta cuna como seguro que lo era aquélla.

Todo ese esplendor hizo que durante unos segundos su mente se dispersara, olvidando el motivo de su estancia en el vehículo.

—¿Puedo saber hacia dónde nos dirigimos, señor Frizer?

La pregunta que formulaba a su acompañante parecía más que clara. Sin embargo, Frizer no contestó. Ni siquiera se dignó retirar su mirada del paisaje.

—Nada es lo que realmente parece, ¿no es así? —añadió, no sin cierta sorna, y lo dejó por imposible.

Aquel joven alto y delgado que hacía unos minutos había mantenido una breve charla con él en el interior de la biblioteca parecía mudo, como si su lengua se la hubiera devorado el demonio. No insistió y se acercó a una de las ventanas para retirar la cortinilla y contemplar el paisaje.

El cielo se había cansado de lanzar sobre los hombres tanta agua. La lluvia había cesado y poco a poco el cielo comenzaba a abrirse a medida que se alejaban de Cambridge. No habrían recorrido ni dos leguas desde que salieron de la ciudad cuando el coche continuó por el camino de Londres en dirección sur, siempre siguiendo el curso del Cam.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Chislehurst, Kent (Inglaterra)

Jueves, 28 de febrero de 1585

Al día siguiente, durante la tarde, el paisaje se había tornado de un verde brillante. Todo olía a hierba y a frescor. Dejaron atrás el oscuro aspecto de la lluvia de la mañana y el sol intentaba asomarse en lo alto del cielo.

El viaje había transcurrido con total normalidad. Tuvieron incluso tiempo de hacer un par de paradas para cambiar de caballos y descansar durante el camino.

La noche anterior habían llegado a la zona norte de Londres y tras pernoctar allí, a eso del mediodía del jueves, después de que Ingram Frizer aprovechara la ocasión para arreglar ciertas transacciones de las que no dio explicación a Kit, el coche reanudó el viaje una vez más en dirección sur, atravesando la localidad de Greenwich.

Durante el último tramo del trayecto hacia un destino desconocido, Kit tuvo tiempo de pensar por enésima vez en la azarosa suerte que lo había acompañado en las últimas horas. A pesar de llevar una vida solitaria en el Corpus Christi no olvidaba a su familia de Canterbury. Intentaba imaginar la cara que pondrían sus hermanas o el pequeño Thomas si supieran en qué se había metido. Cuando todavía le recorría cierto remordimiento por la rapidez y lo osada que le parecía la decisión que había tomado, el joven se preguntaba qué pensaría su madre, Katherine, si le contara lo que le estaba pasando. En cambio, estaba seguro de que su padre, John, aprobaría su juicio espetándole a la madre que no se preocupara, que ya era un hombre hecho y derecho y que sabía perfectamente los vericuetos y andanzas en

que podía meterse. Además, confiaba en el dinero que podría reportarle tal negocio y la ayuda que podría prestarles desde ese momento, dejando atrás la mala fortuna que en ocasiones les había obligado a cambiar de casa por no poder pagar el arriendo. Nada de eso volvería a suceder.

Pero su destino empezaba a ir ligado a una premisa de la que no podría zafarse nunca: el silencio. ¿Qué importancia podría tener que su familia lo supiera? Seguramente les acarrearía más problemas que ventajas. ¿Qué iba a saber un joven de poco más de veinte años cuyo destino se le presentaba de tan ambigua manera?

En el fondo se consideraba una persona afortunada. No sin tristeza por la familia que dejaba atrás, pudo salir de aquella miseria gracias a la colaboración de *sir* Roger Manwood, un noble de Kent para quien trabajaba su padre como zapatero, y que se fijó en él como un chico inteligente y aplicado para la escuela. Seguramente *sir* Roger Manwood pensó que era un desperdicio imperdonable que un joven como él permaneciera por más tiempo en la zapatería de su padre. Por ello, hizo todo lo posible para que lo aceptaran con quince años en el King’s School de Canterbury. Kit todavía recordaba a aquel hombre firme y fuerte, de mirada penetrante e inquisitiva, luciendo su capa, los guantes asidos con la mano derecha y la magnífica cadena de oro con varias «S» entrelazadas entre gruesos eslabones también de oro que corrían bajo los hombros del manto.

De vuelta a la realidad, Frizer continuaba igual de mudo que durante el resto del viaje. Solamente había abierto la boca para comunicarle la llegada de las paradas y el descanso, así como el momento de reanudación del viaje. Sin embargo, el joven agente no perdía de vista uno solo de los gestos que hacía Kit, ensimismado en sus pensamientos. En esta ocasión se debió de percatar de la suave sonrisa que le hacía brillar el rostro, sumido ya entonces en una nube de recuerdos que iba desplegando a cada vuelta de rueda sobre el verde paisaje que se abría al sur de Londres.

No recordaba cuánto tiempo había pasado desde la salida de la biblioteca del colegio la tarde anterior, pero no transcurrió mucho más desde que regresó a la presencia de Frizer y el coche.

Los caballos giraron repentinamente para pasar por debajo de un gran arco de piedra que se abría junto al lado derecho del camino. Su

acompañante hizo un amago de cambiar la postura y aferró con su mano derecha el sombrero de fieltro que había dejado sobre su asiento. Kit dedujo entonces que habían llegado a su destino.

Había comenzado a lloviznar de nuevo hacía pocos minutos y a pesar de que el sol ya estaba comenzando a ponerse, aún había luz suficiente para ver el frondoso jardín que se abría frente a la fachada de una gran casa. Tras cruzar un estrecho puente de madera, el joven estudiante descubrió que a ambos lados del camino se levantaban pies de bronce con lámparas. Las teas empezaban a arder gracias al fuego que un mozo del servicio traía en un caldero con brasas. Rica casa, por cierto, a juzgar por lo ostentoso de su fachada, que pudo estudiar con detalle a medida que se acercaban a ella.

La mansión, que debía de tener más de doscientos años de antigüedad, estaba protegida por un profundo foso. Parecía tratarse de un lago. Su anchura era enorme. Sin embargo, como pudo descubrir después, en realidad se trataba de una obra mandada realizar por los dueños de la casa, de suerte que la vivienda quedaba encerrada en una enorme isla inexpugnable.

Todo a su alrededor estaba cubierto de bosques y prados. No lejos de allí descubrió un huerto con manzanos; frutos que en tres meses harían las delicias de los habitantes.

La casa en sí, al igual que las construcciones tradicionales de la zona, estaba levantada con piedra y madera. La fachada estaba repleta de grandes ventanales. Aquello parecía más el palacio de cristal de un mago que la vivienda de un hombre adinerado; por ello era evidente que en una villa de tal excelencia tendría que vivir alguien de esa condición.

El coche se había detenido al pie del camino de piedra que daba a la puerta. Sin embargo, Kit no hizo ningún movimiento por temor a errar en su proceder. No reaccionó hasta que vio a Ingram Frizer hacer lo propio y abandonar el carruaje por una de las puertas. Lo siguió con apremio. Cuando quiso darse cuenta, el muchacho ya había alcanzado la entrada y el coche abandonaba el patio, seguramente en dirección a las cocheras.

Frizer lo esperaba frente a la enorme puerta de madera, mientras él se abotonaba la capa lo más rápido que podía.

Cuando llegó a la entrada, el portón ya había sido abierto. Sobre él, una enorme piedra decorada con motivos de hojarasca hacía de dintel, otorgando al lugar cierto aire de lujo y sobriedad al mismo tiempo.

Le resultaba terriblemente extraño que un desconocido, al menos para él, invitara a un advenedizo a su residencia haciéndole, además, entrar a ella por la puerta principal y dejando para otra ocasión la costumbre de las entradas de servicio tan usadas por amantes y tramposos. Sintiéndose halagado, no le dio más importancia y se dejó arrobar por la belleza de la decoración de la gran estancia que a modo de recibidor se abría al comienzo de la casa.

El joven estudiante se encontraba a gusto. En otras circunstancias ya habría puesto la mano en el mango de su puñal. Pero en esta ocasión, sin saber por qué, todo parecía estar bajo control.

Frente a él había un coro con balaustrada, todo fabricado en madera ricamente trabajada y decorada. A la izquierda del salón, cuya cubierta estaba formada por una techumbre a dos aguas, sobre una puerta de roble y cubriendo la pared, había cuatro cuadros en los que se podía ver el retrato de las que imaginó personas importantes de la familia. En el lado contrario, sucedía lo mismo pero con dos formidables tapices flamencos que alcanzaban casi hasta el entarimado del suelo.

Aunque la luz macilenta que descendía generosa de la lámpara colgada del techo no era la más idónea para disfrutar de los detalles de aquel cartón, a simple vista parecía que los tapices estaban decorados con motivos militares.

En un momento descubrió que se había quedado solo en aquel gran recibidor. Frizer había desaparecido y únicamente pudo ver un sirviente que permanecía hierático, esperando, seguro, alguna orden para acompañarlo hacia otra estancia de la residencia. Efectivamente, a los pocos segundos el muchacho se le acercó y con un mayestático «acompañadme, señor» dio media vuelta atravesando la puerta de roble que se abría en la pared del fondo, la que estaba enmarcada por los tapices.

Solamente entonces se dio cuenta del lugar en donde se encontraba. Sobre la entrada pendía una divisa de madera cubierta de pan de oro. En ella, protegida por la cabeza de un feroz tigre con una corona ducal al

cuello, podía verse el escudo de una cruz ajedrezada. Eran las armas de la familia Walsingham.

Consternado por el descubrimiento que acababa de realizar y con el corazón latiéndole en el pecho a un ritmo infernal, el joven estudiante decidió no despegarse del sirviente y seguir al pie de la letra cada una de las instrucciones que tuviera a bien transmitirle.

Al atravesar la puerta, el muchacho cogió de una mesita que había junto a la entrada una lámpara con un velón. Lo encendió en una de las teas que ardían cerca y comenzó a andar por un pasillo con paredes desnudas, protegiendo la llama con su mano. Solo se veían sus sombras avanzando por el corredor. Ahora sí que estaba sorprendido por la situación. Lo habían hecho entrar por la puerta principal para luego tener una entrevista a hurtadillas con alguien a quien todavía desconocía, en algún lugar más allá del tenebroso pasadizo. Pero, después de ver aquel escudo y meditar mínimamente en el poder que implicaba, se preparó para cualquier cosa.

Al final había una modesta entrada. El mozo sacó de su bolsillo derecho un llavón de hierro y, tras introducirlo en la cerradura, la hizo girar en dos ocasiones. Entonces, la lámpara se topó con lo que parecía un cortinaje bermellón pegado al mismo marco de la puerta.

Habían llegado hasta allí a través de un pasillo secreto, lo que daba más tensión, si cabe, al encuentro que suponía iba a tener a continuación.

El muchacho retiró la cortina y accedió a una habitación fría y negra como el azabache. La luz de la lámpara le dejaba ver algunos muebles, una mesa grande y los elementos propios de lo que cualquiera tendría a bien entender como un escritorio. Kit observaba desde un lado del cortinaje. El despacho no tenía más salida que otra puerta, mucho más elegante que la que acababan de pasar. Dedujo, pues, que aquélla era su meta.

Encendió cinco grandes lámparas que había distribuidas entre la mesa y las paredes, empezando por las dos que había sobre el escritorio, cuya ventana, descubrió, daba a la fachada de la casa. Encendidas las lámparas, el mozo se sirvió de una de ellas para encender la chimenea que se abría en un lado del cuarto.

Acabado su quehacer, se dio la vuelta hacia donde se encontraba el recién llegado y con un gesto le dio a entender que esperara allí. Apagó el

velón que había tomado al comienzo del pasadizo, cerró de nuevo con llave la puerta por la que habían entrado y, cruzando la estancia, se despidió, desapareciendo por la entrada principal.

En pocos minutos el agradable calor del fuego se expandió por la habitación. Kit comenzó a sentir que la capa le sobraba.

Pudo oír unas campanas lejanas que marcaban las seis de la tarde. Ya era noche cerrada según podía ver por el gran ventanal que se abría en la pared.

La luna apenas había crecido desde la noche pasada. Observaba con detenimiento el exterior de la finca y su jardín desde su nueva posición. Todo parecía tranquilo. La paz de fuera solamente se veía perturbada por la presencia de algún sirviente que marchaba de un lugar a otro de la casa para cumplir algún aviso.

Sólo entonces pudo tener una idea más adecuada del lugar en el que se encontraba. Efectivamente, aquello era un escritorio con las paredes cubiertas por cortinillas a través de una de las cuales habían entrado.

La habitación, de forma rectangular, era muy espaciosa, lo suficientemente grande como para abrigar en su interior un buen número de estanterías como la que atrajo su atención por los volúmenes que había en sus baldas. El joven estudiante descubrió que la gran mayoría de ellos eran impresiones antiguas de autores clásicos e incluso algunos manuscritos árabes y hebreos, cuya lectura en aquel momento le era todavía ignorada. Entre los libros había trabajos de Virgilio, Herodoto, Homero, Plutarco y, para su sorpresa y agrado, diferentes ediciones de la *Eneida* de Virgilio, publicadas en Italia, Francia, Alemania y España.

Sobre la mesa del escritorio había papeles oficiales de mero trámite burocrático. El sello del Corpus Christi estaba grabado sobre un montón de hojas aferradas a modo de legajo. Se acercó unos pasos y se agachó sobre el tablero, atraído por aquellos sellos. Su curiosidad le llevó a abrir una de las esquinas para conocer el contenido del documento. Antes de cometer su primera indiscreción se acercó a la entrada falsa por la que había accedido y a la puerta de la misma. No escuchó ruido alguno. Amparado por la supuesta soledad de aquella parte del edificio, regresó a la mesa sobre la

que se encontraba el curioso escrito y comenzó a ojearlo. A simple vista parecían copias manuscritas de versos.

Entonces soltó el caballo; y de repente desde el interior de sus entrañas, Neoptolomeo, dejando su lanza sobre el suelo, saltó adelante y tras él, mil griegos más, en cuyos rudos rostros brillaba el fuego sofocado que había quemado el orgullo de Asia.

Mientras, el ejército se acercó a los muros y atravesándolos marchó por sus calles en donde, uniéndose al resto, gritaba «¡Muerte, Muerte!».

No pudo seguir. Ahora, quien quería gritar era él. Aquellas palabras del príncipe troyano Eneas eran una transcripción exacta de su *Dido, reina de Cartago*. ¿Cómo era posible que hubiera llegado hasta allí una copia de la obra que había escrito el año interior?

Desconcertado al comprender la persecución de la que había sido objeto en los últimos meses, apartó la vista de los papeles. Incapaz de comprender lo que le sucedía se acercó a uno de los ventanales y durante unos instantes observó el reflejo de su rostro en el cristal. ¿Dónde se había metido? ¿Quién más sabía de los trabajos que había escrito a escondidas en el Corpus?

Pálido, igual que la cera de una vela, los sentimientos de incertidumbre se arremolinaron en su cabeza.

Como una aparición fantasmal, junto a su reflejo del ventanal, descubrió a su espalda la figura erguida de un individuo.

—Bienvenido, señor Marlowe. Considérese en su casa. Mi nombre es Thomas Walsingham.

La voz venía de la pared opuesta del escritorio. Se volvió y ante él vio a un joven lord que vestía con calzón negro, jubón amarillo abotonado hasta el cuello, sin golilla, y camisa blanca con cuello abierto, decorado con puntillas de encaje. Walsingham debía de tener su misma edad. Más tarde descubriría que aquel brazo armado de la política regia de la reina Isabel era sólo un año mayor que él, por lo que cuando aquella tarde de invierno lo conoció en el despacho de trabajo, no tenía más de veintidós años.

El cabello ondulado, largo y negro, le caía a ambos lados de la cabeza sobre los hombros. Alrededor de la boca de aquel joven de aspecto aniñado, pugnaba por destacar un incipiente y aflojado bigote, acompañado por una perilla, menos espesa aún.

No había duda.

Se encontraba delante de Thomas Walsingham, el cuarto de la estirpe en llevar con orgullo ese nombre y el mismo que había sellado con su anillo la carta que días antes recibió en su cuarto del Corpus Christi.

Nicholas Faunt le había hablado en ocasiones de él. Era el hijo menor de Thomas y Dorothy Walsingham, primo segundo del gran *sir* Francis Walsingham, secretario de la reina y el verdadero superior del servicio secreto de Su Majestad. Hacía más de cinco años que aquel infante trabajaba en el servicio secreto llevando y trayendo correos desde Francia, igual que su amigo Faunt. Desde hacía unos meses se había asentado en Kent para gestionar el reclutamiento de nuevos agentes que lo sucedieran en su puesto en diferentes destinos. Los Walsingham contaban con una amplia red de hombres distribuidos entre los lugares más estratégicos de Europa. Contaba con doce en otras tantas comarcas de Francia, nueve en Alemania, cuatro en Italia, entre ellos el famoso Giordano Bruno, decían, otros cuatro en España y tres en los Países Bajos, sin contar con los informadores que había fuera de Europa en lugares como Constantinopla, Argel y Trípoli.

Ésa había sido la razón de la carta que recibió, seguramente porque Faunt lo había recomendado como uno de los alumnos más idóneos. No era extraña, pues, la sorpresa de Kit.

Tras el saludo de rigor se dirigió al sillón que presidía su mesa de escritorio y se aposentó.

—Tenga la bondad de tomar asiento —añadió el anfitrión en tono solemne—. Le ruego sepa disculpar la descortesía de haberle hecho llegar hasta aquí por el lúgubre pasillo del recibidor.

El joven estudiante no contestó y se limitó a sonreír. La voz de Walsingham sonaba tranquila en un claro intento de transmitirle serenidad. Pero la boca de Kit todavía no había sido capaz de abrirse para decir una sola palabra.

Tampoco se había sentado. Su nerviosismo aumentó cuando observó horrorizado que Walsingham descubría que los papeles de la mesa habían sido desordenados. Por un momento se creyó hombre muerto.

—Me agrada su forma de escribir y la temática de su obra, señor Marlowe. Espero que no le haya molestado que me hiciera con una copia de

su *Dido, reina de Cartago*.

El diálogo sonaba conciliador y no parecía mostrar ningún tipo de molestia porque un plebeyo le hubiera revuelto los papeles en su ausencia.

Señalándole un sillón de terciopelo rojo, a juego con las cortinas de la habitación en la que estaban, le repitió:

—He dicho que puede tomar asiento.

Y antes de que acabara la frase el recién llegado ya descansaba en el suave terciopelo. Walsingham esbozó una sonrisa y prosiguió con una mirada distraída a los papeles de la mesa.

—No pretendo que esta conversación se convierta en un monólogo. ¿Me entiende?

—Sí, señor —asintió al fin captando la ironía.

Se rió por dentro con aquella ocurrencia. Efectivamente, la situación se había convertido en un tanto absurda. Él estaba atónito y su anfitrión sobreactuaba intentando estar lo más próximo posible a su invitado. En definitiva, por mucho que se intentara esforzar, cualquiera podría notar desde una legua de distancia que Walsingham estaba interpretando un nuevo papel. Habiendo dejado atrás el trabajo sucio de simple mensajero, el joven ahora había ascendido un nuevo peldaño en su honorable trabajo para la Corona de Inglaterra. Aunque no supiera cómo hacerlo, debía ofrecer una imagen de persona tenaz e inflexible, algo para lo que no tardó en descubrir que aún estaba por madurar.

Kit se tranquilizó y comenzó a sentirse más sereno.

—Le decía que me agradó mucho su forma de escribir. Virgilio es uno de mis autores favoritos, como seguro que ha podido descubrir en mi biblioteca.

—He observado —respondió el estudiante del Corpus— que contáis con una magnífica colección de autores antiguos y, como bien decís, entre ellos destaca la profusión de ediciones de *La Eneida* de Virgilio, lúcida obra en la que basé mi *Dido, reina de Cartago*.

—Será un placer ayudarle a representarla en un futuro y por supuesto a publicarla. Conozco varios libreros de Londres que lo harán con sumo gusto. Será un honor, créame. Imagino que sabrá que tengo muy buenos

apoyos para conseguirlo sin dificultad. Le auguro un futuro prometedor en el mundo de las letras.

Walsingham seguía sobreactuando. Su semblante intentaba cambiar una vez más de registro. Pero aquel joven apenas conseguía sorprenderle ya. Con el leve gesto de las cejas, una mezcla de sorpresa y asentimiento, lo invitó a seguir despachándole sobre el negocio que se traía entre manos y para el cual se había tomado tantas molestias.

—No tenemos prisa, querido amigo. ¿Desea beber un poco de vino?

Kit asintió con un movimiento firme de su mano izquierda. Walsingham hizo lo propio con un cordel de seda que pendía de la pared. Al instante apareció el mismo muchacho que le había acompañado hasta la estancia. Tras recibir el encargo de su señor, desapareció como un espectro por donde había venido, sin hacer ruido alguno, dispuesto a cumplir el cometido que se le había indicado.

La verdad es que sí le apetecía tomar algo. Habían pasado tantas horas desde la comida que su estómago, no habituado a tales emociones y cercana ya la hora de su acostumbrada cena, comenzaba a dar bramidos de impaciencia en busca de algo para digerir.

Al poco tiempo, otro sirviente entró acompañado del primer mozo portando una bandeja. En ella había dos copas de plata, una jarra del mismo metal y una pequeña fuente repleta de lo que parecían ser deliciosos bollos y fruta.

Mientras bebían y comían algo ligero, siguieron hablando, o sería más correcto decir que Kit siguió escuchando sus comentarios sobre el teatro y el futuro de su trabajo como autor. Luego lo asaltó con su formación en el Corpus Christi y las asignaturas que estudiaba.

—Sabemos que fue bautizado el 26 de febrero de 1564 en la iglesia de San Jorge Mártir de Canterbury, y que sus padres son John y Katherine Marlowe, residentes todavía en esta localidad, tenemos muy buenas referencias de usted, señor Marlowe. Sin lugar a dudas es uno de los mejores alumnos del Corpus Christi… ¿No es así?

Thomas Walsingham fue desgranando algunos párrafos de los papeles que formaban el escueto legajo del que había sacado la copia de *Dido, reina de Cartago*. A esas alturas, a Kit ya no le sorprendía descubrir la cantidad

de detalles que aquel joven sabía de su vida, hasta ese momento, privada. Asintió con la cabeza y sin moverse de su asiento. Mientras, Walsingham siguió destripando los principales rasgos de su biografía.

—Después de estudiar en una de las escuelas de su localidad natal, pasó al King's School. De allí fue al Corpus Christi de Cambridge, institución en la que actualmente reside. No cabe duda de que se tiene ganada la pensión que le permite estudiar en tan laureado colegio. Su expediente es magnífico. Aunque no es menos cierto que su espíritu alocado le ha llevado a participar en más de una pelea. Al parecer, señor Marlowe, es usted de temple irascible; algo que no crea que en absoluto me desagrada. Frizer, nuestro enlace, nos ha señalado el desencuentro que tuvo con vos en la biblioteca.

—Más vale prevenir que curar.

—Ahora hablaremos de eso.

Walsingham siguió echando un vistazo a los papeles sonsacando frases y comentarios de aquí y de allá. Al parecer se tenía más que estudiado el informe que alguien, no era difícil imaginarse quién, le había proporcionado dándole ingentes datos sobre él. Acabado lo cual, cerró el expediente y mirándole fijamente le espetó:

—Precisamente, imagino que también supondrá que no le he hecho venir hasta mi casa para hablar de teatro o de su expediente. ¿No es así, señor Marlowe?

Su semblante pareció transformarse.

—¿Sabe para qué le hemos traído hasta aquí? —añadió por si aún quedaba alguna duda.

—Creo conocer algo, pero me gustaría que se me informara de cuál es mi papel en toda esta trama, señor Walsingham.

La boca del joven noble dibujó una sonrisa perfecta al percatarse de su disposición a colaborar.

—La situación de nuestro frente a nuestros enemigos de siempre —comenzó a disertar de forma solemne— no se presenta en los últimos meses como algo tranquilo y sosegado. Imagino que sabrá, señor Marlowe, que la Corona de Inglaterra cuenta con dos grandes enemigos. Éstos son España y Francia. No sabría decirle con precisión cuál de los dos es más peligroso. En cualquier caso, suponen una grave afrenta para los intereses de Su

Majestad y como tal deben ser eliminados o, si esto parece imposible, destemplados al máximo para que su poder quede mermado en el marco internacional y no perjudique un ápice nuestros intereses en el exterior.

El joven Walsingham separó el sillón del escritorio acomodándose sobre el respaldo.

Marlowe escuchaba atentamente lo que le contaba sin mover un solo músculo. Su anfitrión bebió un poco de vino apurando la jarra que había traído el sirviente y prosiguió:

—Por un lado están los católicos franceses. Con ellos conseguimos limar algunas asperezas en 1559 con la Paz de Cateau-Cambrésis, todo un negocio para los españoles, que recuperaban su hegemonía en Italia y en gran parte de Europa, pero un desastre para nosotros, que, una vez más, nos quedábamos reducidos a un segmento ínfimo, totalmente en desventaja con el resto de las potencias europeas. Y los católicos están detrás de muchos de estos agravios. No puedo negar que el actual estado de guerra civil que vive Francia por problemas religiosos, los mismos que nosotros superamos hace más de dos décadas, nos benefician de muy buena manera. Pero en ocasiones estos inconvenientes superan las fronteras y se entrometen en las nuestras reavivando los viejos fantasmas del catolicismo.

»Son muchos los católicos que defienden la vuelta de su religión clamando a María Estuardo como legítima reina de Inglaterra. Por ello debemos andarnos con cuidado y andar con pies de plomo en cada cosa que hacemos. Cuando yo era muy niño, recuerdo que mis padres me contaban las horribles noticias que venían de París. La rivalidad entre católicos y protestantes había llegado hasta tal punto que los primeros decidieron acabar con los segundos de forma drástica. De esta manera, el antiguo rey Carlos IX, que Dios lo haya mandado al infierno, ordenó el asesinato de miles de nuestros correligionarios para evitar que llegaran al poder. La pesadilla comenzó en la noche de San Bartolomé en París y poco después se extendió por toda Francia. Fueron decenas de miles de almas inocentes. Personalmente, no tengo ningún interés especial en que los católicos no gobiernen Francia, pero, por favor, que nos dejen en paz.

Walsingham se detuvo durante unos instantes para dar un mordisco a un trozo de pan e intentar sacar alguna gota más de vino de la jarra que había

junto a los papeles. Olvidó que ya la había apurado. Volvió a tirar el cordón con el que llamaba al servicio. De nuevo apareció el mismo mozo con otra jarra de vino.

Kit no quiso interrumpir a Walsingham. Era evidente que disfrutaba relatando aquellos tejemanejes que, por cierto, parecía dominar a la perfección.

—Por otra parte —continuó tras acabar el vaso—, los españoles se mueren de ganas por invadirnos. No le voy a descubrir nada nuevo, señor Marlowe, si le digo que desde hace años esos perros hacen todo lo posible por desestabilizar nuestra Corona. Desde antiguo se rumorea que hubo cierto intento por parte del hermanastro del rey Felipe, de nombre Don Juan, de hacerse con el poder de Inglaterra casándose con la encarcelada María Estuardo, desplegando posteriormente sus tropas sobre nuestro país. Eso es algo que, gracias a Dios, nunca llegó a ocurrir, si es que realmente el plan existió. Pero los españoles en ocasiones son tan torpes que son capaces de hacer por los demás el trabajo sucio. Al parecer, el secretario de Don Juan fue asesinado en Madrid en extrañas circunstancias. Nunca se supo quién pagó la bolsa que cobraron los matarifes por hacer aquel trabajo. Eso ahora no nos interesa. El caso es que nos benefició de forma indirecta y punto.

»Nosotros no movimos ficha en aquel juego y, desde la distancia, observamos atónitos cómo nuestros problemas con los españoles se resolvían solos con la grotesca ayuda de los propios españoles. Ver para creer, pero fue así. Para colmo de buena fortuna, Don Juan murió tiempo después, a los pocos meses. Corrieron rumores de que el rey Felipe había mandado acabar con la vida de su hermanastro para evitar así la traición.

Walsingham buscó unos nombres en los papeles que había esparcido sobre su mesa y prosiguió:

—Detrás de toda esta historia se encontraba la figura de un oscuro secretario… ¿Cómo se llamaba? —El noble removió las cartas en busca de una respuesta hasta encontrarla—. Sí…, aquí está: un tal Antonio Pérez de quien se rumoreaba que era el amante de una mujer no menos misteriosa, Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli; una damisela de armas tomar que, según dicen, fue la que urdió junto a Pérez toda la trama para

hacer que uno de sus hijos se hiciera con el trono de Portugal, trono al que aspiraba el propio Felipe. Oscuros personajes, sí. La historia contiene innumerables contradicciones y no creo que nunca se pueda esclarecer la verdad de lo que pasó para que corriera tanta sangre y se generara tanto odio entre nobles que siempre habían sentido afecto entre ellos.

»Nos consta que la mujer y el secretario fueron usados de cabezas de turco en toda esta afrenta. Ella permanece todavía hoy encarcelada en su palacio. En cambio, con él tienen más cuidado debido a los secretos de Estado con que seguro cuenta el bueno del secretario. Información comprometedora para el rey de España. Información muy valiosa, vive Dios, que habrá que conseguir de alguna forma u otra.

Walsingham remarcó sus últimas palabras mirando directamente a Kit. Se incorporó sobre la mesa para volver a llenar los vasos con la nueva jarra de vino. Luego prosiguió, desplegando en un escenario imaginario los personajes de aquella misteriosa trama internacional.

—Nuestros agentes desplazados hasta allí han podido hacerse con algunos datos categóricos sobre la posible expedición pero, en definitiva, son poco claros. Oír campanas y no saber dónde. La invasión es muy difícil que se produzca. No lo sabemos. Quizás incluso es posible que haya ocurrido esta misma mañana y todavía no haya dado tiempo a los mensajeros reales a llegar hasta aquí —bromeó el joven lord.

El anfitrión permaneció con los brazos cruzados sobre la mesa. En los últimos minutos había disertado de forma brillante, exponiendo con minuciosidad el panorama político de Inglaterra y sus conexiones en el exterior con otras grandes potencias. Conocía perfectamente los entresijos de todo lo que sucedía dentro y fuera de las fronteras. Pero nada de lo que había comentado podía considerarse materia sensible para Su Majestad ni mucho menos para los intereses de Inglaterra.

—¿Qué es lo que os hace pensar que voy a poder ayudaros en su empresa? No creo que un buen estudiante sirva de mucho en una operación de este tipo.

—Además de su cultura, nos consta un detalle en su brillante expediente que, he de reconocerle, en un primer momento nos hizo reflexionar

profundamente sobre el acierto o no de proponerle este trabajo. Ya le anuncié algo antes.

El semblante de Walsingham se tornó grave y serio. Kit intuía a qué se estaba refiriendo.

—Tengo entendido que es usted igual de diestro con la pluma que con el acero. No son formas de recibir a uno de mis hombres colocándole la punta de su cuchillo en el cuello.

—Creí que había peligro —intentó defenderse el joven estudiante.

—No se lo voy a negar, mi nuevo amigo. Pero eso no le da derecho a estar tomándose la ley por su cuenta en cada momento.

—Señor Walsingham, no voy a esperar a que nadie juzgue por mí cuando ya esté muerto. Entonces ¿he sido elegido porque tengo fama de malhechor?

—Lo que le quiero decir es que su presencia en peleas, reyertas y toda clase de altercados es más frecuente de lo que sería nuestro deseo. ¿Cómo un joven como usted es capaz de combinar literatura y pelea con esa habilidad?

La mirada de Walsingham demostraba que la pregunta no era ninguna broma.

—Creo que una cosa no impide la otra. Las obras de los clásicos están repletas de escenas de sangre y venganza. Solamente me he visto en situaciones similares cuando he tratado de defender mi honor. Y, en definitiva, debe de ser un argumento que les ha agradado, de lo contrario no creo que estuviera aquí sentado.

—Por favor, señor Marlowe…, entiendo que el trabajo que está a punto de comenzar conlleva cierto riesgo para su persona, pero no utilice nunca la violencia a no ser que sea estrictamente necesario y que de ello dependa su vida o el éxito de la misión. ¿Me comprende? No quiero decir con ello que no vaya armado. —Walsingham extendió las manos tratando de mostrar una señal de condescendencia—. Como puede ver nadie lo hace, pero guarde su acero en la medida de lo posible para afilar la pluma cuando escriba nuevos versos. No se inmiscuya en peleas ni, por supuesto, las genere. ¿Me ha entendido?

Kit se sintió algo incómodo por el comentario. Tomó nota del aviso de Walsingham y cambió de tema, creyendo desviar así la atención de su interlocutor volviendo a la confabulación histórica.

—Sí, pero todavía no me habéis dicho cuál será mi papel en esta complicada trama —explicó continuando la charla en el ambiente cálido que había sabido generar Walsingham.

—Otro de los motivos que nos han hecho fijarnos en usted es su extraordinario conocimiento de otras lenguas, más allá del latín y del griego. Sabemos —prosiguió reabriendo el legajo de documentos en el que se amontonaban los papeles sobre sus informes— que habla usted francés y español. ¿Dónde los aprendió?

—En Cambridge no es extraño encontrarse con jóvenes españoles. Además, he traducido algunas obras del español y del francés. Tienen palabras parecidas al latín.

—¿Ha estado en alguna ocasión fuera de Inglaterra?

—No, señor.

—Muy bien. Seré conciso en la explicación de su tarea. Nosotros le daremos un destino, le proporcionaremos una forma de llegar y sólo tendrá que despachar unas cartas y traer otras tantas. Ver y oír. Un hombre de letras como usted no tendrá problema alguno en realizar esta última parte del trabajo. Entrométase en cuantas conversaciones pueda. No valore su utilidad antes de haber participado en ellas. Vaya a posadas, tabernas, acuéstese con fulanas si es necesario. Cualquiera puede ser importante. Un nombre, un lugar, un destino…, todo, absolutamente todo puede resultar de vital importancia para nuestra empresa.

—¿Sólo eso? Ese trabajo de mensajería lo podría desempeñar cualquier comerciante y llamaría menos la atención. Creo que no es menester contar con los servicios de alguien más preparado, como yo.

Walsingham se retorció en su asiento, incómodo.

—Hay algo más. Algo más serio que el simple trueque de correspondencia. Una tarea para la que solamente usted, creemos, está preparado y puede desempeñar un papel de gran valor en beneficio de Su Majestad y del futuro de Inglaterra.

Transformando su expresión en un rictus serio, Walsingham dejó de jugar con sus dedos sobre el borde de una copa y se incorporó sobre el tablero de su mesa.

—Hasta ahora no era más que un simple rumor, pero hace dos semanas nuestros agentes comenzaron a barajar la posibilidad del nacimiento de un complot contra Su Majestad. Quizás es pronto para lanzarse a valorar esta fatalidad. Pero sabemos que venga de donde venga, los católicos del continente están detrás de él. Armar una buena intriga en la Corte siempre es más fácil que la invasión militar, algo irrealizable según están las cosas. Pero debe usted investigar. Y eso le llevará un tiempo.

Kit no tardó en comprender la nueva situación. De marcharse ahora, su salida implicaría, al menos, dos meses fuera de la universidad y perder el ritmo de las aulas.

—Pero… ¿mi licenciatura?

La cara del joven fue un reflejo de la preocupación que le embargaba, lectura que perfectamente supo interpretar Walsingham.

—No se preocupe por nada concerniente al Corpus Christi, señor Marlowe. —Hizo una parada para tomar aire y prosiguió—: Las autoridades competentes del condado de Kent ya están informadas de su nueva situación y del servicio que está a punto de realizar para la Corona de Su Majestad. En esta nueva empresa le proporcionaremos ropa, una documentación falsa y las guías necesarias para realizar los contactos y su trabajo sin ninguna clase de problemas. Además dispondrá de una bolsa para no sufrir contratiempo alguno en el transcurso de las operaciones. Cuenta con unos honorarios de 15 libras como gratificación por el servicio prestado. Ahora se le hará entrega de las diez primeras libras y al regreso, tras la confirmación de la misión, se le dará un depósito firmado por el secretario de la reina para cobrar el resto en el Tesoro. He de decirle que su perfil se adapta perfectamente al hombre que buscábamos. No me queda más que darle la bienvenida al servicio secreto de Su Majestad, si está de acuerdo.

Kit asintió.

Su nuevo superior se levantó del sillón y le extendió la mano. El bautizado agente hizo lo propio y se acercó para estrecharla. El sirviente ya

estaba junto a la cortina tras la cual se escondía la puerta secreta. Sobraban las palabras. La reunión había terminado.

—Ya conoce las instrucciones. Tome de momento este dinero.

Walsingham le entregó una pequeña bolsa de cuero cuyo tintineo delataba el dinero habido en su interior.

—Creo que será más que suficiente para la tarea que le ha sido encomendada. Si sabe manejarse, el riesgo es mínimo y el beneficio, tanto para usted como para Inglaterra, grande. No lo olvide.

De pronto, Walsingham se quedó pensativo, como si estuviera haciendo memoria por algo que quedaba en el tintero. Al cabo de unos segundos añadió:

—Una última cosa, señor Marlowe. En lo que respecta a la documentación hay un detalle que me gustaría que fuera conociendo. No es oportuno que se dedique a dar vueltas por el mundo prestando servicio con el mismo nombre. Evidentemente, no le voy a requerir que adquiera un apodo descabellado, pero sí que lo cambie aunque delate su lugar de origen. Eso no importa. Abusando de su confianza, había pensado que desde este mismo momento y una vez embarcado en su misión pase a llamarse Thomas Shelton. Después de todo —agregó echando un vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa— en su propio colegio aparecéis en los listados como «Marlin», «Marlor», «Marlen» e incluso «Merling»… Tiene gracia. Espero que no se moleste por esta nueva licencia bautismal que nos hemos tomado.

—Estoy de acuerdo, señor. Me parece una idea excelente.

Efectivamente, la propuesta le parecía acertada y razonable. Además, Thomas Shelton no sonaba nada mal, por lo que desde un principio le agradó el detalle de cambiar su nombre para desarrollar este tipo de negocios sin complicarse la existencia futura. No podía decir otra cosa. En cierto modo aquella decisión parecía tener cierta lógica. Lo que hacía Walsingham era adueñarse de su trabajo con el nuevo apelativo. No era más que una suerte de juego criptográfico. Thomas era el propio nombre de Walsingham y Shelton, el apellido de soltera de su mujer, Audrey Todo quedaba en familia.

—Muy bien, señor Marlowe, o debería decir ya señor Shelton —sonrió —. A lo largo de los próximos días recibirá las oportunas órdenes de nuestro servicio. No se impaciente si éstas tardan un poco en llegar porque, seguro, lo harán. Ya conoce nuestra eficacia y nuestra discreción. En una de las cartas encontrará el nombre del lugar en donde debe realizarse el contacto. Una vez allí, no tendrá más que ponerse a su servicio. Ellos se encargarán de todo. No se preocupe, señor Ma…, Shelton. —Walsingham volvió a sonreír después de su inapreciable tropiezo.

Kit observó la bolsa que le había dado con el dinero. Al tacto también pudo descubrir que, efectivamente, contenía una serie de documentos. Sin más dilación se volvió para acompañar al sirviente.

Se detuvo un instante. Se le había ocurrido una última pregunta. Sin lugar a dudas, la más crucial de todas. No lo pensó dos veces y con decisión miró fijamente a los ojos de Walsingham que todavía permanecía de pie tras su mesa de escritorio con las manos apoyadas sobre el tablero de la mesa.

—Por cierto…, señor Walsingham.

—Sí, señor Shelton, en qué puedo servirle ahora.

—¿Cuál va a ser mi primer destino?

—Ah, tiene razón, señor Shelton. Qué estúpido por mi parte. Se me olvidaba decírselo. Su primer destino será España, por supuesto.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Westminster, Parlamento (Inglaterra)

Lunes 1 de abril de 1585

—Señor, tenemos noticias de que los Walsingham tienen previsto enviar un nuevo agente a España.

El servidor casi gritó desde la puerta del despacho. La importancia del anuncio obligó a que James entrara en él sin llamar antes a la puerta.

Aquella noticia cayó como un mazazo sobre Robert Cecil. La espectral imagen del político inglés se recortaba entre los fuertes rayos de luz que entraban por el ventanal a la espalda del sillón de su despacho.

Robert Cecil era el segundo hijo del todopoderoso *sir* William Cecil, barón de Burghley, asesor personal de Su Majestad la reina Isabel I de Inglaterra. Cecil había heredado de su padre una extraordinaria inteligencia y la habilidad inigualable para embrollar y confundir las cuestiones políticas, al mismo tiempo que desentrañarlas en su beneficio. Pero no todos le temían por estas facultades. Muchos de sus compañeros desconfiaban de él por su monstruoso aspecto físico. Siendo todavía un bebé se había precipitado al suelo desde los brazos de una criada. El accidente fue terrible. Por fortuna no acabó con su vida pero le acarreó traumas irreparables. Era de baja estatura y sobre su espalda se levantaba una enorme joroba que lo convertía, a pesar de su juventud, en uno de los personajes más siniestros de la Corona, en donde pretendía ascender y seguir los brillantes pasos de su padre.

Con la cabeza hundida entre los hombros, Cecil escuchaba atónito la misiva de su asistente.

—¿Sabéis de quién se trata? —preguntó cerrando los ojos y echando como pudo su enjuto cuerpo sobre el respaldo del sillón.

—Sí, señor. Se trata de Christopher Marlowe, un estudiante brillante del Corpus Christi College, de Cambridge. Estudia allí desde hace cinco años y, al parecer, en los últimos días…

—No es necesario que prosigáis, James, sé perfectamente quién es Christopher Marlowe. —El político cortó la conversación de su ayudante—. Nunca hemos coincidido en aulas o colegios pero, sin lugar a dudas, es uno de los alumnos más sobresalientes. No lo voy a negar. Aún lo recuerdo de mi estancia en aquella ciudad.

El Elfo, tal y como le llamaba por su deformidad la reina Isabel, había estudiado durante cinco años en el Saint John's College de Cambridge antes de pasar una breve temporada, en 1584, en la Universidad de la Sorbona en París. Abandonó esa institución cuando fue nombrado parlamentario por Westminster, cargo que desempeñaba en la actualidad.

Apoyándose sobre los brazos del sillón, consiguió ponerse de pie. Salió de su mesa para acercarse a la ventana. Caminando con dificultad, consiguió llegar al diáfano ventanal. A Robert Cecil le costaba mover el cuello para levantar la cabeza, más aún si lo tenía aprisionado por la golilla de lino blanco que rodeaba todo su contorno. El joven vestía un ceñido jubón de color verde oliva, anchos y acuchillados gregüescos del mismo color, que dejaban ver el tinte del forro, un gris ceniza que se extendía en forma de calzas, silueteando sus raquíticas piernas. A pesar del postín de la vestidura, era obvio que Robert Cecil no acababa de dar la talla.

La luz del astro rey brillaba sobre su rostro albino. Era capaz de permanecer reflexionando durante horas, con la mirada perdida y sin mover un solo pelo de su recortada barba y bigote.

Desde allí divisaba el jardín contiguo de la casa. La primavera acababa de entrar y los árboles ya daban los primeros destellos de vida entre sus ramas.

«Christopher Marlowe», pensó en alto. Además de su impecable expediente académico, de él conocía la afición a meterse en peleas. Un joven violento, sin lugar a dudas, pero muy inteligente. Una mezcla de facultades difíciles de encontrar en aquellos años entre los alumnos de los

colegios, más proclives a acabar los estudios y conseguir al precio que fuera un buen puesto en la administración o un título nobiliario rimbombante, es decir, lo necesario para vivir el resto de sus días a costa de una suculenta pensión de la Corona.

Otra vez, los Walsingham se le habían adelantado. Al igual que su padre, lord Burghley, ya estaba harto de que los Walsingham fueran ascendiendo escalones en la política interior a base de conseguir grandes favores para la reina. Lógicamente, las dos familias perseguían los mismos fines, pero Robert Cecil prefería hacer las cosas a su manera. Nunca escatimaba medios para conseguir su objetivo. Era capaz de realizar pequeñas traiciones a Inglaterra, «infidelidades», como a él le gustaba llamarlas, para hacerse con el apoyo de la soberana en detrimento de cualquiera de los Walsingham. Lo consideraba una especie de aventura sin importancia fuera del matrimonio, cuando el marido seguía amando a su esposa con deleite.

James esperaba en el otro extremo del despacho.

—¿Señor…? —se atrevió a susurrar.

El político se volvió como pudo hasta él.

—Imagino que saldrá de Plymouth en breve, ¿no es así, James?

—Eso parece, señor. ¿Queréis que hagamos las gestiones ordinarias en un caso como éste?

—No, no será necesario. ¿Se conoce con qué nombre viaja Marlowe a España?

—No, señor. Sabéis que esa información solamente es posible conseguirla una vez que el agente ha llegado a su destino y comienza a hacer uso de él. Tendríamos que esperar al menos tres semanas para conocerlo.

—No, James. Para entonces puede ser demasiado tarde. Tengo mucho trabajo y no disponemos del tiempo necesario. Hay que actuar anticipándose a los acontecimientos. Hemos de ser más rápidos que ellos. Antes de que Marlowe llegue a España las autoridades han de conocer la noticia de la inminente llegada de un nuevo agente a Madrid. En esta ocasión actuaremos de forma distinta a lo acostumbrado.

Volvió a su mesa de trabajo, se sentó ante ella y tomó de un cartapacio cercano un papel blanco. Buscó la pluma entre los ordenados legajos y libros que había sobre el tablero y, tras mojarla suavemente en el tintero, comenzó a escribir.

Durante unos minutos no hubo más ruido en la habitación que el producido por la afilada punta de la pluma sobre el papel. Al acabar, derramó un poco de arena fina sobre la tinta y pasó el secafirmas. Sopló la arenilla que se había quedado sobre la superficie del papel y, finalmente, se dispuso a doblar con cuidado la carta en tres partes.

—James… —dijo alargando la «s» final mientras colocaba sobre el lacre caliente el sello empleado para este tipo de cartas—. Quiero que cifre esta carta como de costumbre con la clave que conocen en Madrid y que la lleve al servicio de postas para que salga lo antes posible para España.

Sin dejar de mirar a la mesa, su físico tampoco le permitía mucho más, Cecil extendió la carta hasta su asistente. Éste se acercó y agachando ligeramente la cabeza, alargó su brazo derecho para recoger la misiva. En uno de sus lados estaba escrito el nombre del destinatario. Cuando el sirviente lo leyó su expresión se transformó en un gesto de incredulidad.

—Pero… ¡¡señor!!

—No rechiste y haga lo que le digo.

—Señor. Entiendo que exista una necesidad imperiosa por aventajar los trabajos de los Walsingham, pero si se descubriera que habéis enviado una carta a Mateo Vázquez, ni más ni menos que el secretario del rey Felipe de España, os podría acarrear numerosos problemas, a vos y a vuestra noble familia.

—Considerémoslo una pequeña ayuda. El proyecto no va a dejar de funcionar porque ruede la cabeza de uno de los agentes de *sir* Francis Walsingham. De algún modo, todos perseguimos la misma meta. Lo único que pretendo con esto es que no la alcancen antes que nosotros. Ello conllevaría el reconocimiento de Su Majestad, una vez más, hacia los Walsingham y su burda red de espías y meretrices de la información.

—Pero entonces ¿qué diría vuestro padre, lord Burghley, si descubre que estáis enviando a los españoles información sensible sobre los agentes de la Corona?

Hubo unos segundos de silencio.

—No creo que dar el nombre de un agente al que ni siquiera se podrá localizar en todo Madrid si deambula con un nombre falso, sea como dice «información sensible». —Haciendo un esfuerzo consiguió echar los hombros hacia atrás, levantar la cabeza y clavar su mirada sobre los ojos incrédulos de su servidor—. Mi fiel James, no creí necesario que hubiera que decirlo. Huelga añadir que nadie en este reino ha de saber ni de la existencia ni del contenido de esta carta.

—Repito vuestras palabras, señor. «Huelga añadirlo».

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Plymouth, condado de Devon (Inglaterra)

Jueves, 4 de abril de 1585

Había amanecido hacía más de una hora. Los dorados rayos del sol iluminaban las aguas del puerto de Plymouth. Parecían tranquilas. Según había oído comentar a unos marineros, sería un día excepcional para navegar hacia el sur.

Kit sentía que tenía un aspecto extraño. Al menos así se veía después de haberse deshecho de su oscuro uniforme del Corpus Christi.

No es que le desagradaran sus nuevas ropas. Todo lo contrario, agradecía a quienes ya podía considerar sus superiores la posibilidad de disfrutar de ellas. Pero ya eran casi cinco años los que llevaba vistiendo de la misma forma en el colegio y por entonces, transcurrido ese tiempo, casi se había olvidado de cómo era él sin ostentar indumentaria más propia de un piadoso que de un joven de su edad. Lo único de lo que no se había separado era de su capa negra. Por lo demás, todo era nuevo. Sobre una camisa blanca con mangos de lechuguilla, muy propios de la moda española, vestía un jubón de ante tintado de grana que en aquel momento le dio mal presagio. Sospechaba que podía ser el anuncio no deseado del fondo de alguna cuchillada que pudiera recibir en el desempeño de su nuevo trabajo. El mismo color que sus guantes, muy cómodos, y que reconocía que le daban cierto aire de estudiante señorial que nunca antes había mostrado.

Un cinturón de cuero también sin estrenar y recién engrasado le rodeaba el talle, sujetándole a la espalda su inseparable puñal. Ahora, más que

nunca, le parecía natural llevarlo, enfrentándose como lo hacía a aventuras desconocidas. En verdad, era mejor llevarlo en su auxilio que dejarlo en casa al amparo de algún santo.

Lo único oscuro que llevaba, además de la mencionada capa, eran las medias y unos calzones de paño, lo suficientemente gruesos como para no pasar frío.

De esta guisa, decidió buscar en el puerto la ubicación de la nave que debía llevarlo hasta las costas de España. Con él llevaba un salvoconducto estampado con el sello de los Walsingham que le haría acceder sin problemas al barco, pudiendo disfrutar además de una litera para él solo, evitando así el compartir con la numerosa tripulación ronquidos y demás inmundicias humanas que pudieran resonar por la noche.

Kit sacó de su vestidura el papel y volvió a leer el nombre del barco al que debía dirigirse. En el membrete del sobre lacrado podía leerse perfectamente *Elizabeth Stone*.

Sin separarse del pequeño hatillo de cuero caminó despacio por el atracadero. En el bolso de la camisa llevaba tres cartas que Walsingham le había entregado para llevar hasta España.

Documentación en mano continuó la búsqueda del navío.

Hacia él se acercó un muchacho que arrastraba una carretilla con barricas. Decidió preguntarle al chiquillo por la ubicación del *Elizabeth Stone*.

—Oye, muchacho, discúlpame. ¿Sabes dónde está el *Elizabeth Stone*?

El chico se detuvo.

—¿Hacia dónde os dirigís? —contestó metiéndose la mano por debajo de una camisa completamente roída y recosida, rascándose en busca de algún incómodo visitante.

—Voy a las costas españolas, a Laredo.

—Ah, entonces no tendréis que caminar mucho. Lo tenéis justo detrás de vos.

Kit se volvió sorprendido hacia el atracadero en el que se desarrollaba un animado movimiento de subida y bajada de personal, carga de víveres y diferentes provisiones. Cuando se quiso dar la vuelta para agradecer al

muchacho su amable gesto, ya estaba a más de 30 pies de él arrastrando de nuevo el carro.

Recogió el hatillo y fue hacia la rampa de madera que daba acceso al barco. Papel en mano saludó al hombre que había al pie del puente. Estaba sentado ante una mesita pequeña. Tomaba nota de todo lo que entraba y salía de la embarcación, escribiendo cuidadosamente en un listado las personas, provisiones y mercancías que poco a poco iban llegando.

El marinero lo miró y sin mediar saludo le espetó:

—¿Qué buscáis aquí?

Kit se limitó a entregarle el salvoconducto, siguiendo las instrucciones que había recibido de la casa Walsingham. Al ver el marinero la divisa en el lacre cambió la expresión de su rostro, dejando la indiferencia anterior para otro momento.

—Thomas Shelton… ¿No es así?

Kit asintió sin más, sintiéndose extraño y un tanto incómodo por tener que admitir algo que le parecía ser tan burda mentira.

El hombre volvió a plegar el papel, hizo una anotación en el margen del listado y con su mano le hizo un ademán para que subiera.

Fue un momento especial. Era la primera vez que subía a un barco. La rampa se doblaba a cada pisada. Uno de los porteadores pasó tan veloz a su lado que a punto estuvo de lanzarlo al agua. No hubiera sido el mejor comienzo del viaje. Todo parecía que se iba a hundir de un momento a otro, pero no. Pronto se acostumbraría a esa aparente inseguridad del barco.

Desde arriba todo era distinto. El aire era más fresco y agitaba sus cabellos. Ante la imagen que le ofrecía el horizonte del mar, se adueñó de él una indescriptible sensación de libertad. El sonido de los pájaros, el movimiento del agua, el rítmico empuje y golpeteo de las embarcaciones contra el muelle, todo parecía estar perfectamente acompasado aquella mañana de abril.

Una fuerte sacudida lo sacó de sus pensamientos devolviéndole a la realidad. Fue necesario que se agarrara a la balaustrada de cubierta y que con el pie asiera con todas sus fuerzas su hatillo si no quería que se le fuera al agua.

Todo pareció empezar a moverse a su alrededor. Pero en realidad los que se movían eran ellos. Al instante comenzaron por la cubierta las carreras de los marineros. Entre órdenes disfrazadas de gritos y exclamaciones, corrían de un extremo al otro del barco atando y desatando sogas, subiendo y arriando velas y otras artes que a él le resultaban totalmente ajenas.

Desde su atalaya podía ver cómo frente a él se abría un inmenso horizonte de color azul. Fue entonces cuando sintió por primera vez lo acertado de su decisión. Un nuevo mundo se abría ante sus ojos, repleto de misterios, riesgos y peligros.

—Es la primera vez que navega, ¿no es así?

Junto a Kit había un religioso. Como él, tenía la mirada fija en el horizonte, disfrutando de aquel momento tan especial. Su hábito blanco, del mismo color que sus cabellos, refulgía con el sol. Lo cubría una gruesa capa negra. Alrededor de una prominente barriga, un cinturón del mismo color servía de soporte para un rosario formado por un crucifijo de madera y unas enormes cuentas del mismo material.

El agente lo imitó y volviendo la mirada al mar contestó:

—Sí. Nunca habría imaginado que podría ser algo tan hermoso.

—Cierto. Una de las creaciones más bellas del Señor. No me cabe la menor duda. Y son muchas ya las veces que he experimentado esta sensación, pero nunca me canso. Siempre descubro algo nuevo. Estoy seguro de que le sucederá a partir de ahora algo similar, señor…

—Ah, disculpe. Mi nombre es Ma…, Shelton, Thomas Shelton, sí, de Canterbury —afirmó nervioso por el pequeño desliz.

—Muy bien, señor Shelton. Yo soy el padre Anthony, de Cambridge, pero todo el mundo me llama fray Anthony. ¿Hacia dónde se dirige?

—Me dirijo hacia Laredo y desde allí tengo pensado viajar a la capital de la Corte, Madrid, para proseguir mis estudios. Soy estudiante aunque también ayudo a mi familia en el negocio de las telas.

Aquel fraile de mirada honesta le sonrió a modo de bienvenida. El trayecto hasta Laredo no debía de suponer muchos días de viaje. Si el viento era favorable y no había contratiempos en el tránsito, en una semana

podría poner pie en las costas españolas, desembarcaría y seguramente no se volvería a cruzar con el anciano nunca más.

En la cubierta comenzó a sonar una campana. No dio tiempo ni a una pequeña conversación intrascendente. Cuando se quiso dar cuenta, el fraile ya se había alejado hacia las escaleras que descendían al corazón de la embarcación.

—Muy bien, señor Shelton —le gritó el religioso mientras se marchaba caminando con dificultad apoyado en un bastón haciendo equilibrios entre los bamboleos del buque—. Seguro que tenemos más oportunidades para seguir charlando. Me voy. Tengo hambre y quiero comer algo.

El funcionamiento de aquella ciudad flotante en miniatura le resultaba extraño. El primer día lo pasó paseando por la borda de aquí para allá. Tampoco había más sitios a los que ir.

Las horas pasaron y, entre algunas pocas nubes, el sol se fue poniendo por el horizonte inundando todo el paisaje de colores áureos y rojizos. Cuando se quiso dar cuenta, la luz del sol había desaparecido del firmamento, y era sustituida por el brillo de miles de estrellas.

Se había sentado junto a una escalinata que encontró cerca del castillo de popa. A pocos metros de él la lumbre de una tea iluminaba a un grupo de hombres. Sentados sobre el suelo desnudo de cubierta, observaban detenidamente los movimientos de un muchacho. Éste no cesaba de sonreír y de mirar fijamente a los ojos de los marineros que lo rodeaban. Sería difícil describir lo que hacía aunque podría resumirse en una suerte de juegos malabares a partir de pequeños objetos que materializaba y hacía desaparecer a su antojo, ante el asombro de los recios marineros. Lógicamente no se trataba de otra cosa que juegos de manos, pero más de uno se levantó espantado creyendo estar ante un verdadero brujo. El resto, entre estruendosas risotadas, conocedores de las habilidades del sonriente Blas, que era el nombre de aquel muchacho, permanecían entretenidos en el suelo.

Sobre el entarimado, Blas había colocado tres vasos de vino boca abajo. En el interior de uno de ellos había una bolita hecha con miga de pan. Al preguntar dónde se encontraba la bola a uno de los marineros, éste señaló el vaso en el que el joven acababa de dejarla. Sin embargo, para sorpresa del

pequeño auditorio, la miga de pan no se encontraba en el vaso esperado sino en el contiguo. La tensión en los presentes fue en aumento cuando de manera misteriosa, la bola de miga de pan iba recorriendo los tres vasos de vino, sin que nadie pudiera acertar en cuál de ellos se encontraba.

Enfadado por la burla, uno de los marinos dio un manotazo a los tres vasos dejando a la vista que, finalmente, bajo ninguno de ellos se encontraba ahora la huidiza bola de pan.

—Estás haciendo trampas. ¿Dónde la has escondido, truhán? —El grito de aquel hombre fue tan grande que al instante todo el mundo guardó el más absoluto de los silencios—. Te estás burlando de nosotros ¡miserable!

Aquello empezaba a no tener muy buen aspecto. Marlowe quiso intervenir pero al instante recordó las palabras de su mentor rogándole que se alejara de toda reyerta que no tuviera que ver con la misión que se le había encomendado.

Mientras, el marinero sacó de su vaina un enorme cuchillo y de un golpe lo clavó en el suelo. De seguir así, Marlowe no habría tardado en tomar su puñal y entrar en la contienda. Pero se tranquilizó cuando vio que Blas no dejaba en ningún momento de sonreír.

—No pierdas los nervios, mi querido amigo —tranquilizó el joven mago al marinero. Su talante demostraba que ya había pasado por aquel percal en más de una ocasión y, por lo que podía advertir en su semblante, siempre con éxito—. Podría decir que está en un bolsillo de tu roído jubón…, quizás en el mío, o que, efectivamente, se ha volatilizado por obra y gracia del mismísimo diablo. Pero no… ¿Has mirado en la punta de tu cuchillo?

Al momento, todos los presentes, cuyo número había ascendido en los últimos minutos atraídos por el griterío, lanzaron una sonora exclamación mirando la punta de acero del arma del marinero clavada sobre el suelo. Allí estaba la miga de pan. Solamente se oyó una ovación de asombro, una lacónica admiración que acabó por irritar al impaciente lobo de mar.

Contrariado, se levantó entre las risas de sus compañeros y los aplausos hacia el joven mago, que no paraba de sonreír, señalando con su dedo índice el puñal con la miga de pan insertada entre su afilada hoja y la madera.

Pero el número todavía no había acabado. Antes de que el marinero se alejara demasiado, la voz del mago le detuvo ante la puerta.

—¡Amigo! Te olvidas de esto. —Blas desclavó el cuchillo del suelo e hizo el ademán de lanzárselo. Ante los ojos sorprendidos de todos los presentes, el cuchillo desapareció entre sus manos sin dejar huella—. Mira en tu vaina, marinero.

El humillado tripulante se echó la mano a la riñonera, de donde con los ojos desorbitados extrajo el cuchillo de su vaina, antes vacía. La ovación fue en aumento entre clamores de reconocimiento.

—Ese chico es increíble.

Junto al estudiante de Cambridge estaba de nuevo fray Anthony. Aquel misterioso religioso aparecía y desaparecía entre los departamentos del barco como la bola que Blas empleó entre los vasos de vino.

—Le he visto hacer juegos espectaculares —añadió el religioso mientras se tapaba la boca lanzando un sonoro bostezo—. En cierta ocasión le vi hacer aparecer y desaparecer a su voluntad juegos enteros de naipes, conocer los elegidos por otras personas cuando solamente éstas habían tocado la baraja y destruir objetos para que, al instante, se rehicieran entre sus manos, como si se tratara de hechicería. Si no fuera porque él mismo me explicó que no eran más que unos sencillos juegos de manos, yo mismo hubiera creído que realmente me encontraba ante el propio diablo.

Fray Anthony se sentó con dificultad en la escalinata junto a Kit. Era un hombre mayor y su cuerpo no parecía estar hecho para muchas maniobras.

Junto a ellos pasaron hasta el castillo de popa varios de los marineros que poco antes habían disfrutado de la actuación de Blas. Cuando todos se alejaron, el muchacho permaneció todavía algún tiempo sentado. Se tocaba el interior de los bolsos de su camisa al mismo tiempo que miraba a ambos lados con la esperanza de que nadie lo viera. Extrajo de lugares diferentes de su ropa varias migas de pan, idénticas a las que había empleado en el último juego. Cuando creyó que nadie lo observaba, se levantó despacio y acercándose a babor las arrojó al mar.

Fray Anthony y el joven se miraron y comenzaron a reír.

Las carcajadas llamaron la atención del chico. Sorprendido, buscó entre la oscuridad de la popa. El blanco hábito del dominico delató su presencia

en pocos segundos. Sin perder la sonrisa, en un instante se dirigió hasta donde descansaban.

—Buenas noches, señores. —Blas ascendió por los escalones saltando de dos en dos hasta llegar donde se encontraban. Se detuvo y, quitándose el gorro de paño con que se cubría, les hizo una reverencia a modo de saludo —. Espero que hayan disfrutado de mi modesto espectáculo.

Se sentó un escalón más abajo, apoyando la espalda en el lateral de la escalera.

—Veo que tenemos un nuevo amigo, fray Anthony.

—En efecto, su nombre es Shelton, Thomas Shelton.

Blas y Kit se saludaron cortésmente intercambiando los cumplidos de rigor.

—Viaja a España —prosiguió el religioso— para estudiar y continuar algunos negocios de su familia. ¿No es así, señor Shelton?

—Efectivamente, señores… —balbuceó Kit removiéndose incómodo en el escalón—. Detengo mi viaje en Laredo para tomar el camino de la capital, Madrid. Allí mi familia tiene amigos. Además llevo conmigo algunas cartas de recomendación que, confío, me ayuden en mi nueva empresa. Y ¿hacia dónde se dirige usted?

—Yo también regreso a Madrid.

La respuesta fue tan rápida por parte de Blas, aunque no exenta de su inseparable sonrisa, que tras ella no quedó en el ambiente más que el tenso murmullo del silencio.

—Y… ¿A qué se dedica? —Kit se decidió a continuar.

El mago jugueteaba con un taco de madera y un cuchillo que se había extraído de la manga. La daga era idéntica a la que había utilizado en el juego del marinero.

—Ya lo ha visto —dijo señalando la cubierta con una mano—. Nací en Madrid, pero mi familia emigró a Toledo después de la llegada de la Corte de nuestro rey Felipe. Ahora voy de feria en feria, de ciudad en ciudad, de mercado en mercado. Lo que habitualmente se dice buscando fortuna que, corriendo los tiempos que corren, no es mal menester. Llegué a Inglaterra hace un par de años. A las mismas costas de Plymouth que ahora me han visto marchar. Pero estas islas no son las Indias. No se ofendan vuestras

mercedes pero, si me lo permiten, el espíritu de los ingleses es demasiado frío para mi gusto. —Fray Anthony y Kit sonrieron dándole la razón—. Acaban de ser testigos de ello. Por un simple juego he estado a punto de perder la cabeza. No estoy dispuesto a seguir arriesgando mi vida por una miga de pan. Tampoco tengo prisa alguna. El camino hasta Madrid es largo y aprovecharé el recorrido para actuar en ferias y pueblos. Por cierto, señor Shelton, ¿dónde aprendió usted mi lengua?

—Vaya —sonrió el joven estudiante—. Es la segunda vez que me lo preguntan en pocos días. La aprendí entre compañeros de la universidad y leyendo algunos libros.

Satisfecho por la respuesta, Blas se incorporó. Guardó el cuchillo envainándolo junto a su riñonera y con un fuerte movimiento arrojó al agua el taco que le había servido de entretenimiento. El silencio de la noche les permitió escuchar el chapuzón de la madera al chocar contra la superficie del mar.

—Ahora debo irme, señores —añadió el joven español ajustándose el cinturón a la camisa—. Espero verles pronto. Habrá más ocasiones en el viaje para disfrutar de su grata compañía. —Blas se detuvo un instante y dirigió su mirada a donde se encontraba Kit—. Si no es así, considere la ciudad de Madrid como si fuera vuestra. No dude en buscarme si necesita ayuda. En cualquiera de sus casas o tabernas sabrán de mí. No tendrá problemas en dar conmigo. Buenas noches, caballeros.

Como si fuera el protagonista de uno de sus juegos, el joven mago desapareció en la oscuridad de la noche sin dejar huella de su presencia.

Kit se quedó junto al religioso sentado en la misma escalinata. Ya era bien entrada la noche y sobre la cubierta del barco no quedaban más que unos pocos hombres de guardia y varios marinos que hacían las funciones de mantenimiento para conseguir la estabilidad y el rumbo de la nave hasta el amanecer. Fray Anthony fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué tal está marchando su primer día de viaje, señor Shelton?

Como en la primera vez, el religioso lanzó la pregunta con la mirada perdida al mar entrecortándose entre el batir de las olas.

—Mentiría si no reconociera que ha sido plácido y agradable.

—Yo también recuerdo mi primer viaje con especial añoranza. No puedo negar que viajar es hermoso. Vaya si lo es. Conoces gente diferente y lugares nuevos, y el regreso a casa se toma como una especie de premio por la ausencia del hogar. Pero yo ya soy viejo y en ocasiones los días se me hacen tan interminables como el horizonte del mar.

—¿Por eso lee?

El religioso bajó la mirada hacia el libro que descansaba en el regazo de su hábito blanco. Se trataba de uno negro, forrado en piel, mucho más pequeño que los volúmenes a los que estaba acostumbrado a manejar Kit en el Corpus Christi.

—Me ayuda a mantener la mente despejada y a entretenerme al mismo tiempo —dijo al fin.

—¿Y qué es lo que lee si puede saberse? —La curiosidad del joven agente terminó por salir a flote.

—Es la crónica de un viajero. Su nombre era Ruy González de Clavijo y fue embajador del rey español Enrique III ante el Gran Tamerlán, el conquistador de las lejanas tierras de Samarcanda. Su viaje se desarrolló a lo largo de casi tres años, entre 1403 y 1406. En este libro se describen muchos detalles de su periplo por el Mediterráneo, Constantinopla y Persia, hasta llegar a las tierras de Tamerlán. En aquel viaje, González de Clavijo fue acompañado por un religioso, fray Alonso Páez de Santa María, maestro teólogo. No me hubiera importando ocupar su lugar. ¿Conoce la historia de Tamerlán?

—He oído algunas cosas de él. —Fray Anthony le había entregado el libro para que le echara un vistazo. Leyó en alto el título del libro que aparecía en su primera página—: *Historia del Gran Tamerlán e itinerario y narración del viaje y relación de la embajada que Ruy González de Clavijo le hizo*. He de reconocer que tuvo que ser una aventura fascinante. De Tamerlán se decía que consiguió conquistar un amplio imperio desde la India hasta el Mediterráneo, ¿no es así? Sin lugar a dudas, debió de ser un personaje curioso.

El autor de aquella crónica era un tal Argote de Milán. Había sido publicado en la ciudad portuaria española de Sevilla en el año 1582, el mismo lugar del que había partido González de Clavijo en mayo de 1403.

—Quédeselo si le place, señor Shelton. Yo ya lo he acabado de leer.

—Muchas gracias, fray Anthony, pero no puedo aceptar tan generoso regalo.

—Insisto, señor Shelton. Seguramente será usted capaz de sacar mayor provecho de él. Lo he leído en varias ocasiones. Casi podría decir que lo conozco de memoria. Es un buen libro, sin lugar a dudas. Pero de poco serviría si me quedara con él y privara de su conocimiento a otras personas.

Kit sopesó el volumen entre sus manos acariciando el lomo con los dedos y reconociendo el extraordinario valor de aquel precioso tesoro.

—En fin, fray Anthony, no sé cómo puedo agradecérselo.

—No diga nada. Simplemente aproveche el resto del viaje para disfrutar de la crónica de González de Clavijo.

Una vez más, con la palabra aún queda en la boca, fray Anthony se levantó y comenzó a alejarse.

Aquella primera noche en el barco apenas pudo dormir. Acompañado de su nuevo tesoro descendió al cuarto de las literas. Tomó luego de una lámpara cercana, y quitando la vela a uno de los viajeros que dormitaba cerca de su camastro se descalzó y de un salto subió para acomodarse en su modesto catre.

Abrió el libro y comenzó a leerlo. Era una edición reciente del volumen estaba muy bien cuidado y perfectamente impreso. A medida que la vela iba consumiendo la cera en el candil, la personalidad de Tamerlán comenzó a fascinarle. Pasaron las horas de la noche y esa mezcla de excelente gobernador y de sanguinario conquistador le atrajo de forma irresistible.

No tardaron en fluir en su cabeza los primeros versos. Abrió el hatillo de cuero que tenía escondido junto a la almohada y buscó en su interior la pequeña caja de escritorio que se había traído desde Cambridge. Afiló una pluma. Mojó su punta en un diminuto tintero y, aprovechando al máximo una de las preciadas hojas habidas entre sus provisiones, comenzó a escribir.

De arrebatos de talentos acordes
y chifladuras de que usa el bufón
os guiaremos a la augusta tienda,

donde oiréis al escita Tamerlán…

Una vez más el sueño lo venció y cuando sus ojos tornaron de nuevo a la realidad, la luz del sol entraba a raudales por la claraboya de la bodeguilla. Junto a la almohada descubrió una gran mancha negra. En su sueño el tintero se había derramado, vertiendo parte de su contenido en un extremo de la cama, mientras que el papel había empleado su camisa como secante, ennegreciendo algunas partes de la tela.

Kit observó el andrajoso aspecto de los hombres que había junto a su litera. Comparándose con ellos, su nuevo atuendo manchado parecía el de un príncipe oriental, el Gran Tamerlán; por lo que abandonó la idea de cambiarse de camisa y buscó otro momento para lavarla.

En apenas una semana alcanzaron las costas españolas. Desde la cubierta, apoyado en una balaustrada del castillo de proa, contempló aquel nuevo paisaje, totalmente diferente a lo que sus ojos estaban acostumbrados a ver en Cambridge o en su Canterbury natal.

Mientras contemplaba cómo se vaciaban las tripas de la nave con las mercancías salientes, descubrió cuán diferentes pueden llegar a ser los habitantes de países distintos, aunque las ciudades no estén separadas por más de unas pocas millas.

Desde su pequeño otero podía ver a fray Anthony y a Blas que ya charlaban en el muelle. Se aferró a su hatillo y caminó hacia la salida, descendiendo hasta donde se encontraban.

Blas permanecía junto al fraile sin perder la sonrisa. Fue el primero en verle.

—Creo que aquí se separan nuestros caminos, señor Shelton. —El mago le acercó la mano para saludarlo en señal de despedida—. Espero que tenga mucha suerte durante su estancia en España y que todos sus negocios se desarrollen satisfactoriamente. Y, sobre todo, no olvide lo que le dije el primer día. Seguro que tarde o temprano nos encontraremos en Madrid.

El joven dirigió ahora la mirada hacia el religioso.

—En lo que a vos concierne, padre, seguro que nos volvemos a encontrar muy pronto. De eso no me cabe la menor duda. Espero que vuestra nueva estancia en España sea de tanto agrado como las anteriores.

Ahora debo irme. —Blas miró a ambos lados del puerto—. No sé por dónde emprender mi camino de regreso. Es igual un camino que otro; si la fortuna me sigue sonriendo como hasta ahora, en pocos días alcanzaré la casa de mis padres.

—Que tengas toda la suerte del mundo, hijo. Y que Dios te proteja en tu camino de vuelta. Seguro que muy pronto nos volveremos a ver. Así lo espero.

Ésta fue la despedida del religioso. Se limitó a levantar la mano mientras los dos permanecían quietos en el muelle de Laredo observando cómo Blas, sin perder en un momento su sonrisa, se diluía entre la confusión de gentes que entraban y salían de almacenes y tabernas.

—Es un chico especial —señaló el religioso mirando hacia el gentío.

—Usted lo conoce más que yo. ¿Qué piensa hacer ahora, padre?

—Supongo que me quedaré aquí unos días, luego Dios dirá.

—Entonces creo que es el momento para despedirnos. —Kit extendió la mano para estrechársela—. Yo también estoy seguro de que nos volveremos a ver. El mundo es grande pero los caminos que lo recorren son pequeños.

Cuando ya se daba la vuelta para alejarse, Kit se detuvo por un instante. Señalándole el interior de la bolsa añadió:

—No quiero dejar pasar la oportunidad para agradecerle de nuevo el obsequio de tan precioso libro. Me será de gran utilidad en el futuro. Gracias…

—No hay de qué, buen hombre. No hay de qué. Marche en paz y que Dios le proteja en su viaje a Madrid. Hasta pronto, señor Shelton.

Kit sintió una emoción extraña en su interior. Algo le decía que nunca más se volverían a ver.

Comenzó a caminar por el puerto y, al igual que poco antes había hecho Blas, pronto desapareció entre la muchedumbre de marineros, vendedores, comerciantes, rufianes, soldados y demás especies que poblaban aquel lugar.

Perdió de vista los barcos atracados en el muelle. En realidad no tenía bien claro qué era lo que debía hacer ni adonde dirigirse. Todo aquello le resultaba extraño.

Se concentró e intentó actuar con total naturalidad dentro de su nuevo papel como agente al servicio de Su Majestad la reina Isabel.

A poca distancia de donde se encontraba oyó a un grupo de hombres hablar en su lengua. Eran ingleses. Dedujo que la taberna de la que acababan de salir estaría frecuentada por compatriotas.

Ciertamente no se equivocó. Más que un lugar de encuentro de Laredo aquello parecía un bodegón de Plymouth. Al asomarse por la puerta descubrió un escenario mucho más parecido al lugar de sus orígenes. Entonces, una férrea mano le impidió cruzar el umbral de la taberna.

—¿Adónde va, señor Shelton?

Casi a trompicones, Kit pudo incorporarse para girar sobre sus talones y descubrir a quien de forma tan poco gentil le había agarrado por el pescuezo. Lanzando carcajadas por el susto que le acababa de dar, frente a él permanecía inmóvil su amigo Nicholas Faunt.

—¿Nick, qué demonios estás haciendo aquí? Te has salvado de milagro, querido amigo…

Faunt dejó de sonreír. La punta del cuchillo de su amigo ya había rasgado su ropa y el acero comenzaba a hacerle cosquillas en la carne.

La sorpresa de Kit parecía lógica. La última persona a la que esperaba encontrarse en Laredo como contacto del servicio de Walsingham era a Nicholas Faunt. No lo veía desde su furtiva visita al cuarto en el Corpus Christi de Cambridge el día de su cumpleaños, semanas atrás.

—¿De qué te sorprendes…, Thomas, Marlowe, Shelton? —El agente no cesaba de reír—. ¡Qué más da! ¿Cómo quieres que te llame? En fin, ya te habrán dicho esa cantinela de «nada es lo que realmente parece», ¿no es así? Menuda estupidez. Mejor habría puesto «mira en cada esquina antes de cruzar no sea que te encuentres con tu propio hermano y te atraviese el pescuezo con una daga». Eso sería más real. ¿No crees?

Su amigo no le contestó, parecía recuperar la altivez y atrevimiento acostumbrados. Vestía a la manera española, de forma más austera que las ropas inglesas, aunque su porte denotaba a mil leguas que se trataba de un foráneo. Conservaba el bigotillo rubio y una corta melena del mismo color que le caía por encima de los hombros, sobre un jubón verdinegro. Kit pensó que era terriblemente atractivo.

Cogiendo por el brazo a su compañero y casi arrastrándolo, se lo llevó a un extremo de la callejuela de la taberna. Se detuvo ante una puerta y recuperando su estilo serio le espetó:

—No tengo mucho tiempo. No olvides lo que te voy a decir. Estás en territorio enemigo. ¿Entiendes lo que eso significa?

Kit se limitó a asentir con la mirada.

—En las últimas semanas todo parece estar bastante revuelto. Algo se trama y no sabemos qué. Éstos ya no parecen fiarse de nadie. Es como si hubieran hecho suyo nuestro lema. Tiene gracia. —Faunt no dejaba de mirar de un lado a otro temeroso de que alguien los descubriera—. Si unimos todos los cabos que tenemos, lo más probable es que los españoles estén cada vez más cerca de consumar su plan: destronar a Isabel.

Kit tragó saliva al escuchar aquello.

—No sabemos cómo lo van a hacer —continuó el veterano agente—. Desconocemos si llevarán a cabo una operación militar, si pagarán para que un hombre cercano a Su Majestad acabe con ella para luego sembrar de cizaña a toda la clase política o si simplemente esperan que nos aburramos esperándolos venir.

—Está bien, ¿qué es entonces lo que debo hacer?

—Muy fácil pero muy peligroso al mismo tiempo. Nos consta que tienen pensado construir una gigantesca Armada. Los barcos no se construyen de la noche a la mañana. Aún les quedan meses y, seguramente, años. Pero tenemos que detener el proyecto antes de que sea demasiado tarde. Intenta descubrir la mayor cantidad de detalles a este respecto. Pero ten mucho cuidado, amigo mío. Desconfía de todo el mundo, incluso de aquel que puede aparentar el aspecto más inocente. Al más mínimo rumor del comienzo de la invasión, desaparece de aquí. Vuelve a casa lo antes posible si no quieres acabar con tu cabeza pendida de la almena de una muralla o, mucho peor todavía, encerrado en un mísero calabozo hasta que tu cuerpo se pudra y se confunda con las inmundicias del suelo.

Abriéndose el jubón negro, sacó del bolso de la camisa un pliego de cartas.

—Aquí encontrarás todas las instrucciones necesarias. Una vez que las hayas leído, procura destruir la documentación. Si eres detenido con ella

date por muerto. Nadie te conocerá ni vendrá a ayudarte. Solamente Walsingham, tú y yo sabemos cuál es la verdadera naturaleza de tu misión. Los contactos te podrán ayudar, pero no sabrán para quién trabajas. Se limitan a cumplir órdenes, pero no tienen ni la más remota idea de qué es lo que haces. Y que siga siendo así. ¿Has entendido?

Kit asintió aferrando con mano firme el pliego de papeles que le extendía Faunt. Vio el sello de los Walsingham lacrando uno de sus lados. Abrió su bolsa. Al comprobar que nadie los observaba, los introdujo tirando luego de la cuerda que servía de cierre.

—Por último, toma esto. Es dinero español. Te servirá para conseguir las posadas y los caballos necesarios para llegar hasta Madrid. No tardarás más de una semana en alcanzar la Corte. Toma también este plano de Madrid. Te será de gran ayuda para moverte los primeros días. Hay algunos puntos de interés marcados en él que te servirán para familiarizarte con la villa y sus peligros. Allí te espera alguien…, y te puedo asegurar que no seré yo.

Por un momento Faunt recuperó su acostumbrada sonrisa. Pero fue apenas un instante fugaz.

—Creo que me han descubierto —continuo mirando nervioso a ambos lados de la calle y bajando aún más el tono de su voz—. Por eso regreso rápido a Plymouth. Tomaré seguramente el mismo barco que tú acabas de abandonar. El capitán está al tanto de nuestro trabajo y es un lugar seguro… Bueno, lo suficientemente seguro hasta que los españoles le paguen más dinero por hablar que el que le da la Corona de Inglaterra por su silencio. Aquí todo se vende y todo se compra. Cada cosa tiene un precio y la vida de los hombres entra en el mismo juego.

Se detuvo un instante, y separándose de Kit preguntó con los brazos en jarras:

—Bueno, chico. ¿Es que no vas a decir nada? ¿No te alegras de verme?

—Claro que sí, Nick, pero no esperaba encontrarte aquí.

—Yo tampoco, pero el ambiente está un poco revuelto y el hombre que debía estar haciendo este trabajo desapareció misteriosamente hace cuatro días. Nada se sabe de él aunque me temo que sé lo que le ha pasado.

—Te prometo que tendré cuidado en esta atrevida empresa. Asumí un riesgo y ahora no puedo echarme atrás. Gracias por venir a ayudarme, Nick.

—Recuérdalo —dijo su compañero mientras se alejaba—. Aquí todo se compra y se vende.

Finalizada la despedida, Nicholas Faunt se aferró a su capa española y desapareció entre el gentío que asomaba por la cercana calle que llevaba hasta el muelle.

Después de ver a su compañero, Marlowe estaba más tranquilo. Callejeó por la localidad hasta llegar a un punto en el que se sintió seguro. Se sentó en el mismo suelo de la calle, siguiendo así la costumbre que veía en otros hombres de la misma villa. Apoyado contra la fachada de un palacete, abrió su hatillo y extrajo las cartas que poco antes le había entregado Nicholas Faunt.

Tras una lectura rápida, levantó la cabeza. Su vista no tardó en perderse en un nido de cigüeñas que se levantaba sobre la torre de la iglesia de Santa María de la Almudena. Lo que allí se leía era cosa idéntica a lo que le había explicado su amigo. La única novedad estaba en el primer destino del viaje. Como ya sabía de otras informaciones que había recibido anteriormente, su suerte se encontraba en Madrid, la capital de España. Una ciudad regia repleta de iglesias y de una extraña historia sumida en leyendas más propias de un pueblo bárbaro que de alguien que se proclamaba a todas voces «católico», siguiendo el apelativo que le había dado el papa al rey Felipe II.

En un extremo de la plaza unos niños jugaban con un fuego al que tiraban tablillas y trapos viejos para ver cómo se retorcían entre las llamas. Kit se levantó de su asiento y caminó hasta allí. Los chiquillos lo miraron con curiosidad. Pero acostumbrados a ver extranjeros en las calles aledañas al muelle, no lo tomaron en cuenta.

El joven agente sacó de su camisa los documentos que le había entregado su amigo y los acercó al fuego hasta que el papel se aferró a la lumbre. Los dejó caer a la hoguera ante la creciente risa de los pequeños que disfrutaban observando cómo las líneas del texto, incomprensibles para ellos, adoptaban formas insólitas entre las llamas anaranjadas.

Uno de ellos se acercó para coger del fuego un grupo de papeles.

Al agente le cambió el rostro y detuvo al muchacho agarrándolo del brazo.

—En casa lo podremos aprovechar mejor en el fuego. Quema bien —dijo el niño intentando zafarse.

Kit se agachó para quedar a su altura.

—Me temo que eso no va a poder ser, mi pequeño amigo. Es mejor que el fuego corra por ellos ahora.

Le acarició el pelo y no se movió de allí hasta que el papel se había consumido en su totalidad. Lo importante ya estaba grabado en su cabeza.

En la villa de Madrid debía encontrarse con alguien, todavía desconocido, en una iglesia que, curiosamente, los vecinos también denominaban como la que ahora tenía ante sí, Santa María de la Almudena.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Iglesia de Santa María de la Almudena,
Madrid (España)

Martes, 23 de abril de 1585

Algo había oído de la austeridad de las construcciones religiosas de la villa de Madrid, pero hasta que no cruzó el pórtico de la iglesia de Santa María, Marlowe no descubrió cuán triste era. Acostumbrados a las esbeltas arquerías y fachadas de la catedral de su Canterbury natal, sus ojos no alcanzaban a comprender que aquel pobre edificio pudiera considerarse el más importante de la capital de las Españas. Incluso las modestas construcciones de San Bene't y San Botolph, junto al Corpus Christi de Cambridge, parecían templos gigantes en comparación con este de Santa María de la Almudena.

Los habitantes de Madrid se justificaban diciendo que había sido levantada sobre los restos de un antiguo santuario romano dedicado a Júpiter. Su conversión a la verdadera fe se debía a san Calocero, un discípulo del apóstol Santiago que a su paso por España fue dejando aquí y allá improntas de su piadosa huella. Pero ellos mismos sabían que tal afirmación, como aquella otra que defendía su antigüedad retrasándola a las invasiones de los bárbaros, no era más que una burda coletilla para defender lo indefendible, que Madrid no tenía una gran iglesia catedral digna de su calidad y virtud.

No había más que dar una vuelta a su alrededor para descubrirlo.

El agente no había tardado en encontrar la iglesia ayudándose del plano que le había entregado su amigo Faunt pocos días antes. Sin embargo, en el

dibujo no se mostraba la modestia del templo.

No lejos del pórtico de tres sencillos arcos que servía de entrada, abierto sobre la llamada calle de la Almudena, se levantaban al norte las casas de los duques de Pastrana, en una vía tan estrecha que apenas cabía un carro con dos mulas. En el lado contrario, en la llamada Puerta de Reyes, abierta a la plazuela de Santa María, estaba la entrada de los monarcas españoles, acceso más cómodo ya que su palacio se encontraba a poca distancia de esta portada real.

Las capillas adosadas recientemente al edificio original, como la de los Vozmediano, eran, si cabe, más suntuosas que la propia iglesia. Fueron levantadas en buena piedra de sillería, más nobles en cualquier caso que los menesterosos lienzos de ladrillo que servían de paredes al templo.

Observó con detalle todos estos aspectos en la arquitectura del edificio. Intentaba ver en él algunas de las características que de memoria podía recordar de las iglesias inglesas. Y desde luego no había por dónde comparar.

El agente subió la escalinata de la calle y cruzó aquel sobrio pórtico evitando como pudo el gran número de mendigos y pordioseros que poblaban la entrada, verdadera lacra de la villa. Se quitó el gorro de fieltro, comprado por unos pocos maravedíes, que dicen en España, a un artesano no lejos de la ciudad de León y guardó silencio.

Entró sin separarse del hatillo de cuero. Estaba oscuro como la boca de un lobo. Unos modestos candiles de hojalata iluminaban parcialmente el interior, haciéndolo, si cabe, más tenebroso.

Miró las paredes y, al contrario que en las iglesias de su país, las vidrieras y los grandes vanos brillaban por su ausencia, haciendo obligado, pues, el uso de esas lámparas que todo lo ennegrecían y ensuciaban.

La fábrica de la supuesta catedral estaba formada por tres naves separadas por dos hileras de cinco columnas, todo el conjunto miraba hacia oriente, es decir, la diestra según se entraba en el templo desde la calle de la Almudena.

Justo frente a la puerta estaba el lugar en donde la documentación entregada por Faunt le decía que debía esperar.

La capilla de Juan de Vozmediano, levantada junto a la torre de ladrillo que se alzaba sobre los tejados de Santa María, era uno de los pocos lugares que podrían salvarse de todo el lugar. Erigida en el lado del evangelio, menos austera en su construcción, su diseño y elegancia la convertían en noble enterramiento de los ricos personajes que allí descansaban. Las ventanas que cubrían su estructura ochavada casi daban más luz que el resto de los candiles juntos de toda la iglesia.

A aquella hora de la mañana, rondando el mediodía, no había oficios en el lugar. Era, pues, un sitio tranquilo y quieto.

Caminó unos pasos hacia el interior de la nave central y se detuvo en un banco de madera para descansar y contemplar con detenimiento la vida y el arte de aquel sitio. No lejos de él, la verja de hierro que cerraba la capilla de Juan de Vozmediano fue abierta por un grupo de hombres. Cargaban la pesada imagen de un santo, dirigidos por alguien que parecía ser el jefe de los artesanos o el propio escultor.

Los miró con curiosidad. ¿Qué pretendían hacer con aquella hermosa escultura?

La talla fue depositada con cuidado en un nicho abierto, junto al arco de medio punto que servía de entrada a la capilla. El santo formaba parte de un pequeño retablo que se descubría incompleto sobre la pared más oriental de la capilla, dando la espalda al altar mayor de la iglesia.

Uno de los porteadores midió, ayudándose de su brazo, la abertura del nicho cotejando su resultado con la anchura de la talla. Brazos en jarras, miró con preocupación el espacio. Su rostro reflejaba un gesto de frustración.

La medida no parecía ser la que él esperaba, por lo que pitando con los dedos de la mano derecha llamó la atención de su superior.

—Don Alonso, sigue sobrando una cuarta por este lado.

El maestro se acercó. Observó guardando silencio y, rascándose la poblada barba, reflexionó durante unos instantes. Miró la escultura y después el nicho vacío de la pared de piedra. Repitió el gesto, una y otra vez mientras los aprendices se miraban entre sí, extrañados ante aquella situación rocambolesca.

—En efecto, sigue sobrando una cuarta —dijo el hombre al fin—. Hoy parece que no es nuestro día. Lo mejor será dejarlo para mañana. Entonces, con la ayuda de Dios, decidiremos qué hacer con el retablo, que no es mala cosa.

Los aprendices se miraron extrañados y, encogiéndose de hombros, abandonaron la capilla en dirección al altar mayor dejando a su maestro acompañado del santo, quien tampoco parecía dejar de mirarle sorprendido.

—Sobra una cuarta, sobra una cuarta. ¿Qué sabrán estos mentecatos de artes y otros menesteres? Las medidas están correctas. Son iguales a las del contrato que firmé. En la carta están bien expresadas. Yo no tengo la culpa de que estos majaderos midan mal y hagan peor las cosas.

Divertido, Kit seguía esperando mientras permanecía como un testigo mudo de aquella escena. Seguía sentado cerca de la verja de la capilla, alerta a lo que ocurriera a su alrededor. Con la espalda rozaba el respaldo del banco confirmando que su inseparable cuchillo seguía donde debía estar. Mientras, continuó escuchando el soliloquio de aquel curioso hombre.

—Escultura, escultura… ¡Pamplinas! Yo no soy escultor. Ninguna de estas tallas se acerca ni en belleza ni en perfección a cualquiera de mis óleos de pincel. Pero, claro, cualquiera le dice que no a Su Ilustrísima. ¿No lo creéis así vos?

El hombre se detuvo y con los brazos levantados sorprendió a Kit con aquella pregunta.

—No conozco a Su Ilustrísima —respondió sin saber qué decir.

—Eso es lo de menos. ¿Habéis oído hablar del maestro Leonardo, al que llaman *el Divino*?

El agente movió la cabeza reconociendo su ignorancia.

—¿Rafael Sanzio? —añadió el artista, mientras Kit se limitaba a repetir el gesto—. ¿Quizás a su maestro Perugino? —Más de lo mismo—. No me puedo creer que no hayáis oído elogios de Fra Angélico. Hasta nuestro rey cuenta con algunas de sus tablas en palacio.

—Yo prefiero escribir —reconoció llevando el desafío a su terreno—, Ovidio, Séneca, Lucano… ¿Habéis leído algo de ellos?

—Lo siento, pero de mi lengua lo justo, y de latín y griego también lo imprescindible para saber que son lenguas de las que no comprendo nada.

Pero he de reconocer que escribir…, no es mala cosa. No, no lo es…

El hombre continuaba hablando mientras intentaba anclar la imagen en el retablo. Pero era evidente a una legua de distancia que, como ya habían avisado los aprendices, sobraba, como poco, una cuarta.

—A veces he ido a ver las representaciones que se hacen en el Corral del Príncipe o en Santa Cruz y he de reconocer que el trabajo de don Lope de Rueda… ¿Habéis asistido vos en alguna ocasión al teatro? —El maestro abandonó momentáneamente la tarea para secarse el sudor que le corría por la frente con la manga de su camisa y mirarle.

—No, no he tenido esa suerte…, Llevo poco tiempo aquí, en la villa.

—Pues no perdáis oportunidad de asistir a alguna representación. Os recomiendo las de Velázquez y Juan de Ávila. Buena compañía, sí… —El maestro reanudó sin éxito sus esfuerzos por anclar la talla—. Sí, vos tenéis aspecto extranjero. ¿De dónde sois, joven? —dijo al fin.

—Me llamo Thomas Shelton y vengo de Inglaterra. Soy estudiante de Alcalá.

La Universidad de Alcalá de Henares era una de las más conocidas de España. Su cercanía a Madrid era una de las coartadas que su amigo y colega de trabajos, Nicholas Faunt, le hizo llegar través de la documentación que le había entregado la semana anterior en Laredo.

—Yo soy Alonso de Coloma y, en cualquier caso, seáis bienvenido a esta villa y Corte de Madrid. Como habréis podido intuir, vuestra merced, mi arte no es precisamente la talla de imágenes, sino la pintura. La escultura es algo que prefiero dejar para hombres más hábiles que yo, como mi buen amigo Nicolás de Vergara. Él sí que sabe hablar con la piedra y la buena madera de pino. Yo, en cambio, me defiendo con el pincel y el óleo…

Don Alonso dejó por imposible el anclaje de la imagen en el pequeño altar. Dándole la espalda al santo, entre sofocos por el esfuerzo inútil que acababa de realizar, miró las ocho paredes de la capilla.

—Sí —continuó el artista—, todas las pinturas que veis en esta sala son mías. He de reconocer que los temas son muy comunes. En todas las iglesias podemos encontrar misterios evangélicos aquí y allá, pero es lo que piden los clientes, y nuestro arte muchas veces se reduce a eso: pintar para comer…

Desconfiado, Kit miró alrededor y no vio a nadie en el templo. Se levantó del banco y se acercó adonde se encontraba don Alonso, invitado por sus gestos y comentarios.

El maestro observaba con orgullo sus últimos trabajos en la capilla de los Vozmediano. Sobre las paredes colgaban enormes cuadros en los que se podían ver diferentes escenas de la vida de Jesús, protagonizadas por figuras esbeltas a la vez que musculosas, cubiertas con gruesos paños recorridos por un millar de pliegues que daban volumen al lienzo. Todo estaba envuelto en un haz de luz tenebrosa. No debían de llevar mucho tiempo allí. Sus colores, al contrario de otras pinturas de Santa María, eran aún muy vivos y estaban todavía lejos de adquirir el tono sombrío que mostraban debido a los humos de los candiles y los humores de los que allí paseaban y oraban.

—¿Y sólo hacéis pintura religiosa? —preguntó Kit en un intento de alargar aquella conversación. El tema realmente nunca le había atraído. Sobre él podía admitir sin rubor su más absoluta ignorancia.

—No, no. He de reconocer que cuento con relativo tiempo para mis propias devociones. Entonces es cuando pinto escenas de Corte, pasajes mitológicos que seguramente vuestra merced conocerá perfectamente a decir de vuestros gustos literarios, y algún que otro retrato. Me distrae, gano algunos ducados y…, no es mala cosa.

—Imagino entonces que tendréis un buen taller.

—Sí, sí…, y no está lejos de aquí. ¿Conocéis la villa, señor Shelton?

—Más bien poco. Como os he dicho, no llevo mucho tiempo aquí.

—Está en la corredera de San Pablo, a menos de media legua de aquí. Cerca de los arrabales del norte y de las fábricas de madera. Ya sé que no es el barrio de los pintores pero es mi taller… Allí trabajo ayudado por mi sobrina y, en ocasiones, por todos esos mentecatos que me han traído la talla. Si los dejaba se la volvían a llevar y recortaban una cuarta de los pliegues del santo.

El pintor volvió a mirar la imagen chasqueando con los labios. La escultura, a pesar de los comentarios de su creador, como era natural, no había cambiado un ápice la afligida expresión de su rostro.

Apoyado en la verja de hierro de la capilla, el maestro Alonso se despidió.

—Bueno, señor…

—Shelton, Thomas Shelton.

—Eso, señor Shelton. Disculpadme. Os dejo porque tengo que seguir trabajando antes de que estos necios acaben derruyendo la iglesia. Va a dar la una y tengo mucha faena pendiente.

—Ha sido realmente un placer, maestro Alonso. Espero que nos volvamos a ver.

—Claro que sí. Cómo no. Madrid no es tan grande como muchos piensan al hablar de la Corte. —El pintor no parecía irse nunca—. Viví muchos años en Italia cuando era joven. Allí sí que había ciudades grandes. Yo nací en Toledo. Pero pronto cogí mis cosas y acabé en Roma de taller en taller, de maestro en maestro, intentando aprender y formarme como lo que soy, pintor de lienzos. Pero nada de esculturas. Allí conocí la obra de los maestros que antes os he mencionado. Es un crimen que vos no hayáis oído hablar de ellos. ¿Por qué no visitáis un día mi taller? En él conservo bosquejos y trabajos de mi juventud, copias de retratos e imágenes que de allí me traje. Suelo trabajar desde el alba. No os resultará difícil encontrarme. Además podría enseñaros algunos lienzos con temas mitológicos a la última moda italiana que seguramente serán de vuestro agrado, señor Shelton.

—Así lo haré, maestro, aunque no sé cuánto tiempo más estaré en la villa.

—En cualquier caso, será un placer poderos recibir en mi taller y mostraros estos trabajos que os digo. Y no lo olvidéis, nada es lo que realmente parece. No, no lo olvidéis nunca…, que no es mala cosa.

Aquellas palabras a modo de improvisada coletilla de despedida habían helado la sangre a Kit. El maestro Alonso de Coloma abandonó la capilla de los Vozmediano en dirección al altar mayor de Santa María. Llevaba tiempo hablando con él y hasta ese momento no se había percatado de quién era.

Estaba claro. Por su inexperiencia en los trabajos en los que ahora se veía inmerso, podía cometer un error en cualquier momento que le provocara, como al santo del maestro don Alonso, hacerle sobrar una

cuarta; la cuarta de acero que cualquier cuchillero de Madrid pudiera atravesarle por encima del ombligo, algo de lo que sí podría decir que era «mala cosa».

Kit volvió a salir de la capilla y se sentó de nuevo en el mismo banco de madera en el que había descansado hasta el encuentro con don Alonso. Allí no había más almas que dos ancianas postradas en una de las primeras filas.

Mirando hacia el altar mayor, Kit observó la imagen de santa María de la Almudena, enclaustrada en un estrecho camarín que rebosaba la calle por el exterior de la fábrica del edificio. De ella hablaban las gentes de Madrid alegando un origen milagroso al que había que añadir la una y mil peripecias que debió de protagonizar en la antigüedad la mencionada talla mariana, protegiendo a los habitantes de la villa de herejes, invasiones y toda suerte de desastres.

Era hora de abandonar el lugar santo y alcanzar su alojamiento. Recorrió el perímetro de la iglesia por el coro para no llamar la atención entre las sombras del templo y abrió la puerta del lado sur que daba al pórtico de entrada y a la calle de la Almudena.

En algunas losas del suelo se podían leer inscripciones en latín. Se trataba de simples lápidas romanas, muy antiguas, eso sí, pero que de ninguna forma justificaban la asimilación de aquel sitio con un remoto templo jupiterino, tal y como defendían los ignorantes habitantes de la villa de Madrid.

Una de ellas decía:

DOMITIO II LICAUGINP O MARITO CA.

Repitiendo para sí esas mismas palabras, Kit caminó en dirección a la calle Mayor. No lejos de allí se encontraba lo que había tomado como alojamiento provisional.

Al cerrar tras de sí la puerta de la iglesia y caminar unos pasos en dirección a la salida, Kit se percató de que algo extraño sucedía a sus espaldas. A pesar de que no había visto alma alguna en el interior, salvo las dos viejas de las primeras filas, la puerta se volvió a abrir. Tras ella apareció la figura de un hombre alto, de buen porte y embozado en un traje

totalmente negro. Ajustó la cazoleta de la espada en su tahalí, se acomodó su sombrero emplumado y, sin ninguna prisa, comenzó a caminar entre el bullicio de los puestos callejeros siguiendo sin perder de vista un instante el rastro del joven agente.

Kit no le dio mayor importancia y se dejó seguir. A no ser que fuera necesario no intervendría. Aquel hombre podía sentirse afortunado por conservar la vida.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Palacio Real de Madrid (España)

Miércoles, 24 de abril de 1585

A primera hora del día, el sonido de una carrera por el patio del rey en el Palacio Real rompió la tranquilidad de la mañana. Bajo los soportales de la arquería, unos zapatos golpeaban rítmicamente el húmedo enlosado del suelo en dirección a una de las escaleras. Por la noche había llovido copiosamente y el piso estaba brillante y resbaladizo.

El sonido desapareció para comenzar a oírse instantes después en el fondo del pasillo de las oficinas del palacio.

A escasos pasos de la puerta de su despacho, el secretario Mateo Vázquez percibió que las zancadas habían ralentizado su ritmo desenfrenado. Se habían convertido en pasos simples y pausados.

Vázquez notó cómo se detenían frente a su puerta. Luego llegó el murmullo con el guardián de la entrada.

Mateo Vázquez, secretario del rey Felipe II, vestía totalmente de negro. Este sacerdote llevaba años al servicio del soberano, para muchos madrileños él era el causante de que su rival en la política, don Antonio Pérez, fuera relevado de su puesto, acusado de asesinar al secretario de don Juan de Austria, Juan de Escobedo.

Era un hombre sin escrúpulos que a sus cuarenta y tres años, y a pesar de su naturaleza sacerdotal, en poco tiempo se había hecho con un nutrido grupo de enemigos y rivales en la Corte, circunstancia que compensaba con una impecable dedicación a la política del monarca.

Dejó momentáneamente su tarea y dirigió la mirada hacia la puerta de su despacho. Su intuición no lo defraudó y un instante después se abrió dejando pasar a un correo escoltado por un guarda. El joven apenas podía articular palabra por la fatiga.

—S…, señor… —acertó a decir al fin inclinando tanto el espinazo que casi toca el suelo con la frente.

Vázquez agradeció el gesto y se levantó para ir junto a él.

—No se ahogue, muchacho. De poco me valdría un correo muerto.

En ocasiones el secretario mostraba aquellos contrastes de aparente y fingida buena voluntad para con sus súbditos. Con una señal de su mano, ordenó al guarda que le sirviera un poco de agua al recién llegado. El alguacil asomó la cabeza al pasillo y al instante entró en el despacho un camarero que ofreció con rapidez un vaso de agua.

El mensajero lo bebió en un santiamén. Incrédulo con aquella esponja humana, el camarero volvió a llenar el vaso con agua fresca de la jarra de barro, repitiéndose el milagro. A la tercera vez el secretario frenó aquel drenaje.

—Bueno, bueno, ya está bien…, que vas a acabar con el Manzanares. —Mateo Vázquez cambió de gesto y volvió a ser el habitual secretario sin escrúpulos—. Imagino que no habrás venido hasta aquí a primera hora de la mañana para beber agua fresca, ¿o me equivoco?

El secretario había regresado a su mesa sentándose en el borde, cruzando los brazos y mostrando una mueca hosca.

—Lo…, lo siento, señor.

El joven se disculpó dejando al instante el vaso en la bandeja del camarero. Hizo un amago de secarse la boca con la manga pero no le pareció oportuno hacerlo ante el secretario, por lo que, con los labios aún mojados, echó mano de la bolsa de cuero que pendía junto a su cinturón.

De entre el montón de papeles y cartas que llevaba, sacó una.

Tras confirmar el destino, se la entregó a Vázquez. Acto seguido volvió a doblar el espinazo y caminó hasta la salida. Junto a él desapareció también el camarero.

Su marcha fue inadvertida por el secretario. Se había quedado solo en el despacho concentrando todos sus instintos en la carta. No tenía remitente,

detalle que no le sorprendió. Se imaginaba quién podría estar detrás de tanto misterio.

Se acercó a la ventana que daba al patio y leyó su propio nombre completo sobre el papel: «Mateo Vázquez de Leca».

El remitente de aquella enigmática misiva pretendía estar bien seguro de que llegaba a su destino y que no se perdía por el camino en alguna confusión de nombres.

Rompió el sello con cuidado y leyó. Por un lado estaba la misiva cifrada y por el otro, la transcripción realizada en la oficina del servicio secreto.

En el encabezamiento se podía leer «Muy Ilustre Señor», y estaba seguido de un corto mensaje de apenas cinco líneas. Después de leerlo, levantó la mirada y esbozando una sonrisa cínica, observó distraído por la ventana cómo el mensajero en aquel momento volvía a cruzar el claustro en dirección opuesta, hacia la salida del palacio.

El ruido de la puerta al cerrarse le sacó de sus pensamientos. Vázquez se giró y observó la silueta de Juan de Idiáquez. Los dos secretarios se miraron en silencio. Vázquez no hizo ningún gesto para ocultar el importante documento que acababa de recibir. Luciendo su habitual sonrisa falsa se acercó al político vasco.

—¿Os han subido ya el billete que llegó con vuestro nombre esta misma mañana?

El religioso le entregó la carta en señal de afirmación.

Idiáquez tomó el papel sin separar la mirada del secretario.

—¿Sabéis quién lo envía? —preguntó Idiáquez.

—¿No lo sabéis vos? Vaya oficina de agentes que dirigís, Idiáquez. Está más que claro.

El secretario volvió a leer el corto mensaje prestando más atención a cualquier pequeño detalle.

—¿Cecil? ¿Robert Cecil? —dijo devolviéndole la carta a su dueño.

—¿Quién si no? Ese jorobado es capaz de vender a su madre por un puesto junto a su reina, ya sea la zorra de Isabel, María Estuardo o la puta que las parió. Seguramente el Christopher Marlowe que aquí menciona trabaja para el servicio de Walsingham.

—Algunos de nuestros espías han detectado ciertos movimientos de reclutamiento en los colegios universitarios de Inglaterra —añadió Idiáquez —. Incluso contamos con dos agentes dobles que nos ponen al día de todo lo que sucede en el servicio de Walsingham. Robert Cecil, contraviniendo normas de su padre, suele meter las narices en donde no le llaman para generar ambientes viciosos en su familia rival. No me cabe la menor duda de que esta carta no pretende más que eso. Ponernos en alerta para ver si le hacemos un favor y cazar por él a este nuevo agente. ¿Y ahora qué vais a hacer? ¿Creéis que sospechan algo de nuestros propósitos?

—Seguramente así es. Pero no sabemos a qué ha venido este nuevo agente y, sobre todo, desconocemos si realmente lo es. No se puede hacer nada. Hemos de proceder con sumo cuidado. Me tranquiliza el hecho de que nuestro plan es aun solamente un simple bosquejo. Por mucho que descubrieran, solamente podrían dar con el nombre de los cabecillas, no con las personas que lo van a ejecutar…, si es que finalmente se lleva a cabo.

Mateo Vázquez se revolvió diciendo las últimas palabras, levantando las manos con bruscos aspavientos.

—Llevamos años detrás de ello —añadió furioso— y Felipe se obstina en tener una paciencia con nuestros enemigos que lo único que hace es desarmarnos a cada día que pasa, engrandeciéndolos a ellos. En un sentido o en otro, sean cuales sean nuestras intenciones y movamos la pieza que movamos, un error podría alertarles de la certeza de sus sospechas. Porque, de eso no me cabe la menor duda, las albergan. Este tipo de mensajes lo único que hace es colocar la miel en los labios para luego arrebatártela de un manotazo. De nada nos sirve conocer que un tal… —Vázquez buscó el nombre en el papel— Christopher… Marlowe está en Madrid, cosa que ni siquiera es segura.

El secretario arrojó la carta sobre la mesa y se acercó a su sillón para sentarse.

—¿Y si se trata de una trampa? —Idiáquez se aproximó a una de las sillas del despacho e imitó a su compañero—. No es la primera vez que un mensaje de este tipo nos hace levantar ingenuamente los naipes para que nuestro contrincante nos descubra la jugada. En cualquier caso, deberíais

dar aviso para que registraran las entradas de ingleses o irlandeses en la villa en la última semana.

Idiáquez volvió a coger el billete y estudió con detenimiento el sello que lacraba el papel. Sobre él no había señal alguna de escudo o divisa.

—Muy astuto este misterioso Robert Cecil —añadió el político vasco —. A veces creo que no se merece el dinero que se le paga. De todas formas, debemos estar alerta. Habrá que jugar sin llegar a descubrir todas nuestras bazas. No creo que hayan sido muchos los ingleses que han entrado en Madrid en los últimos días. Es más, si contamos con algún sospechoso que entre a partir de ahora, podemos seguirlo hasta que se deje ver. Mateo, no olvidemos que al igual que nosotros contamos con agentes propios allí, también los hay aquí.

Juan de Idiáquez se levantó de la silla alejándose hacia la puerta del despacho. Se detuvo un instante y con la mano en la barbilla reflexionó.

—Ya me diréis qué es lo que hacéis y en qué queda todo este asunto, pero os aconsejo que no llegue a oídos de Su Majestad —dijo en tono preventivo—. El nerviosismo podría hacer que se precipitase y moviese una pieza en falso. Aún quedan muchos meses de trabajo para finalizar la construcción de una flota sólida. Si se pusiera nervioso sería capaz de enviarnos a la destrucción segura con el armamento que tenemos ahora. No quiero ni pensarlo…

Idiáquez abrió la puerta. Antes de salir se dirigió por última vez a su compañero.

—«Christopher Marlowe». No suena mal, me gusta. Si fuera escritor, lo utilizaría a modo de seudónimo. «Christopher Marlowe», sí, decididamente, me gusta cómo suena.

—Idiáquez, os prometo que si acabáis con él os regalaré su nombre, su espada y sus calzones. Que no os quepa la menor duda. Aunque no creo que viaje llamándose de esa forma. Es más, seguramente ese nombre sea también falso y no exista. Un… seudónimo de ésos, como vos decís. Demasiada musicalidad en un nombre como para ser cierto, ¿no creéis?

Idiáquez le devolvió la sonrisa y cerró la puerta tras él.

Mateo Vázquez se quedó solo ante su mesa de trabajo.

—Christopher Marlowe… —repitió en alto deteniéndose en su musicalidad.

Tomó de nuevo la carta y, acercándola a la llama de un candil que brillaba en el extremo del tablero, la quemó.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Los arrabales del norte, Madrid (España)

Miércoles, 24 de abril de 1585

Aquella noche había diluviado sobre Madrid. La habitación que Kit había alquilado en la calle del Carmen, a pocos pasos de la Puerta del Sol, era, al igual que la gran mayoría de las disponibles en la villa, y siendo generoso con la definición, bastante modesta. Contento tenía que estar por haber podido encontrar alojamiento para él solo y evitar tener que pasar las noches junto a algún desconocido. No solamente no estaba acostumbrado a estos menesteres, sino que, además, corría el riesgo de que le pegaran cualquier clase de plaga que acabara por llevar al traste su misión.

El austero mobiliario de la pieza se reducía a una cama sin dosel, una mesa con un candil de barro, un par de sillas destartaladas por el uso, una jofaina y una jarra para el agua, que el dueño sé encargaba de cambiar a diario. Y el orinal que no debía faltar en cualquier casa de Madrid que se preciara. No lejos de la ventana, que servía de mirador a la propia calle del Carmen, había un sencillo contador, lleno de pequeñas cajoneras que, a falta de un arcón, se empleaba para guardar lo que el huésped tuviera a bien.

Antes de bajar a desayunar, se acercó a la ventana. El sol había disipado las pocas nubes que aún recordaban lo sucedido hacía pocas horas. A media mañana, el barrizal que dejaron las intensas lluvias de la noche hacía prácticamente imposible moverse por las calles de Madrid.

Apoyado en el marco de la ventana observó la ajetreada vida diaria de la capital de las Españas. Las carretas hundían sus ruedas en el barro, salpicando sin importarles a todo aquel que pasara por allí. El griterío de los

vendedores ambulantes se entremezclaba con el bullicio de los corrillos de gente que comentaba las últimas noticias de la Corte y los avisos de «¡agua va!» que desde las ventanas de la casa de enfrente anunciaban la lluvia dorada y tostada que caía sobre el barro de la calle, añadiendo, si cabe, más lustre al ya de por sí sobrecargado paisaje callejero.

Junto a la entrada de una barbería, Kit descubrió la figura solitaria de un hombre. No tardó en darse cuenta de que se trataba del mismo personaje que lo había seguido desde la salida de Santa María, no lejos de allí, el día anterior.

Con frialdad el hombre le aguantó la mirada. Kit, derrotado, optó por meterse en la habitación.

El joven agente comenzó a recapacitar. ¿Qué es lo que querría de él aquel misterioso extraño? ¿No llevaba ni dos días en Madrid y ya lo habían descubierto? ¿Era verdad que la situación en la capital era tan peligrosa como le había avisado su amigo Nicholas Faunt?

Mejor no pensarlo y seguir hacia delante. Arriesgándose al incierto futuro cogió sus cosas, se aseguró de que a su espalda llevaba el cuchillo y tras cerrar la puerta descendió de dos en dos los escalones del primer piso hasta el mesón La Espada, que se abría a la entrada de la calle.

La Espada era igual de lúgubre que cualquier otro mesón de la villa. En estos casos no existía un término medio. O caías en casa de algún elegante conocido, donde tu alojamiento transcurría como si estuvieras en tu propia casa, o no te quedaba más remedio que sufrir una de las inefables casonas de hospedaje. En ellas, a cada paso el destino te deparaba una nueva sorpresa, quién sabe si más extraordinaria que la anterior.

La planta de la calle estaba destinada al mesón. A aquella hora de la mañana no solamente estaba llena de huéspedes de la propia casa, sino de vecinos y comerciantes que tenían a bien despachar el hambre en compañía de algún conocido.

Todo el perímetro que formaban las cuatro paredes del mesón estaba cubierto de mesas con sus respectivos taburetes. Otras tachonaban el interior del local, acompañando a dos gruesos pilares de madera que sustentaban el techo.

Es cierto que existían lugares más limpios que aquél, aunque se consolaba pensando que también debía de haberlos mucho más indecentes. No había más que ver el aspecto de los clientes para darse cuenta de ello. Formando pequeños corros y en algunos casos jugando a los naipes, cosa que le extrañó ya que no le parecían horas para el ocio sino más bien para el trabajo, La Espada estaba casi lleno.

El mesonero y su esposa, una mujer gruesa y de baja estatura que no hacía más que ir de aquí para allá, entrando y saliendo de la cocina obedeciendo los encargos que le iba haciendo su marido, apenas podían atender a todos los clientes. Ante tal situación, no era difícil imaginarse el caos en el que se convertía aquel sitio a última hora de la tarde. Entonces los hombres decidían pasar un buen rato en el local después de una dura jornada de trabajo, abarrotando las mesas de La Espada, ansiosos de un buen vaso de vino para compartir con quien fuera menester.

De regreso a la tensa realidad de aquel momento, Kit dejó su gorro de fieltro sobre la mesa y se sentó a la luz junto a una de las ventanas. Desde allí podía ver la puerta entornada y el paisaje de la calle, descubriendo que el misterioso hombre de negro había desaparecido de la posición en la que acababa de verlo. «Habrá cruzado la calle…», pensó.

—Buenos días, señor. —El mesonero hizo acto de presencia como un fantasma—. Espero que haya disfrutado de una buena noche, aunque el ruido de la lluvia no ha dejado dormir ni a los gatos.

El hombre, de aspecto desaseado, sonreía intentando ser amable y luciendo una dentadura en la que faltaban más dientes de los que contaba.

—¿Qué desea comer?

Desconocía lo que se desayunaba en Madrid. En una mirada fugaz a las mesas que había a su alrededor, improvisó un desayuno.

—Tráigame un poco de…, eso —dijo señalando la comida de sus compañeros de local.

—¿Letuario y un poco de chinchón? Como guste, señor.

Cuando el camarero se hubo marchado, Kit se incorporó acercándose aún más para escrutar el resto de la calle a través de la puerta entornada. Pero nada. El hombre había desaparecido y se tranquilizó.

La confitura de naranja y la bebida anisada le dieron nuevos calores al cuerpo. Tras el frugal desayuno, dejó tres monedas de cobre sobre la mesa y salió por fin a la calle.

Sabía perfectamente adonde dirigirse. El plano de Madrid con que contaba tenía perfectamente marcada esa ruta en el dibujo.

Después de comprobar que no había rastro del misterioso hombre, comenzó a andar calle arriba en dirección a la calle Valverde, en donde tomó Barco y salió directamente a la Corredera de San Pablo.

En pocos minutos alcanzó la esquina en la que se levantaba la iglesia de San Antonio. Dejándola a la derecha, desorientado, comenzó a subir la calle. Buscaba con detenimiento lo que podía ser el estudio de un pintor. Jamás había visitado uno, así que desconocía cómo podía ser un lugar de aquella naturaleza.

Al doblar la esquina de San Antonio, echó un vistazo a su espalda en dirección a la calle del Barco. Como sospechaba, distraído, frente al toldo de un puesto callejero, estaba de nuevo el hombre de negro.

Dudó si enfrentarse a él y acuchillarlo, o bien dejarlo pasar y no mover naipe hasta ver la jugada de su contrincante. Haciendo suyo el consejo recibido de boca de Thomas Walsingham acerca de la recomendación de no hacer uso de la violencia, acabó decantándose por la tranquilidad y siguió camino arriba en dirección a la plaza de San Ildefonso.

Levantó la cabeza y a poca distancia de donde se encontraba observó a dos jóvenes que discutían. La causa de la disputa era un enorme bastidor en el que se extendía perfectamente claveteado un lienzo aún sin aprestar. Dedujo al instante que había encontrado lo que estaba buscando. Con decisión se acercó a los dos muchachos. Éstos dejaron inmediatamente de discutir cuando vieron sobre ellos la sombra del inglés.

—Perdonad. Estoy buscando el taller del maestro Alonso.

—Sí, es aquí, subiendo la escalera —dijeron casi al unísono.

—Gracias.

Antes de entrar en el zaguán de la casa, echó un último vistazo calle abajo. Allí continuaba de nuevo su inseparable hostigador. Inquieto, decidió continuar como si nada pasara. ¿Por qué no se decidía a actuar? Aquel

hombre había tenido oportunidades suficientes para acosarlo y acabar con él si es que ése era su propósito.

Se centró en lo que estaba haciendo y pensó que ya tendría tiempo de conocer a su misterioso perseguidor. Saldaría las cuentas que se prestaran en otro momento.

Los muchachos, que debían de ser aprendices de don Alonso, observaron al inglés con extrañeza siguiéndolo con la vista hasta que llegó al pie de la única escalera que nacía del oscuro final del patio. Solamente después de ver desaparecer al joven agente continuaron con su disputa como si nada hubiera pasado.

Al final de los peldaños sólo había una puerta entornada. Kit dudó, y tras comprobar que no había otro lugar al que dirigirse, se quitó el gorro y se decidió a entrar sin llamar.

Allí estaba el taller de don Alonso, un mundo por descubrir que jamás había visto antes. El olor a aceite de nogal empapaba la amplia estancia en la que se encontraba don Alonso desarrollando su arte. Cuatro mesas alargadas pegadas a la pared servían de improvisadas baldas para depositar todas las herramientas del artista. Así dejaba el centro del estudio como un espacio amplio y diáfano en el que colocar los caballetes sobre los que descansaban las tablas o lienzos.

En aquel momento un muchacho salió de la habitación contigua. Allí había más jóvenes. Uno cosía dos trozos de lienzo ayudándose de una aguja curva para hacer uno grande, mientras otro claveteaba los listones de un bastidor. Todo parecía un proceso de naturaleza aparentemente espontánea, pero regulado entre los aprendices con unas normas muy estrictas y ajustadas al trabajo.

El chico entregó a don Alonso un cuenco de barro relleno de un polvo de color azul intenso. Al girarse hacia el ayudante, el maestro lo vio. La entrada en el estudio había sido tan silenciosa que nadie había notado su presencia.

—Buenos días, señor Shelton —saludó efusivo—. No le había oído. No se quede en la puerta. Pase, pase, por favor. Considérese en su casa.

El que se había quedado era el muchacho del cuenco con el polvo azul. Discreto, lo dejó sobre una mesa cercana al caballete de su maestro y volvió

a la habitación de donde había salido. Por allí asomaban varias cabezas hacia la puerta principal del estudio, curioseando al invitado que tan efusivamente había recibido don Alonso. Ante la mirada inquisitiva de sus compañeros, el muchacho entró en el anexo encogiéndose de hombros. Decepcionados por no saber de quién se trataba, volvieron a su trabajo.

—Buenos días, don Alonso. Espero no llegar en mal momento.

—Por supuesto que no. —Don Alonso se acercó a Kit mientras se quitaba el peto de trabajo—. La visita de un amigo es agradable. Sí, siempre lo es.

El pintor estrechó la mano de Kit mientras éste, mirando alrededor, continuaba maravillado por lo que contemplaba.

Apoyados en la pared, en improvisados caballetes, sobre los tablones de las mesas, todo, absolutamente todo, estaba repleto de lienzos maravillosos; increíbles espectáculos de luz y color con escenas y escenarios que solamente la pintura es capaz de ejecutar a través de la mano de un artista. Aquí, el carro de Faetón. Allí, el porte elegante de un cardenal vestido con sus mejores ropas. En una esquina, un bosque en el que casi se podía oír el murmullo de los pájaros. Y junto al marco de una puerta, una Virgen cuyo llanto parecía que aún se podía oír.

Don Alonso observaba satisfecho la sorpresa de su invitado.

—No, no es mala cosa, ¿eh?

—Es más que eso, don Alonso.

Kit no tenía palabras para describir lo que veía y sentía. Se limitó a afirmar girando la cabeza y sonriendo al maestro.

—Es cierto que no todo lo he hecho yo. Mire. De éste, por ejemplo —dijo acercándose a un pequeño lienzo de un paisaje marino en el que destacaba una exuberante Venus saliendo de una concha—, he de reconocer que solamente hice el cartón. Todo el mérito es de mis aprendices. A veces no son tan vagos como parecen…

El maestro continuó mostrando lienzos mientras hablaba solo. Para entonces, Kit se encontraba en el lado contrario del estudio deleitándose con esmero ante un retrato.

El pintor cesó en su empeño de seguir explicando al joven los motivos de los cuadros. Su invitado se había acercado a uno de los dos retratos. El

que llamó la atención de Kit pertenecía a una joven. Pero no era una joven cualquiera. Era una joven hermosa. Su rostro resplandecía como el lucero del alba. Su pelo, recogido sobre la cabeza en un remolino sujetado por una gasa blanca, dejaba ver unas facciones brillantes como las perlas que pendían de su cuello o los engarces de oro de los pendientes de sus delicadas orejas. Dos gotas de agua de cristal que reposaban el peso sobre la diminuta golilla de lino fino que rodeaba el cuello de la mujer.

—¿Quién es esta joven? —preguntó Kit dirigiendo una mirada de sorpresa y admiración a don Alonso.

—Ese trabajo, señor Shelton, es realmente sublime. ¡Vaya si lo es! Se trata de doña Ana de Mendoza. La princesa de Éboli, viuda de Ruy Gómez de Silva, antiguo secretario de nuestro rey, que Dios le tenga en su gloria. Un buen hombre, señor Shelton, muy buen hombre. Tras su inesperada muerte solamente hemos vivido momentos de oscuridad y confusión.

El agente miró por un instante a don Alonso atendiendo a las explicaciones del artista para luego seguir observando el retrato con detalle. El vestido negro de la muchacha, cuyo terciopelo podía verse en cada una de las pinceladas del artista, hacía juego con el fondo oscuro que enmarcaba la figura. Y en el centro, una luz inmensa, como mil candiles y mil soles: el rostro de una joven de boca pequeña, cuya mirada se clavaba en el observador. A pesar del coqueto parche que cubría el ojo derecho, la mirada de su único ojo parecía lo suficientemente recia como para doblegar a cualquier hombre.

—Me habían hablado de ella. Pero nunca imaginé que fuera una mujer tan bella. No es de extrañar entonces que fuera capaz de retorcer la vida de los que la rodeaban. Y para colmo…, esa mirada.

Efectivamente. Aquélla era doña Ana de Mendoza, la princesa de Éboli. La misma «damisela de armas tomar» de quien le había hablado Thomas Walsingham cuando recibió las instrucciones básicas antes de salir en su misión a España.

—El rey acusó a la princesa de participar en el asesinato de Juan de Escobedo, el secretario de Don Juan de Austria. —Don Alonso hizo un gesto de resignación apoyándose en uno de los tableros—. La gente decía que tenía amoríos con Antonio Pérez y que Escobedo había visto a la viuda

y a Pérez en actitud poco decorosa para la memoria de don Ruy. Pero nadie lo demostró nunca. Todo son rumores y, desde mi punto de vista, falacias provocadas por envidias y rivalidades. Fuera lo que fuese, que en cualquier caso no es de nuestra incumbencia, por culpa de todo esto ahora vive recluida de forma inmerecida en su palacio de Pastrana. No es justo. Todo el mundo de bien sabe que ella no tuvo nada que ver. Y lo cierto es que nadie sabe la verdad. Ni ella misma sabe por qué lleva encerrada casi seis años.

Kit conocía de labios de su mentor otra versión de la historia.

—Recuerdo que también apareció la posible intromisión de doña Ana en la trama para llegar al trono de Portugal en detrimento de los intereses del rey Felipe —añadió el joven intentando descubrir qué había de cierto en lo que le habían contado en Inglaterra.

—Nadie lo sabe, señor Shelton. Son todo habladurías del pueblo o de los numerosos enemigos con que cuenta la princesa. Muchos no son capaces de asumir que una mujer como ella poseyera una inteligencia preclara para la política o fuera ambiciosa en lo que respecta a la defensa de sus hijos. Eso es algo que no se le puede negar. No existe ningún proceso contra la princesa. Algo que todavía nadie comprende. Ella misma se ha desgañitado en más de una ocasión por saber de qué se la acusa. Póngase en su papel. Indefensa, con una riqueza amplísima, un panal de rica miel al que se acercan golosos señores de segunda que lo único que ambicionan es su dinero. Algo muy parecido a los pretendientes de Penelope a la espera de la llegada de Ulises. Lo recuerda, ¿no es así?

Don Alonso bajó el tono de su voz para dar confidencialidad a la última parte de su conversación.

El maestro miró hacia la habitación de los aprendices y retomando el tono prosiguió con su charla ante la atenta mirada de Kit.

—En palacio se escuchan rumores desde hace semanas de un ataque inminente de nuestra Corona a Inglaterra. La herida no parece estar cerrada y no hace más que supurar. Al parecer se trata solamente de un proyecto, el mismo que llevan barajando desde hace años y que nuestro rey no se atreve finalmente a emprender. Imagino que habrá oído algo de esto…

Kit asintió con frialdad, sin dar aparente importancia al relato de don Alonso aunque en su cabeza iba grabando todos los detalles, y dejó continuar al pintor sin interrumpirlo.

—Nadie sabe los nombres de las personas que lo van a llevar a cabo. Seguramente no estén escogidos siquiera. Lo que sí sabemos son los nombres de los ministros de Su Majestad que parecen apoyarlo con entusiasmo. Se trata de Mateo Vázquez y Juan de Idiáquez. Vázquez es secretario del rey, la persona que más presionó por acabar con los huesos de Pérez y de doña Ana en prisión. Idiáquez es un perfecto conocedor de todo lo que cuecen los pucheros en el extranjero. Ambos forman una extraña pareja capaz de lo mejor y de lo peor. Sin embargo…

Don Alonso se detuvo un instante. Reflexionó como si en toda esa historia existiera algo que no le cuadrara y prosiguió.

—Sin embargo, creemos que hay un tercer hombre en toda esta trama. Alguien que trabaja desde Francia; un núcleo católico por naturaleza e igual de reticente a los intereses ingleses. Alguien que, por desgracia, todavía desconocemos quién es.

El artista volvió la mirada a la puerta contigua y tras descubrir que todo seguía en la normalidad, continuó con su explicación bajo la atenta mirada de su invitado.

—Ya ve, señor Shelton, la vieja historia de siempre pero que cada vez se torna más caldeada. Nada se arregla con las constantes razias del señor Drake en las costas españolas. La gente está nerviosa y en cualquier momento se puede desatar la tragedia. La princesa es una mujer muy bien informada. Cuenta con parientes en casi todas las familias del palacio. Sus primos y allegados desempeñan cargos importantes junto al rey.

Kit fue tomando buena nota de la insólita mujer del retrato. Como si se hubiera encontrado un trébol de cuatro hojas, algo en su interior le decía que doña Ana quizás era una de las paradas de su paso por Madrid.

—Ella misma estuvo muy cercana al propio rey —prosiguió el artista sin percatarse de las maquinaciones que el agente pergeñaba en su cabeza— y ahora, ya ve. Es ambiciosa y siente cierta necesidad de venganza para dañar a Felipe.

»Ese trabajo tampoco es mío. Aunque está basado en un cartón que realicé de la princesa hace más de veinte años. Le voy a presentar a mi oficial del taller, señor Shelton. Le podrá explicar mejor que yo la historia del cuadro si es de vuestro interés. Creo que en este momento se encuentra en la sala de los aprendices rematando una pintura.

Kit seguía observando el retrato de la princesa de Éboli, ahora si cabe con más interés después de escuchar las palabras de don Alonso, cuya voz se perdía en el estudio camino de la otra habitación. Se volvió para sonreírle agradeciendo el gesto pero éste no lo vio.

Cuando volvió acompañado del oficial, el agente no le oyó. Solamente desvió la mirada cuando percibió el incómodo silencio que lo rodeaba.

Esperaba la presencia de un muchacho de semblante espabilado. Pero no. Cogida del brazo de don Alonso había una joven.

Una hermosa muchacha que lo miraba sonriendo, cómplice de la sorpresa que acababa de protagonizar.

—Lorena, te presento al señor Thomas Shelton. Es un estudiante brillante que ha venido desde muy lejos para premiarnos con su visita.

—En absoluto, don Alonso. —Kit improvisó un cumplido como buenamente pudo, saludando como un caballero—. Hubiera sido un gesto imperdonable por mi parte no cumplir con vuestra invitación, disfrutar de todo este arte y, por supuesto, de la belleza de esta joven.

La reverencia fue correspondida por Lorena plegando las rodillas y con una sonrisa ahora más amplia.

Efectivamente, Lorena era una joven muy hermosa. Tenía unos grandes ojos castaños. Su pelo oscuro estaba recogido en un espontáneo moño del que pendían dos cintas azules. Era alta y esbelta. Unas pocas pintas de pintura le manchaban la camisa llana de lino y el mandil de trabajo. Tenía las manos cruzadas a la espalda y en ningún momento perdió la sonrisa.

—Es mi sobrina y, como le he dicho, la autora de este magnífico retrato de la princesa.

—Es cierto —se adelantó a decir ella—, pero el mérito se lo debo al cartón que hizo mi tío y que un día encontré en el interior de un baúl…, olvidado. Sin él nunca hubiera podido acercarme al rostro de la princesa.

—Bueno, el retrato de doña Ana ya está finalizado y sólo queda entregárselo a su dueño —añadió el pintor.

Don Alonso señaló el otro retrato que había en el estudio. Era el de un cardenal anciano.

—Don Gaspar de Quiroga es el cardenal arzobispo de Toledo —se adelantó a explicar el artista—, uno de los políticos más importantes de la Corte, muy cercano a doña Ana de Mendoza, la princesa, y gran amigo del rey.

Kit se sorprendió ante este comentario.

—¿Y no puede mediar el cardenal para resolver definitivamente la situación de doña Ana y sacarla de prisión? —La pregunta parecía lógica.

—Señor Shelton, las cosas no deben de ser tan sencillas como aparentan. El cardenal ya ha ayudado a la princesa para que ahora, al menos, resida en su palacio lejos de los fríos de otras prisiones, pero nada más que eso.

El joven agente volvió de nuevo el rostro hacia el retrato de la princesa. En la mirada de la princesa, ahora melancólica, buscaba una respuesta al misterio de su encierro.

Lorena aprovechó que su tío se dio la vuelta para recoger algunos enseres de su trabajo en una mesa del fondo del estudio, para acercarse al invitado y explicarle algunos detalles del cuadro.

—No cabe duda de que es una mujer singular. ¿La conocéis?

—No, aunque vuestro tío me ha hablado algo de ella.

—Dicen que realmente es así. Mi tío dibujó el cartón cuando la princesa contaba unos veinte años de edad. Aunque está hecho tiempo después, el rostro no ha cambiado nada.

La voz melosa de la joven contando la historia de doña Ana comenzaba a cautivar la imaginación del agente inglés.

—El cardenal arzobispo, don Gaspar de Quiroga, viene hoy a recogerlo —añadió ella—. Quiere llevárselo a la princesa a su palacio ducal de Pastrana. ¿No es verdad, tío?

—En apenas dos meses es el cumpleaños de doña Ana —comentó distraído el maestro, continuando con sus tareas desde el otro lado del estudio—, y quiere anticipárselo a modo de regalo. Durante las últimas

semanas ha llegado a Madrid la noticia de que la princesa estaba enferma. Seguramente algunas fiebres producidas por los últimos fríos y lluvias. Pero creo que ya se encuentra totalmente repuesta. El cardenal ha decidido ir a visitarla camino de Alcalá y, de paso, llevárselo.

»Su Ilustrísima es un hombre muy ocupado y seguramente no pueda ir a Pastrana en la fecha del cumpleaños. Es una buena ocasión para hacerle llegar tan magnífico presente. Seguro que la sorprende. —El pintor lanzó una mirada cariñosa a su sobrina.

Por un instante el agente inglés dejo de lado sus fantasías sobre el retrato y se centró en su misión.

Don Alonso, me preguntaba si sería posible acompañar al cardenal y conocer en persona a doña Ana. Seguramente es una mujer extraordinaria.

—Déjelo usted en mi mano, señor Shelton. El cardenal vendrá hoy a última hora de la tarde. Es una persona afable y atenta… —Don Alonso reflexionó un instante—. Sí. Déjelo todo en mi mano. Vaya a la Puerta de Alcalá mañana por la mañana, pronto, después del alba. Me encargaré de reunirle con él. Prepárese para pasar unos días fuera de Madrid. Partirá hacia Guadalajara. Allí las tierras alcarreñas son más frías que las nuestras, pero merecerá la pena para la empresa que lo ha traído aquí.

Don Alonso se volvió a retirar a sus cosas con la cabeza distraída en cómo arreglar el encuentro entre Kit y el cardenal, dejando solos a los dos jóvenes.

—Pintáis muy bien. ¿Os ha enseñado vuestro tío? —Kit quiso cambiar de tema.

—En gran parte sí. Siempre me ha dejado ayudarlo en sus encargos. Además, dicen que la mejor manera de aprender a pintar es introducirse en un cuadro, por lo que también he posado para algunos de sus trabajos.

Lorena dijo esto señalando el nacimiento de Venus que antes le habían mostrado.

—Es una copia de un antiguo trabajo italiano del siglo pasado. Su autor es Sandro Botticelli. Mi tío estuvo estudiando con discípulos de grandes maestros en Italia.

—Sí, algo me comentó cuando lo conocí en Santa María, pero desgraciadamente no conozco ninguno de los nombres de sus admirados

maestros. —Kit se acercó aún más al cuadro—. Estáis bellísima, Lorena.

El lienzo de la diosa era enorme. Venus cubría su desnudez con una larga cabellera oscura que le hacía de vestido. A la izquierda de la imagen, Céfiro y Cloris soplaban una sutil brisa sobre el cuerpo de la divinidad mientras que, a su derecha, una joven que representaba la primavera intentaba cubrir con un manto a la diosa romana.

Kit levantó la mirada hacia la sobrina del maestro.

—No me cabe la menor duda de que a partir de ahora sentiré un especial interés por la pintura.

El halago del agente sonó muy bajo en el estudio. Solamente Lorena pudo escucharlo. Las miradas de los dos jóvenes se cruzaron por un instante, pero ella la desvió hacia la puerta, incómoda.

—Creo que debo irme —reaccionó él, molesto—. Tengo cosas que hacer y no es mi intención perturbar por más tiempo el trabajo del taller.

—Como queráis, señor Shelton. —La voz de Lorena también se escuchó queda—. Pero sabed que no perturbáis nada y que siempre seréis bienvenido a este lugar.

Antes de salir se llevó la mano al interior del jubón. Sacó el legajo de cartas que había traído y con un gesto discreto se acercó a don Alonso para entregárselas.

—Creo que esto es suyo.

—Gracias, señor Shelton.

El maestro las tomó, guardándolas detrás de un bastidor, entre unos botes de cola blanca.

—Ahora debo marcharme —dijo con prisa—. No es bueno permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, si bien es cierto que me quedaría por mucho más aprendiendo y disfrutando de su compañía.

—No se olvide de nuestra cita en la Puerta de Alcalá. A la tarde hablaré con el cardenal para arreglar su viaje. Seguro que no pone pega alguna.

—Así lo haré, don Alonso, descuide.

—Por favor, Lorena, acompaña a nuestro invitado hasta el zaguán.

Kit saludó efusivamente al pintor con el gorro y realizando una discreta reverencia. Contempló por última vez el retrato de doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, deteniéndose unos instantes ante él.

Junto a la puerta del estudio lo esperaba Lorena jugueteando nerviosa con un lazo de su mandil.

Ella se adelantó bajando rápidamente los escalones que llevaban hacia el patio de la casa. Arropada por la soledad del lugar, Lorena se detuvo ante Kit frente al portón que daba directo a la corredera de San Pablo.

—Señor Shelton, me gustaría agradeceros todo lo que estáis haciendo por nosotros y especialmente por mi tío.

—No hay de qué, Lorena. —Kit se sintió un tanto sorprendido por la confesión de la joven—. Lo hago con sumo placer. Que no os quepa la menor duda.

—Don Alonso es muy importante para mí. En realidad todo esto lo hace para conseguir el dinero suficiente para que, como hizo él hace años, yo pueda ir a estudiar a Italia, conocer talleres, nuevos maestros y volver para ocupar su puesto. Dice que tengo madera de pintora. Aunque como vos sabéis, eso es algo que nadie ve bien en una mujer.

Lorena hizo una pausa mirando hacia la ventana del estudio en el primer piso de la casa. Kit escuchaba con atención.

—En realidad se lo debo todo a él. Siempre ha sido muy paciente conmigo. Cree que si la gran Sofonisba ha llegado a hacer retratos de nuestro rey, yo podría hacer lo mismo. ¿Conocéis a Sofonisba Anguissola?

—Me temo que no —admitió negando con la cabeza y acompañando su respuesta con una sonrisa de disculpa a la que la joven respondió con otra más brillante.

—Tuve la suerte de que me la presentaran hace tiempo, cuando yo aún era una niña. Trabajaba para Isabel de Valois, la anterior esposa del rey. Mi tío siempre me ha dicho que mi nombre me lo pusieron porque cuando nací estaba de moda tomar nombres afrancesados. Dicen que cuando doña Isabel llegó a Madrid para encontrarse con el rey Felipe, su cortejo era verdaderamente inmenso. Muchos acabaron mezclándose con los españoles.

»Mi madre era francesa y para colmo de males mi padre era el cura de un pequeño pueblo de Segovia del que nadie ha oído hablar, Sacramenia. Cuando nací me llamaban Lorena la del Cura. El párroco, mi padre, pidió por favor a don Alonso, que se encontraba en el pueblo acabando un encargo, que me cuidara. Que aquél no era lugar para una niña como yo, y

que podría correr riesgos en el futuro por culpa de mi nacimiento. Ya sabe cómo son las gentes de por aquí. Miran más el origen de la cuna que el valor de tus actos. Son unos hipócritas.

Kit asintió. La historia de la joven le recordaba a la suya propia. Los dos habían nacido en un ambiente hostil del que habían tenido que escapar con sus propios medios y méritos para intentar alcanzar una meta en el mundo de las artes: ella en la pintura y él en el teatro.

—He de agradecer a mi tío —continuó la joven— que jamás me haya escondido mi origen, pero aunque él dice que nunca un nacimiento es mala cosa, hay cosas por las que es mejor pasar por encima. —Los dos rieron—. Al menos ahora tengo un apellido. Todo el mundo me conoce como Lorena de Coloma, la sobrina de don Alonso.

—Sea cual sea vuestro origen, creo que pintáis muy bien. Eso es lo que realmente tiene valor. Y aunque no conozco de nada a esa Sofonisba Anguissola que tanto admiráis, estoy seguro de que al menos vuestro arte es igual que el de ella. No lo dudo. Seguramente no conozcáis a Lucano, Ovidio…

—No. Lo siento, señor Shelton.

—Son poetas latinos…, qué más da. Para mí son lo mismo que para vos esos pintores italianos que tanto admiráis. Contad con el dinero que necesitéis. Haré todo lo que está en mi mano para que podáis estudiar en Italia como tanto anheláis. Será un verdadero placer ayudaros en tan encomiable causa, Lorena.

El joven agente se quedó mirando a la pintora. Sabía lo que le pedía su interior y fue tan evidente que ella reaccionó al instante.

—Señor Shelton, creo que os equivocáis…

Ella se apartó de él en aquella incómoda situación. La tensión fue creciendo ante la impasibilidad de él.

—No me malinterpretéis…

—Lo… lo siento de verdad. No he querido contrariaros.

Y sin añadir palabras que estropearan aún más su torpeza, Kit se acercó a la puerta de la calle y desde allí la contempló por última vez.

—Será un verdadero placer ayudaros en tan encomiable causa —repitió como si nada hubiera pasado.

Ella le correspondió dándose la vuelta y corriendo hacia la escalera que llevaba de nuevo al estudio.

Kit borró la escena de su cabeza y comenzó a descender la calle de vuelta a La Espada, el lugar en el que se alojaba, pensando en el retrato de doña Ana y, sobre todo, en la traba que se acababa de crear. La imagen de doña Ana se confundía en su mente con la de Lorena.

Al poco de bajar, no tardó en toparse de nuevo con el caballero vestido de negro. Al instante regresó a la realidad borrando de su mente todo lo que había sucedido en el patio. Estuvo a un palmo de dar media vuelta y consultar el problema con don Alonso. Pero finalmente desestimó esa posibilidad. El asunto parecía ir solamente con él. Pensó que no sería bueno para la empresa implicar a otros compañeros de la misión y mucho menos volver a cruzarse con Lorena.

Decidido a resolver aquel asunto de una vez por todas, se aseguró de mantener aún el puñal a la espalda y apretó el paso para llegar cuanto antes al mesón.

En pocos minutos alcanzó la puerta. Se detuvo en el marco y tras comprobar que su hostigador aún le seguía por el mismo camino, lo esperó.

Tenso, observó cómo el hombre de negro descendía la calle en dirección hacia la Puerta del Sol hasta donde él se encontraba. Cuando estuvo a pocos pasos, Kit se cubrió el brazo derecho con la capa y desenvainó el acero.

Pero no fue necesario. Como si nada sucediera, el hombre pasó cerca y con sangre fría entró en el mesón dejándole con un palmo de narices junto a la puerta del local.

Se guardó el puñal y entró en el mesón. Aquel individuo no se atrevería a hacer nada allí dentro.

Próximo a la misma ventana en la que hacía unas horas había desayunado, vio sentado al enigmático personaje.

Había dejado el sombrero sobre la mesa. Con la capa arrimada a un lado de la banqueta, la empuñadura de su espada asomaba amenazante. La cazoleta refulgía con la luz que despedía una de las lámparas del local. ¿Se atrevería a usarla dentro del mesón?

Después de pedir un aguardiente al camarero, sin dudarlo dos veces Kit se acercó a la mesa del caballero. Depositó su puñal y su gorro junto al

sombrero y sin desviar la mirada del hombre se sentó frente a él.

—¿Quién sois y qué queréis de mí?

La voz del agente sonó amenazante. No eran necesarios más comentarios. El hombre de negro apuró el vaso y por primera vez miró a los ojos a Kit.

—Señor Shelton, tengo lo que vos habéis venido a buscar a Madrid.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Mesón La Espada, Madrid (España)

Miércoles, 24 de abril de 1585

El tabernero acercó el vaso con la bebida a la mesa en la que estaba Kit con aquel hombre. Hasta el dueño de La Espada se había percatado de la tensión creada entre ellos.

Al agente no le extrañó que el misterioso personaje conociera su nombre. Pero lo que no esperaba es que le sacudiera con esa respuesta tan rotunda y contundente. Su misión en Madrid solamente era conocida, supuestamente, por menos de un puñado de personas.

Miró a ambos lados buscando algo que pudiera suponer algún peligro en el local.

Solamente había en la otra esquina del salón un viejo medio ebrio que tonteaba con una mujer, y no lejos de allí un grupo de hombres jugando a las cartas. Kit no perdió los nervios ni se dejó amedrentar por su compañero de mesa. Tras meditar la respuesta, al fin se decidió a hablar.

—Sólo habéis respondido a la segunda pregunta. ¿Quién sois?

—Disculpad mi falta de cortesía. Mi nombre es Diego Martínez. Tengo entendido que mañana vais a Pastrana, acompañando al cardenal arzobispo de Toledo.

Aunque Kit no movió ni un músculo del rostro al escuchar aquella frase, el sorbo de aguardiente se le heló en los labios.

Aquel sujeto debía de conocer los movimientos de don Alonso. ¿De qué lado estaba?

—No os digo cosa nueva si os recuerdo que nada es lo que realmente parece. ¿No es así, señor Shelton? —Por primera vez, Diego Martínez sonrió—. Don Alonso es buen amigo de mi señor. Numerosas veces ha atendido sus encargos de retratos y retablos para las capillas de su familia. Ahora, por ejemplo, está trabajando en la capilla de los Vozmediano, en Santa María. Creo que allí se conocieron.

El joven asintió sin destensar ninguno de sus músculos.

—Esa capilla pertenece a la familia de la esposa de mi señor, doña Juana Coello.

—Podríais haber ido directamente al grano y os hubierais ahorrado estar siguiéndome desde tan de mañana por todo Madrid. Habríamos ganado tiempo y vuestra vida no habría corrido peligro, os lo garantizo.

—No estábamos seguros de que fuerais vos a quien buscábamos —añadió Diego sin hacer caso a la bravuconada de su interlocutor—. Las cosas no están como para ir cometiendo errores, dejando el camino abierto para nuestros adversarios.

A Kit le hizo gracia que el hombre que a punto estuvo de exhalar el último suspiro bajo el tajo de su acero ahora estuviera en el mismo bando que él. Aun así, dudó.

—¿Cómo puedo saber que no me estáis tendiendo una trampa?

—Mi señor estaría muy agradecido de que pudierais ayudarle.

—¿Quién es vuestro señor? —La pregunta no se hizo esperar.

—Don Antonio Pérez, antiguo secretario de Su Majestad.

—¿El traidor que robó documentos al rey Felipe?

El comentario no fue del agrado de Diego Martínez.

—Su Sagrada Católica y Real Majestad aún tiene que saldar muchas cuentas con su pueblo. Don Antonio no tiene nada que ver con ello. Esas cartas están en poder de mi señor. A eso nadie le puede llamar traición sino…, tutela de documentos. —Diego pareció medir sus palabras hasta el extremo.

—¿Por qué no viene él mismo a pedirme ese favor tan especial?

—No seáis ingenuo. Don Antonio se encuentra en cautiverio en el castillo de Turégano, en Segovia. Está a muchas leguas de aquí. Eso es

imposible. Doy gracias a Dios de que yo mismo no esté en prisión, cosa que si no me doy prisa seguramente no tardará en producirse.

El inglés hizo un gesto al mesonero para que trajera más aguardiente. El hombre se acercó con una jarra en la mano derecha y un trapo en la otra. Sonrió al joven, a quien recordaba como uno de sus nuevos huéspedes. Llenó los dos vasos y una vez solos, Diego prosiguió:

—Como le he dicho, señor Shelton, no tenemos mucho tiempo. Es deseo de don Antonio que llevéis estas cartas a la princesa de Éboli.

Diego levantó el sombrero que había a su lado sobre la mesa, dejando ver el legajo que ocultaba.

—¿Y qué gano yo con todo esto?

La pregunta del inglés fue rápida y directa.

—No os engañéis. La princesa y don Antonio os gratificarán generosamente. La información que está en su poder y los contactos que aún conservan pueden ser de gran valor para la peligrosa empresa que os ha traído hasta Madrid. Vos queréis nombres y ellos os los darán. Mi señor teme por su vida, no tiene mucho tiempo y os pide encarecidamente vuestra ayuda. Seréis recompensado como os merecéis.

Kit observaba distraídamente al grupo de hombres que ahora discutían lances del juego en otro extremo del mesón. Hubo unos segundos de silencio que a Diego Martínez acabaron por aclararle las ideas sobre los posibles miedos que veía en el joven.

—Ya veo. Teme al cardenal, ¿no es así? Si es por eso, no se preocupe. No puedo decirle que sea uno de los nuestros porque mentiría, pero le aseguro que deja trabajar y que no se mete en problemas de terceros. Siente una gran admiración por la princesa y es capaz de cualquier cosa por agradarla. Precisamente el llevarle el retrato del taller de don Alonso es una buena prueba de ello. Siempre reconoció y consintió su… amistad con mi señor, don Antonio. Si en esta ocasión vos le lleváis este legajo, estad seguro de que os ganaréis la amistad de la princesa y el afecto del cardenal.

—Si es así, ¿entonces por qué no las lleva él mismo?

La pregunta de Kit parecía, una vez más, ingenua y de respuesta previsible.

—Os acabo de decir que el cardenal es una persona que aunque deje actuar, es absolutamente neutral. —Don Diego empezaba a impacientarse ante la postura adoptada por su interlocutor—. No puede ayudarnos en nada en lo que respecta a nuestro rey Felipe. Sería incapaz de mover una pieza del tablero para desestabilizar a Su Majestad. Sin embargo, vos sí.

El hombre de negro dijo las últimas palabras clavando su mirada en los ojos de Kit y señalando al joven con su mano enguantada.

El agente no necesitó meditar la decisión que debía tomar. No había tiempo para más y, al menos, eso era mejor que nada. Se trataba de un gran e inesperado paso en su primera campaña en España.

—¿Qué he de hacer entonces?

Diego Martínez sonrió en señal de alivio y satisfacción.

—Vos seréis un simple correo. La princesa no recibe visitas que no estén relacionadas con su propia familia o sus más íntimos. Casi puede considerarse al cardenal como si fuera de la familia. Además es uno de los hombres más influyentes del reino. Pasaréis totalmente inadvertido ante los ojos de Pedro Palomino, gestor de los bienes de la princesa y su verdadero carcelero.

—Me consta la importancia del cardenal, aunque de ser así no entiendo la situación actual de la princesa.

Diego Martínez hizo caso omiso del reiterativo comentario y siguió desglosando su propuesta.

—Contad con valiosa información para vuestro proyecto, señor Shelton. Yo os podría narrar infinidad de chismorreos sobre lo que se dice aquí y allá de las intenciones de nuestro rey en Europa. Del cómo y el porqué actuar de una manera o de otra. Pero don Antonio cuenta con los documentos que demuestran la existencia de esa trama contra Inglaterra. La conspiración que, me consta, habéis venido a buscar a España.

—Todo el mundo sabe que desde hace años Felipe quiere invadir Inglaterra para hacerse con su trono. —El agente se mostró sobrado desviando la mirada de Diego hacia una de las paredes de local—. Lo intentó de buena gana probando a casarse con la reina Isabel, pero cuando ésta lo rechazó, el propósito de la invasión se hizo público. Eso lo conocen hasta los mendigos.

—Sí, y vos también sabéis que la invasión es muy costosa. Eso también lo sabe todo el mundo. Lo que no se sabe es que antes intentarán otra operación. Más económica y efectiva. Algo que seguramente no le agradará a la cabeza de la reina Isabel. Ahora vos decidís si os interesa llevar estas cartas o no.

Aquello sí era novedoso. Walsingham y Faunt se lo habían comentado como una posibilidad. Pero nunca antes lo había oído de boca de un español con buenos contactos y de una forma tan directa. ¿A qué se refería con esa «otra operación»? Debía darse prisa si quería sacar algo en claro.

Miró las cartas bajo el sombrero de Diego Martínez y dudó durante unos segundos.

—¿Estáis hablando de que España se quiere hacer con el trono inglés por medio de un simple complot contra la reina? —añadió bajando la voz —. ¿Cómo sé que decís la verdad y no es más que una fanfarronada de taberna?

—No tenéis nada que temer, amigo mío. Reconozco que mis palabras no tienen ningún respaldo y que pueden sonar a broma como vos decís, pero os ruego que seáis paciente y confiéis en mí. La propia princesa al ver las cartas de mi señor os confirmará su autenticidad y os dará una nueva clave de lo que acabo de deciros. El riesgo es mínimo y, en cambio, la compensación podría aseguraros un exitoso retorno al seno de los Walsingham. En este juego contáis con todos los naipes ganadores. Y lo más importante de todo, con nuestra discreción e interés en que la empresa salga adelante con éxito.

Diego Martínez dejó el vaso vacío a un lado. Kit levantó el sombrero de su acompañante y tomó el lote de cartas. Todas estaban selladas con la misma divisa. El lacre reproducía el dibujo de un enigmático laberinto roto por multitud de partes en cuyo centro podía verse la figura de un centauro. Sobre él se leía el texto latino *Usque ad bue*.

—¿«Hasta aquí»? Curiosa leyenda para un misterioso sello. Está bien.

No hubo más comentario por parte de Kit. Las colocó discretamente bajo su gorro, junto al puñal. Satisfecho, Diego Martínez se levantó presto para marcharse.

—Nos encontraremos entonces al regreso de Pastrana. No os arrepentiréis, señor Shelton. Estamos en deuda con vos. Don Antonio sabrá agradecéroslo. De momento quizá necesitéis esto para el viaje.

Diego le dejó una bolsa repleta de monedas. Se acercó al mesonero, pagó las bebidas y abandonó el mesón mientras se encajaba con esmero la capa y el sombrero.

Kit se quedó pensando unos minutos en lo que acababa de hacer a la luz de la lámpara. Guardó el dinero a buen recaudo bajo el jubón y subió a su cuarto para descansar y preparar el viaje que al día siguiente lo iba a llevar a la Alcarria.

Hechas las tareas y tumbado en la cama, sacó uno de los documentos que le acababa de entregar Diego Martínez. Observó con detalle el precioso dibujo del lacre. Un centauro en un laberinto. A nada que conociera de la historia de Antonio Pérez, sabía perfectamente que pocos emblemas habrían definido en mejor medida la situación del antiguo secretario, conocedor de secretos en un verdadero laberinto de pasiones humanas y políticas. Secretos que, según Diego Martínez, aún poseía y que con arreglo a lo pactado pasarían a su poder en poco tiempo, al regreso de Pastrana.

Sonrió al pensar que, de alguna forma, aquella historia le había convertido en una especie de Teseo. Había cruzado la puerta de entrada al Laberinto aferrado a un invisible hilo de Ariadna que en cualquier momento podía romperse dejándolo en medio de un dédalo imprevisible. Pero no quiso pensarlo. Dejó las cartas en una bolsa y fijó la vista en el libro que había sobre la mesa. Se incorporó para cogerlo. Era la *Historia del Gran Tamerlán* que le había obsequiado tan amablemente el sacerdote dominico en su viaje a Laredo.

Entre las primeras páginas del libro, Kit rescató la hoja con las líneas que ya había escrito de su nuevo trabajo inspirado en aquel itinerario de Ruy González de Clavijo. Leyó lo que había copiado y, tomando la pluma y la tinta que nunca dejaba más allá de la mesilla junto a la cama, corrigió algunos versos y escribió otros nuevos. Acto a acto y escena a escena, fue avanzando en su historia del Gran Tamerlán, evadiéndose en cierto modo de toda la realidad que por momentos lo asfixiaba entre las cuatro paredes de aquella habitación.

Después de llenar de versos, tachones y enmiendas varios pliegos, el cansancio fue más fuerte y se quedó dormido escuchando el bullicio de las gentes y los carros mercadeando junto a la Puerta del Sol.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Camino de Pastrana (España)

Jueves, 25 de abril de 1585

El canto de un gallo anunció la entrada de Kit en el ancho paseo que se abría ante la plaza en donde se levantaba la puerta de la ciudad que llevaba hasta Alcalá. Había llegado a la hora exacta.

A pesar de que no había todavía mucha luz en la calle, se veían grupos de agricultores que muy de mañana se dirigían para trabajar la tierra hacia las huertas que había a las afueras de la ciudad.

El fango del día anterior todavía estaba húmedo. A duras penas consiguió evitar las salpicaduras de un carruaje que rozó su bolsa al pasar junto a él.

—Espero que sepáis disculpar nuestra torpeza, señor Shelton.

Kit giró la cabeza y vio al cardenal arzobispo de Toledo. Junto a Su Ilustrísima estaban don Alonso y su sobrina, Lorena, cuyo rostro continuaba mostrando la zozobra del día anterior.

Gaspar de Quiroga, el cardenal arzobispo de Toledo, era un hombre de aspecto vigoroso. Su corpulento semblante de buen abulense rebosaba con creces el acolchado de sus divinas vestiduras. Cualquiera diría observándolo de cerca que una de las cosas por las que destacaba el cardenal arzobispo era, según decía él mismo, su comedido apetito.

Los fríos de su localidad natal, Madrigal de las Altas Torres, quizá le condicionaron físicamente para rellenar sus carnes del tejido necesario para luchar contra los recios fríos castellanos.

En aquel momento don Gaspar contaba setenta y tres años. Y, en cualquier caso, a pesar de su avanzada edad, lo que más llamaba la atención era su pelo rojo. No dejaba de ser insólito que un Vela y Quiroga, fuera de la estirpe que fuera, tuviera tal color en el cabello, lo que demostraba los complejos y apurados enlaces entre familias que ya por entonces se hacían en aquella España de «tanto tienes tanto vales».

Al menos eso fue lo que pensó Kit cuando lo vio por primera vez. Ante él, Kit se sintió como en casa. Acostumbrado a tratar con españoles de baja estatura, morenos y de piel oscura, más acostumbrados a los duros trabajos del sol, enfrentarse a un pelirrojo castellano casi le confunde en el habla y tuvo que pensarse dos veces si decir «buenos días» o «*good morning*».

Nadie diría que aquel hombre afable y bonachón había sido inquisidor general en 1573 y miembro del Consejo de Estado, llegando a convertirse en ocasiones en la verdadera sombra del rey de las Españas, don Felipe.

—Señor Shelton, os presento a Su Ilustrísima, don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo.

—Es un verdadero honor, eminencia… —Kit dejó a un lado su bolsa, se quitó el sombrero y dobló la espalda en dirección a la mano que le tendía el cardenal para besar su anillo.

—Don Alonso me habló de vos ayer por la tarde cuando fui a recoger el retrato de la princesa —dijo el religioso—. Es magnífico, ¿no lo creéis así? —El cardenal señaló con entusiasmo al interior de su vehículo en donde reposaba sobre los sillones el cuadro de doña Ana cubierto con un paño oscuro.

—No lo dudo. Alabar su calidad fue lo primero que hice al quedar embelesado ayer ante él, en mi visita al estudio. Lorena ha realizado un trabajo magnífico.

Kit miró a la joven sonriéndole con complicidad. Ella devolvió el gesto cariñosamente, con un leve asentimiento de la cabeza.

—Don Alonso está finalizando un retrato mío. Mi idea es que luzca en la Sala Capitular de la catedral de Toledo. Reconozco que el modelo no es igual de hermoso que el de doña Ana, pero algo podrá hacer para salvar del olvido este rostro mío.

—Eminencia, si me lo permitís —intervino don Alonso—, la pintura es el reflejo de una serie de condiciones humanas que están más allá de la simple belleza. El verdadero arte está en saber plasmarlas en la tabla o el lienzo, de suerte que permanezcan por los tiempos de los tiempos en el recuerdo de las personas…

—Entiendo lo que queréis decir —lo cortó el cardenal—. Pero si uno es feo, es feo…

Todos rieron al unísono la ocurrencia de don Gaspar. El joven detectó entre sus compañeros un ambiente de familiaridad, algo que por primera vez sentía desde que pisara suelo español hacía unas semanas.

Al fondo, en el horizonte, tras la entrada de Alcalá empezaban a despuntar los primeros rayos del sol. El cardenal se percató de tal circunstancia y apremió a su séquito para comenzar el viaje.

—Creo que tenemos que partir ya para poder llegar a Pastrana con las últimas luces del día.

—Partan en buena hora —se despidió don Alonso.

—Queden vuestras mercedes con Dios.

El grupo subió a los coches. El maestro y su sobrina, después de decir adiós efusivamente al prelado y a Kit, permanecieron allí atentos a la comitiva. Comenzaba un largo viaje en dirección a la Alcarria en busca de parte de la información que había ido a recoger a España.

Mientras se alejaban entre vaivenes y tumbos, el agente saludó a través de la ventana del coche, observando cómo Lorena lo evitaba con la mirada.

Apenas se hubo adentrado el coche de mulas del cardenal en el camino de Alcalá, el religioso se dirigió a su acompañante.

—Bueno, señor Shelton. ¿Y a qué os dedicáis?

—¿No os ha dicho nada don Alonso?

La pregunta cayó como un jarro de agua fría. No barajó la posibilidad de que don Alonso no se hubiera preocupado de ello y daba por aclarada la situación.

El prelado, divertido, negó con la cabeza mientras acababa de acomodar sus ropas en su asiento. Se relajó un instante al detectar la complicidad del cardenal.

—Soy estudiante, aunque también ayudo a mi familia en el negocio de las telas.

No se le ocurrió otra mentira mejor. Era exactamente la misma respuesta que había dado a fray Anthony en su viaje a Laredo. Todo quedaba, pues, en la Iglesia.

—Qué interesante… —Volvió a sonreír el purpurado, divertido por la situación—. En cualquier caso, llegaremos al anochecer a Pastrana.

Kit se sorprendió de la facilidad de aquel hombre para cambiar de tema y se preguntó hasta qué punto el cardenal no estaría loco como una teja.

—Como comprenderéis —prosiguió el cardenal— no es la mejor hora para realizar una visita. Por ello he previsto que nos alojemos en el palacio de la princesa, descansemos y mañana será otro día. Por la tarde nos recibirá doña Ana. Será lo mejor, para mi visita y para vuestro trabajo, ¿no creéis?

Kit asintió sin saber qué contestar. «Para vuestro trabajo», repitió para sí. ¿Acaso aquel hombre de aspecto apacible conocía toda su historia? Parecía que sí.

Tanto el silencio como un evasivo «no sé de qué habláis, eminencia» hubieran sonado a excusa. Se decantó por la primera opción y, con una sonrisa que invitaba a la ambigüedad, permaneció callado. Evitó que la conversación siguiera por ese camino. En esta ocasión fue él quien cambió de tema aludiendo a la belleza del retrato que Lorena había hecho de doña Ana, retrato que descansaba junto a ellos.

—Es un hermoso trabajo. Seguro que le gustará.

El cardenal retiró la tela y dejó al descubierto el cuadro de doña Ana para que los dos lo pudieran contemplar. El prelado y su invitado comenzaron a charlar sobre los méritos artísticos de la sobrina de don Alonso, el buen hacer de su tío para con ella y, por supuesto, de la princesa de Éboli.

El viaje hasta Pastrana, adonde llegó la comitiva del cardenal con las últimas luces del día, estuvo sazonado de momentos de plática, vacíos de cansancio, tedio y también disfrute del magnífico paisaje alcarreño.

Antes de entrar en el pueblo el coche paró ante una modesta capilla.

—Si me disculpáis unos instantes, señor Shelton, me gustaría agradecer el sosiego de nuestro viaje a la Virgen de los Ángeles.

La ermita era un lugar de obligado paso para los viajeros que salían o entraban en el pueblo. Era una tradición el encomendar a la Virgen el éxito de un viaje. En esta ocasión el cardenal se detuvo para agradecer a la Señora el haber alcanzado su meta.

Kit acompañó con respeto al prelado hasta el interior del santuario de piedra. Unos pocos minutos frente al altar bastaron para que la comitiva reanudara su paso por las primeras calles del pueblo hasta alcanzar la plaza principal de Pastrana, la del mercado, que se habría frente al palacio de los príncipes de Éboli.

La comitiva hizo un pequeño círculo en ella y abandonó los coches entre los cuchicheos y comentarios de los curiosos que corrían para anunciar la llegada del cardenal al resto de los vecinos del pueblo.

Las puertas del palacio se abrieron para recibirlos. Los dos hombres se dirigieron hasta el umbral donde les esperaba don Diego de Horche, una de las personas más importantes del servicio de la princesa de Éboli.

—Ilustrísima… Es un verdadero placer poder contar con vos de nuevo en nuestra humilde casa. Me consta que Su Alteza se alegrará mucho de volver a veros.

El tono de Diego de Horche era plano y frío. Desvió la mirada hasta donde se encontraba Kit y lo saludó.

—Señor Shelton, nos causa una gran alegría recibiros a vos también. Esperamos que vuestra estancia en el palacio sea de vuestro agrado.

Haciendo un gesto con la mano derecha, Diego se retiró y dejó paso para que todos pudieran acceder al patio.

La noche iba comiendo terreno al día. La llegada del cardenal había obligado a los sirvientes a encender algunas antorchas. Al entrar, el agente se sorprendió por el aspecto desangelado del lugar. No había pórtico en el supuesto claustro que él esperaba encontrar y solamente en un lado de la fachada, el más oriental, había por el interior una humilde escalera de piedra que daba acceso a la parte superior de la residencia.

Aquel castillo parecía abandonado. Las ventanas de la planta superior estaban oscuras. Unas pocas luces en el interior, y las sombras que dejaban

sus moradores en las paredes de las habitaciones, eran la única prueba de que la casa, al parecer, no estaba encantada.

Su mirada se topó con una mujer que lo observaba tras el turbio cristal de una de las ventanas. Vestida con un traje rojo no tardó en reconocer a la princesa de Éboli. Llevaba el ojo derecho cubierto por un parche. El cruce de las miradas duró unos pocos segundos. Le pareció que el tiempo se detenía. La extraña dama se movió desapareciendo del cristal. La voz de don Diego de Horche lo sacó de sus pensamientos.

—Señores, os hemos preparado unas habitaciones. En cada una de ellas encontrarán como de costumbre todo lo que necesiten para su comodidad.

»Un sirviente permanecerá a su servicio durante toda la noche por si necesitan cualquier cosa. Ahora mismo les espera una cena para que puedan comer antes de acostarse y descansar así del largo viaje desde Madrid. Espero que todo sea de su agrado.

Después de que el agente saludara al cardenal, Kit volvió la mirada al lugar en el que acababa de ver a la princesa. La ventana estaba totalmente a oscuras. Pensó si realmente ella estuvo poco antes allí o simplemente se había tratado de un sueño. Un criado esperaba junto a él para llevarle a sus nuevos aposentos.

—Señor, si me acompañáis os mostraré el camino hasta vuestra habitación.

Con el recuerdo de aquella misteriosa mujer, Kit, agotado por el traqueteo del coche durante el viaje, siguió los pasos del criado hasta el otro extremo del patio.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Westminster (Inglaterra),
Parlamento

Jueves, 25 de abril de 1585

—Señor, las circunstancias parecen complicarse más de lo esperado. Al parecer no resulta sencillo para los españoles conocer el nombre secreto del señor Marlowe.

Robert Cecil miraba a su ayudante James con cara circunspecta.

—¿Estás seguro de que el nombre que me das es el que está usando Marlowe en España?

—Con toda seguridad, señor. Hemos realizado investigaciones muy precisas y exhaustivas entre todos los viajeros que partieron para el puerto español de Laredo en aquella fecha. Por fortuna no fueron muchos los barcos que zarparon aquel día. Además, los agentes de los Walsingham siempre navegan con una serie de servicios garantizados. No tuvimos más que indagar en quiénes habían ido en ese día. La lista de privilegiados no era muy extensa. Al parecer el señor Marlowe viajó en un barco llamado *Elizabeth Stone* bajo el nombre de Thomas Shelton.

Robert Cecil observó de nuevo el papel que le había entregado su servidor en el que estaba escrito el nombre del agente.

—Tiene cierto sentido, James. La operación que están desarrollando los Walsingham es extremadamente importante y delicada. No es extraño que hayan elegido ese nombre tan ligado a la familia.

Sin pensárselo más, Cecil se acercó a su escritorio. Tomó un trozo de papel en limpio, mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir.

—Quiero que lleves esta carta a las postas cuanto antes. Tiene que salir para Madrid con toda celeridad. Que le den prioridad sobre otras cartas.

—Señor, no estaréis comunicando al secretario del rey Felipe el nombre de nuestro contacto…

—Sin lugar a dudas eso es algo que a ti no te interesa, James. —Cecil le contestó alargándole el papel ya cerrado y sellado.

—Si me lo permitís, señor, os sugiero que me parece terriblemente arriesgado enviar una carta de estas características con información tan sensible, sin siquiera cifrar el documento.

—Prefiero no hacerlo, James. De ser así, la carta llamaría la atención en sí misma. Dejémosla como está y que pase inadvertida entre el resto de los documentos de la posta del día.

James hizo un amago de prolongar su protesta un poco más, pero el deforme político inglés le cortó al instante.

—No quiero volver a oír hablar de este asunto, James. ¿Entendido?

—Como ordenéis, señor.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Palacio ducal de Pastrana (España)

Viernes, 26 de abril de 1585

Aún quedaban muchos minutos para que las campanas del convento de San Francisco, levantado junto a la parte alta de los jardines del palacio, tocaran las cinco de la tarde. Aún había tiempo para que el sol se pusiera tras las montañas, cubriendo de sombras el paisaje de la plaza que se abría sobre la ribera del río Arlés, frente al casón ducal de la villa. Pero doña Ana estaba especialmente cansada. Las ventanas de la fachada se habían convertido en un inútil acercamiento al mundo exterior desde que su Señor, Su Sagrada Católica y Real Majestad, decidiera, sin que todavía se supiera la razón, obligarla a vivir en ese encierro casi claustral. Apenas podía deambular por sus calles si no era bajo estrecha vigilancia. Se veía obligada a usar los lúgubres pasadizos subterráneos que comunicaban algunos edificios del pueblo y, como mucho, residir algunas fechas en el cercano monasterio de San José. Doña Ana vivía, pues, en un mundo de tinieblas al que, a pesar del tamaño nada despreciable de sus posesiones, no acababa de acostumbrarse.

La princesa se separó de la ventana. Ante aquel gesto, uno de los camareros se incorporó para cerrar el mirador. Pero la enérgica mirada de la señora lo detuvo.

—No creo haber oído ninguna orden para que hagáis eso. Mi Señor jamás me ha obligado a permanecer como una estatua frente a la ventana cuando permanecen abiertas. Es mi deseo que el mirador quede abierto y

que la luz del sol salpique…, aunque sea de manera inútil…, estas cuatro paredes de mi encierro.

—Como deseéis, Alteza.

El mayordomo asintió, regresando junto a la pared, al lado de su compañero.

—Sí, ése es mi deseo… —respondió la princesa con voz melancólica y mirada perdida.

A pesar de la prisión en que vivía desde hacía ya seis años, no había perdido un ápice de su orgullo. Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli, seguía vistiendo acorde a su condición. Aquella tarde lucía una camisa alta, decorada con cabezón de bordados, que aparecía por debajo de un rico vestido con mangas acuchilladas de terciopelo negro. Es cierto que ya no había festejos ni grandes recibimientos. Que tampoco había juegos ni celebraciones y, sin embargo, no lo es menos que ella jamás perdió su grandeza. No en vano, era una Mendoza, viuda de Ruy Gómez de Silva, llamado *el Portugués* por unos y *Rey Gómez* por otros, tal era su privanza para con el monarca español. A fin de cuentas, Ruy fue el secretario más importante que pudo haber tenido don Felipe. Pero ahora nada quedaba ya de la preferida y compañera de juegos en la Corte de la tercera esposa del soberano, la ya desaparecida Isabel de Valois, además de los numerosos títulos y mercedes que, a pesar de la prisión, seguía ostentando.

La cárcel sin cuartel de la princesa era misteriosa en lo que respecta a la razón de su proceder. Todo el mundo de doña Ana se convirtió en una turbia vidriera a través de la cual el antiguo boato, aunque todavía refulgente, no era más que un sueño consumido en el pasado. Normal que se dijera de ella que «el tratamiento de su persona y casa era con muchas músicas diferentes y regocijos a los que había de ordinario, y que era como lo que se escribía en libros de caballería».

Aprovechando los últimos rayos de sol que aún resbalaban por las frías paredes de su celda palacial, quiso la princesa aquella fresca tarde de primavera tomar papel y pluma y escribir, una vez más, una carta. No era la primera vez que se dirigía personalmente al rey, antaño amigo personal y protector. Se habían rumoreado incluso sus amoríos. Pero el tiempo y

diferentes circunstancias que ella no llegaba a comprender, o bien se negaba a hacerlo, los habían distanciado, de tal suerte que ahora sólo eran cancerbero y rehén.

La reclusión la había consumido de tal manera que poco esperaba para ella misma. Llevaba tantos años en aquella situación, habiendo sufrido peores presidios, que las esperanzas de que algo cambiara eran inexistentes. En aquel entonces su mayor preocupación era su familia y la administración de la enorme hacienda heredada por esta Mendoza venida a menos.

Se sentó frente al escritorio con la solemnidad que acostumbraba y no pudo evitar mirarse durante un instante en el espejo. En su rostro descubrió las fatales señales del paso del tiempo. Una anciana de cuarenta y cinco años, de avejentado semblante aunque, no debía negarse, caracterizado por un singular parche de terciopelo negro que cubría su ojo derecho como el que cubre un oscuro pasado al que ella misma pretendía mantener alejado de la gente.

La princesa volvió en sí y recogiéndose las lechuguillas de las mangas para no mancharlas de tinta, comenzó a escribir.

Señor:
Como veo pasar tanto tiempo sin tomar Vuestra Majestad resolución en lo que toca a mis hijos y a la casa de su padre, y crecer cada día en ella más la necesidad de la merced y favor de Vuestra Majestad, no puedo dejar de recordaros lo que le toca, y decirle que a la dilación le sigue a ella y a ellos y todas sus cosas y negocios mucho daño, por la opinión que de ello se puede concebir de disfavor, cosa que yo siento y me lastima sobre todo. Y aunque estoy bien segura, por quien Vuestra Majestad es, de que esto no puede ser sino por las muchas y grandes ocupaciones de Vuestra Majestad, y que todo lo que se ha tardado y tarda lo ha de recompensar Vuestra Majestad con mayor merced y demostración, como se ve en la que Vuestra Majestad hace en otras cosas y no de esta calidad y servicios, puede cada uno pensar libremente lo que quisiere, el tiempo que se dilata lo que toca a sus hijos…

Durante un momento detuvo la escritura. Su letra era firme y rígida. Muy distanciada entre línea y línea, tal y como habían enseñado siendo pequeña a esta hija única y mimada de los Mendoza.

En el gran salón todos la miraban rodeados de un profundo silencio que transformaba, si cabe, aquel momento en algo más solemne. Hacía tiempo que doña Ana había perdido toda privanza y eso era algo que ya no le preocupaba.

Sobre una silla ricamente acolchada descansaba *Felipe*. El perro de la princesa de Éboli se había convertido en los últimos tiempos, junto a su hija Ana, en su acompañante más fiel. Los enormes ojos saltones del animal no perdían de vista ni uno de los movimientos de su señora. Aquel compañero exótico había sido traído desde Inglaterra por amigos de su esposo.

La princesa lo miró con afecto. Tomó un nuevo papel, mojó la punta de la pluma en el tintero que había sobre la puerta del contador que ahora hacía las funciones de escritorio, y continuó escribiendo. Rogaba a Su Majestad que la suerte de sus hijos no fuera la misma que ella había sufrido en sus propias carnes.

Llegada al final de la epístola, doña Ana redactó la despedida con la que siempre se dirigía al monarca español: «Humilde criada y hechura de Vuestra Majestad. La princesa de Éboli».

Repitió para sí en varias ocasiones aquella frase tan aparentemente enfática.

Pero nunca nadie contestaba sus cartas. No sabía si por expreso deseo del monarca o bien porque el escribano que estaba a cargo de sus cosas en prisión evitaba cualquier tipo de contacto con palacio.

Coincidiendo con la rúbrica de la carta, la luz de la habitación se fue apagando. El mundo de doña Ana, un día más, se sumía en una realidad de sombras.

Junto al contador, la princesa conservaba algunas cartas de Madrid en las que se le comunicaban las condiciones de su cautiverio, evitando siempre explicar las razones. Sin embargo, los mentideros de la capital estaban repletos de noticias y soluciones al agravio de la princesa.

Fuera lo que fuese, doña Ana no comprendía, y si lo hacía lo disimulaba muy bien, la razón de aquella separación entre su persona y la del rey,

después de lo sucedido tras el asesinato de Juan de Escobedo. En cualquier caso, una cosa no lleva a la otra. Tal comportamiento en un monarca para con su súbdita no auspiciaba su cualidad de católico y mucho menos de sacro y santo. Esto, sumado a otros trabajos y cargos, hicieron que naciera en muchos el desprecio hacia el ambiguo y contradictorio monarca español, don Felipe II.

Vuelta a la realidad, la princesa, cabizbaja, hizo un movimiento con la mano para que se acercara uno de sus sirvientes. Sin mediar palabra entregó al hombre el pliego de papel sin sellar. De nada servía lacrar el billete si en breve sería inspeccionado por la autoridad que desde Valladolid había llegado recientemente para supervisar todos los pasos y negocios de la princesa.

—Por favor, entregad esta carta a don Pedro Palomino. Que la hagan llegar lo antes posible al palacio de Madrid para que la pueda leer el rey.

—Sí, Alteza. Se hará como deseáis.

El camarero hizo una sobria reverencia a la prisionera y se dirigió hacia la puerta de la cámara, abierta por un segundo sirviente. El hombre se perdió en el ala meridional, hacia el gran salón rectangular que había junto a la capilla, lugar en donde solía trabajar don Pedro.

El segundo mayordomo no pudo volver a cerrar la puerta. La recia mano de un compañero se lo impidió. Tras él se elevaba la enorme figura del cardenal seguida de la de Marlowe. La mirada del religioso escrutó el interior del aposento de doña Ana descubriendo, como de costumbre, la presencia de más sirvientes y de dos de las criadas que atendían a la señora. Volviendo la mirada al muchacho de la puerta, no hubo necesidad de más señas para indicar cuáles eran las órdenes de Su Ilustrísima.

La princesa no se había percatado de la presencia de los invitados tras la puerta del aposento. Extrañada, vio salir a la comitiva de sirvientes mientras, sentada aún ante su escritorio, esperaba la entrada de lo que parecía ser una visita de calidad. Y, efectivamente, así lo era.

Doña Ana se puso en pie para recibir al cardenal y a su desconocido acompañante. El joven agente permaneció en un segundo plano sosteniendo entre sus manos el lienzo de Lorena.

—¡¡¡Señoría Ilustrísima…!!! —Doña Ana se abalanzó para recibir a su amigo y protector, besando la mano anillada que le tendía el cardenal.

Felipe se levantó de su asiento para saludar a los recién llegados por medio de agudos ladridos. Se acercó hasta donde se encontraba Kit bailoteando su rollizo cuerpo sobre cuatro patas diminutas. El animal acarició al agente con su cabeza negra y redonda al tiempo que, confiado, movía una cola enroscada.

Tras los invitados entraron en la estancia dos servidores que portaban sendas bandejas con bebidas y un aperitivo frugal. Después de depositarlo sobre la mesa central de la habitación, y de saludar a la señora, abandonaron los aposentos por donde habían venido. Hasta que no se oyó el sonido del cierre de la puerta nadie comenzó a hablar.

—Mi querida Ana. ¿Cómo estáis? Espero que a pesar de todos los contratiempos que implica vuestra situación os encontréis bien y con buena salud. Me habían comunicado que en las últimas semanas sufristeis algunas fiebres, imagino que producto del terrible frío que asola estas tierras. ¿Me equivoco?

La voz amiga del religioso sonaba condescendiente, intentando dulcificar lo que a todas luces resultaba ser un escenario inhumano.

—El frío, la desazón y la inquietud acaban por postrarme en el lecho, Ilustrísima. Nada nuevo que no sepáis ya. Imagino que no tendréis ninguna nueva de Su Majestad, ¿verdad?

—No, Ana. En esta ocasión el motivo de mi visita es meramente personal. Hasta Madrid llegaron las noticias de vuestra enfermedad. Estaba preocupado por vuestra salud y he decidido venir a Pastrana antes de ir a Alcalá, en donde me esperan algunos asuntos pendientes. Me alegro de que al fin os encontréis bien y con tan buenos ánimos.

La princesa de Éboli dirigió la mirada hacia *Felipe*, que seguía saludando efusivamente al joven desconocido.

—Veo que no venís solo, Ilustrísima.

—En efecto. Os presento a Thomas Shelton. Es estudiante en Alcalá, comerciante de telas y no me cabe la menor duda de que tiene un gran interés en conoceros.

Kit abandonó el segundo plano y se acercó a la princesa, a quien saludó con una reverencia.

—Alteza. Es un placer conocer en persona a la afamada princesa de Éboli.

—¿Afamada, señor Shelton? ¿Por qué una vieja como yo a la que nadie quiere escuchar, ni creer, olvidada por el rey, al que ha servido ciegamente durante toda su vida, puede parecer afamada a los ojos de un extranjero?

La princesa empleó un tono cínico que fue calentándose a medida que crecía su indignación.

El joven permaneció helado ante la inesperada reacción de aquella mujer. Su único ojo se encendió proyectando una extraña luz en el espacioso aposento oscurecido por la hora que ya caía sobre la villa ducal. Efectivamente, tal y como le habían dicho, doña Ana de Mendoza, la princesa de Éboli, era una mujer de fuerte carácter. Ambiciosa, luchadora y exigente.

Doña Ana cerró los puños con fuerza y se dio la vuelta caminando tensa hasta la pared trasera del salón, lugar en el que permaneció durante unos segundos enfrentada a la piedra del muro.

Conocedor de los repentinos ataques de ira de aquella mujer, el cardenal quiso interceder.

—No os apuréis, señor Shelton —le comentó al oído en un volumen que no fuera percibido por la anfitriona—. Observo que doña Ana ha recuperado totalmente la salud y vuelve a ser la que era —añadió el religioso con una sonrisa.

Consciente de la escena poco decorosa que acababa de protagonizar, la dama se giró y apoyándose en el respaldo de una silla, intentando guardar una calma que a veces le costaba dominar más que una escuadra de galeones en un mar embravecido, se dirigió a su joven invitado.

—Espero que sepa disculparme, señor Shelton. No ha sido mi intención molestarle ni hacerle sentirse incómodo. Considérese en su casa y no dude en pedir a mi servicio cualquier cosa que le sea menester para sentirse cómodo durante el tiempo que dure su visita a Pastrana.

La princesa se sentó en la silla en la que acostumbraba descansar, e invitó a sus contertulios a que hicieran lo mismo junto a ella.

—Querida Ana, hemos traído un pequeño obsequio que espero sea de vuestro agrado.

Kit se sintió halagado con el hecho de que él también participara en la idea de regalar el retrato. Le pareció un gesto muy generoso por parte del cardenal cuando realmente no había tenido relación alguna con el trabajo ni el encargo efectuado por Lorena.

—Señor Shelton, hacedme el favor de entregar a la princesa el regalo que le traemos de Madrid. Espero que sea del gusto de Su Alteza.

El joven se levantó y tomó el cuadro que unos servidores habían colocado junto a ellos, cubierto con un paño sobre un caballete móvil. Lo asió con fuerza con sus dos manos y se lo acercó a doña Ana. La ayudó a retirar el paño de terciopelo y, cuando el retrato quedó al descubierto, regresó a su asiento observando con detenimiento la reacción de la princesa.

La mujer lo colocó sobre el regazo de su vestido como quien sustenta un enorme espejo en el que ve reflejado su rostro. En un primer momento, la respuesta de la princesa fue acorde a su carácter. Un silencio frío embargó la habitación en la que se encontraban los tres amigos.

Recorría su único ojo por todos y cada uno de los detalles de la pintura. Su oscuro cabello recogido en un moño, aderezado con una redecilla perlada, las gotas de cristal que pendían de sus orejas, el parche que ocultaba el misterio de su ojo derecho, las dos filas de perlas que colgaban de su cuello, el vestido negro de terciopelo… en definitiva, el vano recuerdo de momentos pasados, olvidados, postergados y tan lejanos ahora en el tiempo que apenas su memoria podía alcanzar; momentos de Ruy en Pastrana, de Antonio en Madrid, de Felipe e Isabel paseando por los jardines reales, su inseparable Bernardina en sus casas junto al palacio y tantas otras evocaciones, muchas de las cuales con el paso de los años acabaron por darle la espalda.

En el lienzo había una cara aniñada que nada tenía que ver con ese semblante avejentado que ahora lucía, si bien lo hacía con la misma dignidad y solemnidad que antaño.

—Y bien, Ana, ¿os gusta?

—No sé qué decir, Su Ilustrísima. Es hermoso. Sólo puedo decir eso. Muy hermoso.

Como un cuerpo celeste descendiendo sobre una estela de fuego contra la Tierra, la princesa bajó de forma repentina a la realidad terrenal de su cautiverio en el palacio. Sin poder evitarlo, cerró su ojo y ocultando el rostro con el retrato, su pequeño cuerpo empezó a estremecerse.

La princesa estaba llorando.

Los dos invitados se miraron, unidos por una improvisada complicidad en aquella amarga situación. El prelado se incorporó para tocar con su mano una de las lechuguillas del vestido de su amiga.

—Ana, es un presente como anticipo por vuestro próximo aniversario. Espero que os guste. Creemos que es un trabajo magnífico, ¿no es así, señor Shelton?

—Sí, así es, Ilustrísima —dijo el joven intentando salir del paso, llenando el silencio de la estancia con palabras ambiguas—. Una obra sublime, digna de uno de los mejores talleres de la Corte y que, además, es fiel reflejo de la belleza que hace gala en la princesa…

Doña Ana asomó su rostro por primera vez por detrás del cuadro, luciendo una sonrisa agradecida por el cumplido.

—Sois muy amable, señor Shelton.

En esta ocasión no hubo una respuesta encolerizada. Kit, calmado, se animó a proseguir en su papel.

—Alteza, si me lo permitís —farfulló por un instante—, yo también quisiera haceros entrega de un modesto presente que espero sea de vuestro agrado.

Ante la sorpresa del cardenal y de la propia princesa, Kit se levantó. Extrajo de su camisa las cartas de Antonio Pérez que le había hecho entrega Diego Martínez. Se las extendió con una leve reverencia. Ella las cogió intrigada después de devolver a su invitado el retrato para que lo depositara sobre el caballete.

No hubo que esperar mucho tiempo. Doña Ana conocía perfectamente aquella divisa, aunque estaba transformada desde la última vez que la vio. Ya no era un laberinto con un centauro en el centro llevándose el dedo a la boca en señal de silencio y sobre el que podía leerse la divisa *In Spe*, «en espera». Los tiempos habían cambiado. El laberinto ahora estaba roto.

El sello la emocionó y apretando fuertemente el legajo contra su pecho, cerró la vista dejando resbalar lágrimas por sus dos ojos.

—Antonio…

Al escuchar aquel nombre, sorprendido, el cardenal dirigió su mirada hacia Kit, el extraño estudiante de Alcalá del que nada había sospechado.

Doña Ana abrió el pequeño pliego. Al instante reconoció la letra del antiguo secretario. Apenas había siete billetes, fechados en los últimos diez meses. Misivas que habían esperado el momento oportuno para poder llegar hasta su destinataria, esquivando todos los obstáculos colocados por Su Sagrada Católica y Real Majestad.

Recuperando las fuerzas, la princesa comenzó a leer. El cardenal y el joven agente respetaron el deseo de la mujer y guardaron silencio durante el tiempo que ella estimó oportuno.

Una vez que abandonaran los aposentos, la prisión volvería a llenarse de merodeadores haciendo difícil el hallazgo del momento idóneo para su lectura.

Uno tras otro, los siete documentos fueron desfilando ante la cansada vista de la princesa.

Acabada su lectura, se levantó y extrayendo de su manga una pequeña llave abrió un cajón disimulado en el fondo de su escritorio. Se trataba del último resquicio de privanza que conservaba Su Alteza. De su interior, estrecho y oscuro, sacó un nuevo legajo y lo sustituyó por el que acababa de recibir.

Miró a la puerta y cerciorándose de que nadie entraba en la habitación, doña Ana acercó a Kit las cartas.

—Las he escrito en los últimos meses. No sabía cómo hacérselas llegar. Confío en que vos podáis hacerlo, señor Shelton.

—Será un honor, Alteza. Confiad en que así se hará.

El agente guardó las nuevas misivas en el mismo lugar de su camisa en el que había portado las de don Antonio.

—Os lo agradezco enormemente, señor Shelton. Estoy en deuda con vos. Si puedo ayudaros en algo, estoy a vuestra disposición.

Los dos miraron a Kit esperando que dijera algo.

—Se dice que ayudasteis a acabar con la vida de Juan de Escobedo y que por eso pagáis vuestra culpa con tan cruel pena.

—Ah, ¿sí? ¿Se dice eso? ¿Quién lo dice? ¿Quién, acaso, tiene una sola prueba de condena contra mí?

La princesa se detuvo antes de que su temperamento le volviera a jugar una mala pasada ante su huésped.

—Señor Shelton, no haga caso de las habladurías del pueblo. Son simplemente eso, habladurías. Sólo Su Majestad sabe por qué me tiene aquí encerrada sin poder salir. Desconozco por qué se niega a hacer públicas esas causas. Imagino que las razones del rey son de tal peso que podrían hundir su quebradiza corona.

—¿Por qué decís que es quebradiza?

—No me puedo creer que no lo sepáis, señor Shelton. Nuestro Felipe lleva años intentando hacerse con el poder de vuestro país. Las conquistas no solamente se hacen con ejércitos y estrategias. Lo ha intentado con matrimonios; acordaos del carcamal de María Tudor. También probó por medio de acuerdos diplomáticos, juegos infantiles de informadores, y ahora lleva años construyendo lo que él pretende que se convierta en una Armada que ojalá se le hunda en el puerto antes de botar las naves.

—Ya sabréis —intervino el cardenal dirigiéndose a Kit— que en los últimos años la política exterior de nuestro país se ha visto mermada en cierta forma por la intromisión de piratas ingleses, en gran parte apoyados y envalentonados por el aliento recibido de Isabel. Hay voces autorizadas que afirman que la reina cuenta con un retrato del rey Felipe en su dormitorio. No sé si será verdad. Es posible que hace años existiera el amor entre ellos, o al menos un afecto más político que otra cosa. Pero la relación se ha deteriorado en los últimos tiempos, más desde las razias y asaltos del pirata Francis Drake contra los navíos españoles procedentes de América.

Con la mirada distraída, doña Ana manoseaba el brazo derecho de su silla, desgastado ya de tantas esperas en vano. *Felipe* sintió que su señora le necesitaba y de un salto bajó del cojín para subir a su regazo.

—Sin embargo —retomó la conversación acariciando el pelo albaricoque de su perro—, los ingleses no nos temen como potencia militar directa. Temen la aparición de una liga católica en Europa que unida para

destruir la herejía protestante acabe mellando la Corona de Inglaterra. Temen más la ayuda que podamos otorgar a los franceses para destronar a Isabel y colocar al frente a su prima, María Estuardo, reina de Escocia.

—Pero, Alteza, María se encuentra ahora en la cárcel —apostilló el agente.

La princesa no dejaba de mirar los cuadros que pendían de las paredes de la estancia en los que se representaban lo que Kit presuponía que eran personajes ilustres, para él desconocidos.

—Es cierto, pero no lo es menos que son muchos los negocios que se pueden gestionar desde cuatro paredes. Vos mismo, señor Shelton, lo habéis comprobado. —La mujer señaló el mueble en donde había guardado las cartas—. Lo mismo puede hacer María Estuardo, y no me cabe la menor duda de que lo está haciendo en estos momentos allá donde esté.

El cardenal tomó una de las copas de vino y bebió un sorbo, manteniéndose siempre al margen de la conversación.

—No busque en Madrid, señor Shelton —añadió doña Ana—. Dirija sus pasos a Francia. Allí es donde va a encontrar las claves de todo el problema que tanto atormenta a los suyos. Bernardino de Mendoza. Él podrá ayudaros. Es el embajador español en tierras francesas. Antes lo fue ante los ingleses en Londres pero, como sucedió con nuestro rey, no acabó comulgando con las ideas de Isabel y sus partidarios. Por ello fue invitado a abandonar el país y en la actualidad desarrolla su trabajo diplomático en París. Él tiene toda la información de lo que seguro vos buscáis.

Kit recordó las palabras de don Alonso de Coloma: «Creemos que hay un tercer hombre en toda esta trama. Alguien que trabaja desde Francia…». ¿Sería ese Bernardino de Mendoza el misterioso tercer hombre que hacía encajar las piezas del rompecabezas? El agente sospechó que sí. En cualquier caso, no estaba en disposición de negarse a recibir información y, ni mucho menos, a ir eligiendo cuál sí o cuál no podía ser la información sensible. Ése no era su trabajo. Los hombres de Walsingham ya se encargarían de ello a la vuelta.

—¿Cómo puedo llegar hasta él?

—Bernardino es un pariente lejano mío. Como comprenderá, señor Shelton, hace años que no nos vemos. Está enfermo de la vista, pero sigue

trabajando con tesón. Me consta que desde que abandonó Inglaterra en enero del pasado año solamente cuenta con un objetivo: colocar en el trono de Inglaterra a María Estuardo. Seguro que se alegra de tener noticias mías.

La princesa cogió de su regazo el regordete cuerpo del can y lo dejó con delicadeza en el suelo. Se levantó y caminó de nuevo hacia el modesto escritorio que había en un extremo de la cámara. Tomó una hoja de papel y escribió unas líneas doblando y sellando el pliego después de rubricar la carta. Luego, de uno de sus cajones extrajo una bolsa de terciopelo. Desanudó el fuerte lazo que la cerraba y sacó un anillo de plata. Lo observó con detenimiento y se lo acercó a Kit, quien de forma cortés se había levantado para recibir el requerimiento de doña Ana.

—Vaya a ver a Bernardino de Mendoza y entréguele esto de mi parte. Él, a cambio, le podrá dar muchos de los nombres que necesita. Junto al anillo lleva una carta de presentación para que no haya ningún malentendido.

Al entregarle el anillo, Kit sintió los dedos fríos de la princesa.

Observó con detenimiento el anillo de plata. Se trataba de una joya sencilla. No portaba piedra alguna engarzada. Sólo lucía un escudo cuartelado, en dos de cuyos cuadrantes había una leyenda en la que se leía *AVE MARIA GRATIA PLENA* y que Kit no supo identificar. Ante la extrañeza de su invitado, la princesa hizo un alto en la conversación para explicar el contenido del grabado.

—Señor Shelton, es sólo el emblema de mi familia. Bernardino lo identificará rápidamente. Hágale saber que lo recordamos y que le tenemos muy presente en nuestras oraciones, deseándole los mejores éxitos para su trabajo. Seguro que lo necesita.

—Así lo haré, Alteza. Sabed que me habéis sido de gran ayuda.

El agente puso a buen recaudo los tesoros que le acababan de entregar.

—Usted también me ha ayudado, señor Shelton. Estaré al tanto de la situación para seguir ayudándolo.

En aquel mismo instante, como si todo estuviera entretejido a partir de un complicado programa, se abrió la puerta de los aposentos de doña Ana dejando pasar a un pequeño grupo de mayordomos que reclamaron la atención de los presentes.

—Alteza, es la hora de finalizar la visita. Seguramente os encontráis cansada y es vuestro deseo reposar.

—Señores —añadió la princesa esbozando una sonrisa a sus invitados —, mis obligaciones me requieren en otros menesteres no tan agradables como su presencia. Os agradezco enormemente la visita y el obsequio del que me habéis hecho gala esta tarde.

El retrato que Lorena había hecho era testigo de la escena desde el caballete portátil sobre el que descansaba.

Doña Ana dirigió la mirada a Kit mientras le tendía la mano derecha para que él se la besara.

—Espero verles muy pronto con nuevas y satisfactorias noticias para todos. Estoy en deuda con usted, señor Shelton.

Kit abandonó los aposentos siguiendo los pasos de don Gaspar de Quiroga.

Fuera les esperaban pacientemente algunos de los servidores del cardenal quienes, una vez que le vieron, se acercaron a él a la espera de alguna orden. Un tenue gesto del prelado los mantuvo a cierta distancia.

El cardenal se acercó hasta una de las ventanas del primer piso que daban al exterior. Tenía la mirada perdida en el patio inferior alrededor del cual giraban todas las estancias del palacio.

El joven se colocó junto al cardenal. Sin levantar la mirada del suelo del patio, el prelado comenzó a hablar:

—Hijo, no sé realmente quién es usted ni estoy seguro de para quién trabaja. Sólo sé que está en el bando que más nos interesa. En cualquier caso, le puedo asegurar que hoy, con su gesto, seguramente interesado, qué más da, ha hecho especialmente feliz a la princesa. Tanto ella como yo le estaremos eternamente agradecidos.

Kit besó su mano y marchó hacia las escaleras que descendían hasta el patio. Cuando no había bajado más que los primeros peldaños, el religioso se dirigió de nuevo a él.

—Señor Shelton. Tenga mucho cuidado. El trayecto no es fácil. Yo permaneceré unos días más en Pastrana. He dado orden de que mi coche esté a su servicio para su viaje. Parta mañana pronto, con el alba. Que Dios le acompañe y le dé suerte.

El agente saludó con la mano y sin más dilación continuó bajando hasta el patio, perdiéndose tras una de las puertas que se abría en el claustro.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

Palacio Real de Madrid (España)

Jueves, 9 de mayo de 1585

Juan de Idiáquez sonreía mientras echaba el último vistazo a la carta que Mateo Vázquez acababa de recibir del rey.

> *… paréceme que he entreoído algo de que todavía hay mensajes entre Antonio Pérez y la princesa de Éboli, que ni a uno ni a otro le está bien. Lo mejor será que en secreto y con disimulo procuréis saber lo que hay de cierto en ello y si es así, lo atajéis.*

—Resulta increíble que el monarca, despachando tantos negocios al cabo del día, todavía tenga tiempo para enterarse de si estos dos siguen escribiéndose cartas o no, habiendo pasado tanto tiempo.

Idiáquez devolvió el papel a Vázquez sin perder la sonrisa.

—Hace apenas un par de semanas —comentó el secretario del rey—, durante la Pascua, la carta desde Inglaterra avisándonos de la llegada de un agente llamado…

—Marlowe, Christopher Marlowe —apuntó Idiáquez—. Ese Christopher Marlowe…, y ahora este comentario en forma de reprimenda. No creo que sea casual, amigo mío.

Mateo Vázquez se levantó de su asiento y se dirigió hacia la ventana de su despacho desde donde observó en silencio la tranquilidad del patio del palacio en aquella mañana primaveral.

—¿Por qué intuís que pueda haber alguna relación? Yo no veo razón alguna para pensar así.

Las palabras del político vasco sacaron a su compañero del ensimismamiento.

—Amigo mío, las desgracias nunca vienen solas. No olvidéis que Antonio Pérez sigue contando con información importante sobre nuestra política exterior. No os extrañéis, pues, de que los ingleses hayan mandado a alguien a buscarla a España. El antiguo secretario es el primer interesado en venderla para conseguir algo a cambio aunque todavía no sé el qué.

—Pero Antonio sigue encerrado en Turégano. ¿De qué le sirve vender información al enemigo? Lo único que conseguiría es reforzar la prisión o incluso perder la vida por traidor si esa trama fuera verdad y llegara a destaparse. Es posible que sepa algo del plan que nos traemos entre manos, pero no es menos cierto que ni nosotros mismos somos capaces de ver en qué va a acabar todo. No olvidéis, Mateo, que solamente es una idea. ¿Cómo puede amenazarnos Antonio Pérez de saber algo de nuestros planes, de algo que ni nosotros mismos somos capaces de conocer?

Mateo Vázquez sabía que Idiáquez tenía razón. Se acercó de nuevo a su mesa de trabajo y volvió a releer la misiva enviada por el rey avisando de los movimientos de los dos cautivos. Junto a una lámpara de aceite, ahora apagada, el secretario tenía una carpeta de color negro en la que iba colocando toda la documentación de Pérez. Introdujo el aviso del monarca y de ella extrajo varios papeles más. Después de leer el membrete de algunos de ellos se los acercó a Idiáquez, quien permanecía sentado impasible, frente a la mesa del secretario.

—Aun encerrado, Pérez sigue contando con importantes bazas para chantajear a la Corte. Muchos están hostigando a Felipe para que dulcifique su encierro y lo devuelva a Madrid con el fin de que pueda hacerse cargo de su hacienda y de su familia. Estos favores, como imaginaréis, no son en absoluto desinteresados. Únicamente se deben al miedo que tienen de que desvelen al rey secretos inconfesables que podrían acabar con ellos en un santiamén. Incluso me temo que el propio monarca les tiene miedo.

Idiáquez echó un vistazo a las cartas que le había entregado Vázquez.

—Sigue contando con muchos amigos —continuó el secretario—. Aunque a simple vista parezca que todos le dan la espalda. Seguramente son unos meros interesados, pero no por ello debemos dejarlos de lado. No olvidéis, Idiáquez, que Su Majestad podría haber mandado ajusticiarlo hace años tal y como hizo con Juan de Escobedo. ¿No os habéis preguntado por qué no lo ha hecho y sigue jugando con él falsamente al gato y al ratón?

—No creo que la vida de un hombre merezca tantos quebraderos de cabeza.

—Pues parece que al rey sí le merece tal menester. Si no lo ha hecho es porque teme algo. No me preguntéis qué, pero nuestro rey Felipe teme algo de ese oscuro secretario…, algo que me hace estremecer y que en ocasiones me ha hecho pensar incluso si nuestro soberano es o no trigo limpio…

El político vasco siguió hojeando las cartas sin poner apenas atención a las duras palabras que acababa de lanzar su compañero.

—Idiáquez, ¿contamos con los nombres de los ingleses que han entrado en Madrid en las últimas semanas?

—Sí. Y tenemos suerte porque, como suponíamos, tampoco son muy numerosos. La lista que hemos confeccionado está basada en los datos de las fechas más próximas al mensaje recibido desde Inglaterra.

Idiáquez acercó al secretario un documento en el que aparecían no más de una docena de nombres.

El sacerdote leyó uno a uno los nombres de las personas de la lista con gesto de cierta satisfacción.

—Ciertamente no hay mucho donde elegir. No creo que nos resulte difícil dar con nuestro hombre. Existen varios de los que seguramente contamos con algunos informes de sus visitas en otras ocasiones a Madrid. Eso nos puede ayudar a eliminar sospechosos.

Vázquez repasó el registro una vez más y fijó su atención en varios nombres.

—Creo que podríamos descartar algunos de ellos…, sí…, por ejemplo, Henry Roth y Anthony Glass. Se trata de dos religiosos católicos que han visitado en numerosas ocasiones nuestro país. Ya los seguimos no hace mucho tiempo y fue una situación algo incómoda. Son inofensivos. No creo que con ellos exista ningún problema.

—También podríamos eliminar al conde de Rawtenstall —añadió Idiáquez—. Lo conozco personalmente. Ha asistido en algunas ocasiones a recepciones del rey y, por descontado, su animadversión a la Corona de su país lo convierte en un personaje de nuestro lado.

—Podría ser un agente… No debemos dejarnos llevar por las apariencias externas —añadió el secretario, desconfiado.

—Tranquilo, Mateo. Ya se hizo un trabajo exhaustivo que casi le cuesta la vida al propio conde. Es un buen hombre. Todo está bajo control.

Vázquez llevaba varios minutos sin levantar la vista del listado. Su silencio intrigó al político. Idiáquez se percató de la preocupación de su compañero.

—¿Habéis visto algo?

—No estoy muy seguro. El 23 de abril entró en la villa Thomas Shelton. Qué curioso. ¿Quién es este Thomas Shelton? —dijo al fin el secretario del rey.

—Según el informe es estudiante de la Universidad de Alcalá. También ha venido a nuestro país por asuntos de su familia. Al parecer, cuenta con un negocio de tejidos y era su intención establecer nuevos lazos comerciales con la villa. A pesar de ser inglés, es católico. ¿Por qué decís que es curioso?

—Creo no equivocarme. —El sacerdote levantó la mirada y clavó sus ojos en los de Idiáquez con una expresión de conmoción—. Thomas Shelton es el mismo que acompañó a Su Ilustrísima, el cardenal arzobispo de Toledo, a ver a la princesa de Éboli a su palacio de Pastrana la pasada semana.

—El cardenal es una persona de confianza y de total solvencia en lo que respecta a la figura de Felipe —dijo Idiáquez sin dar crédito a la intuición del secretario—. No veo por qué hay que desconfiar de él.

—Cierto, Idiáquez, don Gaspar de Quiroga es de total confianza para nuestro rey, pero no olvidéis un detalle que puede resultar esclarecedor. Todavía es uno de los miembros más activos del bando del fallecido Ruy Gómez de Silva, antiguo esposo de doña Ana. Por lo tanto, cuenta con la misma confianza de la princesa y, por ende, no sería de extrañar que se viera inclinado o tuviera alguna simpatía por Antonio Pérez. Fue

precisamente él uno de los principales baluartes para convencer a Su Majestad de que la princesa debía abandonar el encierro de la Torre de Pinto, y luego el castillo de Santorcaz, para habitar su palacio ducal de Pastrana, en donde todavía sigue.

Ciertamente la argumentación parecía encajar. Juan de Idiáquez reflexionó sobre las palabras que acababa de espetarle el clérigo.

Mientras se atusaba la barba no pudo reprimir la pregunta que una vez conocidos los hechos parecía más que evidente.

—¿Creéis entonces que Thomas Shelton y Christopher Marlowe son la misma persona? ¿El hombre de quien nos avisó Robert Cecil?

—No estoy seguro, Idiáquez, pero resulta muy extraño que ese individuo aparezca en la vida del bando de Éboli, la carta de Cecil y, además, la misiva de Felipe avisándonos de la existencia de correos secretos entre doña Ana y Pérez. Todo al mismo tiempo, ¿no lo creéis así?

—Podemos detenerlo e interrogarlo. Aunque no haya pruebas contra él, un par de vueltas serán suficientes para hacerle cambiar de opinión. Ahora mismo se encuentra en Madrid. Al parecer, da más importancia a sus negocios familiares que a los estudios de la universidad.

En ese momento sonó la puerta del despacho del secretario.

—Adelante.

La voz de Idiáquez sonó con fuerza en la habitación. Un joven entró en el despacho. Tras realizar los saludos de rigor se adelantó hasta la mesa del secretario. En la mano llevaba una bandeja de plata que acercó al político. Sobre ella había un sobre lacrado. Vázquez e Idiáquez reconocieron al momento el símbolo de la posta. La carta de Inglaterra no podía llegar en momento más oportuno.

Mateo Vázquez la tomó y miró la fecha de salida, mientras que con la mano izquierda hacía una seña al joven lacayo para que abandonara el despacho.

—Parece que el asunto les corre prisa a los amigos de la reina Isabel. El servicio de mensajeros cada vez está más acelerado. Me pregunto qué será lo que se traman.

—Leed el mensaje. Quizás en su interior esté la respuesta a vuestra pregunta.

Vázquez hizo caso al político vasco. Rompió el lacre. Le llamó la atención que la carta de Robert Cecil estuviera sin cifrar.

—El billete no viene cifrado —dijo Vázquez—, un gesto de excesiva confianza con el secretario del monarca español.

Leyó el papel con atención. Al acabarlo, sin mover un músculo de su cuerpo, el secretario se limitó a levantar la mirada hacia su compañero. Sus ojos denotaban una mezcla de sorpresa y alegría.

Idiáquez leyó seguidamente la carta que le tendía el religioso.

—Me pregunto qué interés tendrá Robert Cecil en minar de esta forma los servicios de los Walsingham. En cualquier caso, parece que no va a ser necesario detener e interrogar a ese tal Thomas Shelton.

—En efecto, mi querido Idiáquez. Mejor no. Dejémoslo correr a sus anchas. —El rostro del sacerdote se iluminó con un destello de malicia—. Finalmente, quizá sea cierto que no es más que un simple alumno de Alcalá. Quién sabe. En cualquier caso, si no lo fuera no hay que olvidar que los traidores nunca trabajan solos. Siempre se ayudan de otros de su misma calaña. Sigámoslo, pues, muy de cerca. Seguramente nos llevará hasta su contacto. Éste no puede ser el cardenal, ha de ser alguien que se encuentre a mitad de camino…

—Sí, pero ¿quién?

—Si Robert Cecil no nos miente, Thomas Shelton nos puede llevar hasta el último eslabón de esta cadena.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Mesón La Espada, Madrid (España)

Viernes, 10 de mayo de 1585

A primera hora de la mañana, Christopher Marlowe subía de dos en dos los escalones que llevaban a su habitación en el mesón La Espada. Había permanecido algunos días fuera de Madrid y durante ese tiempo nadie había utilizado su cuarto, a pesar de la escasez de alojamientos que había en la villa. Su buen precio le había costado. Llegó a pensar en algún momento que el mesonero estaba abusando de un ingenuo joven extranjero. Pero más tarde cayó en la cuenta de que bien estaba invertido el dinero si el gasto suponía la garantía de regresar a un alojamiento asegurado, evitando así cualquier clase de sorpresa.

Una vez en el cuarto, dejó sobre la cama su bolsa. Cansado, abrió la ventana que daba a la calle y, arrimando una silla al balcón, se sentó junto a éste, observando el deambular de las gentes de la villa.

Tenía gran parte de la información que, en su opinión, sería de gran interés para los hombres de Walsingham y eso le tranquilizaba. Pronto regresaría a su casa terminando así el trato que había firmado de palabra con el primo de *sir* Francis Walsingham.

No habían pasado unos minutos desde que entró en su habitación cuando descubrió que no estaba solo. Sobre un taburete había una capa negra. Al instante se puso de pie echando mano a la daga de la que nunca se separaba.

—Demasiado tarde, señor Shelton. Creo que todavía no es consciente de los peligros que le atañen.

Diego Martínez se encontraba apoyado en una de las paredes de la habitación. Jugueteaba con el filo de su espada.

Más tranquilo, Kit devolvió la daga a su vaina, sujetándosela firmemente a la riñonera.

—Estoy muy cansado. Apenas he podido reposar durante estos días entre el trabajo y el viaje a Pastrana.

Diego Martínez envainó su espada y acercó a Kit un papel. Tras leerlo, su semblante volvió a registrar el tono de preocupación que durante los últimos días había sido tan habitual.

—¿Qué significa esto?

—Lo único que se me ocurre es que en estos momentos sois uno de los hombres más buscados de Madrid. Al parecer se trata de una carta que Robert Cecil ha enviado al secretario del rey Felipe, Mateo Vázquez. Uno de los servidores del palacio, fiel a nuestra causa, se hizo con una copia del documento antes de que Vázquez la conociera. El muy estúpido no la había cifrado. Señor Shelton, no creo que estéis muy seguro en La Espada. Yo mismo he podido sobornar al mesonero para que me dejara entrar en vuestra habitación para esperaros. En cualquier caso, era el mejor sitio. Sabiendo que siguen vuestros pasos, hubiera resultado peligroso nuestro encuentro en otro lugar.

—No tengo tiempo que perder. Esto es vuestro. —El agente entregó a Diego las cartas que había recibido de la princesa—. Vuestro encargo se hizo como dijisteis. Era el deseo de la princesa que hiciera llegar esto a don Antonio. Imagino que vos encontraréis los medios oportunos para hacerlo, ¿me equivoco?

—Mi señor se alegrará. No os quepa duda. Quiso adelantarse a los acontecimientos y confiando en que su palabra era de valor, ha querido que le hiciera entregar esto. —Le acercó un sobre lacrado con el mismo sello que cerraba las cartas que había portado a Pastrana—. Seguro que lo que contiene os ayudará a satisfacer los objetivos principales que os habíais propuesto en esta misión.

Diego Martínez echó mano de otro bolsillo y extrajo un nuevo escrito, esta vez de muy pequeño tamaño, que también le entregó.

—No perdáis esto, señor Shelton. Llevadlo siempre separado del sobre. Si no contáis con este documento, de poco os valdrá la información que pueda leerse en las cartas de don Antonio.

—¿De qué se trata? —Kit señaló el papel mirándolo con extrañeza.

—Es la clave que descifra el texto de los billetes. Es posible que vuestros amigos ingleses pudieran leerlo sin su ayuda. Pero de todos modos nos aseguramos el éxito.

—Muchas gracias, Diego.

Mientras hablaba con el hombre de confianza de Antonio Pérez, Kit fue metiendo en una bolsa las pocas pertenencias que había traído para su viaje y que todavía quedaban en la habitación. Hizo un ademán de lavarse someramente, se cambió de ropa, envolvió como pudo la sucia dentro del hatillo y tras mesarse los cabellos se colocó su gorro dispuesto a salir cuanto antes de aquel lugar.

—Id al taller de don Alonso. Él está avisado y os proporcionará una buena montura. Allí os darán las instrucciones que debéis seguir para salir de Madrid cuanto antes. Ahora será mejor que me sigáis. Tenemos que abandonar el mesón por la parte de atrás del patio. Insisto en que el dueño no es gente de fiar. Mejor que no observe vuestra precipitada huida.

Escoltado por Diego Martínez saltó al patio de La Espada por un pequeño ventanal abierto junto a la puerta de su habitación. Tras comprobar que nadie seguía sus pasos, los dos hombres se dirigieron hacia una de las puertas que servía para guardar los animales. En su interior había un acceso que daba a la calle del Carmen. Abandonaron La Espada por aquella salida, apresurando sus pasos en dirección norte, hacia los arrabales en donde se encontraba el taller de don Alonso.

Confundidos entre el gentío que en aquella hora pronta de la mañana discurría por las calles de Madrid, el agente caminaba con paso firme, resguardado siempre a poca distancia por Diego. Ninguno perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor.

En pocos minutos alcanzaron la iglesia de San Antonio. Llegados a este lugar, Diego se detuvo. Con un brazo interrumpió el caminar impetuoso del agente.

—A partir de aquí debéis ir solo. Yo he de volver. Que nos vieran más tiempo juntos sería peligroso para los dos.

—Entiendo. Muchas gracias por todo. Os deseo lo mejor tanto a vos como a vuestro señor, a quien desde aquí envío mi más sincero agradecimiento por toda la ayuda prestada.

Diego Martínez, con un gesto quedo, caminó sin dar la espalda a Kit en dirección contraria, calle abajo.

—Nos volveremos a ver, señor Shelton —fueron las últimas palabras de aquel extraño hombre, servicial a los designios de Antonio Pérez. Con el sombrero en la mano desapareció perdiéndose por una callejuela de la que no hacían más que salir carretas con labriegos.

Sin pararse a pensar en tan fría despedida, el joven dio media vuelta y subió la calle embarrada en dirección al taller de don Alonso. Como de costumbre el paso estaba libre. Entró y subió los escalones que llevaban hasta el estudio del maestro.

La puerta del taller estaba entreabierta. Como si lo estuvieran esperando, don Alonso y Lorena brincaron de alegría al verle. Dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron al agente para saludarlo e invitarlo a pasar.

—Señor Shelton, os estábamos esperando —dijo alegremente el pintor.

—Don Alonso, Lorena…

Kit saludó con reverencia casi espiritual a la joven artista. Ésta correspondió con una simple inclinación de cabeza. No recordaba lo hermosa que era la sobrina del maestro. Los asuntos que rodearon siempre a las escuetas charlas que habían mantenido juntos no le habían permitido caer en aquel detalle.

—Sabemos por el cardenal arzobispo que vuestra visita a Pastrana fue de lo más fructífera. No es mala cosa, no. Cuánto nos alegramos, amigo. ¿No es así, Lorena?

—Sí, es cierto, tío. Don Gaspar nos dijo también que la princesa había disfrutado con el retrato. ¿Fue así, señor Shelton?

—¿Acaso lo dudáis? No vamos a descubrir nada nuevo si os digo que vuestro arte es magnífico y que en poco tiempo seguro que aventajaréis incluso al de vuestro propio tío. No en vano tenéis un gran maestro.

Kit se acercó a la ventana del estudio para contemplar la situación en la calle. Desde que Diego Martínez le había comunicado la posición delicada en la que se encontraba, cualquier tipo de precaución era poca para proteger la propia vida.

—No se preocupe usted. —Don Alonso lo tranquilizó—. Hemos tomado las precauciones necesarias para ayudarlo a finalizar su estancia con éxito y con el mínimo riesgo. Abajo lo espera una buena cabalgadura. Con ella no tiene más que retomar el camino de Alcalá desandando el mismo itinerario que le trajo hasta Madrid.

El agente miró de soslayo a Lorena. Descubrió que su rostro reflejaba cierta tristeza. Intuyó que estaba disgustada por algo. La joven dejó a los dos hombres y caminó hacia la parte del estudio en la que solía trabajar. Y fue entonces cuando lo vio.

La pintora había dispuesto sobre un caballete una tabla de madera de las mismas medidas que las del retrato de doña Ana.

Apenas esbozado por unas pocas líneas y manchas de color, estaba dando vida a un nuevo cuadro. No se trataba de uno cualquiera. En la difusa luz del estudio, Kit se reconoció al instante en el rostro del muchacho que tan vívidamente comenzaba a cobrar vida bajo la atenta mirada de la artista, pincelada a pincelada, trazo a trazo, soplo a soplo.

Como en otras ocasiones, don Alonso, testigo de la situación, se apartó de la escena, retirándose a colocar unos botes de cera. Contempló de qué forma Lorena, con suma delicadeza, pasaba la punta de un pincel por uno de los contornos del retrato. El agente se emocionó con aquel gesto.

—Es hermoso. Sólo puedo decir eso. Muy hermoso… Son las mismas palabras que dijo la princesa cuando vio el lienzo con el que la obsequiasteis.

Kit aparecía representado con su voluminoso cabello, el bigote y la perilla apenas esbozados y, como en el de doña Ana, un rostro luminoso que destacaba sobre un fondo sombrío.

En la tabla vestía elegantemente, luciendo una chaqueta con gruesas mangas abotonadas al más puro estilo de la moda inglesa. El cuello, igual de blanco que el resto del rostro, estaba enmarcado por los picos gaseados

de una rica camisa. Al contrario que la tendencia española, el joven no lucía ningún tipo de golilla o recargada lechuguilla.

Pero lo que más llamó su atención fue la ausencia de su mano izquierda. Sobre el pecho se cruzaban los brazos. La mano derecha reposaba sobre el antebrazo opuesto, mientras que la izquierda permanecía oculta entre las ropas. Este detalle sutil le hizo esbozar una sonrisa.

—¿Qué es lo que escondo en la mano izquierda?

Lorena dejó por un momento de marcar el perfil de uno de los botones de la chaqueta para atender las palabras de su amigo.

—Eso no lo he de responder yo sino vos mismo. En cualquier caso, disculpad que no esté acabado aún. Esperaba que me diera tiempo a hacerlo, pero no ha podido ser. Los acontecimientos se han atropellado un poco y, como veis, apenas está esbozado y no os lo podéis llevar.

—No hace falta esperar a verlo terminado para descubrir que es un hermoso trabajo. No os preocupéis por eso. Podré hacer que me lo hagan llegar aunque…, siempre será mejor que venga yo mismo a por él…, si me lo permitís, por supuesto.

Lorena se volvió sorprendida por las palabras del joven.

—No os equivoquéis, señor Shelton. El placer será mío si pudiera entregároslo en mano. Es un simple trabajo.

El joven agente se extrañó de la respuesta de la artista. ¿A qué estaba jugando?

—Seguramente el trabajo me obligue a venir de nuevo. Será una buena oportunidad para recogerlo.

—¿Queréis decir con ello que recogeréis el encargo como un simple recado más de vuestra misión?

Por primera vez, Kit sintió que Lorena, aquella joven que tanto había luchado en su vida por conseguir lo que ahora tenía, bajaba la mirada por azoramiento. Kit no tuvo tiempo de reaccionar. Quizá fuera mejor así.

Desde el otro lado del estudio, don Alonso llamó su atención.

—Señor Shelton…, acérquese, por favor.

El pintor miraba desde la ventana el movimiento de la gente en la calle. Señaló la misteriosa presencia de dos hombres apostados junto a un puesto de frutas de la corredera, justo frente a la puerta del taller.

—¿Los conoce?

Kit negó con la cabeza.

—No los he visto en mi vida. ¿Quiénes pueden ser?

—Esos hombres son del palacio. Es extraño que deambulen a estas horas por aquí. Creo que lo están buscando. Tiene que salir de aquí antes de que lo descubran. La montura ya debe de estar preparada aguardando en el patio.

—No hay tiempo que perder —apremió el agente.

Junto con uno de sus aprendices, don Alonso se adelantó para ultimar los detalles de la montura, descendiendo a toda prisa las escaleras que llevaban al patio. El agente no tuvo tiempo más que de recoger su equipaje mientras la sobrina del maestro miraba asustada por la ventana a aquellos guardas.

Solos en el estudio, Kit se acercó a la joven. Echando un último vistazo al boceto del retrato asió con suavidad la delicada mano de la artista.

—Lorena, os prometo que volveré a por él… ¿Os vale eso?

—No olvidéis —añadió ella con serenidad— que aún os queda decirme qué es lo que escondéis en la mano izquierda.

Sintió la sonrisa de Lorena antes de salir lanzado contra las escaleras en busca de su cabalgadura. No sabía si volverían a verse en alguna otra ocasión. Y lo peor de todo, no sabía cuáles eran las intenciones de la joven. La incertidumbre lo apenaba pero no era el momento para averiguar nada más.

Junto a la puerta del patio vio un hermoso caballo negro. Saltaba a la vista que se trataba de un ejemplar excepcional.

—Tomadlo bien, señor Shelton —le rogó don Alonso.

La entrada que daba a la calle estaba cerrada. Uno de los aprendices de don Alonso permanecía junto al cerrojo presto a abrirlo en el momento en que observara la orden de un tercero que, desde fuera, vigilaba de cerca la situación de los dos alguaciles.

—Vaya con Dios, señor Shelton.

—Con El quede usted, don Alonso. Gracias por todo, maestro. Nos volveremos a ver.

A una señal del exterior, la puerta del patio se abrió dejando pasar al servidor que informó de que los dos hombres de palacio se encontraban en la zona alta de la calle. Tenía vía libre para huir.

—Cuide de Lorena, os lo ruego. Es una joven encantadora.

Con el último saludo de don Alonso, Kit espoleó el caballo para que al trote se introdujera entre el ir y venir de transeúntes de la calle.

Galopando lo justo para no llamar la atención, creyó que así se alejaba del peligro.

Pero se equivocó.

No había puesto su caballo las herraduras en dirección al camino de Alcalá, cuando descubrió la presencia de una patrulla de alguaciles que, más briosos y diestros que él en las artes del galope, comenzaron a seguirlo.

Confundido y sintiéndose prisionero en un callejón sin salida, optó por cambiar de ruta.

Se adentró en el corazón de Madrid y guió su montura hacia la Almudena para salir de la villa por la puerta de la Vega. Sería dar una vuelta mayor al itinerario previsto pero, sin lugar a dudas, parecía lo más seguro. Estando localizado, lo más probable era que una buena partida de hombres del palacio lo estuviera esperando junto a la salida de Alcalá para darle alcance en su precipitada huida.

Cuando todavía oía los cascos de los caballos de la patrulla, al poco de cruzar la Puerta del Sol para tomar la calle de la Almudena en dirección al puente de Segovia, descubrió la presencia de una nueva escuadra que, saliendo junto a una calle colindante, intentó cortarle el paso.

La presencia providencial de una carreta cargada de frutas y hortalizas se interpuso en el camino de la segunda comitiva de alguaciles, haciendo saltar por los aires a tres de los cuatro jinetes, mientras que el último acabó rompiéndose las narices contra el toldo de un puesto ambulante cuando intentaba dejar a un lado el inoportuno carruaje del proveedor.

A la desesperada, no tuvo más remedio que azuzar al máximo su cabalgadura. Sabía que una vez cruzadas las puertas de la villa sería más improbable que lo atraparan.

No estaba acostumbrado a cabalgar en circunstancias como ésa. Por ello, a pesar del esfuerzo, la primera patrulla fue acortando distancias tras él

por la calle de la Almudena.

El estrepitoso ruido producido por los cascos de los caballos hizo que muchos madrileños se detuvieran, apartándose contra las paredes de la calle, para dejar pasar a los atropellados jinetes entre gritos, blasfemias y maldiciones.

Apenas a unos pocos pasos de distancia, el agente sintió el rebufo cercano de sus perseguidores. Abatido por su inexorable fin, se acordó por un instante de Lorena. Lástima no haber aclarado antes las cosas. Brillante final para la historia de amor más corta del mundo.

Cargado de un valor renovado, extrajo el puñal de su riñonera y cuando uno de sus perseguidores pensó que el inglés le iba a lanzar el acero, el agente, más avispado, cortó al ras las sogas que sujetaban los toldos de unos mercaderes, y las lonas cayeron sobre los jinetes que le seguían. El más desafortunado de todos sintió cómo el listón que sujetaba el toldo se le clavaba en el rostro haciéndole gritar de forma feroz.

Alarmado por la algarabía y continuando su camino sin frenar el paso, de un vistazo a su espalda descubrió que el grupo de cazadores se había reducido a una sola alma que, hábilmente, había conseguido evitar la caída del toldo.

El hombre que lo perseguía no era uno de los simples alguaciles. Sus ropas no probaban ningún rango militar sino que delataban a un hombre notable, el cabecilla que personalmente había atado los cabos de aquella misión: Juan de Idiáquez.

Llegados a la iglesia de Santa María de la Almudena, el mismo lugar en donde habían empezado sus aventuras en Madrid, Kit se topó con un enorme gentío que formaba un largo pasillo que llegaba justo hasta la puerta del patio principal del palacio de Su Majestad. Obligado a frenar, por un instante perdió cualquier clase de esperanza de escapar de allí con vida.

«¡Pardiez, estoy perdido!», gritó el joven agente para sus adentros en un gesto de ahogada angustia y rabia.

Encerrado por la improvisada procesión que salía del templo, a su espalda Idiáquez consiguió acercarse a él hasta casi rozarlo con la punta de los dedos.

—Daos por muerto, Marlowe.

El inglés se estremeció al oír por primera vez en tierras españolas su verdadero nombre.

—Además de espía —añadió el secretario real español—, sobre vuestras espaldas ya pesa la muerte de uno de mis hombres. No saldréis de aquí con vida.

En ese momento, frente a él, un grupo de notables que esperaba a la comitiva real abandonó su posición en el lado del pasillo que cerraba el camino al espía, dejando un hueco por el que, rápido y de forma astuta, su caballo consiguió cruzar al otro lado de la plaza. Como Moisés perseguido por los egipcios en el mar Rojo, las gentes reordenaron al instante la correría volviendo a taponar el agujero.

Idiáquez no pudo pasar.

Incomprensiblemente, el político español descendió del caballo descubriéndose ante la comitiva procesional.

Sorprendido, el agente observó el personaje al que miraban los ojos del político. A pocos pasos, Su Sagrada Católica y Real Majestad, el rey don Felipe, atendía el requerimiento del pequeño grupo de notables que habían abierto paso ante él. Saludándolos con atención, el monarca siguió caminando lentamente entre aquel baño de multitudes colocado a ambos lados de su recorrido hasta el cercano Palacio Real.

Al pasar frente a él, el soberano se detuvo ante aquel joven que, sofocado, permanecía en su presencia sobre el caballo. El rostro albino de Su Majestad, cubierto por una barba cana, era tal y como él lo había visto en los retratos conservados en Inglaterra. Vestía totalmente de negro y para caminar se ayudaba de un fino bastón. Aunque mucho más anciano, aquélla era la imagen del soberano que de forma tan ambigua consiguió gobernar tan vasto y regio mundo, en el que decían que nunca se ponía el sol. Aquél también era el causante de los males de la princesa y de los tormentos de don Antonio.

Kit reflexionó sobre lo curioso de la situación, disfrutando aquel instante de papeles cambiados en el que, desde su hermoso caballo negro, observaba el reanudar del paso del rey, tranquilo, frente a él. Entonces, en un gesto reverencial y nada estudiado, se destocó la cabeza y saludó al monarca, el rey de las Españas.

—¡Nos volveremos a ver, Majestad!

Su grito pudo oírse por encima del murmullo de la gente.

Contaba con los nombres, las cartas y las pistas necesarias para retomar en otro momento y en otro lugar su investigación. Aunque dejaba algo muy querido detrás, en aquel lugar sobraba.

En la huida había acabado con la vida de un alguacil de palacio, cargo suficiente como para hacerlo colgar del palo más alto.

Dando la espalda al rey, espoleó su caballo y al mismo galope que le había llevado hasta allí desde el camino de Alcalá, se perdió en dirección a la puerta de la Vega ante los ojos y el rostro impotente de Juan de Idiáquez.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

Capítulo 15

Corpus Christi College.
Universidad de Cambridge (Inglaterra)

Jueves, 1 de mayo de 1586

Era un jueves más. La concentración en la lectura le había evadido del exterior. Después de la comida, durante las horas de estudio y descanso, lo habitual en el Old Court del Corpus Christi eran la paz y el sosiego.

No se oía la más mínima brisa.

Sólo más tarde, en la quietud de su cuarto, Christopher Marlowe, conocido por todos como Kit, apenas podía oír los lejanos pasos en los pasillos dirigidos a la capilla del colegio. Los alumnos corrían para asistir a las continuas celebraciones de aquellos días previos a la Pascua. Ni mucho menos oía el cantar de los pájaros, o el rechinar de las ruedas de los carruajes procedentes de la calle Trumpington.

Todo era silencio.

La causa de aquella evasión la tenía entre sus manos. La fascinación del relato le hacía huir de la realidad con suma sencillez. Leía por cuarta vez y con fruición las páginas de la crónica de Ruy González de Clavijo sobre su embajada al Gran Tamerlán por mandato del rey español Enrique III. La salida desde Sanlúcar, muy cerca de la ciudad española de Cádiz, su paso por Roda, Arzinga, Soltania y finalmente Samarcanda, donde conoció al propio Tamerlán, llamado Timur Lang *el Cojo*, toda la crónica estaba repleta de deliciosos detalles que inspiraban la imaginación del joven dramaturgo.

Su mesa, como de costumbre, estaba cubierta de papeles, muchos de ellos amontonados y anudados formando gruesas carpetas. Llevaba varios meses trabajando en su primera gran obra. Una tragedia a la que todavía no había puesto título pero que seguía muy de cerca el relato del embajador español.

De repente, una mano salida de la oscuridad se posó sobre su hombro, al tiempo que junto a su oído una voz le habló desde la nada, dejándose oír como un tétrico susurro.

—Lees demasiado, amigo mío.

La voz de Nicholas Faunt lo tranquilizó. Abandonó su lectura y con una sonrisa forzada recriminó la entrada intempestiva del agente.

—¿No me has oído entrar? —preguntó su amigo quitándose la capa negra y arrojándola sobre la cama.

—No, Nick. Estaba leyendo —contestó con voz ausente señalando el libro que ahora reposaba cerrado sobre el mueble.

Faunt se acercó un poco más hasta el escritorio de su compañero y hojeó el título por encima.

—Veo que sigues con tu Tamerlán. Ya lo debes de tener acabado, ¿no es así? Llevas meses con él.

—No es tan sencillo. Estaba repasando algunas partes del texto. No me gustaría cometer errores en mi trabajo.

—¿Cómo lo vas a llamar? —preguntó Faunt sin verdadero interés y se dejó caer sobre la cama.

—Todavía no lo sé. Seguramente pod…

—Imagino que Thomas Walsingham te ayudará a la hora de sacarlo a la luz —le cortó su amigo tumbado mirando al techo—. Él tiene mucha mano en los teatros de Londres. Es un hombre de letras y es aficionado a estas cosas de las comedias.

—No es una comedia, es una tragedia —lo corrigió Kit.

—Es igual. Seguro que Thomas te puede proporcionar buenas recomendaciones.

—Eso me dijo la primera vez que lo vi. —Marlowe se dio la vuelta y cruzó los brazos sobre el respaldo de la silla apoyando en ellos la cabeza de forma cansina—. Aunque no escribo para representarlo. Creo que muy

pocos afortunados pueden permitirse ese lujo. Somos muchos los que escribimos y muy pocos los teatros. Si pensara en dedicarme a escribir…

—Walsingham me dijo que lo hacías muy bien. —Faunt levantó un poco la cabeza desde la cama para observar la expresión de su amigo—. Ya sabes que cuenta con varias cosas tuyas y, sinceramente, no creo que esté mintiendo. Le he oído despotricar contra aficionados de tres al cuarto. Pero él siempre te ha defendido. Le sorprendiste aquella primera vez con tu historia de cartagineses y ya no ha…

—*Dido, reina de Cartago* —apostilló Marlowe.

—¿Cómo dices?

—Que mi historia de cartagineses, como tú la llamas, se titula *Dido, reina de Cartago*. Ése es su título. Pero esto que estoy haciendo ahora es mucho mejor. —Se volvió hacia la mesa y tomó algunos papeles repletos de versos y tachones—. Cuando vea la luz, si llega a suceder, será algo grande. Estoy seguro de ello.

—Muy bien, Kit, pero antes tienes que ir a ver a Walsingham.

Marlowe retiró su mirada ensoñadora del ventanal del cuarto y clavó sus ojos sobre su amigo. No podía pensar que le sorprendía tal decisión. Ni mucho menos. Llevaba casi un año sin salir de Cambridge, sin contar la pequeña salida a Canterbury para ver a su familia. Aunque su primera misión había durado relativamente poco tiempo, no más de un mes en Madrid, sentía nostalgia de todo lo que allí conoció y especialmente de lo que dejó. No pocas veces se había acordado del retrato que por aquellas fechas ya estaría terminado en el estudio de don Alonso.

Nicholas Faunt leyó enseguida en la mirada de su amigo y le sonrió. Kit interpretó esa mirada de complicidad.

—¿Sabes algo de ellos?

—Todo sigue igual. No te preocupes. Hasta donde sé el taller continúa funcionando perfectamente y sus inquilinos están bien. Nadie te vio salir. Al parecer te habían seguido hasta allí, pero antes de entrar te perdieron la pista. Fue un movimiento muy hábil por tu parte. Nada que se pudiera esperar de un principiante.

El antiguo agente hizo una pausa en su exposición.

—Pero ahora debes ir de nuevo hasta Chislehurst —prosiguió—. Mañana al amanecer te esperará un carruaje en la puerta del patio del colegio. Ya sabes el camino, así que en esta ocasión no habrá secretos ni falsas pistas.

Kit no escuchó las últimas palabras. Su cabeza estaba en otras cosas. En algunas ocasiones, durante los últimos meses, meses que a veces se habían convertido en algo eterno, Kit y Lorena habían mantenido el contacto por medio del correo. Pero era muy lento. La mayor parte de las veces era el propio Faunt quien entregaba en mano las cartas llegadas desde España. Pero cada carta no era más que un montón de líneas frías que se limitaban, sin ningún tipo de emoción, a reseñar el estado de la situación en el estudio.

—¿Sabes para qué es? —preguntó Kit al fin, despertando de su embelesamiento.

—No tengo ni la más remota idea. En España las cosas ahora se encuentran estables, es decir, igual de tensas que hace unos meses. Las mismas dudas siguen atormentando a los consejeros de Su Majestad, pero no hay dato alguno que nos haga pensar que el rey Felipe vaya a mover sus fichas en breve. Espérate cualquier cosa. Incluso…

—Incluso no ir a España, ¿verdad?

Faunt se limitó a observarlo sin decir nada.

—Sí, ya sé —añadió Kit con triste resignación.

—Eso es, incluso no ir a España. Los católicos están extendiendo sus redes por otros lugares de Europa si bien es cierto que el núcleo principal está en Madrid. No sé qué decirte. No te hagas ilusiones.

El joven agente no había dejado de pensar en las misteriosas palabras de Lorena acerca de su retrato. El eco de la voz de la pintora todavía sonaba fresco en su memoria: «Aún os queda decirme qué es lo que escondéis en la mano izquierda», se había repetido en más de una ocasión. ¿Qué es lo que escondía la fría despedida de Lorena?

Sabía que no era una buena mezcla unir el trabajo con los sentimientos. Pero a Kit le resultaba harto difícil. Quizá tendría que empezar a acostumbrarse a olvidar.

Faunt se incorporó de la cama y se despidió con un apretón en el brazo de su apenado amigo, dispuesto a salir.

—No olvides que mañana al amanecer tienes una cita importante. Las gestiones en el colegio están de nuestra mano, como de costumbre. Así que no has de preocuparte. Te dejo trabajar, amigo mío. Imagino que tendrás un montón de ideas en la cabeza para pasar al papel si quieres convertir ese texto en algo grande, como tú dices.

Nicholas Faunt se detuvo ante la puerta antes de abandonar el cuarto de su compañero.

—Algo grande…, eso es, llámalo *El Gran Tamerlán*, suena bien, ¿no te parece? —Con un guiño, Faunt salió cerrando con suavidad.

Kit se volvió sobre su mesa del estudio y tomando la pluma del tintero la mojó. Con aplicada letra escribió en el encabezamiento de una de las hojas. Efectivamente, sonaba bien. *El Gran Tamerlán*. Lo repitió en alto varias veces para percibir todos los matices de su sonoridad. Indudablemente, el título era bueno. No obstante, habría de quedarse huérfano de obra hasta nadie sabía cuándo. La causa era una inesperada y nueva misión con incierto futuro y destino que le apremiaba. Pero no retomaría el final de la obra hasta su vuelta.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

Chislehurst, Kent (Inglaterra)

Domingo, 4 de mayo de 1586

El mismo mozo que en otras ocasiones le había esperado junto a la puerta marcada con la divisa de la noble familia isabelina permanecía de pie con una lámpara en la mano, dispuesto a llevar al agente hacia la sala en la que, como de costumbre, sería recibido por su mentor.

La situación era extraña aunque conocida. No había salido del colegio desde noviembre del año anterior cuando fue a visitar a su familia durante quince días a Canterbury. Pero, lógicamente, esto no podía compararse con ese tipo de salidas.

Una vez más se vio solo en el interior del acogedor despacho en el que se reunía con Walsingham. Echó un vistazo a los volúmenes de las estanterías y observó que apenas habían variado desde la última vez que visitó el lugar. En un gesto automático, dirigió su mirada hacia la mesa que encabezaba el despacho. Se acercó a ella y de un rápido vistazo comprobó, con tranquilidad, que no había documento literario alguno relacionado con su trabajo, nada que lo comprometiera de ningún modo.

—No lo encontrará ahí, señor Marlowe. —Junto a él, Walsingham balanceaba un pliego de papeles—. Nunca me separo de él desde que me proporcionaron la primera copia hace pocas semanas. Me parece realmente magnífico. Le auguro, una vez más, un futuro prometedor en el mundo de nuestro teatro.

Walsingham había aparecido en la habitación como un fantasma. Vestía un jubón verde oliva, calzas del mismo color y una rica camisa blanca con

valona de encaje que llegaba casi a las hombreras.

Tras saludar al invitado ocupó su lugar en la mesa, colocando allí un grueso legajo de documentos.

—Estoy deseando que tenga tiempo para poder dedicarse de pleno a su trabajo y pueda gratificarnos con un espectacular final. Creo que lo va a llamar *El Gran Tamerlán*, ¿me equivoco?

Kit asintió sin mucho entusiasmo. Hasta donde sabía, era consciente de que el agente era él, aunque en la situación en la que se encontraba había que aceptar que en todo momento hasta él mismo fuera vigilado.

—Sin embargo, y por mucho que me pese, el final, como se imaginará, tiene que esperar.

—Algo imaginaba, señor Walsingham, de lo contrario no me habrían sacado del colegio con tanta celeridad, ni estaría ahora con vos…

—Por supuesto. Espero que el viaje desde Cambridge hasta aquí haya resultado de su agrado, señor Marlowe. Pero, como bien sospecha —Walsingham hizo una pausa—, hay una nueva misión que nos hace confiar de nuevo en usted. Permítame antes invitarle a beber algo.

En ese instante hacía entrada en el despacho el mismo sirviente de siempre. Llevaba una bandeja con una jarra de vino y dos vasos. Como acompañamiento había un par de platos colmados generosamente. Uno de ellos tenía fruta y el otro, pastelillos.

—¿Y bien? —señaló Kit a su anfitrión después de tomar su vaso y beber un buen trago de vino.

—Durante los últimos meses hemos estado trabajando y estudiando con detenimiento la información que nos proporcionó a la vuelta de su primera misión, hace ahora casi un año. Gran parte de la documentación que nos trajo estaba cifrada y aunque Diego Martínez le dio la clave para poder leer los documentos, aun así no ha sido sencillo. Al parecer, Antonio Pérez se tomó las molestias necesarias para crear un desciframiento doble con la misma cifra.

De tal manera que aunque las claves cayeran en manos extrañas, el contenido de las cartas estaba asegurado.

Walsingham sacó de uno de los cajones de su escritorio unos papeles.

—Son pequeños detalles —prosiguió—, apenas imperceptibles, pero que para nosotros tienen mucho valor. No en vano podríamos considerarlos como una suerte de guías para encontrar la salida del laberinto en el que nos habíamos encontrado después de años de trabajo. Pero la solución no es tan sencilla como pareció en un principio. Para nuestra sorpresa, hemos descubierto que nuestro laberinto cuenta con varias salidas…

—Explíquese, señor Walsingham —añadió el joven agente acomodándose sobre su asiento.

—Seré breve, señor Marlowe. Una de las cosas que más nos hizo reflexionar del informe que se elaboró con los datos proporcionados por usted después de su primera visita es todo aquello que le contó en persona la princesa de Éboli.

Walsingham se percató del sorprendido gesto de Kit.

—Es cierto. Sé que fue una visita casi rutinaria, más aceptando el compromiso hacia un buen hombre como es el cardenal Gaspar de Quiroga, que en busca de una nueva puerta que nos permitiera acceder a otros puntos de información. Pero como sucede siempre en estos casos y sin haberlo pretendido, esa puerta… se abrió.

Inmediatamente, a Kit le vino a la cabeza el retrato de doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli. Imaginó a Lorena deslizando el pincel sobre el lienzo marcando la serenidad de su rostro y el parche sobre el ojo derecho. Recordó con añoranza el encuentro con la princesa, su carácter inestable, sus manos frías y la carta con el anillo de plata en el cual estaba grabado el emblema de la familia. La misma sortija que ahora sopesaba dentro de una bolsita negra Thomas Walsingham en su mano izquierda.

Pero para el agente, detrás de todo siempre estaba la imagen de Lorena.

—Esto nos puede ser de gran ayuda —continuó el lord—. Una de las salidas de ese laberinto en el que se ha convertido nuestra investigación parece ser la solución al rompecabezas, similar a esos ingeniosos juegos que llegan de Oriente. —Walsingham hizo ostentosos gestos con sus manos —. Y la clave para llegar hasta la solución nos la puede dar este anillo.

—Ella me dijo que debía entregárselo junto a la carta de presentación a don Bernardino de Mendoza, un pariente lejano suyo, y que él sería quien

nos pondría sobre la pista de las intenciones de España con respecto a Su Majestad.

—Exacto. Conocemos muy bien a este hombre. Fue el embajador de Felipe II en nuestro país hasta que en enero de hace dos años, podríamos decir con educación, se le invitó a abandonar Inglaterra. Descubrimos que tramaba oscuros intereses para nuestra reina. Su embajada era una infección de agentes que no hacían más que socavar los cimientos de nuestro reino, instigando aquí y allá a favor de los católicos.

Walsingham se sirvió un poco más de vino y después de beber un trago, prosiguió su discurso.

—La situación se hizo tensa y en 1584 se le obligó a abandonar no solamente su cargo diplomático sino también nuestro país. Desde entonces, las relaciones con España son, si cabe, más tensas. La Corona española ha decidido prescindir de representante alguno en Inglaterra. Pero ahí no queda todo. Bernardino es un hombre rencoroso, colmado de un odio ciego e inquina hacia Su Majestad. Al tiempo que embarcaba para España, juró venganza contra Inglaterra. Y parece que lo está trabajando. Nuestros informes no son muy claros en este sentido. Felipe lo envió a Francia y allí, en París, en su salsa católica, maquina todo tipo de conspiraciones contra nuestra Corona.

»Yo siempre me opuse a su expulsión. Es cierto que él estaba conspirando contra nosotros en nuestra propia casa, pero no es menos cierto que el servicio secreto de mi primo, *sir* Francis Walsingham, lo tenía vigilado muy de cerca. Ahora es necesario enviar agentes a Francia para adentrarse en su red y conocer lo más de cerca posible cuáles son sus intenciones. Algo que sería mucho más sencillo de hacer si lo tuviéramos aquí, en casa. Pero no es el caso, señor Marlowe.

—Y ése es mi papel en esta ocasión —afirmó Kit como si intuyera adonde quería ir la conversación con su anfitrión.

—En efecto, mi buen amigo. Veo que ha seguido con interés y brillantez mi exposición. Al parecer, Bernardino de Mendoza ha comenzado, sin prisa pero sin pausa, a maquinar un complot internacional para eliminar a Isabel del trono de Inglaterra. Sabemos sus intenciones pero desconocemos totalmente a los hombres que las ejecutarán. Y nadie mejor que usted para

desempeñar ese papel. Cuenta con una ventaja a la que nadie le puede igualar. Fue a usted y no a otro a quien doña Ana le entregó el anillo y la carta. Eso le abrirá las puertas de Francia.

—Sin embargo, nunca entenderé por qué lo hizo. ¿Por qué yo?

—No sea ingenuo. La princesa de Éboli sabía perfectamente quién era usted. Sus intenciones son claras. Creo que odia al monarca que la ha hecho encerrar, aunque quizá no tanto como para acabar con él. Tampoco creo que disponga de los medios para hacerlo, aunque si se lo propusiera, seguramente conseguiría en Europa los lazos necesarios. Pero sí entendemos que busca dar un escarmiento a Felipe. Es muy hábil, e incluso desde su encierro en el palacio ducal de Pastrana, es capaz de manejar los hilos de la Corte de una forma muy sutil. Sabe que nunca saldrá de su cárcel y no tiene prisa. Se trata de una mujer paciente. Lleva siete años en cautiverio y en ese tiempo ha conseguido deshacer más cosas que lo que muchos de nuestros servicios secretos ni siquiera soñarían hacer caminando libremente por los pasillos del Palacio Real de Madrid. No sabemos de qué forma, pero a sus oídos llegó el rumor de la existencia de este posible complot respaldado por la Corona española contra Isabel. Quizá se trate de despecho, pero le aseguro, señor Marlowe, que la princesa sueña con verlo desarmado y a su rey, puesto en ridículo ante toda Europa.

Thomas Walsingham abandonó su asiento tras el escritorio y caminó en silencio hacia la ventana. Kit siguió con la mirada sus pasos hasta que se detuvo. El jefe de los agentes se llevó los brazos a la espalda y tras juntar sus manos prosiguió:

—Hasta nuestros servicios ha llegado ese rumor serio de una trama contra Su Majestad. Al parecer, ya no se trata de un rumor vacío como el que sospechábamos el pasado año. Ahora es serio y tenemos pruebas sólidas que apoyan la existencia de la intriga. —Se volvió para mirar a su invitado—. Una traición muy grave.

—¿En qué consiste? —El joven agente deseaba conocer cuanto antes los detalles.

Walsingham continuó relatando los hechos retornando la mirada al ventanal.

—La situación es compleja. No sabría decirle exactamente cuál es la composición exacta de la conjura, pero existen elementos sobre los que no nos cabe la menor duda. María Estuardo está desempeñando el papel de bisagra entre Inglaterra y los católicos. Éstos quieren colocarla en el trono de nuestro país y acabar con Isabel, a quien consideran una reina bastarda. María Estuardo lleva presa de la Corona inglesa desde hace casi dos décadas. Hoy permanece en Chartley Hall, vigilada muy de cerca. Ya nos hemos puesto a trabajar para intentar conocer su papel en esta conspiración. Como verá, señor Marlowe, es lo mismo que sabíamos hace unos meses. Lo único que nos queda por conocer para completar el rompecabezas y poder salir del laberinto por la salida correcta son los nombres de las personas que participan en la conspiración. Y ahí es donde entra usted, mi querido amigo.

Regresó a su mesa. Sobre ella, junto a los legajos que formaban parte de la información que Kit había traído el pasado año, permanecía la bolsa de terciopelo negro que contenía la sortija de plata. La abrió y tomó la joya. La levantó en el aire y miró a su interlocutor a través del agujero.

—No sé cómo, señor Marlowe, pero doña Ana de Mendoza lo sabe. Y sabe también que la única persona que la podrá ayudar a la hora de conseguir esos nombres es Bernardino de Mendoza. No nos interesa conocer cómo llegó hasta ella antes que a nosotros la noticia de la existencia del complot. Eso ahora da igual, pero no es casual que le diera el anillo y lo invitara a entrevistarse con él en Francia. Algunas de nuestras pistas también nos llevan hasta él. Parece demasiado aleatorio.

—Pudo ser el cardenal arzobispo de Toledo. Don Gaspar de Quiroga es un hombre muy bien reconocido e influyente en la Coroña —explicó Kit gesticulando con las manos al tiempo que aportaba una posibilidad que desde su punto de vista parecía lógica.

—No, no lo creo. Su eminencia prefiere permanecer al margen de la situación. Naturalmente, también sabía quién era usted, de dónde venía y para quién trabajaba. O al menos, por lo que usted nos ha comentado de la entrevista con él, lo intuía. Quizá no con todos sus detalles, pero sí con una idea más aproximada de lo que podría suponer. Al igual que hizo con la trama que llevaron a cabo doña Ana y el secretario Antonio Pérez, de la cual el cardenal arzobispo sabía todos los entresijos, siempre ha preferido

mantener una situación ambigua. Estar y no estar, ser y no ser…, mantenerse a bien con todos y no dejar de mostrar una fidelidad impecable hacia Felipe. Comprendo su postura. La princesa es una persona muy querida para él.

—Entiendo —dijo el agente dejando su vaso vacío junto a la bandeja que descansaba en una mesilla—. Deduzco que en esta ocasión mi papel es viajar hasta Francia y encontrarme allí con Bernardino de Mendoza.

Walsingham asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Bien —prosiguió Kit—. Pero un anillo de plata con el emblema de la familia no es suficiente para que te reciba un embajador, y menos a un sospechoso que viene de un país enemigo.

—Piense un poco, señor Marlowe. Efectivamente deberá ir a Francia. Pero no a París sino a Reims. Esa ciudad puede considerarse la cuna del catolicismo europeo. Está repleta de ingleses católicos que han marchado hacia allí en busca de un lugar seguro. Introdúzcase en su ambiente. Hable con ellos y conviva durante un tiempo. Deje que confíen en usted. Sabe hacerlo perfectamente. Una vez que haya llegado a Reims, se encontrará con uno de nuestros contactos, quien le pondrá al día de la situación y de cómo mejor inmiscuirse en el ambiente católico. No creo que le cueste mucho, señor Marlowe. Está usted capacitado para eso, no me cabe la menor duda.

Salió de detrás de la mesa y se acercó a una balda con libros. Tomó uno al azar.

—Una vez que disponga de la información necesaria —añadió mirando de forma distraída los dibujos que ilustraban el volumen— y de los contactos oportunos, algunos de los cuales le serán proporcionados por nuestro servicio en su destino, deberá verse entonces con Bernardino de Mendoza. Lo único que ha de hacer es entregarle el anillo y la carta. Tendrá que ingeniárselas, pero consiga los nombres de las personas que están a cargo del complot. Ver, oír y callar. Una sola pista que nos sirva de llave para conseguir abrir el cajón en el que se esconden estos hechos sería más que suficiente. Algo de lo que partir con seguridad y que proceda de una fuente totalmente fiable, como es el caso del embajador.

Walsingham dejó el libro en la estantería y volvió a su escritorio.

—Como en la otra ocasión, señor Marlowe. Con lo que le he dicho, confío en que tenga una idea generalizada de la situación. No es sencilla, pero sabrá hacerlo. En unos días recibirá noticias nuestras con las órdenes de cómo llegar hasta Francia.

Un ruido junto a Kit le hizo percatarse de que el sirviente se encontraba junto a la cortina que cubría la entrada oculta.

La reunión había finalizado.

Sin más dilación, se levantó y saludó a su señor. Los dos se sonrieron con complicidad mientras se estrechaban con fuerza la mano y se asían con la otra el brazo en un amago de lo que parecía un vaporoso abrazo.

Tras separarse, Thomas Walsingham bajó la cabeza.

—Que tengas mucha suerte, amigo. Seguro que todo sale bien. Esperaré con ansia tu regreso para poder disfrutar del final de *El Gran Tamerlán*. Mira a ver si durante el viaje se te ocurre algo.

Despidió a Kit al tiempo que le entregaba la bolsa de terciopelo negro con el anillo de la princesa.

—Esperemos que así sea… Pronto tendrás noticias mías. Confía en mí.

Se dio la vuelta y dejó pasar delante de él al sirviente para que fuera abriendo camino por el pasillo secreto. Cuando la lámpara de aceite comenzaba a proyectar luz sobre los primeros adoquines del suelo, escuchó la voz de Walsingham a sus espaldas.

—Una última cosa.

—¿Sí?

—Por favor…, Arréglate el pelo. Creo que lo tienes excesivamente voluminoso…, y pareces una escarola. No es propio de un estudiante como tú.

—Así lo haré, no te preocupes.

Los dos rieron y se separaron finalmente para continuar con sus respectivas obligaciones.

Una vez de vuelta hacia Cambridge, Kit se pasó las manos por el cabello. Efectivamente lo tenía demasiado largo, incluso mucho más de lo normalmente permitido en el Corpus Christi. El resto de los compañeros lo lucían corto y arreglado, nada comparable con la abigarrada melena que

poblaba su cabeza. No sería mala idea que hiciera una visita rápida al barbero y cambiara un poco su aspecto antes de partir hacia Reims.

Se dejó llevar por los pensamientos mientras su mirada veía pasar, uno tras otro, las docenas de árboles que poblaban las orillas del río Cam. En su mano llevaba el anillo de plata de los Mendoza. Los rayos del sol iluminaban el interior del anillo, dejando ver el emblema de la familia con la leyenda *Ave Maria Gratia Plena*. Una leyenda comprometedora para los tiempos que corrían en Inglaterra. Lo guardó bien en el interior de su camisa para no tener que estar dando explicaciones.

Cansado, aunque más tranquilo que en otras ocasiones, se tumbó todo lo largo que era en el interior del coche y cerró los ojos a la espera de llegar de regreso al colegio.

OceanofPDF.com

Capítulo 17

Reims (Francia)

Miércoles, 14 de mayo de 1586

Un paso tras otro, Marlowe se fue adentrando en aquel misterioso laberinto. No era imaginario. Tampoco era un juego de caminos en el que varias puertas llevan hacia una enigmática solución del complot que le había tocado perseguir.

Era un laberinto de verdad.

En el templo el silencio era casi absoluto. Sólo se oía de fondo el canturreo de algunos peregrinos. Oraban en voz baja a medida que avanzaban por los pasillos del enorme dibujo representado sobre el suelo de la nave central. Era un diseño de ocho lados grabado con baldosas blancas y negras que perfilaban el contorno de unas paredes irreales. Las esquinas estaban protegidas por cuatro bastiones que enmarcaban la figura de otros tantos oscuros personajes.

El agente miraba a los orantes con curiosidad. La escena le pareció fascinante. Como religiosos que deambularan en oración alrededor del claustro de un monasterio, aquellos hombres comenzaban el recorrido o volvían de su ficticio final buscando la salida. Casi levitaban en una especie de trance que los diferenciaba del resto de los feligreses que a esas horas de la mañana comenzaban a poblar la catedral de Reims. El lugar podría pasar por un escenario teatral gigantesco gracias a ese laberinto.

El sosiego que producía el canturreo de los peregrinos al caminar por las calles del dibujo contrastaba con el sentimiento de opresión y pesar que poco antes había sentido en el exterior.

Recién llegado a la ciudad en una agradable mañana de primavera, se sintió perdido como un grano de arena en el desierto. Inmerso en la abarrotada plaza que se abría frente a la catedral, se vio rodeado de viandantes, comerciantes, curiosos y fieles católicos que, como de costumbre, acudían sin demora al santuario de Nuestra Señora para asistir a los oficios litúrgicos.

Sus botas continuaron rozando con suavidad el delicado pavimento. Ante él se levantaba un bosque de formidables columnas sobre las que se abrían paso luminosas vidrieras con escenas de la coronación de los reyes de Francia, dando al templo al mismo tiempo un aire de recogimiento y solemnidad.

La catedral de Reims le parecía infinitamente más grandiosa que la no menos impresionante de su Canterbury natal. El lugar en donde ahora se encontraba era más alto, más diáfano, más luminoso y más imbricado en cuanto a los símbolos que, por doquier, encontraba sobre los muebles y las paredes. Combinando majestuosidad y sencillez, se levantaba un escenario que había servido de decorado en el bautismo y la coronación de numerosos reyes.

Resultaba curioso que aquella ciudad del noroeste de Francia contara con una catedral tanto más grande que la modestísima Santa María de Madrid, la capital de todo un imperio.

Kit se colocó al comienzo del laberinto, situado en la parte más oriental del dibujo. Sobre él se alzaban las enormes bóvedas de la nave central de la catedral. Decidido a seguir el juego, se adentró en el camino sagrado.

Después de recorrer el perímetro, callejeando por el exterior de los bastiones, accedió al primero de ellos, en la esquina inferior derecha del dibujo. En aquel escaso espacio había dos hombres más, sumidos en una profunda oración que el joven agente no quiso perturbar.

Sobre el suelo aparecía representada la figura de un hombre en cuya mano derecha podía verse un compás de dibujo. Junto a él pudo leer su nombre, Jean d’Orbais, uno de los cuatro arquitectos que diseñaron aquel templo en el siglo XIII.

Dando media vuelta, el espía siguió el recorrido natural, dejando atrás a los dos hombres.

No tardó en alcanzar la segunda parada. En el nuevo bastión otro arquitecto, cuyo nombre también estaba escrito en el suelo, Jean de Loup, sostenía en su mano derecha una escuadra de hierro.

—¿Estás buscando a Cristo, muchacho? —Una voz a su espalda lo sacó de sus pensamientos.

El agente se volvió y pudo ver fuera del perímetro del laberinto a un hombre de aspecto atildado que le hablaba en perfecto inglés. Lo escrutó con desconfianza. No tenía el mismo porte desaliñado ni de cansancio que el resto de los peregrinos que había en la catedral.

—En realidad no sé lo que busco —respondió al fin.

Cubiertos por la luz que iluminaba la catedral, Marlowe continuó caminando hacia delante mientras el hombre le seguía desde el exterior.

—Hasta aquí vienen fieles de toda Francia en busca de Cristo. Recorren su particular camino hasta completar el recorrido del laberinto buscando una respuesta a las preguntas que atormentan sus vidas.

—¿Y hallan respuesta a esos interrogantes?

—No soy el más idóneo para responder a la pregunta que planteáis. He de reconocer que nunca he participado del recorrido como vos.

Kit le observó sorprendido. No imaginaba que aquel extraño personaje lo hubiera tomado por un visitante más.

—¿Acaso parezco un peregrino? —añadió Kit mirándose sorprendido la vestimenta—. No creo que mis ropas os hayan hecho pensar así.

—Cierto es, amigo mío. —El hombre esbozó una leve sonrisa—. Vuestro traje, al igual que el mío, tampoco denota la pesadumbre del camino. ¿O acaso me equivoco? Pero desde luego estoy convencido de que al igual que ellos, vuestra estancia aquí se debe a una búsqueda que os ha traído desde muy lejos. No deja de ser algo similar a lo que hacen los peregrinos.

El joven agente quiso asegurarse de con quién estaba hablando. Continuó su recorrido por el dibujo en dirección al siguiente bastión, el tercero, seguido desde el exterior por el misterioso acompañante.

—Vuestras ropas y vuestro acento me hacen pensar que me encuentro ante un compatriota. No parece haber muchos ingleses por aquí.

—Os equivocáis, amigo mío. Reims está repleto de ellos. Hay muchos que son católicos y que vienen a estudiar al colegio instaurado en el seminario jesuita. —El hombre bajó el tono de su voz y continuó—: Católicos como vos y como yo, señor Shelton.

Kit no se equivocaba. Ante él estaba el hombre con el que Walsingham le anunció se encontraría en su primer destino.

—Vos sabéis quién soy pero desconozco vuestro nombre.

—Disculpadme, señor Shelton. Mi nombre es Gifford, Gilbert Gifford.

Una vez dentro del tercer bastión, sobre la figura de Gaucher de Reims, arquitecto en cuyas manos podía verse otra escuadra, Kit se detuvo para observar con detenimiento al joven que parecía ser su nuevo contacto.

—Efectivamente, nada es lo que realmente parece. No me olvido de ello, señor Gifford.

El inglés sonrió desde fuera del laberinto. Con los brazos cruzados sobre el pecho, sujetaba en la mano derecha una gorra de fieltro de color marrón, el mismo color que el resto de sus ropas. Gifford observaba cómo su interlocutor continuaba su paseo por el interior del laberinto en dirección al cuarto bastión. En él estaba la representación del último arquitecto, Bernard de Soissons, en cuyas manos podía verse un nuevo compás.

—Creo que tenemos mucho de qué hablar, señor Shelton. Quizás os sea de ayuda durante vuestra estancia en Reims.

—Así lo espero. No es mi intención haber recorrido en vano la distancia que me separa de Cambridge.

—No lo dudo. Estoy convencido de que todo saldrá bien. No hay mucho tiempo y es necesario actuar con diligencia.

Kit y su contacto se habían quedado solos en el laberinto.

—Dentro de pocos minutos comenzarán los oficios en el templo —añadió el contacto—. No es el mejor lugar para reunirse, señor Shelton. Os invito a encontraros conmigo en un par de días, al anochecer, en la taberna del Halcón Verde. La encontraréis con facilidad. No está lejos de la puerta del Juicio Final. —Señaló la entrada norte de la catedral—. Allí os sentiréis más cómodo. Es un lugar frecuentado por ingleses católicos. Además, en él encontraréis un hospedaje seguro. Las habitaciones se encuentran en la casa

que hay lindando. Ya me he encargado de ello. Espero que sea de vuestro agrado.

Cuando acabó de escuchar las orientaciones de Gifford ya había alcanzado el centro del laberinto. Sobre la última de las paradas de aquel viaje imaginario en busca de un extraño Cristo interior, Kit se agachó para acariciar con la punta de los dedos la imagen del personaje anónimo que había grabada en el suelo. Se trataba de un arzobispo. Al contrario que las representaciones de los bastiones anteriores, junto al personaje no había nombre alguno.

—¿De quién se trata? —Kit preguntó con curiosidad.

—Se desconoce. Seguramente se trate de un arzobispo de la época de la construcción de la catedral. Hace ya tres siglos de eso. Unos hablan de Aubrey de Humbert y otros de Robert de Coucy. Lo único cierto es que se trata de un religioso pero no sabemos más. ¿Le interesa?

—Es simple curiosidad. He de reconocer mi obsesión por los nombres. Quién, cómo y cuándo se va a actuar. Quiero nombres, señor Gifford.

—Los tendréis. No dejéis de visitar la taberna que os he dicho. Allí podréis conocer a personas de vuestro interés. Además, estáis de suerte. Bernardino de Mendoza, el embajador español, se encuentra estos días en Reims. Tiene asuntos que despachar con el cardenal de la ciudad, Louis de Guisa. Esto agilizará el proceso y no tendréis que viajar hasta París. Tengo entendido que entre vuestros propósitos está entrevistaros con él.

—Que me place…, así es. —El agente levantó la cabeza hacia la enorme vidriera multicolor y sonrió satisfecho—. Necesito verlo cuanto antes. He traído desde España algo para él, algo que seguro le ilusionará tener.

Kit volvió a mirar con detenimiento la figura del arzobispo dibujado en el suelo. Se preguntó por qué aquel hombre quiso pasar inadvertido para la Historia.

—Qué extraño el anonimato de algunas personas…

Pero cuando levantó la mirada, Gifford ya había desaparecido.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

Westminster, Parlamento (Inglaterra)

Jueves, 15 de mayo de 1586

Robert Cecil subía apoyado en la balaustrada las escaleras que le llevaban a la primera planta del Parlamento, en donde tenía su despacho. Aquel jueves no tenía nada de primaveral. Llevaba lloviendo varios días con intensidad. La endeble salud del político inglés se veía resentida con la humedad y, por ende, también sus estados de humor.

Y esa mañana no era especialmente bueno. Más bien todo lo contrario. Acababa de discutir por una razón doméstica con su padre, lord Burghley, y las noticias que llegaban de fuera de las fronteras inglesas no eran precisamente el mejor bálsamo para apaciguar el temple. Su escueta pero firme red de informadores le había dado a conocer un hecho esclarecedor. Christopher Marlowe, alias *Thomas Shelton*, estaba en Francia. Desconocía el porqué, pero podía imaginárselo. Los franceses eran aliados de los españoles en innumerables puntos. Y el que Marlowe-Shelton rondara aquellas tierras no debía de ser, en cualquier caso, nada bueno. Cecil no comprendía cómo los españoles no habían dado la orden de búsqueda y captura del tal Thomas Shelton después de su encuentro con Idiáquez. Tampoco era lógico que el resto del servicio de información de Madrid estuviera al tanto de los movimientos de tan sospechoso estudiante.

Con estas ideas en la cabeza, abatido, continuó caminando por el largo pasillo de la planta primera en dirección a su despacho. Apenas escuchaba los saludos de los colegas con los que se cruzaba. Ellos tampoco lo tomaban

en cuenta. Sabían que Cecil era un personaje peculiar y nunca esperaban nada de él. Y en ocasiones un simple saludo podía ser algo extraordinario.

A pocos metros se le iba aproximando su inseparable ayudante James. Venía de recoger unos documentos de una oficina cercana. Había visto a su señor y aceleró el paso para intentar alcanzarlo. Pero no fue lo suficientemente rápido. James recibió un portazo en toda la cara cuando intentó acercarse demasiado a Cecil. No le quedó más remedio que esperar un poco y llamar a la puerta.

—Adelante.

—Señor, aquí tenéis los documentos que me pedisteis que fuera a recoger a la Oficina de Intercambio de Información.

James le acercó los papeles a la mesa. Al ver a su señor comprendió una vez más cuál era la naturaleza y el sentido mismo del mote que corría por todos los despachos de Inglaterra para referirse a él: *el Elfo*. Cecil parecía una marioneta manejada por unos hilos invisibles. Toscamente, el político levantó y extendió el brazo derecho para tomar los documentos. El legajo pesaba tanto que James pensó que, aunque la mano de su señor ya había agarrado el cordel que cerraba el paquete, mejor sería no separar la suya no fuera que todo cayera sobre la mesa con estrépito. Una vez que todo estuvo sobre el tablero, Cecil lo desató y buscó algo en especial.

—¿Esperáis un envío importante, señor?

—Sí, James. Quiero confirmar un rumor que ha llegado a mis oídos hace pocos días.

—¿Puedo saber de qué se trata, señor?

—Por supuesto, James. Nuestros amigos Walsingham siguen intentando ganarse el favor de la reina por medio de juegos poco claros… —Cecil se detuvo en extraer un documento. Lo abrió y leyó por encima las primeras líneas del encabezado—. En efecto, los rumores eran totalmente ciertos.

—¿Sucede algo grave, señor?

—Nada que no se pueda remediar con una carta a tiempo, James. Los Walsingham han vuelto a enviar a Christopher Marlowe en misión. Hace unos días me comentaron que faltaba a la Universidad en Cambridge. De no estar allí seguramente está trabajando para las órdenes de Thomas Walsingham y aquí está la prueba —añadió señalando el documento que su

ayudante le acababa de traer—. Se encuentra en Francia. Seguramente haya ido a entrevistarse con Bernardino de Mendoza. Es indispensable que avisemos a Vázquez, si es que aún estamos a tiempo de desbrozar su trabajo.

—¿Estáis insinuando, señor, que vais a volver a escribir a los españoles avisándoles de la naturaleza de esa misión secreta?

—Tú lo has dicho, James.

Robert Cecil ya había tomado papel y pluma de su escritorio para comenzar a escribir una nueva misiva al secretario de Felipe II.

—Pero, señor, no entiendo adonde queréis llegar al proporcionar estos valiosos datos a los españoles.

Robert Cecil se volvió con fuerza a James.

—¿No lo sabes, mi fiel James? —Se levantó con rapidez y gritó con firmeza a su sirviente—: Yo te lo diré una vez más. Los Walsingham son los enemigos de mi familia. Cada logro que ellos alcanzan al abrigo de la reina va en detrimento de nuestros intereses. Si su operación tiene éxito, si no conseguimos parar la red de espías que tienen extendida por toda Europa no frenaremos su escalada política. La reina Isabel confía cada vez más en ellos, ¿y sabes lo que significa eso, mi querido James? Que si las cosas siguen así y no pongo remedio a sus tretas yo, Robert Cecil, nunca conseguiré entrar en el consejo privado de la reina y muy posiblemente tú vuelvas a las cuadras con tus caballos, de donde estoy empezando a pensar que quizá nunca te debí sacar.

James miraba absorto a su señor, sin capacidad de articular palabra alguna. Cecil volvió a su carta. En pocos minutos entregó el papel cerrado a su asistente.

—Por favor, ya sabes lo que hay que hacer con esto.

James se acercó al borde de la mesa, tomó la carta y tras inclinarse ante el Elfo se despidió de él con una pequeña reverencia.

OceanofPDF.com

Capítulo 19

Reims (Francia)

Viernes, 16 de mayo de 1586

A la hora prevista de la tarde, Christopher Marlowe caminaba por una calle sórdida que se abría frente a la puerta del Juicio Final. Aquel nombre parecía premonitorio. Tal y como le había indicado su contacto, la taberna no se encontraba lejos de su hospedaje. Apenas a unos pasos. Y siguiendo la tónica, su aspecto, al menos desde fuera, era igual de siniestro.

Un cartel de madera lleno de mugre con un halcón verde dibujado en sus dos lados se balanceaba al viento. Desde fuera se podía escuchar el bullicio que había en el interior. Gritos de mujeres, risotadas de rufianes y alguna que otra blasfemia en varios idiomas, cuyo sentido no consiguió alcanzar con conocimientos lingüísticos, podían oírse sin problemas desde la misma puerta de la catedral. El local parecía la prolongación del pórtico, en un macabro juego que seguramente los artistas que la diseñaron nunca llegaron a imaginar.

Al abrir, una bocanada de aire caliente y viciado lo echó para atrás. Los moradores de aquel antro hacían caso omiso del nuevo visitante y seguían a lo suyo cada uno en su propio menester. Unos bebían, otros dormían una sonora borrachera en una esquina, o manoseaban el trasero de la mujer cuyos picaros gritos se oían desde fuera.

Lo primero que pensó fue si lo que él veía sería el reflejo de la idea que los franceses tenían de sus propios compatriotas. A pesar de todo, echaba de menos el rudo comportamiento de esos hombres. Alejado del refinamiento que había aprendido en el Corpus Christi College no tardó en sentirse como

en casa. Intentó pasar inadvertido. Y qué mejor manera de acercarse a una de las mesas vacías que hurgándose en la nariz y rascándose la entrepierna como uno más. De aquella forma, pensó, sus limpias ropas no llamarían tanto la atención.

En lo más profundo de su ser no estaba muy convencido de que aquél fuera un lugar seguro. Por el contrario, contaba con todos los naipes para ser un sitio de redadas habituales en busca de maleantes y forajidos.

Al mirar a su derecha vio a la mujer que antes daba saltos de mesa en mesa entre gritos y risas.

—Hola, rubio…

El joven improvisó la mejor de sus sonrisas en busca del favor de la dama. Se encontraba junto a él sosteniendo hábilmente con una mano media docena de jarras de vino y con la otra le acariciaba la mejilla. Al mismo tiempo esquivaba las manos de los clientes que, al menor descuido, se posaban sobre su trasero. Entonces, un generoso escote se abalanzó sobre el agente haciéndolo retroceder hasta casi perder el equilibrio en la banqueta.

—Vienes a beber o buscas también algo más… —añadió melosa la camarera.

La imagen de Lorena se apareció de manera instantánea en su mente. Es cierto que en los últimos meses no había evitado el encuentro con otras mujeres en Cambridge, pero el estar trabajando como agente le hizo avivar su recuerdo y lo que sentía por ella de una manera más intensa.

—No… —contestó al fin—. Me gustaría beber un trago mientras espero a un amigo.

Respondió con serenidad. En el fondo, la situación no le incomodaba. Se sentía como en casa, reviviendo algunas de las salidas de tono que había protagonizado con algunos compañeros del Corpus Christi aunque siempre estuviera presente el velo de la pintora española.

Descubrió que los hombres seguían gritando y riendo, pero en esta ocasión todos lo hacían mirando la escena que él protagonizaba con la mujer. Ésta le acariciaba con fruición el cabello corto y arreglado después de pasar por el barbero, haciendo aumentar las risotadas de todos.

—Muy bien, entonces —añadió la mujer dejando sobre la mesa una de las jarras de vino—. Pero no dudes en llamarme si cambias de opinión.

Y diciendo esto consiguió abalanzarse sobre Kit hasta que logró estamparle un beso en la frente, gesto que acabó por hacerle perder el equilibrio y caer sobre un hombre medio ebrio que apuraba una de las numerosas jarras que tenía ante sí.

Molesto por la sacudida, empujó al agente hasta tirarlo al suelo, lo que acabó de sacar a Kit de sus casillas. En un gesto automático empuñó su arma y la colocó en la garganta del hombre.

—¿Y tú de qué te ríes, hijo de puta?

El silencio se extendió en todo el local. La tragedia no llegó a consumarse gracias a la presencia de un brazo proverbial que sujetó fuertemente la mano de Kit.

—No cometáis una locura, Shelton.

Se dio la vuelta y vio a Gilbert Gifford. La expresión de su cara fue suficiente para calmarle el ánimo.

—Rosalie, déjalo tranquilo y —señalando la mesa del borracho añadió — cobra con esta moneda la consumición de este caballero, quien estoy seguro que sabrá disculpar el inadecuado comportamiento de mi amigo.

El sonido del cobre sobre la mesa del borracho hizo cambiar su expresión. Del semblante serio pasó a la sonrisa, mostrando una dentadura mellada.

Al instante todo volvió a la normalidad. Rosalie dejó otra jarra de vino para Gifford, quien acercó un taburete para compartir mesa con su compatriota.

—Debéis dejar de lado la brusquedad en vuestras maneras, Shelton.

—No soporto que se burlen de mí.

Muy bien, pero si actuáis así no debéis olvidar que corréis continuamente un gran peligro. La situación no deja de ser menos peligrosa que hace unos días. Os sorprendería saber quién es Rosalie en realidad.

El agente miró a la mujer mientras ésta continuaba sirviendo a otras mesas. Al regresar a las cocinas sus miradas se cruzaron. Rosalie esbozó una leve sonrisa de complicidad. Gesto que sólo Kit fue capaz de interpretar.

—¿También ella está metida en esto?

—Eso ahora no viene al caso. Nadie sabe lo que hace nadie pero todos sabemos a qué bando pertenecemos. Espero que seáis consciente de que debéis recapacitar en todo lo que hacéis mientras estéis desarrollando la misión. Este lugar es tranquilo pero es esa seguridad lo que lo convierte en un lugar al mismo tiempo muy peligroso. Con frecuencia acabamos enterrando a compañeros excesivamente confiados.

Gifford miró a ambos lados cerciorándose de que no había nadie que siguiera mirándolos. Bajó el tono de voz y continuó:

—¿Veis la puerta que hay junto a las cocinas, el lugar por donde acaba de entrar Rosalie?

El contacto señaló con la mirada una puerta oscura que había al final del local. El agente asintió.

—Pues bien. Tras ella se está celebrando una reunión en la que nos esperan. Es el primer paso para poder obtener la información que os ha hecho venir hasta aquí, Shelton.

—Explicaos. —Kit asió con fuerza la jarra de vino que les había dejado Rosalie.

—Detrás se encuentran John Ballard y varios de sus seguidores en Francia. Ballard es un sacerdote católico inglés que está reuniendo gente a su alrededor para poder llevar a cabo un siniestro complot contra Su Majestad. Shelton, no os quiero adelantar detalles, prefiero que sea él mismo quien os lo cuente.

—¿Saben de mi presencia en la reunión?

—Sí. Precisamente, uno de los asuntos que les ha hecho venir hasta aquí es su deseo de entablar contacto con vos.

Kit se percató al instante de que había llegado a uno de los momentos más sensibles de su misión. Temeroso de no saber cómo reaccionar ante la situación, borró de su mente los fantasmas de la inseguridad y asintió con la cabeza, manifestando que estaba preparado para todo.

—Nos esperan. Subamos, pues.

Y sin mediar palabra, Gifford se levantó de la mesa seguido por su compañero. Ambos jóvenes fueron hacia el fondo del salón principal del Halcón Verde. No hubo necesidad de llamar a la puerta. Ésta se encontraba abierta, dejando el paso libre para poder entrar. Tras ella había una escalera

que llevaba hacia la planta superior. En el rellano dos hombres sentados en sendas sillas vigilaban el trasiego de gente por el lugar. Su gesto de alerta al escuchar el ruido en los escalones desapareció al ver a Gifford. Pero se reavivó al comprobar que no venía solo, sino con un desconocido.

—¿Quién es el que viene contigo? —preguntó uno de ellos levantándose con cara seria.

—Se trata de Thomas Shelton. Es un compatriota inglés que puede ser muy útil en nuestra empresa. Es de confianza, no os preocupéis. Ellos están avisados de que viene.

Esa confianza no tenía reflejo alguno en la mueca de los hombres, aunque al final los dejaron pasar hacia la planta superior.

Todas las habitaciones parecían estar vacías menos una. Al final del lado derecho del pasillo podía oírse un murmullo. El tono era silencioso y quedo.

A medida que se acercaron, en la penumbra del pasillo descubrieron la figura de un nuevo vigilante. De fondo se oía la voz de varias personas. Cuando Gifford abrió la puerta, al instante se hizo el silencio.

La habitación era pequeña. Estaba en una zona interior del edificio y no tenía ventanas que la comunicaran con la calle. No podía haber mejor lugar que aquél para urdir cualquier tipo de intriga.

En el centro de la estancia una mesa con un tapete verde servía de abrigo a tres personas. Cada una de ellas tenía frente a sí un candil. En uno de los lados, Kit descubrió a un religioso. Sus vestiduras negras, engalanadas con un pesado crucifijo que pendía del cuello, lo identificaban a primera vista. Su aspecto era tranquilo. Lucía una frondosa barba, que junto a su incipiente calvicie lo convertían en un individuo de lo más corriente. El inglés se percató de inmediato que se trataba de John Ballard, el extraño sacerdote inglés del que le había prevenido Gifford pocos minutos antes.

A la izquierda de Ballard había un cardenal. Kit pensó que era Louis de Guisa. Desde su asiento les ofrecía una sonrisa de bienvenida. De algún modo, el joven agente vio en él a un remedo del cardenal arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga.

A la derecha del sacerdote inglés había un tercer hombre. Al contrario que los otros dos, éste no llevaba atuendos de religioso. Iba vestido de manera sofisticada. Sus ropas denotaban un estatus social elevado. Su bigote y perilla oscuros no ocultaban la edad de una persona que con creces había superado la cuarentena. Su porte serio intentaba escrutar al detalle a los dos nuevos llegados. Parecía tener un problema en la vista, inconveniente que se acentuaba con la escasa luz de la cámara. Al parecer, ya conocía a Gifford, porque solamente se detuvo con desconfianza en el joven desconocido. La iluminación que lo envolvía con el candil era muy difusa, pero la justa para ver sus cuidadas manos. El inglés descubrió en ellas un detalle que estuvo a punto de helarle la sangre. Un enorme anillo de oro tenía dibujado con esmeraldas y rubíes un escudo que al agente no le resultó desconocido en absoluto. *Ave Maria Gratia Plena*. En aquella pequeña habitación de una sórdida taberna francesa, a pocos metros de la catedral de Reims, sentado a la mesa estaba Bernardino de Mendoza, embajador español en París.

Tardó en reaccionar. Al parecer, tampoco Gifford esperaba la presencia del embajador en la reunión.

Los dos nuevos integrantes de la mesa se quedaron perplejos por la figura del español. Se trataba de un hombre grueso, de porte serio y suspicaz.

Había dos sillas vacías en la mesa.

—Buenas tardes, caballeros. Esperamos no llegar tarde a la reunión —señaló Gifford.

Solamente John Ballard se levantó de su asiento para darles la bienvenida.

—Buenas tardes —respondió cortésmente el sacerdote inglés—. Su Ilustrísima, señor embajador…, éstos son los dos hombres de los que les he hablado. Gilbert Gifford es una persona de total confianza. Ha conseguido idear un nuevo sistema para realizar la conexión epistolar con María Estuardo en su prisión de Chartley, más sofisticado que el que ahora se emplea y que ahora explicará. Su relación con *sir* Francis Walsingham es magnífica, lo que nos abre numerosas puertas e impide trabas burocráticas que podrían retrasar nuestros intereses.

—De igual forma que ayuda a nuestros propósitos puede vender la información a Walsingham y hundir el proyecto. —La voz grave de Bernardino de Mendoza resonó en la pequeña estancia del Halcón Verde.

—Insisto en que se trata de un hombre leal. Creo que ya habíamos dejado ese asunto zanjado en un principio —contestó Ballard.

—Señor embajador —medió el cardenal Louis de Guisa—, no creo que sea el momento para estos asuntos. Todavía no hemos dado comienzo al plan. Dejemos que las cosas fluyan en su ritmo natural. Las desconfianzas innecesarias no son buenas compañeras en estos menesteres.

Bernardino de Mendoza guardó silencio aunque su rostro reflejaba una marcada mueca de desconfianza hacia los jóvenes.

—Imagino, señor Gifford —continuó Ballard—, que quien le acompaña es el señor Thomas Shelton, ¿no es así?

—En efecto, padre. El señor Shelton nos será de gran ayuda para llevar correos a Inglaterra y España. Es un hombre experimentado y un fiel servidor de la Virgen María.

El cardenal Louis de Guisa observó con detenimiento al recién llegado. Con semblante tranquilo le sonrió manifestándole su aprobación. Por el contrario, el embajador español siguió insistiendo en su desconfianza.

—No entiendo por qué hemos de contar con desconocidos en la elaboración del proyecto. Sigo pensando que puede ser tremendamente arriesgado.

—Señor embajador —le espetó el padre Ballard—. Insisto en la honestidad de estos jóvenes católicos. El plan no correrá ningún peligro, todo lo contrario, su trabajo ayudará a que las relaciones entre los miembros que decidan participar y ayudarnos en nuestra honorable causa sean fluidas.

—La misma situación la vivimos en el invierno de hace dos años cuando Francis Throckmorton fue detenido advirtiendo a las autoridades de la existencia de un complot contra la reina Isabel que pretendía, bajo los auspicios de mi país y los míos propios, llevar al trono a María Estuardo. Aquello fue un desastre y devino en mi forzada salida de Londres hacia París.

—Deduzco por su conversación, señor embajador, que al menos contamos con los mimbres de un plan —dijo Gifford—. Les propongo que

para su tranquilidad, el señor Shelton y yo solamente sirvamos de correo —añadió en un intento de ganarse la confianza del español.

—No será necesario, Gifford. Estoy convencido de que tanto Su Ilustrísima como el embajador comprenderán lo delicado de la situación y la necesidad de contar con los dos. —Ballard señaló a cada uno de ellos a modo de improvisada presentación—. Los aquí presentes llevamos en lo más hondo de nuestro corazón la necesidad de lograr una meta: colocar en el trono de Inglaterra a su verdadera reina, María Estuardo, volviendo a instaurar la fe católica y acabando para siempre con el protestantismo… Tomen asiento en las sillas que están libres, señores, y sean bienvenidos a esta reunión.

Ballard se tomó un respiro para mirar a sus acompañantes y prosiguió con su mitin.

—A los ojos pecaminosos de Inglaterra, la presencia de Isabel en el trono es totalmente legal. Es la hija de Enrique VIII y de su segunda esposa, Ana Bolena, y no hay más que hablar. Pero bien sabe Dios que esto no es así —añadió Ballard con ira ante aquella afrenta al santo matrimonio—. Nuestro plan ha sido pensado y desarrollado con minuciosidad. Es necesario hilar fino en nuestras pretensiones y saber cuáles son nuestros objetivos en cada momento. De lo contrario, el proyecto está abocado al fracaso.

El cardenal Louis de Guisa hizo una pequeña intervención.

—¿Ya conocen los diferentes pasos que se han de dar para lograr el éxito?

—Sí, Ilustrísima. Son principalmente dos. El primero de ellos es eliminar a la reina Isabel. —Un frío silencio se cernió sobre los presentes —. Una vez dado este paso, el camino para que María Estuardo sea liberada y alcance el trono de Inglaterra será mucho más sencillo.

—¿Cómo vais a conseguir acabar con la vida de Isabel? —preguntó Gifford—. Después de los últimos intentos de eliminación que se han dado sobre ella, su seguridad es extrema.

—Tiene razón, señor Gifford. Ya hemos pensado en ello. Lo mejor será contar con alguien que trabaje desde dentro de la propia Corte. Alguien que se mueva en el círculo de la reina y que no levante sospechas. Además ha

de tener las suficientes agallas como para realizar una empresa de estas características.

—¿Y habéis pensado ya en quién puede ser esa persona? —añadió de nuevo Gifford.

—En marzo de este año me entrevisté con John Savage. Seguramente habrán oído hablar de él.

—Desde luego. No hay persona más mezquina en toda Inglaterra —dijo Bernardino de Mendoza con un descarado aire de contradicción.

—Señor embajador. John Savage es un antiguo soldado que sabrá cumplir una orden de esta naturaleza a la perfección. No me cabe la menor duda de ello. La ayuda principal en nuestro país la proporcionará Anthony Babington. Se trata de una persona católica y muy cercana a la reina. Numerosos amigos de su círculo estarán dispuestos a ayudarnos. Él no levantará sospechas.

Kit se revolvía inquieto en su silla. El padre Ballard se percató de su nerviosismo.

—¿Quiere añadir algo, señor Shelton?

—Sí. ¿Cuentan con el apoyo de María Estuardo?

La pregunta de Kit, ingenua en apariencia, sorprendió a todos los presentes. ¿Alguien se había planteado la posibilidad de que María Estuardo, enclaustrada y estrechamente vigilada en su cautiverio de Chartley estuviera cansada y no quisiera volver a hablar una sola palabra de complots o intrigas contra su prima Isabel?

—Si no están seguros de ello —añadió el agente— es mi opinión que la primera cosa que se debería hacer es contactar con ella ideando algún medio seguro.

—María se encuentra retenida en Chartley —intervino Gifford—. Su guardián es *sir* Amyas Poulet, un hombre puritano, muy fiel a Isabel y celoso en extremo. Al parecer, no contento con vigilarla, también hace todo lo posible para que la estancia de María en su prisión sea lo más rígida y penosa posible. Pero ya hemos creado un método para poder comunicarse con ella.

—Será difícil retomar la comunicación —añadió el embajador de forma airada, desviando la mirada hacia el sacerdote Ballard—. Walsingham cortó

cualquier contacto de María con el exterior después del peligro que supuso el complot de Throckmorton.

—Insisto en que creo haber dado con la posible vía de comunicación —le cortó Gifford—. El cervecero que sirve en el castillo de Chartley está de nuestra parte. Se le podrá sobornar con facilidad. He ideado un sistema para introducir las cartas en el interior de los barriles sin que sean detectadas por la guardia. Además, las cartas irán cifradas para mayor seguridad.

—Es una locura implicar a tanta gente en un proyecto de estas características. Antes eran estos dos jóvenes desconocidos, ahora es el cervecero… ¿Cuántos más habrán de saber nuestro secreto?

—Mi querido amigo —apaciguó el cardenal al diplomático español—. Creo que en un proyecto de estas características es necesario y obligado tener que tomar estas licencias, reconozco que un tanto arriesgadas, para poder seguir adelante. Es imposible alcanzar el éxito si no se recurre a ellas. Nuestro embajador en Inglaterra será el primero en escribir una carta a la futura reina María en la que se le explicarán todos los entresijos de la trama.

—Pero además de todo esto —añadió Kit participando una vez más en la tertulia, mientras llevaba la conversación hasta los límites que le interesaban—, será necesaria la colaboración de alguien desde el exterior. Hay que contar con la ayuda de algún país del continente.

—Señor Shelton —explicó Ballard—, ésa es la razón por la que el cardenal de Guisa y el embajador Mendoza están esta tarde con nosotros en esta reunión. Hace quince años el papa firmó con el rey de España una bula para ayudar a los católicos ingleses a desbancar a Isabel del trono, colocar a María de Escocia y hacer brillar la única fe. Tengo la palabra de estos caballeros que representan a sus respectivos países en esta reunión de que nos ayudarán en todo lo necesario para que nuestro plan llegue a buen puerto. España aportará las tropas necesarias para apaciguar las posibles revueltas que se generen en el interior hasta que la situación esté controlada.

El silencio volvió a caer entre los presentes. El ruido lejano de la taberna de la planta de abajo se coló entre los resquicios de la puerta devolviendo a los presentes a la realidad. Parecía que todo estaba dicho.

—Señores. Mañana mismo marcho a Inglaterra. Allí he de encontrarme con el señor Anthony Babington. El tiempo no corre de nuestra parte y

hemos de darnos prisa.

Gifford tiró de la manga de su compañero haciéndole una seña para que salieran juntos de la habitación. Después de despedirse de manera discreta de los tres contertulios, fueron escaleras abajo hacia el salón principal de la taberna. Allí el guirigay seguía siendo el mismo que al principio. El agente inglés no supo calcular el tiempo que había estado en la planta de arriba en la reunión. Pero de vuelta a la realidad pensó en lo frívolo que resultaba el comportamiento de muchos de los allí presentes cuando a pocos metros se estaba preparando un terrible complot.

—No le hemos caído muy bien al embajador español —aventuró Kit retomando la charla.

—No os preocupéis. Es una persona de un carácter especial pero al final cederá. Sólo parece desconfiado. No le queda más remedio y no pierde nada. Al contrario, tiene todas las de ganar.

—Aun así, no creo que me quiera recibir en privado.

—Lo hará. Confiad en mí. Dejadlo en mis manos. Haced vuestra vida normal y en pocas semanas estaréis sentado cara a cara con Bernardino de Mendoza.

OceanofPDF.com

Capítulo 20

Palacio Real de Madrid (España)

Martes, 27 de mayo de 1586

Mateo Vázquez y Juan de Idiáquez paseaban por el soportal del patio del rey del palacio de Madrid. La tarde era agradable y habían pensado que era mejor despachar algunos asuntos dando un ligero paseo que estando encerrados en el despacho de alguno de ellos.

El ruido de unos pasos les hizo volverse rápidamente. Apareció un joven correo en cuya mano llevaba una carta destinada seguramente al secretario de Felipe II.

—Señor, acaba de llegar desde Inglaterra esta carta para vos.

Vázquez miró a Idiáquez. Por el semblante de los dos políticos se podía ver con claridad que ya conocían el origen de aquella nueva misiva.

—Muchas gracias, puedes retirarte.

El muchacho se fue hacia las escaleras que bajaban al patio. El religioso se acercó hacia el extremo del claustro para apoyarse en la balaustrada. Rompió el sello y descubrió la misma letra de siempre. En pocos segundos leyó la breve nota.

—Hay que avisar a París cuanto antes. Bernardino de Mendoza tiene que conocer esto antes de que sea demasiado tarde.

—¿Malas noticias? —preguntó Idiáquez.

—Leedlo vos mismo.

Vázquez extendió el papel a Idiáquez mientras con la mirada perdida en unas cristaleras de la galería se mordía nerviosamente los dedos de la mano derecha.

—Tenéis razón. Hay que avisar a Mendoza. El viaje a París es largo. El correo tardará casi dos semanas en llegar, quizás aún estemos a tiempo. Y sean cuales sean las nuevas intenciones de Shelton y sus acólitos, hay que estar prevenidos.

—¿Y si se trata de una trampa para despistar nuestra atención y realmente Shelton está en Madrid? —preguntó Vázquez dubitativo.

—En cualquier caso no perdemos nada avisando a Mendoza. El correo de respuesta nos informará si realmente Shelton ha estado allí. Mientras tanto tomaremos todas las medidas oportunas para prevenir su posible llegada a Madrid.

—¿Cuánto decís que tardan los correos a Francia?

—Lo normal es que no superen las tres semanas. —Idiáquez hizo un gesto lamentando la poca eficiencia de los envíos—. Si nos damos prisa, en dos puede estar allí. Empleamos para ello el correo ordinario.

—Mejor será enviarlo de forma independiente fuera de la línea habitual. Una carta cifrada que lleve un hombre de confianza. Será más seguro y más rápido. Es vital que llegue en pocos días a la embajada en París.

OceanofPDF.com

Capítulo 21

Reims (Francia)

Domingo, 15 de junio de 1586

Kit no entendía cómo lo había logrado, pero Gifford había conseguido, como prometió, que en poco tiempo estuviera entrevistándose con el embajador español. Era más tiempo del que le había propuesto en un principio, pero lo importante es que estaba allí.

El diplomático estaba alojado en el palacio del cardenal de Guisa, en el centro de la ciudad de Reims. Hasta allí caminaba a primera hora de la mañana. Junto a él llevaba el anillo que le había entregado la princesa de Éboli el pasado año en Pastrana. Confiaba en que aquella joya de plata sobre la que brillaba el escudo de la familia Mendoza allanara el camino en la entrevista con el embajador. El primer encuentro en la habitación del Halcón Verde no había supuesto precisamente un gran acercamiento entre los dos.

Paseaba entre unos puestos callejeros que se abrían frente a la plaza en la que se alzaba el palacio. El bullicio a aquella hora era grande. Apenas había desayunado. Se acercó a un puesto de frutas y compró un par de manzanas. Sin casi mediar palabra con el vendedor, tomó los frutos, le dio un par de monedas y, tras saludarlo, prosiguió su camino.

Al esquivar a un mendigo que se le acercaba en busca de limosna, Kit chocó de frente con un joven. Éste lo agarró de la muñeca haciendo que cayera al suelo una de las manzanas que acababa de comprar. En un gesto característico en él, se llevó la mano a la espalda para coger de allí su

cuchillo y saldar en un santiamén aquella improvisada afrenta con el desconocido.

El joven sonrió al ver la violenta respuesta de Kit.

—Nunca cambiarás…

Nicholas Faunt miraba a ambos lados de la plaza asegurándose de que no hubiera testigos incómodos de aquel furtivo encuentro.

El agente inglés se tranquilizó y saludó de forma efusiva a su compañero de colegio.

—Qué haces aquí. Es peligroso que nos vean juntos.

—No, mi querido amigo, el peligro es solamente para ti. No tengo buenas noticias que darte.

—¿Qué es lo que sucede? —Kit se asustó.

—Alguien se ha ido de la lengua y ha dicho que estás aquí. En breve, Bernardino de Mendoza recibirá una carta del Palacio Real de Madrid avisándole de tu presencia en Francia y de tu doble juego.

Faunt arrastró a su amigo hacia una esquina de la plaza, resguardada por varios tenderetes.

—¡Pero ahora mismo me voy a encontrar con él!

—Hay que actuar con decisión y rapidez. Sé que vas a verlo ahora. No creo que la carta haya llegado desde Madrid. Aunque es posible que ya te hayan localizado. No lo sé.

—Nos vimos hace unas semanas en el Halcón Verde. Fue una reunión muy interesante. Se hilvanó la trama de un nuevo complot en el que los franceses y los españoles colaborarán para quitar del trono de Inglaterra a Isabel y colocar en él a María Estuardo.

El agente contó, con toda clase de detalles, los entresijos de la conversación que había salido de aquella oscura reunión junto a la catedral. Faunt se apoyó en la pared y escuchó con atención lo que decía su amigo. Permaneció en silencio y al final del relato lanzó un silbido de asombro.

—No me extraña que los españoles estén tan soliviantados. John Savage y John Ballard juntos… —reflexionó Faunt—. Muy buen trabajo. No te preocupes por esta información, en pocos días estará en conocimiento de nuestro departamento en Londres. Yo me encargaré personalmente de

comunicarlo. No es seguro incluirlo en ninguna carta que pudiera caer por un azar del destino en las manos de nuestros enemigos.

—La situación cambia de manera radical desde ahora.

—Lo que se me ocurre es lo siguiente. Habla con Mendoza, entrégale el anillo y la carta que te dio la princesa tuerta.

—Doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli.

—Esa misma…, y busca pruebas. Pruebas que comprometan a la reina María de Escocia. Su Majestad no moverá un solo dedo contra su prima a no ser que haya pruebas muy evidentes de su traición y de la existencia de una trama como la que me acabas de relatar.

—Bien. Así lo haré. Pero ¿y si ha llegado la carta de España?

Nick no sabía qué responder.

—Ve con cuidado. Improvisa y huye como puedas. Toma este dinero. Te vendrá bien para poder regresar a Inglaterra. —Faunt le entregó una pesada bolsa con monedas—. Entrevístate con Mendoza rápido. No te quedes aquí más de lo necesario. De lo contrario tu vida correrá peligro.

Kit permanecía con el hombro apoyado sobre el muro escuchando con atención lo que le decía su amigo. La situación era realmente delicada y, efectivamente, había que actuar con premura y diligencia.

—Me tengo que ir. De lo contrario llegarás tarde a tu cita. No quiero entretenerte más. Mucha suerte, amigo.

—Gracias. Siempre es agradable verte en mi camino. Gracias.

Sin más dilación su compañero desapareció entre el gentío. Kit esperó unos segundos y reanudó su camino hasta el cercano palacio cardenalicio.

No tuvo tiempo de pensar sobre el inesperado encuentro que acababa de vivir cuando ya se encontraba delante de la puerta del despacho provisional del embajador.

—Bernardino de Mendoza me está esperando. Mi nombre es Thomas Shelton.

El lacayo escuchó con atención lo que se le decía. Acto seguido desapareció caminando sin prisa por un largo pasillo.

A Kit, la espera se le hizo eterna. ¿Habría llegado la carta desde España avisando del peligro de un encuentro con él? ¿Le prepararía una trampa el

diplomático español, avisado por la carta, para cerciorarse de la traición del espía inglés?

Por un instante estuvo a punto de desistir de su misión y abandonar aquella empresa de locos. Debería salvar la vida. Pero ya era demasiado tarde. Se oían los pasos del lacayo que regresaba. Si salía corriendo en aquel instante podría darse por hombre muerto. Kit meditó y decidió quedarse.

—Seguidme, señor. El embajador os espera. Os atenderá con disposición.

Dichas las palabras, el muchacho volvió a caminar por la misma galería, en esta ocasión seguido por el agente.

La habitación en la que le esperaba Bernardino de Mendoza no era muy grande. Estaba claro que el diplomático español estaba de prestado en aquella modesta cámara, destinada seguramente para cubrir las necesidades mínimas de las visitas que pudiera recibir, como en este caso la suya.

Mendoza vestía un flamante traje de color rojo, decorado con innumerables bordados en oro. La moda francesa había hecho mella en su forma de vestir. Con rostro serio y semblante grave, el embajador no dijo una sola palabra cuando lo vio entrar. Kit se colocó ante la mesa del diplomático y saludó con una reverencia. Observó que los problemas de visión de Mendoza eran patentes. Apenas abría los ojos.

—Excelencia, siento que nuestro encuentro de hace dos semanas fuera un tanto brusco.

—¿Habéis venido sólo para darme lástima, señor Shelton? Pensé que sería yo el que lo haría, en el estado en que me encuentro, casi ciego. Os creía más capaz que eso —señaló el embajador en tono altivo.

—En absoluto, Excelencia. Solamente quería señalaros que soy persona de bien, fiel devoto de la Virgen María y que intentaré ayudar…

Mendoza le cortó.

—Podría daros una lista de decenas de hombres leales como vos que han acabado sus días colgados del tronco de un árbol después de haberse demostrado su traición.

El agente inglés no sabía cuál era la posición del embajador. ¿Conocería que era un traidor? Empezó a sospechar que la carta de Madrid ya había

llegado.

—No es mi caso. Además, tengo algo para vos, Excelencia —dijo el nervioso agente mientras se echaba mano al bolsillo que escondía debajo de su camisa. Sacó el anillo de plata. Su brillo sorprendió al embajador—. Me lo ha entregado para vos doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli.

Lo tomó en su mano y, mudo, se acercó a la ventana para intentar verlo mejor.

—*Ave Maria Gratia Plena*… No lo veo bien pero intuyo que pone eso —susurró el político español.

El silencio se extendió por toda la habitación.

—Me lo entregó ella en persona hace unos meses para que os lo hiciera llegar —dijo al fin—. La visité en su palacio de Pastrana junto a Su Ilustrísima don Gaspar de Quiroga. También me dijo que os entregara esta carta.

El diplomático hizo una mueca de contrariedad. Para leerla necesitaba de la ayuda de un cristal de aumento que había sobre la mesa. Seguía mudo sin abrir la boca. Al acabar, jugueteó con el anillo. El reflejo del escudo mendocino creaba un extraño juego de luces sobre los vidrios de la ventana. Se apartó de allí y comenzó a caminar por la estancia. El agente se limitó a seguirlo.

—Muchas gracias, señor Shelton. ¿Qué es lo que queréis?

El tono del embajador seguía siendo seco aunque se atisbaba cierta indulgencia.

—Sólo quiero que confiéis en mí.

Kit supo jugar muy bien sus cartas. A pesar del riesgo que seguía corriendo en aquella situación, tuvo la suficiente sangre fría como para jugárselo todo a un solo naipe.

—He de reconocer que no sé qué pensar. Entended mis reparos, caballero.

—Son lógicos por otra parte, Excelencia.

—No sois el primero que aparece por aquí con deseos de ayudar y luego se trata en realidad de un traidor. Un simple y burdo traidor.

Mendoza hizo especial hincapié en los dos adjetivos mientras seguía caminando y lo miraba fijamente. Sin embargo, el inglés no movió ni un

solo músculo del rostro y permaneció impasible en el mismo lugar en el que se había colocado desde el comienzo de la charla.

—No es mi caso señor, os lo aseguro.

—Eso dicen todos, señor Shelton. Entendedlo. Sin embargo, este anillo me hace recapacitar. ¿Me he equivocado con vos? Quizá seáis más útil de lo que en un primer momento había pensado.

—Me place oír esas palabras viniendo de vos.

Kit sonrió por primera vez en toda la conversación y se relajó.

—Más me place a mí, señor Shelton, creedme. ¿Conocéis España?

—Sí, señor. Estuve unas semanas el año pasado. Fui a Madrid por razones de estudio y familiares. —El agente se adelantaba a la siguiente pregunta del embajador.

—¿Familiares? Tenéis familia en mi país.

—No, Excelencia. Mi familia negocia con tejidos y al mismo tiempo que asistía a la Universidad de Alcalá ayudé en unas pequeñas transacciones.

Kit no había vuelto a utilizar este argumento desde el año anterior cuando, camino de Pastrana, habló sobre ello con el cardenal arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga. Le pareció tan increíble como la otra vez, pero no contaba con nuevos razonamientos que dar. La realidad siempre supera a lo inventado. Y así fue, porque Bernardino de Mendoza debió de creer lo que le decía a tenor del discurrir de la charla.

—¿De dónde sois, señor Shelton?

Mendoza se detuvo frente a unos retratos que decoraban el despacho.

—Nací en Canterbury. Mi deseo es estudiar en el continente. Y hasta ahora he estudiado en el Corpus Christi de Cambridge. Es un buen colegio y allí hay numerosos alumnos católicos, como yo. Pero las cosas se están poniendo difíciles. Reims sería una opción estupenda, por eso me encuentro ahora aquí.

—Entiendo, señor Shelton. Si así lo deseáis no creo que haya problemas para ello. John Ballard me estuvo hablando mucho de vos. Me dijo que erais un joven inteligente y trabajador, cercano a la causa y devoto de la Virgen María, como decís.

—Así es, Excelencia. Me gustaría demostrároslo ayudándoos en lo que consideréis menester —añadió echando al agua el primer anzuelo. Tuvo suerte.

Mendoza se dirigió hacia una mesa que había en el extremo contrario de la habitación, junto a la ventana.

—Sí, señor Shelton.

Abrió un cajón y de él extrajo un fajo de documentos. Parecían cartas.

—El señor Gifford me comentó que tenéis pensado ir a España en breve, ¿no es así?

—Sí, así es.

No supo qué contestar y mintió. Nadie le había dicho que tuviera que ir a España. Su amigo Nicholas Faunt le acababa de decir en la plaza que su obligación era regresar de inmediato a Inglaterra, llevar a salvo la información que pudiera recuperar y, lo más importante, salvar su vida. Aquella afirmación, sin duda, era parte del plan para hacerse con la confianza de Mendoza.

—Acudid, pues, al palacio en Madrid. Y entregad estas cartas en mano.

El embajador se las extendió desde la mesa.

—¿A quién las he de entregar, Excelencia?

—Buscad allí a Juan de Idiáquez.

—¿A… Juan de Idiáquez decís? —Kit se estremeció al escuchar ese nombre.

El embajador casi no veía pero se percató de su tono dubitativo. Su mirada fría estuvo a punto de derrumbarlo, pero el agente se mantuvo en el sosiego mientras jugueteaba con las cartas que le acaba de entregar. Estaban cifradas y no entendía nada de lo que había escrito en ellas. No hizo preguntas y se quedó a la espera.

—¿Lo conocéis, señor Shelton?

—No, Excelencia, pero me consta que es uno de los secretarios más importantes de la Corte del rey Felipe.

Mientras el joven agente hacía este comentario se dio cuenta de que el embajador no le hacía caso. Bernardino de Mendoza observaba el movimiento de la gente en la plaza. Su atención se vio atraída por el sonido

de la carrera desenfrenada de un hombre que dirigía sus pasos hacia el palacio.

—¿Sucede algo, Excelencia? —preguntó ante el dilatado silencio del embajador.

—No…, señor Shelton. —Mendoza cambió de tema. ¿Habéis oído alguna vez el nombre de Edward Abington?

—Es posible, pero no me resulta en absoluto familiar —dijo, negando con la cabeza, extrañado y alerta.

—¿Robert Barnwell? —añadió el embajador leyendo unos papeles seguido de una nueva negativa del agente—. ¿Chiock Tichbourne, Edward Charnock…? ¿No los habéis oído nunca? —Kit insistió en su negativa—. ¿Y a *sir* Thomas Gerrard o a Thomas Salisbury?

—No. Nunca he oído esos nombres, Excelencia. ¿Debería haberlos oído en algún lugar o incluso conocerlos en persona?

—No necesariamente —señaló el embajador sin aparente interés—. Se trata de los nombres de los nobles ingleses, compañeros de Anthony Babington, que al parecer nos van a ayudar a destronar a Isabel. Sería importante que los conociera en Madrid. Allí sabrán qué hacer. Su documentación está en las cartas que ha de llevar a Idiáquez. Esto me parece una locura. Si lo sabe toda esta gente, cuántos más conocerán de su existencia.

—No me cabe la menor duda. Estos papeles no podrían estar en mejores manos, Excelencia.

Fuera del despacho se oía cierta algarabía. El tono de la conversación mantenida entre dos hombres fue subiendo hasta que el embajador español decidió levantarse de su mesa y acercarse a comprobar qué era lo que sucedía. La puerta se abrió dando paso al joven que había acompañado a Kit hasta el despacho del diplomático.

—Excelencia, un correo urgente desde España.

El rostro de Kit se quedó blanco como la cal de la pared. Allí estaba el correo esperando con una carta en la mano.

—El correo dice que es de vital importancia. Es urgente que despache con él de inmediato.

—Muy bien Jean-Pierre, que espere un instante que ahora mismo le dejo pasar.

—Señor, el correo no p…

—He dicho, Jean-Pierre, que en un instante lo atenderé. —El embajador fue firme en la expresión de su deseo.

El asistente se quedó con la palabra en la boca. Bajó la cabeza en señal de obediencia y cerró la puerta. Tras ella se volvieron a escuchar las voces de protesta en una acalorada discusión. El inglés mantuvo la calma como pudo. Entre las voces pudo entender algunas palabras que le acabaron por confirmar sus terribles sospechas. Era preciso que abandonara aquel lugar inmediatamente, o su vida corría peligro y con ella gran parte del éxito de la misión que le habían encomendado.

—Si no deseáis nada más de mí os agradecería que acabarais con presteza los asuntos que os retienen en Reims y toméis el camino hacia Madrid. Os sellaré un salvoconducto con vuestro nombre para que no tengáis problemas en la salida de Francia ni en la entrada de España.

—Muchas gracias, Excelencia —dijo Kit mientras Mendoza regresaba junto a la mesa para sentarse, tomar una hoja de papel en blanco y meter la pluma en el tintero disponiéndose a escribir—. No son muchos los negocios que me atan a Reims. En apenas tres o cuatro días emprenderé mi camino hacia España, tal y como señaláis.

El agente aparentó absoluta normalidad, pero la tensión interior le estaba empezando a agobiar. Debía improvisar una salida airosa a aquel entuerto. Las voces se habían calmado pero aún se podían escuchar tras la puerta. La escapatoria por la que se había inclinado era muy arriesgada, pero no más que el hecho de quedarse allí esperando a que le pusieran la mano encima y lo colgaran al día siguiente.

—Espero que así sea y que logréis acabar vuestra misión con éxito.

—No os quepa la menor duda, Excelencia.

—¿Os alojáis en el Halcón Verde?

—Así es. —Kit respondió guardándose las cartas bajo la ropilla.

—Buen lugar. Allí estaréis seguro. Id tranquilo, señor Shelton.

—Gracias, Excelencia.

Se inclinó para saludar al embajador. Éste le observaba de pie tras su mesa de trabajo, apoyando ambas manos sobre el tablero y de espaldas al luminoso ventanal.

—Una última cosa, Excelencia.

—Sí, señor Shelton.

—Nada es lo que realmente parece.

Bernardino de Mendoza lo miró extrañado.

—¿Cómo dice, señor Shelton…?

—Sí, señor embajador, que nada es lo que realmente parece. No lo olvide nunca.

—No le entiend…

Bernardino de Mendoza no tuvo tiempo de acabar la frase. El puño de Kit se estampó contra la nariz del embajador haciéndole perder el sentido y caer sentado sobre su sillón. Acomodó al diplomático en su mesa de trabajo. Fue a la puerta del despacho y con sangre fría llamó a Jean-Pierre para que hiciera pasar al correo de Madrid. Cuando éste entró, cerró con fuerza. El heraldo se acercó hasta la mesa del embajador. La luz de la mañana que entraba por el ventanal que se abría a su espalda le impidió ver con detalle el rostro de Mendoza.

—Excelencia. Desde el Palacio Real de Madrid despachan esta carta con urgencia para vos.

No hubo respuesta por parte del embajador. Tampoco hubo tiempo para hacer una segunda pregunta. Con mano firme Kit rebanó el cuello del mensajero con un certero corte. Su otra mano apagó un leve suspiro de ahogo en el silencio de la habitación.

Sujetando el cuerpo con fuerza, lo dejó caer sobre el suelo sin hacer ruido. Le quitó la carta que llevaba en la mano y la quemó en la lámpara de aceite que don Bernardino tenía encendida sobre la mesa. No era necesario leer nada. Conocía su peligroso contenido. Limpió su cuchillo con la camisa del cadáver y se lo guardó en la riñonera. Se acercó al frontal de la mesa y allí buscó en el cajón de donde el embajador había recogido los otros documentos que le había entregado anteriormente. Se sobresaltó al ver en un pequeño legajo el escudo de los Estuardo. Estaba cifrado pero la firma de la reina María de Escocia en algunos papeles era clara. No tenía tiempo,

pero esas cartas, correspondencia entre el español y la reina escocesa, podían ser la información que le había solicitado Nicholas Faunt. Presto, se las guardó junto con el resto de los documentos.

Después de comprobar si todo estaba en su relativo orden abandonó con frialdad el despacho del embajador.

Al final del pasillo permanecía Jean-Pierre solícito a acompañarlo hasta la entrada.

Nada más cruzar el portón del palacio cardenalicio miró a ambos lados en la plaza. No tenía mucho tiempo. En breve alguien sospecharía de la excesiva tardanza del mensajero, la falta de ruido en el despacho y acabarían entrando y descubriendo lo ocurrido. El bullicio del mercado se había incrementado sobremanera en la última hora, el tiempo que había durado su reunión con Bernardino de Mendoza.

Pensó que debería volver al Halcón Verde, recoger sus cosas y marchar lo más rápido posible a Inglaterra, tal y como le había dicho su compañero. Pronto descubrirían el cadáver del mensajero y al embajador español reducido ante su mesa. No había prueba de la carta de su traición, pero aquella disputa no dejaba lugar a la duda.

Sin embargo, con el dinero en la mano se aproximó hasta una cercana caballeriza que había en uno de los extremos de la plaza. Compró un buen caballo y lo montó.

Dejó atrás la última puerta de Reims.

No cabalgó hacia las ciudades portuarias en dirección a Inglaterra. Fue más inteligente. Cambió de planes e hizo lo que nadie esperaría de él. A pleno galope se perdió por las montañas que rodeaban la ciudad francesa en dirección a la frontera española. Con el trabajo hecho, ahora en su cabeza solamente estaba la idea de regresar a Madrid para volver a ver a Lorena.

OceanofPDF.com

Capítulo 22

Villaportón, Logroño (España)

Lunes, 30 de junio de 1586

El sol se acababa de poner por detrás de las cercanas montañas que se elevaban junto a la orilla del río Ebro. Christopher Marlowe quiso ser prudente y no seguir viajando sobre el filo de la navaja. Debía buscar un sitio donde descansar en la vereda del camino de Burgos. Creyó que lo había encontrado.

A lo lejos había un desvío a una posada y hasta allí encaminó su cabalgadura. El cielo se presentaba despejado y sobre el horizonte, un enorme disco plateado anunciaba una noche clara.

A medida que se acercaba a la posada el ruido de personas y animales comenzó a disipar la monotonía del silencio de las últimas horas.

En el centro del patio de aquel lugar de descanso había un pozo. Junto a él, una mujer baja y gorda recogía agua en un cubo. Tras llenarlo lo acercó a un pequeño tendedero de ropa que había junto a una de las paredes encaladas. En las cuerdas pudo ver ropas de todo tipo que demostraban que algunas de las personas que había allí alojadas parecían ser importantes.

Al verlo, la mujer se detuvo a medio camino entre el pozo y el tendedero. El paso de su caballo era lento.

—¡A las buenas tardes! —vociferó la lavandera en un tono estridente.

Kit, que llevaba varios días cabalgando en solitario, acompañado solamente por sus pensamientos, y durmiendo al raso para evitar cualquier mal encuentro, al principio no la entendió.

—¿No me ha oído o es que vuestra merced es sordo? —espetó la señora colocando los brazos en jarras.

Detrás de ella, por una de las puertas apareció un hombre secándose las manos con un trapo. Intuyó que se trataba del marido de aquel espécimen o, en cualquier caso, uno de los encargados de la posada.

Al final, el agente inglés se dio cuenta de que le estaban hablando en español, como era lógico, a sabiendas de la tierra en la que se encontraba.

—Buenas tardes, señores. Busco un lugar para descansar y pasar la noche —dijo finalmente, mientras se bajaba de su montura. Tomó las riendas y se acercó a ellos—. También me gustaría cambiar de caballo.

—¿Tiene dinero para pagar?

A Kit no le gustó que desconfiaran de él. Pero pensó que era algo normal en el trato con los extranjeros. A regañadientes sacó de debajo de su jubón la bolsa que días antes le entregara Nicholas Faunt en Reims. De ella sacó una moneda y se la entregó a la mujer.

—Quizá les valga esto.

Sospechando lo legítimo de la moneda la mordió. Tras comprobar que era buena se volvió para recibir la respuesta del hombre que seguía contemplando aquella escena apoyado en el marco de la puerta de la posada. La hospedera asintió dándole el visto bueno, y el esposo, sin rechistar, dio su aprobación tranquilizándose. No era la primera vez que hasta aquel lugar llegaba algún hombre malherido en alguna reyerta. Esa clase de encuentros lo único que traían eran problemas con los alguaciles del cercano pueblo de Villaportón.

—¿Hacia dónde vais, buen hombre?

—Vengo de París y voy para Madrid —mintió Kit.

—Dentro le darán una habitación y de cenar. —Dejó su tarea en el tendedero y literalmente le arrebató el caballo para llevarlo a los establos que había al otro lado.

En la fachada de la posada se abrió una ventana dejando ver a un joven que, tea en mano, encendió dos lámparas que comenzaron a arder con viveza. Parecía oírse el bullicio de un grupo de personas cenando y charlando. En pocos minutos se había hecho oscuro. Caminó con lo puesto

hacia la entrada, mientras el hombre del trapo de cocina seguía apoyado en la puerta observando cómo se acercaba.

—Yo le acompañaré hasta su habitación, señor.

Kit siguió en silencio a aquel hombre delgado. Después de tomar una de las lámparas que había encendidas en el pequeño entrante, anfitrión y huésped pasaron la entrada que daba a la taberna, en aquella hora frecuentada por gentes de todo tipo, y siguieron por todo el pasillo hasta el final, en donde había una subida que llevaba al primer piso. Sin despegarse del ventero, miraba con cuidado de pisar por donde el hombre lo hacía. El crujir de los peldaños hizo desconfiar al joven agente hasta que finalmente llegaron arriba. Junto a la escalera estaba su habitación. Era pequeña y modesta: una cama un tanto desvencijada con un par de mantas que él se encargó de comprobar si estaban limpias, una mesa sobre la que había una palangana y una banqueta junto a ella eran todo el mobiliario; suficiente para pasar la noche y descansar lo necesario. Al día siguiente retomaría el camino.

—Es una de las mejores. Las del otro lado del pasillo no tienen ventanas. En la palangana hay agua fresca. Debajo de la mesa hay una jarra con más agua. Cuando quiera puede bajar a cenar.

—Muy bien. Gracias por todo. Me refrescaré y en unos minutos bajaré a comer algo. Muchas gracias.

—Le dejo esta lámpara por si le fuera de utilidad. Junto a la cama tiene otra.

El inglés se adelantó hasta la ventana de la habitación. Desde allí aún se podía ver la silueta de Villaportón. La elevada torre de la iglesia, erigida justo en el centro del pueblo, destacaba sobremanera entre el resto de las casas molineras. Cuando se quiso dar cuenta, Kit descubrió que ya no había nadie más en la habitación.

En el retiro de su cuarto, por primera vez se sintió absolutamente solo. Llevaba varios días sin escribir nada. No había tenido tiempo desde que llegó a Francia. Miró a su alrededor y descubrió que no tenía equipaje que ordenar. Ni papeles para escribir, ni plumas ni tinta con las que contar cosas en forma de versos. Ni siquiera recuerdos con los que poder distraerse. En su cabeza sólo se repetía una y otra vez la última escena vivida en Reims en

el palacio del cardenal de Guisa, en la que Bernardino de Mendoza yacía sin sentido en la silla de su despacho y el mensajero se precipitaba sin vida sobre las losas del suelo, con el cuello abierto.

Kit volvió en sí y se acercó a la palangana. Se mojó la cara y se secó con un paño blanco que había sobre la mesa. Miró a su alrededor, pero no había nada que recoger ni que guardar. Salió de la habitación, cerró tras de sí la puerta y por el oscuro pasillo se guió por el sonido del bullicio y la poca luz que se veía al final.

Ya en la puerta de la taberna, el ambiente de aquel lugar era diferente al que se veía en lugares similares de las ciudades. Era evidente que estaban a varias leguas del pueblo más cercano. No había voces desentonadas, ni risotadas cubiertas con palabras malsonantes. Se podían oír hasta los pasos de los dueños de la posada cuando iban y venían con jarras y platos de comida en las manos.

En una de las esquinas vio a dos hombres en una mesa. Su atuendo era diferente al que llevaban los otros participantes de aquella tranquila cena. El agente los identificó nada más verlos. Se trataba de correos de la Corona española. La posada debía de ser una posta del correo en la vereda del camino de Burgos que unía la capital con Francia.

Junto a los hombres había una mesa ocupada por una manceba y un viajero en una diversión un tanto deshonesta y, más allá, una libre. Fue hasta allí y tomó asiento.

No quitaba ojo de la mesa de los mensajeros cuando al poco de sentarse se le acercó el posadero.

—Buenas noches, señor. ¿Qué va a tomar para cenar?

—Tráigame cualquier cosa —señaló Kit de forma distraída, más pendiente de lo que sucedía dos mesas más allá.

—Si quiere le puedo traer unos huevos, algo de chorizo, un buen trozo de pan y una jarra de vino para beber.

—Perfecto, posadero.

Una vez que el hombre se marchó, levantó de nuevo la mirada hacia los correos. Uno frente a otro, el inglés apenas podía oír lo que decían debido a los movimientos impúdicos de sus vecinos.

—… al parecer alguien sabía de los verdaderos menesteres de la empresa del embajador, le rompieron la nariz y al correo lo degollaron antes de que Su Excelencia pudiera leer el mensaje de Madrid con el aviso —pudo escuchar de labios de uno de los correos en uno de los pocos momentos de silencio que hubo.

—¿Y qué decía la carta de Madrid? —preguntó su compañero.

—No lo sé. Vienen cifradas y ya sabes que desconocemos el contenido de las cartas, pero sin lugar a dudas por lo que comentaba el secretario, alguien debió de ine…

No pudo escuchar más debido a las repentinas risas de la joven. Kit se estaba empezando a poner nervioso y no veía el momento en el que los dos se fueran a las habitaciones de arriba a desfogarse.

En eso llegó el hombre con el plato de comida, el pan y la jarra de vino. Dio las gracias y se santiguó antes de tomar el pan, siguiendo las costumbres locales que había aprendido en su anterior estadía en España. Luego comenzó a cenar, despacio, agudizando el oído todo lo que podía.

Pero era imposible centrarse en la charla con aquella algarabía que, evidentemente, era aprovechada por los correos para mantener la privacidad de la conversación.

El joven agente observó que colgando de ambos hombres pendía un talego en el que se debían de guardar las cartas. De lo poco que había entendido, intuyó que uno de ellos iba a París desde Madrid y el otro lo hacía hacia la capital española desde Francia, en el sentido contrario. El azar había hecho que los dos se encontraran en Villaportón.

—… quiero entender, entonces… —pudo escuchar en otro momento de silencio.

—Lo mejor será salir pronto por la mañana y despachar los correos cuanto antes. Juan de Idiáquez ha comentado en la Corte que sospecha de la presencia de alguien que trabaja para los ingleses.

—¿Y se sabe quién es?

—Al parecer, ya el año pasado estuvo por Madrid realizando su doble juego. Estuvieron a punto de c…

De nuevo las risas sonaron con estruendo en el bodegón, entrometiéndose entre el resto de las conversaciones que había en el lugar, e

impidiendo que se pudiera escuchar nada.

El agente inglés se sorprendió de que estuvieran hablando de él. Tan lejos y tan cerca. Debía darse prisa y actuar con celeridad. Sobre la mesa de los correos vio tres jarras de vino vacías y una cuarta de la que continuaban bebiendo. Su ingenio actuó deprisa acordando una posible solución. Levantó la mano y llamó al posadero.

—Dígame, señor.

—No sé si será posible que me consiga un poco de papel, tinta y lacre. He de escribir alguna carta importante antes de ir mañana a Villaportón.

—Veré lo que puedo hacer, señor.

—Inténtelo, por favor, y se lo pagaré bien.

—Lo intentaré —dijo poniendo mueca de extrañeza.

El hombre se alejó y con él la pareja de desaforados que había entre la mesa de los correos y Kit. Más tranquilo, continuó cenando y esperando al posadero con el papel, aguzando el oído para escuchar con más claridad la conversación. Mientras tanto, la mujer del posadero les trajo una quinta jarra de vino. Parecían un pozo sin fondo y no manifestaban ningún síntoma de embriaguez. Kit pensó si realmente aquello que bebían los dos hombres era vino o agua.

—Hay cierto temor en lo que pueda pasar en un futuro —señaló uno de ellos volviendo a llenar los dos vasos—. El rey parece estar iniciando la trama de una guerra que para muchos tiene perdida antes de haberla empezado.

—Estoy de acuerdo. Se cree que puede vivir de las rentas del glorioso pasado, mientras la gente se muere de hambre porque no tiene qué llevarse a la boca. Se preocupa más de las cuestiones de la fe que del pan nuestro de cada día.

—Pronto llegaré a Madrid. Cuando allí se enteren de lo que ha pasado en Reims con el embajador van a empezar a ver fantasmas por todos los sitios. No quiero ni imaginar la cara que pondría el causante de todo esto si supiera lo que hay detrás.

Kit ya sabía cuál era el hombre que le interesaba. El correo que venía de Francia y que se dirigía a Madrid era el del bigote más fino, un joven

delgado que, aun estando sentado, parecía más alto que su rechoncho compañero.

—Seguramente ese asesino estará ahora besando los pies de su reina. De eso no me cabe la menor duda —continuaron en su cháchara.

—No era un simple asesino. Conocía perfectamente su trabajo. Se sabe que robó cartas del despacho del embajador, pero desconozco qué tipo de información había en ellas. Su contenido no ha trascendido.

El agente se sorprendía a cada nueva frase que llegaba a sus oídos. Ahora disimulaba haciendo ruido con el plato y la jarra, mirando distraídamente siempre en dirección contraria, hacia la puerta, como si estuviera esperando la llegada de alguien.

—Estoy en la primera del pasillo, a la derecha —dijo el correo más alto —, será mejor que nos veamos antes del amanecer.

—Muy bien, allí estaré —indicó el compañero señalando al cercano patio.

Cuando ya se levantaban para retirarse, vino el hombre de la posada.

—Ha habido fortuna. Con nosotros se hospeda un licenciado y escribano que me ha podido dar varias hojas de papel, pluma, tinta y un poco de lacre. Espero que le sea de utilidad.

—Magnífico.

Kit no esperaba que en un lugar como aquél pudiera encontrar aquello. Pero se equivocó. Volvió a echar mano de su bolsa y le dio al posadero una pequeña moneda de plata.

—Muchas gracias, señor —añadió el hombre al despedirse congratulándose por su suerte.

El destino le volvía a sonreír. La ubicación de la habitación del correo, sin ventana, como le habían dicho, facilitaría su plan. Sólo quedaban dos personas más en otra mesa en el centro del salón. Al acabar la cena recogió los utensilios de escritura que le habían conseguido y salió del lugar subiendo las escaleras.

Como sospechaba, el cuarto del correo estaba justo frente al suyo. Escuchó con cuidado tras la puerta y pudo oír cómo alguien parecía tirarse sobre la cama, suspirar y ventosear con estruendo, acompañando el gesto de una risa estúpida.

Con una sonrisa en el rostro, Kit decidió ir presto a su aposento. Caminó con sigilo por el entablado del suelo procurando que los chirridos no llamaran la atención. Cosa vana; los ronquidos y los gritos de la mancebía eran tan sonoros que bien podría haber caído el techo de la posada que allí nadie despertaría sobresaltado.

En su pieza aún quedaba encendida la lámpara que dejó antes de bajar. Junto a la cama cogió la otra que le habían dejado y la encendió para tener más luz. Con ambas lamparillas se sentó a la mesa, desplegó el papel y comenzó a escribir a toda prisa. Improvisó versos de las *Elegías* de Ovidio.

Se asomó por la puerta y observó que el pasillo estaba tranquilo. Nadie había abandonado ninguna de las habitaciones en ese tiempo. En pocos minutos había escrito lo suficiente como para llenar la cara de una hoja. La enrolló, tomó el lacre, se lo guardó todo bajo la camisa y apagó las luces.

El corredor estaba sumido en una casi absoluta oscuridad. Al final del mismo, un pequeño ventanal dejaba ver la luna generando una atmósfera teatral que agradó al inglés.

Se acercó a la puerta del correo. Ya se podían oír sus ronquidos. Movió el tirador pero la puerta estaba cerrada desde dentro. Esperó con paciencia pero allí no se movía nada. Ni siquiera apareció alma alguna de las otras habitaciones.

Cuando estaba a punto de desistir de su operación dándola por perdida, oyó ruido en el interior del cuarto. Un extraño sonido gutural, alguien que se levantaba de la cama, se acercaba a la puerta y la abría. Era su oportunidad.

—Cagüen…, que me lo hago encima —masculló el mensajero.

Kit se escondió en la oscuridad del pasillo mientras su objetivo pasaba a pocos centímetros de él sin percatarse de su presencia. El olor a vino desagradó al agente inglés. El hombre comenzó a bajar las escaleras dando tumbos medio adormilado. No había tiempo que perder.

Entró en la habitación. Allí había un orinal lleno a rebosar junto a la mesa. El cuarto, como todos los de ese lado de la planta, no tenía ventanas por donde vaciarlo, por lo que el hombre, apurado, se había visto obligado a bajar a hacer sus necesidades al patio de la posada. Supo esperar este

momento previéndolo ya en la cena ante la avalancha de jarras de vino que ingerían.

Por suerte había una lámpara encendida todavía. Bajo la almohada asomaba una de las tiras del talego. Lo sacó y en su interior había una carta enrollada. Kit calentó en la mecha el lacre e hizo un vaciado del sello de la embajada de España en París, que cerraba la carta. Una vez obtenido, volvió a calentar el lacre, derramó unas gotas sobre su papel con versos de Ovidio y ayudándose del vaciado que acababa de fabricar, selló el nuevo billete logrando así un muy aparente cuño de la embajada. Lo introdujo en el talego, lo volvió a guardar y se apropió del original. A toda prisa abandonó la habitación. En ese instante oyó los pasos del joven y espigado que volvía a su habitación para apurar las pocas horas de sueño que aún le quedaban.

Sin separarse del papel, rendido por el cansancio, se dejó caer en la cama de su cuarto.

Al despuntar el día lo despertó la algarabía que ya había en el patio de la posada. Se levantó y miró por la ventana. Junto a la puerta del patio estaban preparados los dos caballos de los correos. Se mojó la cara en la palangana para despejarse, estiró la ropa con las manos como el que va a una ocasión especial y salió de la habitación para bajar a comer algo.

—Posadero, tráigame algo para desayunar —pidió con naturalidad.

—Muy bien, señor.

Tal como esperaba, allí estaban los dos hombres. No se habían percatado del engaño. Se sentó de espaldas a ellos en una mesa junto a una de las tres ventanas del salón. El pozo era un ir y venir de huéspedes a aquella hora de la mañana. El sol todavía no se había asomado en su totalidad cuando los dos correos se levantaron, llevando sus correspondientes talegos, dejando atrás el bodegón.

Desde la ventana vio que se dirigían a la entrada de la posada y a lomos de sus caballos abandonaban el lugar hacia el próximo cruce de caminos en donde seguramente se separarían.

El hombre le trajo algo de comer.

—Hoy será un buen día, señor. Aquí tiene un poco de pan, queso, jamón y vino.

—Muchas gracias. ¿No tendrá por casualidad una lámpara?

El dueño del local se extrañó debido a la hora del día que era. Aun así, fue diligente en cumplir con la petición y señaló que buscaría una de inmediato.

A los pocos minutos reapareció.

—Aquí tiene, señor —le dijo mientras se alejaba.

Kit empezó a comer. Cuando llevaba el plato de queso a la mitad y el salón estaba más lleno de huéspedes, lo que distraería la curiosidad del mesonero, el agente sacó la carta que había robado la noche anterior. Como era de esperar, estaba cifrada. Rompió el sello y mientras mordía un buen trozo de pan, comenzó a leer las letras y los números sin sentido que formaban la nota. No entendía nada. Sonrió y ayudándose de la lámpara la quemó. Cuando se había consumido en la llamita del aceite, llamó al camarero.

—Sí, señor, ¿qué desea?

—Creo que me voy a quedar otro día descansando en la posada. He de acabar algunas cartas más antes de ir a Villaportón. Le agradecería que me proporcionara más papel, si es tan amable.

Diciendo esto, le entregó al mesonero una nueva moneda.

—Creo que con esto será suficiente hasta que me marche.

—No le quepa la menor duda, señor. Quédese tranquilo con nosotros que no le faltará de nada.

OceanofPDF.com

Capítulo 23

Pastrana (España)

Domingo, 6 de julio de 1586

A paso lento Kit entró en las calles de Pastrana. Las primeras luces de aquel domingo iluminaban la tranquilidad de la villa ducal. En su intención no estaba el romper la quietud del lugar. Al contrario, todo parecía estar acostumbrado a una rutina que difícilmente podía ser quebrada por un acontecimiento extraordinario.

A pesar de ser día festivo, algunos hombres trabajaban en las huertas. Lo miraban con desconfianza. Pero, acostumbrado a ver este tipo de comportamientos en muchos de los lugares por donde iba, actuó con naturalidad. Se llevaba la mano a la cabeza, y quitándose el gorro de fieltro, ya raído por los avatares del viaje, saludaba educadamente a los vecinos con un simple «buenos días» que parecía apaciguar a las gentes del lugar.

Al pasar por una huerta cerca del monasterio de la ermita de San Pedro, un muchacho que ordenaba los aperos en un chamizo echó a correr en dirección al centro del pueblo nada más verle. Al menos, pensó, evitaría así tener que estar con presentaciones al llegar a la plaza. Alguien ya lo haría por él.

Atravesó la calle Mayor hasta pasar por el arco que daba a la plaza principal del pueblo. Allí el sol iluminaba ya con toda su fuerza la fachada del palacio tiñéndolo de un naranja brillante. Fue en dirección contraria bajo la atenta mirada de algunos vecinos. Desde allí se veía el valle del río Arlés con todo su esplendor.

Kit volvió la cabeza y vio la fachada del palacio inacabado de don Alonso de Covarrubias. La puerta principal se abrió para dejar paso al muchacho que poco antes había visto junto al monasterio del Carmen. A su lado salió un hombre muy bien vestido. Lo reconoció al instante. Se trataba de Diego de Horche, el camarero principal de la princesa de Éboli. Se bajó del caballo y tomando la rienda con la mano se acercó hasta él.

—Buenos días, señor Shelton.

—Buenos días, don Diego. Siento no poder haber avisado con antelación mi venida. Espero que no genere ningún tipo de molestia en palacio.

—En absoluto. Me acaban de avisar hace pocos minutos de vuestra entrada en Pastrana. —Diego miró al muchacho que ya abandonaba la plaza en dirección a la calle Mayor—. El tiempo suficiente para preparar vuestra llegada.

—Como imagino que sospecháis, me gustaría visitar a la princesa doña Ana, aunque supongo que es demasiado temprano para que me reciba.

—Al contrario. La princesa se levantó antes del alba. Pero me temo que no la vais a encontrar en palacio.

Kit puso cara de extrañado al escuchar estas palabras en boca de Diego de Horche.

—Durante estos meses —continuó el fiel mayordomo— está residiendo en el monasterio de San José, bajando la calle Mayor. No tardaréis en encontrarlo. Si lo deseáis puedo mandar a alguien del servicio para que os acompañe.

—Sois muy amable. No será necesario, creo saber dónde está el monasterio. Me pregunto si podría dejar aquí la montura en las caballerizas. Son muchos los días que llevo de viaje y no me vendrá mal dar un ligero paseo.

—Podéis guardarla aquí. Os la cuidarán muy bien. Perded cuidado. Preguntad en el monasterio por Felipa de Acuña, es la priora de la casa. Ella os dirá dónde está la princesa.

—Sois muy amable, don Diego. Os lo agradezco.

—No tenéis nada que agradecer. Estoy seguro de que mi señora se alegrará enormemente al veros. No le vendrá mal un poco de distracción.

No son muy frecuentes las visitas y las últimas que ha recibido eran de abogados que buscaban resolver pleitos que aún tiene pendientes. Id pues tranquilo y regresad cuando lo deseéis.

Kit siguió al pie de la letra las instrucciones de don Diego. El mayordomo llamó con la mano a uno de los sirvientes que había en el interior del patio. Al instante hicieron acto de presencia dos hombres del servicio para hacerse cargo del caballo. Uno de ellos tomó las riendas mientras su compañero desensillaba al animal. Kit comprobó que no dejaba en la bolsa nada que le fuera a ser de utilidad. Tras cerciorarse de ello se apartó, dejando vía libre para que se lo llevaran a las caballerizas que había en el lado occidental del palacio.

—Muchas gracias por vuestra hospitalidad, don Diego.

Diego de Horche saludó con la cabeza respondiendo a las amables palabras de su interlocutor y esperó en la puerta observando cómo Kit se alejaba por la vía principal del pueblo.

El agente inglés caminó tranquilo. La distancia desde la plaza hasta el monasterio, ahora de la orden Concepcionista, no era mucha. Descendió por una callejuela al final de la calle Mayor y no tardó en toparse con el muro de la iglesia. Como era costumbre, la puerta estaba cerrada a esa temprana hora de la mañana. Tuvo que esmerarse en golpear el enorme portón ayudándose con una piedra para dar así más sonoridad. Al poco escuchó ruido de movimiento de personas y voces quietas tras la entrada, y pronto su llamada fue atendida.

—Ave María Purísima…

Kit se quedó sorprendido por la bienvenida. Parecía cierta formalidad en busca de una contraseña a la que no supo responder. Fue educado en la medida de lo posible y saludó de seguido.

—Buenos días, hermana. Mi nombre es Thomas Shelton y vengo de palacio buscando a la princesa doña Ana. Allí me dijeron que podría encontrarla en San José.

Sin mediar más palabras dejó de oír cualquier ruido al otro lado del torno. Al poco tiempo escuchó algunas voces apagadas de fondo y, seguidamente, unos pasos que se acercaban de nuevo a la puerta.

—Buenos días, señor Shelton —señaló la misma voz que había escuchado al principio—. Abriré la puerta, espere un instante y luego pase. A la izquierda encontrará una entrada. Crúcela y allí será recibido.

Siguió las órdenes de la religiosa a rajatabla. Por la rendija que se abrió pudo ver una sombra azul y blanca que desaparecía por detrás de otra puerta.

No quiso tentar su curiosidad y prefirió seguir las instrucciones que le habían dado. En efecto, a la izquierda de la cámara había dos peldaños que llevaban a una cortina. Al cruzarla vio un pasillo al final del cual había una nueva habitación, con una rejería en uno de sus extremos. Frente a ella, una silla. Fue hasta allí y se sentó a esperar.

La verja estaba cubierta por una gruesa cortina. Todo aquello le resultó muy extraño. Era la primera vez que ponía pie en un lugar de esa calidad y servicio. Sonrió al pensar en cómo se las gastaban las religiosas para una simple visita de cortesía.

Al poco tiempo oyó una cerradura que se descorría. Surgió de la nada una mano misteriosa y antes de que abriera la cortina del todo, el inglés se levantó. Esperaba toparse con la princesa de Éboli, pero tras la reja había una mujer de la misma edad que doña Ana pero que, sin lugar a dudas, no era ella.

—¿Es usted el señor Shelton?

—Sí, madre. Don Diego de Horche me ha dicho que podría encontrar aquí a la princesa doña Ana.

La religiosa lo miró de forma inquisitorial.

—Sois extranjero…

—Salta a la vista, madre. Soy inglés y…, católico.

La religiosa seguía observando al recién llegado con cierta desconfianza.

—Si se queda más tranquila, madre, nada tengo que ver con los juristas que vienen de corriente por aquí reclamando a la señora antiguos juicios pendientes.

—Mi nombre es Felipa de Acuña, y soy la abadesa del monasterio. La hermana sor Ana de la Madre de Dios se encuentra realizando sus oraciones en la iglesia.

Kit se quedó un poco sorprendido por aquel nombre.

—De puertas afuera la princesa doña Ana es conocida como tal, pero en la casa es sor Ana de la Madre de Dios —aclaró la abadesa—. Es el nombre que adoptó cuando abrazó los hábitos tras la muerte de su esposo. Es una más y no disfruta de mayores excelencias que cualquiera de nosotras. Todas vivimos bajo los mismos rigores.

—Entiendo, madre…

—¿Qué es lo que queréis de ella? —espetó la abadesa sin dejar continuar al agente inglés.

—Voy camino de Madrid. Solamente quería presentarle mis respetos. El cardenal arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, nos presentó el año pasado. Ella fue muy amable acogiéndome en su palacio camino de Alcalá.

—¿Compartís algún negocio con ella?

Kit empezó a cansarse de aquel interrogatorio improvisado de la monja. De haberlo sabido habría entrado por sus propios medios en el monasterio y habría acabado con aquella historia sin más miramientos. Reflexionó y optó por que lo mejor sería continuar con el juego.

—He hecho un viaje muy largo desde Francia —dijo al fin—. Allí me encontré con el embajador don Bernardino de Mendoza. Éste me dijo que transmitiera sus saludos a doña…, a sor Ana de la Madre de Dios.

—Si solamente es eso, yo misma podré hacérselo saber. De lo contrario podríamos molestar las oraciones de nuestra hermana.

El agente comenzó a enojarse por la postura de la escurridiza abadesa. En aquel momento entró otra religiosa en la cámara. Se trataba de una joven muy hermosa. Sin cruzar mirada con Kit, se dirigió hacia la abadesa y le dijo algo al oído.

Felipa de Acuña se revolvió incómoda en su asiento. La suerte del inglés parecía haber cambiado de repente.

—Está bien, señor Shelton. Sor Ana de la Madre de Dios lo recibirá en una de las capillas de la iglesia. La entrada se encuentra saliendo a la derecha.

Sin esperar más órdenes, se apresuró a levantarse y con gesto apremiante saludó a las dos monjas, saliendo de la cámara sin decir palabra.

El día ya había despuntado en su totalidad y el sol empezaba a calentar las calles de Pastrana. La entrada a la iglesia, tal y como había dicho la abadesa, estaba a poca distancia de allí.

El silencio en el templo era absoluto. No parecía haber ni una sola alma. Aquella situación le recordó a su primera visita a la iglesia de Santa María de la Almudena, en Madrid. Kit se quitó el sombrero y con él en las manos entró con respeto. La puerta de la iglesia se cerró con fuerza, generando un eco ensordecedor en el interior del templo. A ambos lados del altar dos grandes escudos representaban las armas de la princesa de Éboli y de su difunto esposo, don Ruy Gómez de Silva. Hasta allí se acercó el agente inglés después de advertir frente a una imagen de la Virgen a una mujer sentada, de rodillas, rezando en silencio.

Kit se sentó en un banco de la primera fila a pocos metros detrás de la princesa, no lejos de otra mujer a quien él identificó como una suerte de ama de llaves de doña Ana. No tenía prisa y no era su intención romper la paz del lugar. Tuvo tiempo de poner su atención en la talla de la Virgen. Aquélla debía de ser la famosa Virgen del Soterraño a quien los pastraneros adjudicaban toda clase de milagros y prodigios. Sola y austera en extremo, la escultura de la Virgen era la única imagen que había en el altar mayor de la iglesia.

Al fin la princesa se puso en pie bajo la atenta mirada del ama de llaves. Iba totalmente vestida de negro y sobre su rostro pendía un velo del mismo color. Se volvió y al verle se retiró el velo dejando a la luz con todo su esplendor el brillo de su ojo.

—Buenos días, señor Shelton.

El joven agente se había levantado poco antes para saludarla. La encontró igual que la última vez que la vio hacía poco más de un año, quizás un poco más avejentada, pero con el mismo tipo señorial y displicente. Debido a su cautiverio, el agente inglés intuyó que la calidad de su vida no había decrecido en todo ese tiempo.

—Buenos días, Alteza —contestó mientras se acercaba a ella, inclinaba su cabeza y le tomaba la mano para besar su anillo.

—Mentiría si le dijera que no le esperaba por estas tierras. Sabía que tarde o temprano se dejaría caer.

—Tengo buenas noticias de Francia.

—¿De verdad, señor Shelton? No tenga prisa en contármelas. Acompáñeme, estaremos mejor en mi celda. No me fío de las rejas que cubren esta iglesia. Cualquiera puede estar escuchando detrás de las cortinas. Aquí todas tienen oídos.

Y sin mediar más palabra, emprendió el camino que la llevaba hasta una puerta lateral que daba entrada a un pequeño claustro. Lo cruzaron y deambularon por varios pasillos. Llegaron a un ala en la que sólo había puertas a ambos lados del corredor. La princesa tomó una llave de un colgante que llevaba guardado con celo sobre el pecho y abrió una de las puertas.

La habitación era holgada, seguramente mucho más lujosa que el resto de las celdas de las religiosas de San José. Había una ventana luminosa, una cama grande, una mesa con su correspondiente escritorio y varias sillas, lo que denotaba que las visitas eran frecuentes.

Colocado sobre una pared en la que no había más muebles ni vanos, Kit descubrió el retrato de doña Ana que para ella hiciera Lorena el pasado año. Recibía la luz del sol de forma indirecta, haciendo resaltar aún más el brillante rostro de la mujer. Nada había cambiado. Su impresionante vestido negro de terciopelo, el parche sobre el ojo derecho, la pequeña golilla bordada y el rostro casi ingenuo de doña Ana…, todo parecía ser producto de un endiablado mecanismo que había hecho detener el tiempo en aquella misteriosa figura.

El recuerdo de cuando lo trajo, acompañado por el cardenal, le devolvió a la memoria todos los momentos vividos en Madrid y su encuentro con Lorena, reavivando así su deseo de volver a encontrarse con ella en la capital.

Tras un gesto de la princesa, el ama de llaves, después de saludar a su señora, desapareció.

Pasados unos instantes señaló a su invitado una silla para que tomara asiento. Ella lo hizo en otra de más lustre.

—Señor Shelton, ¿cómo se encuentra el bueno de don Bernardino?

—Todos vuestros consejos, Alteza, me fueron de gran ayuda en mi empresa en Francia. Sólo hubo un pequeño inconveniente justo antes de

venirme que por…

—Ya sé que le quebró la nariz. —Rió la princesa ante la sorpresa del joven—. En un monasterio todo es quietud pero las palabras vuelan más rápido que en cualquier mundanal ciudad. Me refiero a cómo encontró la situación que rodeaba al embajador. Ya me entiende.

—Sí, claro, Alteza. Sin poder entrar en detalles os puedo confesar que estaba a punto de encenderse una mecha que creo que hemos encontrado a tiempo. De haberse llegado a prender todo habría estallado como un polvorín. Pero gracias a vuestro apoyo se ha conseguido apagar la llama a tiempo y que ésta no alcance siquiera la pólvora.

—Comprendo. Ya le puse bajo aviso de que solamente él sería quien podría ayudaros. Su salida de Londres y la posterior empresa en París no eran algo casual. Podría haber venido a Madrid, pero Su Majestad muy hábilmente lo envió a Francia. Por lo que veo, sus contactos con los católicos de la familia Guisa han dado al final sus frutos, ¿no es así?

Kit se limitó a asentir sin entrar en detalles de la trama cuya documentación llevaba en cartas bajo su ropa.

—Algo sospechaba. Desde luego que no era improvisado. Bernardino sigue contando con poderosos amigos en Inglaterra. La creación de una trama para eliminar del trono a Isabel con la ayuda de los católicos europeos siempre ha sido una de sus grandes ambiciones.

La princesa miró por la ventana con aire distraído.

—Os estoy muy agradecido, Alteza, por la ayuda que me habéis prestado —insistió el agente inglés—. Me siento en deuda con vos. Si creéis que os puedo ayudar con cualquier menester, no dudéis en pedírmelo. Por favor.

Las palabras de Kit estaban perfectamente medidas. Sabía que servirle de nuevo de correo a la princesa regeneraría el lazo entre él, la princesa y Antonio Pérez. Favor por favor en una relación absolutamente interesada.

Doña Ana se levantó y paseó por la amplia habitación hasta detenerse junto a su retrato. El sol comenzaba a calentar con toda su fuerza, anunciando un nuevo y bochornoso día estival.

—Hace dos semanas comenzó el verano. El 21 de junio fue el solsticio. El día más largo del año. El día en el que el Sol arroja más luz sobre la

Tierra. Ese tipo de cosas son del agrado de Antonio Pérez, siempre enfrascado en sus estrellas y en sus números. Cree que todo el futuro está escrito en ellos. Pero debió de leer mal —rió de nuevo— porque fue incapaz de prever lo que se le venía encima.

Se acercó a su escritorio. Abrió un pequeño cajón que había disimulado, ayudándose de la llave que portaba en la bocamanga del vestido. De allí tomó un delgado legajo de cartas. Todas iban atadas bajo un cordel de color azul.

—Al igual que la otra vez, señor Shelton, me gustaría que entregara esto a don Antonio. No se preocupe por buscarlo; él será capaz de encontrarlo a usted.

La princesa esbozó una pequeña sonrisa de complicidad.

—Así lo haré, Alteza —dijo el agente mientras escondía bajo la ropa el nuevo envío, satisfecho de haberse salido con la suya—. Perded cuidado que pronto llegaré a Madrid y me encontraré con alguien de su círculo. La vez anterior fue Diego Martínez quien se topó conmigo. Él le entregó vuestras cartas a don Antonio.

—Me consta que así se hizo. No me gustan las maneras de ese Diego Martínez, pero he de reconocer que cumple con su trabajo y es leal a don Antonio.

—No se puede pedir más, entonces.

—También le daría un recado para Su Majestad, pero prefiero contenerme. Además no quiero poner en juego su vida, señor Shelton —bromeó la princesa—. En cualquier caso sus secretarios ya tendrán suficiente con las preocupaciones relacionadas con el descortés encuentro que tuvo con el embajador en París. Estoy segura de que ya andan detrás de usted. Son tan cobardes que no le habrán dicho nada al rey.

—Creo que ha sido una locura venir hasta aquí —reconoció el agente con falsedad—, pero al mismo tiempo es algo con lo que ellos no cuentan. Ahora mismo Mateo Vázquez y Juan de Idiáquez estarán pensando que estoy en Inglaterra y no sospechan que en breve llegaré a Madrid.

—No sea ingenuo, señor Shelton. Del mismo modo que usted conoce noticias de su lado, ellos también cuentan con su red de informadores. Habrán comprobado que no se embarcó usted en ningún puerto francés. No

creo que le hayan seguido la pista hasta aquí. Si es mínimamente escrupuloso en su trabajo, no lo localizarán con facilidad, pero sí tendrán en mente la posibilidad de que si no está allí, con seguridad estará aquí. Nadie como usted puede estar escondido más de un mes en el mismo sitio.

—Lo sé, Alteza.

La princesa de Éboli tenía razón.

—Los consejeros que rodean al rey Felipe son rencorosos en extremo. Actúan como fariseos en defensa de la religión cuando en realidad ni ellos mismos cumplen con las leyes más evidentes.

Se acercó de nuevo al escritorio y de allí extrajo un papel.

—«La insolencia de esta gente me exaspera —comenzó a leer doña Ana — hasta tal punto que sólo vivo con el deseo de vengarme de ellos. Espero por Dios que el momento llegue pronto y que yo pueda ser el instrumento que los castigue. Caminaría descalzo por Europa sólo para lograrlo». Cualquiera podría pensar que son palabras puestas en boca de un buen cristiano.

—La falta de templanza no es buena consejera en ninguna situación, Alteza.

—En efecto. Se trata de una carta de Bernardino de Mendoza. Es la pista que me dio la idea de que en realidad el corazón de la trama que acaba de descubrir en Reims pasaba por las manos de este Mendoza.

La princesa de Éboli volvió a guardarla en el escritorio. No parecía ser un documento secreto. La dejó encima de otras a la vista de cualquiera que por allí pasara.

—Agradezco su visita, señor Shelton. Puede retirarse. Buenos días.

OceanofPDF.com

Capítulo 24

Los arrabales del norte, Madrid (España)

Viernes, 11 de julio de 1586

Antes de entrar en Madrid, Christopher Marlowe se había vuelto a arreglar el cabello. En los dos meses que llevaba fuera de Inglaterra le había crecido de nuevo. Tenerlo largo no solamente era algo desacorde a su condición de estudiante, sino que además podría recordar su estancia en la capital de las Españas de hacía un año.

Según le había anunciado la princesa de Éboli, su situación podría no ser muy halagüeña. Debía ser prudente, estar en Madrid el tiempo justo y volver cuanto antes.

A lo lejos veía la Puerta de Alcalá. A pesar de ser pronto, se distinguía un nutrido grupo de viajeros en los alrededores de la entrada, esperando su turno para poder pasar bajo previo registro.

Kit bajó del caballo y se colocó en la variopinta fila. Entonces se alegró de haber cambiado su aspecto. Sin melena, ni bigote ni barba, parecía otra persona.

Había pergeñado un plan para entrar sin dar el nombre. Con un muerto a sus espaldas, cualquier sospecha haría que lo llevaran al calabozo. De haber sido un error, luego las autoridades, quizá, se disculparían. Pero hasta ese momento, la simple sospecha de un funcionario hacía que no tuvieras derecho alguno.

A esa hora la puerta sólo contaba con un escribano y dos alguaciles. Delante de él había una treintena de personas.

Esperó con paciencia hasta que no fueron más de tres o cuatro. Entonces se acercó al campesino que tenía delante de él con una bolsa. De forma distraída desató el cordel que la cerraba haciendo que se abriera y cayeran algunas lechugas.

El campesino se dio la vuelta de inmediato al mismo tiempo que Kit se apartaba junto a su caballo. El hombre miró con ojos inquisitoriales al otro agricultor que había tras él.

El de las lechugas no se lo pensó dos veces y acusó al otro trabajador.

—¿Qué es lo que quieres? —gritó—. ¿No sabes ganarte el pan trabajando?

—Yo no te he tocado, ha sido ese extranjero —intentó defenderse en vano.

Mientras, Kit seguía junto a su caballo negando la mayor, alejado de la afrenta que él mismo había creado.

—Te voy a…

Y así empezó una pelea que, como el agente había supuesto, involucró a los hombres de la fila y a los alguaciles.

Aprovechando la confusión, Kit cruzó la puerta saltándose todos los trámites. Una vez traspasados los muros, volvió a montar en el animal y se dirigió hacia los arrabales del norte.

No sabía cuánto tiempo tenía. Pero de lo que sí estaba seguro era de que en breve su presencia comenzaría a levantar las mismas sospechas que la última vez. Su vida corría peligro.

Callejeó evitando las grandes vías, seguramente más vigiladas a esas horas de la mañana, hasta llegar a los arrabales. El movimiento de gente era frenético. Decidió bajarse de la montura y caminar para no ser observado. Entremezclado entre los puestos de venta de los mercadillos ambulantes y la gente que iba y venía de aquí para allá estaría más resguardado.

A pesar del tiempo transcurrido no tardó en dar con la corredera de San Pablo. No había cambiado un ápice desde su última visita. Parecía igual de sucia que siempre.

Su presencia en Madrid era inesperada, por lo que no sabía de ningún contacto que tuviera que verse con él.

Avanzó unos metros hasta llegar cerca de la puerta del patio que daba paso al taller de don Alonso de Coloma. No quería que nadie le observara entrando allí, por lo que esperó su oportunidad. Calle abajo vio un grueso grupo de carros tirados por mulas. Iban rodeados de campesinos que a esas horas de la mañana llevaban su género al mercado principal. Cuando la comitiva pasó por delante del taller, aprovechó el barullo y abrió el portón. En un santiamén se coló en el zaguán con su caballo.

Por ahora todo iba bien.

El patio no había cambiado. Amarró el caballo no lejos de donde lo había dejado la última vez. El lugar estaba vacío. No tuvo prisa en subir. Se adecentó la ropa como pudo. Disimuló el cansancio del duro viaje de los últimos días durmiendo a la intemperie, aprovechando la placidez de las noches estivales, y fue a la escalera que llevaba al primer piso de la casa.

Como siempre, la puerta estaba entornada. Dentro se escuchaban los pasos de una persona. Miró por la rendija de la puerta y la vio.

Allí estaba, tan hermosa como siempre la había recordado. Lorena terminaba de recoger varios cuencos y paletas que habían quedado olvidados del día anterior. Tomó de una mesa unos trapos y fue a llevarlos a la habitación contigua.

Sin que ella se percatara de su presencia, el agente abrió la puerta y entró. Tras él las bisagras chirriaron delatándolo.

—Buenos días, tío. Urge acabar hoy el retrato de doña Juana Coello —señaló Lorena desde la otra estancia creyendo que quien había entrado era don Alonso—. Ya sabéis cómo se lo toman los Vozmediano cuando hay retrasos en sus encargos.

El joven no contestó. El solo sonido de la voz de Lorena había acelerado las pulsaciones de su corazón. Su emoción fue en aumento cuando contempló el último gran trabajo de la artista. Sus ojos se habían quedado paralizados sobre el retrato de una de las mesas que había frente a él. Aquello no era un espejo, pero perfectamente lo podría haber sido. Observaba con asombro su propio rostro, luminoso y resplandeciente, como quien observa su reflejo en el agua cristalina y reposada de un estanque. Quedaban algunos detalles por perfilar pero para un ojo no adiestrado al mundo de la pintura, casi se podría decir que estaba acabado.

Y, como la última vez que lo vio, se sintió atraído por el enigma de su mano izquierda. Oculta bajo su brazo derecho, parecía esconder algo entre los dedos. Por un momento se miró su propia mano intentando buscar una respuesta al enigma. Pero no la encontró.

—¿Habéis ido a cobrar ya el trabajo de Santa María? —preguntó Lorena.

Kit se mantuvo en silencio mirando la pintura.

—¿Tío…? —llamó la muchacha saliendo de nuevo al estudio—. Preguntaba si ya habíais ido a c…

Su voz se cortó de inmediato al verlo observando el retrato.

—Lorena, creo que ya es hora de que me digas qué es lo que escondo en la mano izquierda.

En su rostro se dibujó una enorme sonrisa.

—¡Ha vuelto, señor Shelton! —gritó la joven arrojándose a los brazos del inglés.

—Lo prometí, ¿no es cierto? —contestó el joven, sorprendido por la espontaneidad de la artista—. Aunque siento haber cambiado mi aspecto y haber tardado. Ahora no tengo el cabello tan largo.

La alegría de Lorena era sincera. Apenas podía articular palabra.

El agente quería decirle un montón de cosas como que no había dejado de pensar en ella un solo día, o que por algunos correos de Madrid sabía que estaba bien. Pero no se atrevía.

—Lo último que llegó hasta nuestros oídos fue su estancia en Francia. ¿Habéis estado allí?

Los dos jóvenes permanecieron mirándose fijamente, cada uno aferrado a las manos del otro.

—Si, así es. Siento no haber escrito directamente. Era muy peligroso que pudieran relacionaros conmigo. No quería comprometeros.

—No es mala cosa, no.

—¡Don Alonso! —gritó al encontrarse al maestro pintor. Los dos se fundieron en un fuerte abrazo.

—¿Cuándo ha llegado, señor Shelton?

—Con las primeras luces del día. Entré por la puerta de la calle que va a dar a Alcalá. Venía de Pastrana, donde hace pocos días me reuní con doña

Ana de Mendoza.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Lorena introduciéndose formalmente en la conversación, como si nada hubiera sucedido entre ellos.

—Ella está bien…, quizás un poco más ajada. Ahora reside en el monasterio de San José. Allí cree que está más a salvo de la mano de Felipe II y de sus inescrutables designios.

—¿Está acogida a sagrado? —se sorprendió don Alonso.

—No exactamente —corrigió el joven intentando calmar la preocupación del pintor—. Cree que pueden venir momentos malhadados y prefiere estar bajo seguro. La nueva priora del convento, Felipa de Acuña, tengo entendido que es familiar de doña Ana. Allí está a gusto.

—Bueno, señor Shelton, ¿cómo están las cosas por ahí fuera? —intervino Lorena, que estaba empeñada en conocer sus últimos avatares.

—Bueno, pues un poco como siempre. Ya saben cómo son estas cosas. Hay que llevar mucha precaución. Lo cierto es que no hay tiempo.

El agente se quitó la bolsa que a modo de hatillo llevaba siempre consigo y la dejó en el suelo para estar más cómodo.

—Dejé Inglaterra la primera semana de mayo —siguió con su relato—. Primero estuve en Reims y allí me topé con un asunto escalofriante. Se estaba fraguando un complot para asesinar a nuestra reina y colocar en el trono a María Estuardo. Aunque está prisionera desde hace tiempo, recibe y envía cartas para los insurrectos. Ahora se encuentra retenida en el castillo de Chartley, y aun así todo se pretende orquestar desde su encierro.

—Nos consta, señor Shelton, que su trabajo fue notable. Las últimas noticias que han llegado hasta nosotros son que a estas alturas sus superiores ya están al tanto de todo y, aunque dejan hacer a los insurgentes como si nada pasara, son conocedores de todos y cada uno de sus movimientos.

—Mi contacto en Reims me advirtió de algunos de estos hechos. Me solicitó que me hiciera con pruebas que confirmaran sus sospechas. Y aquí están. —Se sacó de la ropa los legajos robados a Bernardino de Mendoza y se los entregó a don Alonso—. Usted sabrá qué hacer con ellos. No quiero que piensen que esta información esté perdida en España. Los agentes

habrán intentado sin éxito hacerse con el material en los puertos franceses. Ésta fue una de las razones por las que me decidí a venir a España…

—Por suerte —añadió la joven pintora sin hacer mucho caso al comentario—, para entonces el embajador ya contaba con cierto control sobre el sector de los hugonotes. Ésa era una de las principales premisas que se tuvieron que dar para que el resto del trabajo tuviera éxito.

—Lo cierto es que como simple agente no tengo noticia de los verdaderos vericuetos que rodean a los problemas. —No parecía entender mucho de la intrahistoria de lo que estaba pasando—. A mí me mandan y me señalan. Debo hacer y entender como me convenga buscando siempre el interés de mi país.

—Es fácil —añadió don Alonso—. Los españoles han trabajado desde hace más de un año para poder reducir el acceso al trono a la familia de Guisa, es decir, el partido católico respaldado por ellos y el papado. Enrique de Navarra, afín a los hugonotes, no tiene nada que hacer. Todo gira en torno al ahora Enrique III…

—El hermano de Isabel de Valois —añadió el agente—, la tercera esposa de Felipe, fallecida hace años en tristes circunstancias.

—En efecto —asintió don Alonso—. Estoy seguro de que en estas cartas que me entrega hay pruebas. Serán de gran utilidad para la resolución de vuestra empresa y ayudará a abrir nuevas vías de trabajo.

Don Alonso se acercó a la ventana para contemplar la situación de la calle. Constató que no había nada extraño a esas horas de la mañana y volvió junto a Lorena y Kit.

—Lo importante de todo esto, señor Shelton —continuó el maestro—, es saber por qué el embajador pretende acelerar el proceso religioso en Francia cuando llevan en aquel país más de veinte años en guerra por ese mismo asunto.

—Parece lógico, ¿no es así? —se sorprendió el agente por la afirmación del pintor—. España quiere expandir su imperio católico por Europa. En este complejo entramado Francia es, no hay que dudarlo, una baza importante para esa ambición.

—Se trata de una ambición, no lo dudo. Pero no creo que sea sólo por ver ampliar el papel del catolicismo en Europa en detrimento de unas

«herejías» —gesticuló don Alonso con cara de burla—. Sospecho que el papel de don Bernardino y su rápida salida de Inglaterra está más allá de las malas relaciones con los luteranos. Eso es un simple puente, una suerte de excusa para un plan mucho más codicioso.

Kit reflexionó sobre ello.

—Los rumores —añadió el joven— hablan de la existencia de una promesa a los católicos ingleses de hasta sesenta mil hombres en una liga católica europea armada.

—Gran estupidez. Pero a ellos les vale cualquier excusa para justificar la locura del proyecto que sea. No creo que tarden mucho en detener a los cabecillas de este nuevo plan que usted ha destapado. Por cierto, tuvo suerte, señor Shelton, en que no fuera necesario ir hasta París para contactar con don Bernardino. Tengo entendido que aquello es una verdadera jauría.

—Sí, mucho más cómodo el colegio de Reims, no lo dudo —dijo Kit entre risas.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo aquí en Madrid? —preguntó don Alonso.

—Lo menos posible.

—¿Dónde se aloja?

—Todavía no tengo posada. Como le he dicho, acabo de llegar a Madrid. El primer lugar que he visitado es vuestro taller. Tenía ganas de veros.

—Se puede quedar en la cabaña del patio —añadió la muchacha al instante, para sorpresa del agente.

—No es mala cosa, no. Eso estaba pensando. Debe ser prudente. Esta segunda estancia en Madrid es mucho más peligrosa que la primera.

—Pero es una locura quedarme aquí —protestó a regañadientes el invitado—. Eso os comprometería a los dos. Recordad lo que sucedió el día de mi marcha. Los hombres del secretario del rey estaban esperando en la calle.

—Es cierto, señor Shelton —dijo don Alonso rascándose la barba—. Pero no vigilaban el taller. Si va a estar poco tiempo en Madrid, lo mejor será que se quede aquí. Podremos decirle cuáles son las mejores horas para

salir o entrar. Pasará inadvertido entre el movimiento de los aprendices del taller. Nadie sospechará nada.

Kit no pasó por alto la sonrisa de Lorena cuando su tío confirmó la decisión de alojarlo.

—Sois muy amables.

—No, señor Shelton. Viene usted de muy lejos haciendo un esfuerzo grande. Es lo menos que podemos hacer. Lorena —dijo don Alonso a su sobrina—, acompaña a nuestro invitado hasta el patio y muéstrale su alojamiento. Disculpe las posibles molestias que encuentre en él, que seguro las habrá.

Kit tomó su bolsa de viaje y permaneció serio frente a Lorena dispuesto a recibir cualquier tipo de orden.

—Bueno, muchas gracias. No se hable más. Indicadme dónde puedo descansar.

La pintora se dirigió hacia la puerta de entrada al estudio. No perdió en un instante la sonrisa maliciosa.

—Esperad un momento, señor Shelton. Voy a comprobar que todo está en orden.

Salió y descendió unos pocos peldaños de la escalera. Tras comprobar que el portón que daba a la calle estaba bien cerrado y seguro, le hizo una seña para que lo siguiera. Kit lo hizo en buena gana. Pronto se encontró en el pequeño cuarto que había en el lado izquierdo del patio. En su interior, junto a unos lienzos sin blanquear, descubrió una segunda puerta. Lorena extrajo una llave de su ropa y la abrió con cuidado. El interior estaba totalmente oscuro. A tientas, la joven buscó una banqueta en uno de los lados y la colocó debajo de una trampilla que había en el techo. Se subió y cuando la abrió con un poco de esfuerzo la habitación se llenó de claridad.

Cuando sus ojos se hicieron a la luz, ante él apareció una austera pero aseada habitación.

—Siempre habrá una lámpara en el centro de la habitación para iluminarte cuando no haya sol. Espero que aquí estés cómodo, Thomas.

—Kit, llámame mejor así —dijo el agente inglés mientras dejaba sus cosas encima de la cama—. Entre los dos, cuando estemos solos. Ya sabes…

—¿Kit? —le miró sorprendida—. Christopher…, Christian… ¿Cómo te llamas?

—Kit. Vamos a dejarlo como está. Será mejor para los dos. Eso no te traerá problemas.

—Muy bien, Kit —señaló ella un poco avergonzada—. Espero que estés cómodo en esta habitación. Voy a traerte un poco de agua.

El joven miró a su alrededor. La estancia era pequeña pero muy acogedora. Como era de esperar no había ventana en ninguna de las cuatro paredes, salvo la trampilla del techo. Pero sorprendía encontrar una habitación así, bien disimulada en el almacén. Contaba con una cama, una mesa, una silla, una palangana y un espejo en una de las esquinas. En parte le recordaba a su cuarto en el Corpus Christi. Estar allí era un poco volver a su colegio, el lugar en donde todo comenzó.

Se sentó en la cama pero apenas tuvo tiempo de ponerse a recordar. Lorena entró en la habitación con un cántaro de agua fresca recién recogida de la fuente con que contaba la casa.

—Espero que con esto tengas suficiente…

—Sí, seguro que sí. Muchas gracias. Eres muy amable.

Los dos se miraron durante un instante.

—El lugar es muy agradable. Gracias, de verdad. Tu tío y tú os portáis muy bien conmigo, aunque corréis un gran riesgo.

—Contigo o sin ti, el riesgo es el mismo. Así que pierde cuidado. No pasará nada.

Lorena le observó cómo miraba el entorno del cuarto.

—¿Estás a gusto? Es un poco austero pero, bueno…

—Sí, por supuesto. Antes estaba pensando que esta habitación me recuerda bastante a la mía en mi colegio de Cambridge. Es sobria, ciertamente, pero sólo le falta la ventana al Old Court para ser idéntica.

Se quedó pensativo en el recuerdo de su antigua vivienda. Lorena se sentó junto a él.

—A menudo me pregunto —prosiguió— qué es lo que hago metido en un lío como éste, arriesgando mi vida por un dinero que no sé si voy a poder llegar a disfrutar nunca. Un error, un desliz, un poco de mala suerte, eres atrapado y puedes darte por vencido: nadie dará ni un maravedí por ti.

—No eres el único. En nuestro caso sucede algo parecido. No son pocas las veces que pienso qué hacemos en este embrollo mi tío y yo. Tú al menos trabajas para tu propio país, en cambio nosotros de algún modo traicionamos a España y a nuestro rey, meros correspondientes que damos información al extranjero. Unos captados de los ingleses. Se trata de un acto de infidelidad que es difícil de comprender.

—Seguro que tenéis vuestras propias razones —la consoló—. Algo que vaya más allá de la religión o del poder. Todos en la vida tenemos un objetivo. A mí me gusta el teatro y escribir. Esto puede ser un simple trámite para poder acabar mis estudios y luego poder dedicarme en Londres a los escenarios. El año pasado me comentabas que don Alonso quiere reunir la cantidad suficiente para poder enviarte a Italia a estudiar, tal y como hizo él. Él quizá ya ha cumplido sus objetivos y ahora únicamente se ha propuesto poder ayudarte a conseguir los tuyos propios, que no es mala cosa…

Los dos rieron.

—Creo que no hay que pensar en ciertos propósitos. Actuamos por indicaciones que nos da el corazón. Si crees que son las correctas, adelante. El tiempo dirá si has errado o no.

—Nosotros no estamos en contra de nuestro rey sino de algunos de los aspectos de su política. Con la excusa del afianzamiento de la religión, la gente que lo rodea le insta a cometer locuras que no vamos a tardar en pagar. El pueblo está exprimido con los impuestos. Los campesinos ya no tienen con qué pagar. Los gravámenes son cada vez más feroces. Da igual que vengan cantidades ingentes de oro y plata desde las Indias, porque nunca son suficientes. Siempre quiere más para poder pagar a sus ejércitos. Tiene soldados en todo el reino, un reino que es tan grande que no tiene medios ni capacidad para gobernar.

Los dos quedaron callados durante un tiempo. Quizá no era el momento más oportuno para hablar de ese tipo de cosas.

—Estarás cansado —añadió Lorena—. Duerme un poco. Aquí tienes la llave de la habitación. Cierra siempre que entres o salgas, incluso cuando estés dentro. Y no te separes de ella.

—Así lo haré.

—No hay problema en que andes por el patio o por dentro del estudio. Nosotros trabajaremos arriba hasta la hora de la comida. Descansa hasta entonces y luego bajaré a avisarte para que te unas a nosotros.

Lorena se levantó de la cama y fue hacia la puerta del cuarto para volver a trabajar. Se volvió y vio que su compañero ya estaba dormido. Kit no se percató del beso que ella le daba en la frente. El joven agente ya estaba agotado por el sueño.

—Que descanses…

OceanofPDF.com

Capítulo 25

Iglesia de Santa María de la Almudena,
Madrid (España)

Domingo, 13 de julio de 1586

La misa del mediodía había terminado hacía pocos minutos. Kit, de pie en el coro, podía ocultarse entre la marea de gente que a esa hora asistía al servicio religioso.

A medida que Santa María se fue quedando más vacía, el agente contempló la entrada de la capilla de los Vozmediano, el lugar en donde hacía poco más de dos años había conocido a don Alonso de Coloma. Sonrió al recordar la anécdota de la talla de madera, escurridiza en sus medidas, y que ahora brillaba con esplendor en el retablo de la Sala Familiar.

Ya disipada la masa de fieles, se acercó hasta allí. Había tres pequeños bancos. Sólo uno de ellos estaba ocupado por personajes vestidos de negro con ricas ropas. Todos eran hombres. Casi con toda seguridad, miembros de la importante familia madrileña que se había mandado construir aquel enfático santo lugar de planta octogonal.

Decidió entrar en la capilla, y se sentó en uno de los extremos del último banco. Estaba libre; pensó que no molestaría a nadie.

Los hombres del primer banco, justo frente al reclinatorio colocado junto al altar principal, se levantaron y se marcharon. El silencio a sus espaldas denotaba que la iglesia se había quedado prácticamente vacía.

Siguió disfrutando de aquel momento de tranquilidad y sosiego.

De pronto notó que alguien se sentaba a su lado. El agente no dijo nada. No pensaba que aquél fuera un lugar peligroso.

—Me conmueve la tranquilidad de esta capilla. Nadie lo puede negar.

Escuchó la voz con atención. Venía de la derecha. Era profunda y oscura. Pertenecía a un hombre de mediana edad, que rondaría la cincuentena. Vestía una capa negra de piel, traje abotonado con plata hasta la golilla y, en la mano, un gorro de fieltro negro tocado con pedrería y una elegante pluma blanca.

—Yo vengo cuando mis obligaciones me lo permiten —respondió Kit por cortesía.

—Obligaciones que, si no me equivoco, deben de ser muy absorbentes —continuó el caballero mientras el inglés se limitaba a sonreír sin contestar —. No me suena haberle visto muchas veces por aquí. La familia de mi esposa ha usado esta capilla como lugar de descanso de muchos de los más sonados hombres y mujeres de su linaje. Me tranquiliza venir aquí tras la misa.

—Sois muy afortunado si podéis acercaros todos los días.

—No lo creáis, caballero. No siempre se me permite venir aquí.

—¿Pero no acabáis de decir que pertenece de alguna forma a vuestra familia?

—La situación es realmente complicada. Una de las razones por las que me place sentarme en estos bancos es el sosiego que encuentro. Ahora es así, pero no siempre mi vida se ha caracterizado por esa virtud. A lo largo de ella uno puede cometer errores que luego le marcan como el fuego a un animal, y ya no se puede rectificar.

Kit se volvió para mirar con atención al hombre. Éste hizo lo propio y por un instante sus miradas se cruzaron. Los ojos de aquel extraño personaje eran de un azul intenso y denotaban mil y una vivencias.

—Vos seguro que habéis cometido algún error del que ahora os arrepentís, ¿no es así?

El joven se quedó pensativo intentando buscar en su memoria algún argumento con el que contestar. Aquel personaje, que sin lugar a dudas pertenecía a la familia Vozmediano o estaba muy cerca de ellos, no dejaba de mirarlo.

—Haced memoria…, algo de lo que, pasado un tiempo, hayáis pensado que no estuvo bien o que lo podríais haber hecho de otra forma. Algún daño a otra persona, una joven hermosa quizá…

El joven sonrió. Quizás el ser un agente al servicio de la reina Isabel de Inglaterra era un grave error, pero no podía comentar aquello al misterioso desconocido. Intentó evadir el tema.

—Quizás os refiráis a…

—No, mi buen amigo, no os estoy diciendo que me lo contéis. Quedaos con ello, pero aprended también de esos momentos. Romped los muros que os cierran el camino y dad rienda suelta a lo que realmente estáis buscando.

Kit se percató de que el hombre no dejaba de mover las manos. En ellas tenía un anillo que pendía de una fina cadena de oro echada al cuello. La joya no era muy grande, pero lo suficiente como para llevar grabado un sello que reconoció al instante. Aquel hombre no era un Vozmediano, pero estaba muy ligado a ellos. No le había mentido.

—Haced como yo, señor Shelton —añadió tras percatarse de que ya había visto el cuño—. Romped los muros del laberinto en el que se ha convertido vuestra vida y moveos con libertad por sus calles.

No se había imaginado a Antonio Pérez con un porte tan señorial. Pensó que los años de prisión y encarcelamiento lo habrían convertido en un hombre descuidado y abandonado. Todo lo contrario, el aspecto del antiguo secretario real era dignísimo. Tras él varios hombres vigilaban que nadie se acercara con malas intenciones a su señor. Entre ellos vio a Diego Martínez, apoyado a poca distancia, en la reja de entrada a la capilla.

—¿Esa libertad que buscáis y defendéis con tanto ahínco puede justificar la traición a un rey?

—No seáis ingenuo. ¿Me podéis garantizar sin miedo a equivocaros que cuando lleguéis a Inglaterra seréis recibidos como uno más? ¿Nadie de los vuestros sospecha que quizás estéis trabajando para ambas partes al mismo tiempo?

—Eso no lo puede asegurar nadie, don Antonio. Yo cuento con grandes amigos en ambos lados, al igual que vos. Gente que, a pesar de todo lo sucedido, se preocupa por vos.

Kit echó mano a las cartas que pocos días antes le había entregado la princesa de Éboli en Pastrana. Nunca se separaba de ellas. No creía que fuera seguro hacerlo, ni siquiera en el taller de don Alonso. Se las entregó a don Antonio con gesto solemne.

—Veo que no os habéis olvidado. —Don Antonio se mantuvo en silencio unos segundos mientras observaba las cartas—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, señor. En esta ocasión la encontré en el monasterio de San José. Allí vive con las religiosas, como una más. La madre abadesa es doña Felipa de Acuña, pariente suya. Hace todo lo posible por mantener la quietud, al menos la que se puede esperar de una situación tal.

—Sigo sin entender por qué nuestro rey se ceba con tanta inquina sobre ella.

—La gente rumorea que a vos os trata con más dulzor por el miedo que le produce verse destapado de algunos sucesos inconfesables de los que sólo Su Majestad y vos tenéis noticia. Al parecer contáis con cartas de gran valor: documentos terriblemente comprometedores para la Corona.

—¿La gente dice eso de verdad? Pensad en una cosa. ¿Vos creéis que si en realidad fuera así habría aguantado los siete años que llevo de cárcel en cárcel? Abandoné la prisión de Turégano y la gente decía que mi pobre esposa había ocupado mi lugar en una ficticia huida que nadie explica. Ahora resido en Madrid, en casa del duque de Villahermosa. Es cierto que se trata de una casa holgada, con comodidades a mi gusto. Pero creedme, es una reclusión más. No hay que creer lo que diga la gente. Sólo hay que esperar que Su Majestad actúe. Nada más.

—La gente también rumorea que el hecho de que vos ahora mismo residáis en la casa del duque es otra garantía de vuestra pronta puesta en libertad. Incluso señalan que podréis recuperar vuestro antiguo puesto en la secretaría de Estado.

—No deis credibilidad a esas habladurías. Desde que la princesa y yo caímos en desgracia han sido numerosos los rumores que han corrido de boca en boca por calles y plazas de Madrid. La inmensa mayoría animados por los celos y la envidia. Si no, ¿a qué venían esas comidillas de que doña Ana y yo nos entendíamos más allá de los negocios domésticos? ¿Creéis

que la gente ahora rumorea sobre mi libertad acaso porque sea merecida? No lo creáis así. Buscan cualquier excusa malediciente, como las cartas comprometedoras, para seguir poniéndome en un brete ante el pueblo.

—¿Entonces, esos papeles son un embuste? ¿No existen de verdad? —preguntó Kit con sorpresa.

Don Antonio hizo un gesto distraído con el sombrero. Al instante, Diego Martínez se apresuró presto a donde estaban los dos entregándole al exsecretario un pequeño paquete envuelto en un delicado paño color púrpura. Dentro había papeles, no muchos, pero todos ellos parecían llevar el sello del Palacio Real.

—Yo no he dicho eso, señor Shelton. Esas cartas existen. —El secretario reafirmó sus palabras asiendo con fuerza el paquete que le acababan de entregar—. Pero tienen mucho más poder lejos de mis manos.

—¿No creéis que es demasiado arriesgado y generoso por vuestra parte? Si es verdad lo que la gente dice que hay en estas cartas, vuestra libertad podría estar asegurada, así como la de los suyos y también la de la princesa doña Ana.

—Mi suerte y la de mis compañeros está echada. De nada me serviría que destapara ahora antiguos deslices y desaciertos de Su Majestad, cuando lo único que conseguiría sería mancillar aún más mi honor y echar carne al vulgo para que continúe inventado chismes y calumnias contra mí y los míos. El tiempo acabará colocando a cada uno en su lugar en la Historia. No le quepa la menor duda.

Don Antonio puso el paquete de cartas en manos de Kit. El antiguo secretario se mantuvo en silencio unos segundos sumido en sus pensamientos.

—¿Qué queréis que haga con ellas? —preguntó al fin el joven agente.

—¿Podréis hacérselas llegar?

—¡Pero doña Ana está en prisión y vigilada, igual que vos! ¿Qué podrá hacer ella para cumplir los designios del futuro que tan elocuentemente vaticináis?

—Si ella está viviendo en un monasterio, como bien decís, nadie se va a molestar en registrarla. Todos creerán que esas cartas las tengo yo y por mucho que busquen entre mis pertenencias cuando me ausento de la casa en

la que ahora resido, con falsas excusas de que puedo salir a la calle y hacer la vida libre que se piensan que tengo, nunca las encontrarán. No soy tan estúpido como para dejar escondidos en un arcón los documentos que me pueden salvar la vida, con la esperanza de que nadie pueda encontrarlos de manera fortuita. Además, doña Ana es una mujer muy inteligente. Nadie puede poner puertas al campo, ni siquiera Su Majestad. Madrid es un verdadero nido de víboras. Estas declaraciones pasarían inadvertidas en la capital de las Españas, por mucho ahínco que se quisiera dar en reafirmar su credibilidad. En cambio, desde Pastrana, aunque parezca increíble, doña Ana cuenta con los mecanismos necesarios para hacer remover los entresijos de la Corte. Me consta que así es y buena prueba de ello es vuestra presencia aquí.

—¿Por qué no me dais la información y os guardáis las cartas para vos?

—Las cosas no se hacen así. Podría perfectamente deciros yo mismo su contenido. Pero prefiero que sea ella. No me preocupa que seáis incluso vos quien las abra y las lea. Pero seguramente no lo vais a entender. No estoy hablando de que las cartas estén cifradas o que en ellas se encuentren los chismes que confirmen los nombres de las putas del rey. Ese tipo de comentarios prefiero dejárselos al populacho.

—No he querido decir eso con mi pregunta.

—No os preocupéis, mi joven amigo. Pero solamente doña Ana es quien puede descifrar el contenido de las cartas. Aunque quizá, más que descifrar debería decir comprender. Aún estamos a tiempo. Doña Ana es una mujer inteligente y sabrá qué hacer en un caso de estas características. Yo aquí me siento atado de pies y manos. Podré ir de aquí para allá y participar en servicios religiosos como éstos, pero Antonio Pérez, el secretario de Su Majestad, falleció hace muchos años.

—Haré lo que me pedís. Se las llevaré en mano. Descuidad, don Antonio. En breve partiré de nuevo.

—No olvidéis que son importantes en extremo. Mis astrólogos me han señalado que salvarán una vez la vida de su último portador, pero que al mismo tiempo lo mandarán al patíbulo. —Kit se quedó pensativo con la misteriosa profecía que le acababa de transmitir—. Yo no me atrevo a

desvelaros su contenido. No lo olvidéis. Os salvarán la vida pero, al mismo tiempo, mandarán al patíbulo a su último portador.

La conversación parecía que llegaba a su fin. No había tiempo que perder. En contra de sus deseos, cumplida su función en Madrid, Kit debería abandonar cuanto antes la villa para regresar a Inglaterra.

—Sed como el centauro que siempre me acompaña, señor Shelton. No os quedéis más tiempo aquí y huid lo antes posible. Los hombres de Idiáquez están por todas partes. No me extrañaría que incluso tuviera contactos dentro del taller de don Alonso. No pongáis en riesgo vuestra vida ni la de los que os rodean. Confiad en mí y hacedme caso.

—Así lo haré, don Antonio. Muchas gracias por todo.

—Besad las manos de doña Ana en mi nombre, os lo suplico.

Se guardó bien el paquete púrpura que le acababa de entregar Antonio Pérez y abandonó la capilla. La iglesia estaba vacía desde hacía rato. Abrió la puerta del templo. Una bocanada de aire tórrido le dio la bienvenida al mundo exterior. Tomó la calle que llevaba hasta el Palacio Real y, dando un rodeo por donde nadie esperaría que fuera, caminó acelerando el paso hacia los arrabales del norte en dirección al taller de don Alonso.

OceanofPDF.com

Capítulo 26

Palacio Real de Madrid (España)

Lunes, 14 de julio de 1586

El aspecto del Palacio Real mostraba una falsa tranquilidad. Los acontecimientos políticos vividos en las últimas semanas no daban pie a la euforia. Los problemas en Flandes eran cada vez más acuciantes. En América la situación no era más halagüeña. Y en el pueblo crecía la incertidumbre sobre la valía del rey Felipe para poder hacer frente a las dificultades en el exterior. No eran pocas las voces que clamaban por un giro brusco en la política del ambiguo monarca. Éste, por su parte, estaba cada vez más consumido por la enfermedad, que le obligaba a permanecer en reposo durante grandes períodos de tiempo, continuaba en San Lorenzo de El Escorial, lejos de la villa, aparentemente alejado del mundo real.

Con este escenario de fondo, la vida en palacio continuaba con su rutina diaria. Los correos entraban y salían como alma que lleva el diablo, dispuestos a servir con la mayor celeridad en el servicio que se les había designado. Los funcionarios iban prestos, yendo y viniendo de uno a otro de los innumerables despachos del edificio. Eran cientos las cartas con peticiones y designios que finalmente caían en saco roto por culpa de la pesada burocracia palaciega. Los más afortunados disponían de algunos minutos de asueto para caminar con relativa tranquilidad por los patios del palacio. En una esquina de uno de ellos, junto a la entrada de las caballerizas, Mateo Vázquez esperaba a que apareciera el también secretario, Juan de Idiáquez. Poco antes le había hecho llamar con urgencia.

Su compañero no tardó en aparecer por una de las puertas de entrada al patio.

—Caluroso día de verano —comentó el secretario a modo de bienvenida.

—Buenos días, Mateo. Así lo creo. —Idiáquez se secó el sudor de la frente con un pañuelo mientras miraba al sol radiante que calentaba el patio —. Pero no creo que me hayáis llamado con tanta celeridad para simplemente hacer un comentario sobre el día que hace.

—Mi buen Idiáquez —sonrió el secretario forzadamente mientras comenzaba a pasear junto a su amigo por el soportal—. Me conocéis bien. Os he hecho llamar porque, como bien decís, hay algo más que comentarios sobre el tiempo.

—¿Y bien? ¿Qué os preocupa en esta ocasión?

—Esta misma mañana he recibido esta carta desde París. Nos la envía nuestro malogrado embajador. Como bien sabéis, Idiáquez, no sabemos qué mala bestia torció los planes, pero nuestra carta a Bernardino de Mendoza en Reims, avisándole del peligro que corría por la posible presencia en su círculo de un agente inglés, nunca llegó a tiempo. Alguien la interceptó antes de que la pudiera leer.

—¿Ese alguien tiene un nombre?

Mateo Vázquez casi no le dejó acabar la frase. Le acercó la carta para que fuera el propio político vasco quien la leyera. Tras unos minutos, apartó la mirada del papel.

—Ha vuelto…

—Exacto, Idiáquez. El camarero de Mendoza relató durante la investigación posterior al asesinato del correo, que el embajador estaba despachando con un caballero inglés.

—¡Thomas Shelton! —asintió Idiáquez apretando con fuerza los dientes.

—Al parecer ése es el nombre que dio al camarero. Después de salir del palacio del embajador en Reims, desapareció. No sabemos nada de él.

—Y puede que esté en Madrid…

—Eso es lo que sospechamos, Idiáquez. No consta que abandonara Francia por mar hacia Inglaterra. Eso es lo más fácil que podría haber

hecho. Lo lógico.

—Lo que cualquiera podría esperar. O mejor dicho, lo que él mismo creería que nosotros esperaríamos.

—En efecto. Estoy seguro de que esperó su oportunidad y cruzó la frontera, y llegó a Villaportón. La red de los Walsingham es muy extensa y complicada. Precisamente, Villaportón está de camino natural entre Reims y Castilla.

—¿Creéis entonces que puede tener alguna relación con el asunto de Villaportón? —Idiáquez parecía comenzar a unir las claves de un enorme acertijo—. Ciertamente, resulta bastante difícil de creer que le sucediera tal cosa a uno de nuestros correos más experimentados.

—Así lo creo. No me cabe la menor duda. Y menos después de haber recibido esta carta. Al parecer, Shelton se hizo pasar por católico. No sabemos cómo, pero en pocos días estaba incorporado a la estructura del nuevo complot contra la reina de Inglaterra.

—E imagino que Bernardino estaría implicado en aquella historia.

—En efecto, Idiáquez. El embajador contaba con nuestro apoyo para poder urdir esta trama. Al parecer, nuestros amigos católicos no han tenido la vista aguda necesaria para darse cuenta de que un plan tan arriesgado no puede llevarse a cabo en unas pocas semanas, sin antes haber filtrado al máximo los canales de información. No es que Thomas Shelton sea muy inteligente, que quizá lo pueda ser, pero en esta ocasión le han dejado los dulces en bandeja y solamente ha tenido que llamar a la puerta para que le dejaran pasar y tomar los que quisiera.

—No entiendo cómo Bernardino se ha dejado engañar de esta manera —replicó Idiáquez con cara de sorpresa.

—No lo sabemos. Pero quizá no fuera tan sencillo. Bernardino siempre ha sido muy celoso en toda esta suerte de manejos. Se trata de un hombre de la absoluta confianza de Su Majestad. Prueba de ello es que ha desempeñado las embajadas más enzarzadas de Europa, siempre con éxito. Es posible que se negara a admitir a ese hombre en el círculo de la trama. De ahí que, para sorpresa de muchos, se citara en persona con él. Pero Bernardino se equivocó. No calculó el peligro que corría y creyó que en su despacho de Reims estaba seguro. De lo contrario no hubiera sido necesario

que le partieran la nariz. Estoy convencido de que a estas alturas los Walsingham conocen toda la trama.

—Y Bernardino se habrá desentendido de todo.

—Es casi seguro. Doy por hecho que el proyecto está muerto. Los cabecillas permanecen en Inglaterra ignorantes de lo que realmente se avecina sobre sus cabezas.

—Imagino que Walsingham esperará su oportunidad para que todas las pruebas acusatorias se centren en la figura de María Estuardo para, de una vez por todas, acabar con ella.

—Ése ha sido su sueño en los últimos años. —Mateo Vázquez parecía estoico a los acontecimientos que se les anunciaban—. Y si no lo ha conseguido hasta ahora ha sido por la obstinación de la reina en proteger siempre a su hermanastra. Algo inverosímil. Sin embargo, cuando le muestren los correos en los que se la implica de una forma tan clara, no le quedará otra salida que mandarla al patíbulo. Supongo que si no han conseguido ya estas pruebas estarán a punto de hacerlo.

—Un nuevo fracaso en la política exterior de Su Majestad. Cuando el pueblo conozca esta historia echará más leña al fuego. En las últimas semanas, tras conocer las noticias de Flandes que corren como el agua por las calles de Madrid, como si fueran una peste repleta de maledicencias, la gente no ceja en reprochar la blandura de Su Majestad. Pide mano firme con los ingleses y que en Flandes se resuelvan cuanto antes los problemas para poder ver de regreso a sus familiares.

Los dos políticos se miraron con cara de resignación. La nueva situación era muy complicada. Los acontecimientos habían dado un giro trascendental en las últimas horas. Ambos sentían la impotencia de no poder hacer nada ante la avalancha de sucesos que les acechaban.

—¿Conoce el rey esta nueva situación? —preguntó Idiáquez.

—No. La carta ha llegado esta mañana a primera hora. Quería consultaros antes de hacérselo saber. Además, Su Majestad se encuentra en San Lorenzo. En breve inaugurarán la flamante iglesia del monasterio, quizás el mes próximo. Desde su última recaída de gota, ha decidido no salir de allí y despachar todos los días por medio de correos.

—Asunto engorroso, pues.

—En efecto, Idiáquez —reconoció el secretario acogiéndose a la sombra de una de las columnas que rodeaban el perímetro del patio—. Apenas tenemos tiempo para los mensajes. A veces tenemos que ir nosotros mismos allí, circunstancia que retrasa de un modo atroz la gestión de las decisiones.

—Normal que el pueblo proteste y lance acusaciones sobre la poca decisión del rey en asuntos de Estado. ¡Si ya ni siquiera lo ven en sus calles! ¿Creéis que es conveniente que tenga noticia de este suceso?

—He pensado mucho en ello. Y, sintiendo como vos, no sé hasta qué punto nos favorece hablar del tema o seguir guardando silencio. Ahora bien, los contratiempos no quedan ahí, mi buen amigo. ¿Qué hacemos con Thomas Shelton?

—¿Habéis examinado las últimas entradas en la villa?

—Sí. Pero su nombre no aparece por ningún sitio. Puede haberlo hecho utilizando un nombre falso. Qué más da eso ahora. —Mateo Vázquez parecía estar ocultando un contratiempo más—. Lo único cierto es que debemos estar alerta. No obstante hay un dato que nos puede confirmar que el inglés está, al menos, en Castilla.

—¿Sí, cuál? —Idiáquez miró a Vázquez con inquietud.

—Hace dos días recibí en mi despacho una información ordinaria procedente de Pastrana. Ya sabéis que es rutina que envíen documentación sobre el estado de prisión de la princesa. Así lo quiere Su Majestad. Pues bien, nunca la leo. No siento la más mínima curiosidad por ella. Pero la carta que llegó hace dos días tenía una inserción en la fecha del 29 de junio. Ese día, doña Ana había recibido una visita en su aposento del monasterio de San José, donde ahora reside con el permiso del rey y de la Iglesia. El informe señala que se produjo por la mañana y que se trataba de un joven extranjero, posiblemente inglés. Al parecer la mujer no quiso dar detalles, aunque llamó la atención del administrador de la casa el hecho de que parecían conocerse desde hace tiempo y mantener una buena relación.

—¿Pero por qué no me habéis avisado con anterioridad? —Juan de Idiáquez se exasperó. Era consciente de que podrían haber estado perdiendo un tiempo precioso.

—Lo siento, no pensé que pudiera haber relación. La princesa siempre se ha caracterizado por sus extraordinarias relaciones con embajadores y numerosos personajes de la Corte. No pensé que pudiera tratarse de Thomas Shelton, sino de algún antiguo amigo de Madrid que pasara por allí y decidiera hacerle una visita. Pero la llegada de esta carta por la mañana me ha hecho relacionar ambas cosas. Y ésa es la razón de que os haya hecho llamar.

—Estoy seguro de que era Shelton. Quizás aún estemos a tiempo de hacernos con él. —Idiáquez se apoyó en una de las columnas del patio y miró al suelo—. Pero debemos actuar con diligencia.

Idiáquez sonrió, sabedor de las cartas con que contaba para la próxima jugada.

—¿Acaso tenéis alguna arma escondida? —preguntó intrigado el secretario.

—La última vez que Shelton estuvo en Madrid rondó en demasía una calle de los arrabales del norte. En aquel lugar está el taller de un pintor y escultor, don Alonso de Coloma.

—¿Sospecháis que ese artista puede ser el enlace que tanto hemos estado buscando?

—Es posible, Mateo. Pero no estamos seguros de ello. No es un artista cualquiera. Es el maestro que trabaja para el cardenal arzobispo de Toledo. Eso le ha ayudado en alguna ocasión y le otorga cierta inmunidad. También ha trabajado para la familia Vozmediano y para el propio Antonio Pérez. Como veis, todos del mismo círculo.

—Eso huele muy mal, Idiáquez.

—Sí, lo sé. Puede que estemos equivocados pero no lo creo.

Si Thomas Shelton estuvo en Pastrana es muy posible que ahora esté en Madrid. Lo podremos saber muy pronto. No habrá más que ir al estudio y buscar la madriguera de nuestra alimaña.

—¿Tenéis cebo para hacerlo salir?

—Ya lo creo, Mateo. Si nuestras sospechas no son erróneas, Shelton no ha venido a Madrid solamente como correo sino por otras cuestiones de mocedades. La sobrina de este maestro, de nombre Lorena, ha estado los últimos meses trabajando en un retrato. No lo he visto, pero por la

información que nos ofrece un testigo se trata del retrato de un joven cuya descripción encaja con precisión con la del hombre que ahora buscamos.

—¿Contáis con un contacto en el taller?

—No exactamente. En realidad es uno de los ayudantes de don Alonso. Tiene la lengua dócil y es inconsciente de los comentarios que realiza. En las tabernas larga de lo lindo a las putas que suele frecuentar. Ellas son en realidad las que nos lo han contado. Al parecer, cuando lleva encima más de dos jarras de vino es capaz de recitar presto cualquier cosa que se le solicite.

En el rostro de Juan de Idiáquez surgió una sonrisa maliciosa. Los dos políticos se cruzaron una mirada de complicidad, conscientes del valor que tenía aquella información.

—Me gustaría encargarme en persona de esta empresa —continuó Idiáquez—. No creo que fallemos en esta ocasión si corroboramos los datos de que disponemos. Al parecer la joven quedó prendada de él la primera vez que vino. Ella trabaja con su tío en el taller y, por lo que se cuenta, es de pincel diestro. Ya ha realizado varios encargos para personajes importantes de la Corte. Incluso hizo uno para la princesa de Éboli que llevó el propio cardenal arzobispo a su encierro en Pastrana. Sospechamos que en este viaje fue acompañado por Shelton.

—Si don Gaspar de Quiroga está por medio, habrá que tener cuidado con los pasos que se dan —advirtió Vázquez.

—No os preocupéis. Dejadlo en mis manos y no os arrepentiréis. La oportunidad es buena y no tiene por qué haber intromisiones de la Iglesia ni de ningún seguidor de los Éboli en este asunto. Yo mismo me ocuparé de que así sea.

—De acuerdo, Idiáquez. Contáis con mi apoyo. Pero sólo os pido una cosa. Nada de espadas. De haber un accidente, todo esto podría llegar a oídos del rey y destaparse al fin la trama que nos interesa ocultar.

—Tranquilizaos, Mateo. Me interesa más un reo vivo que muerto. Si conseguimos hacernos con él, no tendremos que dar explicaciones al monarca. Al contrario, serán el propio Shelton y sus compinches quienes lo hagan en nuestro nombre.

Mateo Vázquez asintió esperanzado. Juan de Idiáquez saludó al secretario del rey y desapareció a grandes zancadas por el extremo sur del

patio. En su cabeza, como en una gran olla, bullía el odio hacia Shelton. Era consciente de la posibilidad que le entregaba el destino. Con una brizna de suerte conseguiría lo que tanto tiempo llevaba anhelando.

OceanofPDF.com

Capítulo 27

Los arrabales del norte, Madrid (España)

Miércoles, 16 de julio de 1586

Kit se despertó al poco de oír el primer canto de un gallo. Estaba solo en la cámara oculta del cuarto anexo al patio que servía de almacén de lienzos. La mecha que permanecía encendida toda la noche estaba a punto de extinguirse. Pero la poca luz que aún despedía le sirvió para percatarse de que no había sido un sueño. Empezó a recordar dónde estaba y qué era lo que había pasado.

Lorena se había levantado hacía tiempo y le había dejado el desayuno al pie de la cama. Se levantó y se miró en un espejo que también le habían dejado. Su aspecto no era bueno. El cansancio y la necesidad imperiosa de estar siempre escondido habían hecho mella en su estado de ánimo. Sólo la compañía de Lorena había mitigado, en cierta medida, el pesar de su trabajo. No obstante, era consciente del riesgo que les hacía correr a diario. ¿Hasta qué punto merecía la pena compartir el lecho, cuando realmente había peligro de caer en desgracia?

No lo pensó. Pronto abandonaría Madrid zanjando para siempre aquellas dudas. No quería atormentarse con esa idea, por otra parte, siempre presente. Tenía ganas de salir de aquel agujero, aunque solamente fuera al patio a disfrutar de algunos rayos de sol.

Se aseó rápido, dio buena cuenta del abundante desayuno que le habían dejado y tras comprobar que llevaba todo consigo, en especial las cartas que le entregara Antonio Pérez en Santa María pocos días antes, abrió la puerta que comunicaba con el almacén. Frente a ella había dos enormes lienzos

ocultando la entrada. Antes de apartarlos para poder salir, se aseguró de atrancar a conciencia la cerradura con llave.

El almacén estaba vacío, pero desde ahí se podía oír el ir y venir de algunos de los aprendices. La actividad en el estudio comenzaba con las primeras luces del alba. Una vez más se acordó con añoranza de su estancia en Cambridge. Aquí no eran estudiantes de letras ni de ciencias los que deambulaban, sino artistas que seguramente en un futuro retratarían los rostros de los reyes y nobles de España.

La puerta del patio estaba cerrada sin llave. Un simple empujón le sirvió para hacer ceder la hoja. Cerró los ojos cegado por la claridad de la luz que bañaba las cuatro paredes del patio, pintado de blanco, haciéndolo aún más brillante. Y antes de que pudiera volver a abrirlos, la puerta le golpeó la nariz. Alguien entraba en el almacén.

—Buenos días…, perezoso.

Lorena cerró tras de sí para darle un enorme beso a escondidas de miradas furtivas.

—Necesito que me ayudes a llevar este lienzo arriba. No es pesado pero sí muy voluminoso. Entre los dos lo podremos llevar con facilidad.

—¿Pero por qué no mandas hacer esto a uno de los aprendices? —Kit miró con asombro el tamaño del lienzo. En efecto, no parecía pesado pero sus dimensiones lo hacían demasiado grande para la entrada del almacén.

—Porque de lo contrario no tendría la oportunidad de venir a darte los buenos días como me place.

Y dicho esto, volvió a besar al joven inglés, quien en absoluto rechazó tan placentera prolongación del desayuno. Acabaron los dos casi en el suelo, medio apoyados en unas tijeretas que apenas sujetaban un tablón sobre el que alguien había dejado un caldero. Como era de esperar, éste se precipitó al otro extremo de la mesa haciendo un ruido estruendoso. Los dos jóvenes decidieron relajarse, dejando para mejor momento, entre risas y falsos reproches, su fogoso encontronazo.

El agente se apresuró a devolver el caldero a su sitio mientras ella corría a tomar el lienzo por uno de los lados. Hubo suerte porque nadie entró en el cuarto avisado por el ruido. Aún entre risas, los dos asieron el bastidor cada uno por una punta y fueron hacia la salida.

Cuando estaban en el patio, Kit pasó inadvertido para los aprendices que trabajaban junto a don Alonso. Ninguno se percató de quién llevaba el voluminoso lienzo con Lorena. Nadie de la casa, a excepción de los dueños, sabía de la presencia del inglés en el taller. La puerta del almacén era desconocida para todos ellos. Unos no sabían quién era. Muchos eran nuevos y no le conocían de su estancia anterior. Otros pensaban que se trataba de uno más del estudio; alguien a quien mandaban toda clase de recados, que entraba y salía. Por ello no había quien se hubiera percatado de que Kit era el último siempre en irse y más que el último, en realidad nunca se iba porque dormía en el cuarto secreto.

—No es mala cosa, no —señaló don Alonso con una sonrisa de buenos días cuando vio al joven ayudando a su sobrina a transportar el lienzo.

Subirlo por la estrecha escalera no resultó tarea fácil. Fueron necesarios dos aprendices más para poder depositarlo finalmente sobre una de las paredes de la estancia principal de la planta, sin que el fino lino sufriera daño alguno. Cansados por el esfuerzo, se dieron un reposo.

No lejos de allí el retrato del agente permanecía escondido. Kit se acercó a contemplarlo y posó ante él como si se tratara de un enorme espejo. Lorena se le acercó por detrás, apoyándose en sus hombros.

—Espero que esta vez te lo puedas llevar.

—No hay nada que desee más. Pero no sé si podré. Las cosas no están como para viajar cargado con esto cuando lo que se busca es pasar desapercibido.

—También lo puedo conservar para tenerlo de recuerdo y de prenda en espera de tu regreso.

Se miraron y sonrieron. Aquellas palabras sonaban a nueva despedida y a lejano reencuentro.

—¿Quieres un poco de vino? —preguntó ella señalando un búcaro.

—Gracias —agradeció Kit sin quitar la vista del cuadro—, no estoy acostumbrado a estos trabajosos menesteres de cargar con pesados lienzos.

Lorena se acercó y tomó el vaso con una mano mientras con la otra cerraba la ventana. Su rostro perdió la sonrisa y se tornó serio al instante, dejando caer el agua sobre los instrumentos que había en la mesa.

El gemido lastimero de la artista, llevándose la mano a la boca, alertó a Kit. Al instante dejó la contemplación de la pintura para acercarse a ella. La ventana entreabierta ofrecía una escena que le espantó. En el patio un grupo de hombres de palacio rodeaba a don Alonso. Éste permanecía en el suelo arrodillado, sumiso ante el gesto expeditivo del individuo que lo asía por el cuello. Kit no tenía ninguna duda de quién era aquel malnacido. Recordaba perfectamente el rostro de Juan de Idiáquez después de la terrible persecución sufrida el año anterior por las calles de Madrid.

Kit y Lorena volvieron en sí al escuchar los pasos que subían por la escalera. Junto a la puerta había un muchacho asustado.

—Dicen que todo el mundo ha de estar abajo en el patio. Pre…, preguntan también por vos, señora.

Los dos se miraron. De las habitaciones anexas aparecieron otros aprendices. Con el miedo en los ojos, buscaban la mirada de la dueña para saber qué hacer en tan delicada situación.

—Los alguaciles dicen que si no bajáis ahora vuestro tío será llevado a prisión.

—¿Pero de qué se le acusa? —intervino Kit.

—No lo sé. Son hombres de palacio y no parecen querer dar muchas explicaciones.

La idea de salir corriendo por los tejados en busca de mejor fortuna se disipó de inmediato. No le podía hacer eso a don Alonso.

—Está bien —dijo Lorena—. Bajaremos todos juntos. Esconde el retrato. Yo encabezaré el grupo y vosotros iréis detrás, a pocos pasos. Todos menos tú, Kit.

—No seré yo quien te abandone en este momento tan peligroso.

—En absoluto. Tú te irás por la ventana del cuarto trasero que va a dar al patio de la casa de don Fernando. Es amigo, te ayudará a salir esta misma noche de Madrid.

—Pierde cuidado. Insisto en que bajemos todos juntos. No sabes quién es ese hombre y cómo es capaz de actuar.

—¿Lo conoces?

—Es Juan de Idiáquez, secretario del rey. Sólo ha venido a por mí. A vosotros os dejará marchar sin problema. De lo contrario, acabará con

todos.

—Señora, no es momento de riñas. El tiempo apremia —urgió el muchacho.

El agente se acercó de nuevo a la ventana. Se asomó con disimulo. Allí continuaba el grupo rodeando a don Alonso. Uno de los guardas había golpeado al maestro haciéndole perder el equilibrio. La puerta que daba a la corredera estaba entreabierta y flanqueada por dos hombres más. No quedaba otra elección que bajar y enfrentarse a la realidad.

Lorena lideraba al grupo de siete aprendices que permanecían en la primera planta. Entre ellos, Kit pasó inadvertido. Lentamente descendieron los escalones hasta llegar al patio. El grupo de alguaciles se abrió dejando en el centro, sobre el suelo, al maestro. La joven se acercó hasta él para abrazarlo y socorrerlo.

—Dejad en paz a mi tío. No ha cometido ningún delito.

La frialdad de Lorena sorprendió al agente inglés. Todos los aprendices se habían apiñado detrás del pintor y su sobrina. Entre ellos, el inglés miraba con odio el rostro de Idiáquez.

—Estáis muy segura de lo que decís. Vos debéis de ser Lorena, supuesta hija de un hermano del maestro.

La joven tomó como un insulto el comentario y escupió a los pies de Idiáquez. Éste respondió a la afrenta con una sonora bofetada. El eco del golpe estremeció a los aprendices. Kit tuvo que apretar las manos hasta casi hacerse daño con las uñas para no saltar en aquel momento contra el secretario.

—La Corona no está tan segura de lo que afirmáis, señora.

—¿De qué se nos acusa, pues? —añadió la pintora sin dejar de mirarle a los ojos un solo instante.

—Contamos con pruebas suficientes que demuestran vuestra participación en el envío de información al extranjero. Trabajáis como correspondientes para Inglaterra, ¿no es así?

Entre los aprendices surgió un murmullo de sorpresa. Nadie sabía nada de lo que aquel hombre estaba diciendo.

Kit era testigo mudo de la escena mirando al suelo.

—Es imposible que tengáis pruebas de algo que no existe.

—No seáis ingenua, mi querida amiga. Sabéis muy bien a qué me refiero. Sois un mero puente, un punto de tránsito entre dos orillas. Pasáis la información a un tercero que se encarga de llevar a buen puerto las cartas. Mientras, vosotros permanecéis abrigados en este taller, beneficiándoos de los dineros que recibís por vuestro trabajo.

—Eso es rotundamente falso. Sois un embustero y lo vais a pagar caro.

Lorena volvió a escupir a los pies de Idiáquez. En esta ocasión el gesto de desprecio quiso ir acompañado de un bofetón al político, pero éste evitó el golpe entre las risas de los alguaciles que lo escoltaban. Dos hombres sujetaron a la joven.

—Don Alonso… —señaló Idiáquez agachándose y levantando el rostro del maestro con la mano enguantada—. ¿Quién es Thomas Shelton?

—No sé quién es, señor.

—Bueno, bueno, bueno…, mi paciencia tiene un límite. Es primera hora de la mañana y en palacio he de despachar con don Mateo Vázquez. No me hagáis perder el tiempo y respondedme, ¿quién es Thomas Shelton?

—Insisto en que no sé quién es, señor.

Idiáquez escuchó la segunda respuesta de don Alonso dándole la espalda. Miraba con desdén a la puerta de la calle. En un movimiento rápido se dio la vuelta hasta propinar una certera patada en la cabeza del maestro haciéndole caer a un lado. De la boca del pintor comenzó a manar sangre en abundancia. Lorena intentó asistirlo, pero los dos alguaciles que la sujetaban se lo impidieron. Kit apartó la mirada una vez más. Se acordaba de las palabras de su amigo Nicholas Faunt sobre el saber ser comedido en situaciones extremas.

—Os comportáis como un cobarde —gritó Lorena—. No sé quién sois, pero viendo la virtud de la que hacéis gala seguramente os espere el destino que merecéis.

—Siendo así, ¿cuál me anunciáis? ¿Llevaros junto a vuestro tío al patíbulo por encubrir a un perro inglés del que nunca conseguiréis beneficio alguno, sólo problemas? Si me decís quién es Thomas Shelton y dónde se encuentra, prometo dejaros en libertad para que continuéis con vuestro trabajo en el taller. De lo contrario —Idiáquez miró alrededor con simulada pena— el estudio sufrirá un terrible accidente. Una hornalla mal apagada va

a generar un espantoso incendio en el taller. Nadie sospechará. Los dos apareceréis entre los escombros de la casa. Terrible tragedia.

Diciendo esto, un alguacil apareció en escena llevando en mano una enorme tea. Todos se asustaron dando un paso atrás.

—He de regresar a palacio, señores. Les voy a dar una última oportunidad. ¿Quién es Thomas Shelton…, y dónde está?

—Os repetimos que nada tenemos que ver en el entuerto del que nos acusáis. —La voz de don Alonso sonaba lastimera—. Os pido clemencia, no nos hagáis daño. Ni mi sobrina, ni mis aprendices tienen culpa de nada. Yo os puedo acompañar a palacio y resolver esta desafortunada equivocación.

—Estúpido viejo, no vais a salir de aquí para nada si no es muerto.

La fiereza de Idiáquez contra don Alonso alarmó a los aprendices. Éstos no podían hacer nada, sujetados y atemorizados por la presencia de los alguaciles. Los gritos de Lorena pidiendo clemencia por su tío fueron vanos ante la inquina del político que golpeaba sin piedad al anciano.

—¡Yo soy Thomas Shelton!

Su voz hizo que Idiáquez se detuviera al instante. Lorena volvió el rostro para ver a su amado. El agente caminó abriéndose paso ante el pequeño grupo de aprendices. La sorpresa llegó incluso a los alguaciles, quienes lo dejaron pasar hasta que ambos protagonistas quedaron a un paso del otro. Idiáquez lo reconoció de inmediato.

—Como veis, señor Shelton, soy un hombre de palabra. Prometí que nos volveríamos a ver y aquí estoy. Habéis cambiado.

—Yo veo que vos no lo habéis hecho. Seguís siendo el mismo perro maloliente de siempre.

—Os rogaría que midierais vuestras palabras. No estáis en situación de decir nada.

Dicho esto, Idiáquez tomó la tea que portaba el alguacil y se la acercó a Lorena de forma amenazante.

—Yo en cambio os rogaría que alejarais la antorcha de la joven si no queréis quemaros en el fuego del infierno.

La paciencia de Juan de Idiáquez estaba llegando a su fin. Devolvió la tea a uno de sus hombres y desenvainó lentamente la espada. La punta, fría

como la noche más lúgubre, se acercó hasta la garganta de Kit.

—Adelante, mi valiente amigo. —El agente no perdía la sonrisa—. Clavadme el acero en el gaznate. Me gustaría saber cómo vais a responder ante la justicia cuando os pregunten de qué forma ocurrió el malogrado final de un estudiante de Alcalá, amigo de la familia de don Alonso, pintor de importantes hombres de Corte de Su Majestad.

—Vos no sois nada de lo que decís.

—Es posible que tengáis razón, Idiáquez, pero al contrario que vos, yo sí tengo amigos y papeles que así lo demuestran. Y ahora, si sois tan amable, no me gusta el tacto del frío acero en el pescuezo.

Kit aprovechó el desconcierto provocado por sus palabras para apartar suavemente la espada del político con la mano.

—Os creéis muy ingenioso, señor Shelton.

—La última vez que os escuché hablar, vi cómo os quedabais plantado como una lechuga mientras yo emprendía camino a otros menesteres.

El agente era consciente de que no saldría de allí con vida por mucha que fuera su elocuencia. Debía buscar su oportunidad y, al menos, ganar un poco de tiempo antes de huir como alma que lleva el diablo. Comenzó a caminar de forma distraída ante los alguaciles, lejos del alcance de la espada de Idiáquez.

—Entregadme las cartas que tenéis —le pidió el secretario.

—¿Qué cartas, Idiáquez? No sé de qué me habláis.

—No me gustaría ser más expeditivo. Quizás entendáis mejor esto. ¡Dadme los documentos o no salís de aquí con vida ni vos ni vuestros contactos!

—No quisiera enfadaros, Idiáquez. Por supuesto que no. Pero no sé de qué demonio de documentos me habláis. ¿Habéis mirado en los cajones de vuestro despacho? Quizás un descuido los haya traspapelado por un lamentable error. Preguntadle a Mateo Vázquez. Seguramente él los conozca.

—Os sorprendería saber que el secretario de Su Majestad tiene muchas ganas de veros colgado del palo más alto de Madrid.

—No me cabe la menor duda. Pero siento decepcionaros al haceros saber que mi intención no es sólo salvar la vida, sino que, al contrario de lo

que exponéis, deseo veros a vos colgado de un palo, ya sea de noble torre o de un simple gallinero.

—¿Tan importante soy, señor Shelton? ¿Quién os ha encargado tan honrosa tarea, el cerdo de Walsingham?

—Os equivocáis. Creo que olvidáis una cosa, Idiáquez. Trabajo solo y, al contrario que vos, yo no tengo que dar explicaciones a nadie.

Dicho lo cual, Kit dio un paso atrás y a la velocidad del rayo se acercó al alguacil que portaba la antorcha. Indefenso y pillado de improviso, el hombre no pudo hacer nada cuando el joven inglés le robó la espada. La desenvainó con una mano, mientras con la otra le acercaba su propia tea a la cara, quemándole la barba.

El inglés se presentó ante el político vasco con porte firme, blandiendo el acero a menos de un paso de él. Al instante fueron varios los alguaciles que corrieron en auxilio de su señor.

—Atrás. No necesito ayuda para demostrar a este perro inglés cómo se lucha en España.

El sonido del metal resonó con estruendo en el patio del estudio de don Alonso. En la calle se oía el ruido y el bullicio de la gente, forjado en el golpeteo de las armas. Algunos rostros aparecieron por la puerta entreabierta, curiosos por saber lo que allí sucedía.

Lorena y su tío permanecían abrazados, protegidos por un nutrido grupo de aprendices. Miraban con temor a su huésped. Idiáquez era un consumado espadachín. A pesar de su edad, no era la primera vez que acababa con la vida de un contrincante en situación más adversa que la que aquella mañana protagonizaba en los arrabales.

Kit, no tan diestro en el arte de la espada, no hacía más que recular las embestidas de su oponente. Intentaba compensar su menor pericia con movimientos más rápidos, procurando llevar la lucha a la zona que más le convenía. Así, poco a poco se dejó arrastrar hasta el comienzo de la escalera. El estrecho espacio no permitía grandes movimientos, lo que lo beneficiaba.

Uno de sus golpes dio de lleno en la mano que Juan de Idiáquez tenía apoyada en la balaustrada.

El grito fue feroz.

El político dio un paso atrás, descendió un par de escalones, movimiento que aprovechó Kit para saltar por encima de la barandilla y volver de nuevo al patio.

Aprendices y alguaciles se volvieron a apartar, pegando sus cuerpos a la pared para no interceder en la lucha de espadas.

El político empezaba a sentirse tenso. Su ventajosa experiencia en ese tipo de enfrentamiento no parecía darle la delantera que esperaba. Veía cómo apuraba al máximo sus fuerzas sin encontrar beneficio alguno. Kit se deshacía de sus embestidas con facilidad.

En una de ellas, Idiáquez consiguió apresarlo con su acero junto a uno de los pilares del patio. El agente permaneció inmovilizado contemplando a menos de un palmo la ensangrentada mano del secretario y su maliciosa sonrisa.

—¿Dónde están las cartas que te ha dado el traidor de Pérez? —La voz de Idiáquez resonó en el patio.

—No sé de qué me habláis. Pero si queréis algo, haced como yo, buscadlo vos mismo. Veo que estáis muy mal acostumbrado.

Con esto, y sacando fuerzas de donde prácticamente no las había, Kit consiguió zafarse de su contrincante. Lo lanzó unos pasos más allá y le hizo chocar contra la puerta del almacén.

Don Alonso y Lorena eran testigos de la escena sin poder mediar en ella.

Idiáquez se abalanzó con furia descontrolada, dispuesto a ensartarlo como a un cochino el día de San Martín. El joven agente, haciendo uso de un truco poco noble, batió la punta de su espada en un charco embarrado que había en el centro del patio. Cuando el acero estuvo bien untado, lanzó el barro al rostro de Idiáquez, cegándolo y frenando el ímpetu que traía contra él. Ahora el agente inglés tenía una nueva opción para maniobrar en el combate.

Cuando Idiáquez se repuso, Kit lo esperaba sereno en uno de los extremos del patio. Tras varios roces de espada en los que uno lanzaba, el otro repelía y viceversa, sin llegar a ningún final, uno de los alguaciles decidió entrar al duelo por cuenta propia. Cuando el inglés pasó junto a él, no tuvo más que dejar salir su bota de forma distraída, haciendo que el

joven perdiera el equilibrio y cayera en el mismo charco del que poco antes se había beneficiado para cegar a Idiáquez.

Desde el suelo, Kit vio que su espada estaba a menos de un paso de su mano derecha. Pero no pudo hacerse con ella. El pie del político vasco la sujetaba firmemente. Al mirarlo, se topó de nuevo con la punta del acero de su contrincante frente al pecho.

—¿Dónde están las cartas de Pérez?

Como no contestaba, Idiáquez, con extrema frialdad, tajó con parsimonia el cuello de su enemigo, haciendo brotar un hilo de sangre.

Desde el otro lado del patio Lorena lanzó un grito de angustia que fue sofocado por el abrazo de su tío.

—Os repito que no sé de qué me habláis.

—¿Sabéis que puedo acabar con vos en cualquier momento y que vuestra vida está llegando a su fin?

—Si es así y no puedo hacer nada para remediarlo, no tiene sentido convenceros de que no sé nada de lo que me decís, ni de cartas de Pérez, ni de billetes de la princesa de Éboli, ni de Bernardino de Mendoza, ni de la puta que os parió.

Juan de Idiáquez no soportó que se riera de él. Nada conseguiría intentando amenazarlo. Decidió cambiar de táctica.

—Traed a la sobrina del pintor.

Los ojos de Kit casi se salieron de las órbitas. Desde el suelo vio cómo Lorena era arrastrada hasta donde se encontraba. Entre sollozos fue arrojada a su lado.

—Quizás esto os ayude a recuperar la memoria, señor Shelton.

—No hables nada, nuestra suerte está echada digas lo que digas. ¡Nos matarán a todos igual!

El joven la observó con lástima, indeciso. Tornó la vista a Juan de Idiáquez y con una mirada cargada de odio añadió:

—Ya la habéis oído. No tenemos nada que perder. Si queréis algo buscadlo, no seré yo quien os abra el arcón para descubrir su secreto.

—Muy bien, señor Shelton. No me dejáis otra solución.

Dicho esto, Idiáquez movió la punta de su espada hasta el corazón de Kit y con fuerza apretó hasta clavársela. Una mancha púrpura apareció

sobre el pecho del agente.

—¡No! ¡Asesino…, cobarde!

El grito de Lorena se oyó desde la iglesia de San Antonio. El escaso movimiento que aún quedaba en el mercado del arrabal se detuvo finalmente después del sonido de las espadas. Las puertas ya estaban abiertas de par en par y la entrada estaba repleta de curiosos que veían con espanto cómo Idiáquez acababa con la vida de Thomas Shelton.

Varios alguaciles apartaron a Lorena del cuerpo del joven inglés que permanecía tumbado en el suelo mirando fijamente a Juan de Idiáquez.

De su pecho no manaba una sola gota de sangre.

Idiáquez movió la punta de la espada. La mancha encarnada no era de sangre. Sabía que el arma se había clavado en algo. Kit, sujetado por varios alguaciles, no pudo evitar que el político se agachara y extrajera de su pecho el paquete púrpura con las cartas que le había entregado Pérez. Idiáquez lo abrió y confirmó que aquellos documentos eran los que estaba buscando.

—De modo que no sabíais nada de lo que os hablaba.

Don Alonso permanecía en el suelo mientras Lorena era sujetada por varios hombres. Nadie se movía.

—Imagino que tampoco sabrán nada de esto, ¿no es así? —Idiáquez volvió la mirada a Kit refiriéndose a los dueños del taller—. No imaginan cuánto me alegro de haber dado con vos esta calurosa mañana. Siento que las condiciones ni el lugar hayan sido los más propicios, señor Shelton, pero estoy convencido de haberos ahorrado cierto dolor en prisión antes de reconocer todo lo que ahora ya es mío.

—No te saldrás con la tuya, Idiáquez —farfulló Kit mientras forcejeaba con los hombres que le levantaban del suelo.

Con sonrisa triunfal, Idiáquez hizo una seña al jefe de sus hombres.

—Ah, ¿no? Creo que ya lo he hecho. Lo demás sobra. Acabad con ellos y quemad el estudio.

El murmullo de los testigos que miraban desde la puerta, acompañado de la indignación de los aprendices, no fue capaz de acallar la voz que desde el fondo sonó con fuerza.

—No son las mejores maneras de tratar a mis invitados, Idiáquez.

El político vasco se quedó de piedra. En la puerta del patio abierta de par en par, don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, hacía su entrada triunfal en el estudio de don Alonso.

—¡Ilustrísima! Yo os puedo explicar todo —intentó justificarse Idiáquez.

—Vos no tenéis que explicar absolutamente nada sino contestar a mis preguntas. ¿Acaso creéis que podéis entrar en el taller de mi retratista y hacer lo que os viene en gana?

—Ilustrísima, contamos con pruebas suficientes que demuestran que en este taller se desarrolla una severa labor de espionaje contra la Corona. Además este hombre va a ser acusado del asesinato de uno de mis hombres el pasado año.

—Ali, ¿sí? ¿Os referís al pobre hombre que se mencionaba en el informe firmado por vuestro puño y letra sobre una reyerta en los toldos del mercado de la calle de la Almudena, que quedó cerrado a falta de testigos? Y en lo que concierne al taller, imagino entonces que Su Majestad está al tanto de todo lo que sucede y ha dado el visto bueno para que entréis por la fuerza en el estudio, amenacéis y golpeéis cobardemente al maestro don Alonso, a su sobrina y a uno de sus aprendices. Hace dos días estuve con Su Majestad en San Lorenzo y no recuerdo que me contara nada al respecto. ¿Quizá vos tengáis otro punto de vista u otra explicación a este ultraje?

Juan de Idiáquez intentaba excusarse como podía y buscar una solución al problema antes de que todo estallara y llegara a oídos de Su Majestad.

—Estas cartas que estaban en manos del…, aprendiz, ¡son de Antonio Pérez!

—¿Y? Sean de quien sean, Idiáquez, no sois vos el juez que ha de intervenir en este lance. Os ruego que devolváis las cartas a su dueño y que si tenéis algo que decir contra mis protegidos se lo digáis directamente a Su Majestad para que medie en los tribunales en su contra. No creo que el decir «Acabad con ellos y quemad el estudio» sea la mejor manera de hacer justicia que tenemos en este reino.

El cardenal arzobispo retornó el paquete de cartas a Kit, mientras éste lo saludaba y besaba la mano.

—Abrid bien los oídos a lo que os voy a decir, señor secretario. No volváis a meter las narices en este estudio, no sea que el mordisco que os llevéis sea mayor. Limpiaos la sangre de la mano, por favor, y haced que de inmediato todos los hombres que os acompañan abandonen el lugar.

Con el rabo entre las piernas, Juan de Idiáquez, acompañado de sus hombres, abandonó el estudio de don Alonso. Antes de salir, aún tuvo tiempo de decir una última sentencia a Kit en un lugar apartado.

—No creáis que la carrera ha acabado. Sólo es cuestión de tiempo, señor Shelton. Os prometo que esta vez no conseguiréis salir de Madrid con vida.

Pero eso a Kit ya le daba igual. El agente se detuvo a contemplar el enorme corte que había producido la punta de la espada en las cartas. Unió algunas de las partes que habían quedado deterioradas y volvió a colocar sobre los pliegos la cubierta de piel con el paño púrpura. Mientras se lo guardaba de nuevo sobre el corazón, vio a Idiáquez salir por la puerta. Iba escoltado por sus hombres y con la cabeza vuelta mirándolo fijamente.

Pensó en lo próximo que había estado de la muerte y sin separarse la mano del pecho recordó entonces la profecía que Pérez le había anunciado con respecto a aquellas comprometedoras cartas: «Mis astrólogos me han señalado que salvarán una vez la vida de su último portador, pero que al mismo tiempo lo mandarán al patíbulo».

La primera parte ya se había cumplido. Ahora sólo quedaba deshacerse de ellas.

OceanofPDF.com

Capítulo 28

Iglesia de Santa María de la Almudena,
Madrid (España)

Viernes, 18 de julio de 1586

En la capilla de los Vozmediano el ambiente no era el normal. A pesar de la aparente tranquilidad, ni siquiera las figuras de los santos en los retablos parecían ser ajenas a los acontecimientos que se estaban viviendo aquella calurosa mañana de verano.

En la iglesia se estaba fresco. La tensión era patente. Desde el encuentro con Juan de Idiáquez dos días antes en el taller de don Alonso, el resto de los aprendices descubrieron que el nuevo inquilino no era un joven normal. Así lo vieron desde entonces y no eran infrecuentes los murmullos en pequeños grupos de dos o tres; rumores que no cesaban hasta que el propio Kit levantaba la mirada hacia ellos en cuanto se sentía observado. Callaban y continuaban su trabajo, pero el ambiente ya estaba enrarecido.

¿Quién era el joven inglés? ¿Qué hacía viniendo de vez en cuando al taller, rodeando sus idas y venidas de tanto misterio y secreto? Y, sobre todo, lo que más preocupaba a los aprendices, ¿qué tenían que ver con todo esto el maestro y su sobrina?

Las preguntas no parecían tener respuesta. ¿Acaso todo lo que contó el político vasco no era más que una sarta de mentiras, un equívoco de persona, tal y como les había querido transmitir poco después el bueno de don Alonso? ¿Cómo iba él a servir de correo en tan extrañas circunstancias, como quería hacer ver Idiáquez, cuando el maestro solamente vivía para su

trabajo en el taller y sus relaciones con personajes importantes de la Corte parecían exonerarle de tan viles acciones?

Lo que nadie negaba era lo extraño que resultaba el agente a la hora de desempeñar las tareas cotidianas. Era cierto que nunca tocaba un pincel, apenas era visto por el taller en las horas normales y, si estaba allí, no hacía más que entrar y salir del almacén que había en el patio.

Una vez más, los tres permanecían apartados del resto del grupo en uno de los lados de la capilla de los Vozmediano hablando de algo que no hacía más que aumentar la natural intriga de los aprendices. Las dudas sobre el extraño proceder del inglés aumentaron cuando don Alonso señaló que se encontrarían con don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, en la iglesia de Santa María.

Al acabar el servicio del mediodía, la iglesia se quedó vacía. Solamente permanecían dos monaguillos recogiendo algunos enseres del altar mayor, cuando las puertas del templo se abrieron de par en par para dejar paso a la comitiva de Su Ilustrísima.

El purpurado fue directo a la capilla. El pequeño grupo de aprendices que aún quedaba en ella salió de estampida tras un rápido saludo a Su Ilustrísima, más por miedo a recordar la violenta situación de hacía dos días que por querer dejar al prelado en paz con el maestro.

Don Gaspar se detuvo para observar, con sorpresa, la fulminante salida de los trabajadores. Sonrió y continuó su camino hasta la capilla.

Allí, bajo uno de los pequeños altares de la familia, estaban sus cómplices. Tras los saludos de rigor, era inevitable hacer referencia a lo ocurrido en el taller de don Alonso.

—Sigo en deuda con vos, Ilustrísima —reconoció el agente bajando la cabeza en señal de respeto.

—En absoluto, mi buen amigo. Eso ya es agua pasada. Veo que vuestra herida en el cuello ha cicatrizado. —El cardenal arzobispo caminó hasta un enorme sillón que había junto al primer banco de la capilla y se sentó.

Don Alonso, Lorena y Kit hicieron lo propio y se sentaron junto a él en uno de los bancos. Mientras, uno de los hombres que acompañaba al cardenal arrimó la puerta de la rejería para que nadie pudiera entrar en ella mientras los cuatro charlaban en el interior.

—Creo que ya os comenté hace tiempo —prosiguió el prelado— que estaba en deuda con vos. En cierta ocasión, al poco de ver a la princesa doña Ana, recuerdo que os asalté diciendo que no sabía quién erais. Bueno, creo que sigo sin saberlo, al menos exactamente. Pero de lo que no me cabe ninguna duda es de que estamos en el mismo camino.

—Juan de Idiáquez no es estúpido y está bien informado —señaló don Alonso mientras jugueteaba con uno de los botones de su jubón—. Desconozco cómo pudo dar con nosotros, pero desde luego está bien informado. Desde ahora tendremos que caminar con sumo cuidado para no volver a ser increpados.

—¡Pero si nuestra discreción es absoluta! —exclamó Lorena, sorprendida, con voz queda—. No sé cómo nos han podido descubrir. Empiezo a volverme loca sospechando de todo el mundo.

—No os preocupéis. Es posible que alguno de los aprendices haya hecho algún comentario que sirviera de primer cabo a los hombres de palacio. En cualquier caso, el causante de vuestros males solamente soy yo. El otro día Idiáquez venía a por mí. Vosotros fuisteis una mera excusa para dar conmigo.

—El señor Shelton tiene razón —afirmó el cardenal—. Puede que lo sepan pero no tienen pruebas de nada. Son meras suposiciones. De lo contrario se habrían presentado con una orden de palacio y no de *motu proprio*, como un burdo asaltador de caminos rodeado de sus secuaces.

—Tuvimos suerte de que aparecierais, Ilustrísima.

—Las noticias y los rumores, mi querida Lorena, van rápido en palacio. Las palabras corren veloces de un lado a otro de los despachos. Solamente tienes que saber dónde has de acercar la oreja para escuchar lo que necesitas. Sin embargo, señor Shelton…

—Todo tiene un límite, Ilustrísima —se adelantó el inglés a sus palabras.

—En efecto, mi buen amigo. No sé hasta qué punto podemos seguir dando pasos a sabiendas de conocer las intenciones de nuestros oponentes. El tablero de ajedrez es muy grande y no se pueden ver siempre todas las casillas…

—Lo mejor es que me vaya cuanto antes. Ahora, si es preciso —reconoció el agente—. Ya lo he preparado todo a tal efecto. Ésa es la razón por la que les he reunido aquí.

La mirada de Lorena se apagó al instante. Don Alonso la intentó reconfortar con cariño, tomándola de la mano, ante la pesadumbre producida por el anuncio de la marcha del joven. Pero la situación lo exigía. Ninguna otra cosa se podía hacer si querían seguir con vida.

—No creo que después de haberos protegido la primera vez, Idiáquez se atreva a repetir el proceder de hace dos días. Al contrario, irá directo hacia vos. Será más expeditivo y violento. Habéis de tener cuidado.

—Como bien decís —añadió el maestro—, Idiáquez no tiene papel alguno que demuestre nada. Y eso no es mala cosa. Si lo tuviera, implicaría que el rey Felipe ha conocido con tardanza una trama que durante meses se ha urdido a sus espaldas, poniendo en peligro la integridad de la Corona y, por supuesto, la política exterior que se maneja en el despacho del secretario Mateo Vázquez.

Todos eran conscientes de la nueva situación y del peligro que corrían sus vidas, en especial la del inglés. El silencio de aquel momento en la capilla de los Vozmediano fue lo suficientemente elocuente como para demostrar que no debían seguir jugando con fuego.

—Entonces…, te vas —dijo Lorena con aparente frialdad.

—Sí, ha de irse, señor Shelton. Pero, insisto —recalcó el prelado—, tendréis que ir con cuidado. Salid cuanto antes de Madrid y regresad a Inglaterra. He hecho algunas gestiones para vuestra marcha de la ciudad. Tomad la Puerta de Reyes que hay justo detrás de esta capilla. Tras ella os espera uno de mis mozos. Viste un jubón de color verde. Perded cuidado en ser vistos. Los hombres de Idiáquez estarán cerca, si no están rodeando ahora mismo Santa María, adonde con toda seguridad os han visto llegar.

—Y entonces, ¿qué debo hacer?

—Seguid las instrucciones del mozo. Os acompañará hasta la Plaza de Palacio, en donde ahora hay actuaciones de titiriteros y funambulistas. Será la mejor manera de pasar inadvertido, maniobrando entre la gente. El secretario real no se atreverá a provocar un tumulto en medio de la algarabía. Allí os espera un caballo con el que podréis ir hasta la puerta que

lleva al camino de Alcalá. No os preocupéis por esto. Ya están avisados de que iréis. Os reconocerán por la divisa del caballo y os dejarán pasar sin problemas. No os detengáis en el camino hasta haber abierto un buen trecho.

Don Alonso se echó mano a la ropilla para sacar de su interior una bolsa de cuero.

—Tomad esta bolsa con monedas. Os ayudará a alcanzar cualquier puerto del norte y regresar así a Inglaterra.

Todos se pusieron en pie. El agente miró a Lorena. Sus ojos cubiertos de lágrimas lo emocionaron. Quizás aquello era realmente una despedida definitiva. Nadie podía garantizar si iban a poder volver a verse en alguna otra ocasión.

—El retrato… —fue lo único que Kit pudo decir.

—Lo conservaré bien guardado en el taller hasta que regreses a por él.

—Regresaré, Lorena.

Ante la mirada del cardenal y del maestro, los dos jóvenes se abrazaron.

—Además, me tienes que decir qué es lo que escondo en la mano izquierda bajo el brazo.

Sonrieron abiertamente. Intentaban disipar los sentimientos que en aquel momento los amordazaban. Pero resultaba difícil.

—Insisto en que eres tú quien ha de responder a esa pregunta, no yo.

—Creo que tendré tiempo para poder pensar en ello —respondió el inglés separándose de ella con suavidad.

La última frase sonó a despedida. El ruido de la reja de la capilla abriéndose de nuevo, después de un gesto del cardenal arzobispo a uno de sus hombres, rompió la tensión del momento.

Los cuatro caminaron hacia el exterior en dirección a la llamada Puerta de Reyes.

Kit besó la mano del prelado en señal de agradecimiento por toda la ayuda recibida en los últimos días.

—Estoy en deuda con vos, Ilustrísima. No olvidaré lo que habéis hecho por mí ni por el taller de don Alonso.

—Mi buen amigo, no os preocupéis por eso. Id con Dios. Necesitaréis más ayuda a lo largo del camino y ésa está fuera de nuestro alcance.

Buscadla y la encontraréis. No me cabe la menor duda.

Kit y don Alonso se fundieron en un fraternal abrazo. Sobraban las palabras. Los ojos del maestro se llenaron de lágrimas.

El agente volvió a mirar a Lorena. La tomó de las manos.

—Ya has oído a Su Ilustrísima. Necesitaré más ayuda en mi viaje. He de buscarla aunque creo que sé dónde puede estar. Y con eso me conformo. De momento, comparto contigo mi suerte para que la vuelta sea lo más temprana posible. Sólo hay que tener un poco de paciencia. Todo llegará, de eso no me cabe la menor duda.

—Lo sé. Cuídate…

El efusivo abrazo de los dos jóvenes se vio interrumpido por el sonido de la Puerta de Reyes al abrirse. Don Alonso y el prelado se acercaron a la salida dejando a los dos jóvenes un pequeño instante de intimidad.

—Te amo, Lorena —dijo mirándola a los ojos.

—Lo sé. Esperaré.

Una bocanada de aire caliente entró acompañado del griterío procedente de la Plaza de Palacio en donde, como había señalado don Gaspar, parecía haber toda clase de actuaciones y festejos.

Y allí estaba el hombre del jubón verde. Asintió con la cabeza en señal de saludo al cardenal. Sin mirar atrás, Kit y aquel personaje anónimo emprendieron la marcha hasta la plaza.

Nada más cerrarse la puerta de la iglesia observó con recelo que, como había anunciado el prelado, los hombres de Idiáquez estaban en los alrededores. No le dio más importancia y siguió caminando, echando una mirada interrogativa a su acompañante. Éste en un gesto seco lo tranquilizó. Al igual que su protector, no creía que los hombres de Idiáquez se atrevieran a actuar contra él. No sólo estaba en un lugar público sino que, además, iba acompañado de un hombre de la curia.

Pero sus expectativas fueron demasiado optimistas. Los hombres del secretario buscaban apartar al inglés de aquel bullicio de gente.

A los pocos pasos de abandonar la iglesia tuvieron un encontronazo con un grupo de alguaciles. Uno de ellos lo agarró de forma distraída, intentando llevárselo a una calle estrecha aledaña. Pero el agente inglés pudo zafarse fácilmente del primer envite retorciéndole la muñeca. El grito

de dolor del alguacil se vio apaciguado por la milagrosa presencia de un carro de frutas que, al pasar frente a ellos, obligó a sus perseguidores a dispersarse antes de ser atropellados. Aprovecharon la situación para adelantar unos pasos más y huir hacia un grupo de personas que estaba a punto de ver el comienzo de un espectáculo de funambulismo. En este lugar de la plaza la congregación de gente era tan grande que les impedía el paso. Había unos enormes postes de madera que servían de apoyo a la escalera por la que ascendía un equilibrista y la cuerda por la que luego caminaba, cuyo extremo final iba a dar a una de las torres de la fachada del palacio.

Desde el suelo la gente aplaudía las piruetas que un joven estaba desarrollando en lo alto del madero. Los aullidos del gentío anunciaban la peligrosidad de sus movimientos. Apenas se podían escuchar las voces de un vendedor de dulces que con un cesto repleto deambulaba entre el público.

Kit sintió cómo le tiraban del brazo. El hombre del jubón verde le hizo una señal para que lo siguiera, dejando a un lado parte del gentío. Por un hueco abierto entre el público, los dos hombres cruzaron parte de la plaza para llegar justo frente a la fachada del palacio, donde se desarrollaban otros espectáculos de títeres. Allí tuvieron que detenerse de nuevo, cerrados por una avalancha de personas que quería ver el comienzo de una representación con actores.

Seguidos siempre por los hombres de Idiáquez, los dos permanecieron impasibles como estatuas de sal, disimulando que festejaban con aplausos y sonrisas forzadas la aparición de los artistas.

Los espectadores crecieron en número. Pronto, Kit se percató de que su paso estaba cerrado por todos los lados. Era imposible escapar en aquellas circunstancias. Los nervios aparecieron en el rostro de su acompañante. De forma descarada no hacía más que mirar a ambos lados como si estuviera buscando la forma de salir de allí.

Pronto, el agente descubrió cuál era la razón del nerviosismo del hombre del jubón verde.

—Veo que no aprendéis de los errores, señor Shelton. ¿O preferís que os llame Marlowe?

La voz de Juan de Idiáquez se pudo oír como el fuego del infierno a su espalda. Se volvió y descubrió al político vasco, rodeado de varios hombres armados hasta los dientes.

—Veo que vos tampoco, Idiáquez. —La voz de Kit sonaba desafiante —. De lo contrario no entiendo vuestra nutrida compañía de matarifes. ¿Tanto miedo tenéis de un pobre estudiante de Alcalá, que generáis artimañas tan burdas para intentar evadir vuestras propias responsabilidades?

—Amigo mío, no sois la persona más indicada para proferir esas fanfarronadas. ¿Acaso no pensáis que puedo acuchillaros aquí mismo?

—¿Seríais tan cobarde, Idiáquez? Seguro que sí. Pero al menos dejadme seguir disfrutando hasta el final de la representación. Tomadlo como un último favor antes de que acabéis conmigo.

La gente comenzó a aplaudir a los artistas. El agente no se había percatado de cuál era el contenido del espectáculo. Tenía cosas más importantes en qué pensar. La voz de uno de los artistas le resultó familiar.

—No hay nada más sobrehumano que el poder de los elementos. ¿Quién no ha soñado con crear de la nada? ¿Quién no lo ha hecho con destruir o simplemente transformar?

Levantó y movió la cabeza a ambos lados para poder ver de quién se trataba. Al descubrirlo, su sorpresa fue absoluta. En medio de un grupo de actores que al parecer trabajaban para él, no estaba otro sino el sonriente Blas, el mago que conoció en su primer viaje a España; el mismo cuyos juegos de manos habían sorprendido en extremo a los miembros de la tripulación del *Elizabeth Stone*.

Mientras, los murmullos de la gente respaldaban cada frase del sermón del extraordinario ilusionista.

—Los grandes alquimistas siguen buscando remedios prodigiosos que transformen los metales más burdos en oro. Nuestro propio rey cuenta con un laboratorio para ello en el que trabajan los más reputados alquimistas del mundo.

La gente parecía entusiasmada con la actuación. A medida que hablaba, algunos de sus ayudantes iban cambiando los objetos del improvisado escenario.

—Pero hoy voy a superar todos los logros que antes se hayan podido ver sobre la faz de la Tierra —continuó el prestidigitador con una elocuencia encomiable.

—Escuchad atento, Marlowe. —La voz de Idiáquez sonó tras su cabeza al tiempo que la punta de un afilado cuchillo se marcaba por su espalda—. Estoy seguro de que la actuación, vuestra última actuación, os complacerá.

La frase acabó acompañada de las risas de los hombres que escoltaban al secretario.

Kit se estremeció al sentir el acero. Quieto como un objeto inerte, fue incapaz de articular movimiento alguno. De lo contrario, las amenazas del político vasco podrían llevarse a cabo. Ni siquiera acompañó a los improvisados aplausos que el público lanzaba a su amigo.

Se acordó entonces de la segunda parte de la profecía que anunciaban las cartas de Antonio Pérez. ¿Acabarían con él los mismos papeles que le salvaron dos días atrás?

Pero el discurso de Idiáquez y la profecía parecieron venirse abajo enseguida. A un movimiento del joven mago, las dos filas de público que había frente al agente se abrieron para dejar paso al artista quien, en un movimiento expeditivo y repentino, lo sacó de su lugar para colocarlo en el centro del escenario acompañado de los emocionados aplausos del público que allí se congregaba.

El inglés no pudo por menos que sonreír de manera forzada.

—Aquí tenemos a un joven apuesto que nos va a ayudar a demostrar la teoría que tantas décadas de investigación han llevado a nuestros sabios.

Juan de Idiáquez miraba nervioso la actuación. Uno de sus hombres estuvo a punto de saltar al centro del círculo. Lo habría conseguido si no hubiera sido aferrado por el brazo del político quien, con una mirada temeraria, impidió la intención de su matarife.

Detrás de los dos protagonistas un grupo de hombres colocó en medio de la escena una enorme caja negra con una puerta en la parte frontal. Toda ella estaba decorada con objetos dorados, que le daban un aspecto misterioso.

—Aquí tenemos la Caja Mágica. Es capaz de crear, destruir, hacer aparecer y desaparecer.

El público lanzó una sonora exclamación, sorprendido por los supuestos prodigios que el misterioso habitáculo transportable podría realizar.

El propio Kit miró con incredulidad a su amigo. Éste le respondió con una sonrisa de complicidad.

—Pierde cuidado.

A pesar del intento de Blas por reconfortarlo, no perdía de vista a Idiáquez y a sus hombres. La tensión creció cuando descubrió que el hombre del jubón verde había desaparecido. Miró a ambos lados pero el extraño personaje no estaba entre el público.

Desconfiando ya de todo, no se percató de la presentación del juego que estaba a punto de empezar y en el que él iba a ser el protagonista.

—Ruego a todos su máxima atención. El prodigio del que van a ser testigos no lo habrán visto nunca antes. Se lo podrán contar a sus hijos y a sus nietos. Éstos estarán orgullosos de saber que sus padres o abuelos fueron testigos de tan sorprendente hazaña.

Dando un paso atrás, Blas se acercó a la misteriosa caja. Abrió su puerta y se introdujo en ella con el fin de que el público comprobara que no había artefactos ni estructuras en el interior. Era una simple habitación de cuatro paredes.

—Vuestras mercedes van a comprobar que, como dicen los sabios: «Nada es lo que realmente parece».

Con un movimiento firme agarró del brazo a Kit y casi a empujones lo metió allí dentro, cerrando tras él la puerta entre las risas del público. Blas continuó con la panoplia teatral. Hizo una serie de pases en el aire con los brazos y regresó a la puerta de la habitación. Tras abrirla, mostró a todos los presentes que Kit había desaparecido.

Juan de Idiáquez se estremeció al ver la caja vacía. Los elogios del público incrementaron su nerviosismo haciendo que él y sus hombres saltaran al escenario e increparan a Blas. Algunos actores se enfrentaron a los guardas, pero ya era demasiado tarde.

Como si nada hubiera pasado, Blas siguió adelante con el espectáculo. Volvió a cerrar la puerta de la Caja Mágica y abriéndola de nuevo, en esta ocasión apareció una hermosa joven. Los aplausos fueron ensordecedores.

Una lluvia de monedas comenzó a caer sobre la mantilla que a tal propósito había colocado el mago frente al círculo que servía de escenario.

El secretario se acercó a la habitación y volvió a abrir la puerta con furia. Dentro sólo descubrió cuatro negras paredes de madera. Al salir divisó la fachada del palacio. En una de las ventanas Mateo Vázquez contemplaba irritado la escena. Ambos hombres se miraron incapaces de poder hacer nada para evitar su nuevo fracaso.

Literalmente, Christopher Marlowe se había volatilizado.

La respuesta al enigma se encontraba no lejos de allí. Sin saber cómo explicarlo, el agente estaba en el otro extremo de la plaza. Había ocurrido. Junto a él, el hombre del jubón verde sujetaba la rienda de un hermoso caballo. De él pendía la divisa cardenalicia.

—No tenéis mucho tiempo, señor Shelton. Pronto descubrirán el entuerto, pero si os dais prisa, para entonces ya estaréis cruzando las puertas de Madrid.

—Gracias, amigo. Decidle a Su Ilustrísima que pronto tendrá noticias mías.

Dicho lo cual, emprendió el camino en dirección a la ruta de Alcalá, esta vez, sin que nadie le pisara los talones.

En poco tiempo pasó la puerta sin problemas, tal y como había predicho el cardenal. Siguiendo sus instrucciones emprendió el camino hasta que los muros de la villa de Madrid se perdieron de vista en el horizonte.

Con él iban el recuerdo de Lorena y las cartas de Antonio Pérez. La segunda parte de la profecía por ahora debía esperar.

OceanofPDF.com

Capítulo 29

Palacio ducal de Pastrana (España)

Martes, 22 de julio de 1586

La entrada en la villa ducal no fue tan tranquila como la última vez. Hacía un par de horas que el sol había llegado al punto más alto del firmamento. No tenía tiempo que perder. Antes de regresar definitivamente a Inglaterra debía cumplir con su última misión: entregar las cartas de Antonio Pérez.

Evitó ir directo al palacio. Tomando la calle Mayor, descendió hasta el monasterio de San José en donde se encontraba la princesa de Éboli.

Bajó de la cabalgadura y entró en el portón del monasterio. Desde el otro lado del torno una voz le dio la bienvenida.

—Ave María Purísima…

—Sin pecado concebida, hermana.

—¿Qué es lo que desea vuestra merced?

—Vengo a ver a la princesa…, a sor Ana de la Madre de Dios.

La religiosa no contestó. El joven pudo oír sus pasos alejándose hacia un punto desconocido del interior del cenobio.

No tuvo que esperar mucho. Al poco tiempo se abrió una puerta lateral. Tras ella reconoció a la misma aya que la última vez acompañaba a doña Ana. Le hizo una seña y la siguió por el soportal que bordeaba el pequeño claustro del edificio, fuera de las zonas más recogidas de las religiosas.

Reconoció el pasillo de las celdas externas en una de las cuales residía la princesa de Éboli. La joven se detuvo ante una de las puertas. La golpeó con suavidad y tras escuchar una orden de paso la abrió, indicando al agente que entrara en la celda.

—Buenas tardes, Alteza.

La princesa se encontraba ante el espejo que había frente a su escritorio. A través de él observaba la figura del recién llegado, a su espalda, junto a la puerta de la celda. Al lado estaba *Felipe*, su perro. Como de costumbre, permanecía expectante sobre un rico asiento, atento a su dueña.

—Buenas tardes, señor Shelton. No le esperaba tan pronto, sinceramente. Apenas han pasado unas semanas desde la última vez que lo vi por aquí. Eso no parece ser buen síntoma. O tiene mucha prisa por regresar a su país o alguien ha dado con usted en la capital y se ha visto obligado a salir huyendo como un ratón asustado. Sorpréndame.

—La segunda respuesta es la correcta. He decidido abandonar Madrid antes de que mi vida y la de mis amigos corriera más peligro del que ya había.

La princesa de Éboli se giró para mirar de frente al invitado. Le señaló la única silla que quedaba libre en la habitación.

—Tome asiento, pues. No se va a quedar ahí como un pasmarote el resto de la tarde, ¿no?

Kit hizo lo que le indicó la princesa. Al tiempo que se sentaba se sacó de la ropilla el fajo de documentos envueltos en color púrpura que le habían servido de parte del antiguo secretario. Extendió la mano y se lo entregó.

—Muchas gracias, señor Shelton.

Con gesto delicado, la princesa descubrió la tela que envolvía las cartas. No tardó en percatarse del enorme tajo que algunas de ellas presentaban en una de sus caras. Miró al agente con perplejidad, quien se adelantó en dar explicaciones.

—No es más que el producto de un pequeño percance con los hombres de palacio. Confío en que los documentos no se hayan deteriorado.

—No lo parecen, pero el tajo pudo haber sido profundo.

—Desde luego, Alteza. Si no fuera por las cartas quizás ahora no estaría aquí hablando con vos. Tomad este papel, os ayudará a comprender el contenido.

La princesa acabó de abrir las cartas y leyó con atención algunas de ellas. Otras, en cambio, las retiraba directamente, depositándolas sobre el escritorio. Estaban cifradas.

Sobre la mesa, la princesa de Éboli dejó apartada la hoja en la que estaba la clave. La lectura fue lenta. A medida que su mirada avanzaba, su único ojo iba transformándose y mostrando expresiones de todo tipo que el joven agente no sabía cómo interpretar. ¿Eran papeles importantes tal y como había comentado Antonio Pérez? ¿Eran acaso simples chismes de acontecimientos de palacio? ¿Documentos comprometedores sobre la muerte de Juan de Escobedo hacía casi diez años que relacionaban su asesinato con personajes importantes de la Corte?

Doña Ana se detuvo en una de las cartas. No hacía más que cotejar la cifra para confirmar que la lectura era correcta. Dejó el resto sobre el mueble como si ya no hubiera nada más importante que lo que tenía en sus manos.

Kit observó cómo devoraba con avidez hasta tres veces la misma carta. Cuando terminó de leerla, la depositó en el regazo. Miraba fijamente al inglés. La situación parecía tensa.

—Don Antonio me insistió en que esas cartas eran muy importantes. Que las estarían buscando en sus posesiones en Madrid y que, por ello, prefería que estuvieran con Vuestra Alteza, pensando que quizás así sería todo más seguro.

—¿Y no le comentó nada más de su contenido?

—No, Alteza. Insistió en que fuerais vos quien lo hiciera, si así lo deseabais. Desconozco su contenido.

—El problema va más allá del simple polvorín que usted describía la última vez que me visitó —señaló doña Ana sin hacer caso a los argumentos de su interlocutor—. El asunto de los Guisa, Bernardino de Mendoza y el complot que con tanto éxito destapó en Reims…, no es nada si lo comparamos con esto. La mecha que ha descubierto y que quiere apagar en relación con la reina escocesa y sus compinches es solamente una más de las muchas que se quieren encender desde Madrid para quitar del trono de Inglaterra a Isabel.

Kit se removió en su asiento. Puso más atención y dejó que la princesa continuara con su discurso.

—No os entiendo, Alteza.

—No soy yo quien lo puede ayudar en ese sentido. —La mujer parecía resistirse a hablar pero al final cedió—. Existe un proyecto, un ambicioso proyecto guardado en secreto. La Corona española lleva trabajando en él años. Me consta que están a punto de culminarlo. A él dedican cantidades ingentes de dinero. Casi la totalidad del oro que viene de Indias va a parar a esa locura. El último delirio de nuestro rey Felipe. —Hizo una pausa y prosiguió—: Le mentiría si le dijera que sé a la perfección en qué consiste ese alocado proyecto. Me consta que existe porque ya en su momento mi marido, que en paz descanse, me comentó algunos detalles superficiales. Eso fue hace muchos años, cuando todo no era más que una semilla de lo que se entendía como una locura pasajera del monarca. Pero las circunstancias han cambiado y, lo más peligroso, los consejeros del rey también. Las maneras diplomáticas que preferían mi esposo y sus secretarios han desaparecido, y las formas de actuar en nuestra Corte son ahora mucho más ágiles. Tanto que pueden llevar a la absoluta destrucción del reino.

—Entiendo, Alteza. Algo sabíamos de esa idea. En verdad que llevan dando vueltas con ella varios años.

—No creo que lo entienda. Esta carta es la prueba clara de que Felipe ha alcanzado el mayor grado de locura que jamás un monarca haya conocido. No se trata de querer traicionar a mi Corona. Vos bien lo sabéis. —Kit asintió a las palabras de la princesa—. Sólo es mi deseo, y me consta que el de muchos políticos de la Corte, que alguien ponga freno a su locura. No parece hacer caso de algunos de sus ayudantes, por lo que me veo obligada a actuar en este sentido.

—Reconoceréis, Alteza, que no son muchos los datos que me dais. Apenas una vaga idea de algo que intuís y que no sabéis si realmente se está llevando a cabo.

—En efecto. Pero convendrá usted conmigo que es mucho más que lo que conocía antes de venir a verme —lanzó con altanería—. Seguramente este hecho le abra puertas que ni siquiera puede imaginar. En la demencia de nuestro rey ha hecho mella la desconfianza. No se fía de nadie y sigue el consejo de verdaderos petimetres que nada saben de política ni de asuntos con países extranjeros. Me consta que la idea de este proyecto alocado

nació en la enfermiza cabeza de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Otros, como Alejandro Farnesio, aunque no conformes en su totalidad, tienen miedo y han sido incapaces de poner trabas al plan, temiendo por sus posesiones y poder. A mí me da igual, señor Shelton, que vuestra reina Isabel sea destronada por unos o por otros, que pierda la cabeza o que se la corten. A lo que tengo miedo es al fracaso de nuestra política, nuestra presencia en Europa, las evidentes carestías que pueda dejar en el pueblo y los peligros subsiguientes que se generarían.

—¿Conocéis la fecha de ejecución de ese plan, Alteza?

—Dicen que el mes de octubre de este mismo año. Sin embargo, quizá sea muy precipitado. Aunque han pasado varios años desde que el marqués de Santa Cruz habló por primera vez de este plan, no creo que sea así. Es pronto. No obstante, es la fecha fijada para, en definitiva…, la destrucción de la Corona española… Aquí está la prueba. —La princesa sostuvo en el aire la carta que había leído hasta tres veces—. En abril de este año, Santa Cruz, el secretario Granvela y el propio monarca han firmado el original de este documento, dando salida al mayor de los disparates.

Su voz mostraba un oscuro pesimismo mientras su invitado reflexionaba con los puños cerrados. Nervioso, se mordía los dedos de la mano derecha.

—Seguramente sus contactos le podrán concretar aún más —añadió la princesa—. Yo sólo le puedo llamar la atención para que sienta usted interés por este nuevo asunto.

La princesa se acercó hasta su asiento y le tomó del brazo.

—No corren buenos tiempos, señor Shelton. ¿No se ha preguntado qué es lo que hago yo encerrada en este monasterio privada de todas mis comodidades?

El agente la miró con extrañeza.

—No a mucho tardar —prosiguió la mujer—, Antonio Pérez se ablandará y acabará declarando todo aquello a lo que le obliguen. Sigo sin saber de qué se me acusa como para privarme de libertad. Pero sé que nuestro rey loco es capaz de cualquier cosa para salvar su insaciable espíritu de ese fuego infernal que parece le está carcomiendo el alma y que nos está llevando a una sangría feroz. Cualquier cosa antes de reconocer su propio

error. Al menos aquí, acogida a sagrado, nada me podrán hacer. Es curioso, ¿no lo cree así, señor Shelton?

Pero entonces el joven ya tenía la cabeza en otra cosa.

—Si lo que decís y lo que explica esta carta es cierto, el complot urdido por Bernardino de Mendoza y sus hombres no es más que una simple cortina de humo para que Inglaterra no mire con detalle lo que realmente se le viene encima. Imagino, Alteza, que sospecharéis cuál es el alcance de la misión de la que me habláis.

—Lo creía más astuto, señor Shelton. Debe regresar pronto a Inglaterra.

Doña Ana volvió a acercarse a la ventana. Echó un vistazo al paisaje y cogiendo aire volvió la cabeza hacia donde estaba sentado el agente.

—Mi querido amigo, Felipe II está ultimando los detalles de la esperada flota que invada Inglaterra. Una enorme Armada que será ayudada por las facciones católicas que le son fieles en el interior de su país.

Incrédulo por lo que acababa de escuchar, Kit se aferró con fuerza a los brazos de su asiento. Sin esperar más se levantó y se despidió de la princesa de Éboli, abandonando raudo la habitación y el monasterio.

Nunca sospechó que su nueva visita a Pastrana llegaría a ser tan rápida. Sumado a lo que había descubierto del complot de Babington, su prestigio se vería muy reconocido en la casa Walsingham. Además, ése era precisamente el sentido de su misión. Y ahora que estaba tan cerca de la verdad, se alegró de haber desobedecido los consejos de su amigo Nicholas Faunt y de haber venido a España por unas semanas antes de regresar por fin a su país.

Montó su caballo y sin echar la vista atrás tomó el camino más cercano que le llevara al norte de la Península.

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

OceanofPDF.com

Capítulo 30

Bankside, Londres (Inglaterra)

Lunes, 4 de enero de 1588

Apenas quedaban unos minutos para la hora de la comida. A Marlowe le había costado deshacerse de los hábitos del colegio. Ahora vivía en Londres, en la zona de los teatros, pero cuando llegaba la misma hora, todos los días, esperaba el sonido de la campana que anunciara el momento del almuerzo. Y como si se hallara en el Corpus Christi, aprovechaba hasta el último momento para leer o hacer bosquejos de las ideas que se le iban ocurriendo a medida que devoraba autores clásicos.

El ruido de la puerta cerrándose a la espalda de su escritorio le hizo despertar de su lectura.

—Buenos días, señor Marlowe.

Kit levantó la cabeza y vio la figura de su amigo Nicholas Faunt reflejada en el vidrio de su cuarto. Se dio la vuelta y, con una sonrisa queda, dio la bienvenida a su compañero.

—Tienes carta de España.

—¿De quién es? —preguntó Kit ilusionado en que fuera correspondencia de Lorena.

Se levantó y tomó el papel que le tendía su compañero.

—No lleva el nombre del remitente. Parece ser una carta muy misteriosa —respondió el agente bromeando entre risas y gestos siniestros.

Marlowe tomó la carta y la abrió iluminado por la luz de la ventana. Su atención e interés se tornó en preocupación cuando vio en el interior la rúbrica de Ana de Mendoza.

Faunt observaba desde la cama el rostro de su compañero. No tardó en terminar de leer la carta. Solamente eran unas breves líneas.

—Nick, déjame dinero para viajar.

La pregunta no dio opción a ningún comentario de su compañero.

Acercó la carta a una de las lámparas encendidas sobre la mesa del escritorio y la quemó.

—¿Qué es lo que decía la carta?

—Eso ahora no te lo puedo contar.

—¿Adónde tienes que viajar? Recuerda que no puedes abandonar el país, ni siquiera la ciudad, sin consultar antes a los Walsingham.

—Tú me ayudarás en eso. No abrirás la boca, ni dirás siquiera que me has visto. Tienes que ayudarme, Nick.

—Pero por mucho que te quiera ayudar, tarde o temprano te van a descubrir. Estás loco si crees que el abandono de la ciudad durante unas semanas no va a ser advertido a las autoridades. ¡Esperarán la llegada de una carta de la oficina de los Walsingham y cuando ésta no llegue, ya será demasiado tarde!

—En este tiempo han pasado muchas cosas —quiso justificarse el agente—. A mi vuelta de España los acontecimientos se precipitaron contra el grupo de John Ballard y de Anthony Babington. Todos fueron detenidos, juzgados y condenados a muerte por alta traición.

Nicholas Faunt guardaba silencio mirando el techo de la habitación desde la cama.

—Somos nosotros quienes abrimos el camino —insistió Kit—. Si no llega a ser por mí, María Estuardo no habría sido decapitada el año pasado y todos estarían rasgándose las vestiduras colmados de preocupaciones.

—Ese tipo de decisiones están fuera de nuestro alcance. Nosotros solamente somos una herramienta. ¿O acaso te vas a creer ahora el rey de Inglaterra? Tienes todas las de perder tanto en tu profesión como en la casa Walsingham.

—Cuando lleguen las noticias de mi desaparición, yo ya habré regresado de mi viaje. No tengo mucho tiempo. ¿Me ayudas o no?

Marlowe ya había empezado a guardar las cosas imprescindibles en un hatillo mientras discutía con su amigo.

—Dime al menos adónde vas.

—Tengo que ir a Lisboa a resolver un asunto. La Armada española está anclada en el puerto de la capital portuguesa esperando órdenes para partir hacia nuestras costas.

Faunt se incorporó de la cama alarmado por los comentarios de su amigo.

—¿Te has vuelto loco? ¡Sabes perfectamente que no puedes actuar por cuenta propia! Serás expulsado del servicio secreto y no habrás aprovechado nada de las ventajas que te han ofrecido en estos años. ¡Todo el trabajo se irá al traste!

—Es un riesgo que sé que puedo correr. No me has respondido aún si me vas a ayudar o no —añadió deteniéndose en su tarea y mirando de nuevo a Faunt—. La verdad es que por lo que he leído en la carta, el tiempo es oro. No hay mucho.

El agente permanecía en el centro de su habitación con los brazos en jarras esperando la respuesta de su amigo.

—Te vas a meter en un lío.

—Lo sé, no hace falta que me lo digas. Pero eso ya es problema mío. Cuando hace tres años acepté este trabajo ya conocíais perfectamente cómo era y mi forma de actuar.

—Sabes que los Walsingham están molestos porque no obedeciste la orden que te di en Reims de volver a Inglaterra. Por tu cuenta y riesgo decidiste marchar a Madrid con el peligro que ello implicaba tanto para ti como para la misión, si se hubiera dado el desgraciado caso de que cayeras en sus manos.

—¿Pasó algo? ¿Tuvimos desventaja? ¿Acaso no fue más prolífica mi nueva estadía en Madrid? ¿O es que Sus Señorías ya se han olvidado de todo lo que nos contó la princesa de Éboli?

Nicholas Faunt permaneció en silencio sentado en la cama con gesto de contrariedad. Sabía que su amigo tenía razón. Finalmente dijo:

—Tienes razón, Kit, pero las cosas ahora han cambiado. —Su intento por convencer a su compañero de que desistiera de su alocado plan fue vano.

—Y tanto que lo han hecho. Estamos a punto de hacer girar la situación a nuestro favor y se me niega la posibilidad de ayudar a la Corona, lo que casi se me había exigido con absoluta fidelidad al principio de comenzar esta empresa.

—Coméntaselo al menos a Thomas Walsingham antes de partir. Proponle tu plan y que él decida.

—Sabes perfectamente que se van a negar. Él no puede tomar por cuenta propia una decisión de este calibre sin haberla consultado antes con Francis Walsingham. El ir a Chislehurst retrasaría extraordinariamente mis planes.

El silencio volvió a inundar el cuarto.

—Si no me proporcionas el dinero para viajar a Lisboa, tendré que robarlo y eso complicará aún más las cosas.

Faunt se levantó de la cama y se dirigió hacia la lámpara que acababa de quemar la carta recibida desde España. No pudo leer ni una línea de lo que allí había escrito. El papel se había convertido en un montón de cenizas.

Con mal gesto dio la espalda a su amigo y caminó hasta la puerta de la habitación. Se detuvo frente a ella y miró a Kit.

—Estás completamente loco. Tengo el presentimiento de que te vas a meter en un lío. ¡Qué diablos, ya estás dentro de un lío terrible!

—¿Y…?

—Esta tarde tendrás el dinero en una bolsa debajo de la almohada.

—Gracias, Nick.

Cuando oyó el cerrojo de la puerta, retomó la tarea de hacer su equipaje. Después de meter algo de ropa, tomó su cuchillo de debajo de la cama. Lo sacó de la funda y observó el brillo del metal a la luz del sol. Sabía que le sería de gran utilidad en el viaje que estaba a punto de iniciar. La princesa de Éboli le había pedido que lo usara si fuera necesario, siempre que antes el veneno no consiguiera el efecto deseado.

Acabar con la vida del marqués de Santa Cruz, almirante de la que los españoles llamaban «Grande y Felicísima Armada» no anularía el peligro de la invasión de Inglaterra. Sin embargo, dando la razón a doña Ana, sí haría que los acontecimientos giraran a su favor de una manera extraordinaria.

OceanofPDF.com

Capítulo 31

Lisboa (Portugal)

Sábado, 30 de enero de 1588

La visión de las costas de Portugal desde el puerto de Lisboa impresionó sobremanera a Christopher Marlowe. Una gigantesca flota de casi 130 navíos se extendía por el perfil del agua perdiéndose más allá de la zona de las rocas, hasta donde los ojos no alcanzaban a distinguir la grandiosidad del desmesurado conjunto.

No hacía mucho que había amanecido. El cansancio del viaje en las últimas semanas, y la premura con la que lo había afrontado, le habían hecho abandonarse a la suerte de los acontecimientos. Pero la terrorífica visión de aquella flota lo puso alerta al instante, haciéndole ver la tensión del momento.

Por los muelles del puerto de Lisboa corrían cientos de hombres cargando cajas con provisiones para la batalla. Frente a los buques, filas de funcionarios tomaban buena nota de la entrada y salida de personas y víveres. La cantidad de navíos que había allí amarrados era increíble. No hacía falta ser un gran estratega para intuir la fortuna que aquellas maniobras militares estaban costando a la Corona española. Una verdadera sangría que pronto el pueblo llano empezaría a sufrir.

Allí nadie lo esperaba. No había contacto que, como en otras ocasiones, hiciera de puente y le abriera el camino hacia un objetivo conocido.

No tenía sentido lamentarse, ni maldecir su soledad. Había tomado la decisión por su cuenta y estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Volvió a la realidad y se acercó a uno de los barcos españoles que estaba siendo abastecido junto al muelle. Escuchó hablar en español a un grupo de chicos y se acercó a ellos.

Cuando estuvo cerca del grupo, los muchachos detuvieron su conversación.

—Buenos días.

Ninguno de los chicos contestó al saludo del inglés.

—Estoy buscando un boticario. Acabo de llegar a la ciudad y necesito encontrar uno.

Los jóvenes lo miraron con desconfianza.

—¿Sois inglés? —La pregunta la hizo el mayor del grupo, que parecía ser el cabecilla.

—Sí, pero soy devoto de la Virgen María. No tenéis por qué preocuparos.

Los rostros de los jóvenes mantenían el recelo inicial. Finalmente uno de ellos habló:

—Al final del muelle, justo detrás de la taberna roja, hay una calle que siempre está llena de puestos de fruta. Si camináis por ella no tardaréis en encontrar la botica.

—Os lo agradezco, sois muy amables —señaló Kit despidiéndose con un ostentoso saludo.

El agente observó cómo los chicos lo seguían con la mirada en silencio hasta que se perdió entre la muchedumbre que poblaba el muelle principal del puerto, en aquella hora temprana de la mañana.

Marlowe siguió las indicaciones que le habían dado. Pronto llegó a la calle en donde se encontraban los puestos de fruta a los que se referían los jóvenes y, más adelante, efectivamente, había un boticario.

Pensó dos veces si entrar en la tienda o no. Después de reflexionar prefirió dar media vuelta y alejarse de la entrada.

A poca distancia de allí, junto a la puerta de una iglesia se percató de la presencia de un mendigo. Se acercó y desde una distancia prudencial le hizo un gesto distraído con la mano para que se aproximara. El viejo, sorprendido por aquel encuentro que lo sacaba de su rutina, hizo señas para

confirmar si era a él a quien se refería aquel extraño joven de aspecto extranjero.

No le llamó la atención. El puerto estaba lleno de forasteros y realmente daba igual quién pudiera ser, si podía suponer un giro de buena fortuna en su arruinada vida.

El hombre, un anciano grueso que se cubría con unos harapos verdinegros, se levantó torpemente de la bancada de la iglesia en donde descansaba pidiendo limosna con gestos lastimeros.

—¿Habláis español? —preguntó el agente haciéndose a un lado para que nadie les observara.

—Cómo no lo voy a hablar. Soy gallego.

La halitosis del mendigo le hizo echar la cabeza para atrás. Marlowe observó con desagrado el aspecto del hombre. La barba, descuidada y sucia, estaba llena de inmundicias que el agente no quiso ni pensar qué podrían ser.

—Y qué hacéis aquí en Lisboa.

—Un mal golpe de mar, un mal encuentro y mi fortuna se truncó. Soy anciano y no tengo adonde ir, familia a la que acogerme, ni qué hacer ya con mis huesos. Poco valgo ya. Pero ¡ea! ¿Qué queréis de mí?

—Que me hagáis un favor y seáis discreto.

—Vos diréis.

—Id a la botica que hay ahí, y comprad una onza de solimán.

—A quién vais a liquidar, si se puede saber. —El mendigo sonrió mostrando su dentadura mellada y dando un golpe de complicidad al inglés.

—El uso que haga del solimán no os incumbe. ¿Lo haréis?

—Y a cambio de qué —añadió el hombre recuperando la seriedad.

—No es mucho lo que puedo daros —dijo el agente mostrándole dos monedas de plata a sabiendas de que aquello era una fortuna para el mendigo—. Si aceptáis el encargo son vuestras. Una os la entregaré ahora mismo y la otra, cuando me deis el solimán. Os esperaré detrás de esas casas, junto a las rocas que dan al mar.

El hombre tomó una de las monedas y caminó hacia la botica sin mediar más palabras. No tardó en entrar en ella y perderse.

Marlowe volvió a la calle principal y anduvo hasta un callejón que se abría junto a las casas que había señalado al mendigo para perderse entre las rocas.

Allí esperó a que apareciera su emisario con el envío que le había solicitado.

Al cabo de media hora, la cabeza del mendigo empezó a verse entre las rocas que rodeaban la cala en donde lo estaba esperando. Llevaba en la mano una bolsa de tela. Con gesto emocionado hizo señas al agente para que se acercara hasta unas piedras altas, más escondidas, en donde el intercambio sería más furtivo y seguro.

El agente fue directo al grano.

—¿Lo tenéis?

—Esto es. Solimán del mejor.

Los mugrientos dedos del mendigo abrieron la bolsa de cuero. En su interior había una onza de un polvo blanco, extremadamente fino, muy parecido a la harina.

—Muy bien, habéis cumplido con vuestra parte del trato —le reconfortó el inglés—. Ahora me toca a mí. Aquí tenéis la otra moneda de plata que os prometí.

El anciano sonrió abiertamente, feliz por ver cómo su suerte había cambiado para bien esa fría mañana invernal.

—Olvidad mi cara, este encargo, esta conversación y este sitio. ¿Entendido? —dijo mientras se guardaba la bolsa con el solimán en su ropilla.

—Quedad tranquilos, joven amigo —respondió el viejo mientras avanzaban hacia la salida de la cala—. Aquí nadie pone el pie. Nadie os habrá visto caminar entre las rocas. Conozco bien este lugar. Aquí suelo venir a c…

Kit notó cómo el aire se perdía por la enorme herida abierta en el cuello del mendigo. El tajo fue tan profundo y fuerte que el cuchillo rebanó parte de su propia camisa.

A pocos pasos de allí, dos rocas formaban una grieta en la pared que iba a dar a un pozo natural. Con dificultad, arrastró el cadáver del anciano hasta

allí. Lo arrojó ayudándose de varios puntapiés y tras confirmar que estaba en la parte más profunda abandonó el cuerpo con sus dos monedas de plata.

Al salir a la calle principal, de una esquina recogió una manzana medio podrida. La tomó y arrancó la parte fermentada quedándose con el único trozo sano. Se echó la mano al pecho, extrajo la bolsa de solimán y untó la superficie de la manzana con aquel fino polvo blanco.

No lejos de allí vio un gato. Se acercó hacia el montón de basura en donde husmeaba y se agachó para observarlo. El animal, desconfiado, se alejó unos pasos. Pero cuando el inglés le mostró el jugoso trozo de manzana, no tardó en cambiar de idea y se acercó dócilmente hasta donde estaba Kit.

El gato comenzó a olisquear y a chupar el sabroso trozo de manzana que le tendía el desconocido. Poco después de dar el primer muerdo, el felino se retiró detrás de la rueda de uno de los carros que hacía de tenderete de frutas en el mercado de la calle. El agente observó cómo el pobre animal empezaba a tener convulsiones y a intentar vomitar. Era evidente que le faltaba el aire. Al poco consiguió escupir la comida, pero ya era demasiado tarde. Dando tumbos el gato no tardó en desplomarse cerca del montón de basura que había junto al puesto.

El joven se levantó y cuando se alejaba vio cómo el dueño de la caseta salía y con un rastrillo empujaba el cuerpo sin vida del animal junto a otros desperdicios hacia el montón de basura.

Solamente entonces, Marlowe abandonó la calle en dirección de nuevo al puerto seguro de que la compra que había realizado era lo que estaba buscando.

OceanofPDF.com

Capítulo 32

Lisboa (Portugal)

Martes, 9 de febrero de 1588

Escondido entre un enorme montón de fardos, desde la medianoche el inglés esperaba tener la oportunidad de entrar en el barco. La lluvia no dejaba de caer y, viéndose empapado hasta los huesos al tiempo que aterido de frío, pensaba si aquello de ir a Lisboa por cuenta propia no habría sido en realidad una locura, tal y como le había advertido su compañero Nicholas Faunt.

En aquellas circunstancias lo único que procuraba era que el agua no mojara la bolsa de cuero con el solimán. Envuelta en un grueso pañuelo que dejó bajo su ropa, parecía estar a buen recaudo.

Sabía que sus posibilidades no eran muchas, pero al menos debía intentarlo, para así poder cumplir las expectativas que le había manifestado la princesa de Éboli.

Doña Ana solamente le había dado un dato: el nombre del galeón en el que se encontraba don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Y allí estaba, frente a él, pasando la noche, congelado por el frío invernal, pobremente abrigado por la lona que cubría un grupo de cajas.

La táctica de dejar frente al puesto de centinelas medio barril de vino, descaradamente escondido para ser descubierto en la primera guardia, había surtido efecto. En uno de los castillos del buque, dos hombres se habían hecho con el inesperado tesoro y lo compartían de manera irresponsable. En breve el agente tendría el paso libre para escalar por el casco de la nave hasta la cubierta.

Bien entrada la madrugada, cuando los dos guardas echaban ronquidos que se debían de oír desde cualquier punto del muelle, el inglés no se lo pensó dos veces y tras comprobar que nadie le observaba se amarró con fuerza a una de las sogas que pendían del lateral de la embarcación. Con fuerza ascendió en silencio hasta llegar al mismo punto en donde se encontraban los guardas, ahora dormidos y totalmente fuera de sí.

Cubierto por el manto de la noche, se deslizó suavemente por las maderas de la cubierta del galeón hasta encontrar la entrada de una de las bodegas en donde se apiñaban decenas de marineros. En el camino no encontró a nadie. Solamente en el castillo contrario, el de proa, varios guardas hablaban en voz baja frente a las puertas de acceso a las cámaras de los oficiales, mucho más vigiladas y controladas que el lado por donde había conseguido subir.

No era momento de comprar complacencias ni de cortar más pescuezos. Debía actuar con quietud y sosiego, si quería que todo saliera bien.

Con las primeras luces del día, las voces de la tripulación le sacaron de su duermevela.

—Toma, el desayuno.

La voz de un joven que iba repartiendo la comida entre los marineros le hizo regresar a la realidad.

En efecto, no estaba soñando. Se encontraba en el barco del marqués de Santa Cruz, integrado a la camarilla como un marinero más.

Se limitó a agradecer el gesto con una leve sonrisa y un movimiento de la cabeza. Prefería no hablar para que nadie detectara su acento extranjero. Aun así, la presencia de cuadrillas de franceses, italianos y portugueses le calmó.

El aspecto heterogéneo del grupo de hombres que poblaba la bodega no debía suponer un problema para su integración. No sería advertido entre un elenco tan variopinto.

Cuando no había acabado de morder el trozo de pan que le habían entregado, una voz ronca sonó desde lo alto de la escalera de entrada a la bodega.

—Vosotros, acompañadme —dijo el que parecía ser un capataz, señalando al grupo de hombres que le rodeaba—. Hay que continuar con el

trabajo de aprovisionamiento. Ha llegado un nuevo cargamento y tiene que estar dentro del barco antes del mediodía.

El agente, con las ropas todavía empapadas por la densa lluvia de la noche anterior, siguió a sus nuevos compañeros.

En fila ascendieron a la cubierta en donde los esperaba el encargado. Señalando la rampa de bajada al muelle, les indicó el camino que debían tomar.

La lluvia no había cesado. Con menor intensidad, pero de forma continua, el agua siguió cayendo con fuerza sobre la ciudad. El inglés observó cómo la salud de varios marineros se había deteriorado por el mal tiempo. Algunos hombres trabajaban sin apenas fuerzas para ponerse en pie, mostrando un más que evidente estado febril.

El inglés empezó a subir y bajar por el puente del barco portando como podía los fardos que le encargaban. El trabajo era rutinario y en toda la mañana no hubo descanso.

Poco antes del mediodía el cielo se abrió por fin, dejando ver algunos rayos de sol que además de secar sus ropas, sirvieron de alivio a la tediosa tarea a la que se había sumado y de la que no sabía cómo salir.

Poco antes de la hora de la comida su suerte cambió.

—Tened cuidado, que esos sacos de ahí han de ir a las cocinas. Son parte de la comida de los oficiales y del marqués.

El capataz indicaba con el dedo y a gritos un grupo de sacas blancas que había en un extremo.

—¡Vosotros! —dijo el hombre señalando a dos tripulantes que acompañaban la comitiva—. Llevadlos a las cocinas de los oficiales.

Un anciano que había junto a Kit agarró un enorme paquete. El segundo no tuvo oportunidad de hacerlo. El agente lo agarró por el brazo y con una mirada expeditiva le señaló que él se encargaría de la tarea. El hombre no tuvo más remedio que aceptar y haciéndose a un lado le dejó paso libre.

El capataz, testigo de la escena, no puso reparos al trueque. Le agradaba ver la rivalidad existente entre los marineros. En más de una ocasión era aderezada con tensas riñas que acababan con alguna cuchillada para algarabía de los presentes. En esta ocasión no hubo más que un cruce de miradas siniestras.

El joven siguió los pasos de su compañero hasta las cocinas de los mandos del barco. Algunos oficiales esperaban allí dando órdenes de forma enérgica sobre dónde debían dejar los sacos en el almacén anexo.

Atento a todo lo que rodeaba al ambiente de los fogones, no tardó en descubrir que la salud del marqués no era todo lo buena que podría esperarse.

—Hoy le han preparado una sopa —señalaban dos de los camareros—. Comida liviana para su estómago.

—Lleva unos días bastante suelto —añadió el compañero—. El médico ha dicho que nada de carne ni pescado.

—Solamente líquido y un poco de pan tierno. Sus fuerzas son cada día más escasas y los acontecimientos que rodean a la Armada no ayudan a su alivio. Bien es cierto que…

No pudo escuchar más. Tuvo que abandonar la cocina para volver al muelle a por otro saco.

Al tercer viaje lo vio. Sobre una de las mesas frente a uno de los infiernillos reparó en la presencia de dos alguaciles que custodiaban una bandeja de plata. Sobre ella había un plato de sopa del mismo metal, una copa con vino y un generoso trozo de pan.

Volvió a salir al muelle a por un nuevo saco. De camino extrajo de su pecho el pequeño fardo de tela que cubría el solimán. Tiró el pañuelo que lo cubría y se quedó solamente con la bolsa entre los dedos.

De regreso a la cocina, ralentizó su paso para abrir la bolsa. Una vez cumplido el recado de dejar el saco en el almacén, aprovechando el barullo de hombres que allí había y sin pensárselo dos veces, Kit fue directo hacia la bandeja.

—El marmitón me ha dicho que lleve la comida a… —señaló a uno de los alguaciles que le observaba sorprendido.

—Nadie nos ha comunicado que le lleve la comida alguien que no pertenezca a su guardia personal —respondió el soldado de forma cortante.

Antes de acabar la frase, aguantándole con frialdad la mirada, el agente inglés ya había vaciado la bolsa con la ponzoña en la sopa.

—¡Eh, tú, qué haces ahí que no sigues cargando fardos del muelle!

La voz sonó con fuerza a espaldas del agente. El verdadero jefe de cámara de Santa Cruz permanecía ante la puerta de la cocina acompañado del camarero que debía llevar la comida al marqués.

—Debe de haber un error… —Kit intentó justificarse.

Y sin esperar a que la situación se complicara, abandonó la cocina en dirección al muelle, no sin antes cerciorarse de que el plato era llevado por el camarero hasta las dependencias de los oficiales.

Con sangre fría, el agente esperó acontecimientos haciendo un par de viajes más para cargar provisiones. No perdía de vista al jefe de cámara que desde la puerta de lo que intuía era el acceso a la habitación de Santa Cruz, esperaba nuevas órdenes.

Todo se detuvo cuando una mano lo agarró por el brazo con una fuerza feroz. Instintivamente, el agente se intentó zafar de su presa llevándose la mano al cuchillo que siempre llevaba a la espalda. Ante él había un capitán español cuyo rostro heló la sangre del inglés.

—Déjame que te vea bien… —señaló.

En un intento por esconderse, Kit agachó la cabeza e intentó liberarse del militar para continuar con su trabajo. El encuentro se convirtió en una pequeña disputa que acabó llamando la atención de las autoridades del barco.

El joven se vio perdido. No tenía duda de que el capitán que lo acababa de reconocer era el mismo jefe de guardia que meses antes acompañara a Juan de Idiáquez en la reyerta sucedida en el estudio de don Alonso.

El jefe de cámara de Santa Cruz descendió las escaleras para ver qué sucedía. Dos soldados escoltaron al grupo.

—Capitán, ¿qué es lo que pasa?

—Este hombre no tendría que estar trabajando aquí. Es un espía inglés —contestó el oficial.

—¿Es eso cierto, marinero? ¿De dónde eres? —intentó mediar el hombre de confianza del marqués.

—No sé a qué os referís. Debe de haber un error. Los españoles en ocasiones confunden los rasgos de los extranjeros. Soy escocés, fiel seguidor de la Virgen y de mi reina, María Estuardo.

—Creo que miente. Juraría que es el mismo hombre… —añadió el capitán.

—¿Qué hacíais antes en la cocina?

—Yo solamente llevaba sacos de provisiones.

—Cierto es. ¿Pero qué hacíais junto a la bandeja de la comida del marqués?

—¿Junto a la bandeja del marqués decís…?

Al oír estas palabras el capitán corrió escaleras arriba hacia el castillo en donde estaban las habitaciones de los oficiales. Después de sortear a los guardas apostillados junto a la puerta, entró en el pasillo que llevaba a la cámara principal. De camino se encontró a un joven camarero que abandonaba la estancia con la bandeja vacía.

—¿Y la comida? —preguntó el capitán alarmado.

—Hoy el marqués tenía un apetito extraordinario —señaló el muchacho —. Seguro que su médico se alegra. Llevaba días sin comer. ¿Sucede alg…?

Sin mediar más palabras entró en la alcoba del marqués de Santa Cruz. No necesitaba más pruebas que confirmaran sus sospechas. Echado a un lado de la cama estaba el jefe de la Armada vomitando entre terribles espasmos y convulsiones. Frente a él, con los ojos desorbitados, un ayudante de cámara intentaba evitar lo insalvable.

El capitán salió a toda prisa a la cubierta para dar la orden.

Sus carreras habían generado cierto revuelo en el barco. La incertidumbre sobre lo que estaba sucediendo atrajo a otros marineros, y acabó por estallar cuando desde la balaustrada del castillo, el capitán lanzó un grito espantoso.

—¡Llamen a un médico y detengan a ese hombre! ¡Es un asesino inglés!

Kit no necesitó oír más. Aprovechando la agitación corrió con todas sus fuerzas hacía uno de los lados del barco con el cuchillo desenfundado.

De un fuerte tajo en el pecho se deshizo de uno de los soldados que se interpuso en su huida. Ascendió a la salida de los cañones del barco y sin pensárselo dos veces se lanzó al agua. A pesar de los disparos de pólvora, improvisados por varios soldados, su pista se perdió al poco tiempo.

El agente inglés cruzó al lado opuesto del barco por debajo del casco y salió a la superficie para tomar aire. Desde allí pudo escuchar los gritos de los oficiales anunciando la muerte del marqués de Santa Cruz.

Aferrado a uno de los maderos del casco, esperó a que el sol se pusiera para, aprovechando la oscuridad de la noche, salir del agua y huir definitivamente hacia el primer camino que lo llevara por tierra hasta el norte de la Península.

OceanofPDF.com

Capítulo 33

Chislehurst, Kent (Inglaterra)

Lunes, 30 de mayo de 1588

Marlowe se había vuelto a citar en el despacho privado de Thomas Walsingham. Las noticias llegadas desde Portugal y España en las últimas semanas confirmaban los temores de enfado que anunció Nicholas Faunt. La frialdad con la que había sido llamado a esta nueva reunión le hacía pensar todo lo peor para su futuro en el servicio.

Todo estaba igual en el despacho. Marlowe observó la presencia de nuevos volúmenes, ediciones raras de libros de autores clásicos, teatro contemporáneo y alguna que otra novela en francés y español; los nuevos simplemente ocupaban el lugar de otros que ahora habían sido retirados de las mismas estanterías. Por lo tanto, casi todo era idéntico a cuando había estado allí hacía meses.

A pesar de los importantes acontecimientos vividos con la muerte de los insurrectos y la salida secreta de Marlowe a Portugal, hechos que habrían tambaleado los pilares de más de una familia noble de la Corte, parecía que en aquel despacho de los Walsingham el tiempo se había detenido.

Idénticos cortinajes, el mismo ventanal —amplio y soleado—, mirando al jardín exterior de la casa, y la mesa repleta de papeles y enseres ya no formaban un elenco tan atractivo como para hacerle curiosear. El no hurgar entre ellos le evitaba sorpresas no deseadas. Cansado por el viaje desde Londres, había decidido quedarse sentado tomando un respiro en el sillón de siempre, esperando la llegada de su mentor. Desde su atalaya podía ver por la ventana parte del baile de máscaras que se estaba celebrando en el

exterior. Poco amigo de esos divertimentos, el joven agente contemplaba con rostro sieso cómo un caballero intentaba cortejar de manera descarada a algunas jóvenes. Miraba con curiosidad la naturaleza de aquel ganso que, lejos de entender que realmente lo estaban esquivando, creía que las damas disfrutaban jugando a cierto entretenimiento escondiéndose de él para aparecer en otro lugar del jardín. «Hay necios —pensó— que por mucho honor y título en su nombre, no dejarán de ser lo único a lo que alguien así puede aspirar, ser tonto».

Volvió a la realidad del despacho cuando escuchó cómo el sonido de la música del jardín aumentaba. Alguien había abierto la puerta.

Como en otras ocasiones, vio el reflejo de Thomas Walsingham sobre el cristal del ventanal.

—¿Qué es lo que ha cambiado para que en esta ocasión me recibáis sin necesidad de entrar por la puerta secreta? Ni llamada furtiva en algún turbio lugar de Londres, ni viaje a escondidas…

El agente se levantó del sillón y saludó fríamente a su amigo. La última vez que se vieron en Londres fue antes de su viaje a Portugal.

—Buenas noches —sonrió Walsingham—. Estás muy cambiado comparado con la última vez que nos encontramos.

—Lo tomaré como un saludo formal. Pero ciertamente muchas son las cosas que han cambiado en los últimos meses.

Con rostro serio, Walsingham invitó a su protegido a volver a su asiento mientras él se dirigía a la mesa de trabajo. Una vez allí buscó un pliego de documentos en uno de los cajones.

—¿Qué tal te va por Londres? —preguntó cínicamente el lord abriendo algunas de las cartas.

—He de reconocer que no puedo quejarme. Y a fuerza de ser insistente, quiero seguir agradeciéndoos vuestra ayuda para que se estrenaran mis obras.

Walsingham levantó la mirada del papel para observar a su amigo.

—Es tu mérito, no el mío. *El Gran Tamerlán* es muy buen trabajo. No supuso ningún esfuerzo convencer a los encargados del teatro para que estrenaran la primera parte. A las pruebas me remito. Su éxito fue tal que tuviste que escribir una segunda entrega, ¿no es así?

—En efecto. Pero también mediasteis para que no tuviera problemas en mi licenciatura el año anterior.

—Eso no fue ningún favor personal. Formaba parte de nuestro acuerdo. Tú trabajabas para nosotros y nosotros nos encargábamos de hablar con las autoridades del colegio para que no hubiera contratiempos. Aquel papel no era en absoluto una carta de recomendación, era una simple y precisa explicación de que te habías ausentado durante algunas semanas con el fin de realizar trabajos para Su Majestad… No tienes nada que agradecer. La gente del Corpus es bastante comprensiva. Tómalo como un intercambio de favores. Tu trabajo ha sido excelente.

—¿Sigue Su Majestad sintiendo la muerte de la traidora de su hermanastra?

—Es increíble, pero, en efecto, parece que en ocasiones nos acusa a nosotros de las tropelías que quería cometer esa loca contra ella misma. Sabemos que Felipe ha realizado numerosas conmemoraciones en El Escorial, en su honor. De poco nos valieron las pruebas acusatorias, evidentes e indiscutibles contra su hermanastra católica. Casi podría decirse que Su Majestad pagó a regañadientes las 10 libras que costó el verdugo.

Walsingham remarcó esta última frase señalando con el dedo las cuentas de una factura que había en los documentos que acababa de abrir.

—Eso fue hace más de un año. ¿Pero ahora qué?

El rostro de Walsingham se transformó nuevamente.

—En efecto, ahora las cosas han cambiado de forma sustancial, ¿no es así, Kit?

—El paso del tiempo en ocasiones adormece mis instintos.

—Pues tranquilo, amigo mío, que lo que se te avecina es algo con lo que nunca has soñado. Algo realmente preocupante.

Los dos hombres se miraron en silencio.

—No tenía más remedio que ir a Lisboa. Al fin y al cabo todo salió bien. Ahora tenemos más posibilidades de recuperar información.

—¡Has actuado como un completo inconsciente! —acabó gritando Walsingham—. Desconoces el riesgo en el que has puesto tu vida y sobre todo el trabajo de mi oficina. Tuve que dar explicaciones a Francis

Walsingham, el jefe del servicio secreto, cosa que nunca antes había sucedido.

—Si me hubierais llamado se lo podría haber explicado todo en persona.

—¡Imbécil! Si hubieras ido a ver directamente a Francis Walsingham tu cadáver estaría ahora mismo flotando en el Támesis, y yo habría perdido mi puesto.

—De nada sirve ahora —opinó Marlowe con tono condescendiente—. Las cosas son las que son y nadie puede negar que el futuro se presenta mucho más claro ahora. ¿Por qué se enojan vuestros superiores? ¿Porque no ha salido de su cabeza la genial idea de asesinar a Santa Cruz?

Thomas Walsingham no tuvo más que reconocer la evidencia.

—¿Por qué lo hiciste? —añadió en un tono más sereno.

—Recibí una carta de España. La princesa de Éboli me decía que lo mejor sería acabar cuanto antes con Santa Cruz. Si lo hacíamos antes de la primavera, podría entrar en contacto con el hombre que lo sustituiría. De esta manera se harían más estrechos los lazos para obtener información.

—El duque de Medina Sidonia…

—En efecto. El yerno de la princesa de Éboli.

—He de reconocer que la jugada es maestra. Pero ¿por qué no me consultaste?

—¡No había tiempo que perder!

Los dos tomaron aire y cambiaron de postura.

—Aun así, el problema es grave y se ha ramificado en extremo. Los españoles siguen metiendo las narices en donde no les han llamado. El testamento de María Estuardo es bien claro en ese sentido. —Walsingham marcó un párrafo en un papel—. En él se señala que una vez desaparecida ella y no habiendo herederos en la línea católica de los Estuardo, siempre que se cuente con el consentimiento de Roma y el papa, Isabel Clara Eugenia subirá al trono de Inglaterra.

—¿La hija de Felipe de España? ¡Pero eso es absurdo! No pueden repartirse nuestro país como si se tratara de los saldos de un mercado callejero. Están jugando a las cartas apostando cantidades que no tienen.

—Es absurdo, pero implica un nuevo apoyo moral a Felipe para hacerse con el trono de Isabel. Algo que parecía olvidado desde el escarmiento de Drake en abril del pasado año en el puerto de Cádiz, pero que hemos detectado de manera muy clara en los últimos meses…

—Yo pude ver en Lisboa que Francis Drake no destrozó la flota en Cádiz. Ni mucho menos. En realidad no fue más que una fanfarronada que no pretendía otra cosa que calmar la furia de la reina. ¿Qué es lo que quieren ahora los españoles? Pensé que las cosas habían vuelto a su cauce normal.

—Las cosas han vuelto a su cauce, o al menos ésa es la idea que nuestros enemigos quieren dar a entender a toda Europa. Durante el último año, España ha empleado todos sus astilleros en la construcción de barcos de guerra. Lo han hecho a la luz del día y con lámparas por la noche. Veinticuatro horas de cada día dedicadas a la construcción de una nueva Armada que los que la conocen ya osan denominar «Invencible».

—Pero si su construcción era tan evidente a los ojos de todos ¿por qué no se ha evitado que acabaran el proyecto? Hubiera sido más fácil volver a atacar los puertos españoles y evitarnos estas tonterías.

—¿Estás loco? No olvides que a los ojos del mundo Drake no es más que un simple pirata. Es cierto que trabaja para la reina y que de ella recibe todo tipo de indulgencias para poder operar aquí y allá por el océano, pero ese trabajo nunca va a ser reconocido por ella. Además, a Isabel tampoco le agradan sus sistemas tan enérgicos.

—Razón de más para poder utilizarlo como parapeto en misiones de control como las que ahora requiere este momento.

Walsingham hizo un chasquido de desaprobación con la boca.

—Las cosas no son tan fáciles como parecen. De haber entrado en sus puertos otra vez, nos habríamos asegurado un enfrentamiento directo, algo que nuestra reina no desea. Drake es un pirata y los españoles lo saben; pero además de que no es invencible, también saben que sus intereses son idénticos a los de Isabel por lo que tampoco es recomendable tensar la cuerda por ese extremo, no sea que acabe rompiéndose.

—Entiendo —añadió el agente—. Veo que los acontecimientos que se han producido en los últimos meses me son ajenos.

—Esos datos son los que tendrías que haber conocido antes de ir a Lisboa. Aunque las pruebas de la invasión están sobradamente demostradas después de tu última misión en España, todavía hay voces que señalan que la Armada no la construyeron para atacarnos. Dicen incluso algunos españoles que no seamos tan presuntuosos, que los barcos están destinados a reponer los perdidos en la destrucción provocada por los piratas ingleses en Cádiz y, sobre todo, a luchar con los moros en Argel. Pero eso no es más que una broma y un burdo intento de desviar nuestra atención. En los últimos meses la nueva Armada ha ido agrupándose en Lisboa. De allí partió hace diez días hacia las costas de La Coruña, en donde permanece amarrada siendo abastecida de alimentos y munición. No tiene sentido que armen la flota para luchar con los musulmanes camino casi del Estrecho, en donde…

—… no hay moros —le cortó su protegido reflexionando en el sofá sobre lo que acababa de escuchar.

—Se calcula que pueden reunir una fuerza de treinta mil hombres en los 130 buques que nuestros agentes han contado en las costas portuguesas. Pero bueno, qué te voy a contar que no sepas ya.

—¿Significa eso que el temido momento ha llegado? —La voz de Marlowe reflejaba un claro gesto de preocupación.

El despacho se cubrió con un profundo silencio que tan sólo era roto por la música de la mascarada que seguía llegando del jardín, ajena a los importantes momentos que se vivían en la habitación.

—No seas cínico, amigo mío. Desconocemos cómo, ni cuándo, ni dónde, pero está claro que en breve darán el paso definitivo. Cada vez sentimos más su terrible aliento sobre nuestra nuca. Todo parece haberse acelerado tras la muerte de María Estuardo, tomando seguro como contrapartida el pasaje del testamento que te acabo de mostrar.

—Imagino que mi carrera después de lo de Portugal se ha acabado…

—Regresa a Londres hoy mismo. Francis Walsingham está muy molesto por las desobediencias que has manifestado en las últimas misiones, especialmente en Lisboa, yendo por tu cuenta y riesgo, ignorando si había o no un trabajo paralelo por nuestro lado que desconocieras.

Marlowe se levantó para despedirse de su amigo. Éste no le dio la mano. Desolado, el agente fue hacia la puerta del despacho.

—¿Señor Marlowe?

—Sí.

—En ningún momento he dicho que se pudiera retirar. En pocos días, como de costumbre, recibirás las pautas de la próxima misión, lógicamente…, en España.

—Es peligroso. —La voz del joven sonó tajante. Por primera vez en todos estos años de misiones para Su Majestad, parecía estar contrariado—. Sólo un loco iría a la guarida de una jauría de perros sedientos de sangre inglesa como aquélla. No, amigo mío, esta vez creo que vuestro primo, *sir* Francis Walsingham, ha ido demasiado lejos.

—Sorprende tu reacción después de haberte mostrado tan valiente en Lisboa por tu cuenta y riesgo. Por desgracia no tienes opción para elegir. Solamente serán unas pocas semanas, quizá sólo unos días. Recuerda que la Armada ahora mismo está anclada en La Coruña, al noroeste de España. En cualquier momento pueden acabar los pertrechos y salir hacia Inglaterra. Necesitamos ser más rápidos que ellos e intentar conocer sus movimientos antes de que se produzcan. Como bien sabes, el control de la flota se realiza desde Madrid, no desde los propios buques. Ahora no hay tiempo para más. La guerra con España es inminente.

—Pero ya saben quién soy. Será difícil esconderse de Idiáquez y de sus hombres. —La voz del agente sonaba desesperada—. Madrid no es Lisboa. Incluso en Portugal me reconocieron. No quiero ni imaginar lo que será en Madrid.

»Seguramente ya estén al acecho esperando mi llegada para abalanzarse sobre mí sin piedad. Las puertas de la ciudad estarán controladas. Aquí, en cambio, tengo una carrera prometedora que…

—Una carrera prometedora gracias a nuestra ayuda, no lo olvides —le cortó su amigo—. Reconozco, como decía antes, tus méritos y tus deméritos, pero aunque me pese, mi primo puede hacer sajar tus vínculos con el teatro londinense y buscarte los problemas que quieras. Te tiene ganas y te señalarán como a un traidor.

Thomas Walsingham tomó un poco de aire y se levantó del asiento. Paseó por la habitación intentando buscar en su cabeza los mejores argumentos para convencer a su amigo y prosiguió con el discurso.

—Esta misión es para ti. Tú cuentas con los enlaces y los contactos necesarios en Madrid. La princesa de Éboli es ahora un contacto vital. Tu contacto. Empezar de cero con un nuevo agente allí sería una locura. Ganaríamos en seguridad al pasar desapercibidos, pero perderíamos mucho tiempo en retomar desde un principio todos los contactos. Y, desde luego, no disponemos de ese tiempo.

El agente miraba en dirección contraria de donde estaba su mentor. Jamás pensó que pudiera darse una situación tan comprometida entre ambos.

—Intenta buscarle el lado positivo a la misión, amigo mío.

—Al menos está Lorena, cierto, pero mi presencia también la pondría en peligro.

—No pienses en el peligro. Todos estamos en peligro. Si los españoles llegan a Londres estamos perdidos. La cabeza de todos nosotros ya puede darse por perdida y olvídate de tu futuro y de tu exitosa carrera en la compañía del almirante o en cualquier otra.

Walsingham tenía razón. Quedarse en Londres no sería más que dar la espalda a una realidad que él conocía a la perfección. Una situación terrible que podría ayudar a evitar. Y además estaba Lorena. La sobrina de don Alonso no se había borrado de su cabeza en todos estos meses de ausencia. Su última visita a Madrid había estrechado aún más su relación. Aunque sentía cierta desconfianza por regresar a un lugar ahora más peligroso que nunca, por otro lado estaba la emoción de volverse a encontrar. Kit siempre había pensado en reencontrarse con ella en Londres o en cualquier sitio del continente que no fuera España. Pero, al parecer, el destino, al menos de momento, le resultaba esquivo.

—¿Qué debo hacer?

—Muy sencillo, Kit —se apresuró a decir Walsingham manifestando una repentina expresión de alegría—. Al contrario de otras ocasiones, has de llegar a Madrid. Una vez allí sólo tienes que preguntar. Infórmate entre la gente que sólo tú conoces. Ellos confiarán en ti y te lo dirán. Cuanto

antes te hagas con los datos clave, antes podrás abandonar el país y regresar a salvo. Esta vez una persona permanecerá contigo. Así estarás más seguro y contarás siempre con un apoyo en caso de que surjan problemas.

—¿Quién es esa persona? Estoy acostumbrado a trabajar solo. —Parecía receloso y desconfiado.

—Descuida, será alguien de nuestro servicio, alguien de absoluta confianza. Todavía no lo he decidido. Viajaréis por separado pero os veréis en Madrid, tal y como solamente vosotros acordéis en vuestra próxima reunión en Londres. Nadie más conocerá vuestros pasos.

El rostro del joven seguía mostrando la misma desconfianza de antes.

—Tranquilízate. Él te buscará. Eso no creo que sea ningún problema. Se encargará de cifrar la información y las cartas que consigas para enviarlas de inmediato a nuestra oficina de Londres por el medio más rápido. Esta vía ya está abierta. Lo único que queda es tener algo que enviar. No tenemos tiempo que perder.

—Pues que así sea. No lo hagamos.

Walsingham se acercó con sonrisa conciliadora para despedirse de su amigo.

—No hagas locuras y nos veremos pronto —dijo abrazando a su protegido.

—Seguro que sí, Thomas, muy pronto.

El secretario del servicio secreto permaneció frente a su mesa de trabajo. Recogió los papeles que había estudiado durante la entrevista y los volvió a guardar bajo llave en el cajón.

La puerta del despacho no se cerró tras la salida del agente. Durante unos instantes, Walsingham permaneció allí, escuchando la música de la mascarada que aún se celebraba en el jardín de su casa. Al volver en sí vio junto a una pila de documentos su máscara de oro decorada con plumas de pavo real. La tomó y se la colocó. El espejo del tocador le ayudó a cerciorarse de que estaba perfectamente puesta. Nadie lo reconocería.

—Pues que así sea. No tenemos tiempo que perder.

Y repitiendo las palabras de su amigo se dirigió a la puerta y salió hacia el jardín para unirse a la fiesta.

OceanofPDF.com

Capítulo 34

Bankside, Londres (Inglaterra)

Lunes, 6 de junio de 1588

Ya había amanecido hacía más de una hora en el sector más oriental del Bankside. A pesar de ello, el calor en aquellos días ya asolaba la ciudad. Todo anunciaba la pronta llegada de un verano anómalo, algo que convertía en un viaje poco agradable el ir de aquí para allá por las calles de los teatros en aquella orilla de la capital. Londres era una capital similar a las otras que Kit había conocido a lo largo de su vida. Como él mismo decía a sus amigos, la única diferencia es que al ser grande, todo, hasta la porquería, estaba multiplicado en proporción al tamaño de la urbe. En efecto, las calles apestaban de barro y excrementos reblandecidos e infestados por el calor, circunstancia que le recordaba a los meses de verano vividos hacía dos años en Madrid. Sabía que ese ambiente no era lo mejor. Según él, cualquier cosa mala podía recocerse en aquel lugar extremadamente recargado. Nada tenía que ver con las exquisiteces de su antiguo Corpus Christi College en la limpia ciudad de Cambridge. Además, el ambiente era en cierto modo poco decoroso. Abundaban los burdeles y los lugares dedicados al juego. Estaban perseguidos por la Iglesia, pero los había a docenas. Y si al abandonar un establecimiento de este tipo, uno sentía cómo su alma le ardía en el pecho henchida de pecado y culpabilidad, no tardaría en encontrar un vendedor de indulgencias capaces de expiar los más inverosímiles pecados del cuerpo; un juego de equilibrios espirituales que contaba con más seguidores que los que se podrían imaginar en un principio.

Pero, aun así, el Bankside de Londres le gustaba. Como si se tratara de una obra de teatro gigante, todo parecía que estaba perfectamente ponderado. Y eso era en definitiva lo que le atraía y lo que convertía al Bankside en uno de sus lugares predilectos. Sus virtudes compensaban con creces los innumerables defectos.

Paseaba por el centro de la calle, alerta a lo que pudiera aparecer por cualquiera de las ventanas. Un animal muerto o un cubo de agua sucia eran los regalos que un viandante despistado podía llevarse a casa como recuerdo de su caminata por el Bankside de Londres. Vivir en este lugar implicaba la presencia de un sentido especial en el súbdito de Su Majestad para esquivar toda esta clase de peligros.

Al llegar al final del callejón de La Rosa, entró en la taberna de los Actores. Era un lugar nuevo. Apenas se había abierto hacía unos pocos meses junto al también nuevo teatro de La Rosa en donde había visto estrenar unos meses atrás, gracias al apoyo de su amigo Thomas Walsingham y del dueño de la compañía, Philip Henslowe, sus dos partes de *El Gran Tamerlán*. Fue construido el pasado año en la esquina formada por el callejón que llevaba su nombre y el de La Doncella. «Curioso nombre —pensó— para un callejón en el que están algunos de los burdeles más conocidos de toda la zona». Si algo había en aquel turbio pasaje no eran precisamente doncellas.

En realidad, la taberna de los Actores podría considerarse una mancebía más. En ella se reunían los actores de La Rosa antes y después de cada actuación. En ocasiones, su relación con las camareras iba más allá del simple comercio de una jarra de vino. No era extraño ver en las representaciones cómo alguno de los actores no cesaba de rascarse la entrepierna intentando aniquilar al incómodo inquilino que acababa de convidar a venirse con él.

Con todo, desde hacía unos meses solía ser su lugar preferido. Una especie de refugio en el que, a pesar del sórdido ambiente de la zona, el espíritu del teatro rezumaba por las cuatro paredes. Es difícil de explicar si uno no había estado nunca allí, mano a mano con los artistas, creadores y actores que a diario daban vida a las historias trágicas y cómicas más increíbles para el señor Henslowe.

La taberna de los Actores estaba en pleno corazón de la zona de los escenarios. Si a eso le añadimos que no eran pocos los colegas del Corpus Christi de Cambridge con los que se topaba a diario en las calles aledañas, desde luego que era difícil poder superar un ambiente más agradable.

Precisamente Kit caminó hacia la taberna siguiendo las indicaciones de uno de los chiquillos que trabajaban para Henslowe. Al parecer, el gerente quería verlo esa mañana a primera hora. Sabía que en poco tiempo viajaría a España pero también confiaba en que todo aquello acabaría pronto. No quería perder el contacto con él. Aceptaría cualquier tipo de encargo para La Rosa. Historias en la cabeza no le faltaban. En los últimos meses ya había empezado a trabajar en una obra sobre la matanza de hugonotes acaecida en las calles de París en el año 1572, de la que tuvo noticia durante su estancia en Reims.

El local contaba ya con un nutrido número de clientes. Saludó con la mirada al viejo Timothy, dueño del negocio, hombre de aspecto rudo pero con una sensibilidad especial para el teatro y el resto de las letras. Marlowe disfrutaba charlando con él hasta bien entrada la madrugada sobre posibles desenlaces, personajes y el trabajo de otros autores que solían pasar por allí. Orgulloso de la presencia de tan ilustre clientela, Timothy solía recibir numerosas regañinas de su mujer, quien le reprochaba que en ocasiones no cobrara las consumiciones a los actores. El agente tenía cariño a aquel viejo y no era raro que pagara las jarras de vino dejando una sustanciosa propina con la que suplía las continuas invitaciones con las que aquel buen hombre le regalaba.

El joven dramaturgo miró entre la clientela y no descubrió a Henslowe por ninguna parte, por lo que decidió ir al sitio de siempre, una suerte de reservado que el dueño del negocio le tenía guardado por ser tan importante persona. Se encontraba en una de las zonas más tranquilas y contaba con mesa y sillas propias, así como con una ventana que daba justamente a la entrada del cercano teatro de La Rosa.

Sobre la mesa, como era costumbre, le esperaba el desayuno habitual. Un poco de fruta, vino y pan. Resultaba extraño, pero Kit reconocía que era lo único que le apetecía a aquella hora de la mañana.

Sumido en sus pensamientos comenzó a dar buena cuenta del desayuno, esperando que en cualquier momento entrara por la puerta Philip Henslowe.

—Hola, Kit. Sigues siendo igual de ingenuo que siempre.

Con un enorme trozo de pan en la boca, levantó la cabeza para observar a su interlocutor. Obviamente no era Philip Henslowe sino su amigo Nicholas Faunt.

—Hola, Nick. ¿Qué haces aquí? Estoy esperando a Henslowe.

Su amigo comenzó a reír. Tomó asiento junto a él y sin rubor cogió de su plato algunos trozos de fruta. Kit le observaba expectante.

—Es mi desayuno, Nick. Si quieres algo pídetelo. Es más, lo puedo hacer yo por ti…

Faunt le detuvo el brazo cuando estaba a punto de llamar al camarero para que trajera algo de comer al recién llegado.

—Tranquilízate, ya he desayunado. Además no tengo mucho tiempo.

—No me digas que te persiguen aquí también los españoles.

—No, pero he de hacer cosas por ahí.

—Bueno, Henslowe tiene que estar al caer. Así que tampoco tienes mucho tiempo. Cuéntame.

Faunt observó a su amigo con rostro incrédulo.

—Henslowe no va a venir. Yo pagué una moneda a aquel chiquillo para que te dijera que lo esperaras aquí. Si no lo aceptas así, piensa que yo soy Henslowe y así acabamos antes.

Desolado, Kit volvió la mirada al plato de barro con fruta y siguió metiendo los dedos en él.

—Entonces estás aquí por mi reunión con Walsingham de hace unos días.

—Exacto. Veo que tu cabeza vuelve a funcionar y lo más importante de todo, no te la han cortado. Por un momento pensé que me había equivocado de mesa. Vayamos al grano —añadió quitándose la capa—. No voy a repetir lo que ya te dijeron. Has de ir a Madrid por los medios de costumbre. Aquí tienes una bolsa con algo de dinero y monedas españolas que te ayudarán a viajar. Hay suficiente para solventar algún inconveniente que te pueda surgir en el camino. Lo de costumbre.

Sopesó la bolsa de tela verde y se la guardó bajo el jubón en un movimiento discreto.

—¿He de deducir de todo esto que hacemos juntos esta misión? ¿Tú eres el otro agente del que Walsingham no me quiso revelar el nombre la pasada semana?

Faunt asintió sin palabras volviendo a robar fruta del cuenco.

—Lo pasaremos bien —añadió Faunt.

—Sí, tengo entendido que la situación en Madrid ahora mismo, tal y como le expresé a Walsingham en Chislehurst, es una verdadera juerga. —No encajó con humor el comentario de su amigo—. ¿Acaso sabes, siquiera de forma somera, la ratonera en la que nos vamos a meter?

El tono de su voz se crispaba por momentos. Faunt pensó por un instante que su amigo se iba a levantar y lo iba a agarrar por la camisa en uno de sus habituales arrebatos de violencia.

—No quiero ni pensar —prosiguió Kit— la seguridad que debe de haber en las entradas de la villa y cuántos de esos hombres están perfectamente avisados para hacerse con mi cabeza. No. No es en absoluto una broma.

—Te entiendo. Discúlpame, sólo estaba bromeando. Comprendo tu situación. Sé que por una parte ir a Madrid es lo que más deseas en este mundo y, por otra, sabes que va a suponer un grave peligro para ti y también para… ella.

Kit intentó sosegarse viendo por la ventana el enorme edificio circular que formaba La Rosa.

—Pero ten en cuenta —prosiguió su compañero en tono conciliador— las ventajas que tenemos de nuestro lado. Todo parece indicar que la misión va a ser mucho más breve de lo habitual. Tenemos que desarrollar movimientos rápidos, actuar con sigilo y no esperar la respuesta de nuestros enemigos. Antes de que ésta se produzca, nosotros ya tendremos que haber reaccionado dando un nuevo paso adelante.

—¿Dónde nos alojaremos?

—Déjalo de mi mano. Yo ya te estaré esperando allí antes de que tú llegues. Parto para Madrid ahora mismo. Tú saldrás mañana. Es más seguro ir por separado y con un día de diferencia.

—¿Y si te sucede algo en el camino y no llegas a tiempo?

—Vamos a tranquilizarnos, ¿vale? No eres ningún principiante. Sabes muy bien lo que hay que hacer en una situación de ese tipo. A lo largo de estos años te has visto metido en cosas peores. De lo contrario, como es lógico, tendrás otro contacto. Pero eso no va a ser necesario porque yo te esperaré. Todo va a salir bien.

—Lo siento. Creo que estoy algo nervioso.

—Te entiendo. La situación es muy delicada. Todos estamos nerviosos. Nos jugamos mucho. En esta nueva misión participa mucha gente aunque solamente seamos nosotros las cabezas visibles. Nuestros puntos de apoyo te seguirán por la ruta y sabremos en todo momento dónde te encuentras. Como bien has dicho, las puertas de acceso a la ciudad estarán alerta y muy vigiladas. No las uses. Entra en Madrid como mejor puedas, pero no te registres en ninguna de las puertas. El cómo hacerlo, eso es mejor que sólo lo sepas tú. Lo único que tienes que tener muy presente es que cuando llegues, has de ir directo a la iglesia de San Nicolás. Está cerca de la de Santa María, no lejos del palacio. No necesitarás plano alguno para encontrarla. Allí nos encontraremos.

—Sé dónde está. Y hasta que llegue ese día ¿hay que hacer algo?

—Sí. Hemos pensado que antes de la capital, el primer sitio al que has de ir es a Pastrana. Tienes que ver a la princesa. Se llevará una grata sorpresa al verte. Tengo entendido que contáis con muy buena comunicación. Aprovéchala. Ella ha de conocer por su yerno, Medina Sidonia, el nuevo capitán de la Armada, algunos detalles de la estructura de la flota. Si conoce incluso detalles del despliegue previsto, pues ¡albricias! Si no es así, es muy posible que te dé el nombre de las personas que puedan tener acceso a esta información en Madrid.

—¿Qué sucedería si ella me proporciona la información necesaria que finalice la misión? Entonces no tendría que bajar hasta Madrid.

—Es posible que así sea, pero antes tendríamos que valorarla. Parece engorroso y hasta arriesgado tener que entrar en la ciudad para luego abandonarla al instante. Pero en cualquier caso no haríamos eso. Yo me encargaría de cifrarla y de hacerla llegar a Londres lo más rápido posible.

Tú y yo permaneceríamos a resguardo en un sitio seguro, dejaríamos pasar unos días y luego abandonaríamos Madrid para siempre.

Marlowe se quedó en silencio escuchando con atención las palabras de su amigo.

—Estamos muy cerca del final. Tu trabajo en los últimos años ha sido espléndido. Sólo necesitamos subir un último escalón y todo habrá llegado a su fin.

—Espero que así sea. No te entretengas, todo ha quedado claro. En pocos días nos veremos en Madrid.

Los dos jóvenes se levantaron y se dieron un fuerte abrazo. Cuando Nicholas Faunt se perdía entre los clientes de la taberna de los Actores, una voz llamó a Kit.

—Señor Marlowe, os he estado buscando desde hace un buen rato. ¿Dónde diablos os habíais metido?

Con los ojos fuera de las órbitas, observó al señor Philip Henslowe que lo llamaba haciendo aspavientos con los brazos, acercándose entre la gente hasta su mesa. El joven agente no comprendía nada.

—Tengo trabajo para vos, muchacho. ¿No os acordáis de que teníamos una cita?

—Sí, pero yo pensé…

—Yo pensé, yo pensé… Estáis muy raro. No sé qué os pasa. Espero que esto no afecte a vuestro don. Os creéis que por escribir cuatro versos y recibir dos aplausos ya está todo hecho.

Aguantó como pudo la reprimenda del señor Henslowe. No entendía nada. Miró hacia la puerta del local y allí vio a su amigo riéndose a carcajadas. Desde la distancia y con el bullicio que tenía a esa hora el local no lo podía escuchar, pero en sus labios pudo leer la manida frase que una vez tras otra se repetía a cada paso en aquella extraña empresa en la que se había convertido su vida: «Nada es lo que realmente parece…».

OceanofPDF.com

Capítulo 35

Pastrana (España)

Miércoles, 22 de junio de 1588

Las dos últimas semanas habían sido muy tensas y duras. Desde que partiera de Londres camino de Madrid, Marlowe no había apenas descansado, absorbido por la tensión del viaje y los continuos peligros que solamente él veía en cada esquina y en cada cruce de caminos.

Tras abandonar como de costumbre el puerto de Laredo, en el norte de la Península, no había cejado en su empeño en bajar hasta Pastrana lo más rápido posible. Su pertinaz obsesión por la seguridad lo hacía viajar de noche, más lento pero más protegido, fuera de las furtivas miradas de los aldeanos. Prefería que pensaran que se trataba de un ladrón cualquiera. Así al menos nadie se metería con él.

De esta forma llegó el miércoles a la villa ducal pocas horas antes del alba. Sabía que a esa hora nadie le recibiría, por lo que prefirió pasar el resto de la noche escondido junto a su caballo en algún paraje cercano a la ermita de San Pedro, antes de subir al pueblo y encontrarse con doña Ana.

El cansancio se hizo con él y no tardó en dormirse. La bondad de la noche en el valle del río Arlés lo ayudó a deshacerse por unas pocas horas de la tensión de los últimos días.

Cuando quiso darse cuenta, el sol ya estaba bien alto en el cielo.

Lanzando una maldición al descubrir que se había quedado dormido, recogió sus cosas y con toda la prisa que pudo se montó de nuevo en el caballo. La residencia de la princesa quedaba a poco más de media legua de donde estaba. No tardaría en llegar a la plaza del mercado.

Como si se tratara del indeleble fantasma del palacio, el joven se encontró con Diego de Horche, el camarero principal de doña Ana de Mendoza. Vestía de negro, como en las otras veces que le había visto. Su rostro no había cambiado un ápice. Hombre culto y servicial, don Diego era una de las personas más importantes, quizá la que más, al servicio de su señora.

—Buenos días, don Diego.

—Buenos días, señor Shelton.

—Siento llegar de esta manera tan precipitada, sin avisar. Espero que no resulte de ello ningún inconveniente para con doña Ana.

—No os preocupéis, estamos acostumbrados a vuestras visitas repentinas. —El tono del camarero sonaba a reproche—. Aunque lamentablemente, si lo que pretendéis es ver a la princesa… —Diego interrogó con la mirada al recién llegado y al recibir la respuesta afirmativa de éste prosiguió—, me temo que en esta ocasión no podréis verla todavía.

—¿Se encuentra en San José, como la última vez que la visité? Si es así, puedo ir hasta allí y hablar con doña Felipa de Acuña. Ella seguro que me deja entrar a hablar con la princesa.

—No, señor Shelton. Reside en estas fechas en la casa, pero no se encuentra aquí. Ha ido a misa a San Francisco.

Diego señaló con el dedo la enorme iglesia de ladrillo que se levantaba en una loma justo detrás del palacio.

—Quizá yo os pueda atender o ayudar en algo.

—No, gracias, don Diego. Sois muy amable, pero si no queda otro remedio prefiero ir a buscarla y esperarla allí mismo.

Ya había tomado la rienda de su caballo cuando el camarero le cortó el paso.

—Me temo que eso no va a ser posible. Doña Ana no va a la iglesia por el camino conocido, sino que utiliza un subterráneo que conecta directamente sus habitaciones con San Francisco. No sale a la calle y, por lo tanto, no la podréis ver. Cuando regrese de sus oficios y haya descansado le haré saber que estáis aquí. Entonces, si ella lo cree oportuno, os recibirá, pero hasta entonces me temo, insisto, que deberéis esperar.

El agente se lamentó entonces de haberse quedado dormido. Seguramente, si se hubiera levantado con los primeros rayos habría podido verla antes de ir a misa.

—¿Sabe si tardará mucho?

—Lo desconozco. Hoy se cumple el aniversario de la muerte de uno de sus hijos y, como de costumbre, ha mandado celebrar un funeral extraordinario en la iglesia.

Todo parecía complicarse. Conocía a la perfección el apego que doña Ana tenía a sus hijos. Siempre los había defendido por encima de todas las cosas. No sería extraño que su visita en aquella jornada se dilatara más de lo acostumbrado debido a las funestas celebraciones que se llevaban a cabo. Pero no le quedaba más opción.

—Está bien, don Diego. La esperaré. El asunto que he de tratar con ella es importante y personal.

—Como deseéis, señor Shelton. Si es de vuestro agrado, puedo mandar que acomoden vuestra cabalgadura en nuestras caballerizas y daros una habitación en la zona baja del palacio para que descanséis. Tenéis el aspecto de haber realizado un viaje largo en los últimos días.

El joven se miró de arriba abajo. En efecto, su aspecto quizá no era el más idóneo para ver a la señora. No sabía si el comentario de don Diego iba con segundas intenciones, pero en cualquier caso le pareció acertado.

—Muchas gracias. Será un verdadero placer.

—Os recomiendo descansar un poco y tomar un baño. Eso relajará la fatiga del viaje. Si sois tan amable de seguirme, os indicarán dónde aposentaros.

A un gesto de la mano del camarero, apareció un grupo de mozos en el patio. Uno de ellos se hizo cargo del caballo para llevarlo a las caballerizas del lado meridional del edificio. Otro llevaba en la mano ropa limpia para que Kit la pudiera usar mientras el servicio lavaba la suya. Sin perder un instante, don Diego emprendió el camino hasta el lugar en donde se encontraban las pocas habitaciones con que contaba aquel extraño palacio a medio acabar, destinadas a servir de posada de los escasos invitados que se acercaban a él.

—Espero que encontréis todas las comodidades que necesitéis. Si precisáis de alguna cosa, en la puerta siempre habrá un muchacho que os podrá ayudar. Cuando os hayáis quitado la ropa, dejadla, por favor, en este cestillo y tocad la campana. Alguien del servicio vendrá para llevársela y lavarla.

—Sois muy amable. Haré lo que me decís. Seguro que todo está bien. Ahora descansaré y esperaré vuestro aviso para ser recibido por la princesa.

En un extremo de la habitación, no muy amplia, pero bien surtida y acogedora, el inglés encontró tras un cortinaje una tina llena de agua caliente.

No lo pensó dos veces. Se quitó la ropa y siguió las instrucciones de don Diego. Depositó la sucia en el cestillo que había junto a la puerta. Completamente desnudo tocó la campanilla que había cerca y fue corriendo todo lo rápido que pudo a esconderse tras la cortina que envolvía la tina de baño. Se introdujo en el agua dejándose llevar por el placer de su tacto. La temperatura era perfecta. En una repisa encontró todo lo necesario para el baño: jabón, un cepillo, lienzos de lino…

No supo calcular el tiempo que pasó allí, pero el descanso era tan agradable que no oyó ni a la chica del servicio que entró en la habitación para llevarse la ropa sucia, ni tampoco el revuelo que se había generado en el patio cercano, anunciando la llegada de doña Ana por el conducto secreto subterráneo.

Cuando quiso percatarse de los pasos que sonaban desde el final del pasillo en dirección a su habitación, ya era demasiado tarde. La puerta del cuarto se abrió con fuerza.

Por el reflejo de uno de los vidrios que cubría la ventana de una alacena, pudo advertir el oscuro semblante de la princesa de Éboli. Su figura menuda y delgada no parecía haber cambiado en los dos años transcurridos desde la última vez que la vio.

Rápida como un rayo, la mujer no esperó a recibir el permiso para entrar. No parecía importarle que su invitado estuviera dándose un baño. Para espanto del joven, fue hasta el cortinaje y lo descorrió con fuerza.

El agente no sabía qué hacer. Si se movía del agua, ella lo vería tal y como había llegado al mundo. Pero si no lo hacía, podría tomarse como un

signo de pésimo gusto seguir tomando un baño ante la presencia de una dama de tan noble cuna.

—Está aquí. No se preocupe, señor Shelton —dijo por fin doña Ana dirigiéndose a la ventana dando la espalda a su invitado—. A lo largo de mi vida me han llamado de todo. La gente rumorea que he visto más hombres desnudos que pelos tiene mi cabeza. Así que, de todos modos, qué más da. Uno más que uno menos en la interminable lista de bulos que corren sobre mí por las calles de todas las ciudades y pueblos de España.

Dos jóvenes que seguían a la princesa apartaron la mirada cuando sus ojos se cruzaron con los del agente. Sorprendido por lo absurdo de la situación, Marlowe permaneció inmóvil en el agua. Entonces la princesa volvió levemente la mirada hacia donde se encontraba el baño.

—Señor Shelton, no me digáis que voy a tener que ir a sacaros del agua. —Una de las dos chicas no pudo aguantar más y lanzó un carcajada, pero fue reprimida al instante por su compañera con un fuerte codazo—. No tengo todo el día, así que le agradecería que saliera de ahí y se vistiera lo antes posible. A no ser que prefiera que yo misma lo acompañe.

Doña Ana cerró de nuevo la cortina, devolviéndole así cierta privacidad. El solo pensamiento de la escena de un baño con ella horrorizó al joven de tal modo que no tardó en salir del agua, agarrar los lienzos que había junto a la repisa y apresurarse con la ropa limpia para vestirse.

—Siento haberlo hecho esperar, señor Shelton —señaló desde el otro lado de la cortina—. No he sabido de su presencia en palacio hasta que he llegado de San Francisco. Espero que la demora aquí haya resultado de su agrado.

—Así ha sido, Alteza —añadió al fin Kit con voz entrecortada por la rapidez de movimientos que desarrollaba para vestirse cuanto antes—. Don Diego de Horche se ha encargado de que no me faltara nada durante la espera que, por otro lado, no ha sido en absoluto larga. En absoluto, Alteza…

—Me alegro de que así fuera. Hoy es un día especial como creo que ya le han comentado.

—En efecto, Alteza —señaló el joven todavía desde el baño—. Siento que os veáis obligada a tan funestas conmemoraciones.

—Mucho es lo que he vivido ya. Hay cosas que, por más que se empeñen con mi injustificado encierro, nadie me podrá negar.

El invitado salió del vestidor improvisado. Llevaba puestas las ropas que le había entregado el mozo del servicio; ropas españolas que le sentaban mejor que las propias que había traído de Inglaterra.

—Alteza…

Marlowe besó la mano de su anfitriona, que recibió el saludo con una sonrisa en los labios. A simple vista, doña Ana presentaba el mismo aspecto de siempre. Como buena Mendoza, parecía negarse a cumplir años. Pero la vida a la que se veía obligada minaba su corazón poco a poco. Vestía un traje negro con bordados de oro y pedrería sobre el pecho. Al igual que en otras ocasiones, su cabello oscuro lo llevaba recogido sobre la cabeza, pendiendo de él un largo velo blanco. El dobladillo del vestido aún tenía restos de barro y tierra. En efecto, debía de haber estado caminando por el túnel subterráneo del que le habló don Diego, no habiendo tenido tiempo para cambiarse de ropas ante la sorpresiva visita del joven.

Doña Ana agradeció el saludo con la cabeza y contempló al joven de arriba abajo.

—Puede quedarse esas ropas. Veo que le sientan bien y anda cómodo con ellas. No sé dónde se ha metido con las suyas, pero don Diego me ha señalado que las han tenido que quemar. La mugre no es buena compañera del hombre. Han de marchar por caminos diferentes.

—Ha sido un viaje muy largo y duro, Alteza.

—Me lo he imaginado. No es necesario dar explicaciones de nada. No se justifique.

La mujer se levantó de la silla que ocupaba junto a una mesa de nogal con incrustaciones.

—Mejor vayamos arriba —añadió la princesa—. Allí estaremos más cómodos y el servicio nos podrá atender mejor.

Abandonaron la habitación. En la puerta permanecían las muchachas del servicio que nada más dejar el cuarto entraron con rapidez para limpiar el baño y acomodar el lugar.

Durante el camino hasta la planta superior, donde el agente sólo había estado en el primer viaje ahora hacía tres años, no cruzaron una sola

palabra. Todo parecía estar dispuesto arriba porque tampoco iban acompañados por nadie. Se encontraron a don Diego de Horche ante dos enormes puertas de madera que, como Marlowe descubrió poco después, daban acceso a un amplio salón. Las paredes estaban decoradas con gruesos cortinajes de color Burdeos y el techo lucía un artesonado extraordinario. Los ventanales daban por la mañana una gran bocanada de luz a aquella noble sala. Cada uno de los tres que recorrían el muro contaba con unos bancos de piedra adosados a la pared en donde seguramente la princesa disfrutaría de horas de lectura y asueto. En uno de los extremos había una tarima con grandes cojines para sentarse, algo muy común en los salones de los palacios españoles. Se utilizaba como punto de reunión de la señora con las ayas de confianza o amigas de fuera de la casa, para realizar allí labores de costura.

Felipe descansaba en uno de aquellos almohadones acolchados. Sus enormes ojos no perdían detalle de lo que sucedía en la estancia. Al ver al agente, sacó su pequeña lengua rosa y se acurrucó tranquilo entre sus patas.

La princesa de Éboli fue directa al extremo contrario. Allí había una gran mesa redonda, rodeada de muebles con espejos. Junto a ellos, el joven volvió a ver en la pared el famoso retrato.

—Como puede observar, señor Shelton. Nunca me separo de él.

—Es un magnífico trabajo, Alteza.

—En efecto, lo es. Me hace recordar mejores momentos de mi vida, más joven y lozana, rodeada de preocupaciones más mundanas que las que ahora me acechan.

El inglés no supo qué añadir a aquel comentario y permaneció en silencio.

—Tome asiento.

Un sirviente entró con una bandeja de plata repleta de frutas y una jarra de vino y dos copas.

La situación seguía siendo incómoda. Él no sabía cómo afrontar la conversación. No estaba acostumbrado a hablar con un superior sentado en una silla mientras ella permanecía de pie, mirándole.

—¿Sabía que iba a venir, Alteza? —dijo al fin, mientras echaba mano de unas ciruelas.

—Si le soy sincera, pensaba que iba a ser más inteligente. ¿Sabe cómo están las cosas por aquí?

—Realmente, no lo sé. Quizá sea ésa la razón que me ha obligado a realizar un viaje tan largo y arriesgado.

—Si no supiera quién es usted, no le consentiría esa insolencia y lo habría ya mandado echar a la calle. —La princesa hizo una pausa mientras veía a su invitado comer de la bandeja de fruta—. Pero me gusta usted, amigo mío. De alguna forma me recuerda a cómo era yo cuando aún jugaba algún papel en la Corte del rey.

La mujer caminó unos pasos hasta sentarse en una lujosa silla colocada cerca de una de las puertas laterales del salón, junto a su brillante retrato. Kit seguía observándola sin abrir la boca, esperando a que fuera ella la que se decidiera a intervenir.

—Imagino que sabrá ya de la muerte de Santa Cruz… —afirmó ella de manera cínica.

—Algo he oído —contestó él en el mismo tono—. También ha llegado a mis oídos el sutil detalle de que quien está al mando de todo es vuestro yerno, don Alonso Pérez de Guzmán, VII duque de Medina Sidonia.

—En efecto, señor Shelton. Y dejémonos de andar por las ramas. Su trabajo en Lisboa fue excelente, aunque me consta que corrió un grave peligro, tanto al completar la misión que le pedí, como luego en Inglaterra, al intentar justificar su comportamiento. Al parecer se podría decir que sus superiores, el señor Thomas Walsingham y especialmente su primo, *sir* Francis, están muy bien informados. Pero realmente ese tipo de cosas las conocen hasta los niños de pecho que mendigan en las puertas de las iglesias de Madrid.

El tono pretencioso denotaba que nada había cambiado en el carácter de aquella mujer; amable y cortante al mismo tiempo. Doña Ana hizo una pausa levantándose hasta la mesa en la que el sirviente había dejado la bandeja de fruta para tomar de ella un albaricoque.

—El pobre Santa Cruz se fue de este mundo empujado no por su veneno, amigo mío, sino por los quebraderos de cabeza que le generaba todo el proyecto. Es cierto que estaba ya mayor, pero según tengo entendido su pericia en las cosas de la mar no era muy tenida en cuenta. Es más,

apostaría los pocos días de vida que me quedan entre estas paredes que el rey no ha sido informado de la verdadera causa de la muerte de don Álvaro de Bazán. Todo lo que rodea al plan está empapado de cabezas pensantes más huecas que una nuez podrida. Santa Cruz esperaba que la Armada se empleara para lo que realmente siempre se pensó, según los primeros bosquejos de Idiáquez.

—¿Juan…, de Idiáquez? ¿El secretario del rey? ¿De verdad pensáis que el rey no sabe nada?

—Ese político vasco vive pegado a las faldas de Su Majestad. En los últimos meses se ha alejado de su puesto aquejado de una enfermedad, aunque sigue enturbiándolo todo como un gusano. Al principio, Idiáquez, y siguiendo sus lógicas pautas, Santa Cruz, habían aconsejado que se empleara la flota para la invasión de su país. Sin embargo, ahora parece que esa idea está siendo dejada de lado a favor de una posibilidad que al rey y, sobre todo, a Alejandro Farnesio, duque de Parma, en los Países Bajos, les parece más acertada.

—¿Cuál es esa estrategia, Alteza? ¿Es más peligrosa?

—Podría ser más poderosa. Como le anuncié en la carta que envié a Londres, a la muerte de Santa Cruz, mandó llamar a mi yerno, gran hombre y excelente persona, para capitanear la Armada desde Lisboa. Como es lógico se negó en rotundo desde el primer momento. ¿Sabía, señor Shelton, que el nuevo capitán se marea cuando navega por alta mar y que siempre ha querido tener lo más lejos posible cualquier buque por temor a perder en él la vida por los vahídos y las enfermedades que se producen en sus carnes sólo de pensar que ha de subirse a uno de ellos? ¡Valiente marinero!

La princesa se reía describiendo de esta guisa a su querido yerno, quien tanto la había ayudado en tiempos pasados a recuperar cierto desahogo en su encierro.

—Pero tengo entendido, Alteza, que es un excelente administrador.

—Así es, señor Shelton. No me cabe la menor duda de que la Armada ha ganado un inmejorable director en esta empresa. Quizás haya que dejar en un segundo plano que el pobre hombre se maree. Ya demostró buenas maneras en Lepanto. Hay que reconocer que en la actualidad puede ser el mejor hombre para dirigir la Armada. Sin embargo, esa valía como

gobernador y administrador no parece estar refrendada con el valor que se presupone a cualquier soldado. Sí, en Lepanto fue un hombre destacado.

—¿Y qué pinta Alejandro Farnesio en todo esto?

—Muy sencillo. Además del increíble poder militar de la flota, al parecer, y siempre según la opinión de nuestro rey, contamos con otro apoyo, mucho más fuerte.

Kit hizo una señal interrogativa con su mano derecha.

—La Divina Providencia —continuó la anfitriona—. Nuestro rey está convencido de la ayuda divina que nos va a asistir. Se pasa los días rezando en su capilla privada esperando un designio de Dios que le confirme nuestra victoria sobre Inglaterra. Al parecer, los que viven más cerca de él señalan que esa señal ya se ha producido. De todo ello se colige que lo que quiere hacer Felipe con la Armada no es invadir Inglaterra sino utilizarla de puente para que Farnesio pueda abrirse camino con sus hombres desde los Países Bajos.

—Pero eso implicaría una coordinación excelente. Esa idea está a caballo entre la genialidad más absoluta y la locura. Brillante estratega el que la consiga.

—Exacto, señor Shelton. Y eso era lo que preocupaba a Santa Cruz. Desde que llegó a sus oídos el plan de Farnesio, se negó en redondo a que se realizara bajo su responsabilidad. Creía que la empresa era un dislate y que sería imposible hacer llegar a tiempo a los Países Bajos una embarcación con el mensaje de la pronta llegada de la Armada. Sin embargo, no son pocos los asesores del rey que garantizan un éxito rotundo siguiendo esta estratagema. Santa Cruz era partidario de realizar un ataque directo que fuera apoyado por Farnesio, algo mucho más fácil de coordinar.

La princesa de Éboli se detuvo un instante. Parecía estar en dos sitios a la vez mientras hablaba. Desde la distancia todo le parecía frío e indiferente.

—A veces pienso —prosiguió— que nuestro rey está como una cabra, señor Shelton…, como una cabra. Sin embargo, nadie niega la pericia de nuestra flota. Ha demostrado sobradamente en otras ocasiones que contamos con los mejores hombres de mar. Los pertrechos son magníficos y los hombres parecen tener una fe ciega en el cometido que se les ha pedido.

No se puede ser indiferente al sacrificio de miles de hombres trabajando en los astilleros para construir los mejores buques del mundo, miles de soldados enviados a una gloria incierta. El éxito garantizará el mayor de los prestigios para España y Felipe. Todo está pensado y atado. En estos momentos, Alejandro Farnesio está en negociaciones con varios puertos para que le sirvan de apoyo durante el trayecto desde el Estrecho hasta los Países Bajos. En Flandes los que hay no superan los 25 o 30 codos de calado.

—Entiendo, Alteza. En absoluto hay que desestimar el valor de la flota española. Todo lo contrario. La idea es arriesgada pero partiendo de los experimentados barcos españoles, todo parece estar destinado al éxito. Me consta que en Lepanto sucedió algo parecido. Muchos pensaban que se trataba de una locura. Y al final llegó la victoria en un terreno enemigo, agreste y hostil. La Liga Santa encabezada por España consiguió un triunfo sin parangón contra los turcos. Desconozco los entresijos de esta nueva campaña, pero no me cabe la menor duda de que el hecho de mi presencia aquí no es más que el reflejo del respeto, la preocupación y el miedo que mi país siente por un ataque de estas características.

—Por supuesto, señor Shelton. No crea que pretendo desviar su atención intentando convencerlo con patrañas y mentiras de que la Armada no es más que un montón de barcas de sardineros. Nada más lejos de la realidad. En vuestro lugar yo estaría temblando. Pero hay que comprender que la línea que separa el éxito del fracaso es extremadamente fina, casi imperceptible.

—Nada más lejos de mi intención, Alteza. Mis superiores saben que la información que me habéis proporcionado en los pasados años ha sido siempre de gran valor. Ha podido ser contrastada y confirmada en cada detalle. —La princesa se sintió orgullosa de escuchar esas palabras—. Pero de igual forma que no hay que dejar en manos de Dios el destino de la Armada, como al parecer hace vuestro rey en gran medida, nosotros tampoco tenemos que confiar la victoria al posible fallo de nuestro contrincante.

—Mi joven amigo, espero que ahora no todo el mundo se haya vuelto loco y haya un poco de cordura sobre la faz de la Tierra. Felipe sabrá lo que

hace con su reino. La Armada ya se ha detenido en La Coruña debido a los malos vientos que dominan aquella zona. Las reparaciones dicen que han sido costosísimas y muchos de los barcos, no obstante, están preparados para salir. La gente no es tonta. He de reconocer que no son pocos los que han desertado de esta empresa. Incluso me consta que el propio Medina Sidonia quiere escribir al rey, si no lo ha hecho ya, aconsejándole que desista de ella. Todos tienen cierto miedo a dar el primer paso. De algún modo creen que no es necesario buscarse problemas con los ingleses. Dejar las cosas como están es para algunos secretarios lo más aconsejable. Me consta que mi yerno ha escrito al rey una carta detallando las posibles carencias de la Armada y ¿sabe lo que ha hecho Idiáquez con ella, señor Shelton? —El joven negó con la cabeza. Podía ser cualquier cosa—. Pues la ha escondido. Menudo secretario. —La princesa rió—. Ha ocultado el informe de la Armada para no dar razones a aquellos que esgrimen que el ataque, de producirse, podría ser una terrible derrota. Yo, si le soy sincera, señor Shelton, no me metería en ese gallinero. Demasiados gallos para tan poca gallina.

El agente no atendió a los últimos comentarios de doña Ana.

Sabía que podía tener razón, pero lo más acertado sería tomar de la información los datos puramente prácticos, dejando de lado las impresiones. En más de una ocasión había comprobado que ese tipo de coletillas provenían sólo de la aversión que durante años se había generado en su casa contra el cruel monarca que la mantenía encerrada sin juicio ni sentencia.

—¿Hay una fecha definitiva para salir hacia el Estrecho, Alteza? —El inglés quiso arrastrar la conversación a su terreno y obtener el mayor número de datos posible.

—Mi buen amigo, eso ya no lo sé. La fecha seguro que la conocen en Madrid. Me consta que la premura es máxima. Tenéis que estar alerta. Santa Cruz se fue a la tumba cargado de úlceras producidas por la tensión de un proyecto de estas características. Llegó el momento en que no sabía cómo hacerle ver a Su Majestad que un plan de esta índole necesitaba un tiempo prudente y que hacer zarpar la flota sin las garantías necesarias era una verdadera locura para todos. Pero creo que las garantías están garantizadas. No son pocos los que creen que Santa Cruz únicamente veía peligrar el

proyecto porque en realidad lo que peligraba era su protagonismo. Y de nada le sirvió. Ahora descansa en paz a sabiendas de haber hecho todo lo posible. El rey está enfermo de gota y cada vez los procesos se le presentan antes. Pasa más tiempo en la cama que despachando con sus secretarios y las decisiones que toma son, en ocasiones, precipitadas.

El agente miraba al suelo pensativo. Sabía que iba con el tiempo en contra y lo único que tenía claro es que su idea de salir de Pastrana con toda la información bajo el brazo se había diluido hacía minutos como un azucarillo.

—No creo que lo pueda ayudar más. Desconozco cuándo saldrán de La Coruña. Lo único que le puedo decir, que no es poco, son sus intenciones. Pero si de algo estoy segura es de que la orden de salida se dará desde Madrid, cuando la Armada esté perfectamente preparada. Es Su Majestad quien da la orden de partida. Puede usted intentar hablar con don Antonio Pérez. El sigue manteniendo contactos con la secretaría de Estado del rey. Quizá sepa algo más de lo que os he dicho.

El agente ya había pensado en esa posibilidad. No obstante, para saberlo tenía que regresar cuanto antes a Madrid y comenzar desde allí la búsqueda de información que completara los datos con los que ya contaba.

—Os estoy muy agradecido, Alteza. Me habéis servido de gran ayuda.

—Así lo espero, señor Shelton. No me siento traidora a mi país. Cuanto antes se acabe todo, menos gente sufrirá inútilmente. Es mejor que los ingleses sepan cuáles son nuestros pasos y así evitar dar golpes de más.

Kit rió aquella ocurrencia mientras se levantaba de su asiento. No había más que hablar con doña Ana.

—Ahora he de irme con urgencia a Madrid. Si me disculpáis, Alteza, recogeré mis cosas y abandonaré el palacio.

—Ya es tarde. ¿Adónde quiere ir por la noche? Hoy no llegará a Madrid. No es seguro dormir al raso en los alrededores de la capital. ¿Por qué no descansa aquí, pasa la noche en la habitación que le han preparado y ya mañana parte después del amanecer?

—No quisiera abusar, Alteza. Además viajo más seguro de noche, todavía no sé cómo entrar en la villa.

—De eso no se preocupe. Mañana después del alba lo recogerá mi carroza en el patio. Viajará en ella con don Diego. Nadie los detendrá ni les hará preguntas comprometidas en la puerta de la ciudad. Será lo más seguro para usted, y así podrá descansar esta noche sin preocupaciones. Pronto estará en Madrid. Será lo mejor.

Se alegró del giro que habían dado los acontecimientos. De repente encontró una manera segura de entrar en la ciudad, evitando así tener que estar maquinando arriesgados juegos malabares.

—Ahora puede retirarse, señor Shelton. Tengo otros negocios que atender.

La princesa recogió a *Felipe* y marchó erguida hacia la salida de la sala. Pero antes de abandonarlo se dio la vuelta y acribilló con su singular mirada al agente inglés.

—No lo olvide. Tenga mucho cuidado con la Armada. Es una flota realmente peligrosa.

Tan displicente como siempre, abandonó el lugar dejando solo a Kit junto a la mesa y las frutas. En una de las puertas observó a un sirviente que lo esperaba con mirada inquisitiva. El agente tomó de la bandeja el último albaricoque y siguió al muchacho hasta su cuarto.

—Vendré a buscaros a última hora de la tarde para la cena, señor.

Y diciendo esto, dejó al joven inglés en el interior de la habitación cerrando tras él la puerta.

OceanofPDF.com

Capítulo 36

Westminster, Parlamento (Inglaterra)

Viernes, 24 de junio de 1588

El fiel James preparaba los últimos detalles del despacho de su señor, Robert Cecil, en el edificio del Parlamento de Londres. Conocía la exigencia del político y prefería ahorrarse cualquier tipo de reprimenda si podía evitarlo.

Sobre la mesa había documentos de fechas diferentes. Los clasificó según su orden de importancia y por días con el fin de acelerar el despacho de los papeles. Tras unos minutos, todo parecía estar de nuevo en orden. Su señor no era un hombre ordenado. Además, Robert Cecil se había malacostumbrado a que su inseparable servidor James se lo colocara a diario, lo que hacía que fuera aún más descuidado a sabiendas de que había alguien que iba a realizar este trabajo.

El celo del ayudante iba más allá de la colocación de las cartas. Había llegado al punto de disponer incluso el orden de los tinteros, lamparillas y cofrecillos, buscando la mejor armonía entre los muebles del despacho. Cerró un pequeño cofrecillo de marfil, retiró una bandeja con un búcaro de agua del día anterior y cerró bien los cajones del frontal. De uno de ellos colgaba, atorado, el ribete rojo de lo que parecía ser una bolsa. James sabía que no debía mirar en los cajones de la mesa de su señor, pero el simple hecho de abrir levemente uno de ellos para colocar el fleco de una bolsa no le pareció que fuera un gesto de infidelidad. Lo abrió, colocó en su interior el fleco y volvió a cerrarlo.

Su rostro se puso blanco como la nieve. Maldijo aquel celo suyo por el orden. Lo que acababa de ver no le gustó nada. Arrastrado por una curiosidad de la que jamás había hecho gala, James volvió a tomar el picaporte del cajón. Necesitaba comprobar que lo que había visto no era lo que él pensó en un principio. Se detuvo un instante para comprobar que no había ruidos en el exterior del despacho y una vez seguro de estar solo, lo abrió de nuevo. Esta vez lo hizo mucho más despacio.

No se había equivocado. Una expresión de horror recorrió su rostro, prorrogando un frío sentimiento de traición por su espalda. Alargó la mano y tomó una bolsa roja de terciopelo. Le dio la vuelta y confirmó sus sospechas. Era un monedero lleno de dineros de oro con el sello de la Corona española bordado en el exterior.

Las preguntas empezaron a acumularse en la cabeza de James. ¿Qué hacía eso en el cajón de uno de los políticos más reputados de Inglaterra? ¿Era el recuerdo que del saqueo de un barco español alguien le había entregado, por lo que nada habría que temer? O, por el contrario, ¿era el pago que Robert Cecil estaba recibiendo de los españoles por el envío continuado de las cartas comprometedoras que él mismo se había encargado de llevar a la posta? Esta última posibilidad le acabó por poner los pelos de punta. La idea de una posible ayuda a los españoles en detrimento de la familia Walsingham parecía convertirse en una simple tapadera de intereses más ocultos; intereses que entraban de lleno en la traición a la Corona de Inglaterra. Si no era así, ¿por qué demonios recibía Robert Cecil dinero de los españoles, declarados enemigos de su país?

El estado de inquietud en el que entró le hizo bajar la guardia. James no oyó los pasos que venían del final del pasillo. Eran los andares desacompasados de Robert Cecil, dirigiéndose a su despacho.

Cuando entró en él, ya era demasiado tarde. James apenas tuvo tiempo de arrojar la bolsa de monedas al cajón y empujarlo discretamente con la mano y la pierna. Pero fue en vano.

Cecil se detuvo al instante a la entrada del despacho observando a su secretario con mirada siniestra. El servidor se percató de que había sido descubierto. Jamás su señor lo había mirado con aquel rostro desencajado.

—¿Qué es lo que hacías, James?

—Na…, nada, señor. Me limitaba a colocar los papeles de la mesa como de costumbre pa…, para ayudaros en vuestro trabajo.

—¿Y por qué tartamudeas? ¿Estás nervioso? ¿Crees que has hecho algo que no debías?

—No tartamudeo, señor. Esta mañana no me encuentro bien. Es posible que tenga alguna calentura. Quizá sea mejor que, con vuestro permiso, me retire y acabe mi trabajo por hoy.

James se retiró de detrás de la mesa y emprendió el camino hacia la puerta del despacho para irse. Pero el político inglés lo detuvo.

—¿Qué es lo que mirabas en el cajón, James?

—¿En el cajón, señor? No sé a qué os referís. Bien sabéis que no tengo por costumbre mirar en el interior de los cajones de vuestra mesa. En más de una ocasión me habíais informado de la prohibición de ello, señor.

Robert Cecil se acercó hasta su mesa. Observó los cajones y, como sospechaba, descubrió cómo el cajón que contenía la bolsa de monedas no estaba cerrado del todo.

Con un fuerte golpe acabó de hacerlo generando un ruido ensordecedor en el despacho.

—¿Tienes calenturas, dices?

—Sí, señor. Será mejor que me retire, con vuestro permiso, quizás os pueda contagiar algún mal.

—El caso es que, James, no parece que tengas mala cara. Solamente aparentas estar asustado…

Su voz, mientras se sentaba en un sillón, no dejaba lugar a dudas. Sabía que había descubierto a su secretario hurgando en donde no debía. Ignoraba si se trataba de una costumbre cotidiana, pero, en cualquier caso, era demasiado peligroso para su futura carrera en el gobierno de Inglaterra.

James se había retirado hasta la puerta confiando en que su señor le daría permiso para abandonar el despacho. Sería mejor tomarse el día libre y reanudar el trabajo al día siguiente, más tranquilo.

—Antes de que te vayas, James. Ayúdame con una carta y en pocos minutos podrás irte. La dejarás en la posta, camino de tu casa. —Robert Cecil le miró con detenimiento—. Es cierto. Pareces un poco cansado. Será

mejor que no te agotes en demasía. Sólo será una carta y podrás ir a descansar.

—Gracias, señor.

James, como de costumbre, esperó a que Cecil acabara de redactar la carta que tenía sobre la mesa. Al hacerlo se la entregó. La dobló y se acercó a la lámpara de la mesa de su señor para sellarla con su característico lacre de color verde.

—No, James —le detuvo el Elfo—. ¿No sientes curiosidad por conocer el contenido de la carta?

—Señor…, yo no…

—Sí, por favor, mi fiel James. Léela y luego coméntame tus impresiones. Seguro que me serán de gran utilidad.

James hizo lo que su señor le ordenaba. A medida que avanzaba línea a línea, el gesto de su rostro se demudaba. Una gota de sudor frío comenzó a recorrer la frente del pobre acólito.

—¿Qué te ocurre? Estás sudando. ¿Es la calentura?

—Sí, señor. Ya os he dicho que no me encuentro bien. Será mejor que me vaya.

—No, mi fiel amigo, todavía no. No me has comentado cuál es tu impresión sobre la carta que te acabo de entregar…, destinada a Mateo Vázquez, secretario del rey de España.

—Se… ñor, ya sabéis mi opinión sobre estas cosas. No creo que sea lo mejor estar informando a los españoles, nuestro enemigo declarado, sobre los movimientos de los servicios secretos en Madrid.

—Al menos eres sincero, mi fiel James. Pero ¿no crees que voy demasiado lejos proporcionando el nombre de los agentes que ya están de camino para realizar la misión y los posibles lugares de contacto para que puedan ser detenidos cuanto antes?

James pareció perder un poco el miedo. Aquello era excesivo. Nunca había visto a su señor adoptar una postura tan pretenciosa. El secretario sopesó las palabras antes de hablar.

—Señor, no creo que esto tenga nada que ver con vuestro enfrentamiento con la familia Walsingham.

—Eres muy hábil en tu juicio. Aunque tampoco hay que ser muy inteligente para llegar a ese tipo de conclusiones. Solamente es necesario hurgar en los cajones de tu señor para lograr comprender la complejidad de la política exterior de Inglaterra, ¿no es así?

—Os equivocáis conmigo, señor. Yo no he mirado a hurtadillas en el interior de vuestros cajones. Lo que…

—¿No, James? —le cortó al instante—. Entonces ¿qué hacías con la bolsa del dinero español en tus manos?

James permaneció en silencio. Sabía que cualquier explicación que diera a su señor iba a caer en saco roto. ¿Acaso iba a creer que el descubrimiento de la bolsa se debía a la colocación de un ribete atrapado con el borde del cajón? Demasiado irreal para que la tuviera en cuenta. De ser así ¿cómo explicaría que luego fuese cazado con la propia bolsa en la mano? El secretario era consciente de lo delicado de su situación, por lo que prefirió permanecer en silencio y aguantar el chaparrón como fuera antes de salir de allí.

—La callada por respuesta. ¿No crees que el hecho de tener una bolsa como ésta puede deberse a infinidad de razones u obligaciones de mi puesto que no llegas siquiera a comprender?

James sintió que le estaban tomando por estúpido. Aquel comentario, arrogante y presuntuoso, no le agradó en absoluto. Desde luego que no se justificaba con la fidelidad que como secretario y durante años había brindado al político inglés.

—Si me lo permitís, señor —añadió James con voz queda—, después de leer las cartas que mandáis a Mateo Vázquez a Madrid, me costaría entender o creer cualquier otra explicación que no fuera la burda traición a Inglaterra.

James permaneció frío en su posición observando a Robert Cecil. Éste tardó en reaccionar a las palabras de su secretario.

—¿De verdad crees que estoy traicionando a Su Majestad?

—Una carta con ese contenido puede mandar a la horca a cualquiera, señor.

—Incluso a un político de mi talla, te gustaría añadir, ¿no es así, James?

—Vos contáis con muchos contactos, pertenecéis a una importante familia y se os condonaría la pena por una prisión más o menos rigurosa en la Torre de Londres, pero el delito está de sobra demostrado.

—¿Me estás comparando acaso con la princesa de Éboli o con Antonio Pérez?

Robert Cecil se levantó y caminó despacio hacia la ventana. El calor del verano ralentizaba sus movimientos, convirtiéndolos en más pesados y dolorosos. Desde luego aquella estación no era su preferida y mucho menos en unas semanas durante las cuales el bochorno de Londres parecía que no tenía fin.

—Quiero que sepas algo más que quizá te aclare la realidad de lo que está sucediendo. Abre ese arcón, por favor.

James se acercó, siguiendo las instrucciones de su señor, a un arcón que había cerca de la puerta del despacho. Se trataba de otro de los lugares restringidos cuyo acceso estaba totalmente prohibido. Cuando se acercó y lo abrió, le sorprendió el hecho de que no tuviera cerradura. Cualquiera podría haberlo abierto antes que él. Siempre pensó que estaba cerrado con una llave que Cecil guardaría con celo en un lugar secreto. Pero no. Parecía que siempre había estado abierto, sin más. La diligencia en su trabajo le había alejado siempre de él. Estuvo a punto de tratar de explicárselo a su señor, pero pensó que sería absurdo intentar convencerlo de algo que tomaría como una simple estratagema para evadir el castigo.

En el interior del arcón había montones de papeles. Cada uno de ellos tenía una etiqueta escrita en la parte superior y una cinta de color que la diferenciaba del resto.

—A la derecha tiene que haber un pliego de documentos atados con una cinta azul. —Robert Cecil dijo esto mientras regresaba cansado a su asiento —. Tómalo y cierra el arcón.

El pliego era muy grueso. Su peso hacía que fuera obligado cogerlo con las dos manos. James lo llevó hasta su pequeña mesa de trabajo y regresó para cerrar el arcón.

—Retira el lazo azul y echa un vistazo al contenido de las cartas.

El secretario obedeció la orden de su señor. Se sentó y desató el nudo de la cinta de seda. Quitando la primera página que los tapaba, James pudo ver

en primer lugar el nombre de Antonio Pérez. Otras cartas estaban firmadas por la rúbrica de la princesa de Éboli, pero en su mayoría eran cartas que procedían de la secretaría de Estado de Felipe II. Eran las respuestas a las cartas que había enviado durante estos años a Mateo Vázquez.

La correspondencia de Antonio Pérez estaba escrita en latín, por lo que no le costó leer por encima algunas líneas y conocer su contenido.

—Busca entre ellas una que tiene el sello real de España —ordenó Cecil a su secretario—. Cuando lo hayas hecho, léela con detenimiento.

James así lo hizo. Desplegó algunas sobre la mesa, con cuidado de no perder el orden y ayudándose de sus delgados dedos mojados en su propia saliva, el secretario fue pasando una a una las hojas hasta encontrar la carta que su señor le había indicado. Comenzó a leer.

Robert Cecil observaba detenidamente cada uno de los movimientos del secretario. Cuando se detenía para mirar a su señor, éste lo animaba con la mano para que continuara la lectura entre los párrafos emperifollados de rúbricas y alongados trazos.

Al acabar, levantó la mirada hacia su señor.

—Para qué me hacéis leer esto, señor. Es la confirmación de vuestra alta traición a Su Majestad. Mateo Vázquez y Juan de Idiáquez confirman la llegada y los movimientos de los agentes de Walsingham.

—Creo que te queda mucho por aprender. Pero entiende que tampoco es de mi interés que vayas por ahí pregonando mis indiscreciones.

—¡Esto es traición!

—No seas ingenuo. Ponte de mi lado y todo saldrá bien. Vuelve a guardar las cartas donde estaban y envía la que te acabo de entregar por el medio de costumbre.

James no contestó. Hizo el amago de guardarse las cartas comprometedoras. Estaba claro que su idea era denunciarlo al Consejo por alta traición a Su Majestad. Pero sólo fue un amago. Su mirada empezó a nublarse, cerrando los ojos lentamente y de forma acompasada.

—¿Te encuentras bien, mi fiel James? Acaso la calentura te está volviendo a jugar una mala pasada.

James abrió los ojos en un gesto inútil por regresar a la realidad. Oía la voz de Cecil muy lejana. En un breve momento de lucidez, el secretario

observó sus manos. Las yemas de los dedos estaban azuladas y el sabor de su boca cada vez era más agrio y seco.

No hubo tiempo para más, James intentó ponerse en pie. El increíble esfuerzo que eso supuso acabó con sus fuerzas. Cayó al suelo con la mirada perdida en el techo del despacho, entre fuertes convulsiones, echando espumarajos por la boca. Estaba muerto.

Pasados unos minutos, cuando el cuerpo de James había cesado de moverse, Robert Cecil abrió uno de los cajones de su mesa. Tomó unos guantes blancos, se los puso y se levantó de su asiento. Se acercó a la mesa de su secretario y con sumo cuidado colocó los papeles procedentes de España. Ató la cinta y depositó el pliego una vez más en el arcón. Lo colocó todo demostrando que era capaz de hacerlo sin necesidad de contar con el servicio de secretarios curiosos.

Se aproximó a su mesa y ayudándose de una lámpara de aceite avivó las llamas de unos papeles inservibles que había en el interior de un pebetero. Cuando las llamas fueron generosas, Robert Cecil se quitó con cuidado los guantes cubiertos del veneno de las cartas de Antonio Pérez y los arrojó a las llamas.

Con frialdad extrema hizo llamar a un grupo de sirvientes para que se hicieran cargo del cuerpo del desdichado James.

Cuando entraron, los muchachos se quedaron estáticos como piedras.

—No os preocupéis. Ha sido un desagradable accidente. —Robert Cecil decía esto mientras se secaba las manos tras habérselas lavado en una palangana—. He recibido unas cartas envenenadas desde España que han causado la muerte de mi fiel James. Yo mismo me encargaré de realizar el informe, no será necesario molestar a nadie más. Lamentablemente no es la primera vez que nos ocurre.

Los jóvenes se miraban sorprendidos por la frialdad del político ante la desgracia que suponía una pérdida en esas circunstancias. No hicieron preguntas y, obedeciendo las órdenes del político, agarraron por los hombros y los pies el cuerpo sin vida del pobre James y lo sacaron del despacho.

Cuando se llevaron el cadáver, Cecil tomó de la mesa de su secretario la última carta que había escrito para Mateo Vázquez. La dobló para cerrarla y

la lacró con su sello. Acto seguido, volvió a hacer sonar la campana para llamar a otro sirviente.

Al poco tiempo la puerta se abrió. El despacho permanecía como si nada hubiera sucedido en la última media hora.

—Lleva esta carta a la posta y envíala a Madrid por el medio más rápido. Sería interesante que saliera hoy mismo para allá.

—Así lo haré, señor.

El joven tomó la carta y salió de la habitación saludando a su señor. Robert Cecil volvió a su mesa de trabajo dispuesto a despachar los papeles más importantes del día como si nada hubiera pasado.

OceanofPDF.com

Capítulo 37

Iglesia de San Nicolás,
Madrid (España)

Sábado, 25 de junio de 1588

La carroza de la princesa de Éboli dejó al agente frente al palacio de los duques de Pastrana. La iglesia de San Nicolás apenas quedaba a dos calles de allí. No era el mejor sitio. Desde ese lugar se veía el Palacio Real, donde tuvo el último encuentro con su eterno enemigo, Juan de Idiáquez. Pero eso ahora era lo de menos. Lo importante es que había llegado a Madrid en perfectas condiciones.

A modo de despedida, don Diego de Horche le señaló el torreón de ladrillo del campanario de la iglesia. Así no se perdería. Y sin cruzar más palabra al cerrar la puerta del carruaje, el camarero corrió la cortinilla. Los caballos dieron media vuelta en dirección al interior del palacio de los duques, residencia en Madrid de doña Ana. Era poco más de mediodía y el calor era sofocante.

Como había anunciado la princesa de Éboli, cuando entraron en Madrid por la Puerta de Alcalá nadie hizo una sola pregunta sobre quién iba o dejaba de ir en el coche. Un simple saludo con la mano de don Diego y la impronta del escudo mendocino en la puerta fueron suficientes para que Kit entrara sin ningún problema.

Antes de mezclarse con la gente, el agente echó un vistazo a lo que tenía alrededor. Formaban un extraño escenario un hombre con dos gallinas en cada mano, una mujer con una tinaja dispuesta a llenarla de agua en la cercana fuente y un grupo de niños que jugaban a apalearse entre ellos

mientras eran recriminados por lo que parecía ser la madre del que más palos recibía. Sin embargo, no vio nada sospechoso en aquel ambiente tan similar a otros que había visto hacía ya dos años.

Pegado a la pared, antes de comenzar a caminar hacia la cercana iglesia de San Nicolás, el agente se cercioró de que a su espalda iba su inseparable cuchillo. Tras recobrar la confianza por sentirse pertrechado miró a derecha e izquierda una vez más y continuó su camino hasta allí.

En la pequeña plaza que se abría frente a la entrada había una concurrencia mayor de gente. Algunos puestos de frutas y legumbres daban otro aspecto a esa zona de la calle.

Las puertas estaban abiertas de par en par. Haciéndose a un lado, junto al muro de ladrillo, el inglés dejó salir a un grupo de damas. Agradecieron con una sonrisa el gentil detalle de aquel muchacho.

El templo era realmente pequeño. Con unos pocos pasos se podía recorrer en su totalidad todo el largo de la nave central. En otros viajes había oído decir de esta iglesia que era una antigua mezquita. Lo hubiera sido o no, lo cierto es que no fue capaz de detectar en el interior un solo elemento arquitectónico que lo hiciera pensar. Es cierto que jamás en su vida había visto una sola mezquita, pero en cualquier caso nada de lo que había dentro de ese austero templo podía revelar el antiguo credo del lugar.

El altar mayor era el culmen de la moderación y la austeridad. Tenía una nave central acompañada por dos en los laterales con capillas de aspecto y forma irregular. Algunas puertas daban a entender la existencia de otras estancias pero, desde luego, destinadas al uso parroquial y no al religioso propiamente dicho.

Kit caminó alrededor del perímetro de la iglesia y luego buscó un sitio en el que esperar y descansar. Encontró un asiento en una esquina de la parte más apartada del altar, bajo el pequeño coro, desde el que poder controlar los diferentes accesos que había a la nave principal.

En el interior el ambiente era seco y fresco. Los gruesos muros de ladrillo que le daban forma impedían la entrada del calor, que era bastante intenso. No había servicio religioso a aquella hora, por lo que todo estaba tranquilo. Un muchacho acababa de recoger algunos enseres dejados por el

sacerdote sobre el altar. Cada vez que pasaba frente el Santísimo no dejaba de arrodillarse. Kit contó hasta seis genuflexiones en apenas unos segundos.

Allí no parecía pasar nada extraño. Llegó a pensar si, en efecto, aquello era San Nicolás. Minutos después incluso dudó de si realmente se encontraba en Madrid o en otra ciudad. Después de disipar la inseguridad de estos pensamientos absurdos, se relajó preparándose para una larga espera.

Pero el tiempo pasaba y su compañero no se dejaba ver. ¿Le habría sucedido algo al bueno de Nicholas Faunt? Las capillas laterales estaban desiertas. No había sitio tampoco en ellas en donde sentarse u ocultarse.

Desconocía cuánto tiempo debía estar esperando pero no tenía otra opción. Las campanas de la iglesia hacía tiempo que habían dado las tres de la tarde. Tampoco sabía si el templo se iba a cerrar. En su Canterbury natal o en Cambridge y Londres, las iglesias no estaban abiertas a todas las horas. Desconocía la costumbre en España pero, en cualquier caso, no le quedaba más remedio que seguir esperando pacientemente.

De repente el templo comenzó a llenarse de gente. Kit se asustó al ver aquella pequeña muchedumbre de personas que iban poco a poco llenando los bancos dedicados a hombres, delante, y mujeres, detrás. Incómodo por las miradas que le lanzaban algunas chicas, el agente se vio obligado a adelantar su posición hasta alcanzar los bancos en donde descansaban algunos ancianos.

De pie, en el extremo izquierdo de uno de los bancos, el inglés descubrió por fin cuál era la por él inesperada ceremonia que se iba a dar en la iglesia. Por los comentarios de los feligreses parecía tratarse de un funeral. Y al parecer de alguien muy querido por la parroquia, ya que en pocos minutos no cabía un alfiler. Apretados como picadura dentro de una longaniza, todos esperaban la salida del cura para que diera comienzo la misa. La gente aprovechaba al máximo los pocos huecos que quedaban en los bancos.

Por la derecha recibió un decidido empujón producto de la incorporación de un anciano por aquel lado. Al poco, aprovechando los cuatro dedos que quedaban a su izquierda, casi en el canto del banco, un hombre lo empujó en sentido contrario.

La situación era bastante incómoda. No sabía cómo podría encontrar a Nicholas Faunt en un ambiente como ése. Pensó en abandonar el asiento y salir para regresar una vez acabado el funeral, pero se dio cuenta de que eso llamaría la atención de los feligreses. Además, parecía imposible poder salir de allí. No le quedaba más remedio que esperar y aguantar la ceremonia y los sollozos de las mujeres que, tras él, le resultaban lo más parecido a las plañideras de pago que debían de abundar en la antigua Babilonia.

—Hombre de poca fe… —le susurró una voz al oído.

Sorprendido, miró al hombre que se acababa de acomodar a su izquierda, arrebañando el poco banco que quedaba en ese lado.

No podía ser otro. La amplia sonrisa de Nicholas Faunt acabó por tranquilizar al agente inglés.

—¿Por qué no mueves un poco el trasero para allá para que pueda entrar bien?

—Nick, no hay más sitio en donde sentarse. Haber llegado antes.

—Me ha sido totalmente imposible. Además, es mejor estar rodeado de tanta gente. Nadie se percatará de nuestra presencia aquí.

No había acabado su frase cuando en ese mismo instante alguien chistaba desde el otro lado del banco llamándoles la atención.

—Un poco más de respeto ¡por favor!… Estos irlandeses —reprochó un hombre retorciendo entre sus manos un sombrero de paja.

A los dos jóvenes ingleses no les quedaba más por escuchar. Nick agarró del brazo a su amigo y lo arrastró entre la muchedumbre hasta alcanzar la puerta de salida. El movimiento de gentes ajustándose al espacio que acababan de dejar libre les hizo pasar desapercibidos.

—Hombre importante debe de haber sido el fulano para congregar a tanta gente —añadió Kit mientras daba los últimos codazos a la salida del templo.

—Sígueme a pocos pasos de la manera más distraída que puedas. No es bueno que nos vean juntos.

Dicho esto, Nicholas Faunt emprendió en solitario el camino calle arriba en dirección al Palacio Real. Sorteando los puestos callejeros, en poco tiempo la pista de ambos hombres se diluyó entre la multitud.

Nick tomó dos piezas de fruta de un puesto regentado por una muchacha. Pasó de largo y cuando la chica estaba a punto de levantar la voz llamando la atención al ladrón, Kit, que iba unos pasos más atrás la silenció entregándole una moneda. La vendedora se detuvo y agradeciendo con una sonrisa la propina, volvió a su puesto tras los melocotones.

No lejos de allí, el primero de ellos, Nick, entró directo en una tabernilla que hacía esquina en uno de los laterales de la Plaza de Palacio. Un hombre vigilaba la entrada. Cuando Kit alcanzó la puerta no fue necesaria ninguna explicación, el portero le abrió la puerta para que entrara.

El interior era como cualquier otra taberna de las ya conocidas. Kit pensó que ese tipo de lugares eran idénticos allá donde fuera. No mucha luz, voceríos, gritos, mesas a rebosar de gente, y camareras yendo y viniendo con las manos llenas de jarras, aguantando los comentarios groseros de los clientes. Todo parecía normal.

Descubrió a su compañero sentado en una mesa apartada haciéndole señas para que se acercara, estaba lejos de ventanas y de otras mesas. Cuando llegó a la suya, Nick le aproximó una silla arrastrándola con el pie.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Te lo agradezco porque todavía no he comido. Casi desfallezco.

—¿La princesa no te da de comer?

—Sí, pero llegué a Madrid hace muchas horas. Te he estado esperando en San Nicolás un buen rato.

Nick hizo un gesto con la mano y la boca a una de las chicas que atendían el local para que trajera comida y bebida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Kit.

—Llegué antes de ayer. La situación está bastante sosegada.

No hay movimientos extraños, cosa que no me tranquiliza en absoluto. No tenemos tiempo que perder. ¿Sabes algo nuevo? ¿Te pudo ayudar la princesa?

—Creo que sí, pero por desgracia habrá que completar la información aquí. Aunque ella me ha dado la vía para hacerlo.

—¿No te habrá dado un anillo con el escudo de su familia para que se lo lleves a un primo suyo?

Kit sonrió recordando la anécdota vivida en Reims.

—No. Me ha indicado que quizás Antonio Pérez sepa algo más de lo que ya me ha contado.

En esto llegó la camarera portando una enorme bandeja llena de platos y vasos. Tras dejarlos en la mesa y después de ver que la joven estaba lo suficientemente lejos como para no ser partícipe de lo que se tramaba allí, Kit relató con todo lujo de detalles lo que le había transmitido doña Ana días antes. Desde las dudas planteadas por Santa Cruz poco antes de morir hasta la idea de emplear la Armada como puente para llevar las tropas de Alejandro Farnesio, el duque de Parma, desde los Países Bajos hasta Inglaterra.

Nicholas Faunt mudaba la expresión de su cara a medida que Kit iba añadiendo detalles a su información. Cambiaba de la sorpresa a la incredulidad, pasando por momentos en los que Kit deducía que aquello que le estaba contando no aportaba nada nuevo a lo que ya sabían los hombres de Walsingham.

—Perfecto, Kit. Brillante, como de costumbre. Sabía que lo ibas a hacer muy bien.

—Me alegro de haber sido de ayuda.

—Sí, de gran ayuda. Aunque hay cosas que no encajan con otros informes con los que ya contamos. —Faunt se echó hacia atrás columpiándose en la silla y apoyándose en la pared.

—No te entiendo.

—Muy sencillo. Todo parece indicar, por lo que dices, que Parma está preparando los hombres necesarios para invadir Inglaterra ayudándose de los buques de la Armada. Sin embargo…

Nick mantuvo un silencio que a su compañero le pareció una eternidad.

—Sin embargo, ¿qué?

—Pues que al mismo tiempo resulta que está en negociaciones con Isabel para firmar una paz duradera. Ya lo intentó hace pocos años, pero ahora ha retomado la posibilidad con nuevos bríos. No sabemos si está actuando a espaldas del rey Felipe.

—¿No será una simple treta para mantener ocupada a la reina Isabel mientras se pertrecha para la invasión?

—Eso es lo que piensa Francis Walsingham. Sin embargo, por más que se lo quieren hacer ver a Su Majestad, ésta se cierra en sí misma en ideales sueños de paz. Ya sabes lo que sucedió con su prima María. Hasta que Walsingham no llevó ante sus narices las cartas escritas del puño y letra de la Estuardo urdiendo el plan para acabar con ella y coronarse como nueva reina, fue incapaz de ver en donde todo el mundo veía. Y, aun así, recuerda que fueron casi cuatro meses los que pasaron para que firmara su sentencia de muerte, cuando la condena ya estaba más que asentada por los jueces.

—Doña Ana no habló de nada del duque de Parma con respecto a la idea de un doble juego.

—Quizá la princesa no lo sepa, o simplemente no lo quiere decir porque no le da mayor importancia. Pero lo cierto es que las negociaciones existen.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Voy a cifrar la información que me has dado. Prepararé un informe rápido que en pocas horas saldrá para Londres. A ver si con un poco de suerte llegan en unos días a nuestra oficina en Inglaterra. Por ahora las cosas nos están yendo de cara.

La noche ya había caído sobre Madrid. La charla entre los dos agentes se había dilatado en el tiempo y ya era casi la hora de cenar. No obstante, el ambiente en el local no había decaído lo más mínimo. Al contrario, a Kit le pareció que había más gente que a primera hora de la tarde.

—Nos alojaremos aquí. Ya lo tengo todo preparado. Es un lugar seguro. No obstante, mañana cambiaremos de emplazamiento. No es recomendable permanecer más de un par de días en el mismo lugar. Siempre que nos vayamos, acuérdate de que tenemos que decir que nos separamos y que cada uno se marcha a una ciudad diferente. Tú irás a Segovia y yo, a Valladolid.

—Mañana iré a primera hora a buscar a don Antonio —añadió Kit.

—Perfecto, pero ahora descansa. Sube tú primero a la habitación. Toma esta llave. Es la puerta roja del final del pasillo. Es la única que hay de este color. No tendrás problemas en encontrarla. Yo escribiré el informe y saldré un momento a entregarlo. No tardaré. Cierra bien la puerta y abre sólo cuando oigas cinco golpes.

Nick imitó el sonido sobre el tablero de la mesa. Sin mediar más palabras, Kit tomó la llave que le entregó su compañero y se dirigió hacia la cortina que llevaba al primer piso. No tardó en encontrar la puerta de color rojo. Introdujo el llavón en la cerradura y la giró con suavidad para no hacer ruido. Dentro solamente había una pequeña lámpara que daba la luz justa para encontrar la cama y tirarse sobre ella.

Pronto el agente cayó rendido por el cansancio y las tensiones del día. Se olvidó totalmente de dónde y con quién estaba. En aquel momento no pudo saber si sería capaz de despertarse con los cinco golpes que le había anunciado su amigo. «Si no llega pronto —pensó Kit—, creo que va a dormir en la calle».

OceanofPDF.com

Capítulo 38

Palacio Real de Madrid (España)

Jueves, 7 de julio de 1588

—¿Pero quién es el ingenuo que se va a creer que el montaje de semejante flota ha sido hecho para contrarrestar la actuación de los piratas en las Indias o para acabar con los moros de Argel?

Juan de Idiáquez estaba extremadamente encolerizado después de leer la última carta recién llegada desde El Escorial. Movía los brazos mientras hablaba, golpeando el papel con la mano, manifestando así su más absoluta indignación ante una circunstancia que, según él, cada vez estaba más descontrolada.

Mirándole con rostro impasible estaba el secretario y sacerdote, Mateo Vázquez. Bregado en este tipo de situaciones, el religioso conocía a la perfección cómo se las gastaba el rey de las Españas, y qué era lo mejor en cada momento.

—No comprendo este tira y afloja entre Medina Sidonia y Su Majestad —prosiguió Idiáquez—. Uno quiere salir a toda costa. El otro prefiere alargar la salida en un intento vano por mejorar hasta el último detalle o hacer que Su Majestad se olvide de una vez por todas de todo.

—Tenéis razón, Idiáquez, pero no olvidéis que la idea de montar semejante Armada en parte fue vuestra —le replicó Vázquez.

Aquel comentario acabó por sacar de sus casillas al político vasco.

—¡Eso no es cierto! —La cólera de Idiáquez iba en aumento—. Yo jamás mandé diseñar un proyecto tan arriesgado. Las prisas son malas compañeras y desde luego que la política y las artes de la guerra nada tienen

que ver con los deseos del Altísimo. Las decisiones de Estado y la estrategia del campo de batalla se toman con frialdad ante una mesa de trabajo, con todos los datos necesarios en la mano. En ese complicado proceso nada tienen que ver las interpretaciones de un visionario que según le sople el viento toma una u otra decisión.

—Veo que no estáis muy convencido de las pautas que el monarca está añadiendo al proyecto.

—La idea me sigue pareciendo magnífica, Vázquez. Pero en ocasiones veo que se olvida su naturaleza estrictamente militar, y se añaden otras directrices, como la religiosa, que nada tienen que ver con la realidad de la guerra.

—Idiáquez —señaló indignado el secretario—, si hiciera gala de mi condición de sacerdote, podría hacer que os excomulgaran al instante.

—Pero no lo haréis —sonrió su amigo, calmándose un poco.

—No tentéis a la suerte y dejad al rey que haga y deshaga como mejor le convenga. El éxito o el fracaso, en definitiva, va a ser sólo suyo. El truco en todo esto está en hacerle ver que el equilibrio de las cosas está más allá de los alocados gestos de los que tanto hace gala. Proponedle un plan disuasorio y convencedlo de que ha sido él mismo quien lo ha diseñado. Convertidle en el protagonista de todo y que vea que el Altísimo está de acuerdo en lo que dice.

—¿Pero cómo se puede conseguir eso cuando lo que hoy es blanco mañana es negro?

—Os entiendo, mi querido amigo. No os sulfuréis que no traerá nada bueno para vuestra quebradiza salud. Sentaos y serenaos, que creo que en el papel del rey no están todas las preocupaciones que vuestra cabeza ha de aguantar esta mañana.

Juan de Idiáquez se dirigió a su silla habitual sin comprender a qué se refería Mateo Vázquez.

—No os entiendo. ¿Se va a producir un nuevo milagro en la iglesia de Santa María que nos va a asegurar la victoria contra los ingleses?

El secretario no hizo caso de la broma de mal gusto de Idiáquez. Abrió uno de los cajones del frontal de su escritorio y extrajo de él una carta.

—Ha llegado esta mañana a primera hora. En efecto, la Armada es muy poderosa y es capaz de aniquilar cualquier ejército moderno. Pero existe un peligro, el que los ingleses conozcan con anticipación todos los movimientos que realizamos. Es cierto que algunos de ellos son muy previsibles, pero hay otros, Idiáquez, que pueden ser sabidos sólo si alguno de nosotros les está ofreciendo información de forma irregular.

—¿Más agentes? —preguntó Idiáquez.

Vázquez impidió con un gesto de la mano que su compañero se levantara para recoger el documento. Fue el propio secretario quien se acercó para entregárselo en mano.

—Más sencillo que eso, mi querido amigo. Los mismos agentes de siempre.

—¿Christopher Marlowe? ¿Otra vez Thomas Shelton…?

El rostro del político vasco no daba crédito. El lacre de color verde de la carta que le entregaba Mateo Vázquez le dio la primera pista, confirmando sus sospechas.

Juan de Idiáquez leyó con atención la breve misiva que Robert Cecil les había despachado hacía apenas una semana y media. Al acabarla se la devolvió a su compañero y con una mueca de cansancio se frotó los ojos.

—La verdad es que nuestro amigo jorobado se gana bien el dinero que le pagamos. —Idiáquez, resignado, miró a su compañero—. Pero no sé hasta qué punto ese miserable puede estar diciéndonos la verdad.

—Recordad que nunca nos ha mentido. Él fue quien nos puso sobre la pista de la llegada de Shelton. Coincidió con el hecho del desarme del complot de Babington. Nos consta que había pasado antes por Reims y que se entrevistó con don Bernardino de Mendoza. Shelton es el culpable de que cada uno de nuestros movimientos haya sido previsto por ellos con certera prontitud.

Idiáquez permanecía en silencio en su silla escuchando las palabras de Mateo Vázquez. Era evidente que tenía razón. Hasta ahora todo había sucedido tal y como el secretario había señalado. Ninguna de sus acciones había tenido éxito debido a la anticipación de los ingleses gracias al trabajo del joven agente.

—Podríamos pensar que lo que cuenta Cecil en su carta —añadió Vázquez— complica nuestra situación. La Armada es nuestra mejor baza, pero podría correr gran peligro si llega alguien y se va de la lengua, dando información valiosa a nuestros enemigos.

—Ante todo, Su Majestad no debe saber nada de lo que sucede. Mejor dejarlo al margen hasta que nos hagamos con las riendas de todo. Podemos emplear la información en nuestro propio beneficio. Aunque me preocupa que haya cada vez más agentes en Madrid.

—Es cierto. En efecto, no es nada bueno que se haya incrementado el número de ingleses en Madrid. Cualquiera que conociera a Felipe actuaría así. Nadie puede negar que el montaje de la flota prácticamente se ha convertido en un secreto a voces en toda Europa. Estando los barcos en La Coruña nadie se puede creer, como decía antes, que estén destinados a contrarrestar los males endémicos que nos llegan de Argel o a luchar contra los piratas de las Indias. Sin embargo, el éxito de nuestro proyecto descansa en la estrategia que sigamos una vez echados a la mar. De nada serviría el efecto sorpresa si ya nos están esperando.

—Seguramente los nuevos agentes pretenden hacerse con detalles sensibles que aporten información novedosa. Cuantos más tengan, apostados en tabernas, casas de personas importantes, iglesias, o mentideros, más datos tendrán. Imagino que lo que ahora buscan es la fecha de salida de la Armada o la estrategia que se va a seguir.

—Por suerte, esa fecha no la sabe ni el propio rey —añadió Idiáquez con tono sarcástico—. Sin embargo, me preocupa lo que dice acerca de la posible visita de nuestro viejo amigo Shelton.

—Para él es un poco arriesgado volver después de lo sucedido la última vez. Pero también es lógico pensar que quién mejor que Shelton para poder acabar la misión que se le encomendó en un principio, y culminarla con éxito. Conoce el terreno como la palma de la mano y, en parte, eso es jugar con ventaja.

—Al menos, no lo olvidéis, señor secretario, en esta ocasión también nosotros jugamos con ventaja. No sabemos dónde está, con quién se encuentra, ni por dónde se mueve. Pero sí sabemos con quién se va a

entrevistar casi con toda seguridad. —Idiáquez dijo la última frase señalando un párrafo de la carta de Robert Cecil.

—Todavía estamos a tiempo. Si la carta salió de Londres a la par que Thomas Shelton, es posible que hayan llegado el mismo día. Incluso me atrevería a decir que la carta ha llegado antes que él. Sí, creo que contamos con cierta ventaja. ¿Dónde se encuentra ahora mi buen amigo Antonio Pérez?

—Su Majestad lo ha devuelto a la Corte. Está en Madrid, alojado en la casa de don Pedro Zapata, que está cerca de la antigua Puerta Cerrada.

—No es mal aposento, no. —Vázquez comenzó a caminar por su despacho pensando en la mejor manera de actuar—. Perfecto. Todo son buenas noticias. Cecil señala que con toda probabilidad los dos hombres se encontrarán en Madrid con él. Desconozco qué régimen tiene Pérez, pero haced que sea liviano. Tenemos que hablar con don Pedro y comunicarle nuestro deseo de que su huésped mantenga cierta libertad en casa; que pueda entrar y salir de la finca, moverse por Madrid con soltura. Hay que justificarlo con que así Su Majestad busca crearle el menor trastorno posible.

—Le pondremos una escolta como excusa para tenerlo continuamente vigilado…, hasta que aparezca nuestro hombre. —El político vasco ya estaba frotándose las manos ante el seguro éxito de su nueva empresa.

—Exacto, Idiáquez. Tenemos que actuar prestos.

Diciendo esto, Mateo Vázquez se abalanzó sobre su mesa de trabajo. Tomó papel y pluma y comenzó a escribir la nueva orden que dulcificaba el arresto de Antonio Pérez en Madrid.

—Si aparecen nuevos impedimentos que entorpecen la victoria de la Armada, podemos darnos por perdidos. A saber qué argumentos usa ahora Su Majestad para librarse de nosotros. Nos podemos convertir en un nuevo caso Antonio Pérez.

Cuando el secretario acabó el documento se lo entregó a Idiáquez para que le echara un vistazo. Una sonrisa maliciosa apareció en el rostro del político vasco.

—Será suficiente para el éxito de la misión y salvar nuestra honra.

—Pues no perdamos más tiempo —lo apresuró Vázquez—. Haced que sea entregado a los alguaciles de palacio lo antes posible para que se ejecute la orden de manera inmediata. Recordad que es importante que don Pedro Zapata no sospeche nada. Todo tiene que ser normal.

—Así será. Esta vez, Thomas Shelton no se escapa. Nuestro prestigio está en ello.

Juan de Idiáquez dobló y selló con el emblema de Mateo Vázquez la carta que le acababa de entregar. Corrió hasta la puerta y antes de cerrar echó la vista atrás para hacer un último comentario al secretario.

—Si todo sale bien, recordadme que sume 300 ducados más en el próximo envío a Robert Cecil. En esta ocasión no hay que rechistar por sus servicios. Gracias a él la Armada será todo un éxito. Y nuestra privanza ante el rey alcanzará límites insospechados.

OceanofPDF.com

Capítulo 39

Los arrabales del norte,
Madrid (España)

Viernes, 8 de julio de 1588

A primera hora de la mañana corría aire fresco en las cercanías del taller de don Alonso. La corredera comenzaba a llenarse de gente que subía y bajaba con algo que hacer. Christopher Marlowe, acompañado de su colega Nicholas Faunt, se había acercado hasta allí buscando el anhelado reencuentro que desde hacía casi dos semanas las circunstancias le habían hecho esquivar.

Separado unos pocos pasos de Nick, que siempre iba delante de él abriendo camino hasta el taller, sentía cómo su corazón latía cada vez más rápido a medida que se acercaba a la enorme puerta de madera que daba acceso al patio del estudio.

La entrada y salida de algunos aprendices con lienzos en la mano le anunció que habían alcanzado su meta. En la medida de lo posible, Kit escondió el rostro bajo el ala del sombrero. No quería que ninguno de los aprendices que allí había lo reconociera. Le erizó el vello ver desde fuera la puerta y el patio en el que tuvo aquel desencuentro con Idiáquez que milagrosamente salvó el cardenal arzobispo de Toledo.

Faunt entró en el patio con la mayor naturalidad. Siguiendo las instrucciones de su compañero. A la derecha de la entrada se encontraba la cabaña en la que él se había alojado hacía dos años. Esperaría allí, oculto de miradas indiscretas, mientras su acompañante subía al primer piso a encontrarse con don Alonso y Lorena.

Kit vigiló por una pequeña apertura de la puerta lo que sucedía en el patio. Su entrada en la cabaña no había sido detectada por nadie. Sabía que allí no entraba alma alguna si no era con el permiso del pintor. Desde su escondite observó cómo Nick subía con total parsimonia las escaleras hasta el estudio y era saludado por algunos de los aprendices que lo debieron de confundir con un personaje importante, amigo del maestro.

No había pasado un minuto desde que Nick había desaparecido tras la puerta cuando ésta se volvió a abrir. Su rostro se iluminó al ver a Lorena bajar los peldaños de tres en tres ante la sorprendida mirada de los aprendices, quienes de forma forzada se vieron obligados a apartarse del camino para no ser arrollados.

Estaba igual de bella que siempre. Tal y como la había recordado desde la última vez que la vio precisamente allí, en el patio del taller.

Kit se tuvo que echar hacia atrás si no quería ser aplastado por la fuerza arrobadora de la joven.

Una vez dentro de la cabaña, los dos se quedaron indecisos. Con la respiración entrecortada por la carrera, Lorena apenas pudo sonreír. El agente notaba cómo el corazón se le salía por la boca de la emoción.

—Hola —dijo ella finalmente.

—Estás hermosísima. ¿Cómo te encuentras?

Lorena no contestó. Con la misma celeridad con que acababa de bajar las escaleras se abalanzó hasta donde se encontraba, fundiéndose con él en un ardiente beso. A los dos les pareció que el mundo se detenía en aquel instante.

—¿Por qué has tardado tanto en regresar? —La voz de la muchacha sonaba entre el reproche y la alegría inmensa de volver a ver a su amado.

—¿Y tú me lo preguntas? Estáis a punto de invadirnos y me preguntas por qué no he venido antes.

Ambos rieron la ocurrencia. Se abrazaron de nuevo y se volvieron a besar. Pero el miedo a que alguien entrara en la cabaña les aplacó la desenfrenada pasión que en un instante se había desatado entre los dos.

—No me has contestado cómo estás —insistió Kit.

—De alguna forma todo está tranquilo. El rey está en El Escorial y dirige desde allí absolutamente todo. Aquí, en palacio, quedan algunos de

sus secretarios como Vázquez o Idiáquez. No es mucho lo que se dice. ¿Dónde te alojas?

—Si te soy sincero, lo desconozco. De todo eso se encarga Nick.

—¡Puedes quedarte aquí como la última vez! —dijo eufórica la joven.

—Me temo que eso no puede ser. Idiáquez ya estará al tanto de que algo ocurre. Llegué hace casi dos semanas pero no nos hemos movido prácticamente hasta hoy por seguridad. Gracias a la princesa de Éboli mi entrada en Madrid ha sido discreta e inadvertida por las autoridades. Pero, aun así, todas las precauciones son pocas. Es mejor que no me quede aquí. No sé cómo reaccionaron los aprendices del taller tras el último percance con Idiáquez, pero temo que alguno de ellos pueda irse de la lengua si me ve merodear por aquí de nuevo. Estoy seguro de que les han tentado con dinero para delatar cualquier movimiento extraño de gente que vean en el taller.

—Entiendo. Pero creo poder confiar en ellos. Son de toda honestidad.

—Yo también lo soy, Lorena. Y aquí estoy en Madrid robando información sensible a tu gobierno. —Los dos rieron de nuevo—. No obstante, nos podemos ver por aquí las veces que quieras mientras esté en Madrid.

La puerta de la cabaña se abrió con un profundo rechinar. En un gesto instintivo, Lorena empujó a su compañero hacia la segunda puerta que había en el cuarto para esconderlo en la habitación secreta. Pero no fue necesario. Bajo la entrada estaba Nick acompañado de don Alonso.

No mediaron palabras antes de darse un fuerte abrazo.

—¿Cómo está, hijo?

A Kit, esas palabras estuvieron a punto de emocionarlo. Su compañero cerró la puerta de la cabaña con discreción.

—Estoy bien, gracias. Bueno, estamos bien. Teníamos muchas ganas de acercarnos al taller.

—Su compañero me ha puesto al día. No ha venido para no complicar con premuras innecesarias su llegada. No es mala cosa, no.

Don Alonso no parecía haber cambiado un ápice. Se acercó a una silla y se sentó de forma pesada.

—Don Alonso, ¿cómo va todo por el taller?

—Magnífico. El trabajo no nos falta. Contamos con los mismos encargos de siempre, lo que nos permite abrir nuevos contactos en la Corte y, bueno, lo de siempre.

Nicholas Faunt permanecía al margen de la conversación. Apoyado en el marco de la puerta de la cabaña, mordisqueaba un trozo de madera que había tomado del suelo mientras vigilaba que nadie entrara y los descubriera allí.

—Ahora mismo la Armada está en La Coruña. En breve partirá hacia el Estrecho. Como mucho, en dos semanas. El yerno de la princesa de Éboli es quien está a la cabeza de la flota, que es cada vez más poderosa y fuerte. Dicen que nadie ha visto jamás tal número de naves. No me gustaría estar en vuestro pellejo, amigos.

—Algunos detalles de esa información me fueron proporcionados por doña Ana hace unas semanas. Imagino que ya estarán en Londres. —Kit miró a Faunt. Éste asintió de forma distraída sin abrir la boca.

»Solamente tenemos algunas dudas en las que quizá nos puedan ayudar.

—Si está en nuestra mano, no lo dudéis —aseguró don Alonso.

—¿Cómo actuará la Armada en la invasión?

Kit no quería condicionar la respuesta de sus amigos, así que fue lo más ambiguo posible en la pregunta.

—Va a ser un simple punto de unión entre los Países Bajos y los puertos del sur de Inglaterra —señaló el pintor.

Los dos agentes se miraron. Aquel detalle confirmaba lo que sabían por la princesa de Éboli. Ya no había duda al respecto. El punto desestabilizador no estaba en la propia Armada, sino en los soldados que Alejandro Farnesio, duque de Parma, estaba reclutando en los Países Bajos, a cuyo contingente habría que sumar las propias huestes españolas. En efecto, la Armada era un arma terriblemente peligrosa.

—El objetivo es un poco anómalo —continuó el artista—. En la Corte no dejan de circular diferentes rumores, pero en definitiva todos vienen a querer decir lo mismo. Santa Cruz murió de tristeza al descubrir que todo aquello por lo que tanto había luchado no iba a ser nada más que un simple puente para Alejandro Farnesio.

—Farnesio quiere estar lo más seguro posible de su éxito —añadió Faunt—. Para ello está buscando puertos en la costa de los Países Bajos que sirvan de apoyo. Los barcos españoles tienen mucho calado y corren peligro de quedar encallados en los puertos flamencos. Por otra parte…

—Sí, el duque de Parma, como lo llaman en Inglaterra —don Alonso no dejó acabar la frase al agente—, quiere conseguir la paz con ese país a cambio de que la reina Isabel le otorgue la soberanía de los Países Bajos. Pero aquí nadie sabe nada de esas conversaciones.

Sorprendidos, los dos agentes volvieron a mirarse.

—¿Farnesio trabaja a espaldas del rey de España?

—No lo sabemos con seguridad —continuó don Alonso—. Es posible que sí, pero quizá sea una artimaña para desviar la atención de los ingleses y retrasar la llegada de la Armada, teniendo así tiempo para preparar puertos en donde atracar y reforzar aún más el armamento de los buques.

Lorena permanecía apartada de la conversación, ajena a los comentarios de los hombres.

—El problema no es tan sencillo —prosiguió el artista—. El primer acercamiento lo realizó la reina Isabel. Le propuso al duque de Parma que hiciera una propuesta de paz y éste le contestó que no estaba en sus manos hacer nada. Que si quería algo, que lo pidiera ella primero y que luego él trataría de hacérselo ver a Felipe. Pero al parecer esto no le gustó a Isabel. La reina se enojó y desistió en el intento de continuar con un posible tratado de paz.

Nicholas Faunt asintió con la cabeza. Kit observaba los gestos de su amigo con atención. Casi podría decir qué partes de la información que le estaba proporcionando don Alonso le eran ya conocidas y cuáles no.

—Más tarde —continuó el pintor—, el pasado año, hubo un nuevo intento. A través de un comerciante italiano, Andreas de Loo, la reina retomó la conversación con él. En esta ocasión le respondió que contaba con el beneplácito de Felipe para poder negociar. Solamente había una condición a partir de la cual se podría hacer. El rey exigía que el protestantismo debía desaparecer de los Países Bajos.

—Parece claro que se trata de una simple treta —señaló Nick con seguridad—. No se puede empezar una negociación de paz sobre un

problema si desde un principio ya estás exigiendo que se impongan tus condiciones.

—Eso es lo que pensamos todos aquí —contestó don Alonso—. Nadie se cree que Isabel vaya a aceptar. Felipe lo sabe y por eso no ha detenido nunca su proyecto de la Armada. Todo sigue en pie como el primer día.

—Entonces —reflexionó Kit—, si dejamos de lado las idílicas conversaciones de paz entre Farnesio e Isabel, ya sean respaldadas por Felipe o a sus espaldas, todo parece indicar que lo que realmente importa es la Armada y, más en concreto, la fecha de salida.

—En efecto —admitió Nicholas Faunt—. Creo que nos estamos yendo por las ramas de manera innecesaria. ¿Sabemos la fecha de salida?

—Medina Sidonia lo está ralentizando todo lo que puede —explicó el pintor—. No desiste en la idea de que al final el proyecto se cancele. Pero todo está tan avanzado y se ha invertido tanto dinero para que tenga éxito, que parece impensable que la flota no abandone La Coruña en fechas próximas. A falta de poder mejorar la eficacia destructiva de la Armada con más cañones o más hombres, nuestro rey sólo piensa ahora en sus oraciones. Sus allegados le temen más que nunca, por eso están esforzándose al máximo en que todo salga bien. No sabrán cómo se lo tomará si después de tantos años de trabajo se viene todo abajo y el éxito no los acompaña. Temen perder sus puestos políticos o su prestigio en la Corte. Ésa es una de las razones por las que la fecha exacta es un secreto que creo que muy pocas personas saben. Pero me consta, que no es mala cosa, que sólo una de ellas en la Corte está dispuesta a revelarla: Antonio Pérez. Podrán verlo el próximo lunes al mediodía en la iglesia de Santa María de la Almudena. Ya hemos acordado un encuentro con él. Es el lugar más tranquilo para hacerlo. La capilla de su familia es discreta y nada frecuentada, a no ser que sea el propio Pérez.

—Es el último paso que nos queda por dar —señaló Kit mirando a Faunt.

—Pero no olvide —quiso remarcar el pintor— que sea cual sea la información que otorgue don Antonio, todo está sujeto a la mudadiza cabeza del rey.

Lorena intervino por primera vez:

—Es cierto, tío, pero él mismo sabe que por orgullo propio ha de sacar el plan adelante. Hace meses quiso justificarse diciendo que el año no iba a ser bueno para España; que debíamos ser fuertes ante los posibles contratiempos. Es curioso, pero esos contratiempos están forzados por él mismo. Dejar las cosas como estaban ahorraría cualquier tipo de calamidad y prevendría otros problemas. También temen ahora que los moros, viendo el plantel desplegado por la Armada contra Inglaterra, aprovechen el vacío existente en el Mediterráneo. Allí la mar está libre y es de fácil acceso.

La cabaña quedó en silencio. Se cruzaron algunas miradas y poco más. Todo estaba dicho. No había marcha atrás. Lo mejor sería actuar lo antes posible siguiendo siempre el discurrir natural de los acontecimientos.

—De todas formas —dijo Nick rompiendo el silencio que se había hecho—, escribiré un informe cifrado comentando las conversaciones con el duque de Parma. Walsingham sabrá mejor que nosotros cómo interpretarlas y qué hacer. El lunes nos reuniremos en el lugar fijado con Pérez y nuestro trabajo habrá acabado.

Kit y Lorena cruzaron una mirada lastimera. Apenas se habían reencontrado después de tanto tiempo cuando de nuevo el destino les obligaba a separarse.

Don Alonso se levantó de manera repentina descubriendo que había personas que sobraban en aquel lugar.

—Bueno, señor Faunt —dijo dirigiéndose a Nick y tomándole del brazo para abandonar la cabaña—. Creo que no es la primera vez que visita nuestro país. Estoy seguro de que tiene algunas preguntas que hacerme. Seguro que le interesan los trabajos que realizamos en el estudio.

Kit observó cómo su compañero era arrastrado hacia el patio del taller. En un momento, Lorena y él se quedaron solos en la cabaña.

—¿Cómo está el retrato?

—Ahora sí está acabado. Me gustaría que lo vieras.

—Pero no puedo subir al taller. Es un poco arriesgado que me vean allí. Si me ven allí, de forma indudable los aprendices sabrán quién soy.

Lorena sonrió. Con gesto de complicidad comprobó que la puerta de la cabaña estaba cerrada. Hizo una señal a Kit y ambos pasaron por la puerta que, al igual que hacía dos años, permanecía oculta tras un enorme lienzo.

Era el cuarto en el que Kit se había alojado en su última visita a Madrid. Al igual que en aquella ocasión, no había luz. Olía a pintura. Lorena tomó una banqueta de uno de los lados y se subió a ella para abrir la trampilla. La luz inundó el cuarto rápidamente dejando ver su nuevo aspecto. Todo estaba cambiado. No había ni cama, ni palangana, ni apenas muebles. Se había convertido en un estudio de pintura. Sobre un caballete, Kit vio su retrato.

Como le había dicho su amada, estaba concluido. El resultado final era tal y como él lo había soñado. Como en el retrato que hiciera para la princesa, su rostro albo brillaba con fulgor sobre el oscuro fondo del cuadro.

—Pero aquí no hay la misma luz que en el estudio de arriba. ¿Cómo has podido acabarlo?

—Quedaban unos pocos detalles por rematar. No era necesaria mucha luz. Al mediodía entra bastante por la trampilla del techo. Los colores ya estaban elegidos y mezclados arriba. Solamente tuve que dar unas pocas pinceladas.

—Es maravilloso, Lorena.

—Me alegro de que te guste.

—No sé si podré llevármelo esta vez. Temo que tengamos que abandonar la ciudad de forma precipitada y con el menor equipaje posible. No quisiera que le sucediera nada.

—No te preocupes. Si ha esperado unos años, puede hacerlo unos pocos meses más. Luego, prométeme que vendrás a por él.

—Así lo haré.

Kit fijó su mirada en la posición de sus brazos. La mano derecha apenas asomaba sobre su pecho. Por otro lado, seguía muy presente el detalle que más le había intrigado en todos estos años. ¿Qué ocultaba su mano izquierda que no aparecía por ninguna parte?

—¿Podré saber ahora qué es lo que se esconde en mi mano izquierda?

—Por supuesto. ¿Qué crees que es lo que ocultas?

—¿Tendría que saberlo? —Kit preguntó a la joven con la mirada, pero ella se limitó a sonreír—. No debería más que mirar mi propia mano…, aunque creo que soy tan torpe que no lo veo.

—Uno de los preceptos del arte que más me ha inculcado mi tío es que un cuadro es algo atemporal. Puede reflejar un momento de la historia, reconstruir una entrega de llaves de una ciudad, una visita de un personaje importante a la Corte, un pasaje de las Sagradas Escrituras, pero los retratos son especiales.

Ella parecía emocionarse con aquellas palabras.

—De ahí que te guste tanto pintar retratos —señaló el agente.

—Exacto. El retrato permite cruzar esa puerta del tiempo; reflejar el antes y el después de la persona retratada.

Lorena se acercó a Marlowe y le tomó las manos entre las suyas. Lo besó en los labios y continuó:

—Lo que ocultas en tu mano izquierda es algo que únicamente tú has de aceptar. Algo que tienes que proponer desde tu corazón y está marcado en tu destino. Sólo en tu mano se encuentra el poder abrirla para hacer que esa flor crezca.

Cerró los ojos. Como si se tratara de un fogonazo de luz, al instante comprendió todo el significado del cuadro. Su retrato. La emoción del momento estuvo a punto de hacerle llorar. Abrazó a Lorena. Los dos jóvenes se fundieron en un beso que a ambos les pareció interminable.

Los amantes se abandonaron el uno al otro. En poco tiempo el suelo de la habitación se había convertido en un revoltijo de ropas, lienzos y pinceles.

OceanofPDF.com

Capítulo 40

Iglesia de Santa María de la Almudena,
Madrid (España)

Lunes, 11 de julio de 1588

Puntuales a la cita, Nicholas Faunt y Kit llegaron por separado a Santa María. Kit iba unos pasos por detrás de su compañero. Cuando él entró en la iglesia, las campanas de la torre acababan de dar las doce del mediodía.

Cuando Marlowe iba hacia la capilla de los Vozmediano, Nick ya estaba sentado en uno de los últimos bancos del templo. Desde aquella posición podría controlar las entradas y salidas.

El oratorio de la familia de la esposa de don Antonio Pérez estaba vacío.

Una vez dentro, Kit tomó asiento en un banco lateral. Desde allí veía la reja de la entrada al octógono y también el retablo con las imágenes de santos. Todo estaba igual a como lo recordaba. No parecía haberse añadido ni eliminado nada.

No era mucha la gente que deambulaba por allí. Sí la suficiente como para pasar inadvertidos y no llamar la atención. Acababa de finalizar una misa, por lo que un muchacho recogía con devoción sobre el altar los utensilios que se habían empleado.

Al poco tiempo, un hombre enfundado en una capa negra entró por la puerta principal. En la mano llevaba un sombrero con pluma. Al fondo, Nick se removió nervioso en su asiento. Su compañero lo tranquilizó negando con la cabeza. Aquel hombre era Diego Martínez, la mano derecha de don Antonio Pérez.

Con paso firme el fiel sirviente del veterano político llegó a la verja. Se detuvo y escrutó al agente como si tuviera que comprobar que realmente era él quien estaba allí. Le hizo una señal con la mano para que esperara sentado y se volvió para alejarse, pegado a la pared de la nave central. Desapareció luego por la entrada que llevaba a la sacristía.

Los dos ingleses cruzaron esta vez una mirada interrogativa. Ninguno de los dos sabía lo que pasaba pero todo parecía indicar que iban por el buen camino.

En efecto, a los pocos minutos se volvió a abrir la misma puerta. Tras ella se presentó don Antonio Pérez seguido de su fiel servidor, Diego Martínez, y otros dos hombres a quienes Kit parecía no haber visto nunca antes.

—Disculpadme por haberos hecho esperar, señor Shelton —se adelantó a excusarse don Antonio—. Pero he preferido controlar desde la distancia lo que ocurría antes de acercarme a la capilla. Toda precaución es poca con los tiempos que corren.

El exsecretario de Felipe II se sentó en el banco que había justo delante de él. Debían guardar cierta distancia para no levantar sospechas entre los posibles ojeadores que hubiera allí. Diego Martínez se encargó de mantener lejos de la pareja a los dos extraños que les acompañaban. A pesar de las protestas de éstos, circunstancia que hizo sospechar a Kit, los hombres permanecieron distanciados de la verja de entrada, sentados en los bancos de la iglesia.

Los nervios afloraron en Kit cuando el rostro de uno de ellos le pareció terriblemente familiar.

—¿Quiénes son esos hombres, don Antonio? —El miedo y la curiosidad de Kit pudieron a la improcedencia de la pregunta.

—Son dos alguaciles de palacio que me han colocado de escolta. Ahora resido en casa de don Pedro Zapata y tengo más libertad para entrar y salir de la finca, pasear por la villa y encontrarme con mis amigos. A cambio he de ir siempre con esos hombres que me protegen de posibles desencuentros con facinerosos y gente que todavía me guarda rencor.

—Lo entiendo —señaló Kit sin que con ello pareciera estar más tranquilo.

—No me queda más remedio. Me veo obligado a ello. Hace pocas fechas nos volvieron a interrogar a mi esposa, doña Juana, y a mí sobre el asesinato de Juan de Escobedo.

—Pero eso sucedió hace ahora casi diez años. ¿Quién se puede acordar de esa clase de detalles?

—Eso les dije yo. ¿Creéis que si no me acuerdo de lo que he hecho esta mañana al levantarme, me voy a acordar de lo que sucedió hace tantísimo tiempo?

—Visto así, en efecto, resulta extraño —opinó Marlowe sin dejar de mirar por el rabillo del ojo a los dos alguaciles de palacio.

—Y tanto, señor Shelton. No sé qué esperaban que les contara que no supieran ya. Mi esposa y yo acordamos punto por punto nuestras anteriores declaraciones, así que no sacaron nada claro.

—Es extraño que tanto tiempo después vuelvan a interrogarles por lo mismo, ¿no es así? Sin embargo, la bondad de vuestras respuestas justifica que el encierro sea cada día más desahogado.

—Yo no diría eso. Las apariencias engañan. Agradezco a Su Majestad el nuevo trato que me da, pero, aun así, sospecho que algo esconde en la manga. No tendría por qué darme esas facilidades si en verdad está pensando en acusarme del asesinato del secretario de don Juan.

—Quizá la falta de pruebas es lo que le hace dulcificar el encierro.

—No lo creo. Hay algo que no me encaja y que me tiene preocupado. Si realmente no hubiera cargo alguno estaría con toda naturalidad en la calle, libre. Pero este medio encierro lo único que hace es reforzar el miedo que tiene Su Majestad a que haga públicos los secretos de Estado que dice que robé de mi propio despacho cuando trabajaba para él como secretario.

—¿Y los tenéis? —Kit quiso ir más allá comenzando a encaminar la conversación hacia su terreno.

—Señor Shelton, mentiría si os dijera que no. Como comprenderéis no voy a negar las evidencias más claras. No soy tan estúpido como muchos me quieren hacer ver, ni tan mezquino como otros creen. He trabajado durante muchos años para Su Majestad y, como es lógico, conozco detalles de la política de los que sólo él y yo somos partícipes. He sido fiel a Felipe, pero no estoy dispuesto a que me utilice como chivo expiatorio de un error

político. Si es necesario los contaré para salvar mi cabeza y la de mi familia, hasta los más burdos, los entresijos y vericuetos que rodean la política exterior de la Corona.

—Entiendo vuestra postura, don Antonio, pero una cosa es conocer los pormenores de una política y otra muy diferente contar con los propios documentos que comprometerían a un Estado y a un monarca.

—Cuando nació la idea de construir una gran Armada para invadir Inglaterra, he de reconocer que la situación internacional no era como la actual. —Don Antonio pareció leer las intenciones del joven y no se anduvo con tapujos ni con palabras enmascaradas—. Hace cuatro o cinco años todo era diferente. Teníamos más apoyos y, desde luego, amigos que nos ayudarían a acometer desde el punto de vista económico el coste de un proyecto de una magnitud asombrosa. En un principio íbamos a contar con la ayuda de Italia, Portugal y otras potencias europeas católicas para construir una enorme flota. Pensad, señor Shelton, que la idea original barajaba la construcción de casi ochocientas embarcaciones, entre naos, galeras, fragatas, falúas, barcas de desembarco y embarcaciones de carga.

Kit no daba crédito a la magnitud del proyecto que se había puesto sobre la mesa para invadir su país. No quiso hacer comentarios para no cortar el relato de don Antonio.

—En lo que respecta a hombres, habrían sido casi cien mil, entre infantería, caballería, artillería y demás. Perfectamente coordinado, un ejército de estas características no encuentra rival en el orbe conocido, señor Shelton. Y a ello hay que añadir la ayuda recibida desde el interior de Inglaterra. Todo costaría, según el infeliz de Santa Cruz, casi cuatro millones de ducados, de los cuales, a pesar de que Castilla no construiría ni la mitad de la flota, sí estaría encargada de sufragar los gastos de más de dos terceras partes del total. Un negocio redondo para Italia y Portugal, que verían incrementadas sus posibilidades comerciales, dejando que fuera Felipe quien diera la cara en todo momento.

—Pero en la actualidad la Armada no cuenta con esos pertrechos, ¿no es así? Por lo que tengo entendido, los barcos estacionados en La Coruña no superan los ciento treinta y los hombres que llevan no son más de treinta mil.

—En efecto. Os veo muy bien informado. Sin embargo, coincidirá conmigo en que esa flota cargada con ese número de hombres es perfectamente capaz de hacerse con Inglaterra. Los casi mil barcos y los cien mil hombres son una verdadera exageración, pero la actual Armada se basta y se sobra para hacer daño a Inglaterra y desangrarla hasta caer en las manos de nuestro lado.

—Sin embargo, el mando a cargo de Medina Sidonia no parece convencer a todos. —Kit iba memorizando todos los datos.

—Es un arma de doble filo, mi querido amigo. No voy a negaros que el propio Medina Sidonia ha reconocido su malestar por haber sido elegido como máximo responsable. Pero todos sabemos que es un excelente administrador y, lo más importante de todo, bajo su mando están hombres tan cualificados como don Pedro Valdés, capaces de manejar barcos en el mar con la misma rapidez con que vos cambiáis de lugar el vaso de una mesa.

La situación no pintaba nada halagüeña para Inglaterra. Tal y como le habían señalado todos los que le hablaban de la Armada, se trataba de una poderosísima flota capaz de destruir todo lo que se le pusiera por delante.

—Ahora la flota está amarrada en La Coruña. ¿Cuándo piensa salir? —Kit preguntó la última gran cuestión.

—En ocasiones me recordáis a la princesa doña Ana. Sois igual de directo. No os andáis por las ramas y tratáis a vuestro contrincante de forma expeditiva.

—Don Antonio, no soy vuestro contrincante.

—Lo sé, señor Shelton. Pero ante los ojos de los españoles sois un inglés, con todo lo que ello implica. Y tal y como están las cosas, uno de los enemigos más acérrimos de nuestro país. Aun así, me interesáis en grado sumo.

—Creo que, entonces, podríamos llegar a un acuerdo.

—La situación es delicada en extremo —añadió don Antonio, al tiempo que se santiguaba continuando con el simulacro de oración y retiro en la capilla—. La reina Isabel corre un grave peligro. Quizás en pocas semanas ya no tengáis reina de la que preocuparos, ni por la que trabajar. Me consta que la Armada es, como dicen muchos, invencible. Tal apelativo le viene

que ni pintado. Pero no sé hasta qué punto vos podéis ofrecerme algo que compense lo que yo os estoy dando.

Don Antonio se hizo de rogar en el último momento.

—Podéis elegir entre el eterno agradecimiento de mi país o el dulce sabor de la venganza sobre quien os está aniquilando día a día, y cuyo límite no sabéis ni vos mismo.

—Las dos posibilidades son muy atractivas. He de reconocer que he conseguido absolutamente todo en esta vida. No hay riquezas que puedan colmar mi favor. No obstante, también puedo pensar que ya me habéis dado suficiente en otras ocasiones y que quien está en deuda soy yo y no vos.

—Seríais muy generoso, don Antonio.

Hubo un momento de silencio. Kit observó cómo el antiguo secretario de Felipe se echaba la mano a la ropilla que lucía bajo el jubón y sacaba de allí una carta. La depositó a su lado en el banco frente a Kit. No tenía escudo ni emblema. Era una simple hoja doblada sobre sí misma en la que había unas líneas escritas.

Desde la distancia Nick era testigo de todo lo que sucedía. Con un gesto Kit le transmitió el éxito del encuentro.

Al retornar la mirada a la capilla el joven agente observó al vigilante Diego Martínez y a los dos alguaciles de palacio que los acompañaban. Kit se asustó cuando uno de ellos, aquel cuya cara le resultaba familiar, se levantó y se dirigió a la puerta de la iglesia para salir.

—En apenas unos días, Su Majestad va a recibir una carta de Medina Sidonia idéntica a la copia que aquí os dejo. Al contrario de lo que muchos creen, Felipe ha dejado en manos de sus hombres de confianza el destino de la Armada. Es cierto que él interviene en algunas cosas o que incluso se empecina en intentar orientar la situación según el criterio de sus videntes o de los mensajes divinos que recibe en sus oraciones. Pero, en definitiva, quien tiene el poder para hacer marchar el ejército es Medina Sidonia y éste, os lo aseguro, no va a mover un barco hasta el día 22 de este mes, viernes. En la carta tenéis todos los detalles de lo que os estoy avanzando.

Kit hizo un amago por coger la carta que había dejado don Antonio frente a él, pero se detuvo cuando vio que Nicholas Faunt insistía con la cabeza en que no lo hiciera mientras miraba con los ojos desencajados a la

entrada del templo. Asustado por lo que estaba pasando a su alrededor, Kit no comprendía nada.

—Bueno, señor Shelton. Creo que nuestro encuentro ha llegado a su término. No sé si os puedo ser útil en alguna cosa más.

—En absoluto, don Antonio. Os estoy profundamente agradecido por el gesto que habéis tenido hacia mí y por la información que me habéis proporcionado.

El agente estaba tenso. Desde el fondo de la iglesia su compañero no dejaba de moverse, intentando ocultarse de algo que Kit desconocía.

Ajeno a todo, Diego Martínez se puso en pie viendo que su señor también lo hacía. Don Antonio preguntó con la mirada dónde se encontraba el otro alguacil. Pero su ayudante no supo darle respuesta.

Como si no lo conociera de nada, el exsecretario abandonó la capilla de los Vozmediano seguido de su hombre de confianza y, un poco más atrás, del único alguacil que quedaba.

Dando un poco de margen, el inglés se levantó y siguiendo las instrucciones de su compañero dejó el sobre encima del banco. Abandonó también la capilla. Caminó lentamente hacia la entrada de Santa María cruzando los bancos hasta alcanzar la puerta principal. Antes de abandonar el templo echó la mirada atrás. Vio cómo Nick entraba en la capilla y sin ningún tapujo cogía del banco la carta que había dejado minutos antes don Antonio y se la guardaba bajo su jubón. En su lugar dejó otro papel para no levantar sospechas.

Más tranquilo al ver que la información estaba sobre seguro, tal y como habían acordado antes de llegar a Santa María, Kit empujó la puerta para salir a la calle precediendo a su compañero con el fin de guardar así la distancia prudencial de seguridad entre ambos.

Sin embargo, no llegó a abrirla del todo. Por un pequeño resquicio descubrió en la calle un panorama nada complaciente. Fuera había un grupo de alguaciles que lo esperaban.

Desconcertado, volvió a echar la mirada atrás viendo cómo don Antonio, Diego Martínez y el único alguacil que los acompañaba desaparecían por la puerta de la sacristía.

De pronto, una idea lo sobrecogió; una idea que daba sentido a todo lo que ocurría allí. El antiguo secretario había sido vigilado. El agente no tenía dudas de que el alguacil que había abandonado la iglesia de forma precipitada era el mismo que guió los pasos de Idiáquez en su encuentro en el taller de don Alonso dos años atrás.

Desde la verja de la capilla octogonal el gesto de Nick no dejaba lugar a dudas. No debía salir por la puerta principal.

De una carrera cruzó la nave mayor ante la mirada atónita de los feligreses y se dirigió hacia la Puerta de Reyes, situada en el otro extremo. Era su única posibilidad de escapar con vida. Pero al llegar a la puerta la encontró cerrada a cal y canto. Sin temor a represalias, sacó su cuchillo de la riñonera y de un fuerte golpe destrozó la cerradura que le impedía el paso.

Una vez abierta la puerta, corrió tan rápido como pudo. Su único pensamiento en aquel momento era salvar la vida. Sabía que de ser capturado por los hombres de Idiáquez todo estaría acabado. Así, corrió con todas sus fuerzas bordeando el palacio de la princesa doña Ana, cuya fachada lindaba con la parte posterior de Santa María, hasta dejar a la izquierda la Plaza de Palacio.

La gente empezó a gritar mirando a Kit con temor. Todos pensaban que su frenética carrera se debía a que pretendía huir de algún robo o asesinato. De lo contrario no tendría sentido que fuera armado y perseguido por los caballos de los alguaciles de Su Majestad.

Cuando estuvo a punto de dejar atrás la iglesia de San Gil y perderse entre los callejones repletos de comerciantes y viandantes que allí había, Kit oyó tras él los cascos de los caballos que le pisaban los talones.

De repente apareció ante él un nuevo grupo de alguaciles. Se detuvo y miró a su espalda. A pocos pasos había otro grupo de hombres, también a caballo. Desesperado, Kit miró a derecha e izquierda intentando buscar un resquicio de calle por el que poder huir. Los balcones de las casas se habían cerrado por miedo a lo que pudiera pasar. Incluso la iglesia de San Gil había cerrado sus puertas para evitar que entrara y se pudiera acoger a sagrado.

No tenía escapatoria.

Hacia él se acercaron dos jinetes para prenderlo. El joven agente permanecía apoyado en la pared de la iglesia esperando el anunciado final sin tener más opción que la de entregarse.

Pero aún tenía una oportunidad. Eso pensó. Cuando uno de los jinetes estuvo próximo a él, en un movimiento rápido y certero, Kit cortó con su cuchillo las riendas del animal, dejando al alguacil sin apoyo en el caballo. Azuzándolo con la otra mano, consiguió que el jinete perdiera el equilibrio y cayera al suelo, acompañando el desplome de un estruendoso golpe.

Aturdido, el alguacil no pudo evitar que el joven le propinara una terrible patada en el rostro finiquitando su consciencia al tiempo que le robaba la espada que colgaba de su tahalí.

Con valentía, el agente comenzó a luchar con el otro jinete como pudo, ocasionándole una profunda herida en el brazo con el que sostenía la espada.

Envalentonado, dio media vuelta para sondear la posición del resto de sus contrincantes. Pero eran demasiados. Apoyado de nuevo en el muro de piedra, se encontró a un grupo de más de una docena de hombres bien armados que, tras descender de sus monturas, se le acercaban de forma temeraria.

Dispuesto a venderse caro, con dos toques el agente inglés desarmó a uno de los alguaciles. Lo agarró por el cuello, dispuesto a segarle la vida. Su mirada amenazante no pareció atemorizar al resto de compañeros. O bien estaban muy seguros de su victoria o valoraban poco a su camarada.

El momento era delicado. No sabía qué más hacer. Si acababa con aquel pobre muchacho, algo a lo que su rabia lo empujaba con fervor, entonces sí podría darse por perdido. Los cargos contra él no le permitirían escapatoria alguna. Sin embargo, perdonarle la vida tampoco le auguraba ningún éxito. El secretario de Felipe II ya se habría puesto manos a la obra para generar toda la maquinaria necesaria para inventar o recrear los cargos suficientes que le hicieran ir al cadalso.

No tuvo tiempo de poder elegir. El dolor de un pinchazo en la espalda lo sacó de sus pensamientos. La punta de una espada aflojó la fuerza de sus músculos.

—Suéltalo.

La voz le sonó familiar.

Obedeciendo, destensó la fuerza que su brazo ejercía sobre el joven alguacil hasta que éste se precipitó sobre el suelo, recuperando así el aliento. Con un hilo de voz casi agonizante, corrió hacia sus compañeros para cobijarse entre ellos.

—Ahora, tira la espada y el cuchillo.

Kit volvió a obedecer sin rechistar. No tenía otra salida. El sonido del acero golpeando el empedrado del suelo rompió el silencio que se había creado a su alrededor.

Empujándolo con la espada, Juan de Idiáquez obligó al agente a darse la vuelta. Frente a frente, los dos hombres se miraron por primera vez.

—Me alegro de volver a veros. —Idiáquez acabó sus palabras esbozando una sonrisa victoriosa.

Kit estaba siendo carcomido por la rabia y la ira. Dos alguaciles se aproximaron a él, aferrándolo con fuerza por los brazos, impidiendo cualquier movimiento que pudiera pillarlos por sorpresa.

—Quién si no, Don Juan de Idiáquez, iba a realizar una brava detención por la espalda. ¿Habéis perdido vuestros principios, señor secretario?

—No seáis ingenuo, amigo mío. Hay que ser práctico. Ya no estamos para juegos malabares, ni para estar desapareciendo en cajas mágicas o cosas similares.

Idiáquez hizo una señal para que otro de sus hombres se acercara al inglés y lo registrara.

—Seguro que lleva algo que le ha entregado Pérez.

Kit se dejó hacer mientras observaba a la gente que se había agrupado alrededor. La calle se había llenado de curiosos, testigos mudos de la escena que estaba ocurriendo a la sombra de la iglesia de San Gil.

Al poco, el alguacil hizo un gesto negativo. No llevaba nada.

—Disolved la muchedumbre —indicó el secretario en voz baja acercándose al alguacil que parecía ser el superior del grupo—. No quiero testigos de esto. Haced correr la voz de que se trata de un vulgar ladrón que ha robado a un hombre importante de la Corte.

—Increíble mérito el vuestro, Idiáquez. —La voz de Kit sonó desafiante —. Después de más de tres años me cazáis y, al final, no tenéis pruebas de

nada contra mí. Las únicas con que contáis son las mismas que demuestran la nula competencia de vuestra política al lado del rey Felipe. Menudo descubrimiento el…

Apenas tuvo tiempo de acabar sus palabras. Un estruendoso guantazo le cruzó el rostro, haciéndole sangrar por el labio inferior, que a los pocos segundos ya mostraba una notable hinchazón.

—No es el mejor lugar para hablar. Lleváoslo a Santa Cruz.

Sabía muy bien adonde lo llevaban. Santa Cruz era la pequeña cárcel de Madrid, situada a poca distancia de donde se encontraban, detrás de la Plaza Mayor. Atado por las muñecas con una gruesa soga que le impedía cualquier movimiento, y sujeto con firmeza por dos alguaciles, el agente fue llevado hasta un coche cercano en donde se le introdujo de malas maneras. Corrieron las cortinillas para evitar las miradas furtivas de cualquier curioso.

El recorrido no fue muy largo. Delante del vehículo y tras él, podía oír el ruido de los caballos que escoltaban la comitiva. Iba acompañado por tres hombres que no le permitían ni el más mínimo movimiento. Nunca se había visto en una situación tal. Ni siquiera cuando tras alguna de las reyertas protagonizadas en Londres o Canterbury, en la que alguno de sus contrincantes acababa con la cara hinchada por los golpes que le había propinado, Kit finalizaba el día con sus huesos ante las autoridades locales. La influencia de sus amigos hacía que siempre acabara al poco tiempo en la calle. Pero ahora parecía distinto. Idiáquez podía hacer que, literalmente, desapareciera. Y eso era lo único que temía. La sola idea le hizo estremecerse. Y más cuando pensó en la desolación que albergaría Lorena ante su inexplicable falta. No había registro de su entrada en Madrid, por lo que, hablando en plata, él no existía ni había constancia de que estuviera alojado en alguna de las numerosas posadas de la villa.

Abreviando los trámites burocráticos que seguían a un ingreso en prisión como el suyo, Kit fue conducido a una de las celdas. Sin ser abandonado en ningún momento por los alguaciles de palacio, uno de ellos dijo un número en alto al guardián de una de las galerías que rodeaban el patio central de la cárcel. El hombre que cuidaba el pasillo tomó una llave y abrió la puerta de una celda.

De un fuerte tajo, que le sesgó una fina capa de piel de las muñecas, el inglés se vio liberado de sus ataduras y empujado al interior de una lúgubre habitación.

Tras él se cerró la puerta de la celda.

—Nos llevamos la llave —dijo el alguacil al cuidador del pasillo.

—¡Pero las llaves siempre las controlo yo! ¿Sabe esto el alcaide de la prisión?

—El reo es extraordinario. Don Juan de Idiáquez quiere controlarlo personalmente, por lo que no desea que nadie entre ni salga sin su permiso. Le podréis dar la comida por la gatera de la puerta.

El nuevo prisionero escuchaba la conversación desde el otro lado de la pequeña reja que se abría en lo alto del portillo. Estaba tan alta que apenas podía ver el pelo del guarda y el casco de uno de los alguaciles que lo habían traído.

Al poco, el pasillo se quedó vacío y huérfano de voz alguna. Desde el otro lado de la galería se podía escuchar el lamento de un preso. Pero era tan monótono que en poco tiempo se convirtió en el sonido de fondo.

No sabía si ya había transcurrido una, dos o tres horas cuando la puerta de la celda se abrió de forma brusca. Aunque la reja que daba al patio brindaba una cantidad de luz suficiente para poder ver, el alguacil que entró acompañado de otros dos llevaba en la mano una tea.

Los dos hombres lo sujetaron con firmeza sentándolo en el camastro, y no fue hasta la señal del tercero cuando Juan de Idiáquez entró en la celda.

—¿Tanto me teméis, Idiáquez, que necesitáis de tres hombres para venir a verme?

Idiáquez parecía esperar aquella pregunta y no hizo comentario alguno.

—Señor Marlowe. Tengo muchas cosas que hacer y me gustaría ser breve. Sólo quiero saber qué es lo que hacéis aquí en Madrid y qué es lo que os contó don Antonio Pérez.

—Como bien conocéis, Idiáquez —el inglés evitaba a conciencia cualquier trato de cortesía con el político vasco para aumentar así su irritación—, no sé de qué me habláis. Soy estudiante en Alcalá, mi familia posee negocios de telas y cuento con grandes amigos en la Corte. De esto último creo que no os cabe la menor duda.

—Señor Marlowe, vuestro nombre no aparece en ningún listado de alumnos de la Universidad de Alcalá ni tampoco sois conocido entre los negociantes de tejidos. Además, estáis de forma ilegal en Madrid.

—Sin lugar a dudas, se trata de un error. Un lamentable error que seguro se podrá subsanar si buscáis por el nombre de Thomas Shelton, que es el mío. No sé quién es el señor Marlowe.

—Señor Marlowe, no me hagáis perder tiempo ni, sobre todo, la paciencia. Sabéis que contamos con métodos más expeditivos para obtener información.

—No os lo aconsejo, Idiáquez. En estos momentos, mis amigos me estarán echando en falta. Comenzarán a buscarme y para encontrarme mirarán hasta en la última de las cloacas de esta villa, es decir, vuestro despacho.

Juan de Idiáquez se acercó y abofeteó con tal fuerza al espía que a punto estuvo de golpear a uno de los alguaciles que lo sostenían. Un hilo de sangre comenzó a manar de la nariz de Marlowe.

—¡Insolente! —gritó el político—. Trabajáis para la familia Walsingham recogiendo información de España. Hemos seguido vuestros pasos desde Reims hasta Madrid, donde es la tercera vez que estáis. Tenéis contactos con Antonio Pérez, la princesa de Éboli, el cardenal arzobispo de Toledo y, muy en especial, con el taller de don Alonso de Coloma. Asesinasteis a uno de mis hombres, golpeasteis al embajador don Bernardino de Mendoza en Reims y acabasteis con el mensajero que iba a avisarle precisamente de vuestra presencia en aquella ciudad. Y lo más grave de todo, envenenasteis a Santa Cruz. Los cargos que pesan sobre el nombre de Thomas Shelton son demasiado gruesos para que vuestro delicado cuello los aguante.

—Es la primera vez que oigo en la Corte que Santa Cruz fue asesinado. ¿Lo sabe Su Majestad? Apuesto a que no. De lo contrario tendríais que dar explicaciones de vuestra escasa pericia. Además, ¿no decíais que me llamaba Marlowe? No entiendo nada, Idiáq…

No tuvo tiempo de acabar la frase cuando Idiáquez descargó en el rostro del joven un puñetazo que estuvo a punto de dejarlo sin sentido.

—¿Qué significa esta lista de nombres?

Kit no sabía en verdad de qué se trataba. El aturdimiento le impedía ver con certeza el papel que le mostraba el político vasco. Sólo pudo imaginarse que se trataba del papel que había dejado Nicholas Faunt en el lugar de la carta de Medina Sidonia que poco antes le había entregado el exsecretario.

—Antonio Pérez la dejó en la capilla en donde os encontrasteis esta mañana. Es una lista de nombres en la que aparece Mateo Vázquez, otros secretarios de la Corte y yo mismo. ¿Qué significa?

—Si el papel es de don Antonio creo que deberíais preguntarle a él, no a mí. Os juro que no sé de qué se trata.

Idiáquez lo golpeó por tercera vez. Atolondrado, los dos alguaciles lo soltaron sobre el camastro. Su cuerpo perdió el equilibrio y se precipitó sobre el suelo empedrado. El inglés quedó medio inconsciente sobre el pavimento de la celda, sangrando por la nariz y la boca. El golpe fue tan fuerte que el alguacil que sostenía la tea se acercó a él para comprobar si seguía vivo. Hizo rodar el cuerpo del reo hasta ponerlo boca arriba. Con un gesto afirmativo confirmó a su superior la suerte del prisionero.

Antes de salir, Idiáquez se aproximó a su rostro y, luciendo en la cara una mueca que asustaría al más osado, le dijo con voz queda:

—Marlowe, Shelton o como demonios os llaméis. No sé lo que sabréis de todo lo que se cuece en palacio. Pero os hemos estado siguiendo hasta que os hemos traído a Santa Cruz. Tampoco tengo claro qué habéis hablado con el traidor de Antonio Pérez, pero en ese sentido estoy bastante tranquilo. Si de algo estoy seguro es de que no habéis tenido tiempo de transmitir la información a nadie.

Dicho esto, el político y sus hombres abandonaron la celda dejando a Kit con la única luz que aún entraba por la rendija del patio y las antorchas que ya lucían en el pasillo.

Después del portazo y del ruido que se produjo al correr la cerradura, el agente permaneció unos minutos sobre el suelo de la celda.

Volvió en sí y abrió despacio los ojos. Se incorporó como pudo, atolondrado por el mareo que le habían producido los golpes, y se apoyó en la cama. No lejos de ahí había un cuenco con agua. Se refrescó el rostro con ella y se limpió como pudo la sangre en medio de la creciente oscuridad.

Cuando estuvo totalmente consciente se tumbó en la cama y sonrió mirando a la nada.

—¿Has oído, Nick? —dijo medio atragantado por la sangre que aún le corría por la garganta—. El estúpido de Idiáquez cree que no ha habido tiempo de pasarte la información. Valiente imbécil…

No tardó en volver a perder el sentido.

OceanofPDF.com

Capítulo 41

Prisión de Santa Cruz,
Madrid (España)

Jueves, 21 de julio de 1588

En la celda los días pasaban de forma muy lenta. Kit jamás se había sentido en una situación tal. Sólo llevaba poco más de una semana y la desazón le carcomía. La incertidumbre por la falta de noticias en ocasiones lo exasperaba. Pero sus golpes a la puerta de la celda intentando buscar una explicación a lo que le sucedía eran vanos.

Con todo el tiempo del mundo para hacer lo que quisiera, pero con la carencia absoluta de medios para hacerlo, las cuatro paredes de la celda le parecían cada vez más angostas y ceñidas. Se habían negado a darle papel y pluma. «¿Acaso sabes escribir?», le gritó uno de los alguaciles que vigilaban el pasillo desde el otro lado. Impotente, solamente pudo lanzarle un montón de improperios y amenazas en inglés que el joven guardia no comprendió ni le preocuparon.

Le daba igual estar entre cuatro paredes. Muchos días había estado así en su habitación del Corpus Christi. Pero echaba de menos su trabajo con los versos, los libros y las horas de lectura apasionada frente a la lámpara de aceite hasta ver casi el sol amanecer por el cristal de la ventana. Sin embargo, aquí no había sol, ni vidrio, ni papeles ni libros por los que dejarse llevar. El colmo de la desesperación le vino dos días atrás cuando en una salida rutinaria al patio para el recuento de prisioneros ante las autoridades de la cárcel, desde su celda pudo ver cómo algunos comentaban detalles del teatro que había casi lindando con el muro de la prisión. Era el

teatro de La Cruz, en donde casi a diario había representaciones. Kit se lamentaba de su suerte y de no poder estar allí para disfrutar del espectáculo.

Pero aunque fuera una idea irracional, pensó que su suerte iba a cambiar esa mañana. La razón era absurda, pero el encontrarse con un nuevo inquilino en la celda, un ratón que había descubierto al alba correteando por la pared que daba a la ventana del patio, lo interpretó como señal de buena fortuna. Compartieron algo de la comida sobrante de la noche anterior. No tenía cosas mejores en qué pensar, así que se dejó llevar por su fantasía.

Pasado el mediodía, oyó el cerrojo que había al final de la galería. El crujir de la barra de hierro que impedía el paso era inconfundible. La puerta se abrió y comenzó a oír los pasos de un grupo de hombres que se acercaban por el pasillo. El ruido cesó ante su celda. Abandonó el camastro y se puso en pie para recibir a una inesperada visita.

La humedad, y estar tantos días sin mover las bisagras, impidió que el grueso portón se abriera con holgura. Cuando lo consiguió, un alguacil entró en la celda, espada desenvainada en mano, colocándose en el centro de la estancia.

Kit lo observó con curiosidad y acto seguido se acordó de la fortuna que había presentido al ver al ratón. El cardenal arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, hizo entrada en la celda.

—¿Cómo os encontráis, señor Shelton?

Kit abrió los ojos como platos. Por primera vez en muchos días vio un halo de luz para poder salir de aquella prisión.

—Eminencia, siento tener que recibiros en tan mal estado, pero llevo encerrado varios días y no he tenido oportunidad de asearme.

El cardenal apenas reconoció al joven agente. Las heridas del rostro producidas la semana anterior estaban ocultas por una fina barba. Kit no había podido afeitarse en todo ese tiempo.

—Me alegro de veros, joven amigo. En el momento en que hemos conocido la noticia hemos venido para ayudaros.

La voz del cardenal sonaba recatada. Parecía que no quería hablar de nada estando delante el alguacil de palacio. Aun así, el agente no escuchó el resto de las palabras. Tras él entró Lorena portando en la mano una cesta

repleta de comida. Dejando al religioso a un lado los dos se abalanzaron el uno sobre el otro para darse un enorme abrazo.

—¿Cómo estás? ¿Qué te han hecho? —dijo Lorena entre lágrimas.

—No te preocupes. —Las palabras de Kit no pudieron frenar el llanto de su amada—. Estoy muy bien. Es verdad que no es el mejor sitio para encontrarse, pero estoy bien. Vuestra visita me ha alegrado profundamente.

—Gracias al cardenal hemos podido entrar a verte. Lo intentamos hace dos días cuando supimos que te encontrabas aquí, pero nos impidieron el paso. Sólo con un permiso especial firmado desde la secretaría de Mateo Vázquez que ha obtenido Su Eminencia nos han dejado venir. Nos dijeron incluso que ellos no tenían ni la llave de la celda.

—Es cierto, el propio Idiáquez se la llevó después de traerme aquí.

—Bueno, señor Shelton, Lorena, creo que puedo esperar arriba.

El cardenal arzobispo de Toledo fue breve en los saludos. Kit se sorprendió de la rapidez con la que lo había despachado Su Eminencia parecía que no quería estar mucho tiempo allí.

—Tal y como hemos acordado —prosiguió el purpurado dirigiéndose a la joven— permaneceréis aquí los dos, con la puerta cerrada durante unos minutos. Cuando deseéis salir no tendréis más que golpearla para que el alguacil que tiene la llave os abra.

Lorena no se separaba de los brazos de Kit llorando de forma desconsolada.

—Lo siento, hijo. No he podido hacer más.

Kit no entendió las palabras de Su Eminencia. Cogidos de la mano, los dos vieron cómo salía primero el religioso y tras él, el alguacil. La puerta se cerró con fuerza. El agente señaló a Lorena el camastro para sentarse los dos y estar más cómodos.

—¿Qué es lo que pasa, Lorena? ¿Qué sucede? Nos vamos de aquí, ¿no es así? Su Eminencia ha adelantado el proceso para hacer que me saquen…, o no.

La joven no pudo articular palabra. El llanto se lo impedía.

—¿Pero qué es lo que pasa?

—Juan de Idiáquez —dijo la joven al fin— quiere usarte como moneda de cambio. Pase lo que pase con la Armada tienen preparada una lista de

acusaciones para que no tengas escapatoria y…

El sollozo le impidió seguir hablando. Se abrazó a su compañero. Éste, con la mirada perdida, comprendió que todo estaba perdido.

—Y colgarme…, y será cuestión de días.

Lorena asintió. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Debía de llevar varios días en esa situación. Intentando cambiar de tema, Kit preguntó por su amigo.

—¿Consiguió enviar la carta de Medina Sidonia a Londres?

La joven se limitó a asentir mirando con precaución la puerta de la celda.

—Nos comentó que don Antonio te había dado los datos de la información que precisabais para culminar vuestra misión —añadió finalmente.

—¡Fantástico! —De repente, pareció que a Kit se le olvidaban los inconvenientes de estar encerrado en aquel lugar y de que su vida se acercaba a su fin—. Con un poco de suerte ya habrán llegado a Inglaterra. ¿Qué día es hoy?

—Hoy es jueves, 21.

—Perfecto, mañana zarpará la Armada de La Coruña en dirección al Estrecho. Para entonces nuestros barcos la estarán esperando allí con toda la información que hemos podido recabar durante estos días.

—Nicholas nos habló de tu captura varios días después de que se produjera. No quiso aparecer por el taller antes por miedo a ser seguido y así delatarnos.

Volvió a oírse el sonido de la barra que bloqueaba el paso de la puerta del comienzo del pasillo. El estruendo hizo saltar a los dos jóvenes en el camastro. En esta ocasión el número de pasos era mucho mayor. Sonaban recios y marciales. Al igual que unos minutos atrás, se detuvieron frente a su celda.

La puerta se abrió y el mismo alguacil de antes accedió al interior de la habitación, espada en mano. Tras él un grupo de alguaciles anunció la entrada de Juan de Idiáquez.

Sorprendido por la nueva e inesperada visita, el inglés se levantó decidido a acabar con la vida del político. Dos alguaciles lo sujetaron con

fuerza antes de que se pudiera acercar siquiera al secretario.

—No creo que sea la mejor manera de recibir a quien le puede devolver la libertad a un reo.

—Sois un cobarde, Idiáquez. ¿De qué diablos de libertad habláis cuando ya tenéis firmada mi sentencia de muerte?

—No seáis tan brusco, amigo mío. Veo que las noticias vuelan por la Corte. —Idiáquez dijo estas palabras mientras miraba a la muchacha—. Aun así, siempre hay un poco de luz y esperanza.

—¿Se puede saber a qué jugáis?

—Muy sencillo, señor Marlowe. Vos me decís para quién trabajáis y qué es lo que sabéis, y yo os dejo en libertad.

—No le creas. ¡Es una sucia trampa! —Lorena saltó como un resorte del camastro para golpear a Idiáquez. La intervención de dos alguaciles se lo impidió.

—Don Juan de Idiáquez, sabéis perfectamente quién soy y para quién trabajo. Me preocupa la nula pericia de vuestros hombres y de vos mismo para ver donde todos pueden ver. ¿Acaso necesitáis presionar a un joven estudiante amenazándolo con toda clase de patrañas para conseguir de forma poco honrosa lo que os niega vuestra valía?

Idiáquez sacó la mano del cinturón y golpeó con fuerza el rostro del agente. Lorena lanzó un grito que fue sofocado de inmediato por la mano de un alguacil que aferrándola le impidió cualquier movimiento.

—Insisto, señor Marlowe. ¿Para quién trabajáis y qué es lo que sabéis?

El agente compuso una sonrisa. Levantó los ojos con unas fuerzas que le empezaban a fallar y miró directamente a su oponente.

—Trabajo para Felipe II de España.

Juan de Idiáquez volvió a pegarle, esta vez con redobladas fuerzas. El joven quedó sin sentido, sostenido por los dos alguaciles que lo sujetaban y le impedían moverse. Lorena no pudo aguantar aquella escena.

—¡Kit! ¡Kit!

Uno de los hombres se acercó al rincón y tomó el jarrón que había repleto de agua. Sin miramientos se lo lanzó al agente para que recobrara el sentido. Idiáquez se acercó hasta él y le levantó el rostro con su mano enguantada.

—¿Kit? ¿Le ha llamado Kit? ¿Eso qué significa? ¿Acaso es una abreviatura de Christopher…, Christopher Marlowe? Quizá me he equivocado en la persona a quien preguntar. —Idiáquez sacó de su tahalí un cuchillo y jugueteó con él ante el rostro de la artista.

—Como toque un solo cabello de Lorena os juro que… —Kit no tenía fuerzas para acabar la frase.

—¿Qué me vais a jurar, mi joven amigo?

Llevado por la desesperación, Kit empezó a ver que todo estaba perdido. Idiáquez sabía perfectamente quién era y para quién trabajaba. Su final no era más que la amarga espera del paso de unos pocos días, quizá, con un poco de suerte, unas pocas semanas. El tiempo justo para que acabara la operación militar de la Armada e Idiáquez viera sobre el tablero en qué posición quedaban todas las piezas.

—Sois un perdedor, Idiáquez. —A pesar del desvanecimiento, la voz de Kit sonó con fuerza en la celda—. Todos saben que mañana mismo zarpan vuestros barcos hacia Inglaterra. Ya no podéis hacer nada.

Kit comenzó a reírse aguantando con frialdad extrema el rostro del secretario.

—La flota de Isabel os estará esperando escondida en lugares que ni imagináis. En menos de un día no tenéis tiempo de avisar a vuestros barcos. Ni siquiera podréis avisar al duque de Parma para prevenirle de la llegada de Medina Sidonia y hacer con todas las garantías el trasbordo de tropas. —Kit tomó aire—. Lo sabemos todo, Idiáquez. Absolutamente todo. Vuestra Armada, ya sea o no más fuerte que la nuestra, o ya sea invencible o no, no cuenta con ningún elemento sorpresa.

La mirada de Idiáquez se clavó en el suelo mientras su enemigo seguía mofándose de él en su propia cara.

La rabia y la impotencia del español lo consumían por dentro. Apretaba los puños con todas sus fuerzas hasta casi cortarse con los propios guantes.

—Sois… —Apenas tenía fuerzas para articular palabra alguna que contrarrestara el mazazo que acababa de recibir.

—¿Qué más da quién o qué sea yo? Lo importante es quién sois vos, Idiáquez. ¡Un perdedor!

Ante una rápida señal del político vasco, Lorena fue llevada al exterior para que se reuniera con al cardenal. Él abandonó la celda seguido de sus hombres y el agente fue dejado sobre el camastro, aturdido por los golpes que había recibido en el rostro. El sonido del grueso cerrojo lo devolvió a la realidad. Escuchó los pasos acelerados del grupo de hombres que salía de la galería de la prisión. No hubo más voz que la de Idiáquez gritando desde el final del pasillo.

—¡Daos por muerto, Marlowe! ¡Os juro ante el Altísimo que no saldréis de aquí con vida!

OceanofPDF.com

Capítulo 42

Prisión de Santa Cruz,
Madrid (España)

Jueves, 28 de julio de 1588

Acostumbrado a esperar la muerte, Marlowe había empezado a caer en la más absoluta de las desidias. Podrían ganar la partida, pero las últimas palabras de Juan de Idiáquez habían hecho mella en su espíritu pasados los días. «¡Os juro ante el Altísimo que no saldréis de aquí con vida!», resonaba en su cabeza ante la impotencia que le ofrecían las cuatro paredes de su encierro.

No le asustaba el tiempo que llevaba sin visitas, sino la incertidumbre del futuro, negro como el azabache. Por aquellos días los barcos de la Armada ya habrían llegado a Inglaterra o estarían a punto de hacerlo. Las noticias del primer encuentro tardarían en alcanzar su destino al menos una semana. Tiempo excesivamente largo para prolongar esa agonía sin sentido que lo tenía preso en Santa Cruz.

Sus peores presagios parecieron cumplirse. Apenas el sol había vertido sus primeros rayos sobre el patio de la cárcel, el agente escuchó el soniquete de la cerradura del pasillo. No le puso más atención. En esos días había oído ese chirrido decenas de veces y nunca se había tratado de una visita para él.

Eran los pasos de siempre, pero, al contrario de otras ocasiones, esta vez los hombres se detenían frente a su sombría prisión.

—Traemos la llave de palacio —se escuchó al otro lado—. El padre Jesús de Medina quiere ver al condenado.

Kit, que aún permanecía tumbado en el camastro, se incorporó de forma automática.

—El condenado… —repitió el prisionero con voz queda.

El carcelero abrió la puerta y haciéndose a un lado dejó pasar a un religioso encapuchado. Su visión le estremeció. La penumbra de la celda lo convertía en un verdadero fantasma; la parca que había esperado durante los últimos días.

—¿Ha llegado ya mi hora? —preguntó.

—¿Sois Thomas Shelton…? ¿Christopher Marlowe? —dijo la voz del oscuro rostro oculto por la capucha.

—Cualquiera de los dos, padre. Elegid el que más os agrade. Acabemos cuanto antes.

—Sosegaos, pues.

A una seña del religioso, uno de los alguaciles cerró con llave la celda dejándolo con el cautivo en su interior. Sólo entonces el sacerdote se quitó la capucha dejando ver el rostro de su misterioso visitante. Kit no pudo por menos que levantarse del camastro y dar un salto.

—¿Estás loco? —Su voz, aunque apagada para no levantar sospechas, fue instantánea.

—Tranquilízate. Soy el religioso que te va a asistir antes de que te cuelguen en breve. Tengo todo el derecho a estar aquí como el que más.

Nicholas Faunt se acercó a su amigo. Se dieron un abrazo y tras comprobar que ambos estaban bien y que aquello no era un sueño tomaron asiento.

—No tienes muy buen aspecto —señaló el recién llegado.

—Que no te extrañe, llevo aquí más de dos semanas. Puedes imaginarte cómo es la comida —dijo señalando una palangana llena de una sopa nauseabunda y un plato con un trozo de pan grisáceo.

—¿No te trajo comida Lorena hace una semana?

—Sí, pero las exquisitas variedades que había en él pronto desaparecieron dejando el cestillo huérfano, como recién salido del mercado. ¿Cómo está ella? ¿Se encuentra bien?

—Sí, no te preocupes por ninguno de los dos. Don Gaspar los tiene bien protegidos. Idiáquez no puede hacer nada. Como máximo lo que puede

conseguir es malmeter para que nadie en la Corte les encargue trabajos, pero en los últimos meses el prestigio de Idiáquez está tan menguado que ni siquiera con ésas es capaz de dañar la imagen de don Alonso.

Faunt observó con detenimiento el panorama de la celda. Desde luego no parecía el lugar más halagüeño.

—En este tiempo, sin ninguna clase de juicio, ya se han tomado la molestia de colgarme del palo más alto de Madrid —señaló Kit viendo la cara que ponía su amigo ante tan oscuro espectáculo.

—Lorena me contó lo que sucedió la semana pasada. Al menos pudiste resarcirte con Idiáquez. Se lo tiene bien ganado. Ahora mismo se estará carcomiendo en su asiento de flamante secretario, cada vez más enfermo, incapaz de hacer nada ante los acontecimientos venideros.

Kit volvió a observar con detenimiento a su antiguo compañero de universidad. Jamás pensó que llegaría a ver a su amigo vestido de aquella manera.

—Estás loco. ¿Cómo has podido entrar?

—Hace un par de días murió el capellán de la prisión. Ayer nombraron a uno nuevo venido de Guadalajara, el padre Jesús de Medina. Tuvimos la suerte de localizarlo a tiempo antes de que viniera hoy a verte. Estabas entre sus primeros encargos en Santa Cruz.

—¿Lo has matado? —Kit se giró en su asiento pensando que sus problemas en la prisión se acentuaban aún más.

—No quedaba más remedio. Pero tranquilo. Nadie encontrará el cadáver. No lo conocen aquí. Tardarán mucho tiempo en echarlo en falta. Al menos así puedo acercarme a verte.

—¿Cómo va todo por ahí fuera?

—La Armada salió de La Coruña, tal y como había dicho don Antonio. En Londres están muy satisfechos con tu trabajo. Al parecer hay cierto revuelo aquí en palacio, porque se han enterado de que la fecha era conocida por nosotros. Empiezan a tener miedo y desconfianza en su flota.

—Pero todavía no ha empezado la batalla.

—No. Seguramente mañana, día 29, se encuentren. Los nuestros ya están avisados desde hace días. No había tiempo de preparar nada pero, al menos, el factor sorpresa está de nuestra parte. Aunque en palacio saben

que conocemos sus movimientos, no les ha dado tiempo a avisar a Medina Sidonia. Es más, Felipe está convencido de la victoria. Ni siquiera se ha molestado en dar la contraorden para reajustar la táctica de sus barcos. En palacio se dice que una vidente en Valladolid entró en trance hace unos días gritando «victoria, victoria», cosa que ha sido interpretada como señal de buen augurio para la flota.

—Desvarían…

—No sabes hasta qué punto. Tienen más confianza en Dios que en el poder de los barcos. Tendrías que leer los informes de nuestros contactos en La Coruña diciendo que poco antes de partir todos los marineros abandonaban las naves para ir a misa juntos en tierra y confesarse. Una locura. En todas las iglesias de España se celebran ceremonias religiosas para ayudar a la victoria.

Los dos jóvenes agacharon la cabeza. Sabían que en esos momentos todo aquello se había convertido en un escenario sin sentido. Nada valía el éxito de su operación si el agente permanecía allí encerrado esperando una muerte segura. Faunt observó cómo su compañero hundía la mirada en el suelo de la celda.

—Tienes que tener paciencia, amigo mío —le dijo mientras le tomaba del brazo para estar más cerca de él.

—Es difícil tenerla cuando sabes que no hay escapatoria y que tu única salida es estar colgado del palo más alto como trofeo de tu enemigo.

—Todavía hay alguna esperanza.

—¿Esperanza? ¿Cuál? Ganen o pierdan seré su trofeo. Juan de Idiáquez está totalmente convencido de lo que va a hacer. Nunca reconocerá su error ante el rey de España.

Faunt no sabía cómo consolar a su amigo. Entendía que tenía razón, que su muerte era cuestión de días. Pero no podía irse de allí sin al menos hacerle albergar en su corazón un poco de esperanza, aunque supiera que era falsa.

—Felipe está loco, Nick. Idiáquez está loco y todo el mundo está loco. Todo esto es una locura.

—Quizás ahí está la clave. Nos aprovecharemos de su propia locura.

Las palabras del falso religioso sonaban a despedida. Los dos amigos, emocionados, se abrazaron con fuerza. Por la cabeza de ambos empezaron a desfilar escenas de la vida de ambos en Cambridge, los primeros devaneos como agentes al servicio de Su Majestad o las triquiñuelas que el propio servicio de los Walsingham tenía que inventarse para hacer que sus chicos pasaran relativamente desapercibidos ante la creciente ojeriza de sus compañeros.

—Tú siempre fuiste mejor que yo —añadió el preso al borde de las lágrimas.

—Eso no es cierto. El éxito de toda la operación te la debemos a ti.

—Pero mira para qué ha servido. La profecía de don Antonio relativa a los papeles que me entregó hace dos años parece cumplirse. Primero me salvó la vida y ahora me la arrebata. Y de qué forma, lenta y cruelmente.

—La profecía no decía eso. Señalaba que el portador de los papeles salvaría la vida una vez pero no dos. Es cierto que tú salvaste la tuya gracias a ellos, pero ya no los tienes en tu poder.

—Se los entregué a la princesa de Éboli.

—En efecto. No creo en cosas de astrólogos ni magos. Me parece todo una simple casualidad. No obstante, confía en mí, Kit. No te dejaré aquí.

El reo se quedó con la duda de la profecía. No tenía más remedio que aferrarse como un náufrago al primer trozo de madera que viera en medio del inmenso océano. Nicholas Faunt no añadió nada más. En realidad no sabía cómo seguir engañándose a sí mismo. Aquel océano era demasiado grande como para poder salvar a su amigo. Se levantó, fue hasta la puerta de la celda y tocó con los nudillos en la madera. El alguacil abrió tras comprobar por el ventanuco que todo estaba en orden. Sin mediar más palabras, desapareció por el pasillo enfundado en su capucha con la certeza de que nunca más volvería a ver con vida a su amigo.

OceanofPDF.com

Capítulo 43

Palacio Real de Madrid (España)

Martes, 16 de agosto de 1588

Los acontecimientos de las últimas fechas hacían que la circulación de mensajeros por palacio fuera muy intensa. En la mayoría de las ocasiones exigían ver con urgencia al secretario, Mateo Vázquez. El religioso despachaba en su estudio acompañado de Juan de Idiáquez. Era primera hora de la mañana y no querían desaprovechar el tiempo. En breve debían ir a El Escorial, junto al rey Felipe, y apuraban sus últimas horas en Madrid para gestionar algunos asuntos del día anterior que habían quedado pendientes.

La tensión de aquellos días se vivía en todas las estancias de las oficinas reales. El silencio no era la mejor señal de sosiego y quietud. Cuando el vacío llegaba a los pasillos y despachos, todos sabían que algo se cocía en sus fogones. Y lo mejor que se podía hacer era ser paciente, esperar acontecimientos y confiar en la providencia para que todo saliera según lo previsto. Sólo entonces podría volver la normalidad.

Desde hacía varias semanas únicamente llegaban mensajeros y correos que traían las noticias del estado de la Armada, su aproximación a Inglaterra y los primeros escarceos con el enemigo. El resto de los asuntos quedaba en un segundo plano. Incluso el peligro de que los moros acecharan en el Mediterráneo parecía no tener relevancia alguna para los secretarios de Su Majestad.

Y, en verdad, las noticias de la Armada eran de lo más inquietantes, ambiguas y, en muchos casos, contradictorias. El paso de la desazón a la

más descontrolada euforia se conseguía con sólo avanzar unas pocas líneas en cualquiera de las cartas que esos días llegaban desde el Estrecho.

El camarero de Mateo Vázquez hizo entrada en el despacho portando en una bandeja dos documentos. Vázquez llevaba varios minutos esperándolos.

—Han llegado hace pocas horas a nuestra posta de palacio, señor. Ya han sido confirmadas como auténticas y se ha descifrado la cifra secreta que las ocultaba.

—Muchas gracias, podéis retiraros.

El camarero se despidió con suma exquisitez, desanduvo sus pasos y salió por la oscura puerta, cerrando con cuidado para no molestar el trabajo de su señor.

Con los documentos en la mano, Mateo Vázquez no sabía por dónde empezar. Prefirió dárselos a su compañero y que fuera él quien hiciera los honores de conocer en primer lugar su contenido. Una carta venía de Ruán y estaba firmada por Bernardino de Mendoza, embajador español en París. La otra estaba firmada por un enlace del Estrecho, encargado de informar de todo lo que sucediera relacionado con los barcos españoles.

—¿Cuál abro primero?

—Elegid vos mismo, Idiáquez. No creo que me equivoque si digo que una es buena y la otra no lo es; que seguro que son billetes contrarios y que no sabremos por cuál inclinarnos.

Juan de Idiáquez se quedó perplejo por el comentario de su interlocutor.

—Empezad por la de Bernardino —añadió Vázquez—. Apuesto una bolsa de monedas de oro a que son buenas noticias.

El político vasco siguió la decisión de Vázquez. Tomó la carta que venía con el sello de la embajada española en Francia y la abrió.

—Está sellada en Ruán el día 7 de agosto.

No era muy extensa. Una simple nota informativa en la que en pocas líneas se quería hacer conocer en Madrid lo que había pasado en el primer encuentro de la Armada con los ingleses.

—¿Qué es lo que dice?

—Son buenas noticias, tal y como anunciabais. Bernardino de Mendoza dice que la victoria está de nuestro lado.

—Eso no puede ser verdad. Desde su posición es difícil conocer lo que sucede en el mar. El bueno de Bernardino se suele dejar llevar por las emociones con demasiada facilidad. No es la primera vez que se lanza a escribir una misiva sin cotejar antes la información. Abrid la otra, la del contacto en el Estrecho. Veréis como, por desgracia, no me equivoco.

Idiáquez obedeció y abrió la segunda carta. Era un poco más larga, aunque apenas entraba en detalles. Solamente se limitaba a informar de lo que estaba pasando a ojos del testigo.

—Ha habido una terrible tormenta que ha disuelto nuestras líneas cerca de Calais. —Idiáquez miró al secretario con cara de preocupación. Los designios de Vázquez parecían cumplirse con pulcritud—. Los ingleses han aprovechado el desconcierto y han enviado barcos incendiados contra los nuestros. La Armada se dirige hacia el norte de Inglaterra empujada por vientos adversos.

—¿Hacia el norte? —La voz de Mateo Vázquez resonó en el despacho.

—Eso es lo que dice aquí.

—Pero, debían permanecer allí para asistir a Farnesio. ¡Si navegan hacia el norte, Farnesio quedará desasistido y no podrá moverse de sus puertos de Flandes!

—¿Pero por qué Bernardino de Mendoza señala el mismo día que la victoria es nuestra? —preguntó el político abrigando un mínimo de esperanza.

—Lo ignoro, amigo mío, pero podríamos hacer la misma pregunta al contacto del Estrecho. Si está ganada la batalla ¿por qué dice que nuestros barcos navegan hacia el norte, en dirección contraria adonde en realidad deberían ir? Me apuesto otra bolsa a que mañana o pasado llega una nueva carta de Bernardino de Mendoza corrigiendo a esta primera.

—La que llegó ayer de Farnesio decía que hacía días que sus hombres estaban preparados y a la espera de la venida de la Armada.

—Y ahora parece que nuestros barcos navegan por el mar sin rumbo ni destino. No, Idiáquez, no. Hay algo aquí que no me gusta nada. Ese malnacido de Thomas Shelton…, Marlowe o como demonios se llame, nos la ha jugado. Ha proporcionado la información vital a sus compatriotas con anterioridad, incluso antes de que nosotros la conociéramos. ¡Es inaudito!

—Debemos ir a El Escorial. Su Majestad estará ansioso por saber estas nuevas. Cuanto antes se las digamos, antes se pasará el mal trago.

—Sí, eso será lo mejor, Idiáquez —dijo el religioso en tono sarcástico mientras recogía los papeles de su mesa—. ¿Le vais a hablar vos, el mismo que escondía las cartas de Medina Sidonia diciendo que la Armada no estaba preparada para salir de La Coruña?

El político no respondió. Permaneció en silencio en su silla, releyendo por quinta vez las noticias que llegaban del Estrecho anunciando el desastroso devenir de la Armada.

—Escribiré una carta al rey relatando lo que sucede.

—No seáis demasiado claro —le aconsejó Idiáquez—. Pensad que las noticias son ambiguas en extremo.

Mateo Vázquez levantó la mirada del papel para observar con desdén a Idiáquez.

—¿Llamáis noticias ambiguas a la notificación de una derrota perfectamente descrita con pelos y señales, frente a la simple mención de una victoria sin más, sin aportar siquiera dónde están nuestras naves? Por favor, Idiáquez, os creía más cabal.

—Vos mismo dijisteis antes que las noticias iban a ser contradictorias. No sé por qué dais más credibilidad a una que a otra.

—Don Juan de Idiáquez… —El secretario adoptó un gesto serio para dirigirse a su colega y contestarle con rotundidad.

Pero no pudo añadir nada más. La puerta del despacho se abrió de nuevo para dejar entrar a su camarero. Mateo Vázquez le dio a entender con la mirada que no era el mejor momento para interrumpir su trabajo.

—Lo siento, señor. Pero acaba de llegar un mensajero que precisa de veros en persona.

—¿Es algo relacionado con la Armada?

—No, señor, viene…

—Pues entonces no es importante. Decidle qué es lo que quiere y que se vaya. Estoy muy ocupado.

—Ya se lo he dicho, señor, pero se niega a irse. Es un muchacho que viene de la parroquia de Santa Cruz. No quiere decirme la noticia para que

os la transmita yo mismo, e insiste en las órdenes que le ha dado el párroco de la iglesia.

Vázquez e Idiáquez sabían que no era nada bueno que un mensajero exigiera de aquella manera ver al secretario. No sabían de qué forma, pero la noticia del mensaje llegado de la iglesia, próxima a la cárcel en donde estaba encerrado en las últimas semanas su preso más incómodo, no presagiaba nada bueno.

Mateo Vázquez dejó a un lado la carta que estaba redactando para el rey y, tras recibir el consentimiento de Idiáquez, asintió para que hicieran pasar al insistente mensajero.

Al poco entró un muchacho de apenas quince años. Era un chico anónimo, seguramente el primero que vio el párroco de la iglesia en la calle a esas horas de la mañana para ser reclutado de forma improvisada y obligada para hacer llegar lo antes posible la noticia a palacio.

Con la cabeza baja y aferrado al sombrero que llevaba en las manos, el chico entró en el despacho.

Los dos políticos lo observaron con detenimiento. Parecía asustado.

—¿Cómo te llamas, chico? —le preguntó Vázquez.

—Soy… José, señor. El hijo del cestero —respondió abatido.

—Tranquilízate. No temas. Dinos lo que te han dicho que nos comuniques con tanta urgencia y podrás irte sin mayor problema.

El joven se puso más nervioso todavía. No sabía por dónde empezar.

—El párroco de Santa Cruz, don Francisco, me ha dicho que ha encontrado en el armario que hay bajo la torre de la iglesia…

Se hizo el silencio. El muchacho cortó el discurso en aquel punto. Tragó saliva.

—¿Sí? ¿Qué es lo que ha encontrado el bueno de don Francisco?

—Ha… encontrado… el cuerpo del padre Jesús de Medina…

Mateo Vázquez cerró los puños con fuerza. Por su parte, Idiáquez reconoció al instante la gravedad del asunto.

—¿No era ése el nuevo párroco de la prisión de Santa Cruz? —preguntó el político vasco.

El secretario del rey se limitó a asentir.

—Hace un par de semanas fue a visitar a nuestro hombre en la prisión —añadió Idiáquez—. Quería saber si, aun siendo hereje, quería convertirse a la verdadera fe antes de ser colgado.

—Está bien, muchacho, toma esta moneda y dile a don Francisco que has hecho muy bien tu trabajo. —Vázquez lanzó el dinero al aire obligando al chico a dar un salto para cogerlo—. Aunque dile también que para decirme eso no hacía falta tanta monserga. Él mismo me lo podría haber dicho en persona esta tarde. Sabe que suelo ir con frecuencia por allí para dejar mis donativos a la parroquia.

—Nosotros haremos las pesquisas necesarias para ver si hay alguna relación entre el religioso muerto y nuestro hombre —añadió Idiáquez dirigiéndose al secretario.

Pero el chico no se marchaba. Seguía con idéntico gesto, como si hubiera sido atrapado por el mismo demonio.

—He dicho que te puedes ir, muchacho.

—Se…, señor. Hay otra cosa que me dijo don Francisco que le contara y que era de gran importancia.

—Y bien. ¿Qué es esa cosa tan importante?

—Yo no sé dónde está esa importancia, pero don Francisco me dijo que le señalara que el médico había dicho que don Jesús de Medina llevaba más de dos semanas allí encerrado.

—¿Dos semanas? —Idiáquez saltó de su silla asustando al muchacho.

—Sí, dos semanas —añadió el mensajero con cada vez más temor en el cuerpo—. El médico creía que había muerto quizá de un golpe en la cabeza y que alguien había arrastrado el cuerpo del padre hasta el armario de la torre para esconderlo.

—Ciertamente es el mejor lugar —señaló Vázquez.

—Sí que lo es, señor —recalcó el chico—. Quien lo hiciera sabía que nadie entraba por allí y que tardarían en descubrirlo varias semanas. Ese armario está lleno solamente de repuestos de la misa que no se usan con frecuencia. A veces pasa más de un mes sin que nadie lo abra.

—¿Y cómo se ha descubierto? ¿Acaso tocaba ir al almacén? —preguntó Idiáquez.

—No, señor, pero el hedor era muy fuerte —señaló el chico tocándose la nariz—. El olor a carne podrida era insoportable en la sacristía. Eso fue lo que llamó la atención de don Francisco. Primero pensaban que era de la pescadería del señor Luis, que está lindando a la pared de la iglesia, por el lado de la plaza. Pero después de discutir con el pescadero, el cura barajó la posibilidad de que se tratara de un olor que venía de la zona baja de la propia torre de la iglesia, junto a la sacristía en donde se cambia…

—Está bien, muchacho, no hacen falta más detalles. Seguro que el alguacil ya está al tanto de todo, ¿no es así? —El muchacho asintió—. Pues vuelve a Santa Cruz y dile que ya estamos enterados del asunto.

Cuando el muchacho salió, los dos secretarios cruzaron de nuevo la mirada. Sabían a la perfección qué era lo que estaba pasando.

—Si el cura lleva muerto más de dos semanas, ¿quién es entonces el que ha ido a visitar a nuestro hombre a la prisión?

La pregunta del secretario parecía obvia, así como la respuesta del político vasco.

—¡Ese cerdo no está solo! —El grito de Idiáquez resonó en todo el ala del palacio—. ¡Sigue contando con los apoyos de siempre en la ciudad! ¿Cómo es posible que todo salga mal? No voy a parar hasta dar con los que lo acompañan y le sirven de apoyo. Todos juntos colgarán del palo mayor como si fueran un racimo de uvas.

—La situación se complica, es cierto. Pero tenemos que actuar con frialdad —lo tranquilizó el secretario—. No seáis impulsivo, mi querido amigo. Pensad con la cabeza. Habéis estado siguiendo todos los movimientos del estudio de don Alonso de Coloma y, o vuestros hombres son una sarta de estúpidos incapaces de no ver lo que todo el mundo ve, o es que en realidad no hay nada que ver.

—¿A qué os referís, Vázquez?

—Llevaremos esta carta a don Felipe contando las misivas que han llegado en las últimas semanas a palacio.

—Pero entonces los que penderemos del palo mayor junto a Marlowe seremos nosotros. Su Majestad no creerá que el fracaso de la misión no sea debido a nuestros fallos sino a los suyos propios. Jamás reconoce un error en sus quehaceres.

—Amigo Idiáquez. No os preocupéis. Junto a la carta llevaremos también un regalo que seguramente no espera.

—Os referís a…

—Exacto.

Juan de Idiáquez empezó a comprender las intenciones del secretario y esbozó una sonrisa. Por primera vez en muchos días se percató de que había algo de esperanza en su comprometida empresa.

—Mañana a primera hora iré a la prisión de Santa Cruz.

OceanofPDF.com

Capítulo 44

San Lorenzo de El Escorial,
Madrid (España)

Sábado, 3 de septiembre de 1588

Aquel día no era el más apropiado para estar junto a Su Majestad. Eso lo sabían hasta los mozos de cuadra. Desde muy temprano corrían rumores por todas las salas de la casa de que había llegado un mensajero con funestas noticias de la Armada.

En efecto, cuando apenas había amanecido, un jinete de la posta de Madrid trajo en persona al despacho de Mateo Vázquez la carta que durante semanas habían estado esperando. Siguiendo el protocolo de costumbre, la carta fue enviada al departamento de cifras. Apenas fue descifrado, el mensaje fue enviado a Mateo Vázquez.

El secretario todavía no se había levantado de la cama. Fue despertado a toda prisa y sin miramientos por su camarero, a quien también el mensajero había sorprendido entre las sábanas. Sin apenas calzarse, el sirviente corrió descalzo y en camisón por el ala del palacio en dirección a las habitaciones de los políticos.

El religioso apenas tuvo tiempo de reaccionar. Con los ojos pegados rompió el sello que protegía la carta y la desenrolló. Al igual que en otras ocasiones, el mensaje provenía de Francia y tenía pocas líneas.

Al acabar de leerlo, Vázquez se apoyó en la cama y con gesto resignado cerró los ojos. Por la expresión de su señor el camarero entendió la gravedad de las noticias.

—¿Queréis que avise a Don Juan de Idiáquez, señor?

—Sí, por favor. Id a avisarle mientras me visto. Decidle que baje lo antes posible a mi despacho, que allí nos encontraremos. No le digáis nada sobre la llegada de la carta.

—Como deseéis, señor.

Dicho esto, el sirviente salió de la habitación. Vázquez se incorporó. Fue directo a una palangana que había frente a la ventana de su cuarto. Se refrescó la cara con el agua que la noche anterior le habían colocado. Abrió la ventana y dejó que el rostro se le secara con la brisa fría de la sierra de Madrid. Seguidamente, volvió en sí y giró la cabeza para ver de nuevo la carta que había sobre la cama. Se acercó a ella y la volvió a leer.

No, no era un mal sueño. Los españoles, tal y como sospechaban desde hacía semanas por otras informaciones recibidas, habían sido desperdigados frente a las costas de Calais. En su huida hacia el norte, acompañada de terribles tormentas, no habían podido contactar con el duque de Parma, en los Países Bajos. Las naves parecían querer alcanzar las costas españolas bordeando toda Inglaterra. Era la única posibilidad de conservar el mayor número de barcos ante la imposibilidad de luchar contra los ingleses, más pequeños y armados con artillería de largo alcance. La idea original de luchar casi cuerpo a cuerpo con las embarcaciones enemigas, abordarlas y hacerse con ellas, se había convertido en una estrategia inviable.

El secretario puso la carta sobre la mesa y aceleró sus movimientos para disponerse a bajar a su despacho lo antes posible.

Cuando abrió la puerta de su lugar de trabajo, dentro ya estaba Juan de Idiáquez esperándolo. Fue directo a su mesa y en el camino le entregó la carta para que la leyera.

—Buenos días. Ha llegado hace pocas horas. Tenemos que actuar con rapidez.

Idiáquez no tardó en leer el documento. Al instante se percató de la gravedad de su contenido.

—¿Qué vamos a hacer? El rey debe saber esto antes que nadie.

Ninguno de los dos sabía cómo pero, en efecto, aunque la carta solamente la leyeran ellos, conocían la rapidez con la que se propagaba una noticia de esa clase. Esa celeridad se multiplicaba por diez si se trataba de malas noticias como las que concernían en esta ocasión a la Armada.

—No tiene ningún sentido alargar esta agonía por más tiempo. Lo mejor será que preparéis un escrito y comuniquéis a Su Majestad la confirmación de nuestras sospechas.

La voz de Mateo Vázquez sonaba agónica ante el imparable devenir de los acontecimientos. Tomó papel de su mesa, mojó la pluma de ganso en el tintero y comenzó a escribir con la mejor caligrafía buscando el modo de hacer ver al rey de España que el fracaso de la Invencible se debía a circunstancias que iban más allá de las manos del Hombre.

No lejos de allí, Su Sagrada, Católica y Real Majestad caminaba apoyado en un bastón por la larga sala que antecedía a la cámara del trono. Siempre era el primero en levantarse y el último en acostarse. Paseaba ensimismado, carcomido por la inquietud que le provocaba la falta de noticias. Hacía más de un mes y medio que habían zarpado de La Coruña y lo que llegaba desde el Estrecho eran contradicciones.

Felipe permanecía en silencio acompañado a poca distancia de su confesor personal, fray Diego de Chaves, y del presidente del Consejo de Castilla, don Antonio Mauriño de Pazos. Ambos conocían la incertidumbre de su señor y preferían no intervenir ni incomodarlo en nada, hasta que fuera el propio rey el que los reclamara.

Los paseos del monarca desde su despacho de trabajo hasta su capilla privada eran continuos. Las oraciones se prolongaban en ocasiones durante horas, haciendo que para sus allegados la espera fuera insoportable. El religioso y el político castellano se estremecieron cuando le vieron caminar hacia la iglesia una vez más. Se miraron con resignación y cuando Felipe entró cerrando tras él la puerta, se sentaron en un banco cercano, a esperar el final de la oración.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para tener una nueva distracción. Por el fondo del pasillo se veía venir al camarero de Mateo Vázquez. Con él llevaba la carta que su señor acababa de redactar para Su Majestad.

—Buenos días, señores. El secretario requiere con urgencia que le sea entregada esta carta al rey.

—Está orando en su capilla, como de costumbre —señaló el presidente del Consejo de Castilla sin levantarse de su asiento—. Se la entregaremos al

salir de ella, perded cuidado.

—No creo que sea lo más oportuno a sabiendas del tiempo que dedica a las oraciones. Creo que sería mejor que, debido a la premura de las noticias que han llegado desde Francia esta mañana, se la entreguéis ahora mismo.

Los dos hombres comprendieron inmediatamente a qué se refería el camarero. En aquella carta estaban las noticias de la Armada que tanto habían esperado en las últimas semanas.

Como si le quemara la mano con el papel, Antonio Pazos entregó de inmediato la carta al religioso. Diego de Chaves, resignado, se levantó nervioso para dar el fatal aviso.

—Esperaré aquí por si Su Majestad necesita algo más de mi señor —señaló el ayudante.

La puerta de la capilla se abrió dejando ver la terrible oscuridad de su interior. Las ventanas estaban tapadas con gruesos cortinajes. Sólo se veía gracias a la iluminación de un par de candelabros que había junto al altar.

Frente a él, la silueta negra del rey Felipe se bañaba con la luz del pasillo. Diego de Chaves entró sin más formalidad. Hizo un gesto en el hombro del monarca y éste levantó la cabeza saliendo momentáneamente de su trance místico.

—Majestad, han llegado las noticias que esperabais.

Felipe se santiguó. Apoyado en su bastón, consiguió ponerse en pie con dificultad. Tomó la carta y caminó hacia una de las ventanas. Tras descorrer la cortina y dejar que entrara la luz, desplegó la nota.

Diego de Chaves lo miraba con detenimiento. Observaba cómo los ojos del rey, de un azul intenso rodeados de rojeces producto del cansancio y de las tensiones de las últimas semanas, recorrían las líneas de la carta.

Para sorpresa del religioso, Su Majestad no hizo un solo gesto. Ni tristeza, ni alegría, ni sorpresa, ni irritación; absolutamente nada. Con la misma expresión fría, levantó la mirada del papel.

—Llamad, por favor, a Mateo Vázquez y a Juan de Idiáquez. Decidles que se reúnan conmigo de inmediato en mi despacho de trabajo.

—¿Sucede algo malo, Majestad?

—Nada que Dios no pueda remediar. Id a avisar al secretario, por favor.

Y sin decir más, apoyado en su bastón, salió de la capilla aferrado a la carta que le comunicaba las funestas noticias. Tras él, Diego de Chaves comunicó el requerimiento al camarero de Vázquez. Éste salió todo lo rápido que pudo en dirección contraria por el pórtico del patio para no tener que cruzarse con el rey.

El secretario aguardaba junto a Idiáquez la llegada de su camarero. Esperaban con ansia que les contara la reacción del monarca a tan malas e inesperadas noticias.

Cuando el camarero entró en la habitación, los dos políticos saltaron del asiento como si tuvieran en los cojines un extraño resorte que les hiciera botar.

—Su Majestad ordena que se personen vuestras mercedes en su despacho de forma inmediata.

Vázquez e Idiáquez se miraron con desconfianza.

—¿Ha dicho algo? —preguntó el sacerdote con curiosidad.

—Nada. Su rostro no se ha demudado un ápice. Parece estar como el resto de los días, como si nada hubiera pasado.

—Muchas gracias, ahora mismo vamos para allá.

—¿Qué es lo que querrá con tanta premura el rey?

—Imagino que comentar los detalles que han llevado a tan terrible derrota.

A pesar de los años de experiencia, nunca se habían visto en una situación tal. En verdad tenían miedo, no a la derrota en sí, sino a la sucesión de acontecimientos que, como una cascada imparable, se podrían producir en la Corte desde aquel instante.

—Llevemos a nuestro hombre con nosotros —añadió Idiáquez, desesperado—. Expliquémosle la verdad de lo sucedido. Cómo todo el proyecto se ha venido abajo en las últimas semanas por culpa de la acción de ese miserable.

—Podría funcionar —reflexionó Vázquez acariciándose la barbilla—. Su Majestad no es proclive precisamente a los herejes. Podría servir de chispa de inicio para llevar a cabo un nuevo auto de fe ayudándonos del Santo Oficio.

—No perdamos tiempo. Haré llamar al carcelero para que lo lleve al despacho del rey y que haga la entrada tras nosotros.

Marlowe había sido trasladado a una nueva prisión hacía dos semanas. Nadie le quiso decir cuál era su destino. Al principio pensó que al salir de Santa Cruz aquello significaba que todo estaba acabado; que iba a ser conducido al patíbulo sin la menor oportunidad de ser juzgado ni de poder despedirse de sus amigos. Y, sin embargo, el cambio fue para bien. Llegó por la noche a un lugar rodeado de campo. Parecía ser una casa muy principal ya que el lugar en donde lo encerraron no estaba preparado para ser prisión. Se trataba de una bodega o almacén con un pequeño ventanuco que daba a un patio por el que veía todos los días la vida de los sirvientes. Incluso la puerta de la celda era diferente. No contaba con gatera para introducir la comida por debajo y era una persona del servicio quien todos los días entraba y salía para darle su ración, acompañado, eso sí, de uno o más alguaciles.

—San Lorenzo de El Escorial… —pensó en alto el agente inglés.

Había oído algún comentario a los sirvientes que le hacían pensar que, en efecto, se encontraba en la sierra. Conocía que era una de las residencias preferidas de Felipe II y que estaba fuera de Madrid, algo que encajaba con el tiempo empleado en el incómodo viaje que sirvió para el traslado.

Pero, aun así, su encierro no le resultada más cómodo. Había calculado que, entre Santa Cruz y su nuevo destino, llevaba en prisión casi un mes y tres semanas. Desde hacía tiempo no tenía contacto con ninguno de sus amigos. Imaginaba que las visitas le habían sido prohibidas. Antes de salir de Santa Cruz le habían cortado el pelo y había tenido oportunidad de asearse. Al llegar a aquel lugar, situado seguramente junto a las cocinas de la casa, comprendió por qué se hizo. Quien fuera, no quería que el nuevo inquilino fuera un foco infeccioso ni de malos olores. Kit asumió su nuevo papel y esperó pacientemente a que llegara su hora.

Un golpe en la puerta de la celda le sacó de sus pensamientos. Entraron tres alguaciles. Dos de ellos lo sujetaron por los brazos mientras un tercero le cubría los ojos con un pañuelo.

El joven se impresionó. Sin lugar a dudas aquello significaba el final de todo.

—Tienes visita, y de postín.

Las palabras del carcelero no tranquilizaron al agente. Entre trompicones y resbalones consiguió salir de la habitación. Apenas podía subir los escalones por donde lo conducían sin que tropezara continuamente con algo.

No entendía nada. Caminó durante un buen rato por largos pasillos sin tener la más remota idea de dónde se encontraba. «Aquí no hay nada que huela mal, todo lo contrario», pensó para sí. Tenía la creencia de que cualquier patíbulo que se preciara debía oler y despedir un hedor insoportable a muerte y abandono. Pero no había nada de eso.

Al final de una galería oyó las primeras voces de todo el largo paseo. Salían del interior de un despacho. Una de las voces le era conocida. No entendía lo que decían pero sin lugar a dudas entre ellos estaba Juan de Idiáquez.

Dejaron de hablar cuando le vieron llegar. Fue conducido al interior del despacho.

—Quitadle la venda de la cara. —Sonó una voz desconocida para el prisionero.

Cuando el joven agente se hizo a la luz de la habitación, su sorpresa fue mayúscula. Un nutrido grupo de hombres le observaba con cara de antipatía. En un lado, junto a una gran mesa de trabajo, estaban Juan de Idiáquez y Mateo Vázquez. Tras la mesa, Felipe II miraba a Kit con curiosidad.

—¿Es éste vuestro hombre?

—Sí, Majestad —respondió Idiáquez—. Es un agente de los Walsingham. Se hizo con información secreta sobre los movimientos de la Armada y tiempo atrás sobre la empresa que Anthony Babington tenía preparada en Inglaterra para colocar en el trono a María Estuardo. Su nombre es Christopher Marlowe, aunque aquí se hace pasar por Thomas Shelton. Él es el culpable de la detección del correo de la reina de Escocia que tan fatal desenlace tuvo el pasado año, Majestad.

—Así que a él le debemos que nuestros barcos se hayan hundido y perdido por culpa de las tormentas, ¿no es así, Idiáquez?

—Majestad, Marlowe conocía con todo detalle los movimientos de nuestra flota. Sabía el día de partida y las posibles fechas del encuentro con los ingleses. También era conocedor del complicado plan pergeñado para hacer que Farnesio conectara con la Armada para cargar sus hombres y llevarlos a las costas inglesas.

Felipe II seguía manteniendo un rictus serio. Era incapaz de manifestar cualquier tipo de sentimiento. Los presentes en aquella extraña reunión no daban crédito a la frialdad del monarca ante tan terrible calamidad.

—¿No nos hemos visto en alguna ocasión? —preguntó el monarca.

—No lo sé, Majestad, quizás en algún lugar de Alcalá en donde realizo mis estudios.

—¡Miente! —gritó Idiáquez, acompañado de las protestas de otros políticos.

El agente sabía que era verdad. La memoria del monarca parecía ser prodigiosa. Su fugaz encuentro frente a la Plaza de Palacio hacía ahora tres años parecía haber quedado grabado en el recuerdo del rey.

Felipe levantó la mano y se hizo el silencio al momento.

—Mi querido secretario —dijo mirando a Mateo Vázquez—. Esto es lo que vamos a hacer. Nuestras naves arribarán en las próximas semanas a los puertos del norte. Por ahora no sabemos cuáles, pero debemos estar preparados para cuando llegue el momento. Haced que todos estén provistos de medicinas y ayudas para los heridos. Que se realicen listas de heridos y muertos. Destinad la partida de dinero que sea necesaria para pagar y ayudar a las familias de los marineros que así lo precisen.

Idiáquez y Vázquez, incrédulos, cruzaban miradas. ¿Acaso asumía la derrota sin paliativos? El resto de los hombres que había en la sala se miraban con igual sorpresa. Felipe no parecía manifestar ni el más mínimo resquemor por la derrota. Asumía sus consecuencias sin más y se limitaba a poner vendajes en las heridas, como si todo aquello no fuera más que una simple magulladura producida tras la caída de un caballo.

—Y en lo que respecta a vuestro hombre, dejadlo en libertad.

Los murmullos, esta vez de enfado, crecieron entre los presentes. El secretario y el político vasco se volvieron a mirar. El rey parecía haberse vuelto loco.

—¡Pero, Majestad!

Idiáquez utilizó un tono que rayaba la indignación. Se acercó a Kit y lo arrastró ante la presencia del monarca tomándole del brazo. Lo apretó con tal fuerza que provocó un gemido de dolor en el joven agente.

—Este hombre ha sido condenado a muerte por alta traición —prosiguió el político—. Asesinó a varios alguaciles de mi guardia, a un mensajero en el despacho del embajador don Bernardino de Mendoza en Reims hace dos años y todas las sospechas de la muerte de Santa Cruz caen sobre él.

El silencio se hizo en la sala después de oír estas palabras.

—¿Me estáis diciendo, señor secretario, que Santa Cruz fue asesinado y nadie me ha informado de ello hasta ahora?

El tono del monarca seguía igual de plano que al principio, pero con una carga emocional desconocida hasta ese momento.

—Cuando nuestros barcos salieron de La Coruña —intentó responder Idiáquez saliéndose por la tangente—, los ingleses ya conocían todos nuestros movimientos. Nos ha vendido por un puñado de monedas de oro.

—¿Acaso queréis, mi querido secretario, matar al mensajero?

—Majestad, yo no…

—¿Os habéis molestado en averiguar durante el juicio que seguramente ha tenido vuestro reo quién es el que le ha dado esa información tan importante? Se contaban con los dedos de una mano los que la conocíamos. —El rey Felipe hizo una pausa mirando a los presentes—. Mis queridos secretarios. Yo, desde luego. Y como es obvio, no he comentado nada a este desdichado. ¿Habéis sido vos, Idiáquez? ¿Queréis acompañarlo vos mismo al cadalso?

—Majestad, es un agente enemigo cuyo trabajo ha hecho fracasar nuestro plan.

—Quizá no me he explicado bien. —El monarca comenzó a caminar por la estancia ayudándose de su bastón—. Si me garantizáis que con la muerte de este joven nuestros barcos van a regresar victoriosos de Inglaterra y que Isabel abandona su trono, adelante, Idiáquez. Si, por el contrario, y como me temo, su muerte no va a ser más que un intento de desviar la atención de vuestras responsabilidades o, peor aún, no más que un necio

gesto de venganza, prefiero ahorrarme esa sangre y dejar las cosas como están. Bastante sufrimiento estamos soportando ya.

—Majestad —intentó mediar Vázquez—, lo que Idiáquez quiere decir…

—Sé perfectamente lo que quiere decir el bueno de Idiáquez, señor secretario —añadió el rey de manera cortante, dándose la vuelta—. Entiendo que no se me ha informado de las verdaderas causas de la muerte de Santa Cruz y de la existencia de este agente entre nosotros. Pero no entiendo por qué sale a la luz cuando todo está acabado. Eso me huele a vil excusa y a no querer asumir las responsabilidades de cada cual. Yo sólo tengo que dar explicaciones de mis actos ante Dios, señores, que no es poco. Es pronto para saber las causas. Lo que es seguro es la derrota y ante eso sólo queda asumirla con todas sus consecuencias.

La soberbia del monarca indignó sobremanera a todos los presentes. Secretarios y políticos apenas podían creer la cerrazón del rey. Todos le habían avisado sobre la poca idoneidad de las fechas elegidas para realizar la campaña. Y ahora el rey les echaba la culpa cuando ellos mismos habían sido quienes le querían hacer ver con discreción las ventajas que tendría retrasar, o incluso abandonar, la empresa de la Armada.

—Su ejecución pública como un hereje en un auto de fe haría calmar la animadversión que ahora seguro está creciendo entre los habitantes de nuestros pueblos y ciudades. La derrota de la Armada es un duro golpe, sin duda, pero se puede paliar en parte alimentando el fervor del pueblo.

—Algo hemos debido de hacer mal para que Dios nos haya abandonado en este momento tan delicado —añadió el monarca sin hacer caso de las últimas palabras de su secretario.

Los hombres de la Corte veían cómo el rey comenzaba a delirar con sus argumentos de siempre, obcecado en maniobrar la política exterior de España según los elementos religiosos que mejor se amoldaran a las necesidades.

—¿Acaso es este agente el joven por el que tanto preguntaba el cardenal arzobispo de Toledo? Al parecer se ha cometido un grave error con él y no es más, según las palabras de Su Ilustrísima, que un estudiante de Alcalá. ¿Tendréis pruebas del trabajo de este joven en lo que decís?

—Majestad, las pruebas son claras. —Idiáquez balbuceaba las palabras —. Realizamos un juicio sumarísimo. Fue detenido después de hablar con don Antonio Pérez.

—¿Con Antonio Pérez? Todo el mundo habla con Antonio Pérez. Es un hombre muy popular en Madrid. ¿Vais acaso a detener a todos los que osen acercarse a hablar con él sólo porque seguís teniendo celos? ¿No os vale el encierro al que se ve obligado, estando perseguido día y noche por los hombres de don Pedro Zapata?

—Majestad, prepararemos un informe…

—Ya es demasiado tarde, señores. —El rey se levantó ayudándose de su bastón con intención de marcharse—. Quiero descansar y reflexionar en la capilla orando por lo sucedido. Quizás así encuentre alguna clave que explique el desastre.

Juan de Idiáquez hizo una señal a sus alguaciles para que se llevaran al prisionero por la puerta de entrada por donde había venido. Al verlo, Felipe se dio la vuelta de forma inmediata.

—No, Idiáquez. Creo que no me habéis entendido. No es por esa puerta sino por aquélla. —El monarca señaló el acceso al despacho del cardenal arzobispo de Toledo—. He dicho que este joven es desde ahora mismo un hombre libre. Os confío su seguridad a vos, Idiáquez, con la esperanza de que no le ocurra nada durante su regreso. Llevadlo junto a Su Ilustrísima. Seguro que se alegra de verlo.

Dicho esto, enfiló sus pasos hacia la salida del despacho seguido de una pequeña corte de camareros y hombres de confianza entre los que se incluía Mateo Vázquez.

Al poco, quedaron solos en el despacho Juan de Idiáquez, tres alguaciles y el propio Kit. El agente, que había permanecido al margen de toda la conversación, vio que la posibilidad de salvar la vida parecía materializarse como un milagro.

—Me temo que no podréis cumplir vuestra promesa, Idiáquez.

El político sacó de su cinturón un cuchillo de hierro. Kit creyó por un momento que iba a cometer una locura. Antes de que pudiera reaccionar, de un certero tajo le cortó las cuerdas que inmovilizaban sus manos.

—Llevadlo al despacho de Su Ilustrísima. Él sabrá qué hacer con este hombre.

Sin añadir más palabras, dio media vuelta y salió por donde lo había hecho el grupo que acompañaba al soberano.

—No me culpéis a mí, Idiáquez —añadió Kit sin aparente rencor, manifestando su resarcimiento—. Culpad a vuestro rey y a los elementos.

OceanofPDF.com

Capítulo 45

Los arrabales del norte,
Madrid (España)

Martes, 6 de septiembre de 1588

Un remozado Christopher Marlowe había pasado los dos últimos días en el taller de don Alonso descansado y curando las heridas de su paso por la prisión de Santa Cruz. El reposo le había venido bien para recuperar fuerzas y poder afrontar en breve el duro viaje que le retornaría a Inglaterra para siempre. Sin embargo, el joven no quería irse. No era justo que apenas empezaba a disfrutar de su libertad con Lorena, ya debiera abandonar el país de forma casi precipitada.

—Debes marcharte cuanto antes —le suplicó la joven—. Idiáquez utilizará todas sus artimañas para hacer cumplir su promesa.

—No creo que se atreva. El rey le dejó bien claro que mi seguridad dependía de él.

Los amantes permanecían sentados en un pequeño banco apoyado junto a una pared del patio.

—Desconfía. No es la primera vez que Idiáquez pone el dinero sobre la mesa para que un mendigo se haga pasar por una persona supuestamente protegida a la que él mismo se encarga de ajusticiar sin ningún pudor. Tiempo después encuentran un cuerpo sin identidad, pero para entonces ya todo el mundo se ha olvidado del caso. Será mejor que te vayas.

—¿Vamos a estar discutiendo toda la mañana sobre Idiáquez?

—Lo siento. Estoy preocupada y no quiero que te suceda nada ahora que has llegado al final de tu trabajo.

Kit y Lorena se abrazaron. Todo había sucedido de forma precipitada en los últimos días de tal forma que de la súbita muerte que todos veían ya sobrevolar sobre su figura, se había pasado a una euforia sólo contenida por la obligación de tener que marcharse cuanto antes.

En ese momento, don Alonso entró por la puerta principal del patio. Iba acompañado por el cardenal arzobispo de Toledo y por Nicholas Faunt.

Kit se levantó del banco y se acercó al prelado para besarle el anillo.

—Ilustrísima…, es un placer volver a veros.

—Buenos días, señor Shelton. Me alegro profundamente de que al final las cosas hayan salido a gusto de todos.

—Bueno, eso no es mala cosa —corrigió don Alonso—. Pero imagino que ahora en palacio y en El Escorial no estarán mostrando mucha felicidad por lo sucedido.

—Me temo que no. —La voz de Nicholas Faunt sonaba triunfante—. Las noticias que llegan desde el Estrecho a palacio no son buenas. Además, queda por saber lo peor. Nuestros propios contactos nos han informado con antelación de lo que está sucediendo junto a nuestras costas. Se confirma que la Armada se ha visto obligada a huir hacia el norte ante la imposibilidad de recular y desandar el camino hacia los puertos españoles.

—¿Pero, no contaban con ningún apoyo en el Estrecho? —preguntó don Alonso.

—Al parecer no. Ahora empezamos a descubrir que gran parte de la derrota se debe no a la pericia de nuestros barcos o a las tormentas, como en un principio quiso justificar Felipe, sino a la improvisación con que se han enfrentado a este proyecto.

—¿Improvisación? —preguntó Kit, incrédulo—. Llevan más de cinco años preparando las operaciones.

—Es cierto —continuó Faunt—. Pero tras la muerte del marqués de Santa Cruz y, sobre todo, la recopilación de datos, algunos de los cuales conseguiste antes incluso de que llegaran a sus propios destinatarios, parece que se ha generado una suerte de miedo ante lo que pudiera ocurrir. No las tenían todas consigo, y así se ha demostrado. De nada vale tener las mejores naves si luego eres incapaz de hacerlas maniobrar.

—En las últimas semanas, Felipe condicionaba todo el plan a una supuesta intercesión divina —señaló el cardenal—. Sus oraciones eran continuas. La desesperación por la falta de noticias, primero desde Lisboa, luego de La Coruña y finalmente en el momento de la batalla, han hecho que muchas decisiones se tomaran dando palos de ciego, sin saber qué estaba sucediendo.

—Los españoles somos así —añadió don Alonso en tono sarcástico—. Ayer decían en palacio que Idiáquez está recibiendo correspondencia de embajadores y políticos en donde la frase más repetida es un «ya os lo dije». —Los cinco sonrieron—. Aquí somos así, señores. En la hora de la derrota todos se lavan las manos, mientras que, por el contrario, siempre hay problemas para encontrar un sitio en el bando de la victoria. Todos se quieren apuntar a ella aunque no hayan hecho nada.

Se miraron con incredulidad. Parecía inverosímil que el trabajo de miles de hombres durante tantos años se fuera por la borda debido a la precipitación y a la mala gestión de la empresa durante la última hora de su puesta en marcha.

—Al menos a mí me ha servido para salvar la vida. Si hubiera sido un rey cabal ahora mismo estaría colgado de un poste en la Plaza Mayor.

—Su Majestad —prosiguió el prelado sin hacer caso al acertado comentario de Kit— no habla con nadie ni parece tener humor para continuar en el trono. Algunos creen que su silencio se debe al orgullo de no querer reconocer el desastre que en gran parte él mismo ha originado. Decisiones arbitrarias, acuerdos a destiempo, siempre todo a última hora según lo que la Divina Providencia le dictaba al oído. En definitiva, otro de nuestros grandes defectos, la falta de previsión.

—Y queda por venir lo peor del desastre —suspiró don Alonso.

—Tenéis razón. Ya están avisados en las costas occidentales de Inglaterra —señaló Nick rompiendo una pajita que había tomado del suelo —. Los barcos españoles serán masacrados siempre que intenten acercarse a tierra. Los pocos apoyos que contaban desde el interior de nuestro país han desaparecido, como si nunca hubieran existido. Al parecer, las bajas españolas no fueron muy numerosas en los pocos escarceos que tuvieron con los nuestros en el Estrecho. Las verdaderas víctimas las van a tener

ahora, cuando cubran todo el perímetro de Inglaterra. No quiero ni pensar en el número de bajas de la Armada una vez acabada la operación y lleguen a los puertos del norte, si llegan.

—Muertos sin haber tenido la más mínima opción de luchar —reflexionó en alto don Alonso—. Vaya cosa mala.

El silencio se hizo en el pequeño grupo. Sólo se oían los pasos de los aprendices concentrados en sus tareas diarias.

—Creo que tenéis las cosas preparadas para vuestro viaje —dijo don Gaspar de Quiroga al fin.

—No hay mucho que llevar —dijo Kit mostrando sus manos vacías.

—Su Ilustrísima nos presta su coche para ir hasta Pastrana —apostilló Nicholas Faunt—. Allí tomaremos caballos para viajar hasta Santander. De esta forma no tendremos problema alguno para abandonar la ciudad.

Todos aplaudieron el amable gesto del prelado. Nick se acercó para despedirse educadamente de Lorena y marchar hacia el coche que esperaba en la puerta del taller.

Kit y Lorena no tardaron en quedarse solos.

—Bueno, una vez más tenemos que despedirnos en circunstancias poco favorables —dijo Kit mientras tomaba las manos de la joven.

—He prometido que no voy a llorar y espero poder cumplirlo. Tu retrato se queda aquí hasta que…, bueno, puedas venir a por él o te lo pueda enviar con alguien, no sé…

—Me consta que queda en las mejores manos. Ahora que he entendido qué es lo que oculta mi mano izquierda, no me queda más remedio que tener que regresar a por él.

—¿De verdad?

—Lo prometo… Así al menos me recordarás tal como soy.

Aunque tendrás ventaja sobre mí. Tú podrás verme pero yo a ti no. Pero bueno, eso acelerará también mi vuelta…

—Pero tiene fácil solución. Con esto te será mucho más fácil recordarme.

Lorena sacó de su camisa una pequeña tablilla. Medía poco más de medio palmo. Era una delicada miniatura con el retrato de la joven; un

autorretrato de Lorena realizado con la misma exquisitez y maestría que el de Kit.

—Esto es… maravilloso. Lo tendré siempre conmigo, el tiempo que tardemos en volver a vernos.

Las lágrimas empezaron a fluir de los ojos de los dos amantes.

—Sabía que no podías llevarte el grande por la premura del viaje y el peligro que acarreaba. Pero como no tenía mucho sentido que llevaras una copia en pequeño, pensé que sería más útil esto.

—Y tanto… —Kit se sentía como un niño con un regalo inesperado.

Los dos se miraron sin saber qué decirse, enmudecidos por la emoción de aquella cálida despedida.

—¿Qué vas a hacer ahora, Kit? ¿Harás de Christopher Marlowe? —rió Lorena.

—Imagino que seguiré escribiendo teatro. Es lo que más me gusta. Quiero acabar de escribir una obra que trata de la masacre que vivió París a manos de los católicos hace unos años. El éxito de mi Tamerlán me ha abierto las puertas de algunos escenarios. Tengo mis contactos y están muy interesados en representar mi trabajo. Pero antes tengo que acabarlo. Esta vez no me he traído nada para escribir. Llevo más de tres meses sin hacerlo.

—Pero bueno, seguro que está todo aquí bien guardado —dijo Lorena tocándole la cabeza—. Seguro que cuando llegues y descanses, pronto los versos comenzarán a fluir con toda naturalidad.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Sigues con la idea de ir a Italia como querías, siguiendo los pasos de don Alonso?

—Sí, aunque no sé cuándo podré hacerlo. Mi deseo es irme cuanto antes. Seguro que en unos meses, después de llegar los barcos de la Armada, las cosas se tranquilizan un poco. Se asume la derrota y todo está más sereno. —La joven hizo una pausa—. Bueno. Te esperan en el coche. Yo te estaré aguardando aquí. Sé que no es fácil, pero sabré esperar. Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Mientras tanto puedes reservar un poco de tu papel y pluma para escribirme.

Kit miró de nuevo el retrato de viaje que Lorena le acababa de entregar.

—Lo haré. Vendré a por ti. Te lo prometo.

—Estaré aquí. No te preocupes por nosotros. Don Gaspar velará por el taller al igual que lo ha hecho siempre. Idiáquez no podrá meter sus narices en nuestro trabajo por más que lo intente.

Con las manos temblorosas por el preciado tesoro, Kit abrazó una vez más a Lorena. Aunque se lo habían prometido, no pudieron reprimir el llanto. Cuando todo parecía llegar a su fin, se veían obligados a separarse.

Al otro lado de la puerta del taller esperaban ya los hombres para comenzar el viaje hasta Pastrana. Kit se guardó junto al corazón el pequeño retrato que le había entregado su amada. Dio media vuelta, la miró por última vez y se dirigió hacia a la calle. Sabía que había promesas que el destino en ocasiones impedía cumplir. Y algo en lo más profundo de su corazón le hizo pensar que quizá la que acababa de lanzar podría ser una de ésas. Podría ser la última vez que la viera.

Ante la puerta del coche, Kit se detuvo un instante para despedirse de don Alonso y del prelado.

—Os voy a echar mucho de menos, maestro.

—No digáis eso, señor Shelton.

Los dos se dieron un fuerte abrazo. Kit se acordó en un instante de los buenos momentos vividos con don Alonso desde que lo conoció en la capilla de los Vozmediano hasta las correrías en el taller. Tampoco sabía si lo volvería a ver alguna vez, pero si de algo estaba seguro era de que el maestro se había comportado, ante todo, como un buen hombre.

—Velad por ella, don Alonso.

—Descuidad que así lo haré.

Kit miró al interior del patio y vio por última vez a Lorena.

Subía sollozando las escaleras del estudio. Aunque lo había prometido no pudo contener las lágrimas. El dolor le impidió girar se para ver por última vez a Kit despidiéndose de ella.

El agente fue más fuerte y movió la cabeza hacia donde estaba don Gaspar de Quiroga.

—Sois muy amable, Ilustrísima. Gracias a vuestra ayuda podemos regresar con vida a nuestro país.

—Al contrario. Vuestra ayuda nos ha resultado muy útil. Quizás el precio de la Armada sea excesivo, pero seguramente el rey se lo piense

mejor la próxima vez. Hará más caso a algunos de sus secretarios y políticos. Así evitará tanto sufrimiento inútil.

—Bueno, en realidad no sé cómo podré pagaros tanta generosidad —insistió Kit.

—A mí se me ocurre una forma muy sencilla —sonrió Su Ilustrísima—. Aprovechando que vais a Pastrana y que allí os encontraréis con la princesa doña Ana, sería de mi gusto que le llevarais un presente.

—Será un verdadero placer. La conocí con un presente y me despediré de ella con otro. Y bien, ¿de qué se trata?

El cardenal arzobispo de Toledo se limitó a señalar el coche. Las cortinas tapaban el interior. Kit no entendió nada hasta que la insistencia del gesto con la mano del prelado le invitó a acercarse al coche y descorrer la cortina.

Kit abrió la boca, sorprendido. Esbozó una sonrisa tras ver la complicidad de su compañero, Nicholas Faunt, y dirigiéndose al religioso dijo:

—No hay nada que más me agrade, Ilustrísima.

OceanofPDF.com

Capítulo 46

Pastrana (España)

Jueves, 8 de septiembre de 1588

El joven agente pensó que aquel viaje a Pastrana había sido el más tranquilo de todos los realizados hasta el momento. La salida de Madrid no acarreó ningún problema. El escudo de Su Ilustrísima evitó toda clase de preguntas impertinentes. No fue necesario siquiera detenerse en la puerta que llevaba hasta Alcalá, ni nadie se molestó en correr la cortinilla del coche para ver quién viajaba en él.

Al llegar a la Plaza de Palacio de la villa ducal, como de costumbre, Diego de Horche esperaba la llegada de los invitados. Había sido avisado el día anterior por un mensajero enviado por el propio cardenal. De esta forma, todo estaba preparado y la princesa de Éboli, al contrario de otras ocasiones, esperaba la llegada de sus huéspedes.

Los dos agentes, con las piernas un tanto entumecidas por las largas horas de viaje, bajaron del coche para saludar al mayordomo.

—Buenos días, don Diego.

—Buenos días, señor Shelton —saludó mayestático el camarero—. Vos debéis de ser el señor Faunt.

—En efecto, buenos días, don Diego.

—Os esperábamos. Ya están las habitaciones preparadas. Imagino que vuestras mercedes querrán descansar antes de reunirse con doña Ana.

—No estaría mal. Sois muy amable —respondió Marlowe—. Llevamos con nosotros un presente para doña Ana.

—El cardenal arzobispo de Toledo me hizo saber ayer por medio de un mensajero todos los detalles de vuestra venida. No hay problema. El coche pasará al patio con la mayor discreción, para que doña Ana no descubra su sorpresa.

—Será mejor así.

—Si es de vuestro gusto, podemos preparar el encuentro con doña Ana para justo antes del mediodía. Así podrán descansar hasta entonces y conversar más tranquilos.

—Me parece magnífico, don Diego. Indicadnos nuestras habitaciones.

Al instante aparecieron junto a la puerta del palacio dos muchachos que acompañaron a Kit y a Nick a sus respectivos cuartos de la planta baja. Mientras, don Diego abrió la puerta del coche se introdujo en él e hizo una señal al cochero para que siguiera sus instrucciones dentro del patio.

A la hora convenida, una muchacha del servicio llamó a cada puerta para avisarles de la cita. Debían subir a la primera planta y reunirse allí con doña Ana. Nicholas Faunt miraba con curiosidad el palacio. Era la primera vez que estaba en él. Había oído hablar muchas veces de aquel lugar y de la mujer que lo moraba, a quien estaba a punto de conocer. Observaba con curiosidad los retratos que había sobre la pared, el artesonado del techo, y la vista sobre el ruinoso patio. A caballo entre el lujo más refinado y la casa más modesta, todo aquello era nuevo para él.

Al final de las escaleras, un muchacho esperaba junto a la puerta de entrada al mismo salón en donde Kit se reunió con la mujer la vez anterior. El joven les abrió la puerta. Antes de entrar, el agente se detuvo.

—¿La sorpresa de Su Alteza, doña Ana…? —preguntó dirigiéndose a la joven que los había acompañado hasta allí.

—Todo está preparado, señor. No os preocupéis. Se encuentra tras una de las puertas del salón, oculto a la vista de Su Alteza. Cuando vos lo requiráis lo haremos entrar.

—Perfecto —señaló Marlowe mucho más tranquilo.

Al final del salón, la princesa de Éboli descansaba en el sillón habitual. Su majestuosa presencia era capaz de imponerse ante cualquier personaje de la Corte. Nick se sobrecogió al contemplarla. Vestía un elegante vestido verde, bordado en oro, que realzaba su figura cada vez más enjuta. El

parche sobre el ojo derecho le otorgaba una extraña distinción entre el misterio, el respeto y el miedo más absoluto a lo desconocido. Con un par de ladridos de bienvenida, *Felipe* bajó de su almohadón y fue corriendo a saludar a los recién llegados.

—Me alegro de verlo de nuevo, señor Shelton.

—Alteza…

—Vos debéis de ser don Nicholas Faunt. Es un placer recibiros en mi casa. Espero que vuestra estancia en ella sea lo más satisfactoria posible.

—Alteza…

—Bueno, señor Shelton. Imagino que a sus oídos habrán llegado las desastrosas noticias que vienen desde Francia y las costas de Inglaterra.

—Sí, Alteza. La operación de la Armada parece haber sido todo un fracaso. No sé si felicitaros.

—No sea injurioso. Ningún español se puede alegrar de la derrota de su país. Según mis informaciones, Medina Sidonia se encuentra ahora en las costas de Irlanda. Allí sufre más bajas que en la propia batalla con los ingleses. Los náufragos que llegan a las costas son aniquilados al momento y los barcos que osan acercarse a por provisiones son atacados con virulencia. Y aun así, las bajas españolas en número de barcos no son muy numerosas. Al fin y al cabo no hubo oportunidad de luchar con los ingleses.

—Bueno, en definitiva, era lo que buscábamos.

—Amigo mío, creo que no comprende usted nada. Las pérdidas humanas serán enormes. Seguramente no lleguen a España ni la mitad de los treinta mil hombres que partieron para invadir Inglaterra. Y los restantes llegarán exhaustos y medio muertos. Menudo panorama.

—Quizás esto le haga reflexionar al rey Felipe —intervino Nick.

—No lo creo, señor Faunt. Todo parece indicar que el rey no hace comentarios sobre la derrota y se niega a despachar con sus secretarios sobre el futuro de la flota. Sólo ha dedicado unas pocas palabras para destinar una partida de dinero para los heridos y las familias de los fallecidos. ¡Como si se tratara de una burda obra de caridad! Se cree que con dinero va a pagar el desastre que sólo él ha originado. Y en el fondo puede considerarse un monarca afortunado. ¿Saben por qué, señores?

Los dos agentes negaron moviendo la cabeza.

—En Inglaterra cuentan con una buena reina. Es cabal y sabe dónde están sus limitaciones. No tiene mayores pretensiones que las de gobernar para su pueblo y no está rodeada de ganapanes que lo único que quieren es ver su bolsa repleta de monedas de oro y un título que les dé la honra que no han podido conseguir por su familia o por su esfuerzo. Aun así, algunos no las tienen todas consigo. Hay miedo ante la posibilidad de un contraataque inglés. Los secretarios preguntan al rey, pero éste no da respuestas a los problemas que surgen casi a diario. Son ellos mismos los que toman las decisiones sin su respaldo. Aunque, visto lo sucedido, mejor así. No sea que toque una sola línea de la defensa y lo destroce todo.

—Pero el proyecto de la Armada fue una aspiración que aunó a muchos hombres de su gabinete —apostilló Kit.

—Señor Shelton, si comprueba usted la idea original propuesta por Don Juan de Idiáquez hace años y las correcciones y apuntes aportados por Santa Cruz, verá que cualquier similitud entre lo que salió de Lisboa a principios del verano y el proyecto original es pura coincidencia. Muchos confiaban en la Armada como lo que realmente parecía: una flota invencible capaz de hacer temblar a cualquier Corona de Europa.

—Bueno, los barcos se reconstruirán rápido. España cuenta con grandes astilleros para hacer los mejores. Eso no es nada nuevo, Alteza —añadió Nick.

—No le voy a quitar la razón, señor Faunt. Pero hay algo que hace más mella en los españoles que la derrota de sus naves, éstas se construyen rápido, sí, pero las heridas causadas en el honor y, sobre todo, el orgullo, tardarán en cerrarse. Estoy segura de que pasarán muchos años antes de que esto se olvide y los corazones se curen. —La princesa hizo hincapié en las últimas palabras—. Acuérdense de lo que les digo. Si no, véanme a mí. Llevo casi diez años encerrada, presa de mi propio orgullo. Los españoles somos así, qué le vamos a hacer.

Por primera vez a lo largo de la charla, Faunt se percató de la presencia del retrato de doña Ana que Lorena realizara. Había oído maravillas de él de boca de su amigo, pero la realidad superaba con creces todo lo que se pudiera decir al respecto.

Durante unos segundos observó con detalle las particularidades del trabajo. Lo comparaba al mismo tiempo con el original, el cual tenía tan cerca, hablando y haciendo aspavientos al tiempo que contaba su visión del desastre de la Armada.

La princesa de Éboli observó al agente con curiosidad.

—¿Se acuerda, señor Shelton? —señaló la princesa, cambiando de interlocutor—. Parece que han pasado décadas desde que me sorprendió con tan magnífico retrato.

—Veo que insistís en veros deslucida y marchitada por el paso del tiempo —replicó Kit con infinita educación.

—Mi buen amigo. No cambiéis nunca y os garantizaréis de por vida el aprecio de cualquier dama —añadió la mujer en tono cortés.

Doña Ana se detuvo en su discurso observando con detenimiento su retrato.

—¿Dónde habrá quedado ese rostro tan luminoso y vivaz? Casi ni me reconozco. Ahora me siento vieja. He renunciado a los amigos y a la familia. En mi cárcel palaciega sólo me queda esperar la llegada de la muerte para culminar sin gloria alguna mi paso por este mundo.

—Puede que seáis vos quien haya renunciado a los amigos, Alteza. Pero me consta que no sucede lo mismo desde el otro lado. Ellos continúan preocupándose por vos y preguntan continuamente por vuestro estado.

—Quizá tengáis razón, señor Shelton. Son muchos años los que llevo aquí encerrada y he de reconocer que las visitas, las cartas y las atenciones no han cesado en ningún momento —señaló un cercano escritorio en donde la correspondencia se acumulaba—. Pero siento que el tiempo pasa de forma irremediable. Parece increíble que estando aquí sola, el paso de los días resulte lento y vertiginoso al mismo tiempo.

Kit se levantó y se acercó al cuadro. El retrato le recordaba al que había dejado en el taller. Aquí no se veían las manos ni apenas los brazos. Era oscuro y misterioso, aunque no parecía ocultar nada. El joven agente se sentía atraído por la magia de la pintura. ¿Cómo era posible que con esas pinceladas pudiera reflejarse de manera tan fiel la personalidad de una dama? Es cierto que allí estaba doña Ana mucho más joven, pero la mirada de aquella chica, con un único ojo brillante, reflejaba a la perfección la sutil

introspección de la retratada, yendo más allá de lo que cualquier sentimiento humano pudiera describir con torpes palabras.

—Fue un regalo hermoso, vivido en un momento emocionante, ¿verdad, Alteza? —Kit quiso compartir con su anfitriona el recuerdo de aquel instante.

—Sí, señor Shelton. Fue usted muy amable trayéndomelo en compañía de Su Ilustrísima. Me emocionó en extremo. En aquellos días mi prisión también era un poco más feroz. Hoy reconozco que es más relajada y puedo entrar y salir de palacio, aunque siempre vigilada por alguaciles.

—De alguna forma, quería compartir un momento similar —Kit miró a Nick con complicidad.

—No lo entiendo, señor Shelton. —Las palabras de doña Ana reflejaban sorpresa.

—En pocas horas partiremos de regreso hacia Inglaterra. Vuestra ayuda hacia nuestro trabajo ha sido en extremo importante y favorecedora. Os debemos mucho, Alteza —dijo el agente con sinceridad—. Sin vuestra ayuda jamás habríamos conseguido nuestro objetivo. Mi colega y yo queríamos traer para vos, y con la colaboración de Su Ilustrísima, un nuevo presente que seguro os agradará. Así podréis recordar de igual forma este último encuentro a modo de despedida entrañable.

—Señor Shelton, señor Faunt, no sé qué decir… ¿De qué se trata?

Kit hizo un gesto al sirviente apostado junto a la puerta de entrada al salón. De forma automática, la princesa movió la cabeza hacia aquel lugar. El mayordomo giró el pomo y abrió.

La princesa de Éboli enmudeció. Fueron unos segundos intensos hasta que pudo asumir que aquello no era un sueño.

—Señor Shelton, considérese eternamente agradecido por doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli y duquesa de Pastrana.

—Alteza, es momento de disfrutar del presente y de la victoria aunque no lo veáis así. Para nosotros se trata de una grande y, sin lugar a dudas, de las mejores.

Los dos agentes se acercaron a doña Ana para besar su mano, todavía temblorosa por la emoción. Sabían que sobraban en aquel amplio salón.

Antes de abandonar la estancia saludaron a don Antonio Pérez, quien, al igual que la princesa, se había turbado por el reencuentro.

—Gracias, señores, gracias…

Se despidieron del exsecretario y dirigieron sus pasos hasta el final del salón. Antes de cruzar la puerta y bajar las escaleras hacia sus respectivas habitaciones, ambos jóvenes se dieron la vuelta. La emoción era compartida por todos los mayordomos que habían entrado en el salón. Doña Ana y don Antonio se habían fundido en un abrazo casi diez años después de su última cita.

Nicholas Faunt tomó del brazo a su compañero invitándole a abandonar el salón delante de él. Caminaron escaleras abajo turbados todavía por la intensa emoción de aquel momento.

Al pie de la escalera se encontraba don Diego de Horche. Los esperaba con una enorme sonrisa. Era la primera vez que Kit le veía manifestar sus sentimientos de aquella manera. Atrás quedaba la idea del hombre dedicado en extremo a su trabajo, incapaz de sentir o padecer.

—Gracias señores. Gracias.

Fueron sus únicas palabras.

OceanofPDF.com

Capítulo 47

Westminster, Parlamento (Inglaterra)

Sábado, 1 de octubre de 1588

Hacía apenas una semana que Marlowe había llegado a Londres. La situación en el Estrecho le resultó extremadamente calma para lo que se esperaba. Después de los escarceos de naves y marineros de las últimas semanas, el viaje fue de lo más tranquilo. No hubo atisbo de barco español alguno en todo el periplo, circunstancia que sorprendió al agente inglés.

A finales del mes de agosto sólo la mitad de los hombres que habían salido de La Coruña llegó con vida a este puerto o al de Santander. Víctimas de la sinrazón del rey Felipe, quince mil hombres se habían quedado en el camino. Por su parte, la flota perdió un tercio de sus naves. El desastre de la Armada española era colosal.

Fue entonces, en el momento de conocer de primera mano las noticias de la hecatombe de la empresa, cuando el agente recordó la voz reveladora de la princesa de Éboli que anticipándose a los hechos señaló: «Hay algo que hace más mella en los españoles que la derrota de sus naves. Estas se construyen rápido, sí, pero las heridas causadas en el honor y, sobre todo, el orgullo, tardarán en cerrarse».

Aquellas palabras retumbaban en el interior de su cabeza cuando escuchó la voz de Thomas Walsingham que lo sacaba de sus pensamientos.

—Kit, ¿te encuentras bien? —le preguntó su mecenas tomándole con suavidad del brazo.

—Sí, gracias… —respondió sin apenas haber escuchado la pregunta.

—Llevas unos días muy raro. Lo mejor será que vuelvas a la vida del teatro lo antes posible. Así te olvidarás de todo —añadió Walsingham animándole—. Piensa que al final ha salido todo bien; todo como habíamos planeado.

Los dos continuaron caminando y charlando por el césped que rodeaba la abadía de Westminster en dirección al Parlamento.

—Oye, y en lo que respecta al teatro, ¿cuándo crees que tendrás terminada tu próxima obra sobre París? ¿Ardo en deseos de poderla ver en La Rosa?

—¿La Rosa? ¿Estás loco? Hace casi cuatro meses que no escribo una sola línea. Todavía tengo que tranquilizarme un poco. Es difícil concentrarse e inspirarse después de todo lo sucedido…

El agente se detuvo en el camino. Sus palabras también se frenaron de forma abrupta. A su lado, Thomas Walsingham supo perfectamente en esta ocasión cuál era el motivo.

—Nunca antes habíamos estado, amigo mío, tan cerca del diablo —dijo Walsingham elevando la voz para que el tercero en discordia pudiera oírlo sin problemas—. Guárdate bien, Kit, no sea que el mismísimo demonio se apropie de tu corazón y lo devore con tal ansia que…

—Está bien, está bien, señor Walsingham —dijo Robert Cecil mientras caminaba con dificultad hacia ellos, levantando la mano para interrumpir la mofa—. Esa historia es muy vieja, y ya la he oído en innumerables ocasiones. No soy tan terrible. Además, no me creo que yendo acompañado de un hombre de letras de tanto éxito en los teatros de Londres no seáis capaz de improvisar un arma mejor para abordarme.

Cecil miró con sonrisa cínica a Kit. El agente se había topado con él en otros lugares, pero nunca se habían visto tan de cerca ni, desde luego, se habían dirigido la palabra. La ceremoniosa voz del político le sorprendió. No era lo que se podría esperar de un hombre endeble, con tan turbia trastienda como aquél.

—A ver si os gusta ésta. ¿Habéis encontrado nuevo secretario, Robert? Tengo entendido que vuestro fiel James sufrió un pequeño accidente en el despacho y que de forma imprevista murió mientras os entregaba unos papeles… envenenados.

—Sí, Walsingham, un triste suceso. No sabemos dónde tenemos nuestro destino.

El tono cínico de aquel hombre comenzó a irritar a Kit. Su temple se estaba viniendo abajo una vez más a pasos agigantados.

—En cambio —saltó Kit—, sí que conocéis a la perfección en dónde está el oro español. ¿Verdad, señor? ¡Apuesto a que los cajones de vuestra mesa están repletos de monedas con la efigie del rey Felipe!

El comentario, como era de esperar, no fue del agrado del político.

—Querido señor Marlowe. Estáis dotado de una lengua muy afilada. Lo habéis adiestrado muy bien, mi querido Walsingham. Sin embargo, no sé de qué se quejan, señores. Acabo de encontrarme con vuestro primo, *sir* Francis, y él no parece estar tan molesto por el devenir de los acontecimientos. Al fin y al cabo, lo que cuenta es el resultado final. Seguro que el señor Marlowe es más optimista en este sentido, ¿no es así?

Kit empezó a perder los papeles. Los interminables días en la cárcel de Santa Cruz desfilaron en un instante por su cabeza. Delante de él estaba el culpable de su desgracia y el hombre por el cual a punto estuvo de perder la vida en más de una ocasión.

—Consideraos un hombre afortunado —respondió Kit apretando los dientes con fuerza—. De no estar donde estamos no habríais siquiera acabado la frase. Las últimas palabras las habríais dicho empapadas en vuestra propia sangre.

Kit hizo un ademán violento para acercarse a Cecil pero Walsingham, más frío, se lo impidió.

—No sé de qué me habláis, señor Marlowe. Solamente confío en que vuestra última estancia en España haya sido todo lo plácida y fructífera que cupiera esperar. Creo que así lo fue como puedo deducir del éxito de vuestra misión.

El tono atrevido del deforme acabó por desquiciar los nervios del joven, quien en un movimiento fulminante lo agarró por el cuello.

Los alguaciles que había en la puerta de entrada al Parlamento no lo dudaron un instante. Corrieron a asistir al político en aquella sorprendente reyerta callejera. Pero no fue necesaria su ayuda. Antes de que llegaran, Walsingham ya había conseguido apartar al agente de su presa.

—No sois digno de llevar el título que ostentáis, cerdo traidor —añadió el jefe del servicio secreto—. Siempre estaréis a la sombra de vuestro padre.

Con un gesto de la mano, Robert Cecil tranquilizó a los alguaciles. Se colocó las ropas con parsimonia y, sin hacer caso aparente a las palabras de Walsingham, se dirigió al agente en voz baja y con tono amenazante.

—Don Juan de Idiáquez me manda recuerdos para vos, señor Marlowe, y un recado que seguramente entenderéis sin necesidad de que os explique los detalles. Asegura que el mundo es muy pequeño. Me consta que así es. Véase la prueba de nuestro fortuito encuentro, señores. Ahora bien, Christopher Marlowe, en breve entraré en el consejo privado de Su Majestad. Hasta entonces, seguid escribiendo obras de teatro de gran éxito para La Rosa, os ayudarán a ganaros unas monedas y poder sobrevivir.

—¿Adónde queréis llegar, señor? ¿He de tomar vuestro patético discurso como una amenaza? —replicó el joven con retintín.

Robert Cecil comenzó a caminar en dirección opuesta. Parecía no haber escuchado las últimas palabras de su oponente.

—Tomadlo como os plazca, señor Marlowe —añadió Cecil sin darse siquiera la vuelta—. Pero andaos a resguardo del mejor árbol que os pueda cobijar porque vuestro mundo se hace cada vez más pequeño. Mucho más pequeño.

OceanofPDF.com

Epílogo

Aquel primer día de julio de 1593 todo estaba tranquilo en Madrid. El calor del verano hacía que la actividad comenzara muy de mañana para evitar estar en plena faena durante las soleadas horas del día.

Lorena no recibía noticias de Londres desde hacía varios meses. Pero era normal. A pesar del tiempo transcurrido, la tensión de los últimos acontecimientos vividos por Christopher Marlowe en la capital tampoco aconsejaba la fluidez del correo como a ambos jóvenes les gustaría.

El paso de los meses y la falta de nuevos movimientos por parte de Felipe II que reavivaran la llama de la discordia con Inglaterra habían hecho que todo volviera a la tensa calma de siempre.

El taller de don Alonso se había contagiado de la quietud en lo concerniente a la obtención de información. Por el contrario, el trabajo no había cesado en todo este tiempo. La consolidación de la Corte en Madrid había traído a su sombra a centenares de hidalgos de poca monta que para que los retrataran pagaban sumas desorbitadas en los talleres ligados a los políticos del monarca. La afluencia de encargos era tal que, en más de una ocasión, Lorena se pudo permitir el lujo de desestimar la realización de un cuadro. Pero ni con la ayuda de los aprendices, en algunos momentos salía el trabajo adelante.

Hacía más de un año que doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, había fallecido en su palacio ducal de Pastrana. Tras la fuga de don Antonio Pérez a tierras aragonesas, acogiéndose a sus fueros y evitando así la justicia castellana, la reclusión de la mujer se había hecho más feroz. Felipe mandó colocar dobles rejas en las ventanas de su palacio de la Alcarria. Sus salidas a San José y a San Francisco se vieron canceladas y pasó los últimos

meses de su vida encerrada junto a tres de sus sirvientas y la compañía de su hija pequeña. Su Alteza nunca supo de qué se la acusaba, pero era un secreto a voces que algo tenía que ver con la trama urdida por don Antonio con respecto a la cesión de información sensible a los extranjeros.

Lorena había pensado en más de una ocasión si este encierro cruel y los últimos días vividos con desazón en Pastrana no serían en realidad producto de la misteriosa profecía que había anunciado don Antonio. Al fin y al cabo fue ella quien retuvo los polémicos papeles que en un principio salvaron la vida de Marlowe. «Os salvarán la vida, pero al mismo tiempo, mandarán al patíbulo a su último portador», había anunciado la voz del exsecretario regio.

Por su parte, la suerte de don Antonio no era todo lo satisfactoria que cupiera esperar. Consiguió salvar la vida, sí, pero hasta donde sabían en el taller de Madrid, su situación económica no era muy buena. Malvivía de vender papeles e informaciones sensibles a Inglaterra y Francia. Para colmo de desgracias, su esposa, doña Juana Coello, e hijos habían sido encarcelados en castigo por su fuga al extranjero.

El retrato de Marlowe continuaba estando en el lugar de honor del taller de don Alonso; una de las paredes en donde la luz de la ventana vertía sobre el oscuro retrato tenues rayos que daban cierto halo de misterio a la figura del agente inglés.

Para evitar preguntas comprometedoras, los aprendices tenían por costumbre taparlo con algún lienzo grande cada vez que un extraño entrara en el taller. Cuando venía don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, nunca se tapaba al ser un hombre de confianza. Sin embargo, esa mañana lo hicieron sin necesidad de recibir la orden directa de don Alonso.

La razón era la presencia del coche de Juan de Idiáquez frente a la entrada del taller. Aun enfermo y con dificultades para caminar, no se había querido perder la oportunidad de acercarse hasta allí para ver a don Alonso y a Lorena.

Cuando fueron informados de su presencia, los dos artistas descendieron hasta el patio. Para entonces el retrato ya estaba cubierto, aunque sabían que Idiáquez no gastaría las pocas fuerzas que aún tenía en subir las escaleras.

—Buenos días, señores —saludó con cinismo el político vasco.

Lorena no tuvo reparos en increparle en la misma línea:

—¿A qué se debe vuestra inesperada y, desde luego, detestable visita, señor secretario?

—Seré breve, señores. No quiero importunar su trabajo en el taller. Me consta que faltan brazos para cubrir todos los pedidos con que os premian.

—No es mala cosa, no —añadió don Alonso a modo de coletilla.

—Hemos recibido esta mañana en palacio esta carta. Había pensado hacerla llegar hasta aquí por medio de un correo, como de costumbre, pero he preferido ser yo mismo quien os la entregue en mano.

—¿De qué se trata, señor secretario? —señaló de nuevo la joven.

—Leedla en la intimidad si gustáis. Son gratas noticias para todos, no me cabe la menor duda. La espera ha merecido la pena. Estoy seguro de que sabrán entenderlo y, por favor, no me lo tengan en cuenta. Las cosas son como son y, tarde o temprano, todo ratón acaba cayendo en la ratonera.

Juan de Idiáquez acercó la carta al maestro. Como si tuviera prisa, marchó con paso entrecortado hasta el coche que le esperaba en la puerta.

—No duden en escribirme si necesitan cualquier cosa de palacio —añadió Idiáquez antes de cerrar la cortinilla de la puerta.

Con un movimiento veloz, los caballos emprendieron el camino en descenso en dirección a la casa real.

Don Alonso y Lorena volvieron al estudio después de la fugaz visita del secretario. Con el sentido todavía azorado por su siniestra figura, entraron cogidos de la mano en la habitación principal de arriba. De alguna forma u otra sabían lo que podía contener aquella carta.

La turbación era palpable en el taller.

Con sumo cuidado, Lorena observó con detalle el papel que había traído Idiáquez. La sorpresa de un principio se tornó en incertidumbre.

—No viene de Londres —señaló mirando con confusión a su tío—. Se trata de una carta oficial. Salió hace tres semanas de allí y viene de Deptford. No parece ser de Kit.

—¿Deptford? No sé dónde está. Ábrela y saldremos de dudas.

Hizo lo que su tío le decía. Desplegó el papel y comenzó a leer.

Los ojos de la joven fueron pasando de forma veloz de línea en línea. Fueron unos instantes interminables para el maestro. Éste se estremeció al ver que su sobrina no abría la boca.

—¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo?

Pero ella no contestaba. Sus ojos se humedecieron a medida que avanzaban por el extenso documento. El trabajo en el taller se detuvo de inmediato. Nadie sabía qué pasaba, pero los aprendices intuyeron al instante que no se trataba de nada bueno.

Cuando acabó de leer la carta dejó el papel sobre una de las mesas y se acercó a la ventana con la mirada perdida. Nerviosa, comenzó a mordisquearse los dedos de la mano, sin saber realmente qué hacer.

—¿Qué ha pasado? —insistió don Alonso.

—Idiáquez se ha salido con la suya. —Su voz sonó gélida—. Ya nada se puede hacer. Primero doña Ana, luego don Antonio y ahora esto…

—A qué te refieres…, no te entiendo.

—Kit ha muerto. Lo han asesinado.

Aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría.

—¿Pero quién ha sido? ¿Cómo ha podido suceder…?

—Es la copia de un documento oficial firmado por las autoridades de Deptford —añadió la joven—. Normal que nadie de la posta real se haya molestado en lo más mínimo en interceptar el documento. Lo único que querían es que llegara a su destino y que la leyéramos. El propio Idiáquez ya se ha molestado en ello. Es su cobarde gesto de victoria.

Desconcertado, don Alonso se acercó a la mesa y tomó el papel. Con manos temblorosas lo abrió y comenzó a leer el documento oficial.

Sobre las diez de la mañana del día 30 de mayo, Ingram Frizer, Nicholas Skers y Robert Poley, los tres caballeros de Londres, se encontraban en una habitación junto a Christopher Marlowe en la casa de una cierta Eleonor Bull, viuda, y allí pasaban el tiempo juntos. Comieron y después permanecieron juntos para luego ir a pasear por el jardín de la casa, hasta las seis de la tarde del mismo día. Entonces regresaron del jardín a la habitación y allí cenaron juntos.

Después de cenar, Ingram Frizer y Christopher Marlowe estuvieron hablando. Comenzaron a discutir porque no estaban de acuerdo en lo que

respecta a la cantidad de dinero que habían de pagar por la cuenta. Entonces, el mencionado Marlowe, que descansaba en una cama en la habitación, se movió con enfado contra Ingram Frizer debido a las palabras que se habían estado diciendo.

Sentados allí, dando la espalda a la cama donde yacía el mencionado Marlowe, éste de forma maliciosa sacó el cuchillo de Ingram, el cual estaba en su espalda, y con la misma daga le provocó maliciosamente dos heridas en su cabeza de la longitud de dos pulgadas y de la profundidad de un cuarto de pulgada. Ingram, con miedo a ser asesinado, en su propia defensa y para salvar su vida, forcejeó con Marlowe para que le devolviera el cuchillo, cosa que en la reyerta Ingram no pudo hacer. Así aconteció que en tal reyerta, Ingram, en defensa de su vida, con la mencionada daga de un valor que le causó a Christopher Marlowe una herida mortal sobre su ojo derecho, de una profundidad de dos pulgadas y de una anchura de una pulgada, de la cual, Marlowe murió de forma instantánea…

Don Alonso no leyó más. No era necesario.

Miró a su sobrina con desolación e intentó consolarla. La larga espera no había servido para nada. El anhelo de un futuro reencuentro se había visto frustrado de repente por una simple y aparente reyerta en una taberna en una localidad cercana a Londres.

Lorena se acercó a la pared en donde se encontraba el retrato y lo dejó al descubierto. Fue un momento angustioso. El maestro abrazó a su sobrina. Ella no pudo reprimirse más y estalló entre sollozos.

—¡Lo han asesinado a traición! —gritó al fin, dejando salir de su interior la rabia contenida en los últimos minutos—. ¡Todo es un burdo montaje para ocultar que lo han asesinado de una manera cobarde y fría, como solamente ellos son capaces de hacer!

El retrato de Marlowe era testigo mudo de aquella escena.

Los aprendices, que habían asomado la cabeza ante el ruido del coche de Idiáquez y luego los gritos de Lorena, comprendieron que lo mejor era abandonar la sala lo antes posible. Cada uno volvió a su puesto de trabajo, como si nada hubiera pasado. La tristeza se había cernido sobre todo el taller de don Alonso con un denso velo que seguramente tardaría mucho tiempo en disiparse.

La sombra de Juan de Idiáquez había pesado sobre el estudio durante los últimos años. Pero nunca pensaron que podría dañarlos de aquella manera, habiendo pasado tanto tiempo. A pesar de la enfermedad que sufría el político vasco desde hacía años, su reciente ascensión al Consejo del futuro monarca español, el nuevo príncipe Felipe, le había dado nuevos y desconocidos bríos. Con ellos continuaba haciendo y deshaciendo en la Corte, arrojando piedras para esconder después la mano.

Aquel día las horas se hicieron más largas que nunca. Finalmente, el trabajo se detuvo de forma absoluta. Los aprendices volvieron a sus casas. Solamente quedaron en el estudio don Alonso, Lorena y un par de mozos que les ayudaban siempre a última hora de la tarde a recoger los enseres que habían usado durante el día.

El maestro no sabía cómo consolar a su sobrina. Ésta permanecía sentada en un banco mirando por la ventana. La calle comenzaba a estar oscura y no se distinguía nada. Pero Lorena tenía la vista perdida en un horizonte imaginario, desorientada y sin saber qué hacer o qué decir. La idea de que el futuro con Kit se había desvanecido en el aire por culpa de una venganza le partía el corazón. Frente a ella permanecía la carta que horas antes había traído Juan de Idiáquez con aquella ceremonia burda y basta que tanto irritó a la pintora.

Don Alonso se le acercó y se sentó en el banco.

—Pronto pasará todo —explicó a su sobrina—. En poco tiempo podrás ir a Italia.

—No entiendo por qué ha pasado todo esto. Primero doña Ana, luego don Antonio y ahora él.

—Te preguntarás qué es lo que ganan con todo ello, ¿no es así, querida?

La joven asintió con la mirada.

—La historia que cuenta este documento está repleta de contradicciones. Es absurdo que se enzarzaran por la simple cuenta de una cena.

—No le des más vueltas. La esencia del hombre se basa en muchos casos en rencores y en envidias que difícilmente podemos describir. Simplemente no tienen sentido. Un retrato es hermoso porque te dice algo; algo que no se puede explicar con palabras. Con el rencor y el odio sucede

la misma cosa. No sabemos cuánto tiempo somos capaces de permanecer ocultos a él, hasta que con la mínima oportunidad, en vez de olvidar, volvemos a caer en el mismo error. Lo que han hecho con Kit no es más que reconocer el error que cometieron hace años.

—Nada habría sucedido si hubieran dejado pasar las cosas con naturalidad. Ya no trabajaba para nadie, solamente era un escritor de éxito con un enorme futuro por delante. —Los ojos de Lorena se volvieron a llenar de lágrimas—. Doña Ana ya lo anunció. La herida producida por la derrota de nuestros barcos en los corazones de los españoles tardaría muchos años en curarse. Desde hace meses la flota está perfectamente recuperada pero la llaga no se ha cerrado y es cierto que es difícil olvidar.

Lorena y don Alonso se sobresaltaron al oír el ruido de los pasos de uno de los dos mozos que habían quedado en el estudio. El joven abrió la puerta y caminó con paso firme hasta donde se encontraban.

—Maestro, un mensajero tiene un correo para vos.

—Vaya. ¿De dónde viene?

—Creo que de Inglaterra.

Don Alonso miró con rostro sorprendido a su sobrina. Las cartas de Inglaterra nunca venían en manos de un mensajero convencional y menos a esas horas cuando todo empezaba a oscurecer. Siempre llegaban por medio de los artificios normales del servicio secreto.

—Si es un hombre de Idiáquez ya le podéis decir que se pierda por donde ha venido, que no queremos nada de él —dijo la pintora mientras se ponía en pie.

—¿Os ha dado la carta? —preguntó el maestro.

El mozo se puso nervioso. Se retorcía con las manos la parte inferior de su camisa. Sabía que no era el mejor día para importunar a sus señores con situaciones como ésa.

—No. Al parecer no tiene carta alguna…

—Entonces ¿qué es lo que quiere? —insistió don Alonso.

—Creo que viene a por un retrato, maestro.

—¡Santo Dios! Que venga mañana a primera hora, que se lo daremos. No creo que sea cosa de tanta prisa.

El mozo salió del estudio bajando las escaleras a toda velocidad. Don Alonso se asomó a la ventana del patio para ver al hombre que venía a buscar el retrato. Observó cómo dialogaba con el aprendiz. A los pocos minutos, después de que éste hiciera diversos aspavientos con manos y brazos para no dejarse convencer, recogió la moneda que le daba el hombre, se la guardó en un bolsillo y volvió a subir hasta el taller acompañado del mensajero.

—Por poco dinero te vendes, hijo mío —le dijo don Alonso nada más entrar en la habitación.

El mozo se quedó de piedra al ver al maestro junto a la ventana por donde intuía que lo había estado observando. Tras él apareció un desconocido. Con rostro amable saludó a los allí presentes.

—¿Qué es lo que deseáis a estas horas de la noche? No tenemos noticia de que hubiera que entregar trabajo alguno en la fecha de hoy.

—Buenas noches. Siento molestarles pero he hecho un viaje muy largo junto a mi amo para recoger el retrato del señor Shelton, Thomas Shelton.

Al escuchar estas palabras, Lorena se giró hacia la puerta del estudio.

—¿Quién os manda?

—Mi señor, que espera en el patio, quiere hacer llegar el retrato a la familia del señor Shelton. Conocían la existencia del cuadro y les gustaría conservarlo. Pagarán la cantidad que se les pida. Pero imagino que con esto será suficiente.

De una bolsita de terciopelo azul, el mensajero sacó un delicado anillo de oro. Cuando se lo entregó a don Alonso, éste puso cara de sorpresa. Miró por la ventana y observó la presencia del extraño hombre, a quien acababa de mencionar el correo, hablando con otro de los aprendices.

—Vuestro señor es un hombre generoso, vaya si lo es. —Don Alonso tomó aire y reflexionó—. Pero después de las tristes circunstancias que han acaecido en las últimas horas, desconozco si el retrato está finalmente acabado y dispuesto para ser entregado.

El maestro dio a Lorena el anillo, preguntándole al mismo tiempo con la mirada.

—Vos debéis de ser Lorena… Mi señor dice que este anillo lo portaba en su mano izquierda y pregunta si lo aceptáis como prebenda.

Hubo unos segundos de silencio. La joven tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo ya nada la pudo detener y salió como una centella escaleras abajo. No necesitaba más evidencias. Su tío intentó detenerla pero no pudo. Escuchó sus pasos bajando los escalones de forma veloz. Miró con sorpresa al mensajero e intentó seguir los pasos de su sobrina.

Cuando llegó al rellano de la escalera del patio, don Alonso fue testigo de una escena que para siempre quedaría grabada en su memoria. Lorena estaba abrazando entre sollozos al misterioso desconocido.

No quiso pensar que su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Al poner el pie en el patio, el pintor se acercó a uno de los muros de piedra para tomar una antorcha. Lorena seguía en el centro con aquel hombre.

Y cada vez se parecía más a él.

—Pero…, la carta de Idiáquez decía que…

Fue lo único que pudo decir al ver allí a Christopher Marlowe abrazado a su sobrina.

—Siento no haber podido llegar antes que la carta. El secretario sigue careciendo en absoluto de talento. Esta vez he vuelto para quedarme —añadió Marlowe.

—No es mala cosa, no.

—En efecto, no lo es, maestro. Nada, absolutamente nada, es lo que realmente parece.

OceanofPDF.com

Nota del autor

Todos aquellos que quieran hacer algún comentario sobre la novela o la historia que se cuenta en ella, sus personajes, lugares, fechas, etcétera, se pueden poner en contacto conmigo a través del correo electrónico:

nachoares70@gmail.com

Para los más tradicionales, amigos de las cartas, también hay un apartado de correos:

Nacho Ares
Apartado de Correos 18 102 28 080 Madrid (España)

Para más información sobre la historia reflejada en estas páginas o mis otros trabajos recomiendo ver mi página en Internet:

www.nachoares.com

Fin

OceanofPDF.com

Notas

[1] «Todo el mundo es un escenario». <<

OceanofPDF.com